

KARL MARX  
FRIEDRICH ENGELS  
OBRAS

Edición dirigida por Manuel Sacristán

**grijalbo**

BARCELONA - BUENOS AIRES - MÉXICO, D.F.

KARL MARX  
FRIEDRICH ENGELS  
OBRAS

VOLUMEN

41

**grijalbo**

BARCELONA - BUENOS AIRES - MÉXICO, D.F.

1976

R. 312.

~~930-63~~  
II  
E 330.8-393  
II

330.14

Marx

KARL MARX

EL CAPITAL

LIBRO I

El proceso de producción del capital

KARL MARX

# EL CAPITAL

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

LIBRO I

El proceso de producción del capital

\* \*

*Leber 148345*



El texto traducido para esta edición de *El Capital*, libro primero, en lengua castellana es el publicado en el vol. 23 de KARL MARX-FRIEDRICH ENGELS, *Werke*, Berlín, Dietz-Verlag, 1962, establecido, sobre la base de la 4.<sup>a</sup> edición (Hamburgo 1890), realizada por Engels, por el Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania.

Traducción: Manuel Sacristán

Redacción y edición: Enric Borràs, Montserrat Oñate, Ramón Sol, Manuel Sacristán y Josep M. Pujol, director de la producción del volumen.

Cubierta: Ricardo Recio

Composición en tipos Garamond/Simoncini.  
Papel offset editorial de Torras Hostench, S. A.

Derechos exclusivos de edición para todos los países de habla española y propiedad de la traducción castellana:

© 1976, Ediciones Grijalbo, S. A.  
Deu y Mata 98 - Barcelona (España)

ISBN: 84 253 0684 1 rústica  
ISBN: 84 253 0683 3 tela

Depósito Legal: B. 24 414 - 1976

Gráficas Marina, S. A., Paseo de Carlos I, 142, Barcelona - 13

## ÍNDICE GENERAL

Nota editorial sobre OME 41	xiii
Capítulo decimotercero: MAQUINARIA Y GRAN INDUSTRIA	1
1. <i>Desarrollo de la maquinaria</i>	1
2. <i>Transmisión de valor de la maquinaria al producto</i>	17
3. <i>Efectos más inmediatos de la producción maquinista en el trabajador</i>	26
a) Apropiación de fuerzas de trabajo excedentarias por el capital. Trabajo de mujeres y niños	26
b) Prolongación de la jornada de trabajo	35
c) Intensificación del trabajo	41
4. <i>La fábrica</i>	50
5. <i>La lucha entre el obrero y la máquina</i>	61
6. <i>La teoría de la compensación respecto de los trabajadores desplazados por la maquinaria</i>	72
7. <i>Repulsión y atracción de trabajadores con el desarrollo del taller mecánico. Las crisis de la industria algodonera</i>	82
8. <i>Revolución de la manufactura, la artesanía y el trabajo en casa por la gran industria</i>	95
a) Abolición de la cooperación basada en la artesanía y la división del trabajo	95
b) Repercusión del sistema fabril en la manufactura y el trabajo en casa	97
c) La manufactura moderna	99
d) El moderno trabajo en casa	102
e) Paso de la manufactura y el trabajo en casa modernos a la gran industria. Aceleración de esa revolución por la aplicación de las leyes fabriles a aquellos tipos de trabajo	106
9. <i>Legislación fabril. (Cláusulas sobre sanidad y educación). Su generalización en Inglaterra</i>	117
10. <i>Gran industria y agricultura</i>	139

### SECCIÓN QUINTA

#### LA PRODUCCIÓN DE LA PLUSVALÍA ABSOLUTA Y RELATIVA

Capítulo decimocuarto: PLUSVALÍA ABSOLUTA Y PLUSVALÍA RELATIVA	143
--	-----

x

Capítulo decimoquinto: VARIACIONES DE MAGNITUD DEL PRECIO DE LA FUERZA DE TRABAJO Y DE LA PLUSVALÍA 155

I. *Magnitud de la jornada de trabajo e intensidad del trabajo constantes (dadas), fuerza productiva del trabajo variable* 156

II. *Jornada de trabajo constante, fuerza productiva del trabajo constante, intensidad del trabajo variable* 160

III. *Fuerza productiva e intensidad del trabajo constantes, jornada de trabajo variable* 162

IV. *Variaciones simultáneas de la duración, la fuerza productiva y la intensidad del trabajo* 163

Capítulo decimosexto: DIVERSAS FORMAS DE LA CUOTA DE PLUSVALÍA 167

SECCIÓN SEXTA

EL SALARIO DEL TRABAJO

Capítulo decimoséptimo: CONVERSIÓN DE VALOR O PRECIO DE LA FUERZA DE TRABAJO EN SALARIO 171

Capítulo decimoctavo: EL SALARIO POR TIEMPO 179

Capítulo decimonoveno: EL SALARIO POR PIEZA 189

Capítulo vigésimo: DIVERSIDAD NACIONAL DE LOS SALARIOS 199

SECCIÓN SÉPTIMA

→ EL PROCESO DE ACUMULACIÓN DEL CAPITAL

Capítulo vigesimoprimer: REPRODUCCIÓN SIMPLE 207

Capítulo vigesimosegundo: CONVERSIÓN DE PLUSVALÍA EN CAPITAL 221

1. *Proceso de producción capitalista a escala ampliada. Mutación de las leyes de propiedad de la producción de mercancías en leyes de apropiación capitalista* 221

2. *Errónea concepción de la reproducción a escala ampliada por parte de la economía política* 230

3. *División de la plusvalía en capital y renta. La teoría de la abstinencia* 233

4. *Circunstancias que determinan la dimensión de la acumulación independientemente de la división proporcional de la plusvalía en capital y renta: grado de explotación de la fuerza de trabajo; diferencia creciente entre capital aplicado y capital consumido; magnitud del capital adelantado* 242

5. *El llamado fondo de trabajo* 252

Capítulo vigesimotercero: LA LEY GENERAL DE LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA 257

1. *Aumento de la demanda de fuerza de trabajo al aumentar la acumulación, con la misma composición del capital* 257

2. *Disminución relativa de la parte variable del capital en el curso de la acumulación y de la concentración que la acompaña* 267

3. *Producción progresiva de una sobrepoblación relativa* 274

4. *Diversas formas de existencia de la sobrepoblación relativa. La ley general de la acumulación capitalista* 286

5. *Ilustración de la ley general de la acumulación capitalista* 294

a) *Inglaterra de 1846-1866* 294

b) *Las capas mal pagadas de la clase obrera industrial británica* 301

c) *El pueblo errante* 310

d) *Efectos de la crisis en la parte mejor pagada de la clase trabajadora* 314

e) *El proletariado agrícola británico* 319

f) *Irlanda* 344

Capítulo vigesimocuarto: LA LLAMADA ACUMULACIÓN ORIGINARIA 359

1. *El secreto de la acumulación originaria* 359

2. *Expropiación de la población rural de la tierra* 362

3. *Legislación sanguinaria contra los expropiados desde el final del siglo xv. Leyes para mantener bajo el salario del trabajo* 380

4. *Génesis de los granjeros capitalistas* 388



5. <i>Repercusión de la revolución agrícola en la industria. Formación del mercado interior para el capital industrial</i>	391
6. <i>Génesis del capitalista industrial</i>	395
7. <i>Tendencia histórica de la acumulación capitalista</i>	407 NO
Capítulo vigesimoquinto: LA TEORÍA MODERNA DE LA COLONIZACIÓN	411
Índice de conceptos	423
Índice de nombres	437
Bibliografía	449
Tabla de pesos y medidas	481

EL CAPITAL

NOTA EDITORIAL SOBRE OME 41

El presente volumen contiene la segunda mitad del libro I de *El Capital*, desde el capítulo XIII hasta el final. Es la parte del libro en que más tuvo que intervenir Engels para introducir las correcciones que Marx había preparado, principalmente sobre la base de la edición francesa. En OME 40 puede repasar el lector los prólogos de Engels a las ediciones alemanas 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> del libro I de *El Capital*, los cuales se refieren a esas correcciones.

La división del libro I de *El Capital* en dos volúmenes (OME 40, OME 41) obedece exclusivamente a conveniencias técnico-editoriales. Por eso, aunque, para comodidad del lector, cada volumen lleva sus propios elementos editoriales (índices, etc.) y aunque las notas del traductor tienen numeración independiente en cada volumen, en cambio, todo lo que es texto de Marx —la numeración de los capítulos, como es natural, y la numeración de sus notas— se presenta en continuidad, como si no hubiera división del texto.

Dos observaciones acerca de la traducción.

Primera: en la nota 89 (págs. 2-3) se mantiene literalmente un texto de Marx recientemente impugnado como errata o lapsus (por Pedro Scaron, en su importante traducción de *El Capital*). Ese texto presenta como exigencia puesta al «método científico» el deducir concretos contenidos culturales a partir de su base en sentido marxiano; por ejemplo: deducir las concretas formas religiosas a partir de las «relaciones y circunstancias vitales» de cada caso. Desde el punto de vista de la metodología real, de la ciencia que realmente existe y funciona, esa pretensión es desafortunada e irrealizable, es un imposible metodológico. Sin embargo, eso no basta para creer que el paso sea una errata o un lapsus. Pues, en primer lugar, puede ser simplemente una formulación recargada de algo que es metodológicamente sensato y, además, aspiración explícita de Marx, a saber, el conocimiento por medios científicos de la individual concreción histórica; en segundo lugar, porque la misma incorrecta, excesiva pretensión deductiva del paso tomado al pie de la letra puede ser un resto de hegelianismo. Lo que se suele llamar «panlogismo» de Hegel es precisamente la tendencia a «deducirlo», a construirlo todo; y, por último, ese texto ha pasado en pruebas de imprenta cuatro veces bajo los ojos de Marx o Engels. Todo eso mueve a dejar el paso tal como está, sin limpiar a Marx de la posible desmesura hegeliana en que acaso haya incurrido ahí.

La segunda observación se refiere a la traducción de 'Lump' y 'Lumpenproletariat'. Como se trata de términos de cierto interés a propósito de los cuales no se ha alcanzado traducción única por todos los traductores de OME, conviene que el lector se fije en la nota \*54 del traductor. Las traducciones mencionadas tienen por contexto los capítulos XIII y XXIII.

# EL CAPITAL

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

LIBRO I

El proceso de producción  
del capital

\* \*

# EL CAPITAL

ANTONIO MACHADO ALVARADO

LIBRO I

El primer libro de la obra

## Capítulo decimotercero

### MAQUINARIA Y GRAN INDUSTRIA

#### 1. *Desarrollo de la maquinaria*

Dice John Stuart Mill en sus *Principios de economía política*:

«Es dudoso que todas las invenciones mecánicas hechas hasta ahora hayan aligerado la fatiga diaria de algún ser humano.»<sup>86</sup>

Pero es que ésa no es en modo alguno la finalidad de la maquinaria utilizada de manera capitalista. Al igual que cualquier otro desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, la maquinaria utilizada capitalísticamente está destinada a abaratar mercancías y abreviar la parte de la jornada de trabajo que el trabajador necesita para sí mismo, con objeto de prolongar la otra parte de su jornada de trabajo, la que da gratis al capitalista. Es un medio para la producción de plusvalía.

La subversión del modo de producción toma como punto de partida en la manufactura la fuerza de trabajo, y en la gran industria el medio de trabajo. Por lo tanto, lo primero que hay que estudiar es cómo el medio de trabajo se convierte de herramienta en máquina, o sea, en qué se diferencia la máquina del instrumento artesano. En esto se trata sólo de grandes rasgos característicos generales, pues las épocas de la historia de la sociedad están tan poco separadas por fronteras abstractamente rigurosas como pueden estarlo las épocas de la historia de la Tierra.

Los matemáticos y los mecánicos dicen —y lo que dicen se encuentra aquí y allá reproducido por los economistas ingleses— que la herra-

<sup>86</sup> «It is questionable, if all the mechanical inventions yet made have lightened the day's toil of any human being.» Mill habría debido decir: «of any human being not fed by other people's labour»,<sup>\*1</sup> pues es indiscutible que la maquinaria ha aumentado mucho el número de ociosos distinguidos.

<sup>\*1</sup> «De algún ser humano no alimentado por el trabajo de otra gente.»



mienta es una máquina simple, y la máquina una herramienta compuesta. No ven entre unas y otras ninguna diferencia esencial, e incluso llaman máquinas a las simples potencias mecánicas, como la palanca, el plano inclinado, el torno, la cuña, etc.<sup>87</sup> De hecho toda máquina consta de esas simples potencias, disfrazadas y combinadas de un modo u otro. Pero desde el punto de vista económico esa explicación no vale nada, porque le falta el elemento histórico. Por otro lado, se busca la diferencia entre herramienta y máquina en el hecho de que en el caso de la herramienta la fuerza motriz es el hombre, mientras que en el de la máquina lo es una fuerza natural distinta del hombre, como el animal, el agua, el viento, etc.<sup>88</sup> En este caso, el arado tirado por bueyes —que pertenece a las más variadas épocas de la producción— sería una máquina, y el circular loom\*<sup>2</sup> de Claussen, que ejecuta 96.000 mallas por minuto movido por la mano de un solo trabajador, sería una mera herramienta. Aún más: ese mismo loom sería herramienta cuando movido con la mano, y máquina cuando movido con vapor. Y como la aplicación de la energía animal es uno de los inventos más antiguos de la humanidad, resultaría que la producción maquinista sería anterior a la producción artesana. Cuando John Wyatt anunció en 1735 su máquina de hilar y, con ella, la revolución industrial del siglo XVIII, no aludió siquiera al hecho de que la hacía funcionar un asno, no un hombre, pese a lo cual la función correspondió a un asno. Su programa hablaba de una máquina «para hilar sin dedos».<sup>89</sup>

<sup>87</sup> Ver, p. e., el *Course of Mathematics* de HUTTON.

<sup>88</sup> «Y así desde este punto de vista se puede trazar una frontera clara entre herramienta y máquina: la pala, el martillo, el cincel, etc., sistemas de palancas y tornos para los cuales, por muy artificiosos que sean, el hombre es la fuerza motriz... todo eso cae bajo el concepto de herramienta, mientras que el arado, con la fuerza animal que lo mueve, los molinos de viento y de otra clase, se tienen que contar entre las máquinas.» (WILHELM SCHULZ, *Die Bewegung der Produktion*, Zürich 1843, pág. 38.) Obra elogiada desde varios puntos de vista.

<sup>89</sup> Ya antes de él se habían utilizado máquinas para prehilar, aunque muy imperfectas, probablemente en Italia por vez primera. Una historia crítica de la tecnología documentaría en general lo escasamente que ninguna invención del siglo XVIII es cosa de un solo individuo. Por el momento no existe una historia así. Darwin ha orientado el interés a la historia de la tecnología natural, esto es, a la formación de los órganos vegetales y animales en cuanto instrumentos de producción para la vida de las plantas y de los animales. ¿No merece igual atención la historia de la constitución de los órganos productivos del ser humano social, base material de cada particular organización de la sociedad? ¿Y no sería, además, más fácil de conseguir, puesto que, como dice Vico,

\*<sup>2</sup> Telar circular.

Toda maquinaria desarrollada consta de tres partes esencialmente diferentes: la máquina motora, el mecanismo de transmisión y, por último, la máquina-herramienta o máquina de trabajo. La máquina de movimiento actúa de fuerza motora del entero mecanismo. Produce su fuerza motora propia, como la máquina de vapor, la máquina calórica, la máquina electro-magnética, etc., o bien recibe el impulso de una fuerza natural ya lista y externa a ella, como la rueda hidráulica lo recibe del salto de agua, el aspa del viento, etc. El mecanismo de transmisión, compuesto de volantes, árboles, engranajes, poleas, ejes, cuerdas, correas, conexiones y embragues de todas clases, regula el movimiento, convierte cuando es necesario su forma —p. e., de una forma perpendicular en una forma circular—, lo distribuye y lo comunica a la maquinaria-herramienta. Ambas partes del mecanismo existen exclusivamente para comunicar a la máquina-herramienta el movimiento mediante el cual se hace con el objeto de trabajo y lo altera de acuerdo con fines. De esta parte de la maquinaria, la máquina-herramienta, parte la revolución industrial del siglo XVIII. Ella sigue constituyendo aún, cada día de nuevo, el punto de partida, cada vez que alguna industria artesana o manufacturera pasa a industria maquinista.

Si consideramos más atentamente la máquina-herramienta, máquina de trabajo propiamente dicha, reaparecen en líneas generales, aunque a menudo en forma muy modificada, los aparatos y las herramientas con que trabajan el artesano y el obrero de las manufacturas; pero ahora no como herramientas del hombre, sino como herramientas de un mecanismo, como herramientas mecánicas. O bien la máquina entera no es más que una edición mecánica más o menos revisada del viejo instrumento artesanal, como ocurre con el telar mecánico,<sup>90</sup> o bien los órganos activos aplicados a la armazón de la máquina de trabajo son vie-

la historia humana se diferencia de la historia natural en que nosotros hemos hecho la una y no la otra? La tecnología revela el comportamiento activo de los hombres respecto de la naturaleza, el proceso inmediato de producción de su vida y, por lo tanto, también de las condiciones y relaciones de su vida y de las representaciones espirituales que brotan de ellas. La misma historia de la religión que haga abstracción de esa base material es acrítica. Efectivamente es más fácil hallar mediante el análisis el núcleo terrenal de las nebulosidades religiosas que desarrollar, a la inversa, de las reales relaciones y circunstancias vitales de cada caso sus formas uranizadas. Este último es el único método materialista y, por lo tanto, científico. Ya por las ideas abstractas e ideológicas de sus portavoces en cuanto que se atreven a rebasar su especialidad se aprecian las deficiencias del materialismo abstractamente científico-natural, el cual excluye el proceso histórico.

<sup>90</sup> Sobre todo en la forma originaria del telar mecánico se reconoce a primera vista el viejo telar. En su forma moderna aparece sustancialmente alterado.



jos conocidos, como husos en la máquina hiladora, agujas en la máquina de tejidos de punto, sierras en la máquina aserradora, curbillas en las máquinas trituradoras, etc. La diferencia entre esas herramientas y el cuerpo propiamente dicho de la máquina de trabajo alcanza incluso a su nacimiento. Pues todavía hoy se siguen produciendo en gran parte artesanal o manufactureramente, y sólo después se fijan al cuerpo de la máquina de trabajo, producido maquinísticamente.<sup>91</sup> Así, pues, la máquina-herramienta es un mecanismo que, una vez se le comunica el movimiento adecuado, ejecuta las mismas operaciones que antes ejecutaba el trabajador con herramientas parecidas. El que la fuerza motora proceda del ser humano o también de la máquina misma no altera en nada la esencia de la cosa. Una vez transferida del hombre a un mecanismo la herramienta propiamente dicha, una máquina sustituye a una mera herramienta. La diferencia salta en seguida a los ojos aunque el primer motor siga siendo el hombre. El número de instrumentos de trabajo con los que puede actuar simultáneamente está limitado por el número de sus instrumentos de producción naturales, de sus propios órganos corporales. En Alemania se intentó al principio que el hiladero moviera dos ruedas con los pies, o sea, hacerle trabajar simultáneamente con dos manos y dos pies. Resultó demasiado cansado. Luego se inventó un rueca con dos husos, pero los virtuosos de la hilatura capaces de hilar dos hebras al mismo tiempo eran casi tan escasos como los seres humanos de dos cabezas. En cambio, la Jenny\*<sup>4</sup> hila desde el primer momento con 12-18 husos, el telar de punto teje con muchos miles de agujas a la vez, etc. El número de herramientas con que trabaja simultáneamente una máquina-herramienta está desde el principio emancipado de la limitación orgánica que estrecha el herramental artesano de un trabajador.

En mucho instrumento manual la diferencia entre el hombre como

<sup>91</sup> Sólo desde 1850 aproximadamente se fabrica mecánicamente en Inglaterra una parte, siempre en aumento, de las herramientas de las máquinas de trabajo, aunque sin que las hagan los mismos fabricantes que hacen las máquinas. Máquinas para la fabricación de estas herramientas mecánicas son, por ejemplo, el automatic bobbin-making engine, card-setting engine, máquinas para hacer lizos de tejedor, máquinas que forjan husos de mule y de throstle.\*<sup>3</sup>

\*<sup>3</sup> Aparato para hacer devanaderas; aparato para instalar cardas o peines; husos de hiladora mecánica intermitente o continua.

\*<sup>4</sup> Máquina de hilar inventada por James Hargreaves y completada por él mismo en 1767. «Jenny» se llamaba la hija del inventor. Selfactina. ('Selfactina', femenino, y 'selfactor', masculino, significan automática, automático.)

mera fuerza motora y el hombre como trabajador, con el instrumento propiamente dicho, tiene una existencia separada ya sensorialmente. En la rueca o la rueda de hilar, p. e., el pie actúa sólo como fuerza motora, mientras que la mano, que trabaja con el huso, que tira y tuerce, ejecuta la operación de hilar propiamente dicha. La revolución industrial aferra primero precisamente esta última parte del instrumento artesano y deja al hombre —además del nuevo trabajo de vigilar la máquina con los ojos y corregir sus errores con la mano— sólo, por de pronto, el papel puramente mecánico de fuerza motriz. En cambio, las herramientas en las que el hombre actúa ya desde el principio como simple fuerza motora —p. e., dar vueltas a la manivela de un molino de mano,<sup>92</sup> bombear agua, mover los brazos de un fuelle, machacar con el almirez, etc.— suscitan, ciertamente, antes que las demás la aplicación de animales, agua, viento, como fuerzas motoras.<sup>93</sup> Se alzan a la condición de máquinas esporádicamente ya mucho antes del período manufacturero, y en parte dentro de él, pero no revolucionan el modo de producción. En el período de la gran industria es cuando se ve que por sí mismas y ya en su forma artesana son máquinas. Las bombas, p. e., con las que los holandeses desecaron el lago de Harlem en 1836/37, estaban construidas de acuerdo con el principio de las bombas corrientes, pero con la diferencia de que eran ciclópeas máquinas de vapor, y no manos humanas, las que movían sus émbolos. En Inglaterra aún hoy convierten a veces el corriente e imperfecto fuelle de herrería en una bomba de aire mecánica por el simple procedimiento de enlazar el brazo con una máquina de vapor. Ni siquiera la máquina de vapor tal como se inventó a finales del siglo XVII, durante el período manu-

<sup>92</sup> Dice Moisés de Egipto: «No atarás el hocico al buey que trilla.»\*<sup>5</sup> En cambio, los filántropos cristiano-germánicos le ponían al siervo que utilizaban como fuerza motora para moler un gran disco de madera en torno al cuello, para que no pudiera llevarse harina a la boca con la mano.

<sup>93</sup> Los holandeses se vieron obligados a utilizar el viento como fuerza motora en parte por falta de saltos vivos de agua y en parte por su lucha contra el exceso de agua de otro tipo. Pero el molino de viento mismo lo recibieron de Alemania, donde este invento provocó un discreto combate entre la nobleza, los curas y el emperador acerca de a quién de ellos «pertenece» el viento. «El aire hace propio» fue el principio que se impuso en Alemania, mientras que el viento liberó a Holanda. Lo que en Holanda hizo propio el viento no fue el holandés mismo, sino la tierra, y para el holandés. Todavía en 1836 se utilizaban en Holanda 12.000 molinos de viento, con una fuerza de 6.000 caballos, para evitar que dos tercios del país volvieran a ser pantanos.

\*<sup>5</sup> Deuteronomio, 25.



facturero, y siguió existiendo hasta comienzos de la novena década del siglo XVIII,<sup>94</sup> provocó ninguna revolución industrial. Fue, más bien, a la inversa, la creación de máquinas-herramienta la que impuso una revolución de la máquina de vapor. En cuanto que el ser humano, en vez de actuar con la herramienta sobre el objeto de trabajo, actúa ya sólo como fuerza motora sobre una máquina-herramienta, el revestimiento de esta fuerza con músculos humanos se hace casual, y pueden aparecer en su lugar el viento, el agua, el vapor, etc. Claro que eso no excluye el que un cambio así suponga a menudo grandes alteraciones técnicas del mecanismo inicialmente construido sólo para fuerza motora humana. Hoy día todas las máquinas que aún tienen que abrirse camino —como las máquinas de coser, las máquinas panificadoras, etc.— se construyen a la vez para energía motora humana y puramente mecánica, siempre que su finalidad no excluya por principio la construcción a pequeña escala.

La máquina de la que parte la revolución industrial sustituye al trabajador que maneja una sola herramienta por un mecanismo que opera con una masa de unas mismas o análogas herramientas a la vez y se mueve por una sola fuerza motora, cualquiera que sea la forma de ésta.<sup>95</sup> Con eso tenemos la máquina, pero no más que como simple elemento de la producción maquinista.

La extensión del alcance de la máquina de trabajo y del número de herramientas suyas que operan simultáneamente condiciona un mecanismo de movimiento aún más masivo, y este mecanismo condiciona, para dominar su propia resistencia, la necesidad de una fuerza motora más poderosa que la humana, aun prescindiendo del hecho de que el ser humano es muy imperfecto, considerado como instrumento de producción con movimiento uniforme y continuo. Supuesto que el hombre actúe ya sólo como simple fuerza motora —o sea, que en lugar de su herramienta se haya puesto una máquina-herramienta—, fuerzas naturales pueden sustituirle ya incluso como energía motora. De todas las grandes fuerzas motoras recibidas del período manufacturero, la energía del caballo era la peor, en parte porque un caballo tiene su propia cabeza, y en parte por lo que cuesta y porque su utilizabilidad en fá-

<sup>94</sup> Es verdad que ya la primera máquina de vapor de Watt —la llamada máquina de acción simple— la perfeccionó mucho, pero ni siquiera en esa forma pasó de ser una mera máquina de levantar agua corriente o salobre.

<sup>95</sup> «La reunión de todos esos instrumentos simples, puestos en movimiento por un solo motor, constituye una máquina.» (BABBAGE, *loc. cit.*, pág. 136.)

bricas es limitada.<sup>96</sup> A pesar de ello, el caballo se utilizó frecuentemente en la edad infantil de la gran industria, como lo atestigua, además de los lamentos de los agrónomos de la época, la expresión, aún hoy conservada, de la fuerza mecánica en caballos. El viento era demasiado inconstante e incontrolable y, además, en Inglaterra, lugar de nacimiento de la gran industria, había predominado ya durante el período manufacturero la utilización del agua. Ya en el siglo XVII se había intentado mover con una sola rueda hidráulica dos cilindros y también dos molinos. Pero entonces la hinchada dimensión del mecanismo de transmisión entró en conflicto con la energía hidráulica, ya insuficiente, y ésta es una de las circunstancias que movieron a un estudio más preciso de las leyes del roce. Del mismo modo, la acción no homogénea de la fuerza motora en los molinos movidos por percusión y tracción por cigñales, llevó a la teoría y la aplicación del volante,<sup>97</sup> que más tarde había de desempeñar un papel tan importante en la gran industria. De ese modo desarrolló el período de la manufactura los primeros elementos científicos y técnicos de la gran industria. La hiladora throstle de Arkwright estaba movida por agua desde el principio. Pero también la utilización de la energía hidráulica como fuerza motora predominante implicaba circunstancias perturbadoras. Esa energía no se podía

<sup>96</sup> JOHN C. MORTON leyó en diciembre de 1859 ante la Society of Arts un artículo sobre «las energías utilizadas en la agricultura». Se lee en él, entre otras cosas: «Toda mejora que promueva la uniformidad del suelo hace más utilizable la máquina de vapor para la producción de energía puramente mecánica... La energía del caballo se requiere donde lo irregular de los setos y vallados u otros obstáculos impiden una acción uniforme. Estos obstáculos desaparecen crecientemente. En operaciones que exigen más ejercicio de la voluntad y menos fuerza real, la única energía aplicable es la dirigida minuto tras minuto por el espíritu humano, o sea, la energía humana.» El señor Morton reduce entonces la fuerza del vapor, la del caballo y la humana a la unidad de medida corriente cuando se trata de máquinas de vapor, a saber, la energía necesaria para levantar 33.000 libras en un minuto la altura de un pie, y calcula el coste de un caballo de vapor en la máquina de vapor, estimándolo en 3 d. por hora, y en el caballo en 5 ½ d. por hora. Además, si ha de conservar plenamente la salud, el caballo no se puede utilizar más que 8 horas diarias. Mediante el vapor es posible ahorrar por lo menos 3 de cada 7 caballos en tierra labrada durante todo el año, por un coste no mayor que el de los caballos de los que se prescinde durante los 3 ó 4 meses en los que en realidad se utilizan. Por último, la energía de vapor, comparada con la del caballo, mejora la calidad del trabajo realizado en las operaciones agrícolas en las que es posible utilizarla. Para ejecutar el trabajo que realiza la máquina de vapor tendrían que trabajar 66 trabajadores por hora a 15 sh. en conjunto; para realizar el que ejecutan los caballos, 32 hombres por 8 sh. por hora en conjunto.

<sup>97</sup> Faulhaber, 1625; De Cous, 1688.



aumentar a voluntad, ni era posible compensarla cuando faltaba, y faltaba a veces, y, ante todo, era de naturaleza puramente local.<sup>98</sup> Con la segunda máquina de Watt, la llamada máquina de vapor de acción doble, quedaba finalmente inventado un motor que produce él mismo su fuerza motora mediante el consumo de carbón y agua; cuya potencia energética se encuentra totalmente bajo control humano; es móvil y medio él mismo de locomoción, urbano y no rural, como la rueda hidráulica; permite la concentración de la producción en ciudades, en vez de dispersarla por el campo como lo hace la rueda hidráulica;<sup>99</sup> es universal en su aplicación tecnológica y está relativamente poco condicionado en su residencia por circunstancias locales. El gran genio de Watt se manifiesta en el detalle de la patente que registró en abril de 1784: su máquina de vapor no se describe como un invento destinado a fines específicos, sino como agente general de la gran industria. En su descripción alude a aplicaciones, varias de las cuales —por ejemplo, el martillo pilón a vapor— no se introducirían sino medio siglo más tarde. En cambio, dudaba de la aplicabilidad de la máquina de vapor a la navegación marítima. Sus sucesores Boulton y Watt presentaron la colosal máquina de vapor para ocean steamers\*<sup>6</sup> en la exposición industrial de Londres de 1851.

Una vez que las herramientas hubieron pasado de ser herramientas del organismo humano a ser herramientas de un aparato mecánico, la máquina-herramienta, también la máquina motora cobró una forma independiente, completamente emancipada de las limitaciones de la energía humana. Con eso la máquina-herramienta singular, que es la que hemos considerado hasta ahora, se reduce a mero elemento de la pro-

<sup>98</sup> El moderno invento de las turbinas libera la explotación industrial de la energía hidráulica de muchas limitaciones que antes tuvo.

<sup>99</sup> «En los primeros tiempos de la manufactura textil la localización de la fábrica dependía de la existencia de un curso de agua que tuviera la pendiente suficiente para mover una rueda hidráulica; y aunque la instalación de molinos de agua significó el comienzo de la disolución del sistema de la industria doméstica, de todos modos esos molinos, que necesariamente tenían que situarse junto a cursos de agua y a menudo se encontraban a considerable distancia unos de otros, más representaban una parte de un sistema rural que una parte de un sistema urbano; la instauración de la fuerza del vapor sustituyendo a los cursos de agua fue lo que acumuló las fábricas en las ciudades y en lugares en los que se dieran en cantidades suficientes el carbón y el agua, necesarios para la producción de vapor. La máquina de vapor es la madre de las ciudades industriales.» (A. REDGRAVE en *Reports of the Insp. of Fact. 30th April 1860*, pág. 36.)

\*<sup>6</sup> Vapores transoceánicos.

ducción maquinista. Ahora ya una máquina motora podía mover simultáneamente muchas máquinas de trabajo. Con el número de las máquinas de trabajo movidas simultáneamente crecen las dimensiones de la máquina motora, y el mecanismo de transmisión se expande hasta convertirse en un aparato considerable.

Hay que distinguir entre dos cosas: la cooperación de muchas máquinas análogas y el sistema de máquinas.

En el primer caso una misma máquina de trabajo ejecuta toda la tarea. Esa máquina realiza todas las varias operaciones que ejecutaba un artesano con su herramienta, p. e., el tejedor con su telar, o las que realizaban artesanos con diferentes herramientas, ya independientemente, ya como miembros de una manufactura.<sup>100</sup> P. e., en la moderna manufactura de sobres un trabajador plegaba el papel con la plegadera, otro ponía la goma, otro doblaba la solapa en la que se imprime el emblema, otro troquelaba el emblema, etc., y a cada una de esas operaciones parciales cada sobre tenía que cambiar de manos. Una sola máquina de fabricar sobres ejecuta todas esas operaciones de golpe y hace 3.000 y más sobres por hora. Una máquina norteamericana para confeccionar bolsas de papel, expuesta en la exposición industrial de Londres de 1862, corta el papel, engoma, dobla y completa 300 bolsas por minuto. El proceso global, dividido y ejecutado sucesivamente en la manufactura, es aquí consumado por una máquina de trabajo que actúa mediante la combinación de diferentes herramientas. Ahora bien: tanto si semejante máquina de trabajo es simple renacimiento de una complicada herramienta artesana cuanto si es combinación de diversos instrumentos simples particularizados al modo manufacturero, el hecho es que en la fábrica —o sea, en el taller basado en el funcionamiento de máquinas— reaparece siempre la cooperación simple y, por más precisión, primero (prescindiendo aquí del trabajador) en cuanto conglomeración espacial de máquinas de trabajo homogéneas y de colaboración simultánea. Así, una fábrica de tejidos se constituye por la copresencia de muchos telares mecánicos en el mismo edificio, y una

<sup>100</sup> Desde el punto de vista de la división manufacturera, tejer no era un trabajo simple, sino un trabajo artesanal complicado; y así también el telar mecánico es una máquina que ejecuta mucha operación diferente. En general: es falsa la idea de que la maquinaria moderna se apodera inicialmente de las operaciones que había simplificado la división manufacturera del trabajo. Durante el período manufacturero se dividieron en nuevas especies de trabajo el hilado y el tejido, y sus herramientas se perfeccionaron y diversificaron; pero el proceso de trabajo mismo, que no se dividió en absoluto, siguió siendo artesanal. La máquina no parte del trabajo, sino del medio de trabajo.



fábrica de costura por la copresencia de muchas máquinas de coser. Pero en este caso existe una unidad técnica, porque las muchas máquinas de trabajo homogéneas reciben simultánea y uniformemente su impulso del latido del primer motor común, que les es comunicado por el mecanismo de transmisión, el cual les es también en parte común, pues sólo salidas particulares de él se ramifican para cada máquina-herramienta. Exactamente igual que muchas herramientas constituyen los órganos de una máquina de trabajo, así también en este caso muchas máquinas de trabajo no constituyen ya más que órganos homogéneos de un mismo mecanismo de movimiento.

En cambio, aparece un sistema de máquinas propiamente dicho en el lugar de la máquina individual independiente cuando el objeto de trabajo atraviesa una serie conexas de diversos procesos graduales ejecutados por una cadena de máquinas-herramienta heterogéneas, pero mutuamente complementarias. En este caso reaparece la cooperación por división del trabajo peculiar de la manufactura, pero ahora como combinación de máquinas de trabajo parcial. Las herramientas específicas de los diferentes trabajadores parciales —en la manufactura lanera, p. e., las del batanero, el peinador, el tundidor, el hilandero, etc.— se convierten ahora en herramientas de máquinas de trabajo específicas, cada una de las cuales constituye un órgano especial para una función especial dentro del sistema del mecanismo de herramientas combinado. La manufactura misma suministra a grandes rasgos al sistema de máquinas —en las ramas en que éste se implanta por vez primera— el fundamento espontáneo de la división y, por lo tanto, de la organización del proceso de producción.<sup>101</sup> Pero en seguida se presenta una diferencia esencial. En la manufactura son trabajadores los que, sueltos o en grupo, tienen que realizar con sus instrumentos manuales cada proceso parcial particular. Si bien el trabajador se asimila al proceso, de todos modos, antes el proceso se ha adaptado al trabajador. Este principio

<sup>101</sup> Antes de la época de la gran industria la manufactura lanera era la manufactura dominante de Inglaterra. Por eso se practicó en ella durante la primera mitad del siglo XVIII la mayoría de experimentos. El algodón, cuya manufactura mecánica exige preparativos menos cansados, se benefició de las experiencias hechas con la lana de oveja, del mismo modo que, más tarde, la industria lanera mecánica se desarrolló, a la inversa, sobre la base de la hilatura y el tejido mecánicos del algodón. Hay algunos elementos sueltos de la manufactura de la lana que no se han integrado al sistema fabril hasta estas últimas décadas: p. e., el peinado o cardado de la lana. «La aplicación de la energía mecánica al proceso del cardado de la lana..., que se produce en gran escala desde la introducción de la 'cardadora', especialmente la de Lister..., tuvo indudablemente como efecto el que gran número de trabajadores fueran expulsados de su trabajo. Antes la lana se peinaba con

subjetivo de la división queda eliminado para la producción maquinista. Aquí el proceso global se analiza objetivamente, en y por sí mismo, en sus fases constitutivas, y el problema de ejecutar cada proceso parcial y enlazar los diferentes procesos parciales se resuelve mediante la aplicación técnica de la mecánica, la química, etc.,<sup>102</sup> aunque, como es natural, la concepción teórica, al igual que en épocas anteriores, se tiene que perfeccionar mediante la experiencia práctica acumulada a gran escala. Cada máquina parcial entrega a la que le sigue inmediatamente la materia prima de ésta, y, como todas las máquinas funcionan simultáneamente, el producto se encuentra no menos constantemente en todos los diferentes estadios de su proceso de formación y en la transición de una fase de la producción a la siguiente. Al igual que en la manufactura la cooperación inmediata de los trabajadores parciales crea determinadas relaciones numéricas entre los particulares grupos de trabajadores, así también en el sistema articulado de máquinas la ocupación permanente de las máquinas parciales por obra de las demás causa una determinada proporción entre su número, su capacidad y su velocidad. La máquina de trabajo combinada, que es ahora ya un sistema articulado de heterogéneas máquinas de trabajo individuales y de grupos de éstas, resulta tanto más perfecta cuanto más continuo es su proceso global, o sea, cuanto menor es la interrupción con la cual el material bruto pasa de su primera fase a su última fase, en suma, cuanto más es el mecanismo mismo, en vez de la mano del hombre, el que lleva el material de una fase de la producción a otra. Mientras que en la manufactura el aislamiento de los procesos particulares es un principio impuesto por la misma división del trabajo, en cambio, en la fábrica desarrollada impera la continuidad entre los procesos particulares.

Un sistema de maquinaria, ya se base en la mera cooperación de máquinas homogéneas —como en el tejido—, ya en una combinación de máquinas heterogéneas —como en la hilatura—, constituye por sí mismo un gran autómatas en cuanto que lo mueve un primer motor

la mano, generalmente en el cottage del cardador. Ahora se carda por lo general en la fábrica, y, si se prescinde de algunos tipos especiales de trabajo para los cuales se sigue prefiriendo la lana peinada a mano, el trabajo manual ha quedado desplazado. Muchos cardadores a mano encontraron trabajo en las fábricas, pero el producto del trabajo de los cardadores a mano es tan pequeño en comparación con el de la máquina, que gran número de cardadores se han quedado sin trabajo.» (*Rep. of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1856*, pág. 16.)

<sup>102</sup> «El principio del sistema fabril consiste, pues, ...en instaurar la división del proceso del trabajo en sus elementos esenciales, en vez de la división o la gradación del trabajo entre los diferentes artesanos.» (URE, *loc. cit.*, pág. 20.)



que, a su vez, se mueve a sí mismo. De hecho, el sistema entero puede ser movido, por ejemplo, por la máquina de vapor aunque algunas máquinas-herramienta necesiten todavía del trabajador para ciertos movimientos —como el movimiento que era necesario para poner en marcha la mule antes de que se implantara la selfacting mule y aún sigue siéndolo en la hilatura fina— o aunque determinadas partes de la máquina tengan que ser dirigidas por un trabajador, como si fueran una herramienta, para que ejecuten su obra, según ocurría en la construcción de maquinaria antes de que el slide-rest (que es un aparato para torner) se convirtiera en un selfactor. En cuanto que la máquina de trabajo ejecuta sin ayuda humana todos los movimientos necesarios para la elaboración de la materia prima y sólo requiere intervención humana posterior a esa elaboración, tenemos un sistema automático de maquinaria, capaz, por lo demás, de constante perfeccionamiento de detalle. Así, por ejemplo, son inventos muy modernos el aparato que detiene la máquina de hilar en cuanto que se rompe un solo hilo, y el selfacting stop que detiene el telar a vapor perfeccionado en cuanto que la canilla de la lanzadera se queda sin hilo. La fábrica de papel moderna se puede tomar como ejemplo tanto de la continuidad de la producción como de la realización del principio de automatismo. La diferencia entre diferentes modos de producción sobre la base de diferentes medios de producción, igual que la conexión de las relaciones sociales de producción con esos medios de producción, se pueden estudiar con detalle ventajosamente a propósito del ejemplo de la producción de papel, pues para nosotros la vieja fabricación de papel en Alemania suministra el modelo de la producción artesana, así como la Holanda del siglo XVII y la Francia del XVIII ofrecen el modelo de la manufactura propiamente dicha y la Inglaterra moderna el de la fabricación automática, todos ellos en esta rama, aparte de que en China y en la India existen aún dos formas paleoasiáticas diferentes de esa misma industria.

El taller mecanizado tiene su forma desarrollada en el sistema articulado de máquinas de trabajo que reciben su movimiento, exclusivamente, de un autómatas central por medio de la maquinaria de transmisión. En el lugar de la máquina aislada aparece aquí un monstruo mecánico cuyo cuerpo llena enteros edificios fabriles y cuya fuerza demoníaca, oculta primero por el movimiento casi solemnemente mesurado de sus gigantescos miembros, estalla en la loca danza tempestuosa de sus innumerables y verdaderos órganos de trabajo.

Hubo mules, máquinas de vapor, etc., antes de que hubiera trabajadores cuya única tarea consistiera en hacer máquinas de vapor, mu-

les, etc., exactamente igual que el hombre se vistió antes de que hubiera sastres. Pero los inventos de Vaucanson, Arkwright, Watt, etc., no fueron realizables sino porque esos inventores encontraron ya presente una considerable cantidad de hábiles trabajadores mecánicos, suministrada ya formada por el período manufacturero. Una parte de esos trabajadores eran artesanos independientes de varias profesiones; otra parte se encontraba reunida en la manufactura, en la cual, como se ha dicho antes, imperaba con particular rigor la división del trabajo. Con el aumento de los inventos y la demanda creciente de máquinas de nueva invención se desarrollaron cada vez más, por una parte, la división de la fabricación de máquinas en múltiples ramas independientes y, por otra parte, la división del trabajo en el interior de las manufacturas constructoras de maquinaria. En la manufactura vemos, pues, el fundamento técnico inmediato de la gran industria. Aquella produjo la maquinaria con la cual ésta abolió el taller artesano y manufacturero en las esferas de la producción que primero aferró. De modo que el taller mecánico se levantó espontáneamente sobre un fundamento material que le era inadecuado. Llegado a cierto grado de desarrollo, tuvo que revolucionar ese fundamento que había empezado por hallar ya dispuesto y que luego había desarrollado en su forma antigua, para procurarse una nueva base adecuada a su propio modo de producción. Del mismo modo que la máquina suelta sigue siendo enana mientras sólo son hombres los que la mueven, del mismo modo que el sistema de máquinas no se pudo desarrollar libremente hasta que en el lugar de las fuerzas motoras previamente dadas —el animal, el viento e incluso el agua— apareció la máquina de vapor, así también la gran industria se encontró paralizada en todo su desarrollo mientras su medio de producción característico, la máquina misma, debió su existencia a una fuerza personal y una habilidad personal, o sea, mientras dependió del desarrollo muscular, la agudeza de la mirada y el virtuosismo de la mano con que el trabajador parcial en la manufactura y el artesano fuera de ella dirigían sus instrumentos enanos. Aparte del encarecimiento de las máquinas a consecuencia de esa manera de originarse —circunstancia que domina al capital como motivación consciente—, de ese modo la expansión de la industria ya explotada con máquinas y la penetración de la maquinaria en nuevas ramas de la producción quedaron estrictamente determinadas por el aumento de una categoría de trabajadores que, por la naturaleza semiartística de su actividad, no podía aumentar sino paulatinamente, no a saltos. Pero en cierto escalón del desarrollo la gran industria entró en pugna, incluso técnicamente, con su base artesana y manufacturera. La ampliación del tamaño de las máquinas



motoras, del mecanismo de transmisión y de las máquinas-herramienta, la mayor complicación, multiplicidad y regularidad de sus elementos en la medida en que la máquina-herramienta se desprendió del modelo artesano que dominó originariamente su construcción y recibió una forma libre, sólo determinada por su tarea mecánica,<sup>103</sup> el desarrollo del sistema automático y la utilización, cada vez más inevitable, de materiales difíciles de dominar, de hierro, por ejemplo, en vez de madera, son todas ellas tareas que se presentaron espontáneamente y cuya solución chocó en todas partes con las limitaciones personales, las cuales el personal obrero combinado en la manufactura sólo rompe en cuanto al grado, no en cuanto a la esencia. La manufactura no puede suministrar, por ejemplo, máquinas como la moderna prensa de imprimir, el moderno telar a vapor o la cardadora mecánica moderna.

La revolución del modo de producción en una esfera de la industria condiciona su revolución en las demás. Esto vale, por de pronto, para las ramas industriales que, aunque sin duda están aisladas por la división social del trabajo —de tal modo que cada una de ellas produce una mercancía independiente—, sin embargo, se entrelazan como fases de un proceso de conjunto. De este modo la hilatura mecánica hizo necesario el tejer mecánico; y una y otro juntos impusieron la revolución mecánico-química en el blanqueo, la estampación y los tintes. Y así, por otra parte, la revolución de la hilatura del algodón provocó el invento del gin para separar la fibra de algodón de la semilla, con lo que finalmente fue posible la producción de algodón a la gran escala ya necesaria.<sup>104</sup> Pero la revolución del modo de producción de la industria y de la agricultura impuso en particular también una revolu-

<sup>103</sup> En su primera forma el telar mecánico consta principalmente de madera; el perfeccionado o moderno, de hierro. Hasta qué punto la vieja forma del medio de producción domina al principio la forma nueva lo muestra, entre otras cosas, la más superficial comparación del moderno telar a vapor con el viejo, o de los modernos instrumentos de insuflado en la fundición de hierro con el primer renacimiento mecánico y torpe del fuelle corriente; y, tal vez de manera más llamativa que cualquier otra cosa, una locomotora que se intentó antes del invento de las actuales, la cual tenía dos patas que levantaba alternativamente como un caballo. Sólo después de que la mecánica se desarrolle más y de que se acumule la experiencia práctica, la forma se determina totalmente por el principio mecánico y se emancipa por completo, consiguientemente, de la tradicional forma corpórea de la herramienta, que en este momento revela ser máquina.

<sup>104</sup> El cottongin de Yankee Eli Whitney se había alterado en lo esencial hasta los tiempos más recientes menos que cualquier otra máquina del siglo XVIII. Sólo estas últimas décadas (antes de 1867) otro norteamericano, el señor Emery, de Albany, New York, ha dejado anticuada la máquina de Whitney mediante un perfeccionamiento tan sencillo como eficaz.

ción de las condiciones generales del proceso social de producción, esto es, de los medios de comunicación y transporte. Al modo como los medios de comunicación y de transporte de una sociedad cuyo pivote —por utilizar una expresión de Fourier— era la pequeña agricultura, con su industria doméstica adyacente y la artesanía urbana, no podían en absoluto bastar ya para las necesidades de la producción del período manufacturero, con su ampliada división del trabajo social, su concentración de medios de trabajo y de trabajadores y sus mercados coloniales, razón por la cual fueron efectivamente revolucionados, así también los medios de transporte y de comunicación transmitidos por el período manufacturero se convirtieron pronto en frenos insoportables de la gran industria, con su febril velocidad de producción, su masiva escala, su constante lanzar masas de capital y de trabajo de una esfera a otra de la producción y sus conexiones recién creadas en un mercado mundial. Por eso, prescindiendo de la construcción de veleros, totalmente revolucionada, el dispositivo de comunicación y transporte se fue adaptando paulatinamente al modo de producción de la gran industria mediante un sistema de vapores fluviales, ferrocarriles, vapores transoceánicos y telégrafos. Pero las tremendas masas de hierro que ahora había que forjar, soldar, cortar, perforar y configurar exigieron por su parte máquinas ciclópeas cuya creación rechazaba la construcción manufacturera de maquinaria.

De modo que la gran industria tuvo que apoderarse de su medio de producción característico —la máquina misma— y producir máquinas mediante máquinas. Así creó finalmente su suelo técnico adecuado y se situó sobre sus propios pies. Con la creciente actividad maquinista de las primeras décadas del siglo XIX la maquinaria se apoderó de hecho, paulatinamente, de la fabricación de las máquinas-herramienta. Pero fue durante las últimas décadas pasadas cuando las gigantescas construcciones ferrocarrileras y la navegación transoceánica a vapor dieron vida a la construcción de máquinas ciclópeas utilizadas para la construcción de motores primeros.

La condición de producción más esencial para la fabricación de máquinas por máquinas era una máquina de movimiento capaz de cualquier potencia pero, al mismo tiempo, completamente controlable. Esa máquina existía ya en la figura de la máquina de vapor. Pero al mismo tiempo había que producir mecánicamente las rigurosas formas geométricas necesarias para las varias partes de las máquinas, como la línea, el plano, el círculo, el cilindro, el cono y la esfera. Henry Maudslay resolvió este problema en la primera década del siglo XIX, con la inven-



ción del slide-rest,\*<sup>7</sup> que pronto se automatizó y se pasó, en forma modificada, del torno —que era el lugar al que inicialmente se destinaba— a otras máquinas de construcción. Este dispositivo mecánico no sustituye a ninguna herramienta particular, sino a la mano humana misma, la cual produce una forma determinada manteniendo, adaptando y orientando el filo de instrumentos cortantes, etc., contra el material de trabajo —hierro, por ejemplo— o por encima de él. Así se consiguió producir las formas geométricas de las distintas partes de las máquinas

«con un grado de facilidad, exactitud y velocidad que ninguna experiencia acumulada podría prestar a la mano del trabajador más hábil».<sup>105</sup>

Si consideramos ahora la parte de la maquinaria aplicada a la construcción de máquinas que constituye la máquina-herramienta propiamente dicha, reaparece el instrumento artesano, pero con dimensión ciclópea. La parte operadora de la máquina de taladrar, p. e., es una broca gigantesca movida por una máquina de vapor y sin la cual, a la inversa, no se podría producir los cilindros de las grandes máquinas de vapor y prensas hidráulicas. El torno mecánico es el renacimiento ciclópeo del corriente torno movido con el pie; la cepilladora mecánica es un carpintero de hierro que trabaja este metal con los mismos instrumentos con los que el carpintero trabaja la madera; la herramienta que corta la plancha en los arsenales de Londres es una cuchilla de afeitar gigantesca; la herramienta de la máquina de tijera que corta el hierro como las tijeras del sastre cortan paño es una tijera monstruo, y el martillo de vapor funciona con una cabeza de martillo corriente, sólo que de tal peso que ni el mismo Thor\*<sup>8</sup> podría esgrimirlo.<sup>106</sup> Uno de

<sup>105</sup> *The Industry of Nations*, Lond. 1855, Part II, pág. 239. Se lee en ese mismo lugar: «Por simple y externamente irrelevante que pueda parecer este adiminículo del torno, no creemos afirmar demasiado al decir que su influencia en la aplicación mejor y más amplia de las máquinas ha sido tan grande como la producida por los perfeccionamientos de la máquina de vapor por Watt. Su introducción tuvo inmediatamente por consecuencia un perfeccionamiento y abaratamiento de todas las máquinas, e impulsó a más invenciones y mejoras.»

<sup>106</sup> Una de esas máquinas, utilizada en Londres para forjar paddle-wheel shafts,\*<sup>9</sup> lleva el nombre de «Thor». Forja un vástago de 16 ½ toneladas de peso con la misma facilidad con que el herrero forja una herradura.

\*<sup>7</sup> En este sentido general 'slide-rest' significa el carrillo portaherramientas, automático o ajustable a mano, que puede funcionar en toda máquina basada en el principio del torno.

\*<sup>8</sup> Thor es el dios de la forja (y del trueno) en la mitología nórdica, el dios que corresponde al helénico Hefaios y al latino Vulcano.

\*<sup>9</sup> Ejes para ruedas de palas.

esos martillos de vapor, p. e., que son invención de Nasmyth, pesa más de 6 toneladas y cae perpendicularmente desde una altura de 7 pies sobre un yunque de 36 toneladas de peso. Pulveriza jugando un bloque de granito, pero no es menos capaz de clavar un clavo en madera blanda con una serie de golpes ligeros.<sup>107</sup>

El medio de trabajo cobra en su condición de máquina una existencia material que condiciona la substitución de la fuerza humana por fuerzas de la naturaleza, y la de la rutina empírica por la aplicación consciente de la ciencia de la naturaleza. En la manufactura la articulación del proceso social de trabajo es puramente subjetiva, combinación de trabajadores parciales; en el sistema maquinista la gran industria posee un organismo de producción completamente objetivo que el trabajador encuentra ya dado como condición de producción material lista para su uso. En la cooperación simple e incluso en la cooperación especificada por división del trabajo, el desplazamiento del trabajador individual aislado por el trabajador socializado sigue resultando más o menos casual. La maquinaria, con algunas excepciones que se mencionan más tarde, sólo funciona en manos de un trabajo inmediatamente socializado, o conjunto. Así, pues, el carácter cooperativo del proceso de trabajo se hace ahora necesidad técnica dictada por la naturaleza del medio de trabajo mismo.

## 2. Transmisión de valor de la maquinaria al producto

Se ha visto que las fuerzas productivas que brotan de la cooperación y la división del trabajo no le cuestan nada al capital. Son fuerzas naturales del trabajo social. Tampoco cuestan nada las fuerzas naturales, como el vapor, el agua, etc., que son apropiadas para procesos productivos. Pero del mismo modo que el ser humano necesita pulmones para respirar, así también necesita una «formación de la mano humana» para consumir productivamente fuerzas de la naturaleza. Hace falta una rueda hidráulica para explotar la fuerza del movimiento del agua, una máquina de vapor para explotar la elasticidad del vapor. Al igual que con las fuerzas de la naturaleza ocurre con la ciencia. Una vez descubiertas, la ley que expresa la desviación de la aguja magnética en el campo de acción de una corriente eléctrica, o la ley sobre la pro-

<sup>107</sup> Las máquinas para trabajar la madera, las cuales se pueden utilizar también en dimensiones pequeñas, son generalmente de invención norteamericana.



ducción de magnetismo en el hierro en torno del cual circula una corriente eléctrica, no cuestan ni una perra.<sup>108</sup> Pero para explotar esas leyes para la telegrafía, etc., hace falta un aparato muy costoso y de grandes dimensiones. Como hemos visto, la máquina no desplaza a la herramienta. La herramienta se estira en dimensión y número, pasa de ser una herramienta enana del organismo humano a ser herramienta de un mecanismo creado por el ser humano. En vez de con una herramienta, el capital hace trabajar ahora al obrero con una máquina que maneja ella misma sus herramientas. Por eso, aunque está claro ya a primera vista que la gran industria ha de elevar extraordinariamente la productividad del trabajo mediante la incorporación de gigantesca fuerza natural y de la ciencia de la naturaleza al proceso de producción, no está de ninguna manera tan claro que ese aumento de la fuerza productiva no se pague por el otro lado con un aumento del gasto en trabajo. Como ningún otro elemento del capital constante, tampoco la maquinaria produce ningún valor, aunque transmite su propio valor al producto para cuya producción sirve. En la medida en que tiene valor y, por ello, transfiere valor al producto, constituye un elemento de valor de éste. En vez de abaratarlo, la máquina encarece el producto en proporción a su propio valor. Y está al alcance de la mano que la máquina y la maquinaria sistemáticamente desarrollada, medio de trabajo característico de la gran industria, se hincha desproporcionadamente de valor en comparación con los medios de trabajo del taller artesano y manufacturero.

Ahora bien: hay que observar, por de pronto, que la maquinaria entra siempre totalmente en el proceso de trabajo y siempre sólo parcialmente en el proceso de valorización. Nunca añade más valor que el que por término medio pierde por su desgaste. Se produce, pues, siempre una gran diferencia entre el valor de la máquina y la parte de valor transferida periódicamente por ella al producto. Se produce una gran diferencia entre la máquina como elemento formador de valor y la máquina como elemento formador de producto. Cuanto mayor el período durante el cual la misma maquinaria sirve repetidamente en el mismo proceso de trabajo, tanto mayor aquella diferencia. Es

<sup>108</sup> La ciencia no le cuesta al capitalista absolutamente «nada», lo que en absoluto le impide explotarla. La ciencia «ajena» se incorpora al capital como el trabajo ajeno. Pero apropiación «capitalista» y apropiación «personal» —ya sea de la ciencia, ya de la riqueza material— son cosas por completo diferentes. Hasta el Dr. Ure lamenta la grosera ignorancia de la mecánica de sus queridos fabricantes explotadores de máquinas, y Liebig cuenta de la ignorancia de la química por los fabricantes químicos ingleses cosas que ponen los pelos de punta.

verdad que hemos visto que todo medio de trabajo o instrumento de producción propiamente dicho entra siempre totalmente en el proceso de trabajo y siempre sólo fragmentariamente, proporcionalmente a su desgaste medio diario, en el proceso de valorización. Pero esta diferencia entre aprovechamiento y desgaste es mucho mayor en el caso de la maquinaria que en el de la herramienta, porque, por estar aquella construida con material más duradero, tiene más vida, y porque su aplicación, regulada por leyes rigurosamente científicas, permite mayor economía en el gasto de sus elementos y sus medios de consumo y, por último, porque su campo de producción es desproporcionadamente mayor que el de la herramienta. Si deducimos de ambas —de la maquinaria y de la herramienta— sus costes medios diarios, o el elemento de valor que añaden al producto por su diario desgaste medio y el consumo de materias auxiliares, como aceite, carbón, etc., actúan gratis, exactamente igual que fuerzas de la naturaleza dadas sin intervención de trabajo humano. Cuanto mayor es el ámbito de acción productivo de la maquinaria respecto del de la herramienta, tanto mayor es el ámbito de su servicio gratuito comparado con el de la herramienta. Hasta la gran industria no aprende el ser humano a hacer trabajar gratuitamente a gran escala, como una fuerza de la naturaleza, el producto de su trabajo pasado, ya objetivado.<sup>109</sup>

Al considerar la cooperación y la manufactura resultó que ciertas condiciones generales de la producción, como edificios, etc., se economizan mediante el consumo común en comparación con las dispersas condiciones de producción de los trabajadores aislados, por lo que encarecen menos el producto. En el caso de la maquinaria no es sólo el cuerpo de una máquina de trabajo lo utilizado en común por sus muchas herramientas, sino que además una misma máquina de movimiento, junto con una parte del mecanismo de transmisión, se usa en común por muchas máquinas de trabajo.

<sup>109</sup> Ricardo tiene a veces presente tan en primer término ese efecto de las máquinas —que, por lo demás, ha desarrollado tan poco como la diferencia general entre proceso de trabajo y proceso de valorización— que en ocasiones olvida el elemento de valor que las máquinas transmiten al producto e identifica totalmente aquellas con las fuerzas de la naturaleza. Así, p. e.: «Adam Smith no subestima nunca los servicios que nos prestan las fuerzas de la naturaleza y la maquinaria, pero distingue muy acertadamente la naturaleza del valor que añaden a las mercancías... como trabajan sin costes, la ayuda que nos prestan no añade nada al valor de cambio.» (RICARDO, *loc. cit.*, págs. 336, 337.) La observación de Ricardo es, naturalmente, adecuada contra J. B. Say, el cual se imagina deliberadamente que las máquinas prestan el «servicio» de crear valor que constituye parte del «beneficio».



Dada la diferencia entre el valor de la maquinaria y la parte de valor transferida diariamente a su producto, el grado en que esta parte de valor encarece el producto depende por de pronto de la dimensión del producto, de su superficie, por así decirlo. El señor Baynes, de Blackburn, estima en una conferencia publicada en 1857 que

«todo caballo de fuerza mecánico real<sup>109a</sup> mueve 450 husos de mule selfacting junto con los dispositivos preparatorios, o 200 husos throstle, o 15 telares para 40 inch cloth<sup>\*10</sup> junto con los dispositivos para tensar la cadena, alisar, etc.»

Los costes diarios de un caballo de fuerza de vapor y el desgaste de la maquinaria puesta en movimiento por él se reparten, en el primer caso, por el producto diario de 450 husos mecánicos, en el segundo por el de 200 husos throstle, en el tercero por el de 15 telares mecánicos, de modo que así no se transmite a cada onza de hilado o a cada codo de tejido más que una parte de valor diminuta. Lo mismo en el anterior ejemplo del martillo de vapor. Como su desgaste, su consumo de carbón, etc., diarios se distribuyen por las tremendas masas de hierro que martillea diariamente, no se adhiere a cada quintal

<sup>109a</sup> {Nota a la 3.ª ed. Un «caballo de fuerza» es igual a la fuerza de 33.000 libras-pie por minuto, esto es, a la fuerza que levanta en un minuto 33.000 libras a la altura de 1 pie (inglés), o 1 libra a 33.000 pies. Éste es el caballo de vapor mencionado arriba. En la lengua corriente de los negocios, y también de vez en cuando en las citas de este libro, se distingue, empero, entre caballos de fuerza «nominales» y «comerciales» o «indicados» de una misma máquina. Los caballos de fuerza antiguos o nominales se calculan exclusivamente por el recorrido del émbolo y el diámetro del cilindro, sin tener para nada en cuenta la presión del vapor ni la velocidad del émbolo. O sea, que de hecho lo que dice es: esta máquina de vapor tiene, p. e., 50 caballos de fuerza si se mueve a la misma baja presión de vapor y con la misma escasa velocidad del pistón que en tiempos de Boulton y Watt. Pero esos dos últimos factores han aumentado enormemente desde entonces. Para medir la fuerza mecánica realmente suministrada hoy por una máquina se inventó el indicador, que muestra la presión de vapor. La velocidad del émbolo es fácil de averiguar. Así, pues, la medida de los caballos de fuerza «indicados» o «comerciales» de una máquina es una fórmula matemática que tiene en cuenta simultáneamente el diámetro del cilindro, la altura de la carrera del émbolo, la velocidad de éste y la presión del vapor, con lo que muestra cuántas veces suministra realmente la máquina 33.000 libras-pie en un minuto. Por lo tanto, un caballo de fuerza nominal puede suministrar en realidad tres, cuatro y hasta cinco caballos de fuerza reales o indicados. Sirva esto para aclarar varias citas posteriores. F. E. }

\*10 Mule selfacting: hiladora automática;  
throstle: máquina (generalmente de tejer) continua;  
40 inches cloth: 40 pulgadas de paño.

de hierro más que una parte de valor pequeña, que sería muy grande si el ciclópeo instrumento tuviera que clavar clavitos.

Dado el ámbito de acción de la máquina de trabajo, o sea, el número de sus instrumentos o, cuando se trata de fuerza, dada la dimensión de ésta, la masa de productos dependerá de la velocidad con que opere la máquina, esto es, p. e., de la velocidad con que gire el huso, o del número de golpes que administre el martillo en un minuto. Algunos de estos martillos colosales dan 70 martillazos por minuto, la máquina forjadora patentada por Ryder, la cual utiliza martillos de vapor de pequeñas dimensiones para forjar husos, 700 por minuto.

Dada la proporción en que la maquinaria transfiere valor al producto, la magnitud de esta parte de valor depende de la magnitud de valor de la maquinaria misma.<sup>110</sup> Cuanto menos trabajo contenga, tanto menos valor añadirá al producto. Cuanto menos valor transmita, tanto más productiva será y tanto más se acercará su servicio al de las fuerzas de la naturaleza. Y la producción de maquinaria por maquinaria disminuye su valor proporcionalmente a su difusión y a su efecto.

Un análisis comparativo de los precios de mercancías producidas artesanalmente o al modo de la manufactura con los de las mismas mercancías cuando son producto de máquinas, arroja en general el resultado de que en el caso del producto mecánico el elemento de valor debido al medio de trabajo aumenta relativamente, pero disminuye absolutamente. Esto es: disminuye su magnitud absoluta, pero aumenta su magnitud comparada con el valor total del producto, p. e., una libra de hilado.<sup>111</sup>

<sup>110</sup> El lector preso en ideas capitalistas echará aquí de menos, naturalmente, el «interés» que la máquina añade al producto pro rata de su valor capital. Pero es fácil ver que la máquina, puesto que, como cualquier otro elemento del capital constante, no engendra valor nuevo, no puede añadir ningún nuevo valor bajo el nombre de «interés». También está claro que en este punto, tratándose de la producción de la plusvalía, no se puede presuponer a priori ninguna parte de ella bajo el nombre de «interés». El tipo de cálculo capitalista, que prima facie parece absurdo y en contradicción con las leyes de la formación de valor, tiene su explicación en el tercer libro de esta obra.

<sup>111</sup> Este elemento de valor añadido por la máquina disminuye absoluta y relativamente cuando quedan desplazados caballos, o animales de trabajo en general que sólo se utilicen como fuerza motora, no como máquinas que transformen materia. Dicho sea de paso: con su definición de los animales como meras máquinas, Descartes está mirando con los ojos del período manufacturero, a diferencia de la Edad Media, para la cual el animal era ayuda del hombre, como más tarde, de nuevo, para el señor von Haller en su *Restauración de las ciencias del estado*. Que Descartes, al igual que Bacon, contemplaba una nueva forma de la producción y el dominio práctico de la naturaleza por el hombre como resultado del cambiado método de pensa-



Está claro que cuando la producción de una máquina cuesta tanto trabajo cuanto ahorra su aplicación, ocurre un simple desplazamiento del trabajo, o sea, que la suma total del trabajo requerido para una producción no disminuye, o que no aumenta la fuerza productiva del trabajo. Pero la diferencia entre el trabajo que cuesta y el trabajo que ahorra, el grado de su productividad, no depende, evidentemente, de la diferencia entre el valor de la máquina y el valor de la herramienta por ella substituida. La diferencia se mantiene mientras los costes de trabajo de la máquina y, por lo tanto, la parte de valor que ella añade al producto sigan siendo inferiores al valor que el trabajador añadiría al objeto de trabajo con su herramienta. Así, pues, la productividad de la máquina se mide por el grado en el cual substituye fuerza de trabajo humana. Según el señor Baynes corresponden a 450 husos de mule junto con la maquinaria previa, movidos por un caballo de vapor, 2 1/2 trabajadores<sup>112</sup> y con cada selfacting mule spindle se hilan, en jornada de trabajo de diez horas, 13 onzas de hilo (número medio), o sea, semanalmente 365 5/8 libras de hilado, de 2 1/2 trabajadores. En su transformación en hilado, unas 366 libras de algodón (prescindimos de los

miento lo muestra su *Discours de la Méthode*, donde, entre otras cosas, se dice: «Es posible» (mediante el método que él introduce en filosofía) «llegar a conocimientos que son muy útiles para la vida, y hallar, en el lugar de aquella filosofía especulativa que se aprende en las escuelas, una filosofía práctica por la cual podrían utilizarse para todos sus fines útiles las fuerzas y la potencia del fuego, el agua, el aire, los astros y todos los demás cuerpos que nos rodean, por conocerlos tan bien como los diferentes oficios de nuestros artesanos, y así podríamos convertirnos en amos y dueños de la naturaleza» y «contribuir al perfeccionamiento de la vida humana.» En el prólogo a los *Discourses upon Trade* (1691) de Sir Dudley North se dice que el método de Descartes, aplicado a la economía política, ha empezado a liberar a ésta de viejas fábulas y de ideas supersticiosas sobre el dinero, el comercio, etcétera. Pero por regla general los economistas ingleses de los primeros tiempos siguen a Bacon y a Hobbes como a sus propios filósofos, mientras que luego Locke se convirtió para Inglaterra, Francia e Italia en «el filósofo» κατ' ἐξοχήν \*<sup>11</sup> de la economía política.

<sup>112</sup> Según un informe anual de la cámara de comercio de Essen (oct. 1863), en 1862 la fábrica de fundición de acero de Krupp produjo 13 millones de libras de fundición de acero con 161 hornos de fundición, de incandescencia y de cemento, 32 máquinas de vapor (en el año 1800 era ése, aproximadamente, el número total de máquinas de vapor empleadas en Manchester) y 14 martillos pilones de vapor, lo cual representa en conjunto 1.236 caballos de fuerza, 49 hornos de herrería, 203 máquinas-herramienta y unos 2.400 obreros. En este caso, ni siquiera 2 obreros por caballo de fuerza.

\*<sup>11</sup> Por excelencia.

desperdicios para simplificar) absorben, pues, sólo 150 horas de trabajo, 15 jornadas de trabajo de diez horas, mientras que con la rueca, si el hiladero a mano suministra 13 onzas de hilo en 60 horas, aquella misma cantidad de algodón absorbería 2.700 jornadas de trabajo de 10 horas, 27.000 horas de trabajo.<sup>113</sup> Donde el viejo método del block-printing o de la estampación a mano ha sido substituido por la impresión a máquina, una sola máquina, con la ayuda de un hombre o de un muchacho, imprime en una hora tanto estampado de varios colores como antes 200 hombres.<sup>114</sup> Antes de que en 1793 Eli Whitney inventara el cottongin, separar una libra de algodón de las semillas costaba una jornada media de trabajo. Ya a raíz de su invención, una negra podía conseguir diariamente 100 libras de algodón, y desde entonces la eficacia del gin ha aumentado considerablemente. Una libra de fibra de algodón, producida antes a 50 cents, se vende después del invento a 10 cents y con mayor beneficio, es decir, incluyendo más trabajo no pagado. En la India se utiliza para separar la fibra de la semilla un instrumento semimecánico, la churka, con la que un hombre y una mujer limpian diariamente 28 libras. Con la churka inventada por el Dr. Forbes hace algunos años 1 hombre y 1 muchacho producen diariamente 250 libras; cuando se usan como fuerza motora bueyes, vapor o agua, sólo hacen falta unos pocos muchachos y muchachas en condición de feeders (alimentadores de la máquina con material). Dieciséis de esas máquinas, movidas por bueyes, ejecutan diariamente la anterior tarea diaria media de 750 personas.<sup>115</sup>

Como ya se ha dicho,<sup>\*12</sup> la máquina de vapor ejecuta en el arado a vapor, en una hora a 3 d., o sea, 1/4 sh., tanto trabajo cuanto 66 hombres a 15 sh. por hora. Repito este ejemplo por combatir una idea falsa. Los 15 sh. no son, en efecto, en modo alguno, expresión del trabajo añadido durante una hora por los 66 hombres. Si la razón del plustrabajo al trabajo necesario era del 100 %, entonces esos 66 trabajadores producían por hora un valor de 30 sh., aunque sólo 33 horas se representan en un equivalente para ellos mismos, esto es, en el

<sup>113</sup> Babbage calcula que, en Java, el trabajo de hilado por sí solo añade al valor del algodón el 117 %. En la misma fecha (1832) el valor total que la maquinaria y el trabajo del algodón en los hilados finos añadían al valor de la materia en bruto era aproximadamente del 33 %. (*On the Economy of Machinery*, págs. 165, 166.)

<sup>114</sup> En la estampación a máquina, además, ahorro de color.

<sup>115</sup> Cfr. *Paper read by Dr. Watson, Reporter on Products to the Government of India, before the Society of Arts*, 17 abril 1860.

\*<sup>12</sup> Ver más arriba, pág. 7.



salario. Suponiendo, pues, que una máquina cueste tanto como el salario anual de 150 obreros desplazados por ella —digamos 3.000 libras esterlinas—, entonces 3.000 libras esterlinas no son en modo alguno expresión monetaria del trabajo suministrado y añadido al objeto de trabajo por los 150 obreros, sino sólo la parte de su trabajo anual que se presenta para ellos mismos en el salario. En cambio, el valor dinero de la máquina, las 3.000 libras esterlinas, expresan todo el trabajo gastado durante su producción, cualquiera que sea la relación en la cual ese trabajo forme salario para el obrero y plusvalía para el capitalista. Si la máquina, pues, cuesta tanto como la fuerza de trabajo substituida por ella, de todos modos el trabajo objetivado en ella misma es siempre mucho menor que el trabajo vivo substituido por por ella.<sup>116</sup>

Si se considera la máquina exclusivamente como medio de abarataamiento del producto, el límite de su uso está constituido por la condición de que su propia producción cueste menos trabajo del substituido por su aplicación. Pero para el capital ese límite se expresa más estrechamente. Como lo que cuenta no es el trabajo aplicado, sino el valor de la fuerza de trabajo aplicada, el uso de máquinas queda limitado para el capital por la diferencia entre el valor de la máquina y el valor de la fuerza de trabajo substituida por ella. Como la división de la jornada de trabajo en trabajo necesario y plus-trabajo es diferente en países diferentes, y en un mismo país en períodos distintos, o en un mismo período entre diferentes ramas, y como, además, el salario real del trabajador se hunde unas veces por debajo del valor de su fuerza de trabajo y otras veces sube por encima de él, la diferencia entre el precio de la maquinaria y el precio de la fuerza de trabajo que ha de substituir puede variar mucho, aunque se mantenga igual la diferencia entre la cantidad de trabajo necesaria para la producción de la máquina y la cantidad total del trabajo substituido por ella.<sup>116a</sup> Pero es sólo la primera diferencia la que determina los costes de producción de la mercancía para el capitalista mismo e influye en él a través de las leyes constrictivas de la concurrencia. Por eso hoy día se inventa en Inglaterra máquinas que sólo se usan en Norteamérica, del mismo modo que Alemania inventó, en los siglos XVI y XVII, máquinas que sólo aplicó

<sup>116</sup> «Estos agentes mudos» (las máquinas) «son siempre producto de mucho menos trabajo que aquéllos a los que desplazan, incluso cuando tienen el mismo valor monetario.» (RICARDO, *loc. cit.*, pág. 40).

<sup>116a</sup> Nota a la segunda edición. Por eso en una sociedad comunista la maquinaria tendría un margen de juego completamente distinto del que tiene en la sociedad burguesa.

Holanda, y que más de una invención francesa del siglo XVIII sólo se explotó en Inglaterra. En países desarrollados de antiguo la máquina misma produce por su aplicación a algunas ramas económicas tal exceso de mano de obra en otras ramas (redundancy of labour, dice Ricardo) que la caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo impide el uso de maquinaria y lo hace superfluo, imposible a menudo, desde el punto de vista del capital, cuya ganancia brota naturalmente de la disminución del trabajo pagado, no de la del aplicado. En algunas ramas de la manufactura de lanas inglesa el trabajo de los niños ha disminuido mucho en los últimos años, y aquí y allá casi ha desaparecido. ¿Por qué? El act fabril exigía dos equipos de niños, uno de los cuales trabajara 6 horas y 4 el otro, o bien 5 cada uno de ellos. Pero los padres no querían vender sus half-times (medios-tiempos) más baratos que antes los full-times (tiempos-enteros). De ahí la substitución de los half-times por maquinaria.<sup>117</sup> Antes de la prohibición del trabajo de mujeres y niños (menores de 10 años) en las minas, el capital dio con el procedimiento para despellejar a mujeres y muchachas desnudas —a menudo atadas juntas con hombres— en las minas de carbón y en otras minas, de una manera tan conforme con su código moral, y sobre todo con su Libro principal, que hizo falta la prohibición para que recurriera a la maquinaria. Los yankees han inventado máquinas para picar piedra. Los ingleses no las utilizan, porque el «mísero» («wretch» es un término técnico de la economía política inglesa para designar al trabajador agrícola) que ejecuta esa tarea cobra una parte tan pequeña de su trabajo que la maquinaria encarecería la producción para el capitalista.<sup>118</sup> En Inglaterra se sigue utilizando oca-

<sup>117</sup> «Los que utilizan el trabajo no quieren tomar innecesariamente a su servicio dos turnos de niños de menos de trece años... Un grupo de fabricantes, los hiladores de lana, utilizan hoy, de hecho, pocas veces niños de menos de trece años, o sea, medios-tiempos. Han introducido máquinas nuevas y perfeccionadas de diferentes tipos con las cuales la utilización de niños» (a saber, de menos de 13 años) «se ha hecho completamente superflua; como ejemplo mencionaré para ilustrar esa disminución del número de niños un proceso de trabajo en el cual se adjuntó a las máquinas existentes un aparato llamado piecing-machine\*<sup>13</sup> gracias al cual el trabajo de cuatro o seis medios-tiempos —según las características de cada máquina— puede ser realizado por un joven (de más de 13 años) ... El sistema de medios-tiempos» estimuló «la invención de la piecing-machine.» (*Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1858*, págs. 42, 43.)

<sup>118</sup> «A menudo la maquinaria ... no se puede utilizar mientras no sube el trabajo» (quiere decir el salario). (RICARDO, *loc. cit.*, pág. 479).

\*<sup>13</sup> Un aparato que une las extremidades de las hebras.



sionalmente, en vez de caballos, mujeres para la sirga, etc., de las barcazas de canal,<sup>119</sup> porque el trabajo requerido para producir caballos y máquinas es una cantidad matemáticamente dada, mientras que el necesario para la subsistencia de mujeres de la población excedentaria está, en cambio, por debajo de todo cálculo. Por eso en ninguna parte se encuentra un despilfarro más impúdico de la energía humana para ejecutar porquerías que precisamente en Inglaterra, el país de las máquinas.

### 3. Efectos más inmediatos de la producción maquinista en el trabajador

El punto de partida de la gran industria lo constituye, como se ha mostrado, la revolución del medio de trabajo, y el medio de trabajo revolucionado consigue su figura más desarrollada en el articulado sistema maquinista de la fábrica. Antes de mirar cómo se le incorpora material humano a ese mecanismo objetivo contemplamos algunas repercusiones generales de aquella revolución en el trabajador mismo.

#### a) Apropiación de fuerzas de trabajo excedentarias por el capital. Trabajo de mujeres y niños

En la medida en que la máquina permite prescindir de fuerza muscular, se convierte en medio de aplicación de trabajadores sin fuerza muscular o de desarrollo físico inmaduro, pero de miembros muy flexibles. Por eso el trabajo de las mujeres y de los niños fue la primera palabra de la aplicación capitalista de la maquinaria. Este imponente sucedáneo del trabajo y de los trabajadores se transformó así en seguida en un medio de aumentar el número de los trabajadores asalariados, mediante el encuadramiento de todos los miembros de la familia obrera, sin distinción de sexo ni de edad, bajo el imperio del capital. El trabajo forzoso para el capitalista usurpó no sólo el lugar del juego infantil, sino también el del trabajo libre en el ámbito doméstico, dentro de un límite moral, para la familia misma.<sup>120</sup>

<sup>119</sup> Véase *Report of the Social Science Congress at Edinburgh, Octob. 1863.*

<sup>120</sup> El Dr. Edward Smith fue enviado por el gobierno inglés al Lancashire, el Cheshire, etc., durante la crisis algodonera que acompañó a la guerra civil norteamericana, para que informara acerca del estado sanitario de los trabajadores del algodón. Informa, entre otras cosas, de las siguientes: desde el punto de vista higiénico la crisis, aun prescindiendo de que los trabajadores se ven desterrados de la atmósfera

El valor de la fuerza de trabajo estaba determinado no sólo por el necesario para la conservación del trabajador adulto individual, sino también por el tiempo de trabajo necesario para la subsistencia de la familia obrera. Como la maquinaria arroja al mercado de trabajo todos los miembros de la familia obrera, reparte el valor de la fuerza de trabajo del hombre adulto por su entera familia. Por eso quita valor a su fuerza de trabajo. La compra de la familia, parcelada, p. e., en 4 fuerzas de trabajo, cuesta quizás más que antes la compra de la fuerza de trabajo del cabeza de familia, pero a cambio de eso se tiene 4 jornadas de trabajo en lugar de una, y su precio baja proporcionalmente al exceso de plustrabajo de las cuatro respecto del plustrabajo de la una anterior. Son ahora cuatro los que tienen que suministrar no sólo trabajo, sino también plustrabajo para el capital, con objeto de que viva una familia. Así la maquinaria amplía desde el primer momento, junto con el material humano de explotación que es el más propio terreno de explotación del capital,<sup>121</sup> también el grado de explotación.

de la fábrica, tiene muchas otras ventajas. Las mujeres obreras encuentran ahora el ocio necesario para dar el pecho a sus hijos, en vez de envenenarlos con Godfrey's Cordial (un producto opiáceo). Y que han conseguido tiempo para aprender a guisar. Desgraciadamente, ese arte culinario llegó en un momento en que no tenían nada que comer. Pero así se ve cómo el capital ha usurpado para su autovalorización el trabajo familiar necesario para el consumo. Así también se utilizó la crisis para enseñar a coser a las hijas de los obreros en escuelas especiales. ¡Hacen falta una revolución norteamericana y una crisis mundial para que las muchachas obreras, que hilan para el mundo entero, aprendan a coser!

<sup>121</sup> «El número de los obreros ha aumentado mucho, porque cada vez se substituye más trabajo de hombres por trabajo de mujeres y, sobre todo, trabajo de adultos por trabajo de niños. Tres muchachas de 13 años de edad, con salarios de 6 a 8 sh. por semana, han desplazado a un hombre adulto que cobraba un salario de 18 a 45 sh.» (TH. DE QUINCEY, *The Logic of Politic. Econ.*, Lond. 1844, nota a la pág. 147). Como ciertas funciones de la familia — p. e., cuidar de los niños y amamantarlos, etc. — no se pueden suprimir del todo, las madres de familia confiscadas por el capital tienen que alquilar en mayor o menor medida substitutas suyas. Los trabajos exigidos por el consumo familiar, como coser, zurcir, etc., se tienen que substituir también por la compra de mercancías acabadas. Así, pues, a la disminución del gasto de trabajo doméstico responde un aumento del gasto de dinero. Por eso los costes de producción de la familia obrera aumentan y compensan el aumento de los ingresos. Se añade a eso que se hacen imposibles el ahorro y la orientación útil del consumo y la preparación de los productos alimenticios. Sobre estos hechos silenciados por la economía política oficial se encuentra un rico material en los *Reports* de los inspectores fabriles, de la «Children's Employment Commission» y, señaladamente, en los *Reports on Public Health.*



La maquinaria revoluciona también radicalmente la mediación formal de la relación de capital, el contrato entre el obrero y el capitalista. Sobre la base del intercambio de mercancías era presupuesto primero que el capitalista y el trabajador se enfrentaran como personas libres, como independientes poseedores de mercancías, poseedor el uno de dinero y medios de producción, poseedor el otro de fuerza de trabajo. Pero ahora el capital compra menores de edad o personas sin plena capacidad de derechos. El trabajador vendía antes su propia fuerza de trabajo, de la que disponía en cuanto persona formalmente libre. Ahora vende mujer e hijo. Se convierte en tratante de esclavos.<sup>123</sup> La demanda de trabajo infantil se identifica incluso en la forma con la demanda de esclavos negros tal como se acostumbra a leer ésta en los anuncios de los periódicos norteamericanos.

«Mi atención, dice, p. e., un inspector fabril inglés, «se vio atraída por un anuncio del periódico local de una de las principales ciudades manufactureras de mi distrito, cuya copia es lo siguiente: Necesítanse 12 a 20 chicos, no menores de lo que pueda hacerse pasar por 13 años. Salario 4 sh. por semana. Preguntar, etc.»<sup>123</sup>

La frase «lo que pueda hacerse pasar por 13 años» se refiere a la circunstancia de que, según el Factory Act, los niños de menos de 13 años sólo pueden trabajar 6 horas. El fabricante pide, consiguientemente, chicos que parezcan tener ya los 13 años. La disminución a veces abrupta del número de niños de menos de 13 años empleados por fabricantes, que a veces sorprende en la estadística inglesa de los últimos 20 años, era, según declaración de los inspectores fabriles,

<sup>123</sup> En contraste con la gran hazaña de que la limitación del trabajo de las mujeres y de los niños en las fábricas inglesas le fuera conquistada al capital por los trabajadores adultos masculinos, se encuentran en los más recientes informes de la «Children's Employment Commission» rasgos verdaderamente indignantes y plenamente esclavistas de los padres obreros en relación con este tráfico de niños. Pero, como se puede ver por los mismos Reports, el fatiseo capitalista denuncia esta bestialidad creada, eternizada y explotada por él mismo, a la que en otros casos impone el nombre de «libertad de trabajo». «Se ha apelado a la ayuda del trabajo infantil ... incluso trabajando por el pan diario. Sin fuerza para soportar semejante tarea desproporcionada, sin instrucción para guiar su vida futura, esos niños han sido lanzados a una situación física y moralmente corrompida ... El historiador judío observó sobre la destrucción de Jerusalén por Tito que no podía sorprender el que hubiera sido destruida totalmente, con tan memorable destrucción, si una madre inhumana sacrificó su propia criatura para satisfacer las ansias de un hambre perentoria.» (*Public Economy Concentrated*, Carlisle 1833, pág. 66).

<sup>123</sup> A. REDGRAVE en *Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1858*, páginas 40, 41.

obra en gran parte de certifying surgeons\*<sup>14</sup> que alteraban la edad de los niños de acuerdo con la concupiscencia explotadora de los capitalistas y la necesidad en que se ven los padres de traficar como usureros. En el malfamado distrito londinense de Bethnal Green se celebra todos los lunes y martes mercado público en el cual niños de ambos sexos de 9 años en adelante se alquilan ellos mismos a las manufacturas de seda londinenses. «Las condiciones corrientes son 1 sh. 8 d. por semana (que son para mis padres) y 2 d. para mí, además del té.» Los contratos son sólo por una semana. Las escenas y el lenguaje usado durante ese trato son verdaderamente indignantes.<sup>124</sup> Sigue ocurriendo en Inglaterra que ciertas mujeres «toman jóvenes del workhouse y los alquilan a cualquier comprador por 2 sh. 6 d. a la semana».<sup>125</sup> Pese a las leyes, en la Gran Bretaña los padres mismos siguen vendiendo por lo menos 2.000 chicos como máquinas vivas de deshollar (aunque efectivamente existen máquinas para substituirlos).<sup>126</sup> La revolución de la relación jurídica entre comprador y vendedor de la fuerza de trabajo, revolución actuada por la maquinaria y tal que toda la transacción pierde incluso la apariencia de contrato entre personas libres, ofreció más tarde al parlamento inglés fundamento y pretexto para la intervención del estado en el sistema fabril. Cada vez que la ley fabril limita el trabajo de los niños en ramas industriales no afectadas hasta el momento, resuena, siempre renovado, el lamento de los fabricantes: una parte de los padres retira, dicen, a los niños de la industria ahora regulada para venderlos en aquéllas en las que todavía domina la «libertad de trabajo», esto es, en las que niños de menos de 13 años son obligados a trabajar como adultos, o sea, que los padres los pueden vender más caros. Pero como el capital es un leveler, es decir, que en todas las esferas de la producción exige igualdad de las condiciones de explotación del trabajo, que es su innato derecho humano, la limitación legal del trabajo infantil en una rama de la industria es causa de su limitación en otra.

Ya antes se aludió a la ruina física de los niños y de los jóvenes, así como de las mujeres de los obreros, sometidas directamente por

<sup>124</sup> *Children's Employment Commission, V Report*, Lond. 1866, pág. 81, n. 31. {A la 4.ª ed. La industria sedera de Bethnal Green está hoy casi destruida. F. E.}

<sup>125</sup> *Child. Employ. Comm., III Report*, Lond., 1864, pág. 53, n. 15.

<sup>126</sup> *Loc. cit., V Report*, pág. XXII, n. 137.

\*<sup>14</sup> Médicos certificadores.



vez primera por la maquinaria en las fábricas que brotan sobre la base de ésta, e indirectamente luego en todas las demás ramas de la industria, a la explotación del capital. Por eso aquí nos detendremos sólo en un punto: la enorme mortalidad de los hijos de obreros en los primeros años de vida. Hay en Inglaterra 16 distritos de registro en los cuales no hay, en promedio anual, más que 9.085 (y en un distrito sólo 7.047) casos de muerte por 100.000 niños de menos de un año; en otros 24 distritos son más de 10.000, pero menos de 11.000; en 39 distritos más de 11.000, pero menos de 12.000; en 48 distritos más de 12.000 y menos de 13.000; en 22 distritos más de 20.000; en 25 distritos más de 21.000; en 17 más de 22.000; en 11 más de 23.000; en Hoo, Wolverhampton, Ashton-under-Lyne y Preston más de 24.000; en Nottingham, Stockport y Bradford más de 25.000; en Wisbeach 26.001 y en Manchester 26.125.<sup>127</sup> Como lo mostró una investigación médica oficial en el año 1861, las altas cuotas de mortalidad se deben sobre todo — prescindiendo de circunstancias locales — al trabajo de la madre fuera de la casa y al consiguiente descuido y maltrato de los niños, entre otras cosas alimentación inadecuada o insuficiente, administración de preparados de opio, etc., más la innatural<sup>\*15</sup> enajenación de la madre respecto de los hijos y, como consecuencia de ella, la inanición y el envenenamiento intencionales.<sup>128</sup> En los distritos agrícolas «en los que el trabajo femenino es mínimo, la cuota de mortalidad es, por el contrario, la más baja».<sup>129</sup> La comisión de encuesta de 1861 arrojó, sin embargo, el inesperado resultado de que en algunos distritos puramente agrícolas situados junto al Mar del Norte la cuota de mortalidad entre los niños menores de un año alcanza casi la de los

<sup>127</sup> *Sixth Report on Public Health*, Lond. 1864, pág. 34.

<sup>128</sup> «Ésta» (la investigación de 1861) «...mostró además que, mientras en las circunstancias descritas los niños pequeños perecen por el descuido y el mal trato causados por el trabajo de sus madres, las madres pierden en medida espantosa las emociones naturales respecto de sus criaturas: generalmente la muerte de éstas no las preocupa mucho, y a veces... toman medidas directas para provocarla. (Loc. cit.)»

<sup>129</sup> *Loc. cit.*, pág. 454.

\*15 En este punto OME se atiene al texto de las dos ediciones alemanas vistas por Marx. Engels cambió 'innatural' por 'natural' en las ediciones 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>. Debió de seguir un hilo de pensamiento diferente en su lectura y creer que 'innatural' (*unnatürlich*) era una errata. El texto de las ediciones 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> implica que el alejamiento de los hijos pequeños los enajena de la madre, lo cual es innatural; la corrección de Engels implica un contexto según el cual es natural que el alejamiento produzca esa enajenación.

distritos fabriles peor reputados. Se encargó por ello al Dr. Julian Hunter que estudiara este fenómeno sobre el terreno. Su informe se incorporó al *VI Report on Public Health*.<sup>130</sup> Se había sospechado hasta entonces que la malaria y otras enfermedades características de tierras bajas y pantanosas fueran lo que diezmará a los niños. Pero la investigación arrojó el resultado exactamente contrario, a saber,

«que la misma causa que terminó con la malaria, o sea, la transformación del terreno de pantanoso en invierno y pobres pastizales de verano en fecunda tierra de cereales, provocó la extraordinaria cuota de mortalidad entre los lactantes».<sup>131</sup>

Los 70 médicos en ejercicio que el Dr. Hunter consultó en aquellos distritos fueron «asombrosamente unánimes» acerca de esa cuestión. Y es que con la revolución del cultivo del suelo se implantó el sistema industrial.

«Mujeres casadas que trabajan en cuadrillas, junto con muchachas y muchachos, se ponen a disposición del arrendatario agrícola, a cambio de una suma determinada, por la mediación de un hombre que se llama 'maestro del gang' y que alquila bandas enteras. Estas bandas se trasladan a menudo a muchas millas de sus aldeas; por las mañanas y por las tardes se las encuentra por las carreteras, las mujeres vestidas con enaguas cortas, faldas del mismo tipo y botas, y a veces pantalones; son de aspecto muy robusto y sano, pero están corrompidas por su libertinaje habitual, y no tienen consideración de las nefastas consecuencias que su afición a ese modo de vida activo e independiente acarrea para sus hijos, que se consumen en casa.»<sup>132</sup>

Todos los fenómenos de los distritos fabriles se reproducen aquí, y aun en mayor medida lo hacen el asesinato disimulado de los niños y el tratamiento de éstos con productos opiados.<sup>133</sup>

«Mi conocimiento del mal que produce», dice el Dr. Simon, funcionario

<sup>130</sup> *Loc. cit.*, págs. 454-462. *Reports by Dr. Henry Julian Hunter on the excessive mortality of infants in some rural districts of England.*

<sup>131</sup> *Loc. cit.*, pág. 35, y págs. 455, 456.

<sup>132</sup> *Loc. cit.*, pág. 456.

<sup>133</sup> Al igual que en los distritos fabriles ingleses, también en los distritos agrícolas se extiende diariamente el consumo de opio entre los trabajadores y las trabajadoras adultas. «Impulsar la venta de productos opiáceos... es el objetivo de algunos emprendedores comerciantes al por mayor. Los droguistas los consideran artículos principales.» (*Loc. cit.*, pág. 459). «Los lactantes a los que se administra opio degeneran en pequeños viejecitos o retrogradan a monitos.» (*Loc. cit.*, pág. 460.) Como se ve, la India y la China se vengan de Inglaterra.



médico del Privy Council\*<sup>16</sup> inglés y redactor-jefe de los informes sobre *Public Health*, «disculpará la profunda repugnancia con que contemplo toda amplia ocupación industrial de mujeres adultas».<sup>134</sup> «Será», exclama el inspector fabril R. Baker en un informe oficial, «efectivamente una suerte para los distritos manufactureros de Inglaterra que se prohíba trabajar en cualquier fábrica a toda mujer casada que tenga familia».<sup>135</sup>

La atrofia moral debida a la explotación capitalista del trabajo de las mujeres y de los niños ha sido tan completamente expuesta por F. Engels en su *Situación de la clase trabajadora de Inglaterra* y por otros escritores, que me limito aquí a recordarla. Pero la esterilización intelectual artificialmente producida por la transformación de seres humanos aún por madurar en meras máquinas para la fabricación de plusvalía —y que hay que distinguir muy bien de aquella ignorancia espontánea que deja el espíritu en barbecho sin pudrir su capacidad de desarrollo, su fertilidad natural—, obligó al final al mismo parlamento inglés a estatuir, en todas las industrias sometidas a la ley fabril, la instrucción elemental como condición legal del uso «productivo» de niños de menos de 14 años. El espíritu de la producción capitalista irradiaba brillantemente de la vil redacción de las llamadas cláusulas educativas de las leyes fabriles, de la falta de aparato administrativo, falta que hacía en gran parte ilusoria esta instrucción obligatoria, de la misma oposición de los fabricantes a esa ley de instrucción, y de sus trucos y disimulos prácticos para darle la vuelta a la legislación.

«Al legislativo sólo hay que reprochar el haber promulgado una ley engañosa (delusive law) que, con la apariencia de velar por la educación de los niños, no contiene una sola determinación por la que se pueda garantizar la finalidad pretextada. La ley no determina nada, salvo que los niños se tienen que encerrar durante cierto número de horas» (3 horas) «al día entre las cuatro paredes de un lugar bautizado con el nombre de escuela, y que el que usa a los niños tiene que obtener semanalmente sobre ello un certificado de una persona que firme con su nombre como maestro o maestra de escuela.»<sup>136</sup>

Antes de que se promulgara la ley fabril enmendada de 1844 no eran infrecuentes los certificados de asistencia a la escuela firmados

<sup>134</sup> *Loc. cit.*, pág. 37.

<sup>135</sup> *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, pág. 59. Este inspector fabril había sido antes médico.

<sup>136</sup> LEONARD HORNER en *Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1857*, pág. 17.

\*<sup>16</sup> El Privy Council, Consejo Privado, es una institución medieval, hoy sin importancia política, resto del forcejeo de la Monarquía con el Parlamento. El Privy Council asesora a la Corona sin responder ante el Parlamento.

por maestros o maestras con una cruz, porque tampoco ellos sabían escribir.

«En la visita que hice a una de esas escuelas que entregan certificados me impresionó tanto la ignorancia del maestro que le dije: 'Haga el favor, caballero, ¿sabe usted leer?' Su respuesta fue: 'Ih, jeh, Ebbes (summat).'\*<sup>17</sup> Y añadió para justificarse: 'En todo caso, sé más que mis alumnos'».

Durante la preparación del act de 1844 los inspectores fabriles denunciaron el lamentable estado de los lugares bautizados con el nombre de escuelas. Todo lo que consiguieron imponer fue que desde 1844

«las cifras del certificado escolar tienen que estar rellenas con la escritura del maestro, así como su nombre y su apellido tienen que estar firmados por él.»<sup>137</sup>

Sir John Kincaid, inspector fabril para Escocia, cuenta experiencias oficiales parecidas.

«La primera escuela que visitamos estaba dirigida por una cierta Mrs. Ann Killin. Cuando le pedí que deletreara su nombre hizo ya la primera falta, pues empezó con la letra C, pero se corrigió en seguida diciendo que su nombre empezaba por K. Al mirar su firma en los libros de certificación observé, sin embargo, que la escribía de maneras diferentes y que su escritura no dejaba duda alguna acerca de su incapacidad de enseñar. Ella misma reconoció, además, que no era capaz de llevar el registro... En otra escuela hallé que el aula tenía 15 pies de largo y 10 pies de ancho y conté en ese espacio 75 niños que gruñían algo ininteligible.»<sup>138</sup> «Pero no se trata sólo de semejantes covachas lamentables en las que los niños obtienen certificados escolares, aunque no instrucción, sino que, además, en muchas escuelas con maestro competente los esfuerzos de éste fracasan casi del todo por el perturbador lío de niños de todas las edades, desde los tres años. La vida del maestro, miserable en el mejor de los casos, depende totalmente del número de pence que recibe de la mayor cantidad de niños que sea posible embutir en una habitación. A eso se añade la escasez del mobiliario, la falta de libros y demás material escolar y el deprimente efecto que tiene en los mismos pobres niños un aire cargado y repulsivo. He estado en muchas de esas escuelas en las que he visto filas enteras de niños que no hacían absolutamente nada; y se certifica que eso es asistencia a la escuela, y estos niños figuran en la estadística oficial como niños instruidos (educated).»<sup>139</sup>

<sup>137</sup> *Id.*, en *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1855*, págs. 18, 19.

<sup>138</sup> SIR JOHN KINCAID en *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1858*, páginas 31, 32.

<sup>139</sup> LEONARD HORNER en *Reports, etc., for 30th Apr. 1857*, págs. 17, 18.

\*<sup>17</sup> «¡Ay, sí, un poco!» No es inglés culto.



En Escocia los fabricantes intentan excluir todo lo que pueden a los niños todavía sometidos a la obligación escolar.

«Eso basta para probar la gran hostilidad de los fabricantes a las cláusulas educativas.»<sup>140</sup>

El hecho se manifiesta a la vez grotesca e indignantemente en los estampados de algodón y otros, regulados por una ley fabril especial. Según las disposiciones de la ley,

«todo niño, antes de ser empleado en una de estas fábricas de estampados, tiene que haber ido a la escuela por lo menos 30 días y no menos de 150 horas durante los 6 meses que preceden inmediatamente al primer día de su trabajo. Mientras dure su ocupación en la fábrica de estampados tiene también que acudir a la escuela por un período de 30 días y 150 horas durante cada período de 6 meses... La asistencia a la escuela tiene que ocurrir entre las 8 de la mañana y las 6 de la tarde. No se contará como parte de las 150 horas ninguna asistencia de menos de 2 1/2 horas o de más de 5 horas en un mismo día. En circunstancias habituales los niños asisten a la escuela por la mañana y por la tarde durante 30 días, 5 horas diarias, y, transcurridos los 30 días, si se ha alcanzado la suma total estatutaria de 150 horas y si, por utilizar su modo de hablar, han acabado su libro, vuelven a la fábrica de estampados, en la que se quedan 6 meses más, hasta que cae otro plazo de asistencia a escuela, y entonces acuden a la escuela hasta que de nuevo acaban el libro que les toque... Numerosísimos muchachos que asisten a la escuela durante las 150 horas preceptivas se encuentran, a su vuelta de la estancia de seis meses en la fábrica, tal como estaban al principio de todo... Han perdido, naturalmente, de nuevo todo lo que habían ganado por su anterior estancia en la escuela. En otras industrias de estampados de algodón la asistencia a la escuela se hace depender totalmente de las necesidades del negocio. La cifra de horas exigida se completa durante cada período de seis meses mediante descuentos de 3 a 5 horas a la vez que se reparten, quizás, por más de 6 meses. P. e., un día se asiste a la escuela desde las 8 hasta las 11 de la mañana; otro día desde la 1 hasta las 4 de la tarde; luego el niño deja de asistir a la escuela durante varios días, y entonces aparece de repente una tarde y se queda desde las 3 hasta las 6; luego asiste quizá 3 ó 4 días seguidos, o una semana, desaparece de nuevo por 3 semanas o por todo un mes, y vuelve algunos días de desperdicio de la fábrica, para ganar unas pocas horas ahorradas cuando el que lo utiliza no lo necesita casualmente; y así va el niño a empujones (buffeted), por así decirlo, de un lado a otro, de la escuela a la fábrica, de la fábrica a la escuela, hasta que se contabiliza la suma de las 150 horas.»<sup>141</sup>

<sup>140</sup> SIR JOHN KINCAID en *Rep. Insp. Fact. 31st Oct. 1856*, pág. 66.

<sup>141</sup> A. REDGRAVE en *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1857*, págs. 41-43. En las ramas industriales inglesas en las que impera desde hace mucho tiempo el act fabril propiamente dicho (no el Print Work's Act últimamente aludido en el texto) los obstáculos opuestos a las cláusulas educativas se han superado hasta cierto punto en los últimos años. En las industrias no sometidas a la legislación fabril siguen dominando mucho las opiniones del fabricante vidriero J. Geddes, que edificó como

Mediante el predominante añadido de niños y mujeres al personal combinado de trabajo, la maquinaria rompe finalmente la resistencia que todavía en la manufactura el trabajador masculino oponía al despotismo del capital.<sup>142</sup>

#### b) Prolongación de la jornada de trabajo

Aunque la maquinaria es el medio más poderoso para aumentar la productividad del trabajo, esto es, para acortar el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, el hecho es que, en cuanto portadora del capital, se convierte por de pronto, en las industrias que conquista directamente, en el medio más poderoso para prolongar la jornada de trabajo por encima de todo límite conforme con la naturaleza. Crea, por una parte, nuevas condiciones que capacitan al capital para soltar las riendas de esta constante tendencia suya, y, por otra parte, nuevos motivos para aguzar su hambre insaciable de trabajo ajeno.

Al principio se independizan en la maquinaria el movimiento y la actividad del medio de trabajo frente al trabajador. Se constituye propiamente un perpetuum mobile que iría produciendo ininterrumpidamente si no tropezara con ciertas limitaciones naturales de sus ayudantes humanos: su debilidad corporal y su propia voluntad. Como capital —pues como tal posee el autómata consciencia y voluntad en el capitalista—, ese aparato está animado por el impulso de forzar para reducirla a la resistencia mínima esa dócil pero elástica limitación natural humana.<sup>143</sup> Por lo demás, esa resistencia queda ya disminuida por la

sigue al comisario investigador White: «A lo que se me alcanza, la gran cantidad de instrucción que ha disfrutado una parte de la clase obrera en los últimos años es un mal. Es peligrosa, porque los hace demasiado independientes.» (*Children's Empl. Commission, IV Report*, Lond. 1865, pág. 253.)

<sup>142</sup> «El señor E., un fabricante, me informó de que emplea exclusivamente a mujeres en sus telares mecánicos; dice que prefiere mujeres casadas, sobre todo las que tienen familia en casa que dependa de ellas para su subsistencia; son mucho más atentas y capaces de aprender que las solteras, y están obligadas a esforzarse hasta el último límite de sus fuerzas con objeto de procurarse los medios de vida necesarios. De este modo las virtudes, las virtudes características del carácter femenino, se invierten en su daño; de este modo se transforma toda la eticidad y la ternura de su naturaleza en medio de su esclavitud y de su sufrimiento.» (*Ten Hours' Factory Bill. The Speech of Lord Ashley, 15th March*, Lond. 1844, pág. 20).

<sup>143</sup> «Desde la introducción generalizada de máquinas costosas la naturaleza humana se ve requerida muy por encima de su fuerza media.» (ROBERT OWEN, *Observations on the effects of the manufacturing system*, 2nd ed., Lond. 1817 [página 16].)



aparente facilidad del trabajo en la máquina y por la docilidad y mayor flexibilidad del elemento femenino e infantil.<sup>144</sup>

La productividad de la maquinaria está, como hemos visto, en razón inversa de la magnitud del elemento de valor que transmite a la obra hecha. Cuanto más largo el período durante el cual funciona, tanto mayor la masa de producto por la que se reparte el valor que ella añade y tanto menor la parte de valor que añade a cada mercancía individual. Mas el período de vida activa de la maquinaria está evidentemente determinado por la duración de la jornada de trabajo, o la duración del proceso cotidiano de trabajo, multiplicada por el número de días que se repite.

El desgaste de la máquina no corresponde en modo alguno con exactitud matemática a su tiempo de utilización. Pero incluso suponiendo eso, una máquina que sirva 16 horas durante 7 1/2 años abarca un período de producción tan grande como el de una máquina que durante 15 años sólo trabaje 8 horas diarias, y no añade más valor que ésta al producto total. Pero en el primer caso el valor de la máquina se reproduciría dos veces más deprisa que en el último, y el capitalista se habría tragado gracias a la máquina en 7 1/2 años tanto plus-trabajo como en 15 en el otro caso.

El desgaste material de la máquina es doble. El uno procede de su uso, igual que las monedas se desgastan por la circulación; el otro de que no se la use, al modo como una espada sin utilizar se oxida en su vaina. En este caso se trata de su consumo por los elementos.

<sup>144</sup> Los ingleses, que tienden a considerar la forma empírica primera de manifestación de una cosa como fundamento de ella, aducen frecuentemente el gran raptó de niños (digno de Herodes) cometido por el capital en los comienzos del sistema fabril en los asilos y orfanatos y con el cual consiguió asimilarse un material humano totalmente desprovisto de voluntad, como fundamento de los largos tiempos de trabajo en las fábricas. Así, por ejemplo, Fielden, fabricante inglés él mismo: «Es evidente ... que el largo tiempo de trabajo se produjo por la circunstancia de que se ha conseguido un número tan elevado de niños desasistidos procedentes de varios lugares del país que los dueños se vieron independientes de las manos y que, una vez asentada la costumbre por medio de los míseros materiales que se habían procurado de ese modo, pudieron imponerla a sus vecinos con la mayor facilidad.» (J. FIELDEN, *The Curse of the Factory System*, Lond. 1836, página 11.) Respecto del trabajo de las mujeres dice el inspector fabril Saunders en el informe fabril de 1844: «Entre las trabajadoras hay mujeres que trabajan ininterrumpidamente muchas semanas, salvo unos pocos días, desde las 6 de la mañana hasta las 12 de la noche, con menos de 2 horas para las comidas, de modo que durante 5 días de la semana no les quedan de las 24 horas del día más que 6 para ir a su casa y volver de ella y para descansar en la cama.»

El desgaste del primer tipo está en mayor o menor medida en razón directa de su uso, el último, hasta cierto punto, en razón inversa.<sup>145</sup>

Además de al desgaste material, la máquina está sujeta a un desgaste moral, por decirlo así. Pierde valor de cambio en la medida en que se puede reproducir más barato máquinas de la misma construcción o aparecen en concurrencia con ella máquinas mejores.<sup>146</sup> En ambos casos, su valor, por joven y robusta que aún esté la máquina, no se determina ya por el tiempo de trabajo necesario realmente objetivado en ella, sino por el necesario para su propia reproducción o para la reproducción de las máquinas mejores. Por eso queda más o menos desvalorada. Cuanto más corto el período en que se reproduce su valor total, tanto menor el peligro de desgaste moral, y cuanto más larga la jornada de trabajo, tanto más corto ese período. En la primera introducción de maquinaria en cualquier rama de la producción se precipitan unos tras otros nuevos métodos para reproducirla más barato<sup>147</sup> y perfeccionamientos que afectan no sólo a partes o aparatos individuales, sino también a toda su construcción. Por eso este particular motivo de prolongación de la jornada de trabajo actúa con la mayor agudeza en el primer período de vida de una maquinaria.<sup>148</sup>

Con las demás circunstancias iguales y jornada de trabajo dada, la explotación de un número doble de trabajadores exige duplicación tanto de la parte del capital constante gastada en maquinaria e instalaciones cuanto de la parte gastada en materia prima, materias auxiliares, etc. Al prolongarse la jornada de trabajo se expansiona la escala de la producción, mientras que la parte del capital invertida en ma-

<sup>145</sup> «Ocasión ... de daño de las partes móviles delicadas del mecanismo metálico por inacción.» (URE, *loc. cit.*, pág. 281.)

<sup>146</sup> El «hilador de Manchester» ya citado (*Times*, 26 de noviembre de 1862) enumera entre los costes de la maquinaria: «Ésta» (la «deducción por deterioración de la maquinaria») «se supone que cubre también la pérdida que se produce constantemente por quedarse anticuadas las máquinas, antes de haberse desgastado del todo, a causa de otras de nueva y mejor construcción».

<sup>147</sup> «Se estima a grandes rasgos que construir una sola máquina según un nuevo modelo cuesta cinco veces más que la reconstrucción de la misma máquina según el mismo modelo.» (BABBAGE, *loc. cit.*, págs. 211, 212.)

<sup>148</sup> «Desde hace algunos años se han conseguido tan importantes y numerosas mejoras en la fabricación de tules que una máquina bien conservada con un precio de coste inicial de 1.200 lib. est. se vendía algunos años más tarde a 60 libras esterlinas... Los perfeccionamientos se sucedieron a tal velocidad que hubo máquinas que se quedaron sin terminar en manos de sus constructores porque habían quedado anticuadas por inventos más afortunados.» Por eso en ese período tempestuoso e impetuoso los fabricantes de tules prolongaron pronto el inicial tiempo de trabajo de 8 horas, con equipos dobles, hasta las 24 (*loc. cit.*, pág. 233).



quinaria e instalaciones se mantiene inalterada.<sup>149</sup> Por eso no sólo aumenta la plusvalía, sino que, además, disminuyen las inversiones necesarias para explotarla. Es verdad que eso ocurre también, en mayor o menor medida, en toda prolongación de la jornada de trabajo, pero en este caso el hecho pesa más decisivamente porque también pesa más la parte de capital convertida en medio de trabajo.<sup>150</sup> Pues el desarrollo del proceso maquinista vincula una parte constantemente creciente del capital en una forma en la cual, por una parte, es valorizable constantemente y, por otra, pierde valor de uso y valor de cambio en cuanto que se interrumpe su contacto con el trabajo vivo. «Cuando un labrador», instruyó el señor Ashworth, un magnate inglés del algodón, al profesor Nassau W. Senior,

«cuando un labrador deja la pala, hace inútil por ese período un capital que vale 18 d. Cuando uno de nuestros hombres» (o sea, un obrero industrial) «deja la fábrica, hace inútil un capital que ha costado 100.000 libras.»<sup>151\*18</sup>

¡Imagínese! ¡Hacer «inútil», aunque sólo sea por un instante, un capital que ha costado 100.000 lib. est.! ¡Efectivamente clama al cielo que uno de nuestros hombres salga ni siquiera una vez de la fábrica! La dimensión creciente de la maquinaria, comprende Senior instruido por Ashworth, hace «deseable» una prolongación cada vez mayor de la jornada de trabajo.<sup>152</sup>

<sup>149</sup> «Es evidente que, además de los altos y bajos del mercado y de las alternantes expansiones y contracciones de la demanda, se repetirán constantemente ocasiones en las cuales el industrial puede emplear más capital flotante sin emplear más capital fijo... si es posible manufacturar más cantidades de materia prima sin incurrir en gastos adicionales en instalaciones y maquinaria.» (R. TORRENS, *On Wages and Combinations*, Lond. 1834, pág. 64.)

<sup>150</sup> La circunstancia mencionada en el texto se cita sólo por completar, pues hasta el Tercer Libro no trato la cuota de beneficio, esto es, la razón de la plusvalía al capital total adelantado.

<sup>151</sup> «When a labourer», said Mr. Ashworth, «lays down his spade, renders useless, for that period, a capital worth 18 d. When one of our people leaves the mill, he renders useless a capital that has cost 100.000 pounds». (SENIOR, *Letters on the Factory Act*, Lond. 1837, pág. 14.)

<sup>152</sup> «La gran proporción del capital fijo respecto del circulante... hace deseables largas horas de trabajo.» Con la dimensión creciente de la maquinaria, etc., «se harán mayores los motivos para largos tiempos de trabajo, único medio por el cual se puede hacer beneficiosa una gran proporción de capital fijo». (*Loc. cit.*, páginas 11-14). «Hay diferentes gastos que permanecen constantes en una fábrica,

\*18 Aquí hay un descuido en las 4 ediciones de *Capital I*, pues Senior escribe 100 libras, no 100.000.

La máquina produce plusvalía relativa no sólo porque desvalora directamente la fuerza de trabajo y la abarata indirectamente mediante el abaratamiento de las mercancías que entran en su reproducción, sino también porque en su primera implantación esporádica convierte el trabajo utilizado por el poseedor de la máquina en trabajo potenciado, eleva el valor social del producto de máquina por encima de su valor individual y permite así al capitalista reponer el valor diario de la fuerza de trabajo con una parte de valor más pequeña del producto diario. Por eso, durante el período de transición en que la explotación maquinista es una especie de monopolio, las ganancias son extraordinarias, y el capital intenta explotar a fondo ese «tiempo primero del joven amor» mediante la mayor prolongación posible de la jornada de trabajo. La magnitud de la ganancia afila el hambre de ganancia.

Con la generalización de la maquinaria en la rama de producción de que se trate disminuye el valor social del producto maquinista hasta alcanzar su valor individual, y se impone la ley de que la plusvalía no brota de las fuerzas de trabajo que el capitalista ha substituido por la máquina, sino, a la inversa, de las fuerzas de trabajo que ocupa en ella. La plusvalía brota sólo de la parte variable del capital, y hemos visto que la masa de la plusvalía está determinada por dos factores, la cuota de plusvalía y el número de trabajadores empleados simultáneamente. Dada la duración de la jornada de trabajo, la cuota de plusvalía está determinada por la razón según la cual la jornada de trabajo se descompone en trabajo necesario y plustrabajo. El número de trabajadores empleados a la vez depende, por su parte, de la razón de la parte variable del capital a la parte constante. Está claro que la explotación maquinista, cualquiera que sea el modo como amplíe el plustrabajo a costa del trabajo necesario mediante el aumento de la fuerza productiva del trabajo, no produce ese resultado más que disminuyendo el número de obreros ocupados por un capital dado. La explotación maquinista convierte una parte del capital que antes era variable, esto es, que se transforma en fuerza de trabajo, en maquinaria, o sea, en capital constante que no produce ninguna plusvalía. Es imposible, p. e., exprimir de dos obreros tanta plusvalía como de 24. Si cada uno de los 24 obreros suministra sólo una hora de plusvalía de cada 12, todos juntos suministran 24 horas de plustrabajo, mientras que el trabajo

trabaje ésta más o menos tiempo, p. e., alquileres de los edificios, impuestos locales y generales, seguro contra incendios, salario de los distintos obreros fijos, degradación de la maquinaria, junto con varias otras cargas cuya proporción respecto del beneficio disminuye en la misma medida en que aumenta la dimensión de la producción.» (*Reports of the Insp. of Fact. for 1st Oct. 1862*, pág. 19.)



total de los dos obreros importa sólo 24 horas. Hay, pues, una contradicción inmanente en la aplicación de la maquinaria a la producción de plusvalía, puesto que de los dos factores de la plusvalía que arroja un capital de dimensión determinada esa aplicación aumenta uno de ellos, la cuota de plusvalía, exclusivamente, disminuyendo el otro factor, el número de obreros. Esta contradicción inmanente sale a la luz en cuanto que, con la generalización de la maquinaria en una rama industrial, el valor de la mercancía producida a máquina se convierte en valor social regulador de todas las mercancías de la misma especie; y es esa contradicción la que, a su vez, impulsa al capital, sin que éste tenga consciencia de ello,<sup>153</sup> a prolongar por la fuerza la jornada de trabajo, con objeto de compensar la disminución del número relativo de trabajadores explotados mediante el aumento no sólo de la plusvalía relativa, sino también de la absoluta.

Si, pues, la aplicación capitalista de la maquinaria crea, por un lado, nuevos y poderosos motivos para la desmedida prolongación de la jornada de trabajo y subvierte de tal manera el modo mismo de trabajar y el carácter del cuerpo social de trabajo que quiebra la resistencia a esa tendencia, por otro lado produce, en parte porque emplea a sectores de la clase trabajadora antes inaccesibles al capital, en parte porque suelta los trabajadores desplazados por la máquina, una población trabajadora superflua<sup>154</sup> que tiene que someterse a la ley que le dicta el capital. De ahí el notable fenómeno de la historia de la industria moderna de que la máquina arroje por la borda todos los límites morales y naturales de la jornada de trabajo. Y de ahí la paradoja económica de que el medio más potente para abreviar el tiempo de trabajo se convierta en el medio más infalible de transformar el entero tiempo de la vida del obrero y de su familia en tiempo de trabajo disponible para la valorización del capital. «Si toda herramienta», soñaba Aristóteles, el pensador más grande de la Antigüedad,

«si toda herramienta pudiera trabajar bajo órdenes, o acaso anticipándose, la operación que le corresponde, al igual que los artefactos de Dédalo se movían por sí mismos, o como los trípodes de Hefastos se ponían por moción propia al sagrado trabajo, si así las lanzaderas tejieran por sí mismas, no le harían falta ayudantes al maestro, ni a los señores esclavos.»<sup>155</sup>

<sup>153</sup> Por las primeras secciones del Libro Tercero se verá por qué esa contradicción inmanente no llega a consciencia del capitalista individual ni, por lo tanto, tampoco a la economía política, presa en sus concepciones.

<sup>154</sup> Uno de los mayores méritos de Ricardo consiste en haber entendido la maquinaria no sólo como medio de producción de mercancías, sino también como productora de «redundant population».

<sup>155</sup> F. BIESE, *Die Philosophie des Aristoteles*, Band 2, Berlin 1842, pág. 408.

Y Antípatros, un poeta griego de la época de Cicerón, saludó la invención de la rueda hidráulica para moler cereales, forma elemental de toda maquinaria productiva, como a liberadora de las esclavas e instauradora de la edad de oro.<sup>156</sup> «Los paganos, sí, los paganos.» Como lo ha descubierto el agudo Bastiat —y ya antes que él MacCulloch, todavía más listo—, los paganos no entendían nada de economía política ni de cristianismo. No entendían, entre otras cosas, que la máquina es el medio más seguro de prolongar la jornada de trabajo. Disculpaban, es verdad, la esclavitud del uno como medio del pleno desarrollo humano del otro. Pero predicar la esclavitud de las masas para transformar unos cuantos groseros o semicultos nuevos ricos en «eminent spinners», «extensive sausage makers» e «influential shoe black dealers»,<sup>\*19</sup> para eso les faltaba el necesario órgano específicamente cristiano.

### c) Intensificación del trabajo

La desmedida prolongación de la jornada de trabajo que acarrea la maquinaria en la mano del capital produce más tarde, como hemos visto, una reacción de la sociedad amenazada en su raíz vital y, con ella, una jornada de trabajo normal limitada por la legislación. Sobre la base de esa jornada, un fenómeno con el que ya nos hemos encontrado se desarrolla hasta cobrar importancia decisiva: a saber, la intensificación del trabajo. En el análisis de la plusvalía absoluta se trataba por de pronto de la magnitud extensional del trabajo, mientras que se presuponía como dado el grado de su intensidad. Ahora hemos de considerar la mutación de la magnitud extensiva en intensiva, en magnitud de grado.

<sup>156</sup> Doy aquí la traducción del poema según Stolberg porque, exactamente igual que las anteriores citas sobre división del trabajo, caracteriza la contraposición entre la visión antigua y la moderna.

«Descansad la mano que muele, oh molineras, y dormid suavemente. Que en vano el gallo os anuncie la aurora. Dico ha encargado a las ninfas la tarea de las muchachas. Y ya saltan ligeras por las ruedas Y los ejes temblorosos giran con sus radios Y mueven en círculo el peso de la piedra giratoria. Vivamos la vida de los antiguos padres y alegrémonos Sin trabajo de los dones que nos regala la diosa.»

(*Gedichte aus dem Griechischen übersetzt von CHRISTIAN GRAF ZU STOLBERG, Hamburg 1782.*)

<sup>\*19</sup> «Eminentes hiladores», «grandes fabricantes de embutidos», «influyentes comerciantes en betún para el calzado».



Es evidente que con el progreso del maquinismo y con la experiencia acumulada por una clase especial de obreros de máquina aumentan espontáneamente la velocidad del trabajo y, con ella, su intensidad. Y así en Inglaterra la prolongación de la jornada de trabajo va de la mano de la creciente intensidad del trabajo fabril. Pero de todos modos, se comprenderá que en un trabajo en el cual no se trata de paroxismos transitorios, sino de uniformidad regular repetida un día tras otro, tiene que presentarse un punto nodal en el que la ampliación de la jornada de trabajo y la intensidad del trabajo se excluyan recíprocamente, de tal modo que la prolongación de la jornada de trabajo no sea compatible más que con un grado de intensidad menor del trabajo y, recíprocamente, un grado de intensidad mayor sólo con la abreviación de la jornada de trabajo. En cuanto que la cólera paulatinamente creciente de la clase obrera obligó al estado a acortar por la fuerza el tiempo de trabajo y dictar, por de pronto, una jornada normal a la fábrica propiamente dicha, a partir, pues, del momento en que el aumento de la producción de plusvalía por prolongación de la jornada de trabajo quedó eliminado para siempre, el capital se lanzó con toda su fuerza y con plena consciencia a la producción de plusvalía relativa mediante un desarrollo acelerado del sistema maquinista. Al mismo tiempo se produce una alteración del carácter de la plusvalía relativa. En general, el método de producción de la plusvalía relativa consiste en capacitar al obrero, mediante un aumento de la fuerza productiva de los trabajadores, para producir más con el mismo gasto de trabajo en el mismo tiempo. Un mismo tiempo de trabajo sigue adhiriendo al producto total el mismo valor que antes, pero este valor de cambio igual se presenta ahora en más valores de uso y, por lo tanto, disminuye el valor de la mercancía individual. La cosa cambia cuando la disminución forzosa de la jornada de trabajo impone al trabajador, con el tremendo impulso que da al desarrollo de la fuerza productiva y a la economización de las condiciones de la producción, mayor gasto de trabajo en el mismo tiempo, más alta tensión de la fuerza de trabajo, más denso relleno de los poros del tiempo de trabajo, o sea, una condensación del trabajo en un grado que sólo se puede alcanzar en la jornada de trabajo acortada. Esta condensación de una masa de trabajo mayor en un período de tiempo dado cuenta ahora como lo que es, como mayor cantidad de trabajo. Junto a la medida del tiempo de trabajo como «magnitud extensa» aparece ahora la medida de su grado de condensación.<sup>157</sup> La hora,

<sup>157</sup> Como es natural, se producen diferencias en la intensidad de los trabajos de diferentes ramas de la producción. Esas diferencias se compensan, como ya lo

más intensa, de la jornada de diez horas contiene ahora tanto trabajo —esto es, tanta fuerza de trabajo gastada— como la hora, más porosa, de la jornada de doce horas, o contiene incluso más. Su producto tiene, pues, tanto valor o más valor que el de las más porosas 1 1/5 horas. Prescindiendo del aumento de la plusvalía relativa por la aumentada fuerza productiva del trabajo, ahora, p. e., 3 1/3 horas de plustrabajo por 6 2/3 horas de trabajo necesario suministran al capitalista la misma masa de valor que le procuraban antes 4 horas de plustrabajo sobre 8 horas de trabajo necesario.

La cuestión es: ¿cómo se intensifica el trabajo?

El primer efecto de la disminución de la jornada de trabajo se basa en la ley evidente de que la eficacia de la fuerza de trabajo está en razón inversa de su tiempo de acción. Por eso, dentro de ciertos límites, se gana en el grado de la exteriorización de fuerza lo que se pierde en su duración. Y de que el obrero descongele realmente más fuerza de trabajo, de eso se ocupa el capital mediante los métodos de pago.<sup>158</sup> En manufacturas en las que la maquinaria no tiene ninguna importancia o tiene poca —como la cerámica, por ejemplo—, la implantación de las leyes fabriles ha probado contundentemente que la mera disminución de la jornada de trabajo aumenta maravillosamente la regularidad, la uniformidad, el orden, la continuidad y la energía del trabajo.<sup>159</sup> Pero ese efecto parecía dudoso en la fábrica propiamente dicha, porque en ella ya hacía tiempo que la dependencia del obrero respecto del movimiento continuo y uniforme de la máquina había creado la disciplina más rigurosa. Por eso cuando en 1844 se discutía la disminución de la jornada de trabajo a menos de 12 horas, los fabricantes declararon casi unánimemente que

«sus vigilantes cuidaban de que las manos no perdieran tiempo alguno en los diferentes lugares de trabajo», «el grado de vigilancia y atención por parte de los trabajadores (the extent of vigilance and attention on the part of the workmen) no se podía aumentar prácticamente» y que, suponiendo constantes todas las demás circunstancias, como velocidad de la máquina, etc., «sería, por lo tanto, absurdo

mostró A. Smith, en parte por circunstancias concomitantes características de cada tipo de trabajo. Pero tampoco aquí se tiene ningún efecto en el tiempo de trabajo como medida del valor sino en la medida en que la magnitud intensiva y la extensiva se presentan como expresiones contrapuestas y recíprocamente excluyentes de una misma cantidad de trabajo.

<sup>158</sup> Principalmente por el salario a destajo o por pieza, forma que se desarrolla en la sección sexta.

<sup>159</sup> Véase *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1865*.



esperar ningún resultado apreciable, en fábricas bien dirigidas, de una intensificación de la atención, etc., de los trabajadores».<sup>160</sup>

Los experimentos refutaron esa afirmación. El señor R. Gardner hizo trabajar desde el 20 de abril de 1844 en sus dos grandes fábricas de Preston 11 horas diarias en vez de 12. Al cabo de un año aproximadamente se tuvo el resultado de que

«se había obtenido la misma cantidad de producto con los mismos costes, y todos los trabajadores ganaban en 11 horas el mismo salario que antes en 12.»<sup>161</sup>

Paso aquí por alto los experimentos realizados en las secciones de hilatura y cardado, porque estaban relacionados con un aumento de la velocidad de la maquinaria (en un 2 %). En cambio, en el departamento de tejidos, en el que, además, se tejían artículos de fantasía de tipos muy diferentes y con muestra, no se realizó ninguna alteración de las condiciones objetivas de la producción. El resultado fue éste:

«Del 6 de enero al 20 de abril de 1844, con jornada de doce horas, salario semanal medio de cada obrero 10 sh. 1 1/2 d.; del 20 de abril al 29 de junio de 1844, con jornada de once horas, salario semanal medio 10 sh. 3 1/2 d.»<sup>162</sup>

En este caso se produjo más en 11 horas que en 12 antes, exclusivamente a consecuencia de la constancia mayor y más regular de los trabajadores y de ahorro de su tiempo. Mientras ellos recibían el mismo salario y ganaban 1 hora de tiempo libre, el capitalista obtenía la misma masa de producto y ahorraba gastos de carbón, gas, etc., correspondientes a una hora. Experimentos análogos se realizaron con el mismo resultado en las fábricas de los señores Horrocks y Jacson.<sup>163</sup>

En cuanto que la reducción de la jornada de trabajo, que crea por de pronto la condición subjetiva de la condensación del trabajo, a saber, la capacidad del obrero de poner en acción más fuerza en un tiempo dado, se convierte en obligación legal, la máquina se convierte en manos

<sup>160</sup> *Reports of Insp. of Fact. for 1844 and the quarter ending 30th April 1845*, páginas 20, 21.

<sup>161</sup> *Loc. cit.*, pág. 19. Como el salario por pieza se mantuvo igual, la magnitud del salario semanal dependía de la cantidad de producto.

<sup>162</sup> *Loc. cit.*, pág. 20.

<sup>163</sup> *Loc. cit.*, pág. 21. El elemento moral tuvo un papel importante en los experimentos mencionados arriba. «Trabajamos con más ánimo», dijeron los obreros al inspector fabril, «tenemos siempre presente la ganancia de irnos antes por la noche, y un espíritu activo y alegre lo penetra todo en la fábrica, desde el ayudante más joven hasta el obrero más viejo, y podemos ayudarnos mucho unos a otros». (*Loc. cit.*)

del capital en medio objetivo y sistemáticamente aplicado de exprimir más trabajo en el mismo tiempo. Esto ocurre de dos maneras: mediante el aumento de la velocidad de la máquina y mediante el aumento de la maquinaria que ha de vigilar un mismo obrero, o de su campo de trabajo. El perfeccionamiento en la construcción de la maquinaria es en parte necesario para ejercer sobre el trabajador la mayor presión posible, y en parte es por sí mismo concomitante de la intensificación del trabajo, porque la limitación de la jornada de trabajo obliga al capitalista a administrar del modo más estricto los costes de producción. El perfeccionamiento de la máquina de vapor aumenta el número de sus golpes de émbolo por minuto y permite al mismo tiempo, por el aumentado ahorro de fuerza, mover con el mismo motor un mecanismo más amplio, con el mismo o menor consumo de carbón. El perfeccionamiento del mecanismo de transmisión disminuye los roces y —cosa que distingue muy llamativamente la maquinaria moderna de la antigua— reduce el diámetro y el peso de los árboles grandes y pequeños a un mínimo en constante disminución. Por último, los perfeccionamientos de la maquinaria de trabajo disminuyen su dimensión aumentando la velocidad y ampliando su efecto, como ocurre con el moderno telar de vapor, o bien aumentan, junto con su tronco, el alcance y el número de las herramientas que mueve, como ocurre con la máquina de hilar, o bien aumentan la movilidad de esas herramientas mediante inaparentes modificaciones de detalle, al modo como en la selfacting mule a mediados de los años cincuenta se aumentó la velocidad de los husos en 1/5.

La reducción de la jornada de trabajo a 12 horas data en Inglaterra de 1832. Ya en 1836 declaraba un fabricante inglés:

«Comparado con antes, el trabajo que hay que ejecutar en las fábricas ha aumentado mucho a consecuencia de la mayor atención y actividad que exige del obrero la aumentada velocidad de la maquinaria.»<sup>164</sup>

En el año 1844 Lord Ashley, ahora conde de Shaftesbury, pronunció en la Cámara de los Comunes la siguiente exposición documentada:

«El trabajo de los empleados en procesos fabriles es ahora tres veces mayor que cuando se implantaron esas operaciones. La maquinaria ha ejecutado, sin duda, una tarea que substituye los tendones y los músculos de millones de seres humanos, pero también ha aumentado prodigiosamente (prodigiously) el trabajo de los hombres dominados por su temible movimiento... El trabajo de vigilar de un lado para otro el funcionamiento de unas mules durante 12 horas, hilando es-

<sup>164</sup> JOHN FIELDEN, *loc. cit.*, pág. 32.



tambre del n.º 40, implicaba en el año 1815 recorrer una distancia de 8 millas. En el año 1832 la distancia que recorrer siguiendo un par de mules para hilar el mismo número durante 12 horas suponía 20 millas, y a menudo más. En 1825 el hilandero tenía que cortar 820 veces en cada mule durante las 12 horas, lo que hace un total de 1.640 operaciones de este tipo en las 12 horas. En el año 1832 el hilandero tenía que hacer en cada mule 2.200 de estas operaciones durante su jornada de doce horas, o sea, 4.400 en total; en el año 1844, 2.400 en cada mule, un total de 4.800; y en algunos casos la masa de trabajo (amount of labour) exigida es aún mayor... Tengo aquí en la mano otro documento de 1842 en el que se prueba que el trabajo aumenta progresivamente no sólo porque hay que recorrer una distancia mayor, sino también porque aumenta la cantidad de mercancías producidas, mientras que disminuye proporcionalmente el número de manos; y también porque ahora se hila a menudo algodón peor, que exige más trabajo... También en las secciones de cardado ha habido mucho aumento de trabajo. Una persona hace ahora el trabajo que antes se repartía entre dos... En los tejidos, que ocupan a gran cantidad de personas, sobre todo de sexo femenino, el trabajo ha aumentado un entero 10 % durante los últimos años a consecuencia de la mayor velocidad de la maquinaria. El año 1838 el número de hanks\*<sup>20</sup> hilados por semana era de 18.000; el año 1843 subió a 21.000. El año 1819 el número de picks\*<sup>21</sup> en el telar de vapor era de 60 por minuto, en el año 1842 era de 140, lo que indica un gran aumento de trabajo.»<sup>165</sup>

A la vista de la notable intensidad que había alcanzado el trabajo ya en 1844 bajo el imperio de la ley de las doce horas, pareció entonces justificada la declaración de los fabricantes ingleses de que todo progreso ulterior en esa dirección era imposible y, por lo tanto, toda disminución ulterior del tiempo de trabajo equivaldría a una disminución de la producción. El aparente acierto de su razonamiento se prueba del mejor modo por la siguiente y contemporánea manifestación del incansable censor de los fabricantes, el inspector fabril Leonard Horner:

«Como la cantidad producida está regulada principalmente por la velocidad de la maquinaria, tiene que ser interés del fabricante mover ésta con el grado extremo de velocidad que sea compatible con las siguientes condiciones: preservar la maquinaria de una destrucción demasiado rápida, mantener la calidad del artículo fabricado y atenerse a la capacidad del obrero de seguir el movimiento sin mayor esfuerzo del que puede dar de sí de un modo continuado. Ocurre a menudo que el fabricante, en su precipitación, acelera demasiado el movimiento. Entonces las roturas y la mala calidad del producto compensan de sobras la velocidad, y el fabricante se ve obligado a moderar la marcha de la maquinaria. Como un fabricante activo e inteligente averigua el máximo alcanzable, llegué a la conclusión de que es imposible producir en 11 horas tanto como en 12. Admití además que

<sup>165</sup> LORD ASHLEY, *loc. cit.*, págs. 6-9, *passim*.

\*<sup>20</sup> Madejas.

\*<sup>21</sup> Golpes que da la máquina a la lanzadera.

el trabajador pagado a destajo se esfuerza al máximo en la medida en que puede aguantar de modo continuo un mismo grado de trabajo.»<sup>166</sup>

Consiguientemente, y a pesar de los experimentos de Gardner, etc., Horner concluyó que una reducción ulterior de la jornada de trabajo por debajo de las 12 horas tenía que disminuir la cantidad del producto.<sup>167</sup> Él mismo cita 10 años más tarde su reserva de 1845 como prueba de lo escasamente que comprendió entonces la elasticidad de la maquinaria y de la fuerza de trabajo humana, las cuales ambas se pueden poner en suma tensión y homogéneamente mediante la reducción obligatoria de la jornada de trabajo.

Pasemos al período posterior a 1847, a la implantación de la ley de las diez horas en las fábricas inglesas del algodón, la lana, la seda y el lino.

«La velocidad de los husos ha aumentado en 500 revoluciones por minuto en los throstles y 1.000 en las mules, o sea, que la velocidad de los husos de throstle, que en 1839 era de 4.500 revoluciones por minuto, es hoy» (1862) «de 5.000, y la de los husos de mule, que era de 5.000, importa ahora 6.000 por minuto; eso suma en el primer caso 1/10 y en el segundo 1/6 de velocidad añadida.»<sup>168 \*22</sup>

Jas. Nasmyth, el célebre ingeniero civil de Patricroft, cerca de Manchester, expuso en 1852, en una carta a Leonard Horner, los perfeccionamientos introducidos en la máquina de vapor en 1848-1852. Después de observar que el caballo de vapor —que en la estadística fabril oficial se seguía estimando según su efecto en el año 1828<sup>169</sup>— es ya puramente nominal y sólo puede servir de índice de la fuerza real, dice entre otras cosas:

«No hay ninguna duda de que maquinaria de vapor del mismo peso, a menudo las mismas e idénticas máquinas, con sólo la aplicación de los perfecciona-

<sup>166</sup> *Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1845*, pág. 20.

<sup>167</sup> *Loc. cit.*, pág. 22.

<sup>168</sup> *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, pág. 62.

<sup>169</sup> Esto ha cambiado con el «Parliamentary Return» de 1862. En él los caballos de fuerza de vapor reales de las modernas máquinas de vapor y ruedas hidráulicas sustituyen a los nominales (ver nota 109<sup>a</sup>, pág. 352\*<sup>22bis</sup>). Además, los husos para torcidos no se cuentan ya juntos con los husos propiamente dichos, los de hilado (como ocurría en los «Returns» de 1839, 1850 y 1856); también se añade para las fábricas laneras el número de «gigs»<sup>\*23</sup> y se distingue entre fábricas de yute y de cáñamo, por una parte, y de lino por otra; por último, se introduce por vez primera en el informe los géneros de punto.

\*<sup>22</sup> En las 4 ediciones publicadas por Marx o Engels se lee aquí 1/5 en vez de 1/6.

\*<sup>22bis</sup> En esta edición, pág. 20.

\*<sup>23</sup> «Batanés.»



mientos modernos, ejecutan por término medio 50 % más de trabajo que antes, ni de que en muchos casos las mismas idénticas máquinas que en los tiempos de la velocidad limitada a 220 pies por minuto suministraban 50 caballos de fuerza, hoy, con menos consumo de carbón, suministran más de 100... La máquina de vapor moderna de los mismos caballos nominales se mueve con más potencia que antes a consecuencia de los perfeccionamientos incorporados a su construcción, del menor volumen y la construcción de la caldera, etc... Por lo tanto, aunque se emplea el mismo número de manos que antes en relación con los caballos de fuerza nominales, se utilizan menos manos en relación con la maquinaria de trabajo.»<sup>170</sup>

En el año 1850 las fábricas del Reino Unido utilizaron 134.217 caballos de fuerza nominales para mover 25.638.716 husos y 301.445 telares. El año 1856 el número de husos y el de telares eran respectivamente 33.503.580 y 369.205. Si el caballo de fuerza hubiera seguido siendo igual que en 1850, en 1856 habrían hecho falta 175.000. Pero según la lista oficial eran sólo 161.435, o sea, más de 10.000 caballos de fuerza menos que contando según la base de 1850.<sup>171</sup>

«Los hechos establecidos por el último return» (estadística oficial) «de 1856 son que el sistema fabril se extiende a velocidad arrebatadora, ha disminuido el número de manos respecto de la maquinaria, la máquina de vapor mueve mayor peso de máquinas a consecuencia del ahorro de energía y otros métodos, y se consigue más cantidad de obra gracias a máquinas de trabajo perfeccionadas, cambio de métodos de fabricación, aumento de la velocidad de la maquinaria y muchas otras causas.»<sup>172</sup> «Las grandes mejoras implantadas en máquinas de todas clases han aumentado mucho su productividad. Sin ninguna duda fue la reducción de la jornada de trabajo... el aguijón de esos perfeccionamientos. Éstos y el más intenso esfuerzo del obrero hicieron que hoy se suministre tanta obra en la jornada reducida» (reducida en dos horas, o sea, 1/6) «como antes durante la jornada larga.»<sup>173</sup>

Que el enriquecimiento de los fabricantes aumentó con la explotación más intensa de la fuerza de trabajo lo prueba ya la simple circunstancia de que el crecimiento medio de las fábricas inglesas de la lana y el algodón fue de 32 al año entre 1838 y 1850, y de 86 anuales entre 1850 y 1856.\*<sup>24</sup>

<sup>170</sup> *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1856*, págs. 14, 20.

<sup>171</sup> *Loc. cit.*, págs. 14, 15.

<sup>172</sup> *Loc. cit.*, pág. 20.

<sup>173</sup> *Reports, etc., for 31st Oct. 1858*, pág. 10. Cfr. *Reports, etc., for 30st April 1860*, págs. 30 ss.

\*<sup>24</sup> En las cuatro ediciones publicadas por Marx o Engels las cifras 32 y 86 son porcentajes. MEW corrige tal como se recoge aquí, sobre la base de la fuente probablemente utilizada por Marx en este paso, los *Reports of Inspectors of Factories for 31st October 1856*, Lond. 1857, pág. 12.

Por grande que fuera el progreso de la industria inglesa en los ocho años que van de 1848 a 1856, bajo el dominio de la jornada de trabajo de diez horas, fue de nuevo ampliamente superado en el siguiente período de seis años, de 1856 a 1862. En las fábricas sederas, p. e.: 1856: 1.093.799 husos; 1862: 1.388.544; 1856: telares: 9.260; 1862: 10.709. En cambio: 1856: obreros: 56.137; 1862: 52.429. Eso arroja aumento del número de husos en un 26,9 % y del de telares en un 15,6 %, con simultánea disminución del número de obreros en un 7 %. El año 1850 se emplearon en las fábricas de worsted\*<sup>25</sup> 875.830 husos; en 1856, 1.324.549 (aumento del 51,2 %) y en 1862, 1.289.172 (disminución del 2,7 %). Pero si se deducen los husos para torcidos, que figuran en el censo de 1856, pero no en el de 1862, el número de husos es bastante estacionario desde 1856. En cambio, la velocidad de husos y telares se había duplicado en muchos casos desde 1850. Número de telares de vapor en la fabricación de worsted en 1850: 32.617; en 1856: 38.956; y en 1862: 43.048. Al mismo tiempo estaban empleados: en 1850, 79.737 personas; en 1856, 87.794 y en 1862, 86.063; pero de ellas eran niños de menos de 14 años: en 1850, 9.956; en 1856, 11.228; y en 1862, 13.178. Así, pues, pese al aumento del número de telares en 1862 en comparación con 1856, disminuyó el número total de obreros empleados, pero aumentó el de niños explotados.<sup>174</sup>

El 27 de abril de 1863 el miembro del parlamento Ferrand declaró en la Cámara baja:

«Delegados obreros de 16 distritos de Lancashire y el Cheshire, por encargo de los cuales hablo, me han comunicado que el trabajo en las fábricas aumenta constantemente a consecuencia del perfeccionamiento de la maquinaria. Mientras que antes una persona con ayudantes atendía a dos telares, ahora sirve a tres sin ayudante, y no es nada infrecuente que una persona sirva a cuatro, etc. Doce horas de trabajo, como se desprende de los hechos comunicados, se comprimen ahora en menos de 10 horas de trabajo. Es, pues, evidente que las fatigas de los obreros fabriles han aumentado enormemente desde los últimos años.»<sup>175</sup>

<sup>174</sup> *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, págs. 100, 103, 129, 130.

<sup>175</sup> Con el moderno telar de vapor, un tejedor fabrica ahora, en 60 horas semanales y en dos telares, 26 piezas de cierto tipo y determinado ancho y largo, de las cuales no podía fabricar en el viejo telar de vapor más que 4. Los costes de tejido de una de esas piezas habían bajado ya a principios de los años 1850 de 2 sh. 9 d. a 5 1/8 d.

Añadido en la 2.ª edición: «Hace 30 años» (en 1841) «se exigía a un hilandero de algodón con 3 ayudantes sólo que vigilara un par de mules con 300 a 324 husos. Ahora» (finales de 1871) «con 5 ayudantes tiene que vigilar mules cuyo

\*<sup>25</sup> Estambre.



Por eso los inspectores fabriles, aunque elogian incansablemente y con toda razón los favorables resultados de las leyes fabriles de 1844 y 1850, confiesan de todos modos que la reducción de la jornada de trabajo ha producido ya una intensidad de trabajo que destruye la salud de los obreros, o sea, la fuerza de trabajo misma.

«En la mayoría de las fábricas de algodón, estambre y seda, el agotador estado de excitación necesario para el trabajo con la maquinaria, cuyo movimiento se ha acelerado tan extraordinariamente en los últimos años, resulta una de las causas del aumento de la mortalidad por enfermedades pulmonares probado por el Dr. Greenhow en su último y admirable informe.»<sup>176</sup>

No hay la menor duda de que la tendencia del capital a compensarse mediante la elevación sistemática del grado de intensidad del trabajo en cuanto que la ley le impide de una vez para siempre la prolongación de la jornada de trabajo, y a convertir toda mejora de la maquinaria en un medio para absorber más fuerza de trabajo, tiene que conducir pronto a otro punto de inflexión en el que se haga inevitable otra disminución de las horas de trabajo.<sup>177</sup> Por otra parte, la tempestuosa marcha de la industria inglesa desde 1848 hasta el presente, o sea, durante el período de la jornada de diez horas, supera el período de 1833 a 1847, o sea, el de la jornada de doce horas, mucho más todavía que este último al medio siglo transcurrido entonces desde la implantación del sistema fabril, esto es, el período de la jornada de trabajo limitada.<sup>178</sup>

#### 4. La fábrica

Al comienzo de este capítulo consideramos el cuerpo de la fábrica, la articulación del sistema de máquinas. Vimos entonces que la maquinaria aumenta el material de explotación humano del capital mediante la apropiación del trabajo de las mujeres y de los niños, igual que confisca todo el tiempo vital del trabajador mediante una ampliación des-

número de husos es de 2.200, y produce por lo menos siete veces más hilado que en 1841.» (ALEXANDER REDGRAVE, inspector fabril, en el *Journal of the Soc. of Arts*, 5 de enero de 1872.)

<sup>176</sup> *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1861*, págs. 25, 26.

<sup>177</sup> Ahora (1867) ha empezado en Lancashire entre los obreros fabriles la agitación por la jornada de ocho horas.

<sup>178</sup> Las pocas cifras siguientes muestran el progreso de las «factories» propiamente dichas en el U[nited] Kingd[om] desde 1848:

medida de la jornada de trabajo, y vimos que su progreso, que permite suministrar en tiempos cada vez más cortos un producto en imponente aumento, sirve al final como medio sistemático para poner en movimiento en cada momento más trabajo, o sea, para explotar la fuerza de trabajo cada vez más intensamente. Vamos a atender ahora el conjunto de la fábrica, y precisamente en su forma más desarrollada.

El Dr. Ure, Píndaro de la fábrica automática, la describe, por una parte, como

«cooperación de diferentes clases de trabajadores, adultos y no adultos, que vigilan con habilidad y celo un sistema de maquinaria productiva puesto ininterrumpidamente en actividad por una fuerza central (el primer motor)»,

	Exportación: cantidad			
	1848	1851	1860	1865
<i>Fabricación de algodón</i>				
Hilado de algodón (libr.) .....	185.881.162	148.966.106	197.848.655	108.751.455
Hilo de coser (libr.) .....		4.892.176	6.297.554	4.648.611
Tejido de algodón (yardas) ...	1.091.878.980	1.548.161.789	2.776.218.427	2.015.237.851
<i>Fabricación de lino y cáñamo</i>				
Hilado (libr.) .....	11.722.182	18.841.326	31.210.612	36.777.884
Tejido (yardas) .....	88.901.519	129.106.753	143.996.773	247.012.829
<i>Fabricación de seda</i>				
Lizo, torzal, hilado (libr.) .....	466.825*	462.518	897.402	812.589
Tejido (yardas) .....		1.181.455**	1.807.298**	2.809.837
<i>Fabricación de lana</i>				
Hilado de lana y estambre (libr.) .....		14.670.880	27.533.968	31.669.267
Tejido (yardas) .....		151.231.158	190.371.537	278.837.418

\* 1846.

\*\* Libras.

(Ver los Libros Azules *Statistical Abstract for the U. Kingd.*, números 8 y 13, Lond. 1861 y 1866.)

En Lancashire las fábricas aumentaron entre 1839 y 1850 sólo en un 4 %, entre 1850 y 1856 en un 19 %, entre 1856 y 1862 en un 33 %, mientras que en los dos períodos de once años el número de las personas ocupadas aumentó absolutamente y disminuyó relativamente. Cfr. *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, pág. 63. En Lancashire predomina la fabricación de algodón. Pero el espacio proporcional que ocupa en la fabricación general de hilados y tejidos se aprecia por el hecho de que ella sola recoge, de todas las fábricas de este tipo de Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda, el 45,2 %, el 83,3 % de todos los husos, el 81,4 % de todos los telares de vapor, el 72,6 % de todos los caballos de vapor que los mueven y el 58,2 % del número total de personas ocupadas (*loc. cit.*, págs. 62, 63).



y, por otra parte, como

«un autómeta gigantesco, compuesto de innumerables órganos mecánicos y conscientes de sí mismos, que actúan de acuerdo y sin interrupción para producir uno y el mismo objeto, de tal modo que todos esos órganos están subordinados a una fuerza motora que se mueve por sí misma.»

Esas dos formulaciones no son en modo alguno idénticas. En la una aparece como sujeto predominante el trabajador total combinado, el cuerpo de trabajo social, y el autómeta mecánico aparece como objeto; en la otra el sujeto es el autómeta mismo, y los trabajadores están simplemente coordinados, como órganos conscientes, con sus órganos inconscientes, y subordinados con éstos a la misma fuerza motora central. La primera formulación vale para cualquier aplicación posible de la maquinaria en grande; la segunda caracteriza su aplicación capitalista y, por lo tanto, el moderno sistema fabril. Por eso Ure gusta asimismo de presentar la máquina central de la que parte el movimiento no sólo como autómeta, sino también como autócrata.

«En estos grandes talleres la benéfica fuerza del vapor reúne a su alrededor sus miríadas de súbditos.»<sup>179</sup>

Junto con la herramienta de trabajo, también el virtuosismo en su manejo pasa del trabajador a la máquina. La capacidad de rendimiento de la máquina se emancipa de las limitaciones personales de la fuerza de trabajo humana. Con eso queda abolido el fundamento técnico en que

	Exportación: valor (en libr. est.)			
	1848	1851	1860	1865
<i>Fabricación de algodón</i>				
Hilado de algodón .....	5.927.881	6.684.026	9.870.875	10.351.049
Tejido de algodón .....	16.758.369	28.454.810	42.141.505	46.908.796
<i>Fabricación de lino y cáñamo</i>				
Hilado .....	498.449	951.426	1.801.272	2.505.497
Tejido .....	1.802.789	4.107.396	4.804.808	9.155.858
<i>Fabricación de seda</i>				
Lizo, torzal, hilado .....	77.789	196.380	826.107	768.064
Tejido .....		1.130.398	1.587.308	1.409.221
<i>Fabricación de lana</i>				
Hilado de lana y estambre .....	776.975	1.484.544	3.848.450	5.424.047
Tejido .....	5.788.828	8.377.188	12.156.998	20.102.259

<sup>179</sup> URE, *loc. cit.*, pág. 18.

se basa la división del trabajo en la manufactura. En el lugar de la jerarquía de trabajadores especializados que la caracteriza, aparece por ello en la fábrica automática la tendencia a la igualación o nivelación de los trabajos que han de realizar los ayudantes de la maquinaria,<sup>180</sup> y en lugar de las diferencias artificialmente producidas entre los trabajadores parciales aparecen predominantemente las diferencias naturales de edad y sexo.

En la medida en que reaparece en la fábrica automática, la división del trabajo es por de pronto distribución de trabajadores entre las máquinas especializadas y distribución de masas de trabajadores —pero sin formar grupos articulados— entre los diferentes departamentos de la fábrica, donde trabajan en máquinas análogas alineadas una al lado de otra, o sea, que entre ellos no hay más que cooperación simple. El grupo articulado de la manufactura se substituye por el conjunto del trabajador principal con unos pocos ayudantes. La divisoria esencial es la que pasa entre trabajadores realmente ocupados en las máquinas-herramienta (a los que hay que añadir algunos trabajadores para la vigilancia o la alimentación de la máquina de movimiento) y meros peones (casi exclusivamente niños) de esos trabajadores de las máquinas. Entre los peones se encuentran más o menos todos los *feeders*\*<sup>26</sup> (que se limitan a entregar material de trabajo a la máquina). Junto a esas clases principales aparece un personal numéricamente insignificante ocupado del control de toda la maquinaria y sus reparaciones constantes, como ingenieros, mecánicos, carpinteros, etc. Es una clase obrera superior, en parte formada científicamente, en parte artesana, externa al círculo de los trabajadores fabriles y meramente agregada a éstos.<sup>181</sup> Esta división del trabajo es puramente técnica.

Todo trabajo a máquina exige un aprendizaje temprano del trabajador, para que aprenda a adaptar su propio movimiento al movimiento continuo uniforme de un autómeta. En la medida en que la maquinaria

<sup>180</sup> *loc. cit.*, pág. 20. Cfr. KARL MARX, *Misère, etc.*, págs. 140, 141.

<sup>181</sup> Caracteriza la intención de la trampa estadística, que también se podría evidenciar en detalle, el que la legislación fabril inglesa excluya explícitamente de su vigencia a los trabajadores últimamente mencionados en el texto, por no ser obreros fabriles, mientras que, por otra parte, los *Returns* publicados por el Parlamento incluyen de modo igualmente explícito en la categoría de los trabajadores fabriles no sólo a los ingenieros, mecánicos, etc., sino también a los directores, dependientes, mozos, almacenistas, embaladores, etc., en suma, todo el mundo salvo el propietario mismo de la fábrica.

\*<sup>26</sup> La palabra inglesa significa alimentadores.



total misma constituye un sistema de máquinas múltiples, combinadas y de acción simultánea, la cooperación basada en ella exige también una distribución de diferentes grupos de obreros entre las diversas máquinas. Pero la explotación maquinista termina con la necesidad de consolidar al modo manufacturero esa distribución mediante la aplicación continuada de un mismo trabajador a una misma función.<sup>182</sup> Como el movimiento global de la fábrica no arranca del trabajador, sino de la máquina, puede haber un cambio de personal constante sin que se interrumpa el proceso de trabajo. La prueba más contundente de eso la ofrece el sistema de turnos puesto en acción durante la rebelión de los fabricantes ingleses en 1848-1850. Por último, la rapidez con que se aprende en edad juvenil el trabajo en la máquina elimina también la necesidad de educar exclusivamente como trabajadores a máquina una clase especial de obreros.<sup>183</sup> Pero los servicios de los simples peones se pueden suplir en la fábrica por máquinas,<sup>184</sup> o bien, por su completa sencillez, permiten el cambio rápido y constante de las personas que soportan esa pejiquera.

<sup>182</sup> Ure lo concede. Dice que los trabajadores «pueden pasar, en caso necesario, de una máquina a otra a voluntad del director», y exclama triunfalmente: «Semejante cambio está en abierta contradicción con la vieja rutina que divide el trabajo y asigna a un trabajador la tarea de dar forma a la cabeza del alfiler, y al otro la de afilarle la punta.» Más bien habría tenido que preguntarse Ure por qué esa «vieja rutina» sólo se abandona en la fábrica «en caso necesario».

<sup>183</sup> Cuando hacen falta hombres —p. e., durante la guerra civil norteamericana— el bourgeois utiliza excepcionalmente al obrero fabril para los trabajos más rudos, como la construcción de carreteras, etc. Los «ateliers nationaux» ingleses de los años 1862 y s., destinados a los trabajadores parados de la industria algodonera, se diferenciaban de los franceses de 1848 porque en éstos los obreros tenían que ejecutar trabajos improductivos a costa del estado, mientras que en aquéllos debían realizar trabajos urbanos productivos en beneficio del bourgeois, y precisamente más baratos que el trabajador en situación regular, por lo que se veían lanzados a la competencia con éste. «El aspecto físico de los obreros del algodón ha mejorado indiscutiblemente. Atribuyo esto..., por lo que hace a los hombres, al trabajo al aire libre en obras públicas.» (Se refiere a los obreros industriales de Preston, entonces ocupados en el «Preston Moor».) (*Rep. of Insp. of Fact. Oct. 1863*, pág. 59.)

<sup>184</sup> Ejemplo: los varios aparatos mecánicos introducidos en la industria de la lana desde la ley de 1844 para suplir trabajo infantil. En cuanto que los hijos de los señores fabricantes mismos tengan que hacer «sus estudios» como peones de la fábrica, este campo de la mecánica, hasta ahora casi virgen, registrará un florecimiento notable. «Las selfacting mules son tal vez una maquinaria tan peligrosa como cualquier otra. La mayoría de los accidentes les ocurren a niños pequeños y, por más precisión, a causa de que se arrastran por debajo de las mules para barrer el suelo mientras las máquinas siguen en funcionamiento. Bastantes

Mas aunque la maquinaria arroja por la borda, desde el punto de vista técnico, el viejo sistema de división del trabajo, por de pronto éste se arrastra hasta la fábrica por costumbre, como tradición de la manufactura, para ser luego reproducido y consolidado sistemáticamente por el capital, en forma todavía más repulsiva, como medio de explotación de la fuerza de trabajo. La especialidad de por vida de manejar una herramienta parcial se convierte en la especialidad de por vida de servir a una máquina parcial. Se abusa de la maquinaria para convertir al trabajador mismo, desde su infancia, en parte de una máquina parcial.<sup>185</sup> No sólo se disminuyen de este modo considerablemente los costes necesarios para su propia reproducción, sino que, además, se consuma su inerme dependencia del conjunto de la fábrica, o sea, del capitalista. En esto, como en todo lo demás, hay que distinguir entre el aumento de productividad debido al desarrollo del proceso social de producción y el aumento de productividad debido a su explotación capitalista.

En la manufactura y en la artesanía el trabajador se sirve de la herramienta; en la fábrica sirve él a la máquina. En aquéllas el movimiento del medio de trabajo parte de él, que en la fábrica tiene que seguirlo. En la manufactura los trabajadores son miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica existe un mecanismo muerto independientemente de ellos, los cuales se ven incorporados a él como apéndices vivos.

«La melancólica rutina de un trabajo que es un tormento inacabable en el que se va repitiendo constantemente un mismo proceso mecánico se parece al tormento de Sísifo; la carga del trabajo, al igual que la roca de éste, vuelve a caer siempre encima del aplastado obrero.»<sup>186</sup>

'minders'» (obreros que trabajan en la mule) «fueron denunciados ante los jueces» (por los inspectores fabriles) «y condenados a pagar multas a causa de esa falta, pero sin ningún provecho general. Si los fabricantes de maquinaria quisieran inventar una barredora mecánica mediante cuyo uso desapareciera la necesidad de que esos niños pequeños se agachen por debajo de la maquinaria, eso sería una afortunada aportación a nuestras medidas de protección.» (*Reports of Insp. of Factories for 31st October 1866*, pág. 63.)

<sup>185</sup> Con eso se podrá juzgar la fabulosa ocurrencia de Proudhon, que «construye»<sup>\*27</sup> la maquinaria no como síntesis de medios de trabajo, sino como síntesis de trabajos parciales para los trabajadores mismos.

<sup>186</sup> F. ENGELS, *Lage, etc.* (*Situación, etc.*), pág. 217 (OME 4). Hasta un optimista librecambista de lo más ordinario, el señor Molinari, observa lo siguiente:

<sup>\*27</sup> «Construye» es una alusión al léxico de Hegel, en el cual el término se puede entender laxamente como «deduce», «compone conceptualmente». Las comillas que usa Marx expresan probablemente de un modo irónico su convicción de que Proudhon no entendía a Hegel, sino que lo imitaba sólo superficialmente.



Mientras ataca agudísimamente al sistema nervioso, el trabajo maquinista reprime el variado juego de los músculos y confisca toda la actividad corporal y espiritual.<sup>187</sup> La misma facilitación del trabajo se convierte en medio de tortura, porque la máquina no libra al trabajador del trabajo, sino de contenido al trabajo. A toda producción capitalista —en la medida en que no es sólo proceso de trabajo, sino también y al mismo tiempo proceso de valorización del capital— es común el hecho de que el trabajador no aplica él la condición de trabajo, sino que, a la inversa, la condición de trabajo utiliza al trabajador; pero sólo con la maquinaria adquiere esa inversión una realidad técnicamente aferrable. Por su transformación en autómeta, el medio de trabajo se enfrenta al obrero, durante el proceso de trabajo mismo, como capital, como trabajo muerto que domina y chupa la fuerza de trabajo viva. La separación entre las potencias intelectuales del proceso de producción y el trabajo de la mano, así como la conversión de aquéllas en poderes del capital sobre el trabajo, se consuman, según se indicó antes, en la gran industria levantada sobre la base de la maquinaria. La habilidad particular del obrero maquinista individual, ya vaciado, se disipa como minúsculo accesorio ante la ciencia, las imponentes fuerzas naturales y el trabajo social masivo encarnados en el sistema maquinista y que constituyen con éste el poder del «maestro» (master). Por eso ese maestro, en cuyo cerebro se han fundido inseparablemente la maquinaria y su monopolio de ella, grita despectivamente a las «manos» en caso de colisión:

«Los obreros fabriles deberían conservar en benéfica memoria que en realidad su trabajo es una clase baja de trabajo calificado; que ningún otro es más fácil de asimilar ni mejor pagado si se tiene en cuenta su calidad, ni que se pueda adquirir tan rápida o abundantemente con un poco de práctica del menos experto. La maquinaria del maestro desempeña realmente una parte de la tarea de la producción mucho más importante que la del trabajo y la habilidad del obrero, que se puede enseñar con una formación de seis meses y que puede aprender un peón.»<sup>188</sup>

«Un hombre se desgasta más deprisa vigilando durante quince horas al día la evolución uniforme de un mecanismo que ejerciendo en el mismo tiempo su fuerza física. Aquel trabajo de vigilancia, que tal vez serviría como útil gimnasia a la inteligencia si no se prolongara demasiado, destruye a la larga, por su exceso, la inteligencia y el mismo cuerpo.» (G. DE MOLINARI, *Études Économiques*, Paris 1846, pág. 49.)

<sup>187</sup> F. ENGELS, *loc. cit.*, pág. 216.

<sup>188</sup> «The factory operatives should keep in wholesome remembrance the fact that theirs is really a low species of skilled labour; and that there is none which is more easily acquired or of its quality more amply remunerated, or which, by

La subordinación técnica del trabajador a la marcha uniforme del instrumento de trabajo y la peculiar composición del cuerpo de trabajo con individuos de ambos sexos y de las edades más varias crean una disciplina cuartelera que cuaja en el completo régimen de fábrica, y él desarrolla completamente el trabajo de supervisión antes mencionado, y, con él y al mismo tiempo, la división de los trabajadores en trabajadores manuales y vigilantes del trabajo, en comunes soldados industriales y suboficiales de industria.

«La dificultad principal de la fábrica automática consistía en la necesaria disciplina para que los hombres renunciaran a sus irregulares costumbres en el trabajo y para identificarlos con la regularidad inmutable del gran autómeta. Pero inventar y ejecutar con éxito un código disciplinario adecuado a las necesidades y a la velocidad del sistema automático era una empresa digna de Hércules, y ésa es la noble obra de Arkwright. Incluso hoy día que el sistema está ya organizado en toda su perfección, es casi imposible encontrar entre los trabajadores que han rebasado la edad de la pubertad ayudantes útiles para el sistema automático.»<sup>189</sup>

El código fabril en el que el capital formula de un modo absolutista y jurídico-privado su autocracia sobre sus trabajadores, sin la división de poderes a la que la burguesía es tan aficionada en otros casos y sin el sistema representativo aún más querido por ella, no es más que la caricatura capitalista de la regulación social del proceso de trabajo, regulación que se hace necesaria con la cooperación en gran escala y la aplicación de un medio de trabajo común, y señaladamente de la maquinaria. En el lugar del látigo del esclavista aparece el libro de sanciones del vigilante. Todos los castigos se resuelven con naturalidad en penas pecuniarias y deducciones salariales, y la agudeza legislativa de los licurgos fabriles hace que la violación de sus leyes les sea tal vez más rentable que la obediencia a las mismas.<sup>190</sup>

a short training of the least expert can be more quickly as well as abundantly acquired... The master's machinery really plays a far more important part in the business of production than the labour and the skill of the operative, which six months' education can teach, and a common labourer can learn.» (*The Master Spinners' and Manufacturers' Defence Fund. Report of the Committee*, Manchester 1854, pág. 17). Más adelante se verá que el «master» toca otra tecla en cuanto que le amenaza la pérdida de sus autómetas «vivos».

<sup>189</sup> URE, *loc. cit.*, pág. 15. El que conozca la vida de Arkwright no le echará nunca la palabra «noble» a aquel barbero genial. De todos los grandes inventores del siglo XVIII, Arkwright fue indiscutiblemente el mayor ladrón de inventos ajenos y el mozo más canallesco.

<sup>190</sup> «La esclavitud en la que la burguesía ha encadenado al proletariado se manifiesta más claramente que en ninguna otra parte en el sistema fabril. En este punto toda libertad concluye jurídica y fácticamente. El obrero tiene que estar en



Nos limitaremos a aludir a las condiciones materiales en las que se ejecuta el trabajo fabril. Todos los órganos de los sentidos son heridos por igual por la temperatura artificialmente elevada, la atmósfera preñada de desperdicios de la materia prima, el ruido que atonta, etc., prescindiendo del peligro mortal a que se está expuesto en medio de una maquinaria apretadamente acumulada que emite sus partes de bajas

la fábrica a las 5 y media de la mañana; si llega con un par de minutos de retraso se le castiga; si llega con 10 minutos de retraso no se le deja siquiera entrar hasta después del desayuno, y pierde un cuarto de jornada de salario. Tiene que comer, beber y dormir a la voz de mando... La campana despótica lo arranca de la cama y lo arranca de la mesa en el desayuno y en el almuerzo. ¿Y cómo son las cosas ya en la fábrica? En ella el fabricante es legislador absoluto. Promulga regulaciones internas cada vez que le apetece; altera su propio código, dicta disposiciones adicionales a su placer; y aunque imponga las cosas más insensatas, los tribunales dirán a los obreros: puesto que os habéis sometido voluntariamente a ese contrato, ahora tenéis que cumplirlo... Estos trabajadores están condenados a vivir bajo la férula espiritual y corporal desde el noveno año de vida hasta la muerte.» (F. ENGELS, *loc. cit.*, págs. 217 ss.). Ilustraré con dos ejemplos lo que «dicen los tribunales». Uno de los casos tiene lugar en Sheffield a finales de 1866. Un obrero se había contratado por dos años en una fábrica metalúrgica. A consecuencia de una disputa con el fabricante dejó la fábrica y declaró que por ningún concepto seguiría trabajando para él. Fue objeto de querrela por incumplimiento de contrato y se le condenó a dos meses de prisión. (Si es el fabricante el que incumple el contrato, sólo se le puede demandar civiliter, por lo cual sólo se arriesga a una indemnización en dinero.) Una vez cumplidos los dos meses, el mismo fabricante le dirige un requerimiento para que vuelva a la fábrica según el viejo contrato. El obrero dice que no. Que ya ha purgado el incumplimiento del contrato. El fabricante se querrela de nuevo y el tribunal condena de nuevo, aunque uno de los jueces, Mr. Shee, denuncia públicamente como monstruosidad jurídica el que se pueda penar periódica y repetidamente a un hombre durante toda su vida por la misma falta o el mismo delito. Esta sentencia no fue pronunciada por los «great unpaid», por los dogberries provinciales,<sup>\*28</sup> sino en Londres y por uno de los tribunales más altos. {A la 4.<sup>a</sup> ed. Eso está ahora abolido. Salvo en unos pocos casos —p. e., en las fábricas públicas del gas—, el obrero se encuentra ahora en Inglaterra equiparado al empleador y no puede ser perseguido sino civilmente. F. E.} El segundo caso ocurre en Wiltshire, a finales de noviembre de 1863: Unas 30 tejedoras en telar de vapor empleadas por cierto Harrupp, fabricante de paños en Leower's Mill, Westbury Leigh, hicieron un strike<sup>\*29</sup> porque dicho Harrupp tenía la agradable costumbre de detraerles del salario cuando se retrasaban por la mañana, y concretamente 6 d. por 2 minutos, 1 sh. por 3 minutos y 1 sh. 6 d. por 10 minutos. Eso hace, a 9 sh. por hora, 4 libr. est. 10 sh. al día, mientras que su salario medio calculado sobre año no pasa nunca de 10 a 12 sh. semanales. Harrupp ha contratado también un muchacho para tocar la hora, cosa que hace a veces él mismo antes de las 6 de la mañana, y si las manos no están

\*28 Tribunales de notables, no de funcionarios judiciales.

\*29 Huelga.

industriales con la regularidad de las estaciones.<sup>190a</sup> La economización de los medios de producción sociales, que maduró en el sistema fabril como en un invernadero, se convierte en manos del capital en robo sistemático, practicado con las condiciones de vida del trabajador durante

presentes en cuanto termina de hacerlo, se cierran las puertas y los que se quedan fuera sufren multa; y como no hay ningún reloj en el edificio, esas desgraciadas manos están en poder del juvenil guardián del tiempo inspirado por Harrupp. Las manos en «strike», madres de familia y muchachas, declararon que estaban dispuestas a volver al trabajo si se substituía al joven del horario por un reloj y se implantaba una tarifa de multas razonable. Harrupp citó ante los magistrados a 19 mujeres y muchachas por incumplimiento de contrato. Las condenaron a 6 d. de multa a cada una más los costes de 2 sh. 6 d., ante la indignación manifiesta del auditorio. Una operación predilecta de los fabricantes consiste en castigar a los trabajadores, mediante detracciones del salario, por los defectos del material que se les entrega a ellos mismos. Este método suscitó en 1866 un strike general en los distritos ceramistas ingleses. Los informes de la «Ch. Empl. Comm. (1863-1866)» aducen casos en los que el trabajador, en vez de recibir el salario, se convierte por su trabajo y por medio del reglamento de castigos, en deudor, encima, de su agosto «master».<sup>\*30</sup> También la última crisis del algodón ofreció notas edificantes sobre la agudeza de los autócratas fabriles en cuestión de detracciones del salario. «Tuve incluso hace poco», dice el inspector fabril R. Baker, «que instar la persecución judicial contra un fabricante algodonero, porque en estos tiempos difíciles y de tanto sufrimiento detrajo 10 d. de la paga de algunos de los trabajadores 'jóvenes'» (de más de trece años) «por el certificado médico de edad, que a él no le cuesta más que 6 d. y por el cual la ley no autoriza más que una deducción de 3 d. y la costumbre no autoriza ninguna ... Otro fabricante, para alcanzar el mismo fin sin entrar en conflicto con la ley, carga a cada uno de los pobres niños que trabajan para él un shilling como honorarios por el aprendizaje del arte y mysterium de hilar en cuanto que el certificado médico los declara maduros para esa ocupación. Y es que hay corrientes subterráneas que es necesario conocer para entender fenómenos tan extraordinarios como lo son strikes en estos tiempos.» (Se trata de un strike de los tejedores a máquina de la fábrica de Darven en junio de 1863.) (*Reports of Inps. of Fact. for 30th April 1863*, págs. 50, 51.) (Los informes fabriles abarcan siempre más de lo que dice su fecha oficial.)

<sup>190a</sup> Las leyes protectoras contra la maquinaria peligrosa han tenido efectos beneficiosos. «Pero... ahora existen nuevas fuentes de accidentes que no existían hace 20 años, principalmente la aumentada velocidad de las máquinas. Ruedas, rodillos, husos y telares se mueven ahora con fuerza mayor y aún creciente; los dedos tienen que aferrar el hilo roto más rápida y seguramente, pues si se coloca con vacilación o imprudencia se pierden... Un gran número de accidentes se debe al esfuerzo de los trabajadores por realizar rápidamente la tarea. Hay que recordar que para los fabricantes es de suma importancia mantener ininte-

\*30 «Maestro», «amo». En realidad, patrono.



el trabajo, en espacio, aire, luz y defensas personales contra circunstancias mortalmente peligrosas o antihigiénicas del proceso de producción, por no hablar ya de dispositivos para comodidad del trabajador.<sup>191</sup> ¿No lleva razón Fourier cuando llama a las fábricas «presidios atenuados»?<sup>192</sup>

—rumpidamente en movimiento su maquinaria, es decir, producir ininterrumpidamente hilado y tejido. Toda detención de un minuto es una pérdida no sólo de fuerza motora, sino también de producción. Por eso los obreros se ven aguijoneados por vigilantes —a los que se interesa en la cantidad de materia obrada— a mantener la maquinaria en movimiento; y la cosa no es menos importante para los obreros pagados según el peso o las piezas. Por eso, aunque en la mayoría de las fábricas está prohibido limpiar maquinaria en funcionamiento, esta práctica es general. Esta sola causa ha producido durante los 6 últimos meses 906 accidentes ... Aunque el trabajo de limpieza se realiza todos los días, sin embargo, el sábado suele estar fijado como día de limpieza a fondo, y ésta se hace la mayor parte de las veces mientras funciona la maquinaria ... Se trata de una operación no pagada, por lo que los obreros intentan terminarla lo antes posible. Por ello el número de accidentes en viernes y, sobre todo, en sábado, es mucho mayor que en los demás días de la semana. Los viernes el aumento sobre la cifra media de los 4 primeros días de la semana es aproximadamente del 12%; los sábados, el aumento de accidentes respecto de la media de los 5 días anteriores es del 25%; pero si se tiene en cuenta que la jornada fabril del sábado es de sólo 7 1/2 horas, mientras que los demás días de la semana es de 10 1/2, hay que decir que el aumento es de más del 65%. (*Reports of Insp. of Factories for 31st October 1866*, Lond. 1867, págs. 9, 15, 16, 17.)

<sup>191</sup> En la primera sección del libro tercero informaré acerca de una campaña realizada recientemente por los fabricantes ingleses contra las cláusulas del act fabril que protegen los miembros de las «manos» contra la maquinaria mortalmente peligrosa. Baste aquí con una cita de un informe oficial del inspector fabril Leonard Horner: «He oído a fabricantes hablar con inexcusable frivolidad de los accidentes: por ejemplo, que la pérdida de un dedo es una pequeñez. La vida y las perspectivas de un obrero dependen hasta tal punto de sus dedos que semejante pérdida es para él un acontecimiento sumamente grave. Cuando oigo esa cháchara irreflexiva, pregunto: supongan que necesitaran ustedes un obrero más, y que se presentaran dos, ambos igualmente hábiles en todo, excepto en que el uno careciera de pulgar o de índice: ¿cuál escogerían ustedes? En ningún caso han dudado en decidirse por el que tuviera todos los dedos ... Estos señores fabricantes tienen erróneos prejuicios acerca de lo que llaman legislación pseudofilantrópica.» (*Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1855*, págs. 6-7.) Estos caballeros son «personas de valía», y no en vano se entusiasman con la rebelión de los esclavistas.

<sup>192</sup> En las fábricas sometidas desde hace más tiempo al act fabril, con su limitación obligatoria de la jornada de trabajo y demás regulaciones, han desaparecido muchos abusos anteriores. El mismo perfeccionamiento de la maquinaria exige, alcanzado cierto punto, una «mejor construcción de los edificios fabriles», la cual beneficia a los obreros. (Cfr. *Reports, etc., for 31st Oct. 1863*, pág. 109.)

### 5. La lucha entre el obrero y la máquina

La lucha entre el capitalista y el trabajador asalariado empieza junto con la relación misma de capital. Sigue agitándose furiosamente durante todo el período manufacturero.<sup>193</sup> Pero sólo desde la implantación de la maquinaria combate el trabajador al mismo medio de trabajo, al modo material de existencia del capital. El trabajador se subleva contra esa forma determinada del medio de producción como fundamento material del modo de producción capitalista.

Casi toda Europa experimentó durante el siglo xvii rebeliones de trabajadores contra la llamada *Bandmühle* (y también *Schnurmühle* y *Mühlenstuhl*), máquina para tejer cintas y galones.<sup>194</sup> A finales del primer tercio del siglo xvii una sierra de viento instalada por un holandés cerca de Londres sucumbió a los excesos del populacho. Todavía a prin-

<sup>193</sup> Véase, entre otros, JOHN HOUGHTON, *Husbandry and Trade improved*, London 1727; *The Advantages of the East India Trade*, 1720; JOHN BELLERS, *loc. cit.* «Los amos y los obreros están desgraciadamente en una guerra perpetua entre ellos. El objetivo invariable de los primeros es conseguir que les hagan el trabajo lo más barato posible; y no dejan de utilizar cualquier artificio para ese fin; mientras que los otros están igualmente atentos a toda ocasión de poner a sus dueños en un aprieto mediante exigencias más altas.» *An Inquiry into the causes of the Present High Prices of Provisions*, 1767, págs. 61, 62. (Autor el Rev. NATHANIEL FORSTER, totalmente a favor de los obreros.)

<sup>194</sup> La máquina de tejer cintas se inventó en Alemania. El abate italiano Lancellotti cuenta en una publicación que apareció en Venecia en 1636: «Anton Müller, de Danzig, dice que vio hace unos 50 años en Danzig» (L. escribía en 1629) «una máquina muy artificiosa que ejecutaba a la vez 4-6 tejidos; pero como el concejo de la ciudad sintió la preocupación de que ese invento pudiera convertir en mendigos a gran cantidad de operarios, ocultó el invento y mandó estrangular o ahogar a su inventor.» Esa misma máquina se utilizó por vez primera en Leyden en 1629. Las rebeliones de los tejedores de pasamanería obligó al magistrado a prohibir, por de pronto, la máquina; varios decretos de los Estados Generales de 1623, 1638, etc., se proponían limitar su uso; autorizado al final, bajo ciertas condiciones, por decreto del 15 de diciembre de 1661. «En esta ciudad», dice BOXHORN (*Inst. Pol.*, 1663) hablando de la implantación de este telar de pasamanería en Leyden, «ciertas gentes inventaron hace unos veinte años un instrumento de tejer con el que una persona puede producir tejido más y más fácilmente que varios, en otro caso, en el mismo tiempo. Eso provocó agitación y quejas de los tejedores, hasta que el magistrado prohibió el uso de dicho instrumento.» La misma máquina se prohibió en Colonia en 1676, mientras que su introducción en Inglaterra provocó análogas agitaciones entre los trabajadores. Un edicto imperial del 19 de febrero de 1685 prohibió el uso del telar de pasamanería en toda Alemania. En Hamburgo lo quemaron públicamente por orden del magistrado. Carlos VI renovó el 9 de febrero de 1719 el edicto de 1685, y la Sajonia electora no permitió su uso hasta 1765. Esta máquina que tanto ruido



cipios del siglo XVIII máquinas de aserrar movidas por agua tuvieron muchas dificultades para superar en Inglaterra la resistencia del pueblo, apoyado por el Parlamento. Cuando en 1758 Everet hubo construido la primera máquina de esquila movida por agua, la incendiaron 100.000 personas que se quedaban sin trabajo. Contra los scribbling mills <sup>\*31</sup> y máquinas peinadoras de Arkwright presentaron peticiones al Parlamento 50.000 trabajadores que habían vivido hasta entonces de cardar la lana. La destrucción masiva de máquinas en los distritos manufactureros ingleses durante los 15 primeros años del siglo XIX, principalmente a consecuencia de la explotación del telar de vapor, ofreció, bajo el nombre de movimiento luddista, al gobierno antijacobino de los Sidmouth, Castlereagh, etc., el pretexto para aplicar las medidas represivas más reaccionarias. Hace falta tiempo y experiencia para que los trabajadores lleguen a distinguir entre la maquinaria y su aplicación capitalista y aprendan, por lo tanto, a reorientar sus ataques del medio de producción material mismo a su forma de explotación capitalista.<sup>195</sup>

Las luchas salariales en la manufactura presuponen la manufactura y no se orientan en modo alguno contra su existencia. En la medida en que se combate el establecimiento mismo de manufacturas, los que lo hacen son los maestros gremiales y las ciudades privilegiadas, no los jornaleros. Por eso los autores del período manufacturero entienden predominantemente la división del trabajo como medio de substituir virtualmente trabajo, pero no de desplazar realmente obreros. Esta diferencia es evidente. Cuando se dice, p. e., que en Inglaterra harían falta 100 millones de personas para hilar con la antigua rueca el algodón que ahora hilan a máquina 500.000 personas, no se quiere decir, naturalmente, que la máquina haya ocupado el lugar de esos millones, que no han existido nunca. Se quiere decir, simplemente, que harían falta muchos millones de trabajadores para substituir las máquinas de hilar. En cambio, cuando se dice que el telar de vapor arrojó a la calle en Inglaterra

armó en el mundo fue en realidad precursora de las máquinas de hilar y tejer, o sea, de la revolución industrial del siglo XVIII. Posibilitaba a un muchacho sin ninguna experiencia del arte del tejido poner en movimiento el telar entero, con todas sus lanzaderas, con sólo empujar un listón motor y tirar de él y, en forma perfeccionada, suministraba 40-50 piezas a la vez.

<sup>195</sup> En manufacturas anticuadas se repite hoy a veces la forma primitiva de cólera obrera contra la maquinaria. P. e., en el afilado de limas en Sheffield en 1865.

\*31 Máquinas cardadoras.

terra a 800.000 tejedores, no se está hablando de maquinaria existente que hubiera que substituir por una determinada cantidad de trabajadores, sino de un número de obreros existentes que fueron realmente substituidos o desplazados por maquinaria. Durante el período manufacturero la operación artesana, aunque descompuesta, siguió siendo el fundamento. Los nuevos mercados coloniales no se podían satisfacer con el número, relativamente bajo, de trabajadores urbanos heredados de la Edad Media, y las manufacturas propiamente dichas abrieron, además, nuevos terrenos de producción a la población rural expulsada de la tierra al disolverse el feudalismo. En aquel tiempo, pues, destacó más el aspecto positivo de la división del trabajo y la cooperación en los talleres, a saber, que hacen más productivos a los trabajadores empleados.<sup>196</sup> La cooperación y la combinación de los medios de trabajo en las manos de pocos, aplicadas a la agricultura, provocan, sin duda, grandes revoluciones repentinas y drásticas del modo de producción y, por lo tanto, de las condiciones de vida y los modos de empleo de la población rural, en muchos países incluso largo tiempo antes del período de la gran industria. Pero inicialmente esa lucha se desarrolla más entre grandes y pequeños propietarios que entre el capital y el trabajo asalariado; por otra parte, en la medida en que los trabajadores son desplazados por medios de trabajo, ovejas, caballos, etc., actos directos de violencia constituyen aquí en primera instancia el presupuesto de la revolución industrial. Primero se expulsa a los trabajadores de la tierra, y luego llegan las ovejas. El robo de tierra a gran escala, como en Inglaterra, es lo que procura a la agricultura en grande su campo de aplica-

<sup>196</sup> Sir James Steuart entiende la acción de la maquinaria todavía del todo en ese sentido. «Considero, pues, las máquinas como medios de aumentar (virtualmente) el número de las gentes industriosas que no hay necesidad de alimentar... ¿En qué se diferencia el efecto de una máquina del de nuevos habitantes?» (Trad. francesa, t. I, 1, I, cap. XIX). Mucho más ingenuo Petty, que dice que la máquina substituye a la «poligamia». Este punto de vista se adapta a lo sumo a algunas partes de los Estados Unidos. En cambio: «Pocas veces se puede usar con éxito la maquinaria para abreviar el trabajo de un individuo; se perdería más tiempo en su construcción que el que se puede ahorrar por su aplicación. Sólo es realmente útil cuando actúa sobre grandes masas, cuando una sola máquina puede ayudar al trabajo de miles. Por eso abunda sobre todo en los países más populosos, donde hay más hombres sin trabajo... No se recurre a su uso por escasez de hombres, sino por la facilidad con que se los pueda poner a trabajar en masas.» (PIERCEY RAVENSTONE, *Thoughts on the Funding System and its Effects*, Lond. 1824, pág. 45.)



ción.<sup>196a</sup> Por eso en sus comienzos esta subversión de la agricultura tiene más la apariencia de una revolución política.

En cuanto máquina, el medio de trabajo se convierte inmediatamente en competidor del trabajador mismo.<sup>197</sup> La autovalorización del capital mediante la máquina se encuentra en razón directa del número de trabajadores cuyas condiciones de existencia aniquile. Todo el sistema de la producción capitalista se basa en que el trabajador venda su fuerza de trabajo como mercancía. La división del trabajo reduce esa fuerza de trabajo a la habilidad particularizadísima de manejar una herramienta parcial. En cuanto que el manejo de la herramienta recae en la máquina, se agota el valor de uso de la fuerza de trabajo, y, con él, su valor de cambio. El trabajador se hace invendible, como papel moneda fuera de curso legal. La parte de la clase trabajadora convertida por la maquinaria en población superflua, o sea, en población ya no inmediatamente necesaria para la autovalorización del capital, sucumbe, por un lado, en la lucha desigual entre la vieja explotación artesana y manufacturera y la maquinista, y, por otro, inunda todas las ramas de industria más fácilmente accesibles, llena a rebosar el mercado de trabajo y rebaja, consiguientemente, el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor. Se pretende que sea de gran consuelo para los trabajadores empobrecidos el que sus sufrimientos sean sólo «temporales» («a temporary inconvenience») y, por otro lado, el que la maquinaria no se apodere de todo un campo de producción sino paulatinamente, con lo que se quebrarían el alcance y la intensidad de su aniquilador efecto. Cada uno de esos consuelos anula el otro. Cuando la máquina aferra paulatinamente un campo de la producción, acarrea miseria crónica en las capas de trabajadores que compiten con ella. Cuando el cambio es rápido, tiene efectos masivos y agudos. La historia universal no ofrece espectáculo más tremendo que el paulatino hundimiento de los tejedores ingleses de algodón a mano, que se arrastró durante décadas y quedó finalmente

<sup>196a</sup> { A la 4.ª ed. Eso se aplica también a Alemania. Allí donde, entre nosotros, hay agricultura en grande, o sea, principalmente en el este, ha sido posible por la irrupción del Bauernlegen desde el siglo XVI, y principalmente desde 1648.\*<sup>33</sup> F. E. }

<sup>197</sup> «Maquinaria y trabajo están en competición constante». (RICARDO, *loc. cit.*, pág. 479.)

\*<sup>33</sup> Bauernlegen: literalmente, depósito de campesinos, de bienes de campesinos: absorción de tierras de pequeños campesinos libres por señores nobles. El fenómeno es sobre todo importante una vez derrotadas las últimas rebeliones campesinas durante la guerra de los treinta años (Paz de Westfalia, 1648).

sellado en 1838. Muchos de ellos murieron de hambre, y muchos vegetaron largo tiempo con sus familias, pagados a 2 1/2 d. diarios.<sup>198</sup> Agudamente, en cambio, actuó la maquinaria inglesa del algodón en las Indias Orientales, cuyo gobernador general comprobó en 1834/35:

«Esta miseria no tiene apenas paralelo en la historia del comercio. Los huesos de los tejedores de algodón blanquean las llanuras de la India.»

Es verdad que, puesto que acabaron pasando a mejor vida, la máquina no causó a estos tejedores más que «inconvenientes transitorios». Por lo demás, el efecto «transitorio» de la maquinaria es permanente, puesto que constantemente aferra nuevos campos de producción. La figura independizada y alienada que el modo de producción capitalista como tal da a las condiciones de producción y el producto del trabajo respecto del trabajador se desarrolla, pues, con la maquinaria hasta constituirse en plena contraposición.<sup>199</sup> Por eso llega con ella, por vez primera, la rebelión brutal del trabajador contra el medio de trabajo.

<sup>198</sup> La competición entre el tejido a mano y el tejido a máquina se prolongó en Inglaterra antes de la promulgación de la ley de pobres de 1834 por el hecho de que se completaban los salarios, caídos muy por debajo del mínimo, mediante subsidios parroquiales. «El Rev. Mr. Turner era en 1827 párroco de Wilmslow, en Cheshire, un distrito industrial. Las preguntas del comité de emigración y las respuestas de Mr. Turner muestran cómo se sostiene la competición del trabajo manual con la maquinaria. Pregunta: '¿No ha desplazado la aplicación del telar de vapor la del telar a mano?' Respuesta: 'Sin duda; y la habría desplazado aún más de lo que lo ha hecho si no se hubiera puesto a los tejedores en situación de poder soportar una disminución del salario.' Pregunta: '¿Y el tejedor a mano se ha dado por satisfecho, mediante esa sumisión, con salarios que son insuficientes para su sustento, y considera los subsidios parroquiales como la otra parte del mismo?' Respuesta: 'Sí, y de hecho la competición entre el telar manual y el telar de vapor se aguanta gracias a los subsidios para los pobres.' Así que el beneficio que las personas industriosas reciben de la implantación de maquinaria es una pobreza degradante o la emigración, verse reducidos de mecánico respetable y en alguna medida independiente a miserable que se arrastra y vive del pan humillante de la caridad. A eso llaman inconveniente transitorio.» (*A Prize Essay on the comparative merits of Competition and Co-operation*, Lond. 1834, pág. 29.)

<sup>199</sup> «La misma causa que puede aumentar la renta del país» (esto es, como lo explica Ricardo en el mismo lugar, the revenues of landlords and capitalists, cuyo wealth, considerado económicamente, es por sí mismo = wealth of the nation)\*<sup>33</sup> «puede simultáneamente hacer a la población redundante y deteriorar las condiciones del trabajador.» (RICARDO, *loc. cit.*, pág. 469.) «La finalidad cons-

\*<sup>33</sup> (Esto es, como lo explica Ricardo en el mismo lugar, las rentas de los terratenientes y capitalistas, cuya riqueza, considerada económicamente, es por sí misma = riqueza de la nación).



→ El medio de trabajo aplasta al trabajador. Es verdad que esa contraposición directa aparece del modo más tangible cuando una maquinaria recién implantada compite con una explotación tradicional artesana o manufacturera. Pero dentro de la misma gran industria actúan análogamente el perfeccionamiento continuo de la maquinaria y el desarrollo del sistema industrial.

«La finalidad constante del perfeccionamiento de la maquinaria es disminuir el trabajo manual o completar un eslabón de la cadena productiva de la fábrica substituyendo aparatos humanos por aparatos de hierro.»<sup>200</sup> «La aplicación de la energía del vapor o del agua a la maquinaria antes movida con la mano es acontecimiento de cada día... Los pequeños perfeccionamientos de la maquinaria que se proponen ahorrar fuerza motora, mejorar lo obrado, aumentar la producción en un mismo tiempo o desplazar a un niño, una mujer o un hombre son constantes y, aunque sin mucho peso aparentemente, tienen, sin embargo, resultados importantes.»<sup>201</sup> «Siempre que una operación requiere mucha habilidad y una mano segura, uno la substraerá lo más rápidamente de los brazos del trabajador demasiado hábil, y a menudo inclinado a irregularidades de todo tipo, para confiarla a un mecanismo especial tan bien regulado que pueda vigilarlo un niño.»<sup>202</sup> «En el sistema automático se elimina progresivamente el talento del trabajador.»<sup>203</sup> «El perfecciona-

tante y la tendencia de todo perfeccionamiento del mecanismo es, en realidad, deshacerse por completo del trabajo del ser humano o disminuir el precio de éste, mediante la substitución de los trabajadores varones adultos por trabajo femenino o infantil, o de los trabajadores hábiles por trabajadores vulgares.» (URE, *loc. cit.*, página 23.)

<sup>200</sup> *Reports of Insp. of Fact. 31st Oct. 1858*, pág. 43.

<sup>201</sup> *Reports, etc., 31st Oct. 1856*, pág. 15.

<sup>202</sup> URE, *loc. cit.*, pág. 19. «La gran ventaja de la maquinaria aplicada en ladrillería consiste en que hace al que la aplica totalmente independiente de trabajadores hábiles.» (*Ch. Empl. Comm. V. Report*, Lond. 1866, pág. 130, n.º 46.)

Añadido a la 2.ª ed. El señor A. Sturrock, superintendente del departamento de máquinas de la Great Northern Railway, declara respecto de la construcción de máquinas (locomotoras, etc.): «Los caros (expensive) trabajadores ingleses se usan cada día menos. La producción aumenta por la aplicación de instrumentos perfeccionados, y estos instrumentos son, a su vez, servidos por una clase baja de trabajo (a low class of labour) ... Antes era necesario trabajo calificado para producir todas las partes de la máquina de vapor. Esas mismas partes se producen ahora con trabajo de menos habilidad, pero con buenos instrumentos ... Entiendo por instrumentos las máquinas aplicadas en la construcción de máquinas.» (*Royal Commission on Railways. Minutes of Evidence*, n.ºs 17.862 y 17.863, Lond. 1867.)

<sup>203</sup> URE, *loc. cit.*, pág. 20.

miento de la maquinaria no sólo promueve la disminución del número de trabajadores adultos empleados para alcanzar un determinado resultado, sino que, además, substituye una clase de individuos por otra, una clase de individuos más hábiles por otra de individuos menos hábiles, adultos por niños, hombres por mujeres. Todos esos cambios causan fluctuaciones constantes del tipo salarial.»<sup>204</sup> «La maquinaria expulsa ininterrumpidamente adultos de la fábrica.»<sup>205</sup>

Su avasallador avance bajo la presión de una jornada de trabajo abreviada nos mostró la extraordinaria elasticidad de la maquinaria como consecuencia de la acumulación de experiencia práctica, de la dimensión ya existente de medios mecánicos y del constante progreso de la técnica. Pero ¿quién habría adivinado en 1860, el año cenit de la industria inglesa del algodón, los perfeccionamientos galopantes de la maquinaria y el correspondiente desplazamiento de trabajo manual que suscitaron los tres años siguientes bajo el aguijón de la guerra civil norteamericana? Bastarán aquí un par de ejemplos tomados de las exposiciones oficiales de los inspectores fabriles ingleses sobre este punto. Un fabricante de Manchester declara:

«En vez de 75 máquinas de cardar, no necesitamos ahora más que 12, las cuales proporcionan la misma cantidad de calidad tan buena, cuando no mejor... El ahorro de salarios importa 10 libr. est. semanales, y el de desperdicios de algodón el 10 %.»

En una hilatura fina de Manchester se eliminó,

«por medio del movimiento acelerado y de la introducción de varios procesos self-acting,\*<sup>4</sup> en un departamento 1/4 del personal obrero, en otro más de 1/2, mientras que la máquina peinadora puesta en el lugar de la segunda cardadora ha disminuido mucho el número de manos ocupadas en la sección de cardado.»

Otra hilatura estima en un 10 % su ahorro general de «manos». Los señores Gilmore, hiladores de Manchester, declaran:

«En nuestro blowing department\*<sup>34</sup> estimamos el ahorro de manos y salario hecho a consecuencia de nueva maquinaria en un tercio entero... En el jack frame y drawing frame room\*<sup>35</sup> aproximadamente 1/3 menos en gasto y manos; en la sección de hilado aproximadamente 1/3 menos de gasto. Pero no es eso todo:

<sup>204</sup> *Loc. cit.*, pág. 321.

<sup>205</sup> *Loc. cit.*, pág. 23.

\*<sup>34</sup> Sección de fuelles.

\*<sup>35</sup> Sala de aspas para enmadejar y sala del hilo extendido.



cuando nuestros hilados pasan a los tejedores, están tan mejorados por la aplicación de la nueva maquinaria que producen más y mejor tejido que con el viejo hilado mecánico.»<sup>206</sup>

El inspector fabril A. Redgrave observa a eso:

«La disminución de trabajadores con aumento de la producción avanza rápidamente; en las fábricas de lana empezó hace poco una nueva reducción de manos que sigue adelante; hace pocos días un maestro de escuela que vive cerca de Rochdale me dijo que la gran disminución de las escuelas de niñas no se debe sólo a la presión de la crisis, sino también a las alteraciones de la maquinaria de la fabricación lanera, a consecuencia de las cuales ha habido una reducción media de 70 trabajadores de media jornada.»<sup>207</sup>

La tabla siguiente muestra el resultado global de las mejoras mecánicas de la industria algodonera inglesa debidas a la guerra civil norteamericana: \*<sup>35</sup>

	Número de fábricas		
	1856	1861	1868
Inglaterra y Gales .....	2.046	2.715	2.405
Escocia .....	152	163	131
Irlanda .....	12	9	13
Reino Unido .....	2.210	2.887	2.549

<sup>206</sup> *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1863*, págs. 108 ss.

<sup>207</sup> *Loc. cit.*, pág. 109. El rápido perfeccionamiento de la maquinaria durante la crisis del algodón permitió a los fabricantes ingleses llenar de nuevo hasta rebosar el mercado mundial, en un abrir y cerrar de ojos, en cuanto que se terminó la guerra civil norteamericana. Ya durante los últimos 6 meses de 1866 los tejidos se hicieron casi invendibles. Así empezó la exportación en depósito de las mercancías a la China y la India, la cual, naturalmente, aún intensificó más el «glut». \*<sup>37</sup> A comienzos de 1867 los fabricantes apelaron a su remedio habitual, la disminución del salario en un 5%. Los trabajadores se resistieron a eso y dijeron, con toda la razón teórica, que la única solución era trabajar poco tiempo, 4 días a la semana. Luego de resistirse largamente, estos autoproclamados capitanes de industria tuvieron que decidirse a ello, en algunos sitios junto con la disminución del salario en un 5%, en otros sin disminución.

\*<sup>35</sup> Las fuentes de Marx para la composición de las tablas siguientes son tres informes parlamentarios titulados *Factories* y subtitulados, respectivamente, «Return to an address of the Honourable the House of Commons, dated 15 April 1856»; «Return to an address of the Honourable the House of Commons, dated 24 April 1861»; «Return to an address of the Honourable the House of Commons, dated 5 December 1867».

\*<sup>37</sup> «Plétora», exceso.

Número de telares de vapor

Inglaterra y Gales .....	275.590	368.125	344.719
Escocia .....	21.624	30.110	31.864
Irlanda .....	1.633	1.757	2.746
Reino Unido .....	298.847	399.992	379.329

Número de husos

Inglaterra y Gales .....	25.818.576	28.352.125	30.478.228
Escocia .....	2.041.129	1.915.398	1.397.546
Irlanda .....	150.512	119.944	124.240
Reino Unido .....	28.010.217	30.387.467	32.000.014

Número de personas empleadas

Inglaterra y Gales .....	341.170	407.598	357.052
Escocia .....	34.698	41.237	39.809
Irlanda .....	3.345	2.734	4.203
Reino Unido .....	379.213	451.569	401.064

De 1861 a 1868 desaparecieron, pues, 338 fábricas algodoneras, esto es: una maquinaria más productiva e imponente se concentró en manos de un número menor de capitalistas. El número de telares de vapor disminuyó en 20.663, pero al mismo tiempo aumentó su producto, lo que quiere decir que un telar perfeccionado rinde más que uno antiguo. Por último, el número de husos aumentó en 1.612.547, mientras el número de obreros empleados disminuía en 50.505. La miseria «transitoria» con la que la crisis del algodón ahogó a los trabajadores aumentó, pues, y se consolidó por el progreso rápido y sostenido de la maquinaria.

Pero la maquinaria no actúa sólo como competidor todopoderoso, siempre al acecho para hacer «superfluo» al asalariado. El capital la proclama y maneja, abierta y tendenciosamente, como potencia hostil al trabajador. La maquinaria se convierte en el instrumento bélico más potente para aplastar las periódicas insurrecciones obreras, los strikes, etcétera, contra la autocracia del capital.<sup>208</sup> Según Gaskell, ya la máqui-

<sup>208</sup> «La relación entre amos y manos en los hornos de cristales y botellas de vidrio es un strike crónico.» A eso se debe la expansión de la manufactura del vidrio prensado, en la que las operaciones principales las hace la maquinaria. Una firma de Newcastle que antes producía 350.000 libras de cristal de vidrio soplado al año, produce ahora, en vez de eso, 3.000.500 libras de vidrio prensado. (*Ch. Empl. Com. IV Rep.*, 1865, págs. 262, 263.)



na de vapor fue una antagonista de la «fuerza humana», y permitía a los capitalistas aplastar las crecientes reivindicaciones de los obreros, que amenazaban con llevar al incipiente sistema fabril a la crisis.<sup>209</sup> Se podría escribir toda una historia de las invenciones hechas desde 1830 que nacieron simplemente como medios de guerra del capital contra resistencias obreras. Nos limitaremos a recordar la selfacting mule, porque ella abre una época nueva del sistema automático.<sup>210</sup>

En su declaración ante la Trades Unions Commission, Nasmyth, el inventor del martillo pilón de vapor, informa del modo siguiente acerca de los perfeccionamientos de la maquinaria que introdujo a consecuencia de los grandes y duraderos strikes de los trabajadores a máquina en 1851:

«El rasgo característico de nuestros modernos perfeccionamientos mecánicos es la introducción de máquinas-herramienta automáticas. Lo que ahora tiene que hacer un trabajador mecánico y puede hacer cualquier muchacho no es trabajar él mismo, sino vigilar el hermoso trabajo de la máquina. Toda la clase de trabajadores que dependía exclusivamente de su habilidad está ahora eliminada. Antes empleaba yo cuatro muchachos por cada mecánico. Gracias a esta nueva combinación mecánica, he reducido el número de hombres adultos de 1.500 a 750. La consecuencia ha sido un aumento considerable de mi beneficio.»

Ure dice a propósito de una máquina de estampar en color:

«Por último, los capitalistas intentaron liberarse de esa insoportable esclavitud» (a saber, de las condiciones de contratación de los obreros, para ellos molestas) «apelando a las fuentes de ayuda de la ciencia, y pronto se vieron reinstaurados en sus legítimos derechos, los derechos de la cabeza sobre las demás partes del cuerpo.»

Dice de un invento para encolar la urdimbre, ocasionado directamente por un strike:

«La horda de los descontentos, que se creía invenciblemente fortificada tras las viejas líneas de la división del trabajo, se vio así atacada por el flanco, y vio cómo quedaban aniquilados sus medios de defensa por la táctica mecánica moderna. Tu vieron que rendirse incondicionalmente.»

Del invento de la selfacting mule:

«Estaba llamada a restablecer el orden entre las clases industriales... Este

<sup>209</sup> GASKELL, *The Manufacturing Population of England*, Lond. 1833, páginas 11, 12.

<sup>210</sup> El señor Fairbairn inventó importantes aplicaciones de máquinas a la construcción de máquinas a consecuencia de strikes en su propia fábrica de maquinaria.

invento confirma la doctrina, ya expuesta por nosotros, de que el capital, por sujetar la ciencia a su servicio, obliga siempre a la rebelde mano de los obreros a ser dócil.»<sup>211</sup>

Aunque la obra de Ure apareció en 1835, o sea, en tiempos de un sistema fabril relativamente poco desarrollado todavía, es expresión clásica del espíritu de la fábrica, no sólo por su abierto cinismo, sino también por la ingenuidad con que suelta las atolondradas contradicciones del cerebro capitalista. P. e., luego de desarrollar la «doctrina» de que el capital, con la ayuda de la ciencia a la que ha puesto a soldada,

«obliga siempre a la rebelde mano de los obreros a ser dócil», Ure se indigna de «que por parte de ciertas personas se acusa a la ciencia mecánico-física de prestarse al despotismo de ricos capitalistas y entregarse a la tarea de medio de opresión de las clases pobres.»

Después de predicar por los cuatro puntos cardinales lo beneficioso que es para los trabajadores el rápido desarrollo de la maquinaria, les advierte que con sus acciones ilegales, strikes, etc., aceleran el desarrollo de la maquinaria.

«Semejantes violentas rebeliones», dice, «muestran la humana miopía en su carácter más despreciable, el carácter de un hombre que se convierte en verdugo de sí mismo.»

Pocas páginas antes decía, por el contrario:

«Sin las violentas colisiones e interrupciones causadas por las equivocadas opiniones de los obreros, el sistema fabril se habría desarrollado todavía más rápidamente y con utilidad mucho mayor para todas las partes interesadas.»

Luego, de nuevo, exclama:

«Por suerte para la población de los distritos fabriles de la Gran Bretaña, los perfeccionamientos de la mecánica se producen sólo paulatinamente.» «Sin razón», dice, «se acusa a las máquinas de reducir el salario de los adultos desplazando una parte de ellos, con lo que su número queda por encima de la necesidad de trabajo. Pero aumentan la demanda de trabajo infantil, y aumentan así el tipo salarial de este trabajo.»

Este mismo consolador defiende, por otra parte, que los salarios de los niños han de ser bajos, para que «disuadan a los padres de mandar a sus hijos prematuramente a la fábrica». Todo su libro es una apología de la jornada de trabajo ilimitada, y su alma liberal piensa en los más

<sup>211</sup> URE, *loc. cit.*, págs. 367-370.



oscuros tiempos del Medioevo cuando la legislación da en prohibir de rrengar a los niños de 13 años más de 12 horas diarias. Lo cual no le impide exhortar a los trabajadores fabriles a que den gracias a la Providencia, que, mediante la maquinaria, les «ha procurado el ocio necesario para meditar acerca de sus intereses inmortales».<sup>212</sup>

#### 6. *La teoría de la compensación respecto de los trabajadores desplazados por la maquinaria*

Toda una serie de economistas burgueses, como James Mill, MacCulloch, Torrens, Senior, J. St. Mill, etc., afirman que toda maquinaria que desplaza trabajadores libera al mismo tiempo y necesariamente un capital adecuado para ocupar a esos mismos trabajadores.<sup>213</sup>

Supóngase que un capitalista emplea a 100 trabajadores, en una manufactura de papeles pintados, p. e., a 30 libr. est. anuales cada uno. El capital variable que desembolsa cada año importa, pues, 3.000 libr. est. Supóngase que despide a 50 trabajadores y ocupa a los 50 restantes con una maquinaria que le cuesta 1.500 libr. est. Por simplificar se prescinde de instalaciones, carbón, etc. Supóngase, además, que la materia prima consumida anualmente cueste, lo mismo antes que después, 3.000 libr. est.<sup>214</sup> ¿Ha «liberado» algún capital esa metamorfosis? Con el viejo modo de explotación, la suma total desembolsada de 6.000 libr. est. constaba por partes iguales de capital constante y capital variable. Ahora consta de 4.500 libr. est. de capital constante (3.000 libr. est. de materia prima y 1.500 libr. est. de maquinaria) y 1.500 libr. est. de capital variable. En vez de la mitad, la parte variable del capital, la parte gastada en fuerza de trabajo viva, no importa ahora más que 1/4 del capital total. En vez de liberación de capital, lo que hay es vinculación del mismo en una forma en la que deja de intercambiarse con la fuerza de trabajo; o sea, hay conversión de capital variable en capital constante. Si las demás circunstancias no varían, el capital de

<sup>212</sup> URE, *loc. cit.*, págs. 368, 7, 370, 280, 321, 281, 475.

<sup>213</sup> Al principio Ricardo compartió esa opinión, pero más tarde la rechazó explícitamente, con su característica y científica falta de prejuicios y su amor por la verdad. V. *loc. cit.*, ch. XXXI, «On Machinery».

<sup>214</sup> NB,<sup>\*38</sup> doy la ilustración exactamente al modo de los economistas citados.

<sup>\*38</sup> N. B.: nota bene, observa bien.

6.000 libr. est. no puede ahora ocupar nunca a más de 50 trabajadores. A cada perfeccionamiento de la maquinaria, ocupa a menos obreros. Si la maquinaria recién introducida costara menos que la suma de la fuerza de trabajo y herramientas desplazada por ella, o sea, si en vez de 1.500 costara sólo 1.000 libr. est., p. e., se convertiría en capital constante, quedaría vinculado, un capital de 1.000 libr. est., y se liberaría un capital de 500 libr. est. Suponiendo que se mantiene el mismo salario anual, este último capital constituye un fondo de empleo de 16 trabajadores aproximadamente, mientras que los despedidos son 50; en realidad, aquel fondo es para mucho menos de 16 obreros, porque las 500 libr. est., para convertirse en capital, se tienen que convertir de nuevo en parte en capital constante y, por lo tanto, sólo se pueden gastar en fuerza de trabajo parcialmente.

Pero, en realidad, aun suponiendo que la fabricación de nueva maquinaria ocupe a un número mayor de mecánicos, ¿se puede decir que eso sea una compensación para los obreros de papeles pintados que quedan en la calle? En el mejor de los casos, la fabricación de maquinaria ocupará a menos trabajadores que los que expulsa su utilización. La suma de 1.500 libr. est. que representaba sólo el salario de los obreros despedidos, representa ahora, en forma de maquinaria, 1.º, el valor de los medios de producción necesarios para su fabricación; 2.º, el salario de los mecánicos que la fabrican; 3.º, la plusvalía que va a parar a sus «maestros». Además, una vez producida, la maquinaria no se tiene que renovar hasta su muerte. Por lo tanto, para emplear constantemente a un número ampliado de mecánicos, un fabricante tras otro tiene que substituir trabajadores por máquinas.

En realidad, aquellos apologistas no se refieren a este tipo de liberación de capital. Se refieren a los alimentos y medios de vida de los trabajadores puestos en disponibilidad. No se puede negar que en el caso anterior, p. e., la maquinaria no sólo separa a 50 trabajadores y los hace así «disponibles», sino que, además y al mismo tiempo, corta su relación con medios de vida, por un valor de 1.500 libr. est., y, por lo tanto, «libera» esos alimentos. El hecho simple, y en absoluto nuevo, de que la maquinaria libera de medios de vida al trabajador significa, pues, económicamente que la maquinaria libera medios de vida para los trabajadores, los convierte en capital para su utilización. Como se ve, todo depende del modo de decirlo. *Nominibus mollire licet mala*.<sup>\*39</sup>

<sup>\*39</sup> «Se puede suavizar los males con palabras». Es el verso 657 del libro II del *Arte de Amar* de Ovidio.



Según esa teoría, los medios de vida por valor de 1.500 libr. est. eran un capital valorizado por el trabajo de los cincuenta obreros de papeles pintados que han sido despedidos. Este capital, consecuentemente, deja de estar empleado en cuanto que los cincuenta dejan de trabajar, y no tiene paz ni descanso hasta que encuentra una nueva «colocación» en la que los dichos cincuenta puedan de nuevo consumirlo productivamente. Antes o después, por lo tanto, el capital y los trabajadores se tienen que volver a encontrar, y entonces se tendrá la compensación. Así, pues, los sufrimientos de los trabajadores desplazados por la maquinaria son tan percederos como los bienes de este mundo.

Los medios de vida que importan 1.500 libr. est. no estuvieron nunca como capital ante los trabajadores despedidos. Lo que tuvieron enfrente como capital eran las 1.500 libr. est. ahora convertidas en maquinaria. Vistas más de cerca, esas 1.500 libr. est. no representaban más que una parte de los papeles pintados producidos anualmente por medio de los 50 obreros despedidos, parte que los obreros recibían de quien los empleaba como salario en forma de dinero, en vez de in natura. Con los papeles pintados convertidos en 1.500 libr. est., compraban medios de vida por el mismo importe. Pero eso éstos existían para ellos no como capital, sino como mercancías, y ellos mismos existían para esas mercancías no como trabajadores asalariados, sino como compradores. La circunstancia de que la maquinaria los ha «liberado» de medios de compra los convierte de compradores en no-compradores. De donde una demanda inferior de esas mercancías. Voilà tout.\*<sup>40</sup> Si esa disminución de la demanda no se compensa con un aumento procedente de otra parte, baja el precio de mercado de las mercancías. Si esta situación dura mucho y tiene dimensiones grandes, se produce un desplazamiento de los trabajadores empleados en la producción de esas mercancías. Una parte del capital que antes producía medios de vida necesarios se reproduce ahora en otra forma. Durante el descenso de los precios de mercado y el desplazamiento de capital quedan también «liberados» de una parte de su salario los trabajadores empleados en la producción de los medios de vida necesarios. Así, pues, en vez de probar que la maquinaria, mediante la liberación de trabajadores respecto de medios de vida, convierte al mismo tiempo a estos últimos en capital para la aplicación de los primeros, el señor apologista prueba, a la inversa, con la garantizada ley de la demanda y la oferta, que la maquinaria arroja trabajadores a la calle no sólo en la rama de la producción en la que se implanta, sino también en las ramas de producción en las que no se implanta.

\*<sup>40</sup> Eso es todo.

Los hechos reales disfrazados por el optimismo económico son éstos: los trabajadores desplazados por la maquinaria quedan arrojados del taller al mercado de trabajo, en el que aumentan el número de fuerzas de trabajo ya disponibles para la explotación capitalista. En la sección séptima se mostrará que este efecto de la maquinaria que se nos presenta aquí como compensación para la clase obrera hiere, por el contrario, al trabajador como el azote más temible. Aquí baste con esto: los trabajadores arrojados de una rama industrial pueden, ciertamente, buscar ocupación en cualquier otra. Si la encuentran y si, con eso, se anuda el lazo entre ellos y los medios de vida liberados al mismo tiempo que ellos, esta situación se produce mediante un nuevo capital adicional que buscaba colocación, pero en modo alguno mediante el capital que ya funcionaba antes y ahora se ha convertido en maquinaria. E incluso en ese caso, ¡qué escasas son sus perspectivas! Atrofiados por la división del trabajo, estos pobres desgraciados valen tan poco fuera de su viejo círculo de trabajo que sólo hallan acceso a ramas de trabajo escasas y bajas, y, por lo tanto, siempre saturadas y mal pagadas.<sup>215</sup> Además, cada rama industrial atrae anualmente un nuevo flujo humano que le suministra su contingente para una substitución y un crecimiento regulares. En cuanto que la maquinaria libera una parte de los trabajadores ocupados hasta entonces en una determinada rama de la industria, el equipo de repuesto se distribuye, a su vez, de nuevo y queda absorbido por otras ramas industriales, mientras que las primeras víctimas se degradan y se atrofian en su mayor parte durante el tiempo de transición.

Es un hecho indudable que la maquinaria no es por sí misma responsable de esa «liberación» de los trabajadores respecto de los medios de vida. La maquinaria abarata y aumenta el producto en la rama que aferra y deja, por de pronto, inalterada la masa de medios de vida producida en otras ramas industriales. Así, pues, después de la introducción de la maquinaria la sociedad posee tantos o más medios de vida para los obreros desplazados, prescindiendo totalmente de la parte enorme del producto anual despilfarrada por no-trabajadores. Y ésta

<sup>215</sup> Un ricardiano observa a este respecto, contra las nociones desaboridas de J. B. Say: «Con el desarrollo de la división del trabajo, la habilidad de los trabajadores no es aplicable más que en la especial rama en que se aprendió; los trabajadores mismos son una especie de máquinas. Por eso no sirve para nada repetir como un loro que las cosas tienden a hallar su nivel. Tenemos que mirar en torno nuestro y darnos cuenta de que durante largo tiempo no pueden hallar su nivel, y que, cuando lo encuentran, el nivel es más bajo que al comienzo del proceso.» (*An Inquiry into those Principles respecting the Nature of Demand, etc.*, Lond. 1821, pág. 72.)



es precisamente la punta de la apologética económica. Las contradicciones y los antagonismos inseparables de la aplicación capitalista de la maquinaria no existen porque no nacen de la maquinaria misma, sino de su aplicación capitalista. Y como la maquinaria, considerada en sí misma, abrevia el tiempo de trabajo, mientras que, aplicada de modo capitalista, prolonga la jornada de trabajo; y facilita por sí misma el trabajo, mientras que, aplicada de modo capitalista, aumenta su intensidad; y es por sí misma una victoria del hombre sobre la fuerza de la naturaleza, mientras que, aplicada de modo capitalista, somete al hombre por medio de la naturaleza; y aumenta por sí misma la riqueza del productor, mientras que, aplicada de modo capitalista, lo empobrece, etcétera: el economista burgués declara tranquilamente que la consideración de la maquinaria en sí misma prueba con toda precisión que todas esas contradicciones tangibles son mera apariencia de la vulgar realidad, pero no existen de ninguna manera en sí mismas, ni tampoco, por lo tanto, en la teoría. Así se evita el seguir rompiéndose la cabeza y carga además a su contrincante la necedad de estar combatiendo no la aplicación capitalista de la maquinaria, sino la maquinaria misma.

El economista burgués no niega en modo alguno que con todo esto resultan a veces molestias transitorias; pero ¿qué medalla no tiene su reverso? Para él es imposible un aprovechamiento de la maquinaria diferente del capitalista. Explotación del trabajador por la máquina es, pues, para él lo mismo que explotación de la máquina por el trabajador. Así, pues, el que revela lo que en realidad pasa con la aplicación capitalista de la maquinaria es que rechaza sin más la aplicación de la maquinaria, es un enemigo del progreso social.<sup>216</sup> Es exactamente la argumentación del célebre rebanador de gargantas Bill Sikes:

«Señores del jurado: es verdad que a estos viajantes de comercio se les ha cortado la garganta. Pero ese hecho no es culpa mía, sino culpa del cuchillo. ¿Y por esas molestias transitorias hemos de abolir el uso del cuchillo? Piénsenlo bien. ¿Qué sería de la agricultura y de los oficios sin el cuchillo? ¿No es, acaso, tan salutar en la cirugía como sabio en la anatomía? ¿Y no es, además, voluntarioso ayudante en el alegre banquete? Prohíban el cuchillo, y nos echarán atrás, a la más profunda barbarie.»<sup>216a</sup>

<sup>216</sup> Virtuoso de este jactancioso cretinismo es, entre otros, MacCulloch. «Si es ventajoso», dice, p. e., con la afectada ingenuidad de un niño de 8 años, «desarrollar cada vez más la habilidad del obrero, de tal modo que sea capaz de producir, con la misma o menor cantidad de trabajo, una cantidad creciente de mercancía, tiene entonces que ser también beneficioso que se sirva, para ayudarse, de la máquina, como más eficazmente le apoye en la consecución de ese resultado.» (MACCULLOCH, *Princ. of Pol. Econ.*, Lond. 1830, pág. 182.)

<sup>216a</sup> «El inventor de la máquina de hilar ha arruinado la India, cosa que,

Aunque la maquinaria desplaza inevitablemente trabajadores de las ramas del trabajo en las que se implanta, puede, de todos modos, provocar un aumento del empleo en otras ramas del trabajo. Pero ese efecto no tiene nada que ver con la llamada teoría de la compensación. Como todo producto de las máquinas —p. e., un codo de tejido a máquina— es más barato que el análogo producto manual al que sustituye, se tiene como ley absoluta: si la cantidad total del artículo producido a máquina se mantiene igual a la cantidad total del artículo artesanal o manufacturero a la que sustituye, disminuye la suma total de trabajo aplicado. El aumento de trabajo requerido tal vez para la producción de los medios de trabajo mismos —la maquinaria, el carbón, etc.— tiene que ser menor que la disminución de trabajo actuada por la aplicación de la maquinaria. De no ser así, el producto maquinista sería tan caro como el producto manual, o más que él. Pero, de hecho, en vez de mantenerse igual, la masa total del artículo a máquina producido por un número menor de trabajadores aumenta muy por encima de la masa total del artículo manual substituido. Supóngase que 400.000 codos de tejido a máquina sean producidos por menos obreros que los que producen 100.000 codos de tejido a mano. En el producto cuadruplicado hay cuatro veces más materia prima. Por lo tanto, la producción de materia prima se tiene que cuadruplicar. Pero, por lo que hace a los medios de trabajo consumidos, como instalaciones, carbón, máquinas, etc., el límite dentro del cual puede aumentar el trabajo adicional requerido para su producción cambia con la diferencia entre la masa del producto a máquina y la masa del producto manual producible por el mismo número de trabajadores.

Con la ampliación de la explotación maquinista en una rama de industria aumenta, pues, por de pronto la producción en las demás ramas que le suministran los medios de producción. Hasta qué punto aumentará por ello la masa de trabajadores ocupada depende —dadas la duración de la jornada de trabajo y la intensidad del trabajo— de la composición del capital aplicado, esto es, de la relación entre su elemento constante y su elemento variable. Por su parte, esta relación varía mucho según la medida en la cual la maquinaria ha aferrado ya o está tomando aquellos oficios. El número de los hombres condenados a las minas de carbón y de metal se hinchó enormemente con el progreso del maquinismo inglés, aunque en los últimos decenios su creci-

en realidad, nos conmueve poco.» (A. THIERS, *De la Propriété* [pág. 275].) El señor Thiers confunde aquí la máquina de hilar con el telar mecánico, «cosa que, en realidad, nos conmueve poco».



miento se ha decelerado por el uso de nueva maquinaria para la minería.<sup>217</sup> Con la máquina salta a la vida una nueva especie de trabajador: el productor de la máquina. Sabemos ya que la explotación maquinista se adueña de esta misma rama de la producción a escala cada vez más masiva.<sup>218</sup> Y, por último, por lo que hace a la materia prima,<sup>219</sup> no hay ninguna duda de que, p. e., el avance a paso de carga de la hilatura de algodón promovió como en un invernadero el cultivo de esa planta en los Estados Unidos y, con ese cultivo, no sólo el tráfico de esclavos africano, sino también la cría de negros, a la que convirtió en el principal negocio de los llamados estados esclavistas de la frontera. Cuando en 1790 se levantó el primer censo de esclavos de los Estados Unidos, su número era de 697.000; en cambio, en 1861 eran más o menos cuatro millones. Por otra parte, no es menos cierto que el florecimiento de la fábrica lanera mecánica con la transformación progresiva de campos de labor en pastos para ovejas provocó la expulsión masiva y la «superfluidad» de los trabajadores agrícolas. Irlanda está atravesando aún en estos momentos el proceso de reducir todavía más su población, ya disminuida casi en la mitad desde 1845, exactamente a tenor de las necesidades de sus terratenientes y de los señores fabricantes laneros ingleses.

Cuando la maquinaria aferra estadios previos o intermedios que ha de atravesar un objeto de trabajo antes de llegar a su forma última, aumenta, junto con el material de trabajo, la demanda de trabajo en los talleres, todavía explotados artesanal o manufactureramente, a los que va a parar el producto fabricado a máquina. La hilatura a máquina, p. e., suministró el hilado tan barata y abundantemente que los tejedores a mano pudieron, por de pronto, trabajar todo el tiempo sin

<sup>217</sup> Según el censo de 1861 (vol. II, Lond. 1863) el número de trabajadores ocupados en las minas de carbón de Inglaterra y Gales era de 246.613, de los cuales 73.546 de menos de 20 años y 173.067 de más. Pertenecen al primer grupo 835 de cinco a diez años, 30.701 de diez a quince años, 42.010 de quince a diecinueve. Número de ocupados en minas de hierro, cobre, plomo, cinc y todas las demás de metales: 319.222.

<sup>218</sup> Empleados en la producción de maquinaria en Inglaterra y Gales en 1861: 60.807 personas, incluidos los fabricantes junto con sus dependientes, etc., y todos los agentes y comerciantes de la rama. Excluidos, en cambio, los productores de máquinas pequeñas, como las de coser, etc., igual que los productores de herramientas para las máquinas de trabajo, como husos, etc. El número total de ingenieros civiles era de 3.329.

<sup>219</sup> Como el hierro es una de las materias primas más importantes, observaremos que en 1861 había en Inglaterra 125.771 obreros fundidores, 123.430 hombres y 2.341 mujeres. De los primeros, 30.810 tenían menos de 20 años y 92.620 más.

aumentar la inversión. Así aumentó su renta.<sup>220</sup> Por lo tanto, flujo de hombres a los tejidos de algodón, hasta que al final los 800.000 tejedores de algodón puestos en pie en Inglaterra, p. e., por la jenny, el throstle y la mule fueron liquidados por el telar de vapor. Análogamente aumenta, con la superabundancia de telas producidas a máquina, el número de sastres, modistas, costureras, etc., hasta que aparece la máquina de coser.

De acuerdo con la masa creciente de materias primas, semiacabados, instrumentos de trabajo, etc., que suministra la industria maquinista con un número de trabajadores relativamente menor, la elaboración de esas materias primas y de esos semiacabados se divide en innumerables subespecies y aumenta, pues, la multiplicidad de las ramas sociales de la producción. La explotación maquinista lleva la división social del trabajo mucho más adelante que la manufactura, porque aumenta hasta un grado incomparablemente mayor la productividad de los oficios que abarca.

El resultado más inmediato de la maquinaria consiste en aumentar la plusvalía y, al mismo tiempo, la masa de productos en que se presenta, y, por lo tanto, en aumentar, junto con la substancia de la que se alimenta la clase capitalista con su apéndice, estas capas sociales mismas. Su creciente riqueza y el número, en constante y relativa disminución, de trabajadores requeridos para la producción de los primeros medios de vida engendran, a la par que nuevas necesidades de lujo, nuevos medios para satisfacerlas. Una parte mayor del producto social se convierte en plusproducto, y una parte mayor del plusproducto se reproduce y consume en formas más refinadas y varias. Con otras palabras: aumenta la producción de lujo.<sup>221</sup> El refinamiento y la multiplicación de los productos brotan también de las nuevas relaciones mercantiles mundiales creadas por la gran industria. No sólo se intercambian más medios de goce extranjeros con el producto nacional, sino que, además, una masa mayor de materias primas extranjeras, ingredientes, semiacabados, etc.,

<sup>220</sup> «Una familia de 4 personas adultas (tejedores de algodón) con dos niños que trabajaban de winders\*<sup>41</sup> ganaba a finales del siglo pasado y principios de éste 4 libr. est. a la semana con jornada de trabajo de 10 horas; si había prisas en el trabajo podían ganar más ... Antes sufrían siempre por escasez de hilado.» (GASKELL, *loc. cit.*, págs. 34, 35.)

<sup>221</sup> F. ENGELS en *Lage, etc.* (Situación, etc.), indica la situación lamentable de una gran parte de estos trabajadores de la industria del lujo, precisamente. Nuevas pruebas en masa al propósito en los informes de la *Child. Empl. Comm.*

\*<sup>41</sup> Devanadores.



entran como medios de producción en la industria del país. Con esas relaciones mercantiles mundiales aumenta la demanda de trabajo en la industria del transporte, que se escinde en numerosas subespecies nuevas.<sup>223</sup>

El aumento de medios de producción y de vida con disminución relativa del número de trabajadores promueve la extensión del trabajo en ramas industriales cuyos productos —como canales, muelles para mercancías, túneles, puentes, etc.— sólo dan frutos en un futuro más remoto. Se constituyen ramas de producción completamente nuevas y, por lo tanto, campos de trabajo nuevos, ya directamente, sobre la base de la maquinaria, ya sobre la base de la general transformación industrial correspondiente. Pero la parte que ocupan en la producción total no es en absoluto importante, ni siquiera en los países más desarrollados. El número de trabajadores ocupados por esos nuevos campos de trabajo aumenta en razón directa de la reproducción de la necesidad de trabajo manual del más rudo. Se puede considerar presentemente como principales industrias de este tipo las fábricas de gas, la telegrafía, la fotografía, la navegación a vapor y los ferrocarriles. El censo de 1861 (para Inglaterra y Gales) arroja 15.211 personas en la industria del gas (fábricas de gas, producción de los aparatos mecánicos, agentes de las compañías de gas, etc.), 2.399 en la telegrafía, 2.366 en la fotografía, 3.570 en la navegación a vapor y 70.599 en los ferrocarriles, unos 28.000 de los cuales son peones «sin habilidades» que trabajan en las vías, más todo el personal administrativo y comercial. Número total, pues, de individuos en esas cinco industrias nuevas: 94.145.

Por último, la fuerza productiva extraordinariamente aumentada en las esferas de la gran industria, acompañada, como lo está, por una explotación exacerbada intensiva y extensivamente de la fuerza de trabajo en todas las demás esferas de la producción, permite utilizar improproductivamente una parte cada vez mayor de la clase obrera y reproducir así, cada vez más masivamente, los antiguos esclavos domésticos bajo el nombre de «clase doméstica», como criados, muchachas, lacayos, etc. Según el censo de 1861 la población total de Inglaterra y Gales sumaba 20.066.224 personas, 9.776.259 varones y 10.289.965 mujeres. Si se substraen de ahí todos los que son demasiado viejos o demasiado jóvenes para trabajar, todas las mujeres «improductivas», los adolescentes y los niños, y los estamentos «ideológicos», como son el gobierno, los curas, los juristas, los militares, etc., y también todos

<sup>223</sup> En 1861, en Inglaterra y Gales, 94.665 marineros empleados en la marina mercante.

aquellos cuya exclusiva ocupación es consumir trabajo ajeno en forma de renta de la tierra, interés, etc., y, por último, los mendigos, vagabundos, delincuentes, etc., quedan en números redondos 8 millones de ambos sexos y de las edades más diversas, incluyendo a todos los capitalistas que funcionan de un modo u otro en la producción, el comercio, las finanzas, etc. Esos 8 millones se distribuyen así:

Trabajadores agrícolas (incluidos los pastores y los mozos de labranza y mozas que viven en las casas de los arrendatarios agrícolas) ... ..	1.098.261	personas
Todos los empleados en las fábricas de algodón, lana, estambre, lino, cáñamo, seda, yute, y en la fabricación mecánica de tejidos de punto y encajes ... ..	642.607 <sup>223</sup>	»
Todos los empleados en las minas de carbón y de metales ... ..	565.835	»
Los empleados en todas las fábricas metalúrgicas (altos hornos, talleres de laminación, etc.) y manufacturas metalúrgicas de todo tipo ...	396.998 <sup>224</sup>	»
Clase doméstica ... ..	1.208.648 <sup>225</sup>	»

Si sumamos los empleados en todas las fábricas textiles con el personal de las minas de carbón y de metales, obtenemos 1.208.442; si les añadimos el personal de todos los talleres y manufacturas metalúrgicas, el número total es 1.039.605: en ambos casos es menor que el número de los modernos esclavos domésticos. ¡Qué resultado sublime de la maquinaria explotada de modo capitalista!

<sup>223</sup> Sólo 177.596 de ellas son personas de sexo masculino de más de 13 años.

<sup>224</sup> 30.501 de ellas de sexo femenino.

<sup>225</sup> 137.447 de ellas de sexo masculino. Se excluye del 1.208.648 todo el personal que no sirve en casas particulares.

Añadido a la 2.ª ed. De 1861 a 1870 el número de criados masculinos casi se ha duplicado. Había llegado a 267.671. El año 1847 había 2.694 guardas forestales (para los cotos aristocráticos), mientras que en 1869 eran 4.921. Las muchachas jóvenes al servicio de las familias pequeño-burguesas de Londres se llaman en el habla popular «little slaveys», esclavitas.



7. *Repulsión y atracción de trabajadores con el desarrollo del taller mecánico.**Las crisis de la industria algodonera*

Todos los representantes responsables de la economía política admiten que la nueva implantación de la maquinaria actúa como la peste sobre los trabajadores de las artesanías tradicionales y las manufacturas con las que primero compite. Casi todos esos autores lloran la esclavitud del obrero fabril. Y ¿cuál es la gran carta que todos juegan? Que la maquinaria, tras los horrores de su período de implantación y desarrollo, aumenta en última instancia los esclavos del trabajo, en vez de acabar por disminuirlos. En efecto: la economía política exulta con el repulsivo teorema —repulsivo para todo «filántropo» que crea en la eterna y natural necesidad del modo de producción capitalista— de que la misma fábrica ya basada en el taller mecánico, tras un período determinado de crecimiento, luego de un «tiempo de transición» más corto o más largo, se pone a derrengar más trabajadores que los que inicialmente arrojó al arroyo.<sup>226</sup>

Es verdad que ya se ha manifestado en algunos ejemplos —por ejemplo en las fábricas inglesas de estambre y seda— que en un cierto grado de desarrollo una ampliación extraordinaria de ramas fabriles puede ir unida a una disminución no sólo relativa, sino también abso-

<sup>226</sup> Ganilh, por el contrario, considera que el resultado final de la industria maquinista es la disminución absoluta del número de los esclavos del trabajo, a costa de los cuales un número mayor de «gens honnêtes» va viviendo y desarrolla su conocida «perfectibilité perfectible». Aunque entiende muy poco el movimiento de la producción, por lo menos nota que la maquinaria es una institución muy desgraciada si su implantación convierte trabajadores ocupados en pobres sin trabajo y, luego, su desarrollo suscita más esclavos del trabajo que los que ha asesinado. El cretinismo de su punto de vista no se puede expresar más que con sus propias palabras: «Las clases condenadas a producir y consumir disminuyen, y las clases que dirigen el trabajo, las que aportan a toda la población alivio, consuelo y comprensión, aumentan ... y se apropian de todas las ventajas resultantes de la disminución de los costes del trabajo, de la sobreabundancia de mercancías y del bajo precio de los bienes de consumo. En esta dirección el género humano se yergue hasta las más altas concepciones del genio, penetra en las profundidades misteriosas de la religión, establece los principios saludables de la moral» (que consiste en «apropiarse de todas las ventajas»), «las leyes tutelares de la libertad» (¿libertad para «las clases condenadas a producir»? «y del poder, de la obediencia y de la justicia, del deber y de la humanidad»). Este galimatías, en *Des Systèmes d'Économie Politique, etc.*, par M. CH. GANILH, 2.<sup>ème</sup> éd., Paris 1812, t. I, pág. 224. Cfr. *ibid.*, pág. 212.

luta, del número de trabajadores utilizados. En el año 1860, al hacerse, por orden del Parlamento, un censo especial de todas las fábricas del Reino Unido, la sección de los distritos fabriles de Lancashire, Cheshire y Yorkshire, asignada al inspector fabril R. Baker, contaba con 652 fábricas; 570 de ellas tenían: 85.622 telares de vapor, 6.819.146 husos (excluidos los de torcer), 27.439 caballos de fuerza en máquinas de vapor y 1.390 en ruedas hidráulicas, 94.119 personas ocupadas. En cambio, en el año 1865 esas mismas fábricas tenían: 95.163 telares, 7.025.031 husos, 28.925 caballos de fuerza en máquinas de vapor y 1.445 en ruedas hidráulicas, 88.913 personas ocupadas. Así, pues, entre 1860 y 1865 el crecimiento de esas fábricas en cuanto a telares de vapor fue del 11 %, en husos del 3 %, en caballos de vapor del 5 %, mientras que, al mismo tiempo, el número de personas ocupadas había disminuido en un 5,5 %<sup>227</sup> Entre 1852 y 1862 hubo un aumento considerable de la fabricación de lana inglesa, mientras que el número de trabajadores aplicados a ella se mantuvo casi estacionario.

«Esto muestra la gran medida en la cual maquinaria nuevamente introducida había desplazado el trabajo de períodos anteriores.»<sup>228</sup>

En casos empíricamente dados el aumento de trabajadores fabriles es a menudo aparente, o sea, no se debe a la expansión de la fábrica ya basada en industria maquinista, sino a la anexión paulatina de ramas laterales. P. e., el aumento de telares mecánicos y del número de obreros ocupados por ellos en 1838-1858 se debió simplemente, en la fábrica (británica) de algodón, a la ampliación de esa rama de los negocios. En las demás fábricas, por el contrario, a la nueva aplicación del vapor al telar de tapicería, el telar de pasamanería, el de lino, etc.,

<sup>227</sup> *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, págs. 58 ss. Pero al mismo tiempo quedaba ya dada la base material para ocupar un número creciente de trabajadores en 110 fábricas nuevas con 11.625 telares de vapor, 628.576 husos y 2.695 caballos de fuerza de vapor y agua (*loc. cit.*).

<sup>228</sup> *Reports, etc., for 31st Oct. 1862*, pág. 79.

Añadido a la 2.<sup>a</sup> ed. A finales de diciembre de 1871 el inspector fabril A. Redgrave dijo en una conferencia pronunciada en Bradford, en la New Mechanics' Institution: «Lo que me ha llamado la atención desde hace algún tiempo es el cambiado aspecto de las fábricas laneras. Antes estaban llenas de mujeres y niños, y ahora la maquinaria parecía hacer todo el trabajo. A mis preguntas un fabricante me dio la siguiente explicación: 'Con el antiguo sistema yo empleaba a 63 personas; tras la introducción de maquinaria perfeccionada reduje mis manos a 33, y hace muy poco, a consecuencia de nuevas y grandes modificaciones, he podido reducirlas de 33 a 13'»



movidos hasta entonces por la fuerza muscular humana.<sup>229</sup> El aumento de estos trabajadores fabriles fue, pues, sólo expresión de una disminución del número total de trabajadores ocupados. Por último, aquí se prescinde totalmente del hecho de que en todas partes, con excepción de las fábricas metalúrgicas, los trabajadores jóvenes (de menos de 18 años), las mujeres y los niños constituyen con mucho el elemento predominante del personal fabril.

Pero se comprende cómo, pese al desplazamiento de hecho y la virtual sustitución de una masa de trabajadores por la industria maquinista, con su propio crecimiento, expresado en el mayor número de fábricas de un mismo tipo o con el aumento de dimensiones de las fábricas existentes, los trabajadores fabriles pueden ser al final más numerosos que los trabajadores manufactureros o artesanos desplazados por aquéllas. Supongamos que en el viejo modo de explotación un capital de 500 libr. est. se componga de 2/5 de elemento constante y 3/5 de elemento variable, o sea, que 200 libr. est. estén invertidas en medios de producción y 300 libr. est. en fuerza de trabajo, digamos que a 1 libr. est. por trabajador. Con la explotación maquinista se transforma la composición del capital total. Ahora se descompone, p. e., en 4/5 de elemento constante y 1/5 de elemento variable, o sea, sólo se desembolsa 100 libr. est. en fuerza de trabajo. Por lo tanto, se despide a dos terceras partes de los trabajadores antes ocupados. Pero si esa empresa fabril se expansiona y el capital total aplicado aumenta, sin cambio de las demás condiciones de producción, de 500 a 1.500, ahora se empleará a 300 trabajadores, tantos cuantos antes de la revolución industrial. Si el capital aplicado aumenta hasta 2.000, se dará ocupación a 400 obreros, o sea, a 1/3 más que con el viejo sistema de explotación. Desde un punto de vista absoluto, el número de obreros empleados ha aumentado en 100; relativamente, o sea, en relación con el capital total adelantado, ha disminuido en 800, pues con el viejo modo de funcionamiento un capital de 2.000 libr. est. habría empleado a 1.200 trabajadores, en vez de a 400. La disminución relativa del número de trabajadores empleados se compadece, pues, con su aumento absoluto. Arriba supusimos que con el aumento del capital total su composición permanece constante porque constantes permanecen las condiciones de la producción. Pero ya es sabido que a cada progreso del maquinismo aumenta la parte constante del capital, la que consta de maquinaria, material primario, etc., mientras que disminuye la variable, la gastada en fuerza de trabajo; y también se sabe que en ningún

<sup>229</sup> *Reports, etc., for 31st Oct. 1856*, pág. 16.

otro modo de explotación es tan constante el perfeccionamiento ni tampoco, por lo tanto, tan variable la composición del capital total. Pero este cambio constante se interrumpe, no menos constantemente, por puntos de reposo y por una ampliación meramente cuantitativa sobre una base técnica dada. Con eso aumenta el número de los trabajadores ocupados. Así, el número de todos los trabajadores de las fábricas de algodón, lana, estambre, lino y seda del Reino Unido era en 1835 de sólo 354.684, mientras que en 1861 sólo el número de los tejedores a vapor (de ambos sexos y de las edades más varias, desde la de 8 años) era de 230.654. Es verdad que ese aumento no parece tan grande si se tiene en cuenta que los tejedores británicos de algodón a mano, junto con sus familias, por ellos mismos ocupadas, contaban en 1838 todavía 800.000,<sup>230</sup> prescindiendo completamente de los tejedores eliminados en Asia y en el continente europeo.

En las pocas observaciones que todavía nos quedan por hacer sobre este punto tocamos en parte situaciones puramente de hecho a las que todavía no nos ha llevado nuestra exposición teórica.

Mientras la industria maquinista se expansiona en una rama industrial a costa de la artesanía tradicional o de la manufactura, sus éxitos son tan seguros como lo sería el de un ejército armado con fusiles de percusión contra un ejército de arqueros. Este primer período, en el que la máquina empieza por conquistar su esfera de acción, es de decisiva importancia por los extraordinarios beneficios que ayuda a producir. Estos beneficios no sólo constituyen, ya por sí mismos, una fuente de acumulación acelerada, sino que, además, atraen a la esfera de producción favorecida una gran parte del capital social adicional, el cual se forma constantemente y busca de manera imperiosa nueva colocación. Las particulares ventajas de ese primer período de «tormenta e ímpetu» se repiten constantemente en las ramas de la producción en que la maquinaria se implanta por vez primera. Pero en cuanto que el sistema fabril consigue cierta anchura de existencia y un determinado grado de madurez, y, particularmente, en cuanto que su propio fundamento técnico, la maquinaria, se produce ella misma mediante máquinas, en cuanto que la obtención de carbón y hierro, así como la manipulación de

<sup>230</sup> «Los sufrimientos de los tejedores a mano» (de algodón y de materiales mezclados con el algodón) «fueron objeto de investigación por una comisión real, pero aunque se reconoció y lamentó su miseria, se confió al azar la mejoría (!) de su situación, así como al cambio de los tiempos, y se puede esperar que esos sufrimientos estén ahora» (20 años después) «casi (nearly) terminados, a lo cual ha contribuido según toda probabilidad la gran extensión actual de los telares de vapor.» (*Rep. Insp. Fact., 31st Oct. 1856*, pág. 15.)



los metales y el sistema de transporte se revolucionan y, en general, se obtienen las condiciones de producción generales correspondientes a la gran industria, este tipo de explotación consigue una elasticidad, una repentina capacidad de expansión a saltos que no tiene ya más límites que los de la materia prima y el mercado de salida. Por una parte, la maquinaria acarrea directamente un aumento de la materia prima, al modo, p. e., como el cotton gin aumentó la producción de algodón.<sup>231</sup> Por otra parte, la baratura del producto de las máquinas y los revolucionados medios de transporte y comunicación son armas para la conquista de mercados extranjeros. Al arruinar la producción artesanal de estos mercados, la explotación maquinista los convierte a la fuerza en campos de producción de su materia prima. Así fueron forzadas las Indias Orientales a la producción de algodón, lana, cáñamo, yute, añil, etcétera, para la Gran Bretaña.<sup>232</sup> El constante «dejar de más» a los trabajadores de los países de la gran industria promueve como en invernadero la emigración y colonización de países extranjeros que se convierten en plantaciones de materia prima para la metrópoli, como Australia, p. e., es una especie de plantación de lana.<sup>233</sup> Se crea una nueva división internacional del trabajo, de acuerdo con las sedes principales de la industria maquinista, división que convierte una parte del globo terrestre en campos de producción principalmente agrícola para la otra parte, campo de producción principalmente industrial. Esta revolución va junta con transformaciones de la agricultura que aquí no se van a discutir todavía más detalladamente.<sup>234</sup>

<sup>231</sup> En el Libro Tercero se mencionan otros métodos por los cuales influye la maquinaria en la producción de materiales primarios.

<sup>232</sup> Exportación de algodón de las Indias Orientales a la Gran Bretaña

1846	34.540.143 libras	1860	204.141.168 libras	1865	445.947.600 libras
------	-------------------	------	--------------------	------	--------------------

Exportación de lana de las Indias Orientales a la Gran Bretaña

1846	4.570.581 libras	1860	20.214.173 libras	1865	20.679.111 libras
------	------------------	------	-------------------	------	-------------------

<sup>233</sup> Exportación de lana del Cabo de Buena Esperanza a la Gran Bretaña

1846	2.958.457 libras	1860	16.574.345 libras	1865	29.920.623 libras
------	------------------	------	-------------------	------	-------------------

Exportación de lana de Australia a la Gran Bretaña

1846	21.789.346 libras	1860	59.166.616 libras	1865	109.734.261 libras
------	-------------------	------	-------------------	------	--------------------

<sup>234</sup> El desarrollo económico de los Estados Unidos es él mismo un producto de la gran industria europea, más exactamente, de la inglesa. En su forma actual (1866) los Estados Unidos se tienen que seguir considerando como país colonial

Por impulso del señor Gladstone la Cámara de los Comunes ordenó el 18 de febrero de 1867 una estadística de todos los granos, cereales y harinas de todo tipo importados en el Reino Unido y exportados de él en 1831-1866. Reproduzco a continuación el resultado resumido. La harina está reducida a quarters de trigo. (V. tabla de la página 419\*<sup>41bis</sup>)

La insólita expansionabilidad a saltos del sistema fabril y su dependencia del mercado mundial engendran necesariamente una producción febril y la subsiguiente saturación de los mercados, con cuya contracción se presenta una parálisis. La vida de la industria se convierte en una sucesión de períodos de vitalidad media, prosperidad, sobreproducción, crisis y estancamiento. La inseguridad y la inconstancia a las que la explotación maquinista somete a la ocupación y, con ella, a la situación vital del obrero se hacen cosa normal con esta alternancia periódica del ciclo industrial. Prescindiendo de los tiempos de prosperidad, se desencadena entre los capitalistas la pugna más violenta por su participación individual en el mercado. Esta parte está en razón directa de la baratura del producto. Aparte de la rivalidad que eso produce en el uso de maquinaria perfeccionada y nuevos métodos de producción que substituyan fuerza de trabajo, se presenta cada vez un momento

de Europa. {A la 4.<sup>a</sup> ed. Desde entonces se han desarrollado hasta convertirse en el segundo país industrial del mundo, sin perder por ello totalmente su carácter colonial. F. E. }

Exportación de lana de los Estados Unidos a la Gran Bretaña (libras)

1846	401.949.393	1852	765.630.544
1859	961.707.264	1860	1.115.890.608

Exportación de trigo, etc., de los Estados Unidos a la Gran Bretaña (1850 y 1862)

Trigo cwts.* <sup>42</sup>	1850	16.202.312	1862	41.033.503
Cebada cwts.	1850	3.669.653	1862	6.624.800
Avena cwts.	1850	3.174.801	1862	4.426.994
Centeno cwts.	1850	388.749	1862	7.108
Harina de trigo cwts.	1850	3.819.440	1862	7.207.113
Alforfón cwts.	1850	1.054	1862	19.571
Maíz cwts.	1850	5.473.161	1862	11.694.818
Bere o bigg (un tipo especial de cebada) cwts.	1850	2.039	1862	7.675
Guisantes cwts.	1850	811.620	1862	1.024.722
Alubias cwts.	1850	1.822.972	1862	2.037.137
Importación total cwts.	1850	35.365.801	1862	74.083.441

\*<sup>41bis</sup> En esta edición, pág. 89.

\*<sup>42</sup> Abreviatura de hundredweights (ver tabla de pesos y medidas al final del volumen.)



en el cual se busca el abaratamiento de la mercancía mediante el rebajamiento violento del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo.<sup>235</sup>

Así, pues, el aumento del número de trabajadores fabriles está condicionado por un crecimiento —mucho más rápido proporcionalmente— del capital total invertido en las fábricas. Pero este proceso no se desarrolla sino en el marco de los períodos de marea baja y marea alta del ciclo industrial. Además, se interrumpe siempre por el progreso técnico, que unas veces substituye virtualmente a los trabajadores y otras veces los desplaza de hecho. Este cambio cualitativo de la industria maquinista aleja constantemente obreros de la fábrica, o cierra las puertas de ésta al nuevo flujo de reclutas, mientras que la ampliación meramente cuantitativa de las fábricas se traga nuevas quintas, además de los ya expulsados. De este modo los trabajadores son constantemente repelidos y atraídos, lanzados de un lado para otro, y todo ello en medio del constante cambio en cuanto a sexo, edad y habilidades de los reclutados.

<sup>235</sup> En un llamamiento de los trabajadores arrojados al arroyo por los fabricantes de calzado de Leicester en un «lock out» y dirigido a las «Trade Societies of England», julio de 1866, se lee entre otras cosas: «Hace unos 20 años se revolucionó en Leicester la zapatería con la implantación del claveteado en vez del cosido. Entonces fue posible ganar buenos salarios. Pronto el nuevo negocio se amplió mucho. Se manifestó una gran competición entre las diferentes firmas, por ver cuál de ellas podía ofrecer el artículo de mejor gusto. Pero poco después brotó un tipo de competición peor, a saber, la que consiste en vender en el mercado cada una por debajo de la otra (undersell). Las dañinas consecuencias se revelaron en seguida en la disminución del salario, y la baja del precio de trabajo fue tan arrasadoramente rápida que muchas empresas no pagan ahora más que la mitad del salario primitivo. Y, sin embargo, aunque los salarios bajan cada vez más, los beneficios parecen aumentar con cada cambio de la tarifa del trabajo.» Hasta los períodos desfavorables de la industria se aprovechan por los fabricantes para hacer beneficios extraordinarios mediante la disminución exagerada del salario, esto es, mediante robo directo de los medios de vida más imprescindibles del trabajador. Un ejemplo. Se trata de la crisis de los tejidos de seda de Coventry: «De los datos que he obtenido tanto de fabricantes cuanto de trabajadores, se desprende sin ninguna duda que los salarios se recortaron en medida mayor que la impuesta por la competición de los productores extranjeros u otras circunstancias. La mayoría de los tejedores trabaja con unos salarios disminuidos del 30 al 40 %. Un trozo de cinta por el que el trabajador recibía hace cinco años 6 ó 7 sh. no le aporta ahora más que 3 sh. 3 d., o 3 sh. 6 d.; otro trabajo que antes se pagaba a 4 sh. y 4 sh. 3 d. recibe ahora sólo 2 sh. o 2 sh. 3 d. La disminución del salario es mayor que lo necesario para estimular la demanda. De hecho, en muchos tipos de cintas la disminución de salarios no fue siquiera acompañada por ninguna disminución del precio del artículo.» (Informe del comisario F. D. LONGE en *Ch. Emp. Comm., V Rep. 1866*, pág. 114, n. 1.)

## Períodos de cinco años y año 1866

	1831-1835	1836-1840	1841-1845	1846-1850	1851-1855	1856-1860	1861-1865	1866
Promedio anual de importación Qrs.* <sup>43</sup>	1.096.373	2.389.729	2.843.865	8.776.552	8.345.237	10.913.612	15.009.871	16.457.340
Promedio anual de exportación Qrs.	225.263	251.770	139.056	155.461	307.491	341.150	302.754	216.218
Exceso de la importación sobre la exportación en años medios .....	871.110	2.137.959	2.704.809	8.621.091	8.037.746	10.572.462	14.707.117	16.241.122
Población								
Número medio anual en cada período .....	24.621.107	25.929.507	27.262.569	27.797.598	27.572.923	28.391.544	29.381.760	29.935.404
Cantidad media de grano, etcétera, en Qrs., consumida anualmente por individuo, supuesta distribución igual entre la población, que rebasa la producción interior .....	0,036	0,082	0,099	0,310	0,291	0,372	0,501	0,543

\*<sup>43</sup> Abreviatura de quarters (ver tabla de pesos y medidas).



Los destinos del obrero fabril se hacen tangibles del mejor modo con un rápido repaso de los destinos de la industria inglesa del algodón.

De 1770 a 1815, la industria algodonera está deprimida o estancada 5 años. Durante ese primer período de 45 años los fabricantes ingleses poseyeron el monopolio de la maquinaria y del mercado mundial. De 1815 a 1821 deprimida, en 1822 y 1823 próspera, en 1824 abolición de las leyes sobre coalición, gran expansión general de las fábricas, en 1825 crisis; en 1826 gran miseria e insurrecciones entre los trabajadores del algodón; en 1827 ligera mejoría, en 1828 gran aumento de telares de vapor y exportación; en 1829 la exportación, especialmente a la India, rebasa todos los años anteriores; en 1830 mercados saturados, grandes dificultades, de 1831 a 1833 depresión permanente; el comercio con el Extremo Oriente (India y China) se substrahe al monopolio de la Compañía de las Indias Orientales. En 1834 gran crecimiento de fábricas y maquinaria, falta de manos. La nueva ley de pobres promueve la emigración de los trabajadores agrícolas a los distritos fabriles. Se hace tabla rasa con los niños de los condados rurales. Trata de blancos. En 1835 gran prosperidad. Al mismo tiempo, muerte de hambre de los tejedores de algodón a mano. En 1836 gran prosperidad. En 1837 y 1838 situación deprimida y crisis. En 1839 reanimación. En 1840 gran depresión, insurrecciones, intervención del ejército. En 1841 y 1842 terribles sufrimientos de los obreros fabriles. En 1842 los fabricantes echan a los obreros de las fábricas para imponer la abolición de las leyes del trigo. Los obreros afluyen en muchos millares a Yorkshire; el ejército los rechaza y sus dirigentes comparecen ante los tribunales en Lancaster. En 1843 miseria grande. En 1844 reanimación. En 1845 gran prosperidad. En 1846, primero, expansión sostenida, luego síntomas de reacción. Abrogación de las leyes del trigo. En 1847 crisis. Disminución general de los salarios en 10 % y más para celebrar el «big loaf».\*<sup>44</sup> En 1848 depresión duradera. Manchester bajo vigilancia del ejército. En 1849

\*<sup>44</sup> 'Big loaf' quiere decir hogaza grande. Fue una frase hecha de la propaganda por la abrogación de las leyes del trigo, por la libre importación de cereales. La liga que promovía ese movimiento estaba formada por capitalistas industriales, para los cuales el abaratamiento del pan podía significar una disminución del valor de la fuerza de trabajo. La idea de la campaña propagandista para atraer a los obreros al librecambismo de la burguesía industrial inglesa consistía en sugerir que con una política económica librecambista, siendo libre la importación de trigo, la hogaza de pan sería el doble de grande por el mismo precio. La propaganda se hacía incluso con carteles que presentaban las dos hogazas, la pequeña y la esperada doble.

reanimación. En 1850 prosperidad. En 1851 disminución de precios, salarios bajos, strikes frecuentes. En 1852 incipiente mejoría. Siguen los strikes, los fabricantes amenazan con importar trabajadores extranjeros. En 1853 exportación en aumento. Huelga de ocho meses y gran miseria en Preston. En 1854 prosperidad, saturación de los mercados. En 1855 se acumulan noticias de bancarrotas de los Estados Unidos, Canadá, los mercados del Extremo Oriente. En 1856 gran prosperidad. En 1857 crisis. En 1858 mejoría. En 1859 gran prosperidad, aumento del número de fábricas. En 1860 cenit de la industria inglesa del algodón. Los mercados indios, australianos y otros están tan rebosantes que en 1863 apenas habían absorbido toda la plasta. Tratado comercial con Francia. Enorme crecimiento de fábricas y maquinaria. En 1861 la expansión prosigue durante algún tiempo, luego reacción, guerra civil norteamericana, carestía de algodón. De 1862 a 1863 hundimiento completo.

La historia de la carestía del algodón es demasiado característica como para no detenerse un momento ante ella. Por las indicaciones sobre la situación del mercado mundial de 1860 a 1861 se ve que la escasez de algodón fue oportuna para los fabricantes y, en parte, beneficiosa, hecho reconocido en informes de la Cámara de Comercio de Manchester, proclamado por Palmerston y Derby en el Parlamento y confirmado por los acontecimientos.<sup>236</sup> Es verdad que en 1861 había muchas pequeñas entre las 2.887 fábricas algodoneras del Reino Unido. Según los informes del inspector fabril A. Redgrave, cuyo distrito administrativo comprende 2.109 de las 2.887 fábricas, 392 de aquéllas, o sea, el 19 %, utilizaban menos de 10 caballos de vapor; 345, o sea, el 16 %, de 10 a 20, y 1.372, 20 y más caballos de fuerza.<sup>237</sup> La mayoría de las fábricas pequeñas eran de tejidos, fundadas durante el período de prosperidad a partir de 1858, generalmente por especuladores uno de los cuales suministraba el hilado, el otro la maquinaria, el tercero las instalaciones, bajo la dirección de antiguos overlookers\*<sup>45</sup> u otras gentes sin medios económicos. La mayoría de estos pequeños fabricantes se hundió. El mismo destino les habría deparado la crisis comercial impedida por la desgracia algodonera. Aunque constituían 1/3 de los fabricantes, sus fábricas absorbían una parte mucho menor del capital invertido en la industria algodonera. Por lo que hace a las dimensiones

<sup>236</sup> Cfr. *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, pág. 30.

<sup>237</sup> *Loc. cit.*, págs. 18, 19.

\*<sup>45</sup> Vigilantes.



de la parálisis, en octubre de 1862, según las estimaciones auténticas estaban parados el 60,3 % de los husos y el 58 % de los telares. Esto se refiere a la entera rama industrial y se modificaba mucho, naturalmente, según los distritos. Muy pocas fábricas trabajaban en jornada completa (60 horas semanales); las demás lo hacían con interrupciones. Hasta para los pocos obreros ocupados en tiempo completo y al corriente salario a destajo, el salario semanal se redujo inevitablemente a consecuencia de la substitución de un algodón mejor por otro peor, el Sea Island por el egipcio (en las hilaturas finas), el americano o egipcio por el surat (Indias Orientales) y el algodón puro por mezclas de desechos de algodón con surat. La fibra del algodón surat, que es más corta, su suciedad, la mayor fragilidad de sus hebras, la substitución de la harina por toda clase de ingredientes más pesados en el apresto del hilo de urdimbre, etc., disminuían la velocidad de la maquinaria o el número de telares que podía vigilar un tejedor, aumentaban el trabajo por causa de los fallos de la máquina y limitaban el destajo al limitar la masa de producto. Usando surat y con empleo por tiempo completo, la pérdida del trabajador subía al 20 y 30 % o más. Pero, además, la mayoría de los fabricantes disminuyó el tipo del salario por pieza en un 5, 7 1/2 y 10 por ciento. Se comprende así la situación de los trabajadores, ocupados sólo 3, 3 1/2, 4 días a la semana, o sólo 6 horas al día. Luego de producirse una ligera mejoría, en 1863, los salarios semanales para tejedores, hilanderos, etc., fueron de 3 sh. 4 d., 3 sh. 10 d., 4 sh. 6 d., 5 sh. 1 d., etc.<sup>238</sup> Ni siquiera en esa situación de tormento descansó el espíritu de invención de los fabricantes en materia de detracciones del salario. Las aplicaron, por una parte, como castigo de los defectos del producto causado por su mal algodón, su maquinaria inadecuada, etc. Y cuando el fabricante era propietario de los cottages de los trabajadores, se satisfacía a sí mismo el alquiler deduciéndolo del salario nominal. El inspector fabril Redgrave habla de unos selfacting minders (obrerros que vigilan unas pocas selfacting mules) que

«al final de dos semanas enteras de trabajo ganaron 8 sh. 11 d., y de esa suma se dedujo el alquiler de la casa, del que el fabricante, sin embargo, devolvió la mitad como regalo, de modo que los minders se llevaron a casa 6 sh. 11 d. El salario semanal de los tejedores iba de 2 sh. 6 d. hacia arriba en la estación final de 1862.»<sup>239</sup>

Frecuentemente el alquiler de la casa se deducía de los salarios

<sup>238</sup> *Reports of Fact. for 31st Oct. 1863*, págs. 41-45, 51.

<sup>239</sup> *Loc. cit.*, págs. 41, 42.

aunque las manos trabajaran poco tiempo.<sup>240</sup> No es ningún milagro que en algunas partes de Lancashire estallara una especie de peste de inanición. Pero más característico que todo eso es cómo procedió la revolución del proceso de producción a costa del obrero. Fueron auténticos experimenta in corpore vili,<sup>\*46</sup> como los de los anatomistas con las ranas.

«Aunque he indicado los ingresos reales de los trabajadores en muchas fábricas», dice el inspector fabril Redgrave, «no hay que deducir que perciban el mismo importe una semana tras otra. Los trabajadores están sometidos a las mayores oscilaciones, por causa de la constante experimentación (experimentalizing) de los fabricantes ... Sus ingresos suben y bajan junto con la calidad de la mezcla de algodón; unas veces se acercan hasta en un 15 % a sus ingresos anteriores, y a la semana siguiente, o a la otra, bajan en un 50 o un 60 %.»<sup>241</sup>

Esos experimentos no se hicieron sólo a costa de los medios de vida de los trabajadores. Con los cinco sentidos tuvieron que hacer penitencia.

«Los que están ocupados en abrir las balas de algodón me cuentan que el hedor insoportable los marea... A los empleados en las salas de mezcla, scribbling<sup>\*47</sup> y cardado, el polvo y la suciedad que suelta el algodón les irrita todas las oberturas de la cabeza, les provoca tos y dificultades en la respiración ... A consecuencia de lo corta que es la fibra se añade al hilado, en el apresto, gran cantidad de material, material —concretamente— sucedáneo de muchas clases, en vez de la harina que se utilizaba antes. De ahí las náuseas y las dispepsias de los tejedores. Impera la bronquitis por causa del polvo, así como la inflamación de garganta, y una enfermedad de la piel consecuencia de la irritación de la misma por la suciedad contenida en el surat.»

Los sucedáneos de la harina eran, en cambio, para los señores fabricantes, como la bolsa de los ducados de oro, por el aumento del peso del hilado. Esos sucedáneos hacían que «15 libras de materia prima, una vez hiladas, pesaran 20 libras.»<sup>242</sup> En el informe de los inspectores fabriles del 30 de abril de 1864 se lee lo siguiente:

«La industria se aprovecha ahora de esta fuente auxiliar en una medida en verdad indecente. Sé de buena fuente que un tejido de ocho libras se compone de 5 1/4 libras de algodón y 2 3/4 libras de apresto. Otro tejido, de 5 1/4 libras, contenía

<sup>240</sup> *Loc. cit.*, pág. 57.

<sup>241</sup> *Loc. cit.*, págs. 50, 51.

<sup>242</sup> *Loc. cit.*, págs. 62, 63.

\*46 Experimentos en cuerpo sin valor.

\*47 Primer peinado del material.



dos libras de apresto. Se trataba de shirtings<sup>\*48</sup> ordinarios para la exportación. En otros tipos se añadió a veces un 50 % de apresto, de modo que hay fabricantes que se pueden gloriarse —y efectivamente lo hacen— de enriquecerse vendiendo tejidos por menos dinero que el que cuesta el hilado nominalmente contenido en ellos.»<sup>243</sup>

Pero los trabajadores no tuvieron que sufrir sólo por los experimentos de los fabricantes en las fábricas, y por los de los ayuntamientos fuera de las fábricas, ni tampoco sólo por la baja de los salarios y la falta de trabajo, de penuria y de vivir de limosna, ni tampoco sólo por los panegíricos de los lords y de los comunes.

«Desgraciadas mujeres, en paro por causa de la falta de algodón, se convirtieron en desechos de la sociedad y siguieron siéndolo... El número de prostitutas jóvenes ha aumentado más que desde los últimos 25 años.»<sup>244</sup>

Así, pues, en los primeros 45 años de la industria británica del algodón, en 1770-1815, sólo se encuentran 5 años de crisis y estancamiento; pero ése fue el período de su monopolio mundial. El segundo período, los 48 años que van de 1815 a 1863, cuenta sólo con 20 años de revitalización y prosperidad por 28 años de depresión y estancamiento. A partir de 1815-1830 empieza la competición con la Europa continental y los Estados Unidos. Desde 1833<sup>\*50</sup> se impone la ampliación de los mercados asiáticos mediante la «destrucción de la raza humana». Desde la abrogación de las leyes del trigo, de 1846 a 1863, ocho años de vitalidad y prosperidad medianas por 9 años de depresión y

<sup>243</sup> *Reports, etc., 30th April 1864*, pág. 27.

<sup>244</sup> De la carta del chief constable<sup>\*49</sup> Harris, de Bolton, en *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, págs. 61, 62.

\*48 Telas para camisas.

\*49 Jefe de policía.

\*50 1833 es la fecha de abolición del monopolio del comercio con la China disfrutado por la Compañía de las Indias Orientales. A partir de ese momento se produce la carrera por apoderarse de las mayores porciones del extenso mercado chino. La culminación de esa invasión constituye uno de los capítulos más característicos de la historia del capitalismo occidental: el importante negocio de la introducción masiva del opio en China (opio producido en la India) por la burguesía británica, pese a los intentos del Estado chino por impedir la intoxicación de su pueblo. Esa resistencia queda aplastada en la Guerra del Opio (1839-1842). La inevitable derrota del imperio oriental condujo al tratado de Nankín, que declaraba francos para las mercancías británicas cinco puertos chinos y entregaba Hongkong a los ingleses. La pugna entre las potencias imperialistas redundó en la concesión de extraterritorialidad a todas ellas por un protocolo añadido al tratado de Nankín.

estancamiento. La situación de los trabajadores masculinos adultos del algodón, incluso durante el período de prosperidad, se puede juzgar por la adjunta nota.<sup>245</sup>

#### 8. *Revolución de la manufactura, la artesanía y el trabajo en casa por la gran industria*

##### a) *Abolición de la cooperación basada en la artesanía y la división del trabajo*

Se ha visto que la maquinaria suprime la cooperación basada en la artesanía y la manufactura basada en la división del trabajo artesano. Ejemplo del primer tipo es la máquina segadora, que substituye a la cooperación de segadores. Ejemplo contundente del segundo tipo es la máquina para fabricar agujas de coser. Según Adam Smith, en su tiempo 10 hombres producían, mediante división del trabajo, más de 48.000 agujas diarias. Una sola máquina suministra, en cambio, 145.000 en

<sup>245</sup> En un llamamiento de los trabajadores del algodón de la primavera de 1863, para la constitución de una sociedad de emigración, se lee entre otras cosas: «Pocos negarán que es absolutamente necesaria una gran emigración de trabajadores fabriles. Pero los hechos siguientes muestran que en todo tiempo se necesita una constante corriente de emigración y que sin ésta es imposible sostener nuestra posición en condiciones corrientes: en el año 1814 el valor oficial (el cual es sólo índice de la cantidad) de las mercancías de algodón exportadas fue de 17.665.378 libr. est., y su real valor de mercado 20.070.824 libr. est. El año 1858 el valor oficial de las mercancías de algodón exportadas fue de 182.221.681 libr. est., y su real valor de mercado sólo 43.001.322 libr. est., de modo que la decuplicación de la cantidad sólo causó poco más de la duplicación del equivalente. Este resultado tan dañino para el país en general y los trabajadores fabriles en particular fue efecto de diferentes causas en concurrencia. Una de las más destacadas es la constante sobreabundancia de trabajo, imprescindible para esta rama de los negocios, la cual necesita, so pena de aniquilación, una expansión constante del mercado. Nuestras fábricas algodonerías se pueden detener por el estancamiento periódico del comercio, que, bajo la presente institución, es tan inevitable como la misma muerte. Pero no por ello se queda quieto el humano espíritu de invención. Aunque, tirando bajo, 6 millones han abandonado este país durante los últimos 25 años, sin embargo, a consecuencia de la constante supresión de trabajo para abaratar el producto, un gran porcentaje de hombres adultos se encuentran imposibilitados, incluso en los tiempos de mayor prosperidad, de encontrar en las fábricas ocupación de ningún tipo ni en las peores condiciones.» (*Reports of Insp. of Fact., 30th April 1863*, págs. 51, 52.) En un posterior capítulo se verá cómo durante la catástrofe del algodón los señores fabricantes intentaron impedir por todos los medios, incluso por el del estado, la emigración de los trabajadores fabriles.



una jornada de trabajo de 11 horas. Una mujer o una chica atiende por término medio a 4 máquinas de ésas y produce, por lo tanto, con la maquinaria, 600.000 agujas de coser diarias, y más de 3.000.000 por semana.<sup>246</sup> En cuanto que una sola máquina de trabajo ocupa el lugar de la cooperación o de la manufactura, puede convertirse a su vez en fundamento de una explotación artesana. De hecho, esa reproducción del taller artesano sobre la base de maquinaria constituye sólo la transición hacia la explotación fabril, explotación que se produce normalmente cada vez que la fuerza motora mecánica, vapor o agua, substituye a los músculos humanos en el movimiento de la máquina. El pequeño taller se puede combinar —esporádica y, asimismo, sólo transitoriamente— con la fuerza motora mecánica, mediante el alquiler del vapor, como en algunas manufacturas de Birmingham, o mediante el uso de pequeñas máquinas calóricas, como en ciertas ramas textiles, etc.<sup>247</sup> En la industria de tejidos de seda de Coventry se desarrolló espontáneamente el experimento de las «fábricas-cottages».\*<sup>51</sup> En el centro de filas de cottages edificados en cuadro se levantó lo que se llamó un engine house\*<sup>52</sup> para la máquina de vapor, y ésta se unió mediante vástagos con los telares que funcionaban en los cottages. En todos los casos se alquilaba el vapor, p. e., a 2 ½ sh. por telar. Este alquiler del vapor se pagaba semanalmente, tanto si los telares funcionaban como si no. Cada cottage contenía de 2 a 6 telares, pertenecientes a los trabajadores, o comprados a crédito, o alquilados. La lucha entre la fábrica-cottage y la fábrica propiamente dicha duró más de 12 años. Ha terminado con la ruina completa de las 300 cottage factories.<sup>248</sup> Cuando la naturaleza del proceso no impuso desde el principio la producción a gran escala, las nuevas industrias surgidas en los últimos decenios —como, por ejemplo, la fabricación de sobres, la de muelles de acero, etc.— atravesaron por regla general primero el taller artesano y luego el manufacturero como cortas fases de transición camino de la explotación fabril. Esta meta-

<sup>246</sup> *Ch. Empl. Comm., III Report, 1864*, pág. 108, n. 447.

<sup>247</sup> En los Estados Unidos es frecuente esa reproducción de la artesanía sobre la base de la maquinaria. Precisamente por eso, la concentración, con la transición inevitable hacia la explotación fabril, marchará allí con botas de siete leguas en comparación con Europa, incluso con Inglaterra.

<sup>248</sup> *Cfr. Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, pág. 64.

\*<sup>51</sup> El sentido primario de 'cottage' es casita humilde, cabaña. Luego adquirió el de pequeña villa, casa con jardín.

\*<sup>52</sup> Casa de la máquina.

morfosis es sobre todo difícil en los casos en que la producción manufacturera de la obra no incluye una sucesión de procesos evolutivos, sino una multiplicidad de procesos dispares. Eso constituye, por ejemplo, un gran obstáculo en la fabricación de muelles de acero. Pero hace ya aproximadamente un decenio y medio se inventó un autómatas que ejecuta simultáneamente 6 procesos dispares. La industria artesanal suministró en 1820 las primeras 12 docenas de muelles de acero a 7 libr. est. 4 sh.; la manufactura las suministró en 1830 a 8 sh.; y la fábrica las suministra hoy a los mayoristas a 2-6 d.<sup>249</sup>

#### b) Repercusión del sistema fabril en la manufactura y el trabajo en casa

Con el desarrollo del sistema fabril y de la concomitante revolución de la agricultura no sólo se amplía la escala de la producción en todas las demás ramas industriales, sino que, además, también se altera su carácter. En todas partes se hace determinante el principio de la explotación maquinista, que consiste en analizar el proceso de producción en sus fases constitutivas y resolver los problemas resultantes mediante la aplicación de la mecánica, la química, etc., en una palabra, de las ciencias de la naturaleza. Por eso la maquinaria penetra en las manufacturas ya para tal proceso parcial, ya para tal otro. Con eso la cristalización fija de la articulación de las manufacturas, cristalización que procede de la vieja división del trabajo, se disuelve y da lugar a un cambio permanente. Aparte de eso, la composición del trabajador conjunto, del personal trabajador combinado, se revoluciona de arriba a abajo. Contra lo que ocurría en el período de la manufactura, el plan de la división del trabajo se basa ahora en la utilización del trabajo de las mujeres, de los niños de todas las edades, de trabajadores sin calificar siempre que es posible, en suma, del «cheap labour», el trabajo barato, como característicamente lo llama el inglés. Y esto se refiere no sólo a toda producción combinada a gran escala, utilice o no maquinaria, sino también a la que se llama industria doméstica, ya ejercida en

<sup>249</sup> El señor Gillott construyó la primera manufactura de muelles de acero en gran escala en Birmingham. Ya en 1851 suministraba más de 180 millones de muelles y consumía anualmente 120 toneladas de plancha de acero. Birmingham, que monopoliza esta industria en el Reino Unido, produce ahora anualmente miles de millones de muelles de acero. El número de personas ocupadas, según el censo de 1861, era 1.428, 1.268 de las cuales eran trabajadoras de a partir de 5 años de edad.



la vivienda particular del trabajador, ya realizada en talleres pequeños. Esta moderna industria doméstica, como se le llama, no tiene en común más que el nombre con la antigua, la cual presupone una artesanía urbana independiente, una explotación campesina autónoma y, ante todo, una casa de la familia trabajadora. Ahora se ha convertido en el departamento exterior de la fábrica, la manufactura o el almacén de mercancías. Junto a los trabajadores fabriles, los trabajadores de las manufacturas y los artesanos a los que concentra espacialmente en grandes masas y gobierna directamente, el capital mueve, por medio de hilos invisibles, otro ejército de trabajadores domésticos dispersos en las grandes ciudades y por el campo. Ejemplo: la fábrica de camisas de los señores Tillie, en Londonderry, Irlanda, que emplea a 1.000 obreros fabriles y a 9.000 obreros dispersos en sus casas por la comarca.<sup>250</sup>

La explotación de fuerzas de trabajo baratas e inmaduras es en la manufactura moderna más desvergonzada que en la fábrica propiamente dicha, porque el fundamento técnico que existe en ésta —la substitución de la fuerza muscular por las máquinas y la ligereza del trabajo— falta en gran parte en aquélla y, al mismo tiempo, el cuerpo femenino o todavía no adulto se entrega sin la menor conciencia a las influencias de substancias venenosas, etc. Y en el trabajo llamado doméstico la fuerza de trabajo se explota todavía más desvergonzadamente que en la manufactura, porque la capacidad de resistencia de los trabajadores disminuye al estar dispersos, toda una serie de bandidos parásitos se mete entre los patronos propiamente dichos y los trabajadores, el trabajo en casa tiene que luchar en todas partes con talleres mecánicos, o, por lo menos, manufactureros en la misma rama de la producción, la pobreza substrahe al trabajador las condiciones de trabajo más imprescindibles, espacio, luz, ventilación, etc., aumenta la irregularidad del empleo y, finalmente, en estos últimos refugios de aquellos a quienes la gran industria y la gran agricultura han hecho «superfluos» alcanza inevitablemente su máximo la competición entre los trabajadores. La economización de medios de producción, que no se desarrolla sistemáticamente sino por la explotación maquinista y que es desde el principio y al mismo tiempo el despilfarro más desconsiderado de fuerza de trabajo y una expoliación de los presupuestos normales de la función trabajadora, presenta ahora ésta su cara antagónica y asesina de los seres humanos, y tanto más cuanto menos desarrolladas están en una rama industrial la fuerza productiva social del trabajo y la base técnica de los procesos de trabajo combinados.

<sup>250</sup> *Ch. Empl. Comm., II Rep., 1864, pág. LXVIII, n. 415.*

### c) La manufactura moderna

No voy más que a ilustrar con algunos ejemplos las proposiciones enunciadas arriba. En realidad el lector conoce ya una masa de pruebas por la sección sobre la jornada de trabajo. Las manufacturas metálicas de Birmingham y sus alrededores emplean 30.000 niños y jóvenes, además de 10.000 mujeres, en gran parte para un trabajo muy duro. En esta zona se los encuentra en industrias insalubres, como las fundiciones de cobre, bronce y latón, las fábricas de botones, los trabajos de barnizado, galvanización y lacado.<sup>251</sup> Los excesos de trabajo impuestos a adultos y no adultos han garantizado a varias imprentas londinenses de periódicos y libros el glorioso nombre de «Matadero».<sup>251a</sup> Mismos excesos en la encuadernación, cuyas víctimas son principalmente mujeres, muchachas y niños. Trabajo pesado para no adultos en las cordelerías, trabajo nocturno en las minas de sal, en las manufacturas de lámparas y otras manufacturas químicas; desgaste asesino de jóvenes en las industrias de tejidos de seda no movidas mecánicamente, en las que ellos mueven los telares.<sup>252</sup> Un trabajo de los más infames, más sucios y peor pagados, en el que se utiliza con predilección niñas y mujeres, es la clasificación de harapos. Es sabido que la Gran Bretaña, prescindiendo de sus propios e innumerables harapientos,<sup>\*54</sup> es el emporio del comercio de harapos del mundo entero. Allí llegan del Japón, de los más lejanos estados de América del Sur y de las Islas Canarias. Pero las principales fuentes de suministro son Alemania, Francia, Rusia, Italia, Egipto, Tur-

<sup>251</sup> ¡Y hasta niños, ahora, en el vaciado de limas, en Sheffield!

<sup>251a</sup> *Ch. Empl. Comm., V. Rep., 1866, pág. 3, n. 24; pág. 6, n. 55, 56; pág. 7, n. 59, 60.*

<sup>252</sup> *Loc. cit., págs. 114, 115, n. 6-7.* El comisario observa acertadamente que, si en otros casos la máquina substituye al hombre, aquí es el joven el que substituye *verbatim*<sup>\*53</sup> a la máquina.

<sup>\*53</sup> *Verbatim* (latín) = al pie de la letra.

<sup>\*54</sup> Aquí hay un juego de palabras intraducible, pero necesitado de explicación porque tiene cierta importancia de concepto en el léxico de Marx. La palabra alemana *Lump* (plural *Lumpen*) significa primariamente harapo y secundariamente, por una asociación de ideas fácil y claramente clasista, villano, vago, canalla. (El término marxiano *Lumpenproletariat*, que no aparece en este lugar, está cargado con toda esa complicación de connotaciones, de las que no hay que olvidar que una de sus raíces es la sensibilidad de las viejas clases dominantes.) De modo que la frase aquí comentada se podría traducir también escribiendo: «Es sabido que la Gran Bretaña, prescindiendo de sus propios e innumerables canallas, es el emporio del comercio de harapos», etc.



quía, Bélgica y Holanda. Sirven para abono, para fabricar borra (para colchones), shoddy (lana artificial), y como materia prima del papel. Las clasificadoras de harapos son intermediarias que difunden la viruela y otras plagas contagiosas cuyas primeras víctimas son ellas mismas.<sup>253</sup> La producción de tejas y ladrillos, para la cual no se usa todavía (1866) en Inglaterra, sino esporádicamente, la máquina recién inventada, puede valer, junto con la producción en las minas y el carbón, como ejemplo clásico de trabajo excesivo, pesado e inadecuado, con la brutalización consiguiente de los obreros consumidos desde la infancia. Entre mayo y septiembre el trabajo dura desde las 5 de la mañana hasta las 8 de la noche, y, si el secado se hace al aire libre, a menudo dura desde las 4 de la mañana hasta las 9 de la noche. La jornada de trabajo desde las 5 de la mañana hasta las 7 de la tarde se considera «reducida», «moderada». Se utiliza niños de ambos sexos de a partir de 6 años, e incluso de 4. Trabajan el mismo número de horas que los adultos, y a menudo más que ellos. El trabajo es duro, y el calor del verano aumenta aun el agotamiento. En una ladrillería de Mosley, p. e., una joven de 24 años hacía 2.000 ladrillos diarios, con dos muchachas menores de edad como ayudantes, las cuales traían el barro y amontonaban los ladrillos. Estas muchachas acarreaban diariamente 10 toneladas por las laderas resbaladizas de la excavación, desde una profundidad de 30 pies y a lo largo de una distancia de 210 pies.

«Es imposible que un niño pase por el purgatorio de una ladrillería sin sufrir una gran degradación moral... El indigno lenguaje que tienen que oír desde su más tierna edad, las costumbres sucias, indecentes e impúdicas entre las que crecen, ignorantes y salvajes, hacen de ellos para tiempos posteriores unos seres sin ley, abyectos, licenciosos... Una fuente terrible de desmoralización es el tipo de habitación. Cada moulder (moldeador)» (es el obrero propiamente calificado, jefe de un grupo de trabajo) «suministra a su banda de 7 personas habitación y mesa en su choza o cottage. Pertenezcan o no a su familia, hombres, muchachos y muchachas duermen en la cabaña. Ésta consta generalmente de 2 habitaciones, 3 a lo sumo, todas en planta baja y con poca ventilación. Los cuerpos están tan agotados del gran sudar durante todo el día que no se observan reglas de salud, limpieza ni decencia. Muchas de esas cabañas son verdaderos modelos de desorden, suciedad y polvo... El peor mal de este sistema que utiliza chiquillas para un trabajo de este tipo consiste en que, por regla general, las encadena desde la infancia, para todo el resto de su vida, a la gentuza más envilecida. Se convierten en chicas groseras, de mala lengua (rough, foul-mouthed boys) antes de que la naturaleza

<sup>253</sup> Ver el informe sobre el comercio de harapos y numerosas pruebas: *Public Health, VIII Report*, Lond. 1866, Appendix, págs. 196-208.

les enseñe que son mujeres. Vestidas con unos pocos harapos sucios, con las piernas desnudas hasta muy por encima de la rodilla, con el cabello y el rostro untados de porquería, aprenden a tratar con desprecio todos los sentimientos de decencia y pudor. Durante la pausa de la comida están echadas por los campos o mirando a los chicos que se bañan en un canal próximo. Cuando finalmente han terminado su duro trabajo diario, se ponen vestidos mejores y acompañan a los hombres a las cervecerías.»

No es sino natural que desde la infancia domine en toda esta clase el más intenso vicio de beber.

«Lo peor es que los ladrilleros desesperan de sí mismos. Señor, dijo uno de los mejores de ellos al capellán de Southallfield, da lo mismo intentar elevar y mejorar al diablo que a un ladrillero.» («You might as well try to raise and improve the devil as a brickie, Sir!»)<sup>254</sup>

Sobre la economización capitalista de condiciones de trabajo en la manufactura moderna (por lo que hay que entender en este punto todos los talleres de grandes dimensiones, salvo las fábricas propiamente dichas) se encuentra material oficial y del más rico en el IV (1861) y en el VI (1864) *Public Health Reports*. La descripción de los workshops (locales de trabajo), sobre todo de los impresores y sastres londinenses, supera las fantasías más repugnantes de nuestros novelistas. El efecto en el estado de salud de los trabajadores es obvio. El Dr. Simon, funcionario sanitario supremo del Privy Council y editor oficial de los *Public Health Reports*, dice entre otras cosas:

«Mostré en mi cuarto informe» (1861) «que para los trabajadores es prácticamente imposible insistir en lo que es su primer derecho sanitario, el derecho a que, cualquiera que sea la obra para la que los reúna el que los utiliza, el trabajo, en la medida en que dependa de éste, esté exento de todas las circunstancias nocivas para la salud que sean evitables. Probé que mientras, por un lado, los trabajadores son prácticamente incapaces de procurarse por sí mismos esa justicia sanitaria, por otra, tampoco pueden obtener ayuda eficaz de los administradores nombrados de la policía sanitaria... Las vidas de miríadas de trabajadores y trabajadoras se torturan ahora inútilmente y se acortan con el infinito sufrimiento físico engendrado por su simple empleo.»<sup>255</sup>

<sup>254</sup> *Child. Empl. Comm., V Report*, 1866, págs. XVI-XVIII, n.ºs 86-97, y págs. 130-133, n.ºs 39-71. Cfr. también *ib.*, *III Report*, 1864, págs. 48, 56.

<sup>255</sup> *Public Health, VI Report*, Lond. 1864, págs. 29, 31.



Para ilustrar la influencia de los locales de trabajo en el estado de salud, el Dr. Simon ofrece la siguiente lista de mortalidad:

Numero de personas de todos los grados de edad utilizadas en las respectivas industrias	Industrias que se comparan desde el punto de vista de la salubridad	Cuota de mortalidad por 100.000 varones en las respectivas industrias para los grados de edad indicados		
		25 a 35	35 a 45	45 a 55
958.265	Agricultura en Inglaterra y Gales .....	743	805	1.145
22.301 varones 12.377 mujeres	} Sastres londinenses .....	958	1.262	2.093
13.803				

#### d) El moderno trabajo en casa

Paso ahora al llamado trabajo en casa. Para hacerse una idea de esta esfera de explotación del capital levantada sobre el fondo de la gran industria, así como de sus monstruosidades, contémplese, p. e., la producción de clavos, aparentemente tan idílica, que se hace en algunas apartadas aldeas de Inglaterra.<sup>257</sup> Bastan aquí unos pocos ejemplos tomados de las ramas de la fabricación de puntillas y el trenzado de paja que todavía no se realizan con máquinas o que concurren con los talleres maquinistas y manufactureros.

De las 150.000 personas ocupadas en la producción inglesa de encajes unas 10.000 caen bajo la autoridad del act fabril de 1861. La mayoría aplastante de las restantes 140.000 son mujeres, jóvenes y niños de ambos sexos, aunque el masculino está poco representado. El estado de salud de este material de explotación «barato» resulta de la siguiente compilación de cifras del Dr. Trueman, médico del General Dispensary de Nottingham. De cada 686 pacientes trabajadoras de la fabricación de encajes, en su mayoría de entre 17 y 24 años, eran tísicas

<sup>256</sup> *Loc. cit.*, pág. 30. El Dr. Simon nota que la mortalidad de los sastres y los impresores de Londres entre los 25 y los 35 años es de hecho mucho mayor, porque los que los utilizan en Londres reciben del campo gran número de jóvenes de hasta 30 años en calidad de «aprendices» e «improvers» (personas que se quieren formar en su oficio). Éstos figuran en el censo como londinenses, hinchando el número de individuos sobre el cual se calcula la cuota de mortalidad londinense sin contribuir proporcionalmente al número de las muertes en Londres. Pues una gran parte de ellos se vuelve a la aldea, especialmente en caso de enfermedad grave. (*Loc. cit.*)

<sup>257</sup> Se trata de clavos forjados, a diferencia de los clavos cortados que se fabrican a máquina. Véase *Child. Empl. Comm., III Report*, págs. XI, XIX, números 125-130; pág. 52, n.º 11; págs. 113-114, n.º 487; pág. 137, n.º 674.

en 1852 1 de cada 45,	en 1857 1 de cada 13,
en 1853 1 de cada 28,	en 1858 1 de cada 15,
en 1854 1 de cada 17,	en 1859 1 de cada 9,
en 1855 1 de cada 18,	en 1860 1 de cada 8,
en 1856 1 de cada 15,	en 1861 1 de cada 8. <sup>258</sup>

Este progreso en la cuota de la tisis tiene que bastarles al progresista más optimista y al propagandista alemán del librecambio que más mentiras vomite a lo Faucher.

El act fabril de 1861 regula la producción propiamente dicha de encajes en la medida en que se hace mediante maquinaria, que es lo corriente en Inglaterra. Las ramas que aquí consideramos brevemente — y no en la medida en que los trabajadores se concentran en manufacturas, almacenes, etc., sino sólo en cuanto son trabajadores de los llamados domésticos— se dividen en: 1.º, el finishing (último aderezo de los encajes fabricados a máquina, categoría que incluye a su vez numerosas subdivisiones); 2.º, encajes de bolillos.

El lace finishing<sup>\*55</sup> se ejecuta como trabajo doméstico ya en las llamadas «mistresses houses»,<sup>\*56</sup> ya por mujeres en sus propias viviendas, solas o con la ayuda de sus hijos. Las mujeres que sostienen las «mistresses houses» son ellas mismas pobres. El local de trabajo es parte de su vivienda particular. Reciben encargos de fabricantes, de propietarios de almacenes de venta, etc., y utilizan mujeres, muchachas y niños, según la capacidad de sus habitaciones y la fluctuante demanda del negocio. El número de trabajadoras ocupadas oscila de 20 a 40 en algunos de esos locales, de 10 a 20 en otros. La edad mínima media a la que los niños empiezan es los 6 años, pero bastantes empiezan con menos de 5 años. El tiempo corriente de trabajo dura de las 8 de la mañana hasta las 8 de la noche, con 1 1/2 hora para las comidas, tomadas irregularmente y a menudo en las mismas covachas malolientes en que se trabaja. Cuando los negocios van bien, el trabajo dura a menudo desde las 8 (y a veces las 6) de la mañana hasta las 10, las 11 o las 12 de la noche. En los cuarteles ingleses el espacio de ordenanza para cada soldado es de 500-600 pies cúbicos; en los hospitales militares es de 1.200. En esas covachas de trabajo salen a 67-100 pies cúbicos para cada persona. Al mismo tiempo la luz de gas consume el oxígeno del

<sup>258</sup> *Child. Empl. Comm., II Report*, pág. XXII, n.º 166.

\*55 Acabado de encajes.

\*56 «Casas de maestras».



aire. Para no ensuciar los encajes, los niños tienen muchas veces que descalzarse, incluso en invierno, aunque el suelo es de baldosas o de ladrillo.

«No es en Nottingham nada fuera de lo corriente el encontrar de 15 a 20 niños como arenques en salazón en una habitación pequeña de tal vez no más de 12 pies en cuadro, ocupados, 15 horas de cada 24, en un trabajo ya por sí mismo agotador por aburrimiento y monotonía, ejecutado, además, en las circunstancias más insanas imaginables... Hasta los niños más pequeños trabajan con una atención y una rapidez intensas, asombrosas, sin conceder casi nunca a sus dedos descanso o movimiento más lento. Si se les hace preguntas, no levantan la vista del trabajo, por miedo de perder un momento.»

El «bastón largo» sirve a las «mistresses» como estimulante en la medida en que se prolonga el tiempo de trabajo.

«Los niños se cansan poco a poco y empiezan a agitarse como pájaros hacia el final de su largo encadenamiento a una ocupación monótona, dañina para los ojos, agotadora por la fijeza de la posición del cuerpo. Es verdadero trabajo de esclavos.» («Their work is like slavery.»)<sup>259</sup>

Cuando se trata de mujeres que trabajan con sus hijos en casa —en casa en el sentido moderno, o sea, en una habitación alquilada, a menudo en una buhardilla—, la situación es todavía peor, si cabe. Este tipo de trabajo se distribuye en un radio de 80 millas en torno a Nottingham. Cuando a las 9 o a las 10 de la noche el niño que trabaja en los almacenes se va, le dan a menudo un hatillo para que lo termine en casa. El fariseo capitalista, representado por uno de sus siervos asalariados, lo hace, naturalmente, con la untuosa retórica de que «es para tu madre», pero sabe perfectamente que el pobre niño tendrá que velar para ayudar.<sup>260</sup>

La industria del encaje de bolillos se cultiva principalmente en dos distritos agrícolas ingleses, la zona de los encajes de Honiton, unas 20 o 30 millas a lo largo de la costa meridional de Devonshire, con unos pocos lugares del norte de Devon, y otro distrito que abarca gran parte de los condados de Buckingham, Bedford, Northampton y las partes contiguas del Oxfordshire y el Huntingdonshire. Los locales de trabajo son, por lo general, los cottages de los jornaleros agrícolas. Algunos dueños de manufacturas utilizan más de 3.000 de estos trabajadores domésticos, principalmente niños y jóvenes, exclusivamente de sexo femenino. Se repiten las circunstancias descritas a propósito del

<sup>259</sup> *Child. Empl. Comm., II Report, 1864, págs. XIX, XX, XXI.*

<sup>260</sup> *Loc. cit., págs. XXI, XXII.*

lace finishing. Pero en el lugar de las «mistresses houses» aparecen las «lace schools» (escuelas de encaje), organizadas por pobres mujeres en sus chozas. A partir de los 5 años de edad, y desde antes a veces, y hasta los 12 o los 15, las niñas trabajan en esas escuelas de 4 a 8 horas las más jóvenes durante el primer año, luego desde las 6 de la mañana hasta las 8 y las 10 de la noche.

«Los locales son por lo general habitaciones corrientes de pequeños cottages, con la chimenea tapada para evitar la corriente de aire y los presentes calentados a veces, incluso en invierno, sólo por su propio calor animal. En otros casos estas sedicentes aulas son espacios que parecen pequeñas alacenas, sin hogar... El abarrotamiento de esas covachas y la consiguiente corrupción del aire son a menudo extremos. A eso se añade el dañino efecto de regueros, retretes, materiales en putrefacción y otras basuras frecuentes en las entradas a los pequeños cottages.»

Por lo que hace al espacio:

«En una escuela de encaje, 18 niñas y la maestra, 33 pies cúbicos para cada persona; en otra, con un hedor insoportable, 18 personas, 24 ½ pies cúbicos por cabeza. En esta industria se ve utilizar a niñas de 2 años y 2 años y medio.»<sup>261</sup>

Donde termina el encaje de bolillos en los condados rurales de Buckingham y Bedford empieza el trenzado de la paja. Se extiende por gran parte de Hertfordshire y las partes occidentales y septentrionales de Essex. En 1861 había 48.043 personas empleadas en el trenzado de la paja y la fabricación de sombreros de paja, 3.815 de las cuales eran de sexo masculino, de todas las edades, y las demás de sexo femenino, precisamente 14.913 de menos de 20 años, unas 7.000 de las cuales niñas. En el lugar de las escuelas de encaje aparecen aquí las «straw plait schools» (escuelas de trenzar paja). Los niños empiezan el aprendizaje del trenzado de la paja a partir del 4.º año por regla general, y a veces entre los 3 y los 4. No reciben ninguna educación, naturalmente. Los niños mismos llaman a las escuelas elementales «natural schools» (escuelas naturales), diferenciándolas de las instituciones de chupar sangre en las que los obligan simplemente a trabajar para hacer la tarea que hayan decidido sus madres medio muertas de hambre, 30 yardas al día generalmente. Estas madres les hacen trabajar luego en casa, muchas veces, hasta las 10, las 11 o las 12 de la noche. La paja les corta los dedos y la boca, con la que tienen que humedecerla constantemente. Según la opinión general de los funcionarios médicos de Londres, resumida por el Dr. Ballard, 300 pies cúbicos constituyen el

<sup>261</sup> *Loc. cit., págs. XXIX, XXX.*



espacio mínimo para cada persona en un dormitorio o cuarto de trabajo. Pero en las escuelas de trenzar paja el espacio es todavía más escaso que en las de encaje: 12 2/3, 17, 18 1/2 y menos de 22 pies cúbicos por persona.

«Las más pequeñas de esas cifras», dice el comisario White, «representan menos espacio que la mitad del que ocuparía un niño embalado en una caja de 3 pies en todas las dimensiones.»

Así disfrutan de la vida los niños hasta los 12 o 14 años. Los míseros, degenerados padres no piensan más que en estrujar lo más posible a sus hijos. Una vez crecidos, a los hijos, naturalmente, no se les da un comino de los padres, y los abandonan.

«No es nada asombroso que la ignorancia y el vicio inunden una población que ha crecido de ese modo... Su moral se encuentra en el estadio más bajo... Gran número de mujeres tienen hijos ilegítimos, y muchas en una edad tan prematura que incluso los familiarizados con la estadística criminal se quedan de piedra.»<sup>262</sup>

¡Y la patria de estas familias ejemplares es, según dice el conde de Montalembert, sin duda competente en cristianismo, el país cristiano por excelencia de Europa!

El salario, lamentable en general en las ramas industriales recién aludidas (el salario máximo excepcional de los niños en las escuelas de trenzar paja: 3 sh.), baja hasta muy por debajo de su importe nominal mediante el truck-system,<sup>\*57</sup> que domina de un modo general sobre todo en los distritos de los encajes.<sup>263</sup>

e) Paso de la manufactura y el trabajo en casa modernos a la gran industria. Aceleración de esa revolución por la aplicación de las leyes fabriles a aquellos tipos de trabajo

El abaratamiento de la fuerza de trabajo por el mero abuso de fuerzas de trabajo femeninas y adolescentes, el mero robo de todas las condiciones normales de trabajo y de vida y la mera brutalidad del exceso

<sup>262</sup> *Loc. cit.*, págs. XL, XLI.

<sup>263</sup> *Child. Empl. Comm., I Report*, 1863, pág. 185.

<sup>\*57</sup> Pago de parte del salario en productos, a menudo comercializados por el mismo patrono.

de trabajo y del trabajo nocturno acaba por tropezar con ciertas barreras naturales ya insuperables; y con él tropieza también el abaratamiento de las mercancías y toda la explotación capitalista basados en esos fundamentos. En cuanto que se llega finalmente a este punto —al que se tarda en llegar—, suena la hora de la implantación de la maquinaria y la transformación ya rápida del disperso trabajo doméstico (o de la manufactura) en trabajo fabril.

El ejemplo más colosal de este movimiento lo suministra la producción de «wearing apparel» (artículos de vestir). Según la clasificación de la *Child. Empl. Comm.* esta industria comprende sombrereros de sombreros de paja y de señora, de gorras, sastres, milliners y dress-makers,<sup>264</sup> camiseros y costureras, corseteros, guanteros, zapateros, además de muchas ramas menores, como la fabricación de cintas para el cuello, de cuellos para caballero, etc. El personal femenino ocupado en estas industrias en Inglaterra y Gales en 1861 alcanzaba la cifra de 586.298, de las cuales por lo menos 115.242 tenían menos de 20 años y 16.560 menos de 15. Número de estas trabajadoras en el Reino Unido (1861): 750.334. Número de los trabajadores masculinos empleados en ese mismo momento en la fabricación de sombreros, zapatos y guantes y en sastrería en Inglaterra y Gales: 437.969, de los cuales 14.964 de menos de 15 años, 89.285 entre los quince y los veinte, 333.117 de más de 20 años. Faltan en esos datos muchas ramas menores que corresponden aquí. Pero, aun tomando los números tal como están, resulta, sólo para Inglaterra y Gales, según el censo de 1861, una suma de 1.024.267 personas, o sea, aproximadamente tantas cuantas absorben la agricultura y la ganadería. Se empieza a comprender para qué la maquinaria ayuda a crear por arte de magia tan imponentes masas de productos y a «liberar» tan imponentes masas de trabajadores.

La producción del «wearing apparel» se hace por manufacturas que en su interior se limitan a reproducir la división del trabajo cuyos miembros disjuncta<sup>\*59</sup> encuentran ya listos; también por pequeños artesanos, los cuales, empero, no trabajan, como antes, para consumidores individuales, sino para manufacturas y grandes almacenes, de modo que a menudo ciudades y comarcas enteras ejercen a manera de espe-

<sup>264</sup> La millinery se refiere propiamente sólo al tocado, pero también a abrigos de señora y mantillas, mientras que las dressmakers son lo mismo que nuestras Putzmacherinnen.<sup>\*58</sup>

<sup>\*58</sup> Modistas, costureras.

<sup>\*59</sup> Miembros dispersos.



cialidad ramas tales como la zapatería, etc.; y, por último, y en gran medida, por los llamados trabajadores en casa, que son el departamento exterior de las manufacturas, los almacenes y hasta los pequeños maestros artesanos.<sup>265</sup> Las masas de material de trabajo, materia prima, semifabricados, etc., las suministra la gran industria; la masa del material humano barato (*taillable à merci et miséricorde*<sup>\*60</sup>) consta de los «liberados» por la gran industria y agricultura. Las manufacturas de esta esfera debieron su origen principalmente a la necesidad del capitalista de tener a mano un ejército correspondiente a cada movimiento de la demanda y siempre dispuesto para el ataque.<sup>266</sup> Pero esas manufacturas dejaron subsistir a su lado, como base amplia, el disperso trabajo artesano y en casa. La gran producción de plusvalía en estas ramas del trabajo, junto con el progresivo abaratamiento de sus artículos, se debió y se debe, principalmente, al mínimo salario imprescindible para un mísero vegetal, unido al máximo de tiempo de trabajo humanamente posible. Fue precisamente la baratura del sudor y la sangre de los seres humanos, convertidos en mercancía, lo que amplió constantemente el mercado, y sigue ampliándolo cada día, incluido, para Inglaterra, el mercado colonial, en el que, además, dominan la costumbre y el gusto ingleses. Al final se presentó un nudo crítico. El fundamento del viejo método —simple explotación brutal del material trabajador, más o menos acompañada por una división del trabajo desarrollada sistemáticamente— no bastó ya para el creciente mercado y la competición, de crecimiento aún más rápido, entre los capitalistas. Sonó la hora de la maquinaria. La máquina decisivamente revolucionaria que aferra por igual todas las innumerables ramas de esta esfera de la producción —como modistería, sastería, zapatería, ropa blanca, sombrerería, etc.— es la máquina de coser.

Su efecto inmediato en los trabajadores es más o menos el de toda maquinaria que en el período de la gran industria conquista nuevas ramas económicas. Los niños más jóvenes quedan apartados. El salario de

<sup>265</sup> La millinery y el dressmaking ingleses se realizan generalmente en los locales de los empleadores, en parte por trabajadoras contratadas que viven allí mismo, en parte por jornaleras que viven fuera.

<sup>266</sup> El comisario White visitó una manufactura de prendas militares que empleaba de 1.000 a 1.200 personas, casi todas de sexo femenino; una manufactura de calzado con 1.300 personas, casi la mitad de las cuales eran niños y jóvenes, etc. (*Child. Empl. Comm., II Rep.*, pág. XLVII, n.º 319.)

<sup>\*60</sup> Gravable a merced y misericordia. La *taille* (talla) era el impuesto personal característico del antiguo régimen francés.

los trabajadores a máquina sube respecto del de los trabajadores en casa, muchos de los cuales se cuentan entre «los más pobres de los pobres» («the poorest of the poor»). Baja el salario de los artesanos mejor situados, con los que compite la máquina. Los nuevos trabajadores mecánicos son exclusivamente muchachas y mujeres jóvenes. Con la ayuda de la fuerza mecánica aniquilan el monopolio del trabajo masculino en la tarea pesada y expulsan de la tarea más ligera a masas de mujeres de edad y niños jóvenes. El superior competidor extermina a los trabajadores manuales más débiles. El horrendo aumento de la muerte por hambre (death from starvation) en Londres durante el último decenio discurre en paralelismo con la expansión de la costura a máquina.<sup>267</sup> Las nuevas trabajadoras de la máquina de coser —movida por ellas con la mano y el pie, o con la mano sola, sentadas y en pie según el peso, el tamaño y la especialidad de la máquina— gastan mucha fuerza de trabajo. Su empleo llega a ser insano por la duración del proceso, pese a ser por lo común más corto que en el viejo sistema. En todos los casos en que la máquina de coser invade talleres ya de por sí estrechos y excesivamente llenos —como en la producción de calzado, fajas, sombreros, etc.—, aumenta las influencias nocivas para la salud.

«La impresión al entrar en los locales de trabajo de techo bajo», dice el comisario Lord, «con 30 ó 40 trabajadores a máquina actuando juntos, es insostenible... El calor, debido en parte a las estufas de gas para calentar las planchas, es horroroso... Incluso cuando en locales así impera la jornada llamada moderada, esto es, de las 8 de la mañana a las 6 de la tarde, se desmayan, a pesar de ello, por lo regular 3 ó 4 personas cada día.»<sup>268</sup>

La revolución del modo social de trabajar, producto necesario de la transformación del medio de producción, se realiza en una abigarrada confusión de formas de transición. Éstas cambian a la par que el alcance con el cual y el tiempo durante el cual la máquina de coser ha aferrado ya una u otra rama de la industria; y junto con la situación dada de los trabajadores, el predominio del trabajo manufacturero,

<sup>267</sup> Un ejemplo. El 26 de febrero de 1864 el informe semanal sobre mortalidad del Registrar General<sup>\*61</sup> contiene 5 casos de muerte por inanición. El mismo día el *Times* informa de otro caso de muerte de hambre. ¡Seis víctimas de la inanición en una semana!

<sup>268</sup> *Child. Empl. Comm., II Report*, 1864, pág. LXVII, n.º 406-409; pág. 84, número 124; pág. LXXIII, n.º 441; pág. 68, n.º 6; pág. 84, n.º 126; pág. 78, n.º 85; página 76, n.º 69; pág. LXXII, n.º 438.

<sup>\*61</sup> Director del Registro Civil.



artesanal o en casa, el alquiler de los locales de trabajo, etc.<sup>269</sup> En la modistería, p. e., en la que por regla general el trabajo estaba ya organizado —principalmente por cooperación simple—, la máquina de coser no constituye por de pronto más que un nuevo factor de la explotación manufacturera. En la sastrería, la camisería, la zapatería, etc., se entrecruzan todas las formas. Aquí, trabajo fabril propiamente dicho. Allí, empleadores intermediarios reciben el material en bruto de capitalistas en chef<sup>\*62</sup> y agrupan en «cuartos» y «buhardillas» de 10 a 50 o más asalariados en torno a máquinas de coser. Por último, como ocurre con toda maquinaria que no constituya ningún sistema articulado y se pueda aplicar en tamaño enano, artesanos o trabajadores en casa utilizan, con su propia familia o recurriendo a pocos trabajadores ajenos, máquinas de coser pertenecientes a ellos mismos.<sup>270</sup> De hecho, hoy predomina en Inglaterra el sistema consistente en que el capitalista concentra en sus locales un gran número de máquinas y luego distribuye el producto de las máquinas, para su posterior elaboración, entre el ejército de trabajadores en casa.<sup>271</sup> Pero el abigarramiento de las formas de transición no oculta la tendencia a la transformación en explotación propiamente fabril. Esa tendencia se alimenta por el carácter de la misma máquina de coser, cuya múltiple aplicabilidad impulsa a unificar ramas de negocio, antes separadas, en un mismo local y bajo el mando del mismo capital; también por la circunstancia de que el hilvanado provisional y otras operaciones se ejecutan del modo más adecuado en el lugar mismo en que está la máquina; y, por último, por la inevitable expropiación de los artesanos y trabajadores en casa que producen con máquinas propias. Este destino los ha alcanzado ya parcialmente. La masa siempre creciente del capital invertido en máquinas de coser<sup>272</sup> espolea la producción y acarrea congestiones del mercado que tañen para los trabajadores en casa la señal de vender sus máquinas de coser. La misma sobreproducción de estas máquinas obliga a sus productores,

<sup>269</sup> «El alquiler de locales necesarios para los talleres parece el elemento que en última instancia decide la cuestión, y, consecuentemente, es en la metrópoli donde se ha conservado más tiempo el viejo sistema de dar trabajo fuera a pequeños empleadores y a familias, y donde más pronto se ha vuelto a él.» (*Loc. cit.*, página 83, n.º 123.) La última frase se refiere exclusivamente a la zapatería.

<sup>270</sup> Esto no ocurre en la guantería, etc., en la que la situación de los trabajadores es apenas distinguible de la de los mendigos.

<sup>271</sup> *Loc. cit.*, pág. 83, n.º 122.

<sup>272</sup> Sólo en la fabricación de botas y zapatos de Leicester, que produce para la venta al por mayor, se usaban ya, en 1864, 800 máquinas de coser.

\*62 En jefe.

necesitados de salidas, a prestarlas por un alquiler semanal, y produce así unos competidores mortales para los pequeños propietarios de máquinas.<sup>273</sup> Los cambios en la construcción y el abaratamiento de las máquinas, que siguen todavía, deprecian también constantemente los ejemplares viejos y hacen que éstos sólo se puedan utilizar con beneficio aplicándolos en masa, comprados a precios irrisorios, en la mano de grandes capitalistas. Por último, la substitución del ser humano por la máquina de vapor da el golpe decisivo, en éste como en todos los procesos de transformación semejantes. La aplicación de la fuerza del vapor tropieza al principio con obstáculos puramente técnicos, como la vibración de las máquinas, la dificultad para dominar su velocidad, el rápido desgaste de las máquinas ligeras, etc., obstáculos todos ellos que la experiencia enseña pronto a superar.<sup>274</sup> Mientras, por una parte, la concentración de muchas máquinas de coser en grandes manufacturas impulsa a utilizar el vapor, por otra, la competición del vapor con los músculos humanos acelera la concentración de trabajadores y máquinas de trabajo en grandes fábricas. De este modo Inglaterra experimenta actualmente en la colosal esfera productiva del «wearing apparel», igual que en la mayoría de las demás labores, la revolución de la manufactura, la artesanía y el trabajo en casa en explotación fabril, cuando ya desde hace mucho tiempo todas esas formas se habían alterado, descompuesto, deformado, y habían reproducido e incluso exagerado todas las monstruosidades del sistema fabril sin sus momentos de desarrollo positivo.<sup>275</sup>

Esta revolución industrial que procede espontáneamente se acelera artificialmente por la extensión de las leyes fabriles a todas las ramas industriales en que trabajan mujeres, jóvenes y niños. La regulación obligatoria de la jornada de trabajo en cuanto a duración, pausas, comienzo y final, el sistema de relevos para los niños, la exclusión de todos los

<sup>273</sup> *Loc. cit.*, pág. 84, n.º 124.

<sup>274</sup> Así ocurre en el almacén de vestuario del ejército en Pimlico, Londres, en la fábrica de camisas de Tillie y Henderson en Londonderry, en la fábrica de vestidos de la firma Tait en Limerick, que agota casi 1.200 «manos».

<sup>275</sup> «La tendencia al sistema fabril.» (*Loc. cit.*, pág. LXVII.) «Todo el empleo se encuentra en este momento en un estado de transición y está pasando el mismo cambio que el realizado en la industria del encaje, el tejido, etc.» (*Loc. cit.*, número 405.) «Una revolución plena.» (*Loc. cit.*, pág. XLVI, n.º 318.) En la época de la *Child. Empl. Comm.* de 1840 los tejidos de punto eran todavía trabajo manual. A partir de 1846 se fue implantando maquinaria varia, ahora movida por el vapor. El número total de personas de ambos sexos y todas las edades a partir de los 3 años empleadas en los géneros de punto ingleses era en 1862 de unas 120.000. De ellas, según el Parliamentary Return del 11 de febrero de 1862, sólo 4.063 se hallaban sometidas al act fabril.



niños de menos de cierta edad, etc., por una parte, imponen un aumento de la maquinaria<sup>276</sup> y la sustitución de los músculos por el vapor como fuerza motora.<sup>277</sup> Por otra parte, para ganar en el espacio lo perdido en el tiempo, se produce una ampliación de los medios de producción gastados conjuntamente —hornos, locales, etc.—, o sea, en una palabra, mayor concentración de los medios de producción y correspondiente mayor conglomeración de trabajadores. La objeción principal de toda manufactura amenazada por la ley fabril, protesta apasionadamente repetida, es, efectivamente, la necesidad de una inversión de capital mayor para continuar el negocio con su antigua dimensión. Pero por lo que hace a las formas intermedias entre la manufactura y el trabajo en casa y por lo que hace a estas dos formas mismas, se les hunde el suelo por la limitación de la jornada de trabajo y del trabajo infantil. La explotación ilimitada de fuerzas de trabajo baratas constituye el único fundamento de su competitividad.

Condición esencial de la explotación fabril, señaladamente en cuanto sometida a la regulación de la jornada de trabajo, es la seguridad normal del resultado, esto es, la producción de una determinada cantidad de mercancía o de un efecto útil buscado en un tiempo dado. Las pausas legales de la jornada de trabajo regulada suponen, además, la detención repentina y periódica del trabajo sin perjuicio de la obra que se encuentra en su proceso de producción. Esa seguridad del resultado y esa capacidad de interrupción del trabajo son, naturalmente, más fáciles de alcanzar en tareas puramente mecánicas que cuando procesos químicos y físicos tienen un papel, como, p. e., en la alfarería, el blanqueo, los tintes, la panificación, la mayoría de las manufacturas metálicas. Con la rutina de la jornada de trabajo ilimitada, el trabajo nocturno y la libre destrucción de los seres humanos, todo obstáculo espontáneo aparece pronto como «limitación natural» eterna de la producción. No hay veneno que extermine las sabandijas con tanta seguridad como la ley fabril esas «limitaciones naturales». Nadie ha gritado más alto sobre

<sup>276</sup> Así, p. e., dice de la alfarería la firma Cochran, de la «Britannia Pottery, Glasgow»: «Para mantener nuestra cantidad, hemos pasado ampliamente a máquinas atendidas por trabajo sin calificar, y cada día nos convence de que podemos producir una cantidad mayor que con el viejo método.» (*Reports of Insp. of Fact.*, 31st Oct. 1865, pág. 13.) «El efecto del act fabril consiste en impulsar a la implantación de más maquinaria.» (*Loc. cit.*, págs. 13, 14.)

<sup>277</sup> Así, tras la implantación del act fabril en la alfarería, gran aumento de los power jiggers en lugar de los handmoved jiggers.<sup>\*62bis</sup>

\*62bis Tornos de motor y tornos a mano.

«imposibilidades» que los caballeros de la alfarería. En 1864 se les otorgó la ley fabril, y ya 16 meses más tarde habían desaparecido todas las imposibilidades. El «método perfeccionado» suscitado por la ley fabril y consistente en

«preparar la pasta (slip) por presión, en vez de por evaporación, la nueva construcción de los hornos para secar las piezas no cocidas, etc., son acontecimientos de gran importancia en el arte de la cerámica e indican un progreso de ésta tal que el siglo pasado no puede mostrar ninguno igual ... La temperatura de los hornos ha disminuido considerablemente, con una disminución considerable del consumo de carbón y un efecto más rápido en las piezas.»<sup>278</sup>

Pese a todas las profecías no aumentó el precio de coste de los trabajos cerámicos, aunque sí la masa de producto, de modo que la exportación de los 12 meses que van de diciembre de 1864 a diciembre de 1865 arrojó un exceso de valor de 138.628 libr. est. respecto de la media de los tres años anteriores. En la fabricación de fósforos se tenía por ley natural que los jóvenes tuvieran que mojar los palitos, incluso mientras se tragaban el almuerzo, en un compuesto caliente de fósforo cuyo vapor venenoso les daba en la cara. Con la necesidad de ahorrar tiempo, la ley fabril (1864) impuso una «dipping machine» (máquina de sumergir) cuyos vapores no pueden alcanzar al trabajador.<sup>279</sup> Análogamente se afirma hoy en las ramas de la manufactura de encajes todavía no sometidas a la ley fabril que las comidas no pueden ser regulares a causa de los tiempos distintos que necesitan para secarse los diferentes materiales de las puntillas, que varían desde 3 minutos hasta una hora y más. A eso contestan los comisarios de la *Children's Employment Comm.*:

«Las circunstancias son las mismas que en la impresión de papeles pintados. Algunos de los principales fabricantes de esta rama subrayaron vivamente que la naturaleza de los materiales utilizados y la diversidad de los procesos que atraviesan no permitían, sin grandes pérdidas, ninguna detención repentina del trabajo para las comidas ... Por la 6.ª cláusula de la 6.ª sección del Factory Acts Extension Act<sup>\*63</sup> (1864) «se les concedió un plazo de dieciocho meses a partir de la fecha de promulgación del act, plazo transcurrido el cual tenían que someterse a las pausas para refrigerio especificadas por el act fabril.»<sup>280</sup>

<sup>278</sup> *Rep. Insp. Fact.*, 31st Oct. 1865, págs. 96 y 127.

<sup>279</sup> La introducción de esta y otra maquinaria en la fábrica de fósforos ha substituido en un departamento de la misma 230 personas jóvenes por 32 muchachos y muchachas entre 14 y 17 años. Este ahorro de trabajadores se prolongó en 1865 mediante la aplicación del vapor.

<sup>280</sup> *Child. Empl. Comm.*, II Rep., 1864, pág. IX, n.º 50.

\*63 Ley de extensión (de la vigencia) de la ley fabril.



Apenas había conseguido la ley sanción parlamentaria cuando los señores fabricantes llegaron a su descubrimiento:

«Los malos efectos que temíamos de la implantación de la ley fabril no se han producido. No hallamos que la producción se haya paralizado en modo alguno. De hecho, producimos más en el mismo tiempo.»<sup>281</sup>

Como se ve, el Parlamento inglés, al que, ciertamente, nadie echará en cara genialidad, ha llegado por experiencia a la comprensión de que una ley obligatoria puede barrer sencillamente por decreto todos los obstáculos llamados naturales de la producción opuestos a la limitación y regulación de la jornada de trabajo. Por eso al implantar la ley fabril en una rama industrial se establece un plazo de 6 a 18 meses dentro del cual es asunto del fabricante el eliminar los obstáculos técnicos. La frase de Mirabeau: «Impossible? No me dites jamais ce bête de mot!»<sup>\*64</sup> vale, en efecto, para la tecnología moderna. Pero si la ley fabril hace madurar como en invernadero los elementos materiales necesarios para la transformación de la explotación manufacturera en explotación fabril, también acelera al mismo tiempo, por la necesidad de una mayor inversión de capital, la ruina de los pequeños maestros y la concentración del capital.<sup>282</sup>

Prescindiendo de los obstáculos puramente técnicos y técnicamente eliminables, la regulación de la jornada de trabajo choca con costumbres irregulares de los mismos trabajadores, principalmente en los casos en que predomina el salario por pieza, de modo que el pasarse el tiempo de paseo durante una parte del día o de la semana se puede compensar mediante el trabajo suplementario o nocturno, método que embrutece al trabajador adulto y arruina a sus camaradas adolescentes y femeninos.<sup>283</sup> Aunque esa irregularidad en el gasto de fuerza de trabajo

<sup>281</sup> *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, pág. 22.

<sup>282</sup> «Las mejoras imprescindibles ... no se pueden implantar en muchas viejas manufacturas sin una inversión de capital que está por encima de los medios de muchos actuales poseedores ... Una desorganización transitoria acompaña inevitablemente la implantación de la ley fabril. El alcance de esa desorganización está en razón directa de la magnitud de los defectos que hay que sanar.» (*Loc. cit.*, págs. 96, 97.)

<sup>283</sup> En los altos hornos, p. e., el «trabajo aumenta generalmente mucho en duración al final de la semana, a consecuencia de la costumbre que tienen los hombres de oír el lunes y, a veces, también una parte del martes o todo él.» (*Child. Empl. Comm., III Report*, pág. VI.) «Los pequeños maestros tienen

\*64 «¿Imposible? ¡No me digáis nunca esa palabra tonta!»

es una reacción primitiva espontánea contra el aburrimiento de la peñiguera del trabajo moderno, brota en medida incomparablemente superior de la anarquía misma de la producción, la cual, por su parte, presupone una explotación desenfrenada de la fuerza de trabajo por el capital. Además de las alternancias periódicas del ciclo industrial y de las particulares oscilaciones del mercado, existen señaladamente lo que se llama la *saïson*,<sup>\*65</sup> basada en la periodicidad de las estaciones favorables a la navegación o en la moda, y los pedidos repentinos de grandes dimensiones y para ejecutar en el plazo más breve. La costumbre de estos encargos se extiende con los ferrocarriles y el telégrafo.

«La ampliación del sistema ferroviario por todo el país», dice, p. e., un fabricante londinense, «ha promovido mucho la costumbre de hacer pedidos pequeños; ahora vienen compradores de Glasgow, Manchester y Edinburgh cada quince días, o acuden para sus compras al por mayor a los almacenes de la city, a los que nosotros suministramos las mercancías. Hacen pedidos que hay que cumplimentar en seguida, en vez de comprar de las existencias en almacén, como era costumbre antes. En años anteriores siempre podíamos trabajar por anticipado, durante el período tranquilo, para la demanda de la *saïson* siguiente; pero ahora nadie puede prever qué demanda habrá para entonces.»<sup>284</sup>

En las fábricas y manufacturas no sometidas todavía a la ley fabril impera periódicamente el exceso de trabajo más terrible durante la llamada *saïson*, por sacudidas, según llegan los pedidos repentinos. En el departamento exterior de la fábrica, la manufactura o el almacén, la esfera del trabajo en casa —irregular ya de por sí, dependiente, por lo que hace a material en bruto y a encargos, de los humores del capitalista, que no está aquí atado por ninguna consideración respecto de la valorización de locales, máquinas, etc., ni arriesga más que el pellejo de los trabajadores mismos— se engrosa así sistemáticamente un ejército industrial de reserva siempre disponible, diezmado durante una

generalmente horarios muy irregulares. Pierden 2 ó 3 días y luego trabajan toda la noche para compensarlo ... Siempre emplean a sus propios hijos, si los tienen.» (*Loc. cit.*, pág. VII.) «La falta de regularidad en acudir al trabajo, animada por la posibilidad y la práctica de compensarlo trabajando más horas.» (*Loc. cit.*, página XVIII.) «Enorme pérdida de tiempo en Birmingham ... holgando parte del tiempo, trabajando como esclavos durante el resto.» (*Loc. cit.*, pág. XI.)

<sup>284</sup> *Child. Empl. Comm., IV Rep.*, pág. XXXII. «La extensión del sistema ferroviario ha contribuido, según se afirma, grandemente a esta costumbre de hacer encargos urgentes, y a las consecuencias de prisas, desprecio de las horas de las comidas y largas jornadas de trabajo de los obreros.» (*Loc. cit.*, pág. XXXI.)

\*65 La estación (en francés).



parte del año por una presión inhumana del trabajo, desmoralizado durante la otra parte por falta de trabajo.

«Los empleadores», dice la *Child. Empl. Comm.*, «explotan la corriente irregularidad del trabajo en casa para forzarlo, en los tiempos en que hace falta trabajo extraordinario, hasta las 11, las 12, las 2 de la noche, o, como suelen decir, hasta las todas», y eso en locales «en los que basta el hedor para tumbarlo a uno (the stench is enough to knock you down). Uno llega hasta la puerta y la abre, pero acaso le dé escalofríos la idea de seguir adelante.»<sup>285</sup> «Tienen gracias nuestros patronos», dice uno de los testigos oídos, un zapatero, «se creen que no le hace daño a un muchacho reventarse trabajando durante medio año y verse casi obligado, durante la otra mitad, a hacer el golfo por ahí.»<sup>286</sup>

Capitalistas interesados presentaron y presentan estas «costumbres del oficio» («usages which have grown with the growth of trade»), al igual que los obstáculos técnicos, como «limitaciones naturales» de la producción, cosa que fue el chillido favorito de los lords del algodón cuando la ley fabril empezó por amenazarlos a ellos. Aunque su industria se basa más que cualquier otra en el mercado mundial y, por lo tanto, en la navegación, la experiencia los refutó. Desde entonces los inspectores fabriles ingleses tratan como retórica vacía todo «obstáculo profesional» que se les aduzca.<sup>287</sup> Las investigaciones de la *Child. Empl. Comm.*, puntualmente concienzudas, prueban de hecho que en algunas industrias lo único que pasó fue que la masa de trabajo ya utilizada se distribuyó más homogéneamente a lo largo de todo el año por obra de la regulación de la jornada de trabajo,<sup>288</sup> que esta última es el único freno racional aplicable a los volátiles humores de la moda,<sup>289</sup> asesinos

<sup>285</sup> *Child. Empl. Comm.*, IV Rep., pág. XXXV, n.ºs 235 y 237.

<sup>286</sup> *Loc. cit.*, pág. 127, n.º 56.

<sup>287</sup> «Respecto de las pérdidas del comercio por el incumplimiento de órdenes de embarque a su debido tiempo, recordaré que este fue el argumento favorito de los dueños de las factorías en 1832 y 1833. Nada que se pueda aducir hoy sobre este punto puede tener la fuerza que tuvo entonces, antes de que el vapor redujera todas las distancias a la mitad y estableciera nuevas regulaciones del tráfico. Ya en aquel tiempo falló completamente como prueba cuando se lo sometió a examen, y sin duda volvería a fallar si se tuviera que examinar otra vez.» (*Reports of Inps. of Fact.*, 31st Oct. 1862, págs. 54, 55.)

<sup>288</sup> *Child. Empl. Comm.*, III Rep., pág. XVIII, n.º 118.

<sup>289</sup> JOHN BELLERS observa ya en 1699: «La incertidumbre de las modas aumenta el número de pobres necesitados. Tiene dos grandes inconvenientes: 1.º) Los jornaleros se encuentran en la miseria en invierno, por falta de trabajo, pues los merceros y los maestros tejedores no se atreven a entregar sus reservas para tener empleados a los jornaleros antes de que llegue la primavera y sepan qué modas habrá; 2.º) En la primavera no hay jornaleros suficientes, sino que los maestros tejedores tienen que agregar muchos aprendices, para poder suministrar la mercancía

de los humanos, sin contenido e inadecuados en sí mismos al sistema de la gran industria; que el desarrollo de la navegación oceánica y de los medios de comunicación ha abolido en lo esencial el fundamento propiamente técnico del trabajo estacional,<sup>290</sup> que todas las demás circunstancias supuestamente incontrolables se quitan de enmedio mediante más instalaciones, más maquinaria, más número de trabajadores ocupados simultáneamente<sup>291</sup> y repercusiones automáticas de todo ello en el sistema del comercio al por mayor.<sup>292</sup> Pero el capital, como lo declara repetidamente por boca de sus representantes, no está dispuesto a aceptar esa revolución «más que bajo la presión de un act general del Parlamento»<sup>293</sup> que regule obligatoriamente la jornada de trabajo.

### 9. Legislación fabril.

(Cláusulas sobre sanidad y educación).

Su generalización en Inglaterra

La legislación fabril, primera reacción consciente y planeada de la sociedad a la forma espontánea de su proceso de producción, es, como se ha visto, tan producto necesario de la gran industria como el hilado

del reino en medio año o un cuarto de año, lo cual arrebató manos al arado, drena el campo de labradores y llena en gran parte la ciudad de mendigos, y mata de hambre a algunos en invierno que tienen vergüenza de mendigar.» (*Essays about the Poor, Manufactures, etc.*, pág. 9.)

<sup>290</sup> *Child. Empl. Comm.*, V Rep., pág. 171, n.º 34.

<sup>291</sup> Así se lee, p. e., en los testimonios de comerciantes exportadores de Bradford: «Es claro que en estas condiciones no es necesario ocupar a los jóvenes en los almacenes más que desde las 8 de la mañana hasta las 7 o las 7 1/2 de la tarde. Es sólo una cuestión de más inversión y más manos. Los jóvenes no necesitarían trabajar hasta tan tarde por la noche si algunos empleadores no estuvieran tan ansiosos de beneficio; una máquina suplementaria cuesta sólo 16 ó 18 libr. est. ... Todas las dificultades nacen de la insuficiencia de las instalaciones y de falta de espacio.» (*Loc. cit.*, pág. 171, n.ºs 35, 36 y 38.)

<sup>292</sup> *Loc. cit.*, pág. 81, n.º 32. Un fabricante londinense que, por lo demás, considera la regulación obligatoria de la jornada de trabajo como una defensa de los obreros contra los fabricantes y de los fabricantes mismos contra el comercio al por mayor, declara: «La presión en nuestro negocio se debe a los embarcadores, los cuales, por ejemplo, pretenden enviar una mercancía en un velero para que llegue a la plaza en una estación determinada, y al mismo tiempo embolsarse la diferencia de fletes entre velero y vapor; o que de entre dos vapores eligen el primero, para aparecer en el mercado extranjero antes que sus competidores.»

<sup>293</sup> «Esto se podría obviar», dice un fabricante, «por medio de una ampliación de los talleres bajo la presión de un act general del Parlamento.» (*Loc. cit.*, pág. X, n.º 38.)



de algodón, las selfactinas y el telégrafo eléctrico. Antes de pasar a su generalización en Inglaterra hay que mencionar brevemente algunas cláusulas del act fabril inglés que no se refieren al número de horas de la jornada de trabajo.

Prescindiendo incluso de su redacción, que facilita al capitalista el eludirlas, las cláusulas sanitarias son muy magras, limitadas en realidad a normas sobre blanqueo de las paredes y algunas otras medidas de limpieza, ventilación y protección contra la maquinaria peligrosa. En el Libro Tercero volveremos a hablar de la lucha fanática de los fabricantes contra la cláusula que les impone un pequeño gasto para proteger los miembros de sus «manos». En este punto se confirma brillantemente el dogma librecambista de que en una sociedad de intereses antagónicos cada cual promueve el bien común persiguiendo su propia utilidad. Basta un ejemplo. Es sabido que durante los últimos veinte años la industria del lino y, con ella, los scutching mills (fábricas para batanear y quebrar el lino) han aumentado mucho en Irlanda. En 1864 había allí casi 1.800 mills de esos. Periódicamente, en invierno y verano, jóvenes y mujeres sobre todo, hijos, hijas y mujeres de los pequeños colonos vecinos, gentes sin ninguna familiaridad con maquinaria, se retiran del trabajo de los campos para alimentar de lino los rodillos de los scutching mills. Los accidentes no tienen ejemplo en la historia de la maquinaria, por su número y su intensidad. Un solo scutching mill de Kildinan (cerca de Cork) sumó desde 1852 hasta 1856 seis muertes y 60 mutilaciones graves, todas las cuales se habrían podido evitar mediante las instalaciones más sencillas, al precio de unos pocos chelines. El Dr. W. White, certifying surgeon\*<sup>66</sup> de las fábricas de Downpatrick, declara en un informe oficial de 16 de diciembre de 1865:

«Los accidentes en scutching mills son del tipo más horrible. En muchos casos un cuarto del cuerpo queda arrancado del tronco. La muerte o un futuro de mísera incapacidad y sufrimiento son consecuencias corrientes de las heridas. El aumento de fábricas en este país ampliará, naturalmente, estos escalofriantes resultados. Estoy convencido de que mediante una supervisión estatal adecuada de los scutching mills se puede evitar grandes sacrificios de cuerpos y vidas.»<sup>294</sup>

¿Qué podría caracterizar al modo de producción capitalista mejor que la necesidad de imponerle, mediante leyes estatales obligatorias, los más simples dispositivos de limpieza y sanidad?

<sup>294</sup> *Loc. cit.*, pág. XV, n.º 72 ss.

\*<sup>66</sup> Médico o cirujano oficial que extiende certificados.

«La ley fabril de 1864 ha encalado y limpiado en las alfarerías más de 200 talleres, luego de abstenerse de esas operaciones durante veinte años o desde siempre» (¡he aquí la «abstinencia» del capital!), «en lugares en los que están empleados 27.878 trabajadores que respiraban hasta ahora, durante un desmedido trabajo de día y a menudo de noche, una atmósfera mefítica, la cual gravaba con enfermedad y muerte una ocupación que, por lo demás, era relativamente inofensiva. El act ha aumentado mucho los medios de ventilación.»<sup>295</sup>

Al mismo tiempo, esta rama del act fabril muestra contundentemente que, por su esencia, el modo de producción capitalista excluye, más allá de cierto punto, todo perfeccionamiento racional. Se ha observado repetidamente que los médicos ingleses declaran unánimemente que 500 pies cúbicos de aire por cabeza son un mínimo apenas suficiente en caso de trabajo constante. Pues bien: si ya el act fabril acelera indirectamente, a través de todas sus medidas obligatorias, la conversión de pequeños talleres en fábricas e interviene así indirectamente en el derecho de propiedad de los pequeños capitalistas y asegura a los grandes el monopolio, la imposición por ley del espacio necesario para cada trabajador en los talleres expropiaría de un solo golpe a miles de pequeños capitalistas. Esa medida atacaría a la raíz del modo de producción capitalista, esto es, a la autovalorización del capital, grande o pequeño, mediante la «libre» compra y consumo de la fuerza de trabajo. Por eso ante dichos 500 pies cúbicos de aire la legislación fabril pierde el resuello. Las autoridades sanitarias, las comisiones industriales de investigación, los inspectores fabriles repiten constantemente la necesidad de los 500 pies cúbicos y la imposibilidad de imponérselos al capital. De este modo declaran de hecho que la tisis y las enfermedades pulmonares de los trabajadores son una condición vital del capital.<sup>296</sup>

Aunque las cláusulas sobre educación del act fabril resultan míseras en conjunto, sin embargo proclaman que la instrucción elemental es una condición obligatoria del trabajo.<sup>297</sup> Su éxito probó por de pronto la

<sup>295</sup> *Reports of Insp. of Fact.*, 31st Oct. 1865, pág. 127.

<sup>296</sup> Se ha averiguado empíricamente que un individuo sano medio consume en cada inspiración de intensidad media aproximadamente 25 pulgadas cúbicas de aire y que ocurren aproximadamente 20 respiraciones por minuto. Según eso el consumo de aire de un individuo en 24 horas sería de unas 720.000 pulgadas cúbicas, o sea, 416 pies cúbicos. Pero es sabido que el aire respirado una vez no puede servir para el mismo proceso si no se lo limpia en el gran taller de la naturaleza. Según los experimentos de Valentin y Brunner, parece que un varón sano expulsa aproximadamente 1.300 pulgadas cúbicas de anhídrido carbónico por hora; esto arrojaría aproximadamente 8 onzas de carbón sólido arrojadas por los pulmones en 24 horas. «Cada hombre debería tener por lo menos 800 pies cúbicos.» (Huxley.)

<sup>297</sup> Según el act fabril inglés, los padres no pueden mandar a sus hijos de menos de 14 años a las fábricas «controladas» sin hacer al mismo tiempo que se les imparta



posibilidad de combinar la instrucción y la gimnasia<sup>298</sup> con el trabajo manual y, por tanto, también el trabajo manual con la instrucción y la gimnasia. Los inspectores fabriles descubrieron pronto, por interrogatorio de los maestros de escuela, que los niños de las fábricas, aunque gozan sólo de la mitad de la instrucción que reciben los alumnos diurnos normales, aprenden tanto como éstos y a menudo más.

«La cosa es sencilla. Los que sólo están en la escuela medio día se encuentran siempre frescos, y casi siempre capaces y bien dispuestos a recibir instrucción. El sistema de mitad trabajo y mitad escuela convierte cada una de las dos ocupaciones en descanso y recuperación de la otra y, por lo tanto, la hace mucho más agradable para el niño que la continuación ininterrumpida de una de las dos. Un muchacho sentado en la escuela desde por la mañana temprano, sobre todo cuando hace calor, no puede competir con otro que llega animado y despierto de su trabajo.»<sup>299</sup>

Se encuentran más pruebas en el discurso de Senior en el congreso sociológico de Edinburgh de 1863. Senior muestra en él además, entre otras cosas, que la jornada escolar unilateral, improductiva y prolongada de los niños de las clases altas y medias aumenta inútilmente el trabajo de los maestros, «al mismo tiempo que destroza no sólo inútilmente, sino incluso de un modo absolutamente dañino, el tiempo, la salud y la energía de los niños.»<sup>300</sup> Del sistema fabril —como se puede ver con

instrucción elemental. El fabricante es responsable de la observancia de la ley. «La educación en la fábrica es obligatoria, y es una condición del trabajo.» (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, pág. 111.)

<sup>298</sup> Sobre los ventajosísimos resultados de la combinación de la gimnasia (y para los muchachos también ejercicios militares) con la instrucción obligatoria de los niños de las fábricas y los escolares pobres véase el discurso de N. W. SENIOR en el 7.º congreso anual de la National Association for the Promotion of Social Science, en *Report of Proceedings, etc.*, Lond. 1863, págs. 63, 64, así como el informe de los inspectores fabriles en 31 oct. 1865, págs. 118, 119, 120, 126 ss.

<sup>299</sup> *Reports of Insp. of Fact., loc. cit.*, págs. 118, 119. Un ingenuo fabricante de sedas declara a los comisarios investigadores de la *Child. Empl. Comm.*: «Estoy plenamente convencido de que el verdadero secreto de la producción de trabajadores competentes se ha descubierto con la unificación del trabajo y la instrucción desde el período de la infancia. El trabajo, naturalmente, no tiene que ser ni demasiado duro ni repugnante o insano. Desearía que mis propios hijos tuvieran trabajo y juego para alternar con la escuela.» (*Child. Empl. Comm., V Rep.*, pág. 82, n.º 36.)

<sup>300</sup> SENIOR, *loc. cit.*, pág. 66. El modo como la gran industria, llegada a cierta altura, subvierte también las cabezas, a través de la revolución del modo de producción material y de las relaciones sociales de producción lo muestra contundentemente una comparación del discurso de N. W. Senior de 1863 con su filípica de 1833 contra la ley fabril, o una comparación de las opiniones del mencionado congreso con el hecho de que en ciertas partes rurales de Inglaterra sigue prohibido a los

detalle siguiendo a Robert Owen— brotó el germen de la educación del futuro, la cual combinará para todos los niños a partir de cierta edad el trabajo productivo con la instrucción y la gimnasia, no sólo como método de intensificar la producción social, sino también como único método de producir seres humanos desarrollados en todos sus aspectos.

Se ha visto que la gran industria supera técnicamente la división manufacturera del trabajo, con su adscripción de por vida de todo un ser humano a una operación de detalle, mientras que, al mismo tiempo, la forma capitalista de la gran industria reproduce aquella división del trabajo todavía más monstruosamente, en la fábrica propiamente dicha mediante la conversión del trabajador en adminículo autoconsciente de una máquina parcial, y en todos los demás sitios en parte por el uso esporádico de máquinas y trabajo mecánico<sup>301</sup> y en parte por la implantación del trabajo de las mujeres y de los niños y del trabajo sin calificar como nuevo fundamento de la división del trabajo. La contradicción entre la división manufacturera del trabajo y la esencia de la gran industria se impone violentamente. Aparece, entre otros lugares, en el hecho terrible de que una gran parte de los niños empleados en las modernas fábricas y manufacturas quedan desde la más tierna edad encadenados a las manipulaciones más simples y son explotados durante años sin aprender ningún trabajo que más tarde los hiciera utilizables aunque sólo fuera en la misma manufactura o fábrica. En las imprentas inglesas, p. e., había antes un paso de los aprendices de trabajos más

padres pobres, bajo pena de morir de hambre, el dar educación a sus hijos. Así, p. e., el señor Snell cuenta como una práctica corriente en Somersetshire que cuando una persona pobre solicita ayuda parroquial se la obliga a retirar a sus hijos de la escuela. Así también cuenta el señor Wollaston, párroco de Feltham, casos en los cuales se negó a ciertas familias toda ayuda «porque mandaban sus chicos a la escuela».

<sup>301</sup> Cuando máquinas artesanas, movidas por energía humana, compiten directa o indirectamente con maquinaria más desarrollada que presuponga, por lo tanto, fuerza motora mecánica, se produce una gran transformación respecto del trabajador que mueve la máquina. Al principio la máquina de vapor substituía a este trabajador, ahora es él el que tiene que substituir a la máquina de vapor. Por eso el esfuerzo y el gasto de su fuerza de trabajo son monstruosos, y aún más para los adolescentes condenados a esa tortura. Así, el comisario Longe encontró en Coventry y sus alrededores muchachos de 10 a 15 años empleados para hacer girar los telares de pasamanería, sin mencionar los niños más pequeños que tenían que mover telares de menores dimensiones. «Es un trabajo extraordinariamente cansado. El muchacho es un mero substituto del vapor.» (*Child. Empl. Comm., V Rep.*, 1866, pág. 114, n.º 6). Sobre las asesinas consecuencias «de este sistema de esclavitud», como lo llama el informe oficial, *loc. cit.*, s.



fáciles a trabajos con más contenido, de acuerdo con el sistema de la vieja manufactura y de la artesanía. Recorrieron un aprendizaje hasta ser impresores completos. Saber leer y escribir era para todos una exigencia del oficio. Todo esto cambió con la máquina de imprimir. Ésta utiliza dos clases de trabajadores: un trabajador adulto, que es el supervisor de la máquina, y dos chicos maquinistas, la mayor parte de las veces entre los 11 y los 17 años, cuya tarea consiste exclusivamente en presentar a la máquina un pliego de papel o retirarle el pliego impreso. Concretamente en Londres, ejecutan esa pesadez 14, 15, 16 horas seguidas durante algunos días de la semana, y a menudo durante 36 horas sucesivas con sólo dos horas de descanso para la comida y el dormir.<sup>302</sup> Gran parte de ellos no sabe leer, y son por lo general criaturas completamente degeneradas, anormales.

«Para capacitarlos para su trabajo no hace falta ninguna formación intelectual de ninguna clase; tienen pocas ocasiones de ejercer su habilidad y aún menos su juicio; su salario, aunque en cierta medida es elevado para chicos, no aumenta proporcionalmente a medida que ellos crecen, y la gran mayoría no tiene ninguna perspectiva de alcanzar la plaza de supervisor de la máquina, más remuneradora y responsable, porque para cada máquina no hay más que un supervisor, pero a menudo hay 4 chicos.»<sup>303</sup>

Quando se hacen demasiado grandes para su pueril trabajo, o sea, a los 17 años por lo menos, los despiden de la imprenta. Se convierten en reclutas del crimen. Algunos intentos de procurarles empleo en cualquier otro sitio fracasan por su ignorancia, su rudeza, su atrofia física e intelectual.

Lo mismo que de la división manufacturera del trabajo en el interior del taller vale de la división del trabajo en el interior de la sociedad. Mientras la artesanía y la manufactura constituyen la base general de la producción social, la subsunción del productor bajo una exclusiva rama de la producción, el desgarramiento de la originaria multiplicidad de sus ocupaciones,<sup>304</sup> es un momento necesario de la evolución. Sobre esa base, cada particular rama de la producción encuentra empírica-

<sup>302</sup> *Loc. cit.*, pág. 3, n.º 24.

<sup>303</sup> *Loc. cit.*, pág. 7, n.º 60.

<sup>304</sup> «En algunas zonas de la alta Escocia ... aparecieron muchos pastores de ovejas y cotters,<sup>\*67</sup> con mujer e hijos, según el Statistical Account, con zapatos que se habían hecho ellos mismos con cuero que ellos mismos habían curtido; vestidos con prendas que sólo sus propias manos habían tocado y cuyo material habían esquilado ellos mismos de las ovejas, o para el cual habían plantado ellos mismos

\*67 Braceros, jornaleros agrícolas.

mente la forma técnica que le corresponde, la perfecciona lentamente y la cristaliza rápidamente en cuanto que se alcanza cierto grado de madurez. Lo que suscita cambio aquí o allá es, aparte de nuevo material de trabajo suministrado por el comercio, la paulatina alteración del instrumento de trabajo. Una vez conseguida la forma empíricamente correspondiente, se momifica también, como lo prueba su paso, a menudo milenario, de mano de una generación a la de la siguiente. Es característico que hasta entrado el siglo XVIII los oficios se llamaran *mysteries* (*mystères*),<sup>305</sup> en cuya tiniebla sólo podía penetrar el iniciado empírica y profesionalmente. La gran industria desgarró el velo que ocultaba a los seres humanos su propio proceso social de producción y convertía en enigmas, las unas para las otras, las diversas ramas de la producción espontáneamente separadas, e incluso para el iniciado en cada rama. Su principio —descomponer en sí mismo todo proceso de producción en sus elementos constituyentes y, por de pronto, sin considerar para nada la mano humana— creó la modernísima ciencia de la tecnología. Las abigarradas formas del proceso social de producción, aparentemente inconexas y anquilosadas, se resolvieron en aplicaciones de la ciencia natural, conscientemente planificadas y sistemáticamente aisladas según el efecto útil buscado. La tecnología descubrió las pocas formas básicas de movimiento en las que necesariamente procede todo hacer productivo del cuerpo humano —pese a toda la multiplicidad de los instrumentos aplicados—, exactamente igual que la mecánica no se deja engañar respecto de la constante repetición de las simples potencias mecánicas por la mayor complicación de la maquinaria. La industria moderna no considera ni trata nunca la forma existente de un proceso de producción como definitiva. Por eso su base técnica es revolucionaria, mientras que la de todos los modos de producción anteriores fue esen-

el lino. En la preparación de los vestidos no intervenían casi artículos comprados, salvo punzones, agujas, dedales y muy pocas partes del aparejo de hierro usado para tejer. Los colores los conseguían las mujeres mismas de los árboles, arbustos y hierbas, etc.» (DUGALD STEWART, *Works*, ed. Hamilton, vol. VIII, págs. 327-328.)

<sup>305</sup> En el célebre *Livre des métiers* de ÉTIENNE BOILEAU se prescribe, entre otras cosas, que al ser acogido por un maestro el oficial preste juramento de «amar fraternalmente a sus hermanos, ayudarles, cada cual en su métier,<sup>\*68</sup> no traicionar voluntariamente los secretos del oficio y, en interés del conjunto, no llamar la atención siquiera del comprador, ni por recomendar su propia mercancía, sobre los defectos de la obra de otros.»

\*68 Oficio (en francés).



cialmente conservadora.<sup>306</sup> Mediante la maquinaria, los procesos químicos y otros métodos revoluciona constantemente, junto con el fundamento técnico de la producción, las funciones de los trabajadores y las combinaciones sociales del proceso de trabajo. Con eso revoluciona no menos constantemente la división del trabajo en el interior de la sociedad, y lanza incesantemente masas de capital y masas de trabajadores de una rama de la producción a otra. La naturaleza de la gran industria condiciona, por ello, el cambio de trabajo, el flujo de la función, la omnilateral movilidad del trabajador. Por otra parte, en su forma capitalista reproduce la vieja división del trabajo, con sus anquilosadas particularidades. Se ha visto que esa contradicción absoluta termina con toda la tranquilidad, la solidez, la seguridad de la situación vital del trabajador, amenaza constantemente con arrancarle de la mano, al mismo tiempo que el medio de trabajo, el medio de vida,<sup>307</sup> y con hacerle superfluo a él mismo, al hacer superflua su función parcial; y que esa contradicción se desahoga en la ininterrumpida orgía sacrificial de la clase obrera, el despilfarro más desmedido de las fuerzas de trabajo y las asolaciones causadas por la anarquía social. Éste es el lado negativo. Pero si bien el cambio de trabajo se impone hoy día sólo como ley natural aplastante y con el efecto ciegamente destructor de una ley de la naturaleza que por todas partes tropieza con obstáculos,<sup>308</sup> la gran industria, por sus

<sup>306</sup> «La burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, por tanto, las relaciones de producción, por tanto todas las relaciones sociales. El mantenimiento inalterado del viejo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales anteriores. La permanente revolución de la producción, la ininterrumpida conmoción de todas las circunstancias sociales, la eterna inseguridad y el movimiento destacan a la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones y circunstancias fijas, oxidadas, con su séquito de viejas y venerables ideas y concepciones, se disuelven, todas las recién formadas quedan anticuadas antes de poder anquilosarse. Todo lo estamental y establecido se disipa, todo lo santo se profana y los seres humanos se ven finalmente obligados a mirar con ojos sobrios sus posiciones en la vida, sus relaciones recíprocas.» (F. ENGELS und KARL MARX, *Manifest der Kommunistischen Partei* [Manifiesto del Partido Comunista], Lond. 1848, pág. 5.)

<sup>307</sup> «Me quitáis la vida

Si me quitáis los medios con los que vivo.» (Shakespeare.)<sup>69\*</sup>

<sup>308</sup> Un trabajador francés escribe a su regreso de San Francisco: «Nunca me habría creído capaz de ejercer todos los oficios que he hecho en California. Estaba yo firmemente convencido de no servir para nada más que para la impresión de libros ... Una vez en medio de ese mundo de aventureros que cambian de oficio más a menudo que de camisa, la verdad, me puse a hacer como los demás. Como el asunto del trabajo en las minas no resultó suficientemente remunerador, lo dejé y me

\*69 *El mercader de Venecia*, acto IV, escena 1ª.

mismas catástrofes, convierte en una cuestión de vida o muerte el reconocer el cambio de los trabajos y, por lo tanto, la mayor multilateralidad posible de los trabajadores como ley social general de la producción, y el adecuar la situación a su realización normal. Ella convierte en una cuestión de vida o muerte el substituir la monstruosidad de una población obrera mísera, disponible, mantenida en reserva para las alternantes necesidades de explotación del capital, por la disponibilidad absoluta del ser humano para cambiantes exigencias del trabajo, y el individuo parcial, mero portador de una función social de detalle, por el individuo totalmente desarrollado, para el cual diferentes funciones sociales son modos de actuación que se suceden unos a otros. Un momento de ese proceso de transformación, desarrollado espontáneamente sobre la base de la gran industria, son las escuelas politécnicas y agrónomas; otro las «écoles d'enseignement professionnel», en las que los hijos de los trabajadores reciben algo de instrucción tecnológica y el manejo práctico de los diferentes instrumentos de producción. Aunque la legislación fabril no enlaza con el trabajo en la fábrica más que la instrucción elemental como primera concesión arrancada a duras penas al capital, no hay ninguna duda de que la inevitable conquista del poder político por la clase trabajadora conquistará también para la instrucción tecnológica, teórica y prácticamente, el lugar que le corresponde en las escuelas obreras. Tampoco cabe ninguna duda de que la forma capitalista de la producción y la situación económica de los trabajadores que le corresponde están en la más diametral contradicción con esos fermentos transformadores y su objetivo, la abolición de la vieja división del trabajo. Pero el desarrollo de las contradicciones de una forma histórica de producción es el único camino histórico de su disolución y nueva configuración. «Ne sutor ultra crepidam!»,<sup>\*70</sup> ese nec plus ultra<sup>\*71</sup> de la sabiduría artesana, se convirtió en una insensatez tremenda a partir del momento en que el relojero Watt inventó la máquina de vapor, el barbero Arkwright el telar continuo, el obrero joyero Fulton el buque de vapor.<sup>309</sup>

fui a la ciudad, donde me convertí sucesivamente en tipógrafo, tejedor, fundidor de plomo, etc. A causa de esta experiencia de ser válido para todos los trabajos, me siento menos molusco y más ser humano.» (A. CORBON, *De l'enseignement professionnel*, 2.ª ed., pág. 50.)

<sup>309</sup> JOHN BELLERS, verdadero fenómeno de la historia de la economía política, entendió ya a finales del siglo XVII con la más completa claridad la necesidad de

\*70 «¡Zapatero, a tus zapatos!»

\*71 Punto final, último límite.



Mientras la legislación fabril regula el trabajo en fábricas, manufacturas, etc., el hecho se presenta por de pronto sólo como intromisión en los derechos de explotación del capital. En cambio, toda regulación del llamado trabajo en casa<sup>310</sup> se presenta inmediatamente como ataque a la patria potestas, esto es, interpretado de modo moderno, como ataque a la autoridad paterna, paso ante el cual el sensible Parlamento británico afectó durante mucho tiempo retroceder temblorosamente. Pero la violencia de los hechos obligó a reconocer finalmente que la gran industria, al disolver el fundamento económico de la vieja institución familiar y el trabajo familiar que le correspondía, disuelve también las viejas relaciones familiares mismas. Había que proclamar el derecho de los niños.

«Desgraciadamente», se dice en el informe conclusivo de la *Child. Empl. Comm.* de 1866, «resulta claro del conjunto de los testimonios que los niños de ambos sexos no necesitan tanta protección contra otras personas como contra sus propios padres.» El sistema de la explotación desmedida del trabajo infantil en general y del trabajo infantil en casa en particular se sostiene por el hecho de «que los padres ejercen sobre sus criaturas jóvenes y tiernas un poder arbitrario y maléfico, sin frenos ni controles ... Los padres no deben poseer el poder absoluto de convertir a sus hijos en puras máquinas para sacarles tanto o cuanto salario semanal ... Los niños y las personas jóvenes tienen derecho a la protección del legislador contra el abuso del poder paterno, que quiebra prematuramente su fuerza física y los degrada en cuanto seres morales e intelectuales.»<sup>311</sup>

Pero no fue el abuso del poder paterno el que creó la explotación directa o indirecta de fuerzas de trabajo inmaduras por el capital, sino

abolir la actual educación y división del trabajo, que producen hipertrofia y atrofia en los dos extremos de la sociedad, aunque en sentidos contrapuestos. Dice, entre otras cosas, hermosamente: «Pues un aprendizaje ocioso es poco mejor que el Aprendizaje de la Ociosidad ... El Trabajo Corporal es una institución primera de Dios ... Porque el trabajo es tan propio para la salud de los cuerpos como lo es la comida para su vida; pues las fatigas que un hombre se evite gracias al Ocio las hallará en la Enfermedad ... El trabajo añade aceite a la lámpara de la vida si el pensamiento lo inflama ... Un empleo puerilmente tonto ... deja también tontas las mentes de los niños.» (Esto último parece dicho, cargado de premoniciones, contra los Basedows y sus modernos imitadores chapuceros.) (*Proposals for raising a Colledge of Industry of all useful Trades and Husbrandry*, Lond. 1696, págs. 12, 14, 16, 18.)

<sup>310</sup> Por cierto que gran parte de este trabajo se realiza también en pequeños talleres, como lo hemos visto a propósito de la manufactura de encajes y del trenzado de la paja, y como también se podría mostrar más detalladamente en las manufacturas metálicas de Sheffield, Birmingham, etc.

<sup>311</sup> *Child. Empl. Comm.*, V Rep., pág. XXV, n.º 162, y II Rep., pág. XXXVIII, números 285, 289, págs. XXV, XXVI, n.º 191.

que ha sido, a la inversa, el modo de explotación capitalista el que ha convertido en un abuso el poder paterno, al abolir su correspondiente fundamento económico. Por terrible y repulsiva que resulte la disolución de la vieja institución familiar dentro del sistema capitalista, pese a ello la gran industria, con la función decisiva que asigna a las mujeres, a las personas jóvenes y a los niños de ambos sexos en procesos de producción socialmente organizados más allá de la esfera doméstica, crea el nuevo fundamento económico para una forma superior de familia y de relación entre ambos sexos. Es, naturalmente, tan necio considerar absoluta la forma cristiano-germánica de la familia como hacerlo con la romana antigua, o la griega antigua, o la oriental, las cuales, por lo demás, constituyen entre ellas una serie evolutiva histórica. También está claro que la composición del personal trabajador combinado con individuos de ambos sexos y de las más diversas edades, aunque en su forma espontáneamente brutal, la forma capitalista, en la que el trabajador existe para el proceso de producción, no el proceso de producción para el trabajador, es fuente pestífera de corrupción y esclavitud, tiene que mutar, al contrario, en circunstancias adecuadas, en fuente de desarrollo humano.<sup>312</sup>

La necesidad de generalizar la ley fabril en una ley de toda la producción social, partiendo de una ley de excepción para las hilaturas y los tejidos, primeras configuraciones de la producción maquinista, brota, como se vio, del curso del desarrollo histórico de la gran industria, sobre cuyo transcurso se subvierte completamente la forma recibida de la manufactura, la artesanía y el trabajo en casa, la manufactura muta constantemente en fábrica, la artesanía constantemente en manufactura y, por último, las esferas de la artesanía y el trabajo en casa se configuran, en un tiempo que sorprende por lo relativamente breve, en cuevas de lágrimas en las que se desencadenan libremente las monstruosidades más descabelladas de la explotación capitalista. Dos circunstancias son las que al final dan el golpe decisivo: en primer lugar, la experiencia, siempre repetida, de que en cuanto que queda sometido al control del estado, aunque sólo sea en puntos aislados de la periferia social, el capital se resarce tanto más desmedidamente en los demás puntos;<sup>313</sup> en segundo lugar, el grito de los mismos capitalistas reclamando igualdad de las condiciones competitivas, esto es, igualdad de

<sup>312</sup> «El trabajo en la fábrica puede ser tan puro y excelente ... como el doméstico, y tal vez más.» (*Reports of Insp. of Fact.*, 31st Oct. 1865, pág. 129.)

<sup>313</sup> *Loc. cit.*, págs. 27, 32.



barreras a la explotación del trabajo.<sup>314</sup> Oigamos sobre esto dos gritos del corazón. Los señores W. Cooksley (fabricantes de clavos, cadenas, etc., en Bristol) implantaron voluntariamente en su negocio la regulación fabril.

«Como el viejo sistema irregular persiste en los talleres vecinos, están expuestos a la injusticia de que sus aprendices se vean tentados (enticed) de continuar el trabajo en otro sitio a partir de las 6 de la tarde. 'Esto es una injusticia para nosotros', dicen, naturalmente, ellos, 'y una pérdida, pues agota una parte de la energía de los jóvenes, cuyo pleno beneficio nos corresponde'.»<sup>315</sup>

El señor J. Simpson (paper-box bag maker,<sup>\*72</sup> London) declara a los comisarios de la *Children Empl. Comm.*:

«Que está dispuesto a firmar toda petición de implantación de los acts fabriles. Que, en cualquier caso, siempre se siente agitado por la noche, una vez cerrado su taller, por la idea de que otros hacen trabajar más tiempo y le quitan pedidos delante de sus mismas narices.»<sup>316</sup> «Sería una injusticia para con los grandes empleadores de trabajo», dice resumiendo la *Child. Empl. Comm.*, «someter sus fábricas a la regulación, mientras en su propia rama de los negocios la pequeña empresa no está sometida a ninguna limitación legal del tiempo de trabajo. A la injusticia de unas condiciones desiguales de competición por lo que hace a las horas de trabajo, al excluir a los talleres pequeños, se añadiría aún para los fabricantes mayores el inconveniente adicional de que la oferta de trabajo juvenil y femenino se desviaría hacia los talleres eximidos por la ley. Por último, esto impulsaría al aumento de talleres pequeños, que son, casi sin excepción, los menos favorables para la salud, la educación y la mejora general del pueblo.»<sup>317</sup>

En su informe final la *Children's Employment Commission* propone someter al act fabril más de 1.400.000 niños, personas jóvenes y mujeres, aproximadamente la mitad de los cuales son explotados por la pequeña industria y el trabajo en casa.<sup>318</sup>

<sup>314</sup> Masiva documentación al respecto en los *Rep. of Insp. of Fact.*

<sup>315</sup> *Child. Empl. Comm.*, V *Rep.*, pág. X, n.º 35.

<sup>316</sup> *Loc. cit.*, pág. IX, n.º 28.

<sup>317</sup> *Loc. cit.*, pág. XXV, n.ºs 165-167. Sobre las ventajas de la explotación grande en comparación con la enana cfr. *Child. Empl. Comm.*, III *Rep.*, pág. 13, número 144; pág. 25, n.º 121; pág. 26, n.º 125; pág. 27, n.º 140, etc.

<sup>318</sup> Las ramas industriales por regular son: manufactura de encajes, géneros de punto, trenzado de paja, manufactura de wearing apparel en sus numerosas especies, flores artificiales, calzado, sombreros y guantes, sastrería, todas las manufacturas metálicas desde los altos hornos hasta las fábricas de clavos, etc., fabricación de papel, manufactura de vidrios, manufactura de tabacos, talleres de rubber<sup>\*73</sup> indio, fabricación de lizos (para tejer), tejido de tapices a mano, ma-

\*72 Fabricante de cajas y bolsas de papel o cartón.

\*73 Goma, caucho.

«Si el Parlamento», dice la comisión, «acceptara nuestra propuesta en toda su dimensión, es indudable que una legislación semejante tendría la influencia más benéfica no sólo en los jóvenes y débiles, que son de los que ante todo se ocupa, sino también en la masa, aún mayor, de trabajadores adultos que caen bajo su ámbito de acción directa» (mujeres) «e indirectamente» (hombres). «Les impondría horas de trabajo regulares y moderadas; administraría y acumularía su reserva de fuerza física, de la que tanto dependen su propio bienestar y el del país; protegería a la generación que ahora crece de un esfuerzo excesivo en edad temprana, esfuerzo que arruina su constitución y lleva a una decadencia prematura; por último, ofrecería, al menos hasta los 13 años, la ocasión de instrucción elemental y terminaría así con la ignorancia increíble que tan fielmente está descrita en los informes de la comisión y que no puede contemplarse sino con los más atormentados sentimientos y con la profunda sensación de una humillación nacional.»<sup>319</sup>

El ministerio tory anunció en el Discurso de la Corona del 5 de febrero de 1867 haber formulado en «bills»<sup>\*74</sup> las propuestas<sup>319a</sup> de la comisión industrial de investigación. Para llegar a eso había hecho falta otro experimentum in corpore vili<sup>\*46</sup> de veinte años. Ya en el año 1840 se había nombrado una comisión parlamentaria para investigar el trabajo de los niños. Su informe de 1842 desplegaba, según palabras de N. W. Senior,

«el cuadro más terrible de codicia, egoísmo y crueldad de los capitalistas y los padres, de miseria, degradación y destrucción de los niños y las personas jóvenes que jamás haya herido los ojos del mundo ... Tal vez se diga que el informe describe el espanto de una época pretérita. Pero, desgraciadamente, disponemos de informes de que esos errores siguen existiendo, tan intensamente como siempre. Un folleto publicado por Hardwicke hace dos años expone que los abusos condenados en 1842 se encuentran hoy» (1863) «en pleno florecimiento ... Este informe»

manufactura de paraguas y sombrillas, fabricación de husos y bobinas, impresión de libros, encuadernación, comercio de artículos de escritorio (stationery, con la elaboración de cajitas de papel, tarjetas, papeles de colores, etc.), cordelería, manufactura de joyas de azabache, ladrillería, manufacturas sederas manuales, tejidos de Coventry, elaboración de la sal, velas, cemento, refinerías de azúcar, producción de galletas, varios trabajos de la madera y mixtos.

<sup>319</sup> *Loc. cit.*, pág. XXV, n.º 169.

<sup>319a</sup> El Factory Acts Extension Act fue aprobado el 12 de agosto de 1867. Regulaba todas las fundiciones, forjas y manufacturas metálicas, incluidas las fábricas de máquinas; también las manufacturas de vidrio, papel, gutapercha, caucho y tabaco, las imprentas, las encuadernaciones y, por último, todos los talleres en que estén empleadas más de 50 personas. El Hours of Labour Regulation Act, aprobado el 17 de agosto de 1867, regula los talleres pequeños y el llamado trabajo en casa. Vuelvo a hablar de esas leyes, del nuevo Mining Act de 1872, etc., en el II volumen.

\*74 Proyecto de ley; una vez aprobado por el Parlamento, ley.



(de 1842) «estuvo tirado, desatendido, durante veinte años, durante los cuales se permitió que aquellos niños, crecidos sin la menor idea de lo que llamamos moral, ni formación escolar, religión o amor familiar natural, llegaran a ser los padres de la generación presente.»<sup>320</sup>

Mientras tanto había cambiado la situación social. El Parlamento no se atrevió a rechazar las exigencias de la comisión de 1863 como en su tiempo las de 1842. Por eso ya en 1864, una vez que la comisión hubo publicado una parte de sus informes, se sometieron a las leyes válidas para la industria textil la industria de la arcilla (incluida la alfarería), la fabricación de papeles pintados, fósforos, cartuchos y pistones, así como el corte del terciopelo. En el Discurso de la Corona del 5 de febrero de 1867 el gabinete tory de la época anunció más bills basados en las propuestas finales de la comisión, que, mientras tanto, había terminado su obra, en 1866.

El 15 de agosto de 1867 obtuvo confirmación real el Factory Acts Extension Act, y el 21 de agosto el Workshops' Regulation Act; el primer act regula las grandes ramas de los negocios, el segundo las pequeñas.

El Factory Acts Extension Act regula los altos hornos, las industrias del hierro y del cobre, las fundiciones, las fábricas de maquinaria, los talleres metalúrgicos, las fábricas de gutapercha, papel, vidrio, tabaco, también todas las imprentas y encuadernaciones y, en general, todos los talleres industriales de este tipo en los que se emplee simultáneamente 50 o más personas durante 100 días al año por lo menos.

Para dar una idea de la extensión del campo abarcado por esta ley he aquí a continuación algunas de las definiciones sentadas en ella:

«Oficio significará» (en esta ley): «cualquier trabajo manual practicado profesionalmente, por remuneración, en o con ocasión de la ejecución, la modificación, el adorno, la reparación o la puesta a punto para la venta de cualquier artículo o parte de artículo».

«Taller significará: cualquier habitación o lugar cubierto o al aire libre en el que se practique un 'oficio' por algún niño, algún trabajador juvenil o alguna mujer, y sobre el cual tenga derecho de entrada y control el que emplea a ese niño, trabajador juvenil o mujer.»

«Empleado significará: activo en un 'oficio', por salario o no, bajo un maestro o uno de los padres, según se determina más abajo.»

«Padres significará: padre, madre, tutor u otra persona que tenga la tutela o el control de algún ... niño o trabajador joven.»

La cláusula 7.<sup>a</sup>, la cláusula que penaliza la ocupación de niños, trabajadores jóvenes y mujeres contra las determinaciones de esta ley, fija penas pecuniarias no sólo para el titular del taller, séalo o no uno de los padres, sino también para

«los padres u otras personas que tengan bajo su tutela al niño, el trabajador juvenil o la mujer, o que obtengan ventaja directa de su trabajo.»

El Factory Acts Extension Act, que afecta a los grandes establecimientos, queda por debajo del act fabril a causa de un montón de lamentables excepciones y cobardes compromisos con los capitalistas.

El Workshops' Regulation Act, lamentable en todos sus detalles, no pasó de ser letra muerta en manos de las autoridades urbanas y locales a las que se encargó su ejecución. Cuando en 1871 el Parlamento les retiró esos poderes para transpasárselos a los inspectores fabriles, cuyo ámbito de inspección aumentó así de golpe en más de 100.000 talleres y 300 ladrillerías solamente, su personal se aumentó, con el mayor cuidado, en sólo ocho ayudantes, siendo así que ya antes estaba demasiado poco dotado.<sup>321</sup>

Lo que llama, pues, la atención en esta legislación inglesa de 1867 es, por una parte, la necesidad impuesta al Parlamento de las clases dominantes de admitir en principio medidas tan extraordinarias y amplias contra las excrecencias de la explotación capitalista; por otra parte, la timidez, la repugnancia y la mala fides\*<sup>75</sup> con que el Parlamento dio entonces realmente vida a esas medidas.

La comisión investigadora de 1862 propuso también una nueva regulación de la industria minera, industria que se diferencia de todas las demás por el hecho de que en ella los intereses de los terratenientes se dan la mano con los de los capitalistas industriales. La contraposición entre unos y otros intereses había favorecido la legislación fabril; la ausencia de esa contraposición basta para explicar el retraso y las triquiñuelas de la legislación minera.

La comisión investigadora de 1840 había hecho revelaciones tan escalofriantes e indignantes y había provocado ante toda Europa un

<sup>321</sup> El personal de la inspección fabril constaba de 2 inspectores, 2 inspectores auxiliares y 41 subinspectores. En 1871 se nombró ocho subinspectores más. Los costes totales de la ejecución de las leyes fabriles en Inglaterra, Escocia e Irlanda sumaron en 1871-1872 sólo 25.347 libr. est., incluidas las costas judiciales en procesos por violaciones de ellas.

\*<sup>75</sup> Mala fe.

<sup>320</sup> SENIOR, *Social Science Congress*, págs. 55-58.



escándalo tal que el Parlamento tuvo que salvarse la conciencia mediante el Mining Act de 1842, en el que se limitó a prohibir el trabajo bajo tierra de mujeres y de niños de menos de 10 años.

Luego llegó en 1860 el Mines' Inspection Act, según el cual inspeccionan las minas funcionarios públicos especialmente nombrados para ello, y no se puede emplear muchachos de entre 10 y 12 años salvo que posean certificado escolar o asistan a la escuela cierto número de horas. Este act fue letra completamente muerta a causa del número ridículamente reducido de inspectores nombrados, de la pequeñez de sus atribuciones y de otras causas que se manifestarán paso a paso con detalle.

Uno de los últimos libros azules sobre minas es el *Report from the Select Committee on Mines, together with ... Evidence, 23th July 1866*. Es obra de una comisión de miembros de la cámara baja autorizados a citar e interrogar testigos; un grueso volumen in-folio del que el *Report* mismo no abarca más que cinco renglones, los cuales dicen que la comisión no puede decir nada y que hay que interrogar todavía a más testigos.

El modo de examination\*<sup>76</sup> de los testigos recuerda las cross examinations de los tribunales ingleses, en los que el abogado, con preguntas insolentes, turbadoras, disparadas en todas direcciones, intenta descomponer al testigo y darles la vuelta a las palabras en su misma boca. En este caso los abogados son los mismos interrogadores parlamentarios, con propietarios y explotadores de minas entre ellos; los testigos, trabajadores mineros, generalmente de minas de carbón. Toda esta farsa es demasiado característica del espíritu del capital para no dar aquí algunos extractos. Para facilitar la mirada de conjunto doy los resultados de la investigación, etc., en rúbricas. Recordaré que la pregunta y la respuesta obligatoria están numeradas en los Blue Books\*<sup>77</sup> ingleses, y que los testigos cuyas declaraciones se citan aquí son trabajadores de minas de carbón.

1. Empleo de jóvenes desde los 10 años en las minas. El trabajo, junto con el camino inevitable de las minas y a las minas, dura por regla general de 14 a 15 horas, y excepcionalmente más, desde las 3,

\*<sup>76</sup> Interrogatorio. «Cross examination»: interrogatorio procesal contradictorio.

\*<sup>77</sup> Libros Azules: publicaciones oficiales del Parlamento británico para sus miembros, con informes, minutas, actas, etc., de comisiones de encuesta parlamentarias o administrativas, etc. Ver la nota 7 del traductor al vol. I, 1, de *El Capital*, OME 40.)

las 4, las 5 de la mañana hasta las 4 y las 5 de la tarde. (N.º 6, 452, 83). Los trabajadores adultos trabajan en dos turnos, de 8 horas, pero nada de alternancia así para los menores, con objeto de ahorrar costes. (N.º 80, 203, 204). Los niños más pequeños, utilizados principalmente para abrir y cerrar las trampas de ventilación de las varias secciones de la mina, los mayores para trabajo más duro, transporte del carbón, etc. (N.º 122, 739, 740). Las largas horas de trabajo bajo tierra duran hasta los 18 o los 22 años, cuando tiene lugar el paso al trabajo minero propiamente dicho. (N.º 61). Los niños y las personas jóvenes se esquilman hoy más duramente que en ningún período anterior. (N.º 1663-1667). Los mineros exigen casi unánimemente un act del Parlamento que prohíba el trabajo en las minas hasta los 14 años. Y entonces pregunta Hussey Vivian (que es él mismo explotador de minas):

«¿No depende ese deseo de la mayor o menor pobreza de los padres?» Y Mr. Bruce: «¿No sería dura cosa cuando el padre ha muerto, o es inválido, etc., arrebatarse a la familia este recurso? Y, además, la regla que rija tiene que ser general. ¿Quiere prohibir en todos los casos la ocupación bajo tierra de niños de hasta 14 años?» Respuesta: «En todos los casos.» (N.º 107-110). Vivian: «Si se prohibiera el trabajo en las minas hasta los 14 años, ¿no mandarían los padres a sus hijos a las fábricas, etc.? — Por regla general no.» (N.º 174). Trabajador: «El abrir y cerrar portillos parece cosa ligera. Es un trabajo muy atormentado. Prescindiendo de la corriente de aire constante, el muchacho está preso, exactamente igual que si estuviera en un calabozo obscuro.» El burgués Vivian: «¿No puede el muchacho leer durante su guardia en el portillo, si tiene una lámpara?» — En primer lugar, se tendría que comprar las velas. Pero, además, no se le permitiría. Está allí para atender al trabajo, tiene un deber que cumplir. Nunca he visto leer a un muchacho en la mina.» (N.º 139, 141-160).

2. Educación. Los trabajadores de las minas reclaman una ley sobre instrucción obligatoria de los niños, como en las fábricas. Dicen que la cláusula del act de 1860 según la cual se exige el certificado de instrucción para utilizar muchachos de 10-12 años es puramente ilusoria. El «cuidadoso» interrogatorio de los jueces de instrucción capitalistas se hace aquí verdaderamente original.

(N.º 115). «¿Es la ley más necesaria contra los empleadores o contra los padres? — Contra unos y otros.» (N.º 116). «¿Más contra los unos que contra los otros? — ¿Cómo voy a contestar a eso?» (N.º 137). «¿Muestran los empleadores algún deseo de adaptar las horas de trabajo a la escuela? — Nunca.» (N.º 211). «¿Mejoran luego los mineros su educación? — Por lo general la empeoran; adquieren malas costumbres; se echan a la bebida y al juego y a cosas así, y naufragan completamente.» (N.º 454). «¿Por qué no mandar los niños a escuelas nocturnas? — No existen en la mayoría de los distritos del carbón. Pero lo principal



es que están tan agotados por el largo exceso de trabajo que se les cierran los ojos de cansancio.» «O sea», concluye el burgués, «¿que están ustedes contra la educación? — De ninguna manera, pero, etc.» (N.º 43). «¿No están los propietarios de minas, etc., obligados por el act de 1860 a exigir certificados escolares cuando utilizan niños de entre 10 y 12 años? — Por la ley sí que lo están, pero los empleadores no lo hacen.» (N.º 444). «Esta cláusula de la ley no se aplica en vuestra opinión en todos los casos? — No se aplica en absoluto.» (N.º 717). «¿Se interesan mucho los mineros por el problema de la educación? — La gran mayoría sí.» (N.º 718). «¿Temen que no se aplique la ley? — La gran mayoría sí.» (N.º 718). «¿Por qué, entonces, no imponen su cumplimiento? — Más de un trabajador desea que se rechace a los muchachos sin certificado escolar, pero entonces se convierte en un hombre marcado (a marked man).» (N.º 721). «¿Marcado por quién? — Por su patrono.» (N.º 722). «No creerán ustedes acaso que los patronos vayan a perseguir a un hombre por su obediencia a la ley. — Creo que lo harían.» (N.º 723). «¿Por qué no se niegan los trabajadores a utilizar a esos muchachos? — No está en su mano.» (N.º 1634). «¿Piden ustedes la intervención del Parlamento? — Si ha de hacerse algo real para la educación de los hijos de los trabajadores de las minas, tiene que hacerse obligatoriamente, por un act del Parlamento.» (N.º 1636). «¿Ha de valer eso para los hijos de los trabajadores de la Gran Bretaña o sólo para los de trabajadores de las minas? — Yo estoy aquí para hablar en nombre de los trabajadores de las minas.» (N.º 1638). «¿Por qué distinguir a los niños de las minas de los demás? — Porque son una excepción a la regla.» (N.º 1639). «¿En qué sentido — En el físico.» (N.º 1640). «¿Por qué la educación va a ser más valiosa para ellos que para los muchachos de otras clases? — No digo que sea más valiosa para ellos, pero a causa de su exceso de trabajo en las minas tienen menos posibilidades de educarse en escuelas de día y dominicales.» (N.º 1644). «¿No es cierto que es imposible tratar cuestiones de este tipo de un modo absoluto?» (N.º 1646). «¿Hay suficientes escuelas en los distritos? — No.» (N.º 1647). «Entonces, si el Estado exigiera que todo niño fuera a la escuela, ¿de dónde iban a salir las escuelas necesarias para todos los niños?» — Creo que, si lo exigen las circunstancias, las escuelas surgirán por sí mismas.» «La gran mayoría no ya sólo de los niños, sino también de los mineros adultos, no saben escribir ni leer.» (N.º 705, 726).

3. Trabajo de las mujeres. Es verdad que desde 1842 las trabajadoras no se desgastan bajo tierra, pero sí en la superficie cargando carbón, etc., arrastrando las artesas hasta los canales y los vagones del ferrocarril, clasificando el carbón, etc. Su utilización ha aumentado mucho en los últimos 3-4 años. (N.º 1727). Son por lo general mujeres, hijas y viudas de mineros, de 12 a 50 y 60 años de edad. (N.ºs 647, 1779, 1781).

(N.º 648). «¿Qué piensan los mineros del empleo de mujeres en las minas — Lo condenan en general.» (N.º 649). «¿Por qué? — Lo consideran ofensivo para ese sexo ... Llevan una especie de ropas de hombre. En muchos casos se oprime el pudor. Muchas mujeres fuman. El trabajo es tan sucio como las mismas galerías. Hay entre ellas muchas mujeres casadas que no pueden cumplir sus deberes domésticos.» (N.ºs 651 ss., 701). (N.º 709). «¿Pueden las viudas encontrar en algún

otro lugar un trabajo tan remunerado (8-10 sh. semanales)? — No se qué decir sobre eso.» (N.º 710). Y, sin embargo, «¡corazones de piedra!» «están ustedes decididos a cortarles ese sustento de sus vidas? — Desde luego.» (N.º 1715). «¿A qué se debe ese sentimiento? — Nosotros, mineros, respetamos demasiado el sexo bello para verlo condenado a la mina de carbón ... Este trabajo es en gran parte muy duro. Muchas de estas muchachas levantan 10 toneladas al día.» (N.º 1732). «¿Cree que las trabajadoras empleadas en las minas son más inmorales que las ocupadas en las fábricas? — El porcentaje de malas es mayor que entre las muchachas de fábrica.» (N.º 1733). «¿Pero tampoco están satisfechos de la situación de la moralidad en las fábricas? — No.» (N.º 1734). «Y entonces ¿quiere prohibir también el trabajo de las mujeres en las fábricas? — No, yo no quiero prohibirlo.» (N.º 1735). «¿Por qué no?» — Es más honroso y adecuado para el sexo femenino.» (N.º 1736). «¿Y sin embargo piensa que es dañino para su moralidad? — No, no tanto, ni mucho menos, como el trabajo en la mina. Además, no hablo sólo por los motivos morales, sino también por los físicos y sociales. La degradación social de las muchachas es dolorosa y extrema. Cuando esas muchachas se convierten en mujeres de los mineros, los hombres sufren mucho por esa degradación, y eso los saca de la casa y los empuja a la bebida.» (N.º 1737). «Pero ¿no se podría decir lo mismo de las mujeres empleadas en la siderurgia? — No puedo hablar en nombre de otras ramas.» (N.º 1740). «Pero, ¿qué diferencia hay entonces entre las mujeres empleadas en la siderurgia y las empleadas en la minería? — No me he ocupado de esta cuestión.» (N.º 1741). «¿Podrían ustedes descubrir alguna diferencia entre la una y la otra clase? — No he asegurado nada al respecto, pero por visita de casa en casa conozco la ignominiosa situación que hay en nuestro distrito.» (N.º 1750). «¿No les produciría a ustedes gran satisfacción suprimir el empleo de las mujeres en todos los casos en que es degradante? — Sí ... Los mejores sentimientos de los niños tienen que venirles de la educación materna.» (N.º 1751). «Pero ¿no puede decir lo mismo del empleo agrícola de las mujeres? — Ese trabajo sólo dura dos estaciones; entre nosotros trabajan sin parar las cuatro estaciones, a veces día y noche, empapadas hasta los huesos, con su constitución debilitada y su salud rota.» (N.º 1753). «¿No habéis estudiado de modo general la cuestión (el trabajo de las mujeres)? — He mirado a mi alrededor y lo único que puedo decir es que en ninguna parte he encontrado nada paralelo al empleo de las mujeres en las minas de carbón. [N.ºs 1793, 1794, 1808]. Es trabajo para hombres, y para hombres fuertes. Los mejores mineros, que intentan elevarse y humanizarse, en vez de encontrar algún apoyo en sus mujeres, se ven rebajados por ellas.»

Luego que los bourgeois\*<sup>78</sup> han seguido preguntando por arriba y por abajo se revela finalmente el secreto de su «compasión» para con las viudas, las familias pobres, etc.:

«El propietario del carbón nombra ciertos gentlemen para que supervisen, y la política de éstos, para cosechar aplauso, consiste en cortarlo todo por el patrón más económico posible, y las muchachas empleadas reciben de 1 sh. a 1 sh 6 d. diarios cuando un hombre tendría que recibir 2 sh. 6 d.» (N.º 1816).

\*<sup>78</sup> Burgueses.



## 4. Jurados de autopsia.

(N.º 360). «Respecto a las coroner's inquests\*79 en sus distritos, ¿están los trabajadores satisfechos del procedimiento judicial en caso de accidente? — No, no lo están.» (N.º 361-375). «¿Por qué no? — Sobre todo porque se nombra jurados a gentes que no saben absolutamente nada de minas. No se cita a los obreros más que como testigos. En conjunto, nombran a tenderos de los alrededores, que se encuentran bajo la influencia de los propietarios de las minas, que son sus clientes, y ni siquiera entienden las expresiones técnicas de los testigos. Reclamamos que los mineros formen una parte del jurado. Por término medio la asistencia está en contradicción con las deposiciones de los testigos.» (N.º 378). «¿No deben ser los jurados neutrales? — Sí.» (N.º 379). «¿Lo serían los trabajadores? — No veo ningún motivo de que no lo fueran. Ellos conocen las cosas.» (N.º 380). «Pero, ¿no tenderían a pronunciar duras sentencias en interés de los trabajadores? — No, no lo creo.»

5. Medidas y pesos falsos, etc. Los trabajadores reclaman pago semanal, en vez de quincenal, medida por el peso, no por cubicaje de las artesas, protección contra el uso de pesos falsos, etc.

(N.º 1071). «Si se aumentan fraudulentamente las artesas un hombre puede abandonar la mina previo aviso con 14 días de anticipación, ¿no es así? — Sí, pero cuando se vaya a otro sitio tropezará con lo mismo.» (N.º 1072). «¿Pero el hecho es que puede abandonar el lugar en el que se cometa la injusticia? — La injusticia domina en todas partes.» (N.º 1073). «Pero ¿el hombre puede abandonar su lugar de trabajo en cada caso, con aviso previo 14 días antes? — Sí.»

¡Y a secar la tinta!

6. Inspección de minas. Los trabajadores no sufren sólo los azares de los gases explosivos.

(N.º 234 ss.). «También tenemos que quejarnos de la mala ventilación de las minas de carbón, que la gente apenas puede respirar en ellas; así se hacen inválidos para cualquier tipo de empleo. Así, p.e., precisamente estos días el aire corrompido de la parte de la mina en que yo trabajo ha arrojado a muchos a su lecho de enfermos, para semanas. La mayor parte de las veces los corredores principales están suficientemente aireados, pero precisamente no lo están los lugares en los que trabajamos. Si un hombre envía al inspector una queja sobre ventilación, lo despiden y es un hombre 'marcado' que tampoco en otros lugares encuentra empleo. El 'Mining Inspecting Act' de 1860 es puro papel mojado. El inspector, que son demasiado pocos, tal vez haga una visita formal una vez en 7 años. Nuestro inspector es un hombre de setenta años, completamente incapaz, responsable de más de 130 minas de carbón. Junto con más inspectores necesitamos subinspectores.» (N.º 280). «¿Es que ha de mantener el gobierno un ejército de inspectores tal que puedan hacer ellos mismos todo lo que reclaman ustedes, sin

\*79 Investigaciones del médico forense.

información de los trabajadores? — Eso es imposible, pero tienen que ir ellos mismos a las minas a buscarse la información.» (N.º 285). «¿No cree que el efecto sería echar la responsabilidad (!) de la ventilación, etc., a los funcionarios del gobierno, quitándosela al propietario de la mina? — De ninguna manera; su tarea tiene que consistir en imponer el cumplimiento de las leyes que ya existen.» (N.º 294). «Cuando hablan de subinspectores, ¿están ustedes pensando en gente con menos sueldo y de carácter inferior respecto de los actuales inspectores? — De ninguna manera los deseo inferiores si pueden ustedes conseguirlos mejores.» (N.º 295). «¿Quieren ustedes más inspectores o una clase de personas inferior a la de los inspectores? — Necesitamos personas que se muevan ellas mismas por las minas, personas que no tengan miedo por su propio pellejo.» (N.º 297). «Si se satisficiera su deseo de inspectores de categoría peor, ¿no acarrearía peligros, etc., su falta de habilidad? — No; el emplear a sujetos adecuados es asunto del gobierno.»

Este tipo de examination le resulta al final excesiva al mismo presidente de la comisión investigadora.

«Lo que ustedes quieren», dice interrumpiendo, «es personas prácticas que visiten ellas mismas las minas e informen al inspector, el cual podrá entonces aplicar su superior ciencia.» (N.º 531). «¿No causaría muchos costes la ventilación de todas esas viejas minas? — Sí, se producirían costes, pero se protegería vida humana.»

(N.º 581). Un trabajador del carbón protesta contra la sección 17.<sup>a</sup> del act de 1860:

«Actualmente, cuando el inspector de minas encuentra alguna parte de la mina en un estado en el que no se la puede trabajar tiene que dar conocimiento al propietario de la mina y al ministro del Interior. Luego el propietario de la mina tiene 20 días de reflexión; al final de los 20 días puede negarse a toda modificación. Pero si hace eso tiene que escribir al ministro del Interior y proponerle 5 ingenieros de minas, entre los cuales ha de elegir árbitros el ministro. Afirmamos que en este caso el propietario de la mina elige él mismo virtualmente su propio juez.»

(N.º 586). El examinador burgués, que es él mismo propietario de minas:

«Esa objeción es puramente especulativa.» (N.º 588). «¿Así que tienen ustedes una opinión muy baja de la honradez de los ingenieros de minas? — Digo que la situación es muy poco equitativa y es muy injusta.» (N.º 589). «¿No tienen los ingenieros de minas una especie de carácter público que pone sus decisiones por encima del partidismo que ustedes temen? — Me niego a contestar preguntas acerca del carácter personal de esas gentes. Estoy convencido de que en bastantes casos actúan con mucho partidismo y de que habría que quitarles ese poder cuando lo que está en juego es vida de seres humanos.»

El mismo burgués tiene la impudicia de preguntar:

«¿No creen ustedes que también los propietarios de minas sufren pérdidas en las explosiones?»



Por último (N.º 1042):

«¿No pueden ustedes, obreros, hacer valer sus propios intereses, sin invocar la ayuda del gobierno? — No.»

El año 1865 había en la Gran Bretaña 3.217 minas de carbón... y 12 inspectores. Incluso un propietario de minas de Yorkshire (*Times*, 26 de enero de 1867) calcula que, prescindiendo de sus ocupaciones puramente burocráticas, que les absorben todo el tiempo, no podrían visitar cada mina más que una vez cada 10 años. No puede sorprender que en los últimos años (también, concretamente, en 1866 y 1867) las catástrofes hayan aumentado progresivamente en número y dimensión (a veces con el sacrificio de 200 a 300 obreros). ¡Éstas son las hermosuras de la «libre» producción capitalista!

En cualquier caso, el act de 1872, por deficiente que sea, es el primero que regula las horas de trabajo de los niños empleados en las minas y hace en cierta medida a los explotadores y propietarios de las minas responsables de los llamados accidentes.

La comisión real de 1867 para investigar el empleo de niños, personas jóvenes y mujeres en la agricultura ha publicado algunos informes muy importantes. Se han hecho varios intentos de aplicar a la agricultura, en forma modificada, los principios de la legislación fabril, pero hasta ahora han fracasado todos totalmente. Lo que tengo que hacer observar aquí es la existencia de una tendencia irresistible a la aplicación general de esos principios.

Si, por un lado, la generalización de la legislación fabril se ha hecho inevitable como medio de protección física y espiritual de la clase trabajadora, por otra, generaliza y acelera, como queda ya insinuado, la transformación de dispersos procesos de trabajo a escala enana en procesos de trabajo combinados a gran escala, a escala social, o sea, la concentración del capital y la autocracia del régimen fabril. Destruye todas las formas arcaicas y de transición detrás de las cuales el dominio del capital se esconde aún parcialmente, y la substituye por su dominio directo, sin embozos. Así generaliza también la lucha directa contra ese dominio. Mientras que impone en los talleres uniformidad, regularidad, orden y economía, aumenta, por el imponente aguijón que clavan a la técnica la limitación y la regulación de la jornada de trabajo, la anarquía y las catástrofes de la producción capitalista en grande y en conjunto, la intensidad del trabajo y la competición de la maquinaria con el trabajador. Al destruir las esferas de la pequeña empresa y del trabajo en casa aniquila los últimos refugios de los «supernumerarios»

y, con ello, la válvula de seguridad que ha existido hasta ahora para todo el mecanismo social. Con las condiciones materiales y la combinación social del proceso de producción hace madurar las contradicciones y los antagonismos de su forma capitalista, y, por lo tanto, al mismo tiempo, los elementos formativos de una sociedad nueva y los momentos revolucionadores de la vieja.<sup>322</sup>

#### 10. Gran industria y agricultura

La revolución que suscita la gran industria en la agricultura y en las relaciones y condiciones sociales de sus agentes productivos no se puede exponer hasta más adelante. Aquí basta con una breve indicación de

<sup>322</sup> Robert Owen, el padre de las fábricas y los talleres cooperativos —el cual, empero, como se observó antes, no compartía en modo alguno las ilusiones de sus sucesores acerca del alcance de estos elementos aislados de transformación—, no sólo partió de hecho, en sus intentos, del sistema fabril, sino que también declaró teóricamente que éste es el punto de partida de la revolución social. El señor Vissering, profesor de economía política en la Universidad de Leyden, parece barruntar algo así cuando en su *Handboek van Praktische Staatshuishoudkunde*, 1860-1862, que expone, en la forma que corresponde, las trivialidades de la economía vulgar, se enciende en celo por la explotación artesana contra la gran industria. ¡A la 4.ª ed. El «nuevo lio jurídico» (pág. 264)<sup>\*80</sup> a que ha dado nacimiento la legislación inglesa por las contradicciones entre los varios Factory Acts, Factory Acts Extension Act y Workshops' Act se hizo al final insoportable, y así se produjo una codificación de toda la legislación al respecto en el Factory and Workshop Act, en 1878. No se puede dar aquí, naturalmente, una crítica detallada de este código industrial inglés hoy vigente. Por eso habrán de bastar las siguientes noticias: el act abarca, en primer lugar, las fábricas textiles. En este punto todo sigue siendo más o menos como antes: tiempo de trabajo autorizado para niños de más de 10 años: 5 1/2 horas diarias, o 6 horas con el sábado libre; jóvenes y mujeres: 10 horas durante cinco días, el sábado 6 1/2 a lo sumo. 2.º, fábricas no textiles. En este punto las disposiciones se acercan más que antes a las primeras, pero siguen subsistiendo bastantes excepciones favorables a los capitalistas, excepciones que, además, son ampliables en bastantes casos mediante autorización especial del ministro del Interior. 3.º, workshops,<sup>\*81</sup> definidos aproximadamente como en el act anterior; en la medida en que se emplea en ellos a niños, trabajadores juveniles o mujeres, los workshops se equiparan más o menos a las fábricas no textiles, pero también en este caso con relajaciones de detalle. 4.º, workshops en los que no se emplea a niños ni a trabajadores juveniles, sino sólo a personas de ambos sexos de más de 18 años; para esta categoría vigen aún más mitigaciones de la ley. 5.º, domestic workshops,

\*80 En esta edición, OME 40, pág. 324.

\*81 Talleres.



algunos resultados que se anticipan. Aunque el uso de maquinaria en la agricultura está en gran parte exento de los inconvenientes físicos que inflige al trabajador industrial,<sup>323</sup> en cambio, actúa en ella aun más intensamente y sin reacción en la «superfluidad» de los trabajadores, como se verá más tarde con detalle. En los condados de Cambridge y Suffolk, p. e., la superficie de tierra cultivada se ha ampliado mucho en los últimos veinte años, mientras que la población rural ha disminuido en el mismo período no sólo relativa, sino también absolutamente. En los Estados Unidos de Norteamérica las máquinas agrícolas no substituyen por el momento a los trabajadores más que virtualmente, esto es, permiten al productor cultivar una superficie mayor, pero no expulsan realmente a trabajadores empleados. En Inglaterra y Gales el número de personas que intervenían en la fabricación de maquinaria agrícola era en 1861 de 1.034, mientras que el número de trabajadores agrícolas empleados con máquinas de vapor y de trabajo era sólo de 1.205.

En la esfera de la agricultura es donde la gran industria actúa del modo más revolucionario, en la medida en que aniquila el baluarte de la vieja sociedad, el «campesino», y desliza bajo él el trabajador asalariado. De este modo las necesidades sociales de revolución y las contraposiciones del campo se equilibran con las de la ciudad. En el lugar del funcionamiento más perezosamente rutinario y más irracional aparece la aplicación tecnológica consciente de la ciencia. El desgarramiento del originario vínculo familiar de agricultura y manufactura, que abrazaba la forma infantilmente sin desarrollar de ambas, se consume por el

---

en los que sólo están ocupados miembros de la familia y en la vivienda familiar; disposiciones aún más elásticas y, al mismo tiempo, la limitación de que el inspector sólo puede entrar sin especial permiso ministerial o judicial en los espacios que no sean al mismo tiempo utilizados como vivienda, y, por último, la exención incondicional del trenzado de paja, los encajes de bolillos y la guantería dentro de la familia. Con todos sus defectos, el act sigue siendo, junto con la ley fabril federal suiza del 23 de marzo de 1877, con mucho la mejor ley sobre el tema. Tiene particular interés su comparación con la mencionada ley federal suiza porque hace muy tangibles las ventajas y los inconvenientes de los métodos legislativos, el inglés, «histórico», que procede de caso en caso, y el continental, basado en la tradición de la revolución francesa, más generalizador. Desgraciadamente, en su aplicación a workshops el código inglés sigue siendo en gran parte letra muerta, por la insuficiencia del personal de inspección. F. E. }

<sup>323</sup> Se encuentra una detallada exposición de la maquinaria utilizada en la agricultura inglesa en *Die landwirthschaftlichen Geräte und Maschinen Englands*, del Dr. W. HAMM, 2.<sup>a</sup> ed., 1856. En su boceto de la evolución de la agricultura inglesa el señor HAMM sigue demasiado acriticamente al señor LEONCE DE LAVERGNE. { A la 4.<sup>a</sup> ed. Ahora anticuado, naturalmente. F. E. }

modo de producción capitalista. Pero éste crea a la vez los presupuestos materiales de una síntesis nueva superior, la unión de agricultura e industria sobre la base de sus formas contrapuestamente desarrolladas. Con el predominio, siempre creciente, de la población urbana, a la que acumula en grandes centros, la producción capitalista concentra, por una parte, la fuerza motora histórica de la sociedad, pero, por otra parte, dificulta el intercambio entre el ser humano y la naturaleza, esto es, el regreso a la tierra de los elementos del suelo gastados por el hombre en la forma de medios de alimentación y de vestido, o sea, perturba la eterna condición natural de una fecundidad duradera de la tierra. Con eso la producción capitalista destruye al mismo tiempo la salud física de los trabajadores urbanos y la vida mental de los trabajadores rurales.<sup>324</sup> Pero a la vez, por la destrucción de las condiciones de origen puramente espontáneo de aquel intercambio, obliga a producir éste sistemáticamente como ley reguladora de la producción social y en una forma adecuada al pleno desarrollo humano. En la agricultura igual que en la manufactura, la transformación capitalista del proceso de producción aparece siempre como martirologio de los productores, el medio de trabajo como medio de sometimiento, de explotación y de empobrecimiento del trabajador, la combinación social de los procesos de trabajo como opresión organizada de la vitalidad, la libertad y la autonomía individuales de los trabajadores. La dispersión de los trabajadores rurales por grandes superficies rompe al mismo tiempo su capacidad de resistencia, mientras que la concentración aumenta la de los trabajadores urbanos. Al igual que en la industria urbana, en la agricultura moderna el aumento de la fuerza productiva y la mayor fluidificación del trabajo se compra al precio de la devastación y la extenuación de la fuerza de trabajo misma. Y todo progreso de la agricultura capitalista es un progreso no sólo del arte de depredar al trabajador, sino también y al mismo tiempo del arte de depredar el suelo; todo progreso en el aumento de su fecundidad para un plazo determinado es al mismo tiempo un progreso en la ruina de las fuentes duraderas de esa fecundidad. Cuanto más parte un país de la gran industria como transfondo de su evolución —como los Estados Unidos de Nor-

<sup>324</sup> «Dividís el pueblo en dos campos hostiles, campesinos pesados y enanos reblandecidos. ¡Santo cielo! Una nación escindida en intereses agrícolas e intereses comerciales se llama a sí misma sana, hasta se considera ilustrada y civilizada, no sólo a pesar de, sino precisamente a causa de esa separación monstruosa e innatural.» (DAVID URQUHART, *loc. cit.*, pág. 119.) Este paso muestra al mismo tiempo la fuerza y la debilidad de un tipo de crítica capaz de juzgar y condenar el presente, pero no de entenderlo.



teamérica, p. e.—, tanto más rápido es ese proceso de destrucción.<sup>325</sup> Por eso la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que minando al mismo tiempo las fuentes de las que mana toda riqueza: la tierra y el trabajador.

<sup>325</sup> Cfr. LIEBIG, *Die Chemie in ihrer Anwendung auf Agrikultur und Physiologie* (La química en su aplicación a la agricultura y la fisiología), 7.ª ed., 1862, y especialmente, en el primer volumen, la «Einleitung in die Naturgesetze des Feldbaus» (Introducción a las leyes naturales de la estructura del suelo). El desarrollo del aspecto negativo de la agricultura moderna desde el punto de vista de la ciencia de la naturaleza es uno de los méritos impercederos de Liebig. También sus aperçus<sup>\*82</sup> históricos sobre la historia de la agricultura, aunque no sin groseros errores, contienen penetraciones luminosas. Sólo hay que lamentar que Liebig arriesgue a lo que salga manifestaciones como las siguientes: «Con una pulverización más avanzada y arando más frecuentemente se promueve la renovación del aire en el interior de las partes porosas de la tierra y se aumenta y renueva la superficie de los terrones en los que va a actuar el aire; pero se comprende fácilmente que el aumento de rendimiento del campo no puede ser proporcional al trabajo aplicado al campo, sino que aumenta según una razón mucho menor.» «Esta ley», añade Liebig a eso, «ha sido formulada por vez primera por J. St. Mill en sus *Princ. of Pol. Econ.*, vol. I, pág. 17, del siguiente modo: 'La ley general de la agricultura es que el rendimiento del suelo aumenta, caeteris paribus,<sup>\*83</sup> en razón decreciente con el aumento del número de trabajadores empleados'» (el señor Mill repite incluso mal la escolar ley ricardiana, pues como «the decrease of the labourers employed», la disminución de los trabajadores empleados, ha ido siempre en Inglaterra al paso del progreso en agricultura, la ley inventada para Inglaterra y en Inglaterra no podría aplicarse nunca, por lo menos en Inglaterra), «cosa bastante notable, puesto que no conocía su fundamento». (LIEBIG, *loc. cit.*, vol. I, pág. 143, y nota.) Pasando por alto la confusa comprensión de la palabra «trabajo» —con la cual Liebig entiende cosa diferente de la que entiende la economía política—, es, desde luego, «bastante notable» que convierta al señor J. St. Mill en primer profeta de una teoría que publicó por vez primera James Anderson, en tiempos de A. Smith, para repetirla luego en varios escritos hasta comienzos del siglo XIX, y que Malthus, siempre maestro del plagio (toda su teoría de la población es un plagio desvengonzado), se anexionó en 1815, y que West desarrolló al mismo tiempo e independientemente de Anderson, y que Ricardo puso en 1817 en relación con la teoría general del valor, y que desde entonces dio la vuelta al mundo bajo el nombre de Ricardo, y que James Mill (el padre de J. St. Mill) vulgarizó en 1820, y, por último —y entre otras muchas cosas—, que el mismo señor J. St. Mill repite como dogma de escuela ya convertido en lugar común. Es innegable que J. St. Mill debe su autoridad, en cualquier caso «notable», casi exclusivamente a quiproquo<sup>\*84</sup> semejantes.

\*82 Resúmenes.

\*83 Si las demás cosas quedan igual.

\*84 Equívoco de personas. Esa construcción latina, mucho menos corriente que la locución 'quid pro quo', es una ironía de Marx.

## SECCIÓN QUINTA

LA PRODUCCIÓN DE LA PLUSVALÍA  
ABSOLUTA Y RELATIVA

## Capítulo decimocuarto

## PLUSVALÍA ABSOLUTA Y PLUSVALÍA RELATIVA

El proceso de trabajo se trató primero (ver el capítulo quinto) abstractamente, con independencia de sus formas históricas, como proceso entre el ser humano y la naturaleza. Allí se dijo: «Si se considera el proceso entero desde el punto de vista de su resultado, el producto, entonces ambos, el medio de trabajo y el objeto del trabajo, aparecen como medios de producción, y el trabajo mismo como trabajo productivo.» Y en la nota 7 eso se completó: «Esta determinación del trabajo productivo tal como resulta desde el punto de vista del proceso simple de trabajo no basta de ningún modo para el proceso de producción capitalista.» Eso se trata de desarrollar ulteriormente aquí.

En la medida en que el proceso de trabajo es puramente individual, un mismo trabajador reúne todas las funciones que luego se separan. El trabajador se controla a sí mismo en la apropiación de objetos naturales para sus fines vitales. Más tarde se le controla. El ser humano individual no puede obrar sobre la naturaleza sin actuación de sus propios músculos bajo el control de su propio cerebro. Del mismo modo que en el sistema de la naturaleza la cabeza y la mano van juntas, el proceso de trabajo reúne trabajo de la cabeza y trabajo de la mano. Más tarde éstos se escinden hasta componer una contraposición hostil. El producto se transforma radicalmente, convirtiéndose de producto directo del productor individual en un producto social, en producto común de un trabajador colectivo, esto es, de un personal trabajador combinado, cuyos miembros están más o menos cerca o lejos del manejo del objeto del trabajo. Por eso con el carácter cooperativo del proceso mismo del trabajo se amplía necesariamente el concepto de trabajo productivo y el de su portador, el trabajador productivo. Ya no es necesario, para trabajar productivamente, poner uno mismo manos a la obra; basta con ser órgano del trabajador conjunto, basta con ejecutar



alguna de sus subfunciones. La anterior determinación primaria del trabajo productivo, derivada de la naturaleza de la producción material misma, sigue siendo verdadera para el trabajador conjunto, considerado como totalidad. Pero no vale ya para cada miembro tomado individualmente.

Pero, por otra parte, el concepto de trabajo productivo se estrecha. La producción capitalista no es sólo producción de mercancía; es esencialmente producción de plusvalía. El trabajador no produce para sí, sino para el capital. Por eso no basta ya con que produzca en general. Tiene que producir plusvalía. Sólo es productivo el trabajador que produce plusvalía para el capitalista o sirve a la autovalorización del capital. Si es lícito tomar un ejemplo de fuera de la esfera de la producción material: un maestro de escuela es un trabajador productivo cuando no sólo trabaja las cabezas de los niños, sino que se desgasta a sí mismo para enriquecimiento del empresario. El que este último haya colocado su capital en una fábrica de enseñar en vez de en una fábrica de embutidos no altera en nada la situación. El concepto de trabajador productivo no incluye, pues, sólo, en modo alguno, una relación entre actividad y efecto útil, entre trabajador y producto del trabajo, sino, además, una relación de producción específicamente social, surgida históricamente, la cual imprime al trabajador el carácter de medio directo de valorización del capital. Ser trabajador productivo no es, pues, ninguna fortuna, sino mala suerte. En el libro cuarto de este escrito, que trata la historia de la teoría, se verá más detalladamente que la economía política clásica hizo desde antiguo de la producción de plusvalía el carácter decisivo del trabajador productivo. Por eso su definición del trabajador productivo varía al variar su concepción de la naturaleza de la plusvalía. Y así, los fisiócratas declaran que sólo el trabajo agrícola es productivo, porque sólo él arroja una plusvalía. Pues para los fisiócratas la plusvalía existe exclusivamente en la forma de renta de la tierra.

La prolongación de la jornada de trabajo más allá del punto llegado al cual el trabajador no habría producido más que un equivalente del valor de su fuerza de trabajo, y la apropiación de ese plustrabajo por el capital: eso es la producción de la plusvalía absoluta. Ella constituye el fundamento general del sistema capitalista y el punto de partida de la plusvalía relativa. En el caso de ésta la jornada de trabajo está ya desde el primer momento dividida en dos partes: trabajo necesario y plustrabajo. Para prolongar el plustrabajo se abrevia el trabajo necesario mediante métodos por los cuales el equivalente del salario se produce en menos tiempo. La producción de la plusvalía absoluta gira exclu-

sivamente en torno de la duración de la jornada de trabajo; la producción de la plusvalía relativa revoluciona de arriba abajo los procesos técnicos del trabajo y los grupos sociales.

La producción de la plusvalía relativa presupone al mismo tiempo un modo de producción específicamente capitalista, el cual, a su vez, nace y se configura espontáneamente, con sus métodos, sus medios y sus condiciones, sólo sobre la base de la subsunción formal del trabajo bajo el capital. En el lugar de esa subsunción formal del trabajo bajo el capital aparece la subsunción real.

Baste una mera alusión a las formas intermedias en las que el plustrabajo no se extrae del productor por coacción directa, pero tampoco se ha instaurado todavía la subordinación formal de aquél al capital. En estos casos el capital no se ha apoderado todavía directamente del proceso de trabajo. Al lado de los productores independientes que practican sus oficios o labran la tierra con un trabajo de tipo tradicional, ancestral, aparecen el usurero o el mercader, el capital usurario o el capital mercantil, el cual los chupa parasitariamente. El predominio de esa forma de explotación en una sociedad excluye el modo de producción capitalista, hacia el cual, por otra parte, puede constituir transición, como en la baja Edad Media. Por último, como lo muestra el ejemplo del moderno trabajo en casa, ciertas formas intermedias se reproducen en algunos lugares sobre el transfondo de la gran industria, aunque con una fisionomía totalmente alterada.

Mientras que, por un lado, para la producción de la plusvalía absoluta basta con la subsunción meramente formal del trabajo bajo el capital —basta, p. e., que artesanos que antes trabajaban para ellos mismos, o como oficiales de un maestro gremial, pasen como asalariados bajo el control directo de los capitalistas—, por otro lado, se ha visto que los métodos de producción de la plusvalía relativa son al mismo tiempo métodos de producción de plusvalía absoluta. Aun más; la prolongación desmedida de la jornada de trabajo se presentó como el producto más propio de la gran industria. En general, el modo de producción específicamente capitalista deja de ser un mero medio para la producción de plusvalía relativa en cuanto que se apodera de toda una rama de la producción, y aun más en cuanto que se apodera de todas las ramas decisivas de la producción. Entonces se convierte en forma general, socialmente dominante, del proceso de producción. Sólo sigue actuando como método especial de producción de plusvalía relativa, primero, en la medida en que aferra industrias hasta entonces sólo formalmente sometidas al capital, o sea, en su propaganda; en segundo lugar, en la medida en que industrias que ya han caído en su poder



se revolucionan permanentemente por cambio de los métodos de producción.

Desde cierto punto de vista la distinción entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa parece puramente ilusoria. La plusvalía relativa es absoluta, pues condiciona una prolongación absoluta de la jornada de trabajo por encima del tiempo de trabajo necesario para la existencia del trabajador mismo. La plusvalía absoluta es relativa, pues condiciona un desarrollo de la productividad del trabajo que permite limitar el tiempo de trabajo necesario a una parte de la jornada de trabajo. Pero si se tiene a la vista el movimiento de la plusvalía, se disipa esa apariencia de indistinción. Una vez que el modo de producción capitalista se ha producido y se ha convertido en modo de producción general, la diferencia entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa se hace perceptible en cuanto que se trata de elevar la cuota de plusvalía en general. Si se supone que la fuerza de trabajo se paga por su valor, nos encontramos ante esta alternativa: dados la fuerza productiva del trabajo y su grado normal de intensidad, la cuota de plusvalía sólo se puede elevar mediante la prolongación absoluta de la jornada de trabajo; en cambio, dado el límite de la jornada de trabajo, la cuota de plusvalía sólo se puede elevar mediante un cambio relativo de magnitud de sus elementos, el trabajo necesario y el plustrabajo, lo cual, por su parte, si es que el salario no ha de hundirse por debajo del valor de la fuerza de trabajo, presupone un cambio en la productividad o la intensidad del trabajo.

Si el trabajador necesita todo su tiempo para producir los medios de vida necesarios para mantenerse a sí mismo y a su raza, no le queda tiempo para trabajar gratis para terceras personas. Sin un cierto grado de productividad del trabajo, nada de tal tiempo disponible para el trabajador; sin ese tiempo excedente, nada de plustrabajo y, por lo tanto, nada de capitalistas, pero tampoco dueños de esclavos, ni señores feudales, en una palabra, ninguna clase de grandes propietarios.<sup>1</sup>

Se puede, pues, hablar de una base natural de la plusvalía, pero sólo en el sentido, muy general, de que no hay ningún obstáculo natural absoluto que impida a uno quitarse de encima el trabajo necesario para su propia existencia y cargárselo a otro, del mismo modo, p. e., que los obstáculos naturales no le impiden a uno utilizar como alimento

<sup>1</sup> «La mera existencia de maestros convertidos en capitalistas, como clase particular, depende de la productividad del trabajo.» (RAMSAY, *loc. cit.*, pág. 206.) «Si el trabajo de cada hombre bastara sólo para producir su alimento, no podría haber ninguna propiedad.» (RAVENSTONE, *loc. cit.*, pág. 14.)

la carne de otro.<sup>1a</sup> No hay que enlazar en absoluto, como ha ocurrido aquí y allá, ideas místicas con esa productividad espontánea del trabajo. Sólo cuando los seres humanos consiguen laboriosamente salir de sus primeras condiciones animales, o sea, sólo cuando su trabajo está ya en algún grado socializado, aparecen condiciones en las cuales el plustrabajo del uno es condición de la existencia del otro. En los comienzos de la cultura las fuerzas productivas adquiridas por el trabajo son escasas, pero también lo son las necesidades que se desarrollan con y por los medios de su satisfacción. Además, en aquellos comienzos la proporción de las partes de la sociedad que viven de trabajo ajeno es diminuta comparada con la masa de los productores inmediatos. Con el progreso de la fuerza productiva social del trabajo esa proporción aumenta absoluta y relativamente.<sup>2</sup> Por lo demás, la relación de capital surge en un suelo económico que es producto de un largo proceso evolutivo. La productividad del trabajo dada, de la que parte como de su fundamento, no es don de la naturaleza, sino de una historia que abarca miles de siglos.

Prescindiendo de la forma más o menos desarrollada de la producción social, la productividad del trabajo está siempre vinculada a condiciones naturales. Todas éstas se pueden reconducir a la naturaleza del ser humano — como la raza, etc. — y a la naturaleza que lo rodea. Las condiciones naturales externas se dividen económicamente en dos grandes clases: riqueza natural de medios de vida, o sea, fertilidad del suelo, aguas ricas en pesca, etc., y riqueza natural de medios de trabajo, como son los desniveles vivos de las aguas, los ríos navegables, la madera, los metales, el carbón, etc. En los comienzos de la cultura es decisiva la primera especie de riqueza natural; en un estadio evolutivo superior lo es la segunda. Compárese, p. e., Inglaterra con la India, o, en el mundo antiguo, Atenas y Corinto con los países ribereños del Mar Negro.

Cuanto menor es el número de las necesidades naturales que hay que satisfacer absolutamente y mayor la fertilidad natural del suelo y el favor del clima, tanto menor es el tiempo de trabajo necesario para la conservación y la reproducción del productor. Tanto mayor puede ser, por lo tanto, el excedente de su trabajo para otros respecto de su tra-

<sup>1a</sup> Según un cálculo reciente, sólo en las regiones de la tierra ya exploradas viven aún, por lo menos, cuatro millones de caníbales.

<sup>2</sup> «Entre los indios salvajes de América, casi todo pertenece al trabajador. 99 partes de cada cien se tienen que atribuir a la cuenta del trabajo. En Inglaterra el trabajador no tiene quizá ni 2/3.» (*The Advantages of the East India Trade, etc.*, págs. 72, 73.)



bajo para sí mismo. Así lo observó ya Diodoro a propósito de los egipcios antiguos:

«Es increíble el poco trabajo y los pocos costes que les causa la crianza de sus niños. Les guisan el primer alimento que encuentran; les dan de comer incluso la parte baja de la planta del papiro que es posible asar al fuego, y las raíces y los tallos de los juncos, crudos, hervidos o asados. La mayoría de los niños van sin calzar ni vestir, puesto que el aire es tan suave. Por eso un niño les cuesta a sus padres hasta que crece no más de veinte dracmas. Con eso principalmente se explica el que en Egipto la población sea tan numerosa, y por eso se ha podido disponer tantas grandes obras.»<sup>3</sup>

En realidad, las grandes obras arquitectónicas del Egipto antiguo se deben menos a la dimensión de su población que a la gran proporción en que estaba disponible. Del mismo modo que el trabajador individual puede suministrar tanto más plustrabajo cuanto menor es su tiempo de trabajo necesario, así también, cuanto menor es la parte de la población trabajadora requerida para la producción de los medios de vida necesarios, tanto mayor es la parte de la misma disponible para otro trabajo.

Supuesta la producción capitalista, y con las demás circunstancias sin alterar y una duración dada de la jornada de trabajo, la magnitud del plustrabajo variará con las condiciones naturales del trabajo, incluyendo señaladamente la fertilidad del suelo. Pero de eso no se sigue en modo alguno, recíprocamente, que el suelo más fértil sea el más adecuado para que crezca el modo de producción capitalista. Éste presupone el dominio del hombre sobre la naturaleza. Una naturaleza demasiado pródiga «lo sujeta de la mano, como a un niño de las andaderas.» No convierte el mismo desarrollo del ser humano en una necesidad natural.<sup>4</sup> La madre patria del capital no es la zona de los trópicos,

<sup>3</sup> DIODORO, *loc. cit.*, libro I, c. 80.

<sup>4</sup> «Como la primera» (la riqueza natural) «es sumamente noble y ventajosa, hace al pueblo despreocupado, orgulloso y dado a todos los excesos; mientras que la segunda promueve la vigilancia, las letras, las artes y el buen gobierno.» (*England's Treasure by Foreign Trade. Or the Balance of our Foreign Trade is the Rule of our Treasure. Written by THOMAS MUN, of London, Merchant, and now published for the common good by his son JOHN MUN, Lond. 1669, págs. 181, 182.*) «Ni puedo concebir maldición mayor para un cuerpo social que la de ser arrojado a una tierra en la cual los productos para la subsistencia y el alimento fueran en gran medida espontáneos y el clima requiriera o no admitiera sino pocos cuidados para vestirse y cubrirse ... Puede haber un extremo por el otro lado. Un suelo incapaz de producir labrado es exactamente tan malo como un suelo que produce en abundancia sin ningún trabajo.» (N. FORSTER, *An Inquiry into the Present High Price of Provisions*, Lond. 1767, pág. 10.)

con su exuberante vegetación, sino la zona templada. No es la fertilidad absoluta del suelo, sino su diferenciación, la multiplicidad de sus productos naturales, lo que constituye la base natural de la división social del trabajo y lo que aguijonea al ser humano, por la variación de las circunstancias naturales en las que habita, a diversificar sus propias necesidades, sus capacidades, sus medios de trabajo y sus modos de trabajo. La necesidad de controlar socialmente una fuerza de la naturaleza, administrarla, apropiársela o domesticarla a gran escala mediante obras de mano de hombre desempeña el papel más decisivo en la historia de la industria. Caso, p. e., de la regulación de las aguas en Egipto,<sup>5</sup> Lombardía, Holanda, etc. O en la India, Persia, etc., en las que la irrigación mediante canales artificiales aporta a los suelos no sólo el agua imprescindible, sino también, con sus lodos, los abonos minerales tomados de las montañas. El secreto del florecimiento industrial de España y Sicilia bajo el dominio árabe fue la canalización.<sup>6</sup>

El favor de las condiciones naturales ofrece siempre y sólo la posibilidad, nunca la realidad del plustrabajo, o sea, de la plusvalía o del plusproducto. Las diferentes condiciones naturales del trabajo hacen que una misma cantidad de trabajo satisfaga diferentes masas de necesidades en países diferentes,<sup>7</sup> o sea, que bajo circunstancias por lo de-

<sup>5</sup> La necesidad de calcular los períodos de la variación del Nilo creó la astronomía egipcia y, con ella, el dominio de la casta sacerdotal como directora de la agricultura. «El solsticio es el momento del año en que empieza la crecida del Nilo y el que los egipcios han debido de observar con la mayor atención ... Ese año trópico era lo que les importaba señalar para orientarse en sus operaciones agrícolas. Tuvieron, pues, que buscar en el cielo una señal visible de su vuelta.» (CUVIER, *Discours sur les révolutions du globe*, éd. Hoefer, Paris 1863, página 141.)

<sup>6</sup> Uno de los fundamentos materiales del poder estatal sobre los pequeños e inconexos organismos productivos de la India fue la regulación de las aguas. Los dominadores mahometanos de la India lo entendieron mejor que sus sucesores ingleses. Recordemos, no más, el hambre de 1866, que costó la vida a más de un millón de hindúes en el distrito de Orissa, presidencia de Bengala.

<sup>7</sup> «No hay dos países que suministren igual número de cosas necesarias para la vida en igual abundancia y con la misma cantidad de trabajo. Las necesidades de los hombres aumentan o disminuyen con la severidad o la templanza del clima en el que viven; consiguientemente, no puede ser la misma la proporción de tráfico que los habitantes de diferentes países se ven obligados a llevar a cabo por necesidad, ni es posible averiguar el grado de variación más allá de lo que se consigue atendiendo a las diferencias de los Grados de Calor y Frío; por donde uno puede llegar a esta conclusión general, a saber, que la cantidad de trabajo requerida para un número de gente determinado es máxima en los climas fríos y mínima en los calientes; porque en los primeros los hombres no



más análogas varíe el tiempo de trabajo necesario. Sobre el plustrabajo actúan sólo como barrera natural, esto es, mediante la determinación del punto en el que puede empezar el trabajo para otros. En la misma medida en que avanza la industria retrocede esa barrera natural. En la sociedad europea occidental, en la que el trabajador no compra sino con plustrabajo el permiso de trabajar para su propia existencia, se imagina fácilmente que es una cualidad innata del trabajo humano el suministrar un producto excedente.<sup>8</sup> Pero piénsese, p. e., en el habitante de las islas orientales del archipiélago asiático, en las que el sagú crece espontáneamente en la selva.

«Cuando los habitantes, practicando un agujero en el árbol, se han convencido de que la médula está madura, se tala el tronco y se corta en varios trozos, la médula se raspa, se mezcla con agua y se filtra; en este estado es ya harina de sagú, perfectamente utilizable. Un árbol da por lo común 300 libras, y puede llegar a dar 500 ó 600. Así, pues, en esas tierras uno se va al bosque y se corta el pan, igual que entre nosotros se corta la leña.»<sup>9</sup>

Póngase que uno de estos cortadores de pan del Asia oriental necesite 12 horas de trabajo a la semana para satisfacer todas sus necesidades. Lo que el favor de la naturaleza le da de un modo directo es mucho ocio. Para que pueda utilizar ese tiempo productivamente para sí mismo se requiere toda una serie de circunstancias históricas; para que lo gaste en plustrabajo para personas extrañas se requiere coacción externa. Si se implantara la producción capitalista, el buen hombre tendría que trabajar tal vez 6 días por semana para apropiarse él mismo del producto de una jornada de trabajo. El favor de la naturaleza no explica por qué ahora trabaja 6 días a la semana, por qué suministra 5 días de plustrabajo. Lo único que explica es por qué su tiempo de trabajo necesario se limita a un día por semana. Pero su plusproducto no surgiría en ningún caso de ninguna cualidad oculta innata en el trabajo humano.

Al igual que las fuerzas productivas del trabajo históricamente desarrolladas, sociales, así también las fuerzas productivas condicionadas por

sólo necesitan más vestidos, sino que además la tierra necesita más cultivo que en los últimos.» (*An Essay on the Governing Causes of the Natural Rate of Interest*, Lond. 1750, pág. 59.) El autor de ese escrito que hace época es J. MASSIE. De ahí tomó Hume su teoría del interés del dinero.

<sup>8</sup> «Todo trabajo debe» (esto parece formar parte de los *droits y devoirs du citoyen*) «dejar un excedente.» (Proudhon.)

<sup>9</sup> F. SCHOUW, *Die Erde, die Pflanze und der Mensch*, 2.<sup>a</sup> ed., Leipzig 1854, página 148.

la naturaleza aparecen como fuerzas productivas del capital al que el trabajo se incorpora.

Ricardo no se preocupa nunca de la cuestión del origen de la plusvalía. La trata como cosa inherente al modo de producción capitalista, forma a sus ojos natural de la producción social. Cuando habla de la productividad del trabajo no busca en ella la causa de la existencia de plusvalía, sino sólo la causa que determina la magnitud de ésta. En cambio, su escuela ha proclamado abiertamente que la fuerza productiva del trabajo es la causa que da origen al beneficio (léase plusvalía). Progreso, de todos modos, respecto de los mercantilistas, que, por su parte, derivan el exceso del precio de los productos respecto de sus costes de producción partiendo del intercambio, de su venta por encima de su valor. A pesar de ello tampoco la escuela de Ricardo pasó de dar la vuelta al problema sin resolverlo. En realidad esos economistas burgueses sintieron con acertado instinto que es muy peligroso explorar demasiado profundamente la peliaguda cuestión del origen de la plusvalía. Pero ¿qué decir cuando, medio siglo después de Ricardo, el señor John Stuart Mill comprueba, lleno de dignidad, su superioridad sobre los mercantilistas repitiendo malamente los deleznable subterfugios de los primeros trivializadores de Ricardo?

Dice Mill:

«La causa del beneficio es que el trabajo produce más de lo requerido para su sostenimiento.»

Hasta aquí, sólo la misma canción; pero Mill quiere añadir a eso algo de cosecha propia:

«O bien, por variar la forma de la proposición: la razón por la cual el capital arroja un beneficio es que el alimento, los vestidos, las materias primas y los medios de trabajo duran más tiempo del exigido para su producción.»

Mill confunde aquí la duración del tiempo de trabajo con la duración de sus productos. Según esa opinión, un panadero, cuyos productos no duran más que un día, no podía nunca obtener de sus asalariados el mismo beneficio que un fabricante de máquinas, cuyos productos duran veinte años y más. Es verdad que si los nidos de los pájaros no duraran más tiempo que el necesario para su construcción, los pájaros tendrían que arreglárselas sin nidos.

Una vez asentada esa verdad básica, Mill registra su superioridad respecto de los mercantilistas:

«Vemos, pues, que el beneficio no nace de la incidencia de los intercambios, sino de la fuerza productiva del trabajo; el beneficio global de un país se determina



siempre por la fuerza productiva del trabajo, igual si hay intercambio que si no. Si no hubiera división de las ocupaciones, no habría ni compra ni venta, pero seguiría habiendo beneficio.»

Aquí, pues, el intercambio, la compra y la venta, las condiciones generales de la producción capitalista, son un puro incidente, y sigue habiendo beneficio sin compra ni venta de la fuerza de trabajo.

Y luego:

«Si la totalidad de los trabajadores de un país produce el 20% más de su suma de salarios, los beneficios serán del 20 % cualquiera que sea el nivel de los precios de las mercancías.»

Eso es, por una parte, una tautología conseguidísima, pues si los trabajadores producen para sus capitalistas una plusvalía del 20 %, entonces los beneficios serán al salario total de los trabajadores como 20 : 100. Por otra parte, es absolutamente falso que los beneficios «serán del 20 %». Tienen que ser siempre menores, porque los beneficios se calculan sobre la suma total del capital anticipado. Sean, p. e., 500 libr. est. lo adelantado por el capitalista, 400 de las cuales en medios de producción, y 100 libr. est. en salario. Sea la cuota de plusvalía, como se ha supuesto, del 20 %; entonces la cuota de beneficio será como 20 : 500, o sea del 4 %, y no del 20 %.

Sigue una brillante muestra de cómo trata Mill las diferentes formas históricas de la producción social:

«Presupongo siempre el presente estado de las cosas, el que con pocas excepciones impera en todas partes, esto es, que el capitalista hace todos los adelantos, incluido el pago del trabajador.»<sup>\*85</sup>

¡Curiosa ilusión óptica ésta de ver en todas partes una situación que hasta ahora no se encuentra en el globo terráqueo sino excepcio-

<sup>\*85</sup> Marx propuso más tarde otra redacción de este paso, con traducción completa del trozo citado de Mill y con inserción de un comentario más. Según esta modificación el texto quedaría así:

«Sigue una brillante muestra de cómo trata Mill las diferentes formas históricas de la producción social:

'Presupongo siempre', dice, 'el presente estado de las cosas, el que con pocas excepciones impera en todas partes y en el cual trabajadores y capitalistas se enfrentan unos a otros como clases, esto es, que el capitalista hace todos los adelantos, incluido el pago del trabajador'. Al señor Mill le gustaría creer que el que eso sea así no es ninguna necesidad absoluta, ni siquiera en el sistema económico en el que trabajadores y capitalistas se enfrentan como clases.»

nalmente! Pero sigamos. Mill tiene la bondad de admitir que «no es una absoluta necesidad el que las cosas sean así». Al contrario.

«El trabajador podría esperar el cobro, incluso por todo su importe, hasta que el trabajo estuviera completamente terminado, siempre que tuviera los medios necesarios para su sustento durante ese tiempo. Pero en este caso sería en cierta medida un capitalista que pone dinero en el negocio y suministra una parte del fondo necesario para continuarlo.»

Exactamente igual podría decir Mill que el trabajador que se adelanta a sí mismo no sólo los medios de vida, sino también los medios de trabajo, es en realidad su propio asalariado. O que el campesino norteamericano es su propio esclavo, pues sólo trabaja para sí mismo, en vez de trabajar servilmente para otro señor.

Luego de probarnos con tanta claridad que la producción capitalista existiría siempre, incluso si no existiera, Mill no practica sino la consecuencia estricta al probarnos que la producción capitalista no existe ni siquiera cuando existe:

«E incluso en el caso anterior» (cuando el capitalista adelanta al asalariado todos sus medios de subsistencia) «se puede considerar al trabajador desde el mismo punto de vista» (o sea, como un capitalista). «Pues, dado que entrega su trabajo por debajo del precio de mercado (!), se podría considerar que adelanta esa diferencia (?) a su empresario, etc.»<sup>9a</sup>

En la efectiva realidad el trabajador adelanta gratis al capitalista su trabajo durante una semana, etc., para recibir al final de la semana, etcétera, su precio de mercado; eso lo convierte, según Mill, en un capitalista. En la llanura parecen colinas ya los montones de tierra; mídase la altura de nuestra actual burguesía por el calibre de sus «grandes espíritus».

<sup>9a</sup> J. ST. MILL, *Principles of Political Economy*, Lond. 1868, págs. 252-253, *passim*. { Los pasos anteriores se han tomado de la edición francesa de *El Capital*. F. E. }



## Capítulo decimoquinto

### VARIACIONES DE MAGNITUD DEL PRECIO DE LA FUERZA DE TRABAJO Y DE LA PLUSVALÍA

El valor de la fuerza de trabajo está determinado por el valor de los medios de vida consuetudinariamente necesarios del trabajador medio. La masa de estos medios de vida, aunque su forma puede variar, está dada para una determinada época de una sociedad determinada y, por lo tanto, hay que tratarla como magnitud constante. Lo que varía es el valor de esa masa. Otros dos factores entran en la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Por una parte, sus costes de desarrollo, que se alteran al alterarse el modo de producción; por otra parte, su diferencia natural, si es masculina o femenina, adulta o no. El uso de esas diferentes fuerzas de trabajo, también él determinado por el modo de producción, constituye una gran diferencia en los costes de reproducción de la familia trabajadora y en el valor del trabajador masculino adulto. Pero ambos factores quedan excluidos de la investigación siguiente.<sup>9b</sup>

Damos por supuesto: 1.º, que las mercancías se venden por su valor; 2.º, que el precio de la fuerza de trabajo, aunque en ocasiones sube por encima de su valor, nunca desciende por debajo de él.

Eso supuesto, se ha hallado que las magnitudes relativas del precio de la fuerza de trabajo y de la plusvalía están condicionadas por tres circunstancias: 1.ª, la duración de la jornada de trabajo, o magnitud extensiva del trabajo; 2.ª, la intensidad normal del trabajo, o magnitud intensiva del mismo, de modo que una determinada cantidad de trabajo se gasta en un tiempo determinado; 3.ª, por último, la fuerza productiva del trabajo, porque, según el grado de desarrollo de las condiciones de la producción, una misma cantidad de trabajo suministra en el mismo tiempo una cantidad de producto mayor o menor. Son posibles,

<sup>9b</sup> Como es natural, también queda aquí excluido el caso tratado en la página 281\*<sup>85bis</sup>. {Nota a la 3.ª ed. F. E.}

\*<sup>85bis</sup> OME 40, pág. 342.



como resulta evidente, muchas y varias combinaciones, según que uno de los tres factores sea constante y dos sean variables, o que dos factores sean constantes y uno variable, o, por último, que los tres sean variables simultáneamente. Estas combinaciones se multiplican aún por el hecho de que en la variación simultánea de diferentes factores la magnitud y el sentido de las variaciones pueden ser diferentes. En lo que sigue se expone sólo las combinaciones principales.

### I. *Magnitud de la jornada de trabajo e intensidad del trabajo constantes (dadas), fuerza productiva del trabajo variable*

En este supuesto el valor de la fuerza de trabajo y la plusvalía están determinados por tres leyes.

En primer lugar: la jornada de trabajo de magnitud dada se representa siempre en el mismo producto-valor, varíe como varíe la productividad del trabajo y, con ella, la masa del producto y, por lo tanto, el precio de la mercancía individual.

El producto-valor de una jornada de trabajo sigue siendo, p. e., 6 sh. aunque la masa de los valores de uso producidos varíe con la fuerza productiva del trabajo, y el valor de 6 sh., por lo tanto, se divida entre más o menos mercancías.

En segundo lugar: el valor de la fuerza de trabajo y la plusvalía varían en sentido contrario el uno respecto de la otra. La variación de la fuerza productiva del trabajo, su aumento o su disminución, actúa en sentido inverso en el valor de la fuerza de trabajo, y en sentido directo en la plusvalía.

El producto-valor de la jornada de trabajo de doce horas es una magnitud constante, p. e., 6 sh. Esta magnitud constante es igual a la suma de la plusvalía más el valor de la fuerza de trabajo que el trabajador substituye por un equivalente. Es evidente que de las dos partes de una magnitud constante ninguna puede aumentar sin que la otra disminuya. El valor de la fuerza de trabajo no puede aumentar de 3 sh. a 4 sin que la plusvalía baje de 3 sh. a 2, y la plusvalía no puede subir de 3 a 4 sh. sin que el valor de la fuerza de trabajo caiga de 3 sh. a 2. En estas circunstancias no es, pues, posible ningún cambio de la magnitud absoluta, ni del valor de la fuerza de trabajo ni de la plusvalía, sin una variación simultánea de sus magnitudes relativas, proporcionales. Es imposible que disminuyan o suban a la vez.

Además, el valor de la fuerza de trabajo no puede caer, o la plusvalía no puede subir, sin que suba la fuerza productiva del traba-

jo; p. e., en el caso anterior el valor de la fuerza de trabajo no puede bajar de 3 a 2 sh. sin que un aumento de la fuerza productiva del trabajo permita producir en 4 horas la misma masa de medios de vida que antes requería para su producción 6 horas. A la inversa, el valor de la fuerza de trabajo no puede subir de 3 a 4 sh. sin que caiga la fuerza productiva del trabajo, esto es, sin que se requiera 8 horas para la producción de la misma masa de medios de vida para la que antes bastaban 6 horas. De esto se sigue que el aumento de la productividad del trabajo baja el valor de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, sube la plusvalía, mientras que, a la inversa, la disminución de la productividad sube el valor de la fuerza de trabajo y baja la plusvalía.

En la formulación de esta ley le pasó desapercibida a Ricardo una circunstancia: aunque la variación de la magnitud de la plusvalía o del plustrabajo condiciona una variación inversa de la magnitud del valor de la fuerza de trabajo, o del trabajo necesario, de eso no se sigue en modo alguno que las variaciones lo sean en la misma proporción. Aumentan o disminuyen en la misma cantidad. Pero la razón según la cual aumenta o disminuye cada parte del producto-valor o de la jornada de trabajo depende de la distribución inicial que ocurrió antes de la variación de la fuerza productiva del trabajo. Si el valor de la fuerza de trabajo era de 4 sh., o el tiempo de trabajo necesario era de 8 horas, y la plusvalía era de 2 sh., o el plustrabajo de 4 horas, y si, a consecuencia de un aumento de la fuerza productiva del trabajo, el valor de la fuerza de trabajo baja a 3 sh., o el trabajo necesario a 6 horas, entonces la plusvalía sube a 3 sh., o el plustrabajo a 6 horas. La misma cantidad de 2 horas o 1 sh. se suma en un caso y se substraerá en el otro. Pero la variación proporcional es diferente en los dos lados. Mientras que el valor de la fuerza de trabajo baja de 4 sh. a 3, o sea, disminuye en  $1/4$ , en un 25 %, la plusvalía sube de 2 sh. a 3, o sea, en  $1/2$ , en un 50 %. De ello se sigue que el aumento o la disminución proporcionales de la plusvalía como consecuencia de una variación dada de la fuerza productiva del trabajo es tanto mayor cuanto menor fuera inicialmente la parte de la jornada del trabajo que se expresaba en plusvalía, y tanto menor cuanto mayor fuera inicialmente la parte de la jornada de trabajo expresa en plusvalía.

En tercer lugar: el aumento o la disminución de la plusvalía es siempre consecuencia, y nunca fundamento, de la disminución y el aumento correspondientes del valor de la fuerza de trabajo.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> MacCulloch, entre otras cosas que ha hecho, ha añadido a esta tercera ley el insulso apéndice de que la plusvalía puede aumentar sin que descienda el valor de la fuerza de trabajo, mediante la abolición de impuestos que antes



Como la jornada de trabajo es de magnitud constante, se expresa en una cantidad de valor constante, y a toda variación de magnitud de la plusvalía corresponde una variación de magnitud inversa del valor de la fuerza de trabajo, y el valor de la fuerza de trabajo no puede variar más que por una variación de la fuerza productiva del trabajo, de todas esas condiciones se sigue manifiestamente que toda variación de magnitud de la plusvalía nace de una variación de magnitud inversa del valor de la fuerza de trabajo. Por eso, del mismo modo que antes se ha visto que no es posible ningún cambio absoluto de magnitud del valor de la fuerza de trabajo y de la plusvalía sin una variación de sus magnitudes relativas, así también se sigue ahora que no es posible ningún cambio de sus magnitudes relativas de valor sin una variación de la magnitud de valor absoluta de la fuerza de trabajo.

Según la tercera ley, la variación de magnitud de la plusvalía supone un movimiento del valor de la fuerza de trabajo causado por una variación de la fuerza productiva del trabajo. El límite de aquella variación queda dado por el nuevo límite del valor de la fuerza de trabajo. Pero puede haber movimientos intermedios, aunque las circunstancias permitan actuar a la ley. P. e., aunque, a consecuencia de un aumento de la fuerza productiva del trabajo, el valor de la fuerza de trabajo caiga de 4 sh. a 3, o sea, que el tiempo de trabajo necesario disminuya de 8 horas a 6, el precio de la fuerza de trabajo puede disminuir sólo hasta 3 sh. 8 d., o 3 sh. 6 d., o 3 sh. 2 d., etc., y, por lo tanto, la plusvalía puede no aumentar más que hasta 3 sh. 4 d., o 3 sh. 6 d., o 3 sh. 10 d., etc. El grado de disminución, cuyo límite mínimo es 3 sh., depende de los pesos relativos que arrojen a la balanza la presión del capital por un lado y la resistencia de los trabajadores por otro.

El valor de la fuerza de trabajo se determina por el valor de una cierta cantidad de medios de vida. Lo que cambia con la fuerza productiva del trabajo es el valor de esos medios de vida, no su masa. La masa misma puede aumentar simultáneamente y en idéntica proporción para trabajador y capitalista al aumentar la fuerza productiva del trabajo

tuviera que pagar el capitalista. La abolición de impuestos semejantes no altera absolutamente nada de la cantidad de plusvalía que el capitalista aspira de primera mano del trabajador. Lo único que altera es la proporción en la cual se mete plusvalía en su propio bolsillo o tiene que compartirla con terceras personas. No cambia, pues, nada de la relación entre la fuerza de trabajo y la plusvalía. La excepción de MacCulloch no prueba, pues, más que su mala comprensión de la regla, desgracia que le ocurre tan a menudo en la vulgarización de Ricardo como a J. B. Say en la vulgarización de A. Smith.

sin que haya ninguna variación de magnitud entre el precio de la fuerza de trabajo y la plusvalía. Si el valor inicial de la fuerza de trabajo es de 3 sh. y el tiempo de trabajo necesario es de 6 horas, y la plusvalía es de 3 sh. o el plustrabajo también de 6 horas, entonces una duplicación de la fuerza productiva del trabajo sin cambio de la distribución de la jornada de trabajo dejaría sin alterar el precio de la fuerza de trabajo y la plusvalía. Lo que pasa es que uno y otra se expresarían en el doble de valores de uso, proporcionalmente abaratados. El precio de la fuerza de trabajo, aunque no habría cambiado, habría aumentado por encima de su valor. Si bajara el precio de la fuerza de trabajo, pero no hasta el límite mínimo de 1 1/2 sh. dado por su nuevo valor, sino a 2 sh. 10 d., 2 sh. 6 d., etc., este precio en baja seguiría representando una masa creciente de medios de vida. De este modo el precio de la fuerza de trabajo podría disminuir constantemente al aumentar la fuerza productiva del trabajo, con un continuo aumento simultáneo de la masa de medios de vida del trabajador. Pero desde un punto de vista relativo —esto es, en comparación con la plusvalía—, el valor de la fuerza de trabajo estaría disminuyendo constantemente, y se estaría ensanchando, por consiguiente, el abismo entre las situaciones vitales del trabajador y del capitalista.<sup>11</sup>

Ricardo ha sido el primero en formular rigurosamente las tres leyes antes enunciadas. Los defectos de su exposición son: 1.º, que contempla las particulares condiciones en las cuales valen aquellas leyes como las condiciones obvias, generales y exclusivas de la producción capitalista. No conoce ninguna variación ni de la duración de la jornada de trabajo ni de la intensidad del trabajo, de modo que para él la productividad del trabajo se convierte sin más en el único factor variable; 2.º, pero —cosa que falsea su análisis en grado mucho mayor— Ricardo, ni más ni menos que los demás economistas, no ha estudiado nunca la plusvalía como tal, esto es, con independencia de sus formas particulares, como el beneficio, la renta de la tierra, etc. Por eso identifica directamente las leyes sobre la cuota de plusvalía con las leyes de la cuota de beneficio. Como queda dicho, la cuota de beneficio es la razón de la plusvalía al capital adelantado, mientras que la cuota de plusvalía es la razón de la plusvalía a la sola parte variable de ese capital.

<sup>11</sup> «Cuando ocurre una alteración en la productividad de la industria y se produce más o menos por una cantidad dada de trabajo y capital, la proporción de los salarios puede, evidentemente, variar, mientras que la cantidad que esa proporción representa permanece igual, o la cantidad puede variar mientras que la proporción sigue siendo la misma.» ([J. CAZENOVE], *Outlines of Political Economy, etc.*, pág. 67.)



Supóngase que un capital de 500 libr. est. (C) se distribuye en materias primas, medios de trabajo, etc., por un total de 400 libr. est. (c) y 100 libr. est. de salario (v); y que la plusvalía = 100 libr. est. (p).

Entonces la cuota de plusvalía es  $\frac{p}{v} = \frac{100 \text{ libr. est.}}{100 \text{ libr. est.}} = 100\%$ . Pero

la cuota de beneficio es  $\frac{p}{C} = \frac{100 \text{ libr. est.}}{500 \text{ libr. est.}} = 20\%$ . Es, además, evi-

dente que la cuota de beneficio puede depender de circunstancias que no influyen de ninguna manera en la cuota de plusvalía. Más tarde, en el Libro Tercero de esta obra, probaré que una misma cuota de plusvalía se puede expresar en las más diversas cuotas de beneficio, y que diversas cuotas de plusvalía, en circunstancias determinadas, se pueden expresar en la misma cuota de beneficio.

## II. *Jornada de trabajo constante, fuerza productiva del trabajo constante, intensidad del trabajo variable*

El aumento de la intensidad del trabajo supone aumento del gasto de trabajo en el mismo tiempo. La jornada de trabajo más intensa se materializa, por lo tanto, en más productos que la jornada de trabajo menos intensa del mismo número de horas. Con una fuerza productiva aumentada, una misma jornada de trabajo suministra también, ciertamente, más productos. Pero en este último caso disminuye el valor del producto individual, porque cuesta menos trabajo que antes, mientras que en el primer caso permanece inalterado, porque el producto cuesta la misma cantidad de trabajo que antes. En este caso aumenta el número de productos sin disminución de su precio. Con su número aumenta la suma de sus precios, mientras que en el otro caso lo único que pasaba era que una misma suma de valor se presentaba en una masa mayor de productos. Así, pues, si el número de horas sigue siendo el mismo, la jornada de trabajo más intensiva se materializa en un producto-valor superior; por lo tanto, en más dinero, si el valor del dinero queda igual. Su producto-valor varía al desviarse su intensidad del grado social normal. Así, pues, una misma jornada de trabajo no se representa, como antes, en un producto-valor constante, sino en un producto-valor variable; p. e., la jornada de trabajo de doce horas más intensa se representa en 7 sh., 8 sh., etc., en vez de en 6 sh., como la jornada de trabajo de doce horas de intensidad corriente. Está claro que si el producto-valor de la jornada de trabajo varía de 6 sh. a 8 sh., ambas partes

de ese producto-valor —el precio de la fuerza de trabajo y la plusvalía— pueden aumentar al mismo tiempo, ya en el mismo grado, ya en grado desigual. El precio de la fuerza de trabajo y la plusvalía pueden aumentar uno y otra al mismo tiempo de 3 sh. a 4 sh., cuando el producto-valor aumenta de 6 sh. a 8 sh. El aumento de precio de la fuerza de trabajo no implica aquí inevitablemente que su precio aumente por encima de su valor. Aquel aumento puede ir acompañado, al contrario, por una caída hasta por debajo de su valor. Esto ocurre siempre que el aumento de precio de la fuerza de trabajo no compensa su desgaste acelerado.

Es sabido que —con excepciones pasajeras— una variación de la productividad del trabajo sólo acarrea una variación de la magnitud de valor de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, de la magnitud de la plusvalía si los productos de las ramas industriales de que se trate forman parte del consumo habitual del trabajador. Esta limitación desaparece ahora. Sea extensiva o intensiva la variación de magnitud del trabajo, corresponde a su variación de cantidad una variación de la magnitud de su producto-valor, independientemente de la naturaleza del artículo en el que se represente ese valor.

Si la intensidad del trabajo aumentara en todas las ramas industriales simultánea y homogéneamente, el nuevo y superior grado de intensidad sería el grado normal social corriente y, con ello, dejaría también de contar como magnitud extensiva. Pero incluso en ese caso los grados medios de intensidad del trabajo serían diferentes en diferentes naciones y, por lo tanto, modificarían la aplicación de la ley del valor a las distintas jornadas de trabajo nacionales. La jornada de trabajo, más intensa, de una nación se representa por una expresión en dinero más elevada que la de la jornada de trabajo, menos intensa, de otra nación.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> «Si todas las demás cosas son iguales, el manufacturero inglés puede producir en un tiempo dado una cantidad de obra considerablemente mayor que la que produzca un manufacturero extranjero, tan mayor como para contrapesar la diferencia de jornadas de trabajo entre las 60 horas semanales de aquí y las 72 u 80 de otros países.» (*Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1855*, pág. 65.) El procedimiento más infalible para disminuir esa diferencia entre la hora de trabajo continental y la inglesa sería una mayor reducción legal de la jornada de trabajo en las fábricas continentales.



III. *Fuerza productiva  
e intensidad del trabajo constantes,  
jornada de trabajo variable*

La jornada de trabajo puede variar en dos sentidos. Se puede abreviar o prolongar.

1. La abreviación de la jornada de trabajo en las condiciones dadas —esto es, con fuerza productiva e intensidad del trabajo inalteradas— no cambia el valor de la fuerza de trabajo ni, por lo tanto, el tiempo de trabajo necesario. Reduce el plustrabajo y la plusvalía. Con la magnitud absoluta de esta última disminuye también su magnitud relativa, esto es, su magnitud respecto de la permanente cantidad de valor de la fuerza de trabajo. El capitalista no podría evitar su perjuicio más que rebajando el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor.

Todas las frases hechas tradicionales contra la reducción de la jornada de trabajo dan por sentado que el fenómeno se produce en las condiciones aquí presupuestas, mientras que en la realidad ocurre, por el contrario, que la reducción de la jornada de trabajo es precedida o seguida inmediatamente por una variación de la productividad y la intensidad del trabajo.<sup>13</sup>

2. Prolongación de la jornada de trabajo: sea el tiempo de trabajo necesario 6 horas, o 3 sh. el valor de la fuerza de trabajo; 6 horas también el plustrabajo y 3 sh. la plusvalía. La jornada de trabajo total alcanza entonces 12 horas y se representa en un producto-valor de 6 sh. Si la jornada de trabajo se prolonga 2 horas y el precio de la fuerza de trabajo se mantiene inalterado, entonces la magnitud relativa de la plusvalía aumenta al aumentar la absoluta. La cantidad de valor de la fuerza de trabajo se mantiene inalterada absolutamente, pero baja relativamente. En las condiciones de I, la magnitud de valor relativa de la fuerza de trabajo no podría variar sin que variara su magnitud absoluta. Ahora, por el contrario, la variación relativa de magnitud del valor de la fuerza de trabajo es resultado de un aumento absoluto de magnitud de la plusvalía.

Como el producto-valor en el que se representa la jornada de trabajo aumenta al prolongarse ésta, el precio de la fuerza de trabajo y la plusvalía pueden aumentar simultáneamente, con el mismo o con des-

<sup>13</sup> «Hay circunstancias compensadoras ... que ha sacado a la luz el funcionamiento del Act de las Diez Horas.» (*Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1848*, pág. 7).

igual incremento. Este aumento simultáneo es, pues, posible en dos casos: en el de prolongación absoluta de la jornada de trabajo y en el de aumento de intensidad del trabajo, sin esa prolongación.

Con la prolongación de la jornada de trabajo el precio de la fuerza de trabajo puede bajar hasta por debajo de su valor aunque nominalmente siga sin alterar o incluso suba. Pues, como se recordará, el valor diario de la fuerza de trabajo se estima por su duración media normal, o sea, por el período normal de vida del trabajador, y por la correspondiente y normal transposición, adecuada a la naturaleza humana, de substancia vital en movimiento.<sup>14</sup> Hasta cierto punto el mayor desgaste de la fuerza de trabajo, inseparable de la prolongación de la jornada de trabajo, se puede compensar con una substitución mayor. Pero más allá de aquel punto el desgaste aumenta en progresión geométrica y se destruyen al mismo tiempo todas las condiciones normales de reproducción y actuación de la fuerza de trabajo. El precio de la fuerza de trabajo y su grado de explotación dejan de ser magnitudes conmensurables una con otra.

IV. *Variaciones simultáneas de la duración,  
la fuerza productiva y la intensidad del trabajo*

En esto es posible, manifiestamente, un gran número de combinaciones. Dos factores pueden variar y uno permanecer constante, o pueden variar los tres simultáneamente. Pueden variar todos en el mismo grado, o en grados desiguales, en el mismo sentido o en sentidos contrapuestos, con lo que sus variaciones pueden anularse parcial o totalmente. Pero el análisis de todos los casos posibles es fácil de acuerdo con las claves dadas bajo I, II y III. El resultado de cada combinación posible se halla tratando sucesivamente un factor cada vez como variable y los otros dos, por de pronto, como constantes. Por eso aquí no registramos ya más que, brevemente, dos casos importantes.

1.º Disminución de la fuerza productiva del trabajo con prolongación simultánea de la jornada de trabajo:

Al hablar aquí de disminución de la fuerza productiva del trabajo nos referimos a ramas del trabajo cuyos productos determinan el valor

<sup>14</sup> «La cantidad de trabajo a que se ha sometido un hombre en el curso de 24 horas se puede averiguar aproximadamente mediante un examen de los cambios químicos que han ocurrido en su cuerpo, porque los cambios de forma de la materia indican el previo ejercicio de la fuerza dinámica.» (GROVE, *On the Correlation of Physical Forces*, [págs. 308, 309].)



de la fuerza de trabajo, o sea, p. e., a la disminución de la fuerza productiva del trabajo por causa de una creciente esterilidad del suelo y al correspondiente encarecimiento de los productos de la tierra. Sea la jornada de trabajo de doce horas, su producto-valor 6 sh., la mitad de los cuales repone el valor de la fuerza de trabajo y la otra mitad de los cuales constituye plusvalía. La jornada de trabajo se descompone, pues, en 6 horas de trabajo necesario y 6 horas de plustrabajo. Supóngase que a consecuencia del encarecimiento de los productos de la tierra el valor de la fuerza de trabajo sube de 3 sh. a 4 sh., y, por lo tanto, el tiempo de trabajo necesario aumenta de 6 horas a 8 horas. Si la jornada de trabajo se mantiene inalterada, el plustrabajo disminuye de 6 horas a 4 horas, la plusvalía de 3 sh. a 2 sh. Si la jornada de trabajo se prolonga 2 horas, o sea, pasa de 12 horas a 14 horas, el plustrabajo sigue siendo de 6 horas y la plusvalía de 3 sh., pero su magnitud disminuye en comparación con el valor de la fuerza de trabajo, medido por el trabajo necesario. Si la jornada de trabajo se prolonga 4 horas, de 12 a 16 horas, se mantienen inalteradas las magnitudes relativas de la plusvalía y el valor de la fuerza de trabajo, del plustrabajo y el trabajo necesario, pero la magnitud absoluta de la plusvalía aumenta de 3 sh. a 4 sh., y la del plustrabajo de 6 horas de trabajo a 8, o sea, en  $1/3$ , o  $33\ 1/3\ %$ . Así, pues, cuando disminuye la fuerza productiva del trabajo y se prolonga al mismo tiempo la jornada de trabajo, la magnitud absoluta de la plusvalía puede quedar inalterada mientras disminuye su magnitud proporcional; su magnitud proporcional puede quedar inalterada mientras aumenta su magnitud absoluta; y, según el grado de la prolongación, ambas pueden aumentar.

Entre 1799 y 1815 la subida de los precios de los alimentos en Inglaterra provocó una subida nominal de los salarios, aunque bajaron los salarios reales, expresos en medios de vida. De eso infirieron West y Ricardo que la disminución de la productividad del trabajo agrícola había causado una disminución de la cuota de plusvalía, y convirtieron esa suposición, sólo válida en su fantasía, en punto de partida de importantes análisis acerca de las magnitudes relativas del salario, el beneficio y la renta de la tierra. Pero la realidad es que, gracias al aumento de la intensidad del trabajo y a la prolongación impuesta de la jornada de trabajo, la plusvalía había aumentado entonces absoluta y relativamente. Ése fue el período en que consiguió carta de ciudadanía la prolongación desmedida de la jornada de trabajo,<sup>15</sup> el período caracteri-

<sup>15</sup> «El trigo y el trabajo coinciden pocas veces del todo; pero hay un límite evidente más allá del cual no se los puede separar. Los esfuerzos extraordinarios de las clases trabajadoras en los tiempos de carestía, que causan la disminución de los

zado especialmente por la aceleración del aumento del capital en un lado y del pauperismo en el otro.<sup>16</sup>

2. Intensidad y fuerza productiva crecientes del trabajo con reducción simultánea de la jornada de trabajo:

El aumento de la fuerza productiva del trabajo y el aumento de la intensidad de éste actúan, en un aspecto, de manera uniforme. Las dos cosas aumentan la masa de productos conseguida en cada período. Ambos reducen, pues, la parte de la jornada de trabajo que el trabajador necesita para producir sus medios de vida o su equivalente. El límite mínimo absoluto de la jornada de trabajo está en principio constituido por ese elemento suyo necesario, aunque contraíble. Si la entera jornada de trabajo se redujera a eso, dejaría de haber plusvalía, cosa imposible bajo el dominio del capital. La eliminación de la forma de producción capitalista permite reducir la jornada de trabajo al trabajo necesario. Pero, con las demás circunstancias inalteradas, el trabajo necesario am-

salarios del que se hablaba en las declaraciones» (a saber, las hechas ante las comisiones parlamentarias de investigación de 1814-1815) «redundan en ganancia grande de los particulares y favorecen sin duda el aumento del capital. Pero nadie que tenga sentimientos humanos puede desear que se produzcan sin alivio ni interrupción. Son sumamente admirables como ayuda transitoria; pero si se produjeran siempre, actuarían de manera parecida a la de una población hinchada hasta el último límite respecto de su subsistencia.» (MALTHUS, *Inquiry into the Nature and Progress of Rent*, Lond. 1815, pág. 48, nota.) Honra a Malthus el que acentúe la prolongación de la jornada de trabajo, que comenta directamente también en otro lugar de su panfleto, mientras que Ricardo y otros basaron todas sus investigaciones en la magnitud constante de la jornada de trabajo, incluso cuando tenían a la vista los hechos más clamorosos. Pero los intereses conservadores cuyo siervo era Malthus le impidieron ver que la prolongación desmedida de la jornada de trabajo, coincidiendo con el extraordinario desarrollo de la maquinaria y la explotación del trabajo de las mujeres y de los niños, tenía que convertir en «supernumerarios» a una gran parte de la clase trabajadora, precisamente en cuanto cesaran la demanda de guerra y el monopolio inglés del mercado mundial. Era, naturalmente, mucho más cómodo —y mucho más adecuado para los intereses de las clases dominantes, a las que Malthus idolatra de un modo auténticamente clerical— explicar esa «sobrepoblación» por las leyes eternas de la naturaleza que hacerlo por las leyes naturales puramente históricas de la producción capitalista.

<sup>16</sup> «Una causa principal del aumento de capital durante la guerra fue los mayores esfuerzos, y acaso también mayores privaciones, de las clases trabajadoras, las más numerosas en toda sociedad. Más mujeres y niños se vieron obligados por las circunstancias de su necesidad a aceptar ocupaciones laboriosas; y, por la misma causa, quienes ya eran trabajadores se vieron obligados a dedicar al aumento de la producción una parte mayor del tiempo.» (*Essays on Political Econ. in which are illustrated the Principal Causes of the Present National Distress*, Lond. 1830, pág. 248.)



pliaría su ámbito. Por una parte, porque las condiciones de vida del trabajador serían más ricas y sus aspiraciones vitales mayores. Por otra, porque una parte del actual plustrabajo contaría como trabajo necesario, a saber: el trabajo necesario para obtener un fondo social de reserva y acumulación.

Cuanto más aumenta la fuerza productiva del trabajo, tanto más se puede reducir la jornada de trabajo, y cuanto más se reduce la jornada de trabajo, tanto más puede aumentar la intensidad del trabajo. Considerada socialmente, la productividad del trabajo aumenta con su economía. Ésta no incluye sólo la economización de medios de producción, sino también la evitación de todo trabajo inútil. Mientras que el modo de producción capitalista impone economía en todo negocio individual, su anárquico sistema competitivo genera el despilfarro más desmedido de los medios sociales de producción y de las fuerzas de trabajo sociales, junto con un número enorme de funciones hoy imprescindibles, pero superfluas en y por sí mismas.

Dadas la intensidad y la fuerza productiva del trabajo, la parte de la jornada de trabajo social necesaria para la producción material es tanto más corta —y, consiguientemente, la parte del tiempo conquistada para la actuación libre, espiritual y social de los individuos es tanto mayor— cuanto más uniformemente está repartido el trabajo entre todos los miembros de la sociedad capaces de trabajar, cuanto menos puede una capa social descargarse de la necesidad natural del trabajo y cargar con ella a otra capa. Desde este punto de vista el límite absoluto de la reducción de la jornada de trabajo es la generalidad del trabajo. En la sociedad capitalista se produce tiempo libre para una clase mediante la conversión del tiempo de la vida de las masas en tiempo de trabajo.

## Capítulo decimosexto

### DIVERSAS FÓRMULAS DE LA CUOTA DE PLUSVALÍA

Se ha visto que la cuota de plusvalía se representa por las fórmulas:

I

$$\frac{\text{plusvalía}}{\text{capital variable}} \left( \frac{p}{v} \right) = \frac{\text{plusvalía}}{\text{valor de la fuerza de trabajo}} = \frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$$

Las dos primeras fórmulas presentan como razón entre valores lo que la tercera presenta como razón entre los tiempos en que se produce esos valores. Estas fórmulas, mutuamente substitutivas, son conceptualmente rigurosas. Por eso en la economía política clásica se las encuentra, sin duda, en su contenido, pero no explicitadas conscientemente. En la economía política clásica encontramos, en cambio, las siguientes fórmulas derivadas:

II

$$\frac{\text{plustrabajo}}{\text{jornada de trabajo}} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{valor del producto}} = \frac{\text{plusproducto}}{\text{producto total}}$$

En este caso una misma proporción se expresa alternativamente en forma de tiempos de trabajo, de los valores en que se materializan esos tiempos de trabajo y de los productos en los que existen esos valores. Se da, naturalmente, por supuesto que no hay que entender por valor del producto más que el producto-valor de la jornada de trabajo, mientras que queda excluida la parte constante del valor del producto.

En todas esas fórmulas está mal expresado el real grado de explotación del trabajo, la cuota de plusvalía. Sea la jornada de trabajo de 12 horas. Con los demás supuestos de nuestro ejemplo anterior, el real grado de explotación del trabajo se representa en este caso por las proporciones:

$$\frac{6 \text{ horas de plustrabajo}}{6 \text{ horas de trabajo necesario}} = \frac{\text{plusvalía de 3 sh.}}{\text{capital variable de 3 sh.}} = 100 \%$$



En cambio, según las fórmulas II obtenemos:

$$\frac{6 \text{ horas de plustrabajo}}{\text{jornada de trabajo de 12 horas}} = \frac{\text{plusvalía de 3 sh.}}{\text{producto-valor de 6 sh.}} = 50 \%$$

Esas fórmulas derivadas expresan en realidad la proporción en la cual se divide la jornada de trabajo, o su producto-valor, entre el capitalista y el trabajador. Por eso si se ponen como expresiones inmediatas del grado de autovalorización del capital, se establece también la ley falsa siguiente: el plustrabajo o la plusvalía no pueden nunca llegar al 100 %.<sup>17</sup> Como el plustrabajo no puede constituir nunca más que una parte alícuota de la jornada de trabajo, como la plusvalía no puede constituir nunca más que una parte alícuota del producto-valor, el plustrabajo es siempre necesariamente menor que la jornada de trabajo, la plusvalía es siempre necesariamente menor que el producto-valor. Pero para comportarse como 100/100 tendrían que ser iguales. Para que el plustrabajo absorbiera toda la jornada de trabajo (se trata aquí del día medio de la semana de trabajo, del año de trabajo, etc.), el trabajo necesario tendría que reducirse a cero. Pero si desaparece el trabajo necesario, entonces desaparece también el plustrabajo, puesto que éste

no es sino función del primero. La proporción  $\frac{\text{plustrabajo}}{\text{jornada de trabajo}} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{producto-valor}}$  no puede, pues, alcanzar nunca el límite  $\frac{100}{100}$ ,

y aún menos subir hasta  $\frac{100 + x}{100}$ . Pero sí que lo puede la cuota de plusvalía, el real grado de explotación del trabajo. Tómese, p. e., la estimación del señor L. de Lavergne, según la cual el trabajador agrícola

<sup>17</sup> Así, p. e., en *Dritter Brief an v. Kirchmann von Rodbertus. Widerlegung der Ricardo'schen Theorie von der Grundrente und Begründung einer neuen Rententheorie*, Berlín 1851. (Tercera carta a von Kirchmann por Rodbertus. Refutación de la teoría ricardiana de la renta de la tierra y fundamentación de una nueva teoría de la renta.) Más adelante volveré a referirme a ese escrito que, pese a su falsa teoría de la renta de la tierra, penetra en la esencia de la producción capitalista. ¡Añadido a la 3.ª ed. Ahí se ve lo benévolamente que juzgaba Marx a sus precursores en cuanto que hallaba en ellos un progreso real, una idea nueva y acertada. Desde entonces la publicación de las cartas de Rodbertus a Rud. Meyer ha limitado en cierta medida ese reconocimiento. Se dice en ellas: «Hay que salvar el capital no sólo del trabajo, sino también de sí mismo, y esto se hace del mejor modo si se concibe la actividad del empresario-capitalista como funciones de economía nacional y estatal que le han sido delegadas por la propiedad del capital, y si se entiende su ganancia como una forma de retribución, porque todavía no conocemos ninguna otra organización social. Pero es lícito regular las retribuciones, e incluso moderarlas si toman demasiado al sala-

inglés no recibe más que 1/4 del producto<sup>18</sup> o de su valor, mientras que el capitalista (arrendatario) recibe 3/4, cualquiera que sea el modo como se reparta luego el botín entre el capitalista y el propietario de la tierra, etc. Según eso, el plustrabajo del trabajador agrícola inglés se comporta respecto de su trabajo necesario = 3:1, que es un porcentaje de explotación del 300 %.

El método de la escuela, el tratar la jornada de trabajo como magnitud constante, se consolidó por la aplicación de las fórmulas II, porque de acuerdo con éstas el plustrabajo se compara siempre con una jornada de trabajo de magnitud dada. Lo mismo ocurre cuando lo único que se tiene en cuenta es la división del producto-valor. La jornada de trabajo ya objetivada en un producto-valor es siempre una jornada de trabajo de límites dados.

La exposición de la plusvalía y del valor de la fuerza de trabajo como fracciones del producto-valor —modo de exposición que, por lo demás, nace del modo de producción capitalista mismo y cuyo sentido se manifestará más tarde— esconde el carácter específico de la relación de capital, a saber, el intercambio del capital variable por la fuerza de trabajo viva y la correspondiente exclusión del trabajador del producto. En el lugar de esa relación se presenta la falsa apariencia de una relación de asociación en la cual trabajador y capitalista se reparten el producto según la razón entre sus diferentes factores constituyentes.<sup>19</sup>

Por lo demás, las fórmulas II se pueden retransformar siempre en las fórmulas I. Si tenemos, p. e.,  $\frac{\text{plustrabajo de 6 horas}}{\text{jornada de trabajo de 12 horas}}$ ,

rio. De este modo hay que defenderse del asalto de Marx a la sociedad (así llamaría yo a su libro) ... En general el libro de Marx no es tanto una investigación sobre el capital cuanto una polémica contra la forma presente del capital, la cual confunde con el concepto mismo de capital, de lo que nacen todos sus errores.» (*Briefe, etc., von DR. RODBERTUS-JAGETZOW*, ed. por DR. RUD. MEYER, Berlín 1881, Bd. I, pág. 111, carta de Rodbertus.) En tales vulgaridades ideológicas se agotan los comienzos, verdaderamente audaces, de las «cartas sociales» de R. F. E. }

<sup>18</sup> En ese cálculo se substraen, naturalmente, la parte del producto que substituye meramente el capital constante invertido. El señor L. de Lavergne, ciego admirador de Inglaterra, da una proporción más bien rebajada que exagerada.

<sup>19</sup> Como todas las formas desarrolladas del proceso capitalista de producción son formas de cooperación, nada es más fácil, naturalmente, que hacer abstracción de su carácter específicamente antagónico y transformarlas, fabulando, en libres formas de asociación, como se hace en la obra del conde A. DE LABORDE, *De l'Esprit de l'Association dans tous les intérêts de la Communauté*, París 1818. El yankee H. Carey consigue realizar ocasionalmente ese juego de manos, con el mismo éxito, incluso respecto de las relaciones y circunstancias del sistema esclavista.



entonces el tiempo de trabajo necesario = jornada de trabajo de doce horas menos plustrabajo de seis horas, y así resulta:

$$\frac{\text{plustrabajo de 6 horas}}{\text{tiempo de trabajo necesario de 6 horas}} = \frac{100}{100}$$

Hay una tercera fórmula que he anticipado incidentalmente:

III

$$\frac{\text{plusvalía}}{\text{valor de la fuerza de trabajo}} = \frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}} = \frac{\text{trabajo no pagado}}{\text{trabajo pagado}}$$

La confusión a que pudiera inducir la fórmula  $\frac{\text{trabajo no pagado}}{\text{trabajo pagado}}$ , sugiriendo que el capitalista paga el trabajo, no la fuerza de trabajo, se elimina de acuerdo con el desarrollo antes expuesto.  $\frac{\text{Trabajo no pagado}}{\text{trabajo pagado}}$  es sólo expresión popular de  $\frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$ . El capitalista paga el

valor de la fuerza de trabajo, o un precio de ésta en discrepancia con su valor, y recibe a cambio la disposición sobre la fuerza viva de trabajo misma. Su aprovechamiento de esta fuerza de trabajo se divide en dos períodos. Durante un período el trabajador produce sólo un valor = valor de su fuerza de trabajo, o sea, sólo un equivalente. El capitalista recibe así, por el precio adelantado de la fuerza de trabajo, un producto del mismo precio. Es como si hubiera comprado el producto ya terminado en el mercado. En cambio, en el período de plustrabajo el aprovechamiento de la fuerza de trabajo constituye valor para el capitalista sin costarle ninguna sustitución de ese valor.<sup>20</sup> El capitalista obtiene gratis esa fluidificación de la fuerza de trabajo. En este sentido se puede llamar al plustrabajo trabajo no pagado.

Así, pues, el capital no es sólo mando sobre el trabajo, como dice A. Smith. Es esencialmente mando sobre trabajo no pagado. Toda plusvalía, cualquiera que sea la forma particular —beneficio, interés, renta de la tierra, etc.— en la cual cristalice luego, es por su substancia materialización de tiempo de trabajo no pagado. El misterio de la autovalorización del capital se resuelve en su disposición de una determinada cantidad de trabajo ajeno no pagado.

<sup>20</sup> Aunque los fisiócratas no descubrieron el secreto de la plusvalía, de todos modos, llegaron a ver que la plusvalía «es una riqueza independiente y disponible que él» (el que la posee) «no ha comprado, pero vende». (TURGOT, *Réflexions sur la Formation et la Distribution des Richesses*, pág. 11.)

## EL SALARIO DEL TRABAJO

### Capítulo decimoséptimo

#### CONVERSIÓN DE VALOR

#### O PRECIO DE LA FUERZA DE TRABAJO EN SALARIO

En la superficie de la sociedad burguesa el salario del trabajador aparece como precio del trabajo, como una cantidad determinada de dinero que se paga por una cantidad determinada de trabajo. Se habla entonces del valor del trabajo y se llama a su expresión en dinero precio necesario o natural suyo. Se habla, por otra parte, de precios de mercado del trabajo, esto es, de precios que oscilan por encima o por debajo del precio necesario del trabajo.

Pero ¿qué es el valor de una mercancía? Forma objetivada del trabajo social gastado en su producción. Y ¿con qué medimos la magnitud de su valor? Por la magnitud del trabajo contenido en ella. ¿Mediante qué se determinaría, entonces, el valor, p. e., de una jornada de trabajo de doce horas? Por las 12 horas de trabajo contenidas en una jornada de trabajo de 12 horas, lo cual es una tautología insípida.<sup>21</sup>

Para ser vendido como mercancía en el mercado, el trabajo tendría,

<sup>21</sup> «El señor Ricardo evita agudamente una dificultad que a primera vista amenaza con perturbar su doctrina de que el valor depende de la cantidad de trabajo empleado en la producción. Si uno se atiene rígidamente a ese principio, se sigue que el valor del trabajo depende de la cantidad de trabajo empleado en producirlo, lo cual es evidentemente absurdo. Consiguientemente, el señor Ricardo hace, mediante un diestro giro, que el valor del trabajo dependa de la cantidad de trabajo requerida para producir los salarios; o, por darle el beneficio de su propio lenguaje, Ricardo sostiene que el valor del trabajo se tiene que estimar por la cantidad de trabajo requerida para producir los salarios; con lo que indica la cantidad de trabajo requerida para producir el dinero o los bienes dados al trabajador. Eso es como decir que el valor del paño se estima no por la cantidad de trabajo empleada en su producción, sino por la cantidad de trabajo empleada en la producción de la plata por la cual se cambia el paño.» ([S. BAILEY,] *A Critical Dissertation on the Nature, etc., of Value*, págs. 50, 51.)



en cualquier caso, que existir antes de ser vendido. Pero si el trabajador pudiera darle existencia autónoma, vendería mercancía, y no trabajo.<sup>22</sup>

Prescindiendo de esas contradicciones, el intercambio directo de dinero —esto es, de trabajo objetivado— por trabajo vivo aboliría la ley del valor —la cual se despliega con libertad precisamente sobre la base de la producción capitalista—, o bien aboliría la producción capitalista misma, la cual se basa precisamente en el trabajo asalariado. La jornada de trabajo de 12 horas se presenta, p. e., en un valor monetario de 6 sh. O bien se intercambian equivalentes, y entonces el trabajador recibe 6 sh. por sus doce horas de trabajo. El precio de su trabajo sería igual al precio de su producto. En este caso no produciría ninguna plusvalía para el comprador de su trabajo, los 6 sh. no se convertirían en capital y desaparecería el fundamento de la producción capitalista, cuando precisamente sobre esa base vende el trabajador su trabajo y es su trabajo asalariado. O bien recibe por las 12 horas de trabajo menos de 6 sh., o sea, menos de 12 horas de trabajo. Esta igualación de magnitudes desiguales no sólo suprime la determinación del valor. Semejante contradicción, que se destruye a sí misma, no se puede siquiera enunciar ni formular.<sup>23</sup>

Tampoco es de ninguna utilidad deducir el intercambio de más trabajo con menos trabajo partiendo de la diferencia de forma, esto es, de que en un caso es trabajo objetivado y en el otro trabajo vivo.<sup>24</sup> Eso es particularmente inútil porque el valor de una mercancía no se determina por la cantidad de trabajo realmente objetivado en ella, sino por la cantidad del trabajo vivo necesario para su producción. Sea una

<sup>22</sup> «Aunque se llame mercancía al trabajo, no es como una mercancía, que primero se produce para cambiarla y luego se lleva al mercado donde tiene que cambiarse por otras mercancías de acuerdo con las cantidades respectivas de cada una que pueda haber en ese momento en el mercado; el trabajo se crea en el momento en que se lleva al mercado; ni eso: se lleva al mercado antes de crearlo.» (*Observations on some verbal disputes, etc.*, págs. 75, 76.)

<sup>23</sup> «Si se trata el trabajo como una mercancía y el capital, producto del trabajo, como otra mercancía, entonces, si el valor de esas dos mercancías se regulara por cantidades iguales de trabajo, una cantidad dada de trabajo ... se cambiaría por la cantidad de capital que hubiera sido producida por la misma cantidad de trabajo; un trabajo anterior ... se cambiaría por la misma cantidad que el trabajo presente ... Pero el valor del trabajo respecto de otras mercancías ... no se determina por cantidades iguales de trabajo.» (E. G. WAKEFIELD en su edición de *Wealth of Nations*, de A. SMITH, Lond. 1835, vol. I, págs. 230, 231, nota.)

<sup>24</sup> «Ha habido que convenir (he aquí otra edición del «contrat social») en que todas las veces que cambiara trabajo hecho por trabajo que hacer, el último» (el capitalista) «tendría un valor superior al del primero» (el trabajador). (SIMONDE [i. e., SISMONDI], *De la Richesse Commerciale*, Genève 1803, t. I, pág. 37.)

mercancía que representa 6 horas de trabajo. Si se realizan inventos por los cuales se la puede producir en 3 horas, el valor incluso de la mercancía ya producida disminuye en la mitad. Ahora representa 3 horas de trabajo socialmente necesario, en vez de las 6 de antes. Por lo tanto, lo que determina su magnitud de valor es la cantidad de trabajo requerida para su producción, no su forma objetiva.

Lo que en el mercado se enfrenta directamente al poseedor de dinero no es, en efecto, el trabajo, sino el trabajador. Lo que este último vende es su fuerza de trabajo. En cuanto que empieza realmente su trabajo, éste ha dejado de pertenecerle, por lo que ya no lo puede vender. El trabajo es la substancia y la medida inmanente de los valores, pero él mismo no tiene valor.<sup>25</sup>

En la expresión «valor del trabajo» el concepto de valor no sólo está completamente extirpado, sino incluso invertido en su contrario. Es una expresión imaginaria, como, por ejemplo, «valor de la tierra». Esas expresiones imaginarias nacen, sin embargo, de las mismas relaciones de producción. Son categorías de las formas de manifestación de relaciones esenciales. Las cosas se presentan a menudo deformadas en su manifestación, como se sabe más o menos en todas las ciencias, salvo en la economía política.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> «El trabajo, criterio único del valor ... creador de toda riqueza, no mercancía.» (TH. HODGSKIN, *loc. cit.*, pág. 186.)

<sup>26</sup> El explicar esas expresiones como mera licentia poetica no revela sino la impotencia del análisis. Por eso, frente a la retórica superficialidad de Proudhon —«Se dice del trabajo que vale no en tanto que mercancía él mismo, sino en atención a los valores que se supone potencialmente contenidos en él. El valor del trabajo es una expresión figurada, etc.»— he observado: «En el trabajo-mercancía, que es de una realidad espantosa, no ve más que una elipsis gramatical. Según eso, toda la sociedad actual, basada en el trabajo-mercancía, queda fundada desde ahora en una licencia poética, en una expresión figurada. ¿Quiere la sociedad 'eliminar todos los inconvenientes' que le dan que hacer? Pues que elimine los términos malsonantes, que cambie de lenguaje, y para ello le basta con dirigirse a la Academia y pedirle una nueva edición de su diccionario.» (K. MARX, *Misère de la Philosophie*, págs. 34, 35.) Aún más cómodo es, naturalmente, no pensar absolutamente nada al decir valor. Así, p. e., J. B. Say. ¿Qué es «valeur»? Respuesta: «Es lo que vale una cosa.» Y ¿qué es «prix»? Respuesta: «El valor de una cosa expresado en dinero.» Y ¿por qué tiene «el trabajo de la tierra ... valor? Porque se le pone un precio.» O sea: valor es lo que vale una cosa, y la tierra tiene «valor» porque su valor «se expresa en dinero». Éste es, desde luego, un método muy sencillo de ponerse de acuerdo acerca del why y el wherefore<sup>\*86</sup> de las cosas.

\*86 Por qué, por lo cual.



La economía política clásica tomó de la vida cotidiana, sin más crítica, la categoría «precio del trabajo», para luego tener que preguntarse: ¿cómo se determina ese precio? Pronto se dio cuenta de que la variación de la relación entre demanda y oferta no explica, por lo que hace al precio del trabajo —como por lo que hace a cualquier otra mercancía—, exclusivamente nada más que su variación misma, esto es, la oscilación de los precios de mercado por debajo o por encima de una cierta magnitud. Si la demanda y la oferta coinciden y las demás circunstancias se mantienen igual, se detiene la oscilación del precio. Pero entonces la demanda y la oferta dejan de explicar nada. El precio del trabajo cuando coinciden la demanda y la oferta es su precio natural, determinado con independencia de la relación entre la demanda y la oferta, precio natural que se halló así como objeto que propiamente hay que analizar. O bien se tomó un período largo de oscilaciones del precio de mercado, un año, p. e., y se halló que sus subidas y bajadas se equilibran en una magnitud media central, una magnitud constante. Como es natural, esa magnitud se tenía que determinar diferentemente de las desviaciones de ella que se compensan entre sí. Este precio que subsume los casuales precios de mercado del trabajo y los regula, este «precio necesario» (fisiócratas) o «precio natural» del trabajo (Adam Smith) no puede ser, como ocurre con las demás mercancías, más que su valor expresado en dinero. De este modo creyó la economía política penetrar hasta el valor del trabajo a través de sus precios casuales. Entonces, como para las demás mercancías, ese valor se determinó por los costes de producción. Pero ¿qué son los costes de producción... del trabajador, esto es, los costes de producir o reproducir el trabajador mismo? Esta pregunta se le deslizó, inconscientemente para ella, a la economía política por debajo de la pregunta inicial, pues con la cuestión de los costes de producción del trabajo como tal la economía política se mordía la cola sin adelantar nada. De modo que lo que la economía política llama valor del trabajo (value of labour) es en realidad el valor de la fuerza de trabajo, la cual existe en la personalidad del trabajador y es tan distinta de su función —el trabajo— como lo es una máquina de sus operaciones. Atentos a la distinción entre los precios de mercado del trabajo y su llamado valor, a la relación entre ese valor y la cuota de beneficio, a los valores de las mercancías producidos por el trabajo, etc., no se descubriría nunca que el curso del análisis había llevado no sólo de los precios de mercado del trabajo a su supuesto valor, sino también a disolver a su vez ese valor del trabajo en valor de la fuerza de trabajo. La falta de consciencia acerca de ese resultado de su propio análisis, la aceptación acrítica de

las categorías «valor del trabajo», «precio natural del trabajo», etc., como expresiones adecuadas últimas de la relación de valor tratada, enredó, como se verá más tarde, a la economía política clásica en confusiones y contradicciones insolubles, al mismo tiempo que le hacía ofrecer a la economía vulgar una segura base de operaciones para su superficialidad, que sólo atiende, por principio, a la apariencia.

Veamos por de pronto cómo se expresan el valor y el precio de la fuerza de trabajo, en su forma mutada, como salario del trabajo.

Es sabido que el valor diario de la fuerza de trabajo se calcula teniendo en cuenta una determinada duración de la vida del trabajador, a la que corresponde una determinada duración de la jornada de trabajo. Supón que la jornada de trabajo habitual es de 12 horas y que el valor diario de la fuerza de trabajo importa 3 sh., expresión monetaria de un valor en el que se representan 6 horas de trabajo. Si el trabajador recibe 3 sh., lo que recibe es el valor de su fuerza de trabajo funcionando durante 12 horas. Si ese valor diario de la fuerza de trabajo se expresa como valor del trabajo diario, resulta la fórmula siguiente: el trabajo de 12 horas tiene un valor de 3 sh. De este modo el valor de la fuerza de trabajo determina el valor del trabajo o, expresado en dinero, su precio necesario. Y si el precio de la fuerza de trabajo se desvía de su valor, así también lo hace el precio del trabajo respecto de su llamado valor.

Como el valor del trabajo no es más que una expresión irracional del valor de la fuerza de trabajo, resulta sin más que el valor del trabajo tiene que ser siempre menor que su producto-valor, pues el capitalista hace siempre que la fuerza de trabajo funcione más tiempo del necesario para la reproducción de su propio valor. En el ejemplo anterior el valor de la fuerza de trabajo en funcionamiento durante 12 horas es de 3 sh., valor para cuya reproducción necesita 6 horas. Su producto-valor, en cambio, es de 6 sh., porque de hecho funciona durante 12 horas y su producto-valor no depende de su propio valor, sino de la duración de su función. Así se obtiene el resultado, a primera vista insulso, de que el trabajo que produce un valor de 6 sh. posee un valor de 3 sh.<sup>27</sup>

Se aprecia también que el valor de 3 sh., en el que se representa la parte pagada de la jornada de trabajo, o sea, seis horas de trabajo, aparece como valor o precio de la entera jornada de trabajo de 12 horas,

<sup>27</sup> Cfr. *Zur Kritik der politischen Oekonomie*, pág. 40, donde anuncio que al considerar el capital se puede resolver el problema de «¿Cómo lleva la producción sobre la base del valor de cambio determinado por el mero tiempo de trabajo al resultado de que el valor de cambio del trabajo es menor que el valor de cambio de su producto?»



que contiene 6 horas no pagadas. La forma del salario borra, pues, toda huella de la división de la jornada de trabajo en trabajo necesario y plus-trabajo, trabajo pagado y trabajo no pagado. Todo trabajo aparece como trabajo pagado. En el trabajo servil el trabajo del siervo para sí mismo y su trabajo forzado para el señor de la tierra se diferenciaban espacial y temporalmente, de un modo tangiblemente sensible. En el trabajo esclavo, incluso la parte de la jornada de trabajo en la que el esclavo repone simplemente sus propios medios de vida, o sea, la parte de la jornada de trabajo en la que el esclavo trabaja para sí mismo, aparece como trabajo para su amo. Todo su trabajo aparece como trabajo no pagado.<sup>28</sup> En el trabajo asalariado aparece, a la inversa, incluso el plus-trabajo o trabajo no pagado como trabajo pagado. Allí la relación de propiedad encubre el trabajo del esclavo para sí mismo; aquí la relación monetaria encubre el trabajo gratuito del trabajador asalariado.

Se entenderá, por lo tanto, la importancia decisiva que tiene la conversión del valor y precio de la fuerza de trabajo en la forma salario, o en valor y precio del trabajo mismo. En esa forma de manifestación que hace invisible la relación real e indica precisamente su contrario se basan todas las ideas jurídicas del trabajador y del capitalista, todas las mistificaciones del modo de producción capitalista, todas sus ilusiones de libertad, todas las pamplinas apologéticas de la economía vulgar.

Aunque la historia universal necesita mucho tiempo para penetrar en el misterio del salario, en cambio, nada es más fácil de entender que la necesidad, la *raison d'être*<sup>\*88</sup> de esa forma de manifestación. El intercambio de capital y trabajo se presenta, por de pronto, a la percepción exactamente del mismo modo que la compraventa de todas las demás mercancías. El comprador da una cierta suma de dinero, el vendedor un artículo distinto del dinero. La consciencia jurídica no reconoce aquí más que, a lo sumo, una distinción material que se expresa en las for-

<sup>28</sup> El *Morning Star*, un órgano librecambista londinense ingenuo hasta la necedad, aseguraba repetidamente durante la guerra civil norteamericana, con toda la indignación moral posible al ser humano, que los negros de los «Confederate States»<sup>\*87</sup> trabajaban absolutamente de balde. Habría debido tener la amabilidad de comparar los costes diarios de uno de esos negros con los del trabajador libre del East End londinense, p. e.

\*87 La Confederación sudista.

\*88 La razón de ser.

mas jurídicamente equivalentes *do ut des, do ut facias, facio ut des y facio ut facias*.<sup>\*89</sup>

Además: como valor de cambio y valor de uso son en sí mismos magnitudes inconmensurables, la expresión «valor del trabajo», «precio del trabajo» no parece más irracional que la expresión «valor del algodón», «precio del algodón». Se añade a eso que se paga al trabajador cuando ya ha suministrado su trabajo. Pero en su función de medio de pago, el dinero realiza a posteriori el valor o precio del artículo suministrado, o sea, en el caso presente, el valor o precio del trabajo suministrado. Por último, el «valor de uso» que el trabajador entrega al capitalista no es, efectivamente, su fuerza de trabajo, sino la función de ésta, un determinado trabajo útil, trabajo de sastrería, trabajo de zapatería, trabajo de hilado, etc. El que ese mismo trabajo, por otro de sus lados, sea un elemento general constitutivo de valor, propiedad por la que se distingue de todas las demás mercancías, cae fuera del ámbito de la consciencia habitual.

Pongámonos en el punto de vista del trabajador que por doce horas de trabajo, p. e., percibe el producto-valor de seis horas de trabajo, sean 3 sh.: para él, efectivamente, su trabajo de doce horas es el medio de compra de los 3 sh. El valor de su fuerza de trabajo puede variar, al variar el valor de sus medios de vida habituales, de 3 a 4 sh., o de 3 a 2 sh., o bien, permaneciendo igual el valor de su fuerza de trabajo, su precio, a consecuencia de un cambio en la relación entre demanda y oferta, puede subir a 4 sh. o bajar a 2 sh. mientras él sigue suministrando 12 horas de trabajo. Por eso toda variación del equivalente que recibe le parece inevitablemente variación del valor o precio de sus 12 horas de trabajo. A la inversa, esta circunstancia confundió a Adam Smith —el cual trata la jornada de trabajo como una constante—,<sup>29</sup> llevándole a la afirmación de que el valor del trabajo es constante, pese a que el valor de los medios de vida varíe y, por lo tanto, una misma jornada de trabajo se exprese en más o menos dinero para el trabajador.

Por otro lado, si consideramos al capitalista, lo que éste quiere, ciertamente, es conseguir la mayor cantidad posible de trabajo por la menor cantidad posible de dinero. Por eso en la práctica sólo le inte-

<sup>29</sup> A. Smith alude sólo casualmente a la variación de la jornada de trabajo, con ocasión del salario a destajo.

\*89 Doy para que des, doy para que hagas, hago para que des, hago para que hagas.



resa la diferencia entre el precio de la fuerza de trabajo y el valor que le crea su función. Pero intenta comprar todas las mercancías lo más barato posible, y se explica en todo caso su beneficio por la simple estafa, por la compra por debajo del valor y la venta por encima de él. Por eso no llega a ver que si realmente existiera una cosa tal como el valor del trabajo y él pagara realmente ese valor, entonces no existiría capital, su dinero no se convertiría en capital.

Además de eso, el movimiento real del salario muestra fenómenos que parecen probar que lo que se paga no es el valor de la fuerza de trabajo, sino el valor de su función, el trabajo mismo. Podemos reconducir esos fenómenos a dos grandes clases. En primer lugar: variación del salario al variar la duración de la jornada de trabajo. Con la misma razón se podría llegar a la conclusión de que no se paga el valor de la máquina, sino el de su operación, porque cuesta más alquilar una máquina por una semana que alquilarla por un día. En segundo lugar: la diferencia individual entre los salarios de trabajadores distintos que ejecutan la misma función. Esa diferencia individual se encuentra también, pero sin que sea ocasión de ilusiones, en el sistema de la esclavitud, en el cual se vende abierta y libremente, sin arabescos, la fuerza de trabajo misma. Lo que pasa es que la ventaja de una fuerza de trabajo superior a la media, o el inconveniente de una fuerza de trabajo inferior a la media, repercuten en el sistema esclavista en el propietario de esclavos y en el sistema del trabajo asalariado afectan al trabajador mismo, porque en un caso la fuerza de trabajo de éste es vendida por él mismo y en el otro lo es por una tercera persona.

Por lo demás, se aplica a la forma apariencial «valor y precio del trabajo», o «salario del trabajo», distinguida de la relación esencial, el valor y precio de la fuerza de trabajo, lo mismo que se aplica a todas las formas de manifestación y a su trasfondo oculto. Las primeras se reproducen directa y espontáneamente, como formas mentales corrientes; el otro tiene que empezar por ser descubierto por la ciencia. La economía política clásica tropieza más o menos con la situación real pero sin formularla conscientemente. No puede hacerlo mientras sigue embutida en su pellejo burgués.

## Capítulo decimoctavo

### EL SALARIO POR TIEMPO

El salario toma, por su parte, formas muy variadas, circunstancia que no se aprecia en los compendios económicos, los cuales, en su brutal interés por la materia, descuidan toda diferencia de forma. Pero la exposición de todas esas formas corresponde a la doctrina especial del trabajo asalariado, no, pues, a esta obra. Aquí, en cambio, hay que desarrollar brevemente las dos formas básicas dominantes.

Como se recordará, la venta de la fuerza de trabajo se hace siempre por determinados períodos de tiempo. Por eso la forma convertida en que se presenta directamente el valor diario, semanal, etc., de la fuerza de trabajo es la forma del «salario por tiempo», o sea, el jornal, etc.

Ahora bien: hay que observar ante todo que las leyes sobre la variación de magnitud del precio de la fuerza de trabajo y la plusvalía, expuestas ya en el capítulo decimoquinto, se convierten en leyes del salario mediante una simple alteración de forma. Asimismo la diferencia entre el valor de cambio de la fuerza de trabajo y la masa de los medios de vida en que se transpone ese valor aparece ahora como diferencia entre el salario nominal y el salario real. Sería inútil repetir en la forma de manifestación lo ya desarrollado en la forma esencial. Por eso nos limitamos a pocos puntos, caracterizadores del salario por tiempo.

La suma de dinero<sup>30</sup> que recibe el trabajador por su trabajo diario, semanal, etc., constituye el importe de su salario nominal, o salario estimado por el valor. Pero está claro que, según la duración de la jornada de trabajo —o sea, según la cantidad de trabajo suministrada diariamente por el trabajador—, un mismo jornal, una misma semanada, etc., puede representar un precio muy distinto del trabajo, esto es, sumas de dinero muy diferentes por una misma cantidad de trabajo.<sup>31</sup> Por eso

<sup>30</sup> El valor del dinero mismo se presupone aquí siempre como constante.

<sup>31</sup> «El precio del trabajo es la suma pagada por una determinada cantidad de trabajo.» (SIR EDWARD WEST, *Price of Corn and Wages of Labour*, Lond. 1826, pág. 67.) WEST es el autor de una obra anónima que hace época en la historia



hay que volver a distinguir, dentro del salario por tiempo, entre el importe total del salario, diario, semanal, etc., y el precio del trabajo. ¿Y cómo encontrar ese precio, esto es, el valor monetario de una cantidad dada de trabajo? Se obtiene el precio medio del trabajo dividiendo el valor diario medio de la fuerza de trabajo por el número de horas de la jornada de trabajo media. Si, p. e., el valor diario de la fuerza de trabajo es 3 sh., el producto-valor de 6 horas de trabajo, y la jornada de trabajo es de doce horas, entonces el precio de una hora de trabajo

$$= \frac{3 \text{ sh.}}{12} = 3 \text{ d.}$$

El precio así hallado de la hora de trabajo sirve de unidad de medida del precio del trabajo.

Se sigue de eso que el salario diario, semanal, etc., puede mantenerse igual aunque baje constantemente el precio del trabajo. Si, p. e., la jornada habitual de trabajo era de 10 horas y el valor diario de la fuerza de trabajo era 3 sh., entonces el precio de la hora de trabajo importaba  $3 \frac{3}{5}$  d.; baja hasta 3 d. si la jornada de trabajo se prolonga hasta 12 horas, y baja a  $2 \frac{2}{5}$  si la jornada de trabajo aumenta hasta 15 horas. A pesar de eso el salario diario o semanal no se altera. A la inversa, el salario diario o semanal puede aumentar aunque el precio del trabajo permanezca constante o incluso baje. Si, p. e., la jornada de trabajo era de diez horas y el valor diario de la fuerza de trabajo es de 3 sh., el precio de una hora de trabajo es de  $3 \frac{3}{5}$  d. Si, por aumento de los pedidos y sin que cambie el precio del trabajo, el trabajador pasa a trabajar 12 horas, su jornal sube a 3 sh.  $7 \frac{1}{5}$  d. sin que varíe el precio del trabajo. El mismo resultado se podría obtener si en vez de la magnitud extensiva del trabajo aumentara su magnitud intensiva.<sup>32</sup> Por lo tanto, el aumento del salario diario o semanal puede ir acompañado por la permanencia o la baja del precio del trabajo. Lo mismo se puede decir de los ingresos de la familia obrera en cuanto que a la cantidad de trabajo suministrada por el cabeza de familia se suma el trabajo de

de la economía política: *Essay on the Application of Capital to Land*. By a Fellow of Univ. College of Oxford, Lond. 1815.

<sup>32</sup> «Los salarios del trabajo ... dependen del precio del trabajo y de la cantidad de trabajo realizada ... Un aumento de los salarios del trabajo no implica necesariamente un refuerzo del precio del trabajo. Un empleo más completo y esfuerzos mayores pueden aumentar considerablemente los salarios del trabajo, mientras que el precio del trabajo puede seguir siendo el mismo.» (WEST, *loc. cit.*, págs. 67, 68 y 112.) Por lo demás, West liquida como trivial palabrería la cuestión principal: ¿cómo se determina el «price of labour»?<sup>30</sup>

los miembros de ésta. Hay, pues, métodos para rebajar el precio del trabajo que no son una reducción del salario nominal por día o por semana.<sup>33</sup>

Pero como ley general se tiene: Si está dada la cantidad de trabajo diaria, semanal, etc., el salario diario o semanal depende del precio del trabajo, el cual varía, a su vez, con el valor de la fuerza de trabajo o con las desviaciones de su precio respecto de su valor. Si está dado, a la inversa, el precio del trabajo, entonces el salario diario o semanal depende de la cantidad de trabajo diario o semanal.

La unidad de medida del salario por tiempo, el precio de la hora de trabajo, es el cociente del valor diario de la fuerza de trabajo dividido por el número de horas de la jornada de trabajo acostumbrada. Supóngase que ésta sea de 12 horas, el valor diario de la fuerza de trabajo 3 sh., producto-valor de 6 horas de trabajo. En esas circunstancias el precio de la hora de trabajo es de 3 d., su producto-valor es 6 d. Si, pues, el trabajador se emplea menos de 12 horas diarias (o menos de 6 días a la semana), p. e., sólo 6 u 8 horas, sólo recibe, dado ese precio del trabajo, 2 sh., o  $1 \frac{1}{2}$  sh. de salario diario.<sup>34</sup> Como, según lo supuesto, el trabajador ha de trabajar 6 horas diarias por término medio para producir simplemente un jornal que corresponda al valor de su fuerza de trabajo, y como, según esa misma suposición, no trabaja para sí mismo más que  $\frac{1}{2}$  de cada hora y  $\frac{1}{2}$  para el capitalista, está claro

<sup>33</sup> Esto lo descubre sensiblemente el más fanático representante de la burguesía industrial del siglo XVIII, el autor, ya citado por nosotros, del *Essay on Trade and Commerce*, aunque exponga el asunto confusamente: «La cantidad de trabajo y no su precio» (entiéndase el jornal o la semanada nominales) «es lo determinado por el precio de los alimentos y otras cosas necesarias para la vida: si bajáis mucho el precio de las cosas necesarias para la vida, reducís, desde luego, proporcionalmente la cantidad de trabajo ... Los dueños de las manufacturas saben que hay varias maneras de subir y bajar el precio del trabajo, aparte de la de alterar su importe nominal.» (*Loc. cit.*, págs. 48 y 61.) En sus *Three Lectures on the Rate of Wages*, Lond. 1830, en las que utiliza la obra de West sin citarla, N. W. SENIOR dice entre otras cosas: «El trabajador ... está principalmente interesado en el importe del salario.» (Pág. 15.) O sea, que el trabajador está principalmente interesado en lo que recibe, el importe nominal del salario, no en lo que da, la cantidad de trabajo...

<sup>34</sup> El efecto de ese subempleo anormal es totalmente distinto del de una reducción general legalmente obligatoria de la jornada de trabajo. Aquél no tiene nada que ver con la duración absoluta de la jornada de trabajo, y se puede producir igual con una jornada de trabajo de 15 horas que con una jornada de trabajo de 6 horas. El precio normal del trabajo se calcula en el primer caso sobre la base de que el trabajador trabaja por término medio 15 horas al día, y en el segundo caso 6 horas. Por eso el efecto es el mismo si en el primer caso se le emplea sólo  $7 \frac{1}{2}$  horas y en el segundo sólo 3 horas.

\*90 «Precio del trabajo».



que no puede arrancar el producto-valor de 6 horas si está ocupado menos de 12 horas. Si antes se vio las consecuencias destructivas del exceso de trabajo, aquí se descubre las fuentes de los sufrimientos que dimanaban para el trabajador de su mismo subempleo.

Si el salario por horas se fija de tal modo que el capitalista no se obligue al pago de un salario diario o semanal, sino sólo al pago de las horas de trabajo durante las cuales tiene a bien emplear al trabajador, entonces el capitalista puede emplearlo menos del tiempo tomado como base para la estimación del salario por hora o unidad de medida del precio del trabajo. Como esa unidad de medida está determinada

por la proporción  $\frac{\text{valor diario de la fuerza de trabajo}}{\text{jornada de trabajo de un número de horas dado}}$  pierde, naturalmente, todo sentido en cuanto que la jornada de trabajo deja de contener un número de horas determinado. Queda abolida la correlación entre el trabajo pagado y el no pagado. El capitalista puede ahora arrancar al trabajador una cantidad determinada de plustrabajo sin reconocerle el tiempo de trabajo necesario para su conservación. Puede destruir toda regularidad del empleo y alternar a su plena comodidad, arbitrariedad e interés del momento el exceso de trabajo más espantoso con la falta de trabajo relativa o total. Con el pretexto de pagar el «precio normal del trabajo», puede prolongar anormalmente la jornada de trabajo sin compensación alguna para el trabajador. De aquí la rebelión, plenamente racional (1860), de los trabajadores londinenses de la construcción contra el intento de los capitalistas de imponer ese tipo de salario por horas. La limitación legal de la jornada de trabajo termina con ese abuso, aunque, como es natural, no termine con el subempleo debido a la competición de la maquinaria, la variable calidad de los trabajadores utilizados, las crisis parciales y las crisis generales.

Con jornal o semana creciente, el precio del trabajo puede ser nominalmente constante y, sin embargo, caer por debajo de su nivel normal. Esto ocurre cada vez que, con precio constante del trabajo, o de la hora de trabajo, la jornada se prolonga más allá de su duración acostumbrada. Cuando en la fracción  $\frac{\text{valor diario de la fuerza de trabajo}}{\text{jornada de trabajo}}$  aumenta el denominador, el numerador aumenta todavía más deprisa. El valor de la fuerza de trabajo aumenta al aumentar la duración de su función porque también aumenta su desgaste; y este aumento del valor de la fuerza de trabajo se produce en mayor propor-

ción que el incremento de la duración de su función. En muchas ramas industriales en las que predomina el salario por tiempo sin limitación legal de la jornada de trabajo se ha constituido, por esa causa, espontáneamente la costumbre de no considerar normal la jornada de trabajo («normal working day», «the day's work», «the regular hours of work»<sup>\*91</sup>) más que hasta llegar a cierto momento, p. e., hasta una vez transcurrida la décima hora. Más allá de ese límite, el tiempo de trabajo es sobretiempo (overtime), y se paga mejor —aunque a menudo en una proporción ridículamente pequeña—, tomando la hora como unidad de medida (extra pay<sup>\*92</sup>).<sup>35</sup> La jornada de trabajo normal existe en este caso como fracción de la jornada de trabajo real, y esta última es a menudo durante el año entero más larga que la primera.<sup>36</sup> El aumento del precio del trabajo al prolongarse la jornada de trabajo más allá de cierto límite normal se configura de tal modo en varias ramas industriales inglesas que el bajo precio del trabajo durante el tiempo llamado normal impone al obrero el sobretiempo, mejor pagado, si es que quiere obtener un salario suficiente.<sup>37</sup>

<sup>35</sup> «El tipo del pago por sobretiempo» (en la manufactura de encajes) «es tan reducido —1/2 d., etc., por hora— que contrasta lamentablemente con el perjuicio masivo que infiere a la salud y la fuerza vital de los trabajadores ... Además, el pequeño sobrante así conseguido se tiene que gastar a menudo en más refrigerio.» (*Child. Empl. Comm., II Rep.*, pág. XVI, n.º 117.)

<sup>36</sup> P. e., en la impresión de papeles pintados antes de la reciente implantación del act fabril. «Trabajamos sin descanso para las comidas, de modo que el trabajo diario de 10 1/2 horas se termina a las 4 y media de la tarde, y todo lo demás es sobretiempo, que pocas veces termina antes de las 6 de la tarde, así que en realidad trabajamos sobretiempo todo el año.» («Mr. Smith's Evidence», en *Child. Empl. Comm., I Rep.*, pág. 125.)

<sup>37</sup> P. e., en los talleres escoceses de blanqueado. «En algunas partes de Escocia esta industria se llevaba» (antes de la implantación del act fabril en 1862) «por el sistema de sobretiempo, y 10 horas se consideraban jornada de trabajo normal. Por ellas recibía el hombre 1 sh. 2 d. Pero a eso se añadía diariamente un sobretiempo de 3 ó 4 horas, por las que se pagaba 3 d. por hora. Consecuencia de ese sistema: un hombre que no trabajara más que el tiempo normal no podía ganar más que 8 sh. de salario semanal. Sin sobretiempo el salario no bastaba.» (*Reports of Insp. of Fact., 30th April 1863*, pág. 10.) «El pago extra por sobretiempo es una tentación a la que los trabajadores no se pueden resistir.» (*Rep. of Insp. of Fact., 30th April 1848*, pág. 5.) La encuadración en la City de Londres utiliza numerosísimas muchachas jóvenes desde los 14-15 años de edad, y precisamente bajo contrato de aprendizaje, que prescribe determinadas horas de trabajo. Pese a ello, las muchachas trabajan durante la última semana

\*91 Las expresiones inglesas significan literalmente, por el mismo orden: «día normal de trabajo», «la tarea diaria», «las horas regulares de trabajo».

\*92 Paga extra.



La limitación legal de la jornada de trabajo acaba con esa broma.<sup>38</sup>

Es un hecho generalmente conocido que cuanto más larga es la jornada de trabajo en una rama industrial, tanto más bajo es el salario.<sup>39</sup> El inspector fabril A. Redgrave lo ilustra con un repaso comparativo del período de veinte años 1839-1859, comparación según la cual el salario subió en las fábricas sometidas a la ley de las diez horas y bajó en las fábricas en las que se trabajaba de 14 a 15 horas.<sup>40</sup>

Se sigue, por de pronto, de la ley «Dado el precio del trabajo, el salario diario o semanal depende de la cantidad de trabajo suministrada» que cuanto más bajo es el precio del trabajo tanto mayor tiene que ser la cantidad de trabajo, o tanto más larga la jornada de trabajo, para que el trabajador se asegure aunque no sea más que un salario medio miserable. Lo reducido del precio del trabajo actúa en este caso como acicate de la prolongación del tiempo de trabajo.<sup>41</sup>

de cada mes hasta las 10, las 11, las 12 y la 1 de la noche, junto con los trabajadores mayores, en una compañía muy revuelta. «Los amos las tientan (tempt) con salarios extra y dinero para una buena cena que toman en tabernas próximas.» El gran libertinaje así producido entre estos 'young immortals'<sup>\*93</sup> (*Child. Empl. Comm., V Rep.*, pág. 44, n.º 191) tiene su compensación en el hecho de que, por otra parte, encuadernan, entre otras cosas, muchas Biblias y libros edificantes.

<sup>38</sup> Véase *Reports of Insp. of Fact., 30th April 1863, loc. cit.* Con una crítica correctísima de la situación, los trabajadores londinenses empleados en la construcción declararon, durante el gran strike y lock-out<sup>\*94</sup> de 1860, que sólo estaban dispuestos a aceptar el salario por horas con dos condiciones: 1.ª, que junto con el precio de la hora de trabajo se fijara una jornada de trabajo normal de 9 y de 10 horas, y que el precio de la hora de la jornada de diez fuera mayor que el de la hora de la jornada de nueve; 2.ª, que toda hora por encima de la jornada de trabajo normal se pagara proporcionalmente más.

<sup>39</sup> «También es cosa muy notable que donde las horas largas son la regla lo son asimismo los salarios pequeños.» (*Rep. of Insp. of Fact., 31st Oct. 1863*, pág. 9.) «El trabajo que obtiene una pitanza escasa es en su mayor parte excesivamente prolongado.» (*Public Health, Sixth Rep.*, 1863, pág. 15.)

<sup>40</sup> *Reports of Insp. of Fact., 30th April 1860*, págs. 31, 32.

<sup>41</sup> P. e., los obreros que hacen clavos a mano en Inglaterra tienen que trabajar, por lo bajo que es el precio del trabajo, 15 horas diarias para sacarse la semana más mísera. «Son muchas, muchas horas al día, y todo el tiempo tiene que bregar duramente para sacarse 11 d. o 1 sh., y de 2 1/2 d. a 3 d. se van en desgaste de las herramientas, fuego, desperdicios.» (*Child. Empl. Comm., III Rep.*, pág. 136, n.º 671.) Las mujeres sólo ganan, por ese mismo tiempo de trabajo, un salario semanal de 5 sh. (*Loc. cit.*, pág. 137, n.º 674.)

<sup>\*93</sup> «Jóvenes inmortales». Es sarcasmo sobre el hecho de que una sociedad que dice creer en la existencia de un «alma» inmortal individual promueve lo que Marx considera corrupción de las jóvenes encuadernadoras.

<sup>\*94</sup> Huelga y cerrada.

Pero, recíprocamente, la prolongación del tiempo de trabajo produce, por su parte, un descenso del precio del trabajo y, por lo tanto, del salario diario o semanal.

La determinación del precio del trabajo por  
valor diario de la fuerza de trabajo

jornada de trabajo de un número de horas dado

arroja que la simple prolongación de la jornada de trabajo rebaja el precio del trabajo si no aparece ninguna compensación. Pero las mismas circunstancias que posibilitan al capitalista el prolongar duraderamente la jornada de trabajo le capacitan primero y le obligan por último a rebajar incluso nominalmente el precio del trabajo hasta que baja el precio total del aumentado número de horas, o sea, el salario diario o semanal. Basta aquí con una alusión a dos circunstancias. Si un hombre realiza la tarea de 1 1/2 o de 2 hombres, aumenta el suministro de trabajo, aunque permanece constante el suministro de fuerzas de trabajo presentes en el mercado. La competición que así se genera entre los trabajadores permite al capitalista rebajar el precio del trabajo, mientras que, recíprocamente, la disminución del precio del trabajo le permite alargar más el tiempo de trabajo.<sup>42</sup> Pero pronto esta disposición de trabajo anormal, esto es, de cantidades de trabajo no pagado que rebasan el nivel medio social, se convierte en medio de competición entre los capitalistas mismos. Una parte del precio de la mercancía consiste en el precio del trabajo. La parte no pagada del precio del trabajo no tiene por qué contar para el precio de las mercancías. Se la puede regalar al comprador. Ese es el primer paso al que empuja la competición. El segundo paso que impone consiste en excluir también del precio de venta de la mercancía una parte, por lo menos, de la plusvalía anormal obtenida mediante la prolongación de la jornada de trabajo. De este modo se forma esporádicamente primero y se fija poco a poco un precio de venta de la mercancía anormalmente bajo, el cual se convierte a partir de ese momento en fundamento constante de un salario mísero por un tiempo de trabajo excesivo, precio que empezó siendo producto de estas circunstancias. Nos limitamos a indicar ese

<sup>42</sup> Si un obrero fabril se negara, p. e., a trabajar la jornada larga tradicional «sería substituido muy pronto por alguno que estuviera dispuesto a trabajar cualquier número de horas, y así se quedaría sin trabajo». (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1848, «Evidence»*, pág. 39, n.º 58.) «Si ... un hombre hace el trabajo de dos ... se elevará por lo común la cuota de beneficio ... a consecuencia de que la oferta adicional de trabajo habrá disminuido el precio de éste.» (*SENIOR, loc. cit.*, pág. 15.)



movimiento, porque el análisis de la competición no es de este lugar. Pero, de todos modos, dejemos hablar un momento al capitalista mismo.

«En Birmingham la competición entre los amos es tan grande que bastantes de nosotros se ven obligados a hacer en cuanto empleadores cosas que se avergonzarían de hacer en otro caso; y a pesar de eso no se hace más dinero (and yet no more money is made), sino que el único que se beneficia de eso es el público.»<sup>43</sup>

Se recordará los dos tipos de panaderos londinenses, uno de los cuales (the «fullpriced» bakers) vende el pan a su precio completo, mientras que el otro («the underpriced», «the undersellers») lo vende por debajo de su precio normal. Los «fullpriced» denuncian a sus competidores ante la comisión investigadora parlamentaria:

«Existen sólo porque, en primer lugar, engañan al público» (falsificando la mercancía) «y, en segundo lugar, despellejan a sus gentes arrancándoles 18 horas de trabajo por el salario de doce ... El trabajo no pagado (the unpaid labour) de los obreros es el medio con el que se realiza esta lucha competitiva ... La competición entre los maestros panaderos es la causa de la dificultad de la eliminación del trabajo nocturno. El vendedor bajo precio, que vende su pan a un precio inferior al de coste, que varía al variar el precio de la harina, se compensa arrancando más trabajo de sus hombres. Si yo sólo saco de mis hombres 12 horas de trabajo y mi vecino obtiene 18 ó 20, él tiene que derrotarme en el precio de venta. Si los trabajadores pudieran exigir el pago de horas extraordinarias, se terminaría pronto con esa maniobra ... Gran parte de los empleados por los vendedores por debajo del precio son forasteros, jóvenes y otras personas obligadas a contentarse casi con cualquier salario que puedan obtener.»<sup>44</sup>

Esa jeremiada es interesante también porque muestra que en el cerebro de los capitalistas no se refleja más que la apariencia de las relaciones de producción. El capitalista no sabe que también el precio normal del trabajo contiene una cantidad determinada de trabajo no pagado y que precisamente ese trabajo no pagado es la fuente normal de su ganancia. Para él no existe siquiera la categoría de tiempo de plustrabajo, pues éste está incluido en la jornada de trabajo normal que él cree pagar con el jornal. Pero sí que existen para él el sobre-tiempo, la prolongación de la jornada de trabajo más allá del límite correspondiente al precio acostumbrado del trabajo. Frente a su com-

<sup>43</sup> *Child. Empl. Comm., III Rep., «Evidence»,* pág. 66, n.º 22.

<sup>44</sup> *Report, etc., relative to the Grievances complained of by the journeymen bakers*, Lond. 1862, pág. LII e *ibid.*, «Evidence», n.º 479, 359, 27. Por lo demás, también los fullpriced —como se ha indicado antes y como lo reconoce su mismo portavoz, Bennet— hacen que sus hombres «empiecen a trabajar a las 11 de la noche o antes y sigan a menudo hasta las 7 de la tarde siguiente». (*Loc. cit.*, pág. 22.)

petidor que vende por debajo del precio insiste incluso en una paga extra (extra pay) por ese sobretiempo. No sabe, en cambio, que también esa paga extra contiene trabajo no pagado, igual que el precio de la hora de trabajo habitual. P. e., el precio de una hora de la jornada de trabajo de doce horas es 3 d., producto-valor de 1/2 hora de trabajo, mientras que el precio de la hora extra de trabajo es 4 d., producto-valor de 2/3 de hora de trabajo. En el primer caso el capitalista se apropia sin pago la mitad de la hora de trabajo, en el segundo caso 1/3.



## Capítulo decimonoveno

### EL SALARIO POR PIEZA

El salario por pieza<sup>\*94 bis</sup> no es más que la forma alterada del salario por tiempo, del mismo modo que el salario por tiempo es la forma alterada del valor o precio de la fuerza de trabajo.

Con el salario por pieza parece a primera vista como si el valor de uso vendido por el trabajador no fuera la función de su fuerza de trabajo, sino trabajo ya objetivado en el producto, y como si el precio de ese trabajo no estuviera determinado, como en el salario por tiempo, por el número fraccionario

valor diario de la fuerza de trabajo

jornada de trabajo de un número de horas dado'

sino por la capacidad de rendimiento del productor.<sup>45</sup>

Para empezar, la confianza creyente en esa apariencia debería quedar muy resquebrajada ya por el hecho de que ambas formas de salario existen al mismo tiempo y en las mismas ramas económicas. P. e.:

«Los cajistas de Londres trabajan por regla general a destajo, y el salario por tiempo es entre ellos la excepción. Lo contrario les ocurre a los cajistas de las provincias, en las cuales la regla es el salario por tiempo y el salario por piezas

<sup>45</sup> «El sistema de trabajo a destajo ilustra una época de la historia del hombre trabajador; está a mitad de camino entre la posición del simple jornalero, dependiente de la voluntad del capitalista, y el artesano cooperador, que en un futuro no distante promete combinar en su persona el artesano con el capitalista. Los trabajadores a destajo son de hecho dueños de sí mismos, aunque trabajen con el capital del empleador.» (JOHN WATTS, *Trade Societies and Strikes, Machinery and Cooperative Societies*, Manchester 1865, págs. 52, 53.) Cito esta obrilla porque es una verdadera cloaca de todos los lugares comunes apologéticos hace tiempo corruptos. Este mismo señor Watts cultivó antes el owenismo y publicó en 1842 otra obrilla, *Facts and Fictions of Political Economy*, en la que declara, entre otras cosas, que property es robbery.<sup>\*95</sup> Hace ya tiempo de eso.

<sup>\*94 bis</sup> 'Salario por pieza' es sinónimo de 'salario a destajo'.

<sup>\*95</sup> Propiedad es robo.



la excepción. Los carpinteros navales del puerto de Londres cobran por piezas, mientras que los de todos los demás puertos ingleses cobran por tiempo.»<sup>46</sup>

En unos mismos talleres londinenses de guarnicionería se paga a menudo, por un mismo trabajo, salario por pieza a los franceses y salario por tiempo a los ingleses. En las fábricas propiamente dichas, en las que suele predominar el salario por pieza, algunas funciones de trabajo se abstraen por causas técnicas a esa medición y se pagan, consiguientemente, con salario por tiempo.<sup>47</sup> Pero si se considera la cosa por sí misma, queda claro que la diferencia de forma en el pago no altera nada de su esencia, aunque una forma pueda ser más favorable que la otra al desarrollo de la producción capitalista.

Sea de 12 horas la jornada de trabajo acostumbrada, 6 de las cuales pagadas, 6 no pagadas. Sea su producto-valor 6 sh., y, por lo tanto, 6 d. el de una hora de trabajo. Supóngase que resulte por experiencia que un trabajador que trabaje con el grado medio de intensidad y habilidad —o sea, que no utilice de hecho para la producción de un artículo más que el tiempo de trabajo socialmente necesario— suministra 24 piezas, partes discretas o partes medibles de una obra continua, en 12 horas. El valor de esas 24 piezas, una vez deducida la parte de capital constante contenida en ellas, es, pues, de 6 sh., y el valor de cada pieza es de 3 d. El obrero recibe 1 1/2 d. por pieza y gana así en 12 horas 3 sh. Del mismo modo que con el salario por tiempo es indiferente suponer que el obrero trabaja 6 horas para sí y 6 para el capitalista, o que de cada hora trabaja una mitad para sí y la otra para el capitalista, así también lo es aquí decir que cada pieza está mitad pagada y mitad sin pagar o que el precio de 12 piezas repone simplemente el valor de

<sup>46</sup> T. J. DUNNING, *Trade's Unions and Strikes*, Lond. 1860, pág. 22.

<sup>47</sup> He aquí cómo favorece la copresencia simultánea de esas dos formas de salario las estafas de los fabricantes: «Una fábrica emplea a 400 personas, la mitad de las cuales trabajan a destajo y tienen un interés inmediato en trabajar jornadas largas. Los otros 200 cobran por día, trabajan el mismo tiempo que los demás y no reciben más dinero por el sobretiempo ... El trabajo de esas 200 personas durante media hora diaria es igual al trabajo de una persona durante 50 horas, o a 5/6 del trabajo de una persona durante una semana, y es una positiva ganancia para el patrono.» (*Reports of Insp. of Fact., 31st October 1860*, pág. 9.) «Sigue imperando en muy gran medida el sobretrabajo; y, en la mayoría de los casos, con la seguridad respecto de descubrimiento y castigo que ofrece la misma ley. He ... mostrado ... en muchos informes anteriores el perjuicio para todos los trabajadores que no están empleados en trabajo a destajo, sino que reciben salarios semanales.» (LEONARD HORNER en *Reports of Insp. of Fact., 30th April 1859*, págs. 8, 9.)

la fuerza de trabajo, mientras que en las otras 12 se encarna la plusvalía.

La forma salario por pieza es tan irracional como la forma salario por tiempo. Mientras que, p. e., dos piezas de mercancía, una vez deducido el valor de los medios de producción consumidos en ellas, valen, como producto de una hora de trabajo, 6 d., el trabajador recibe por ellas un precio de 3 d. El salario por pieza no expresa directamente, de hecho, ninguna relación de valor. No se trata de medir el valor de la pieza por el tiempo de trabajo materializado en ella, sino, a la inversa, el trabajo gastado por el trabajador mediante el número de piezas que ha producido. Con el salario por tiempo el trabajo se mide por su duración inmediata; con el salario por pieza se mide por la cantidad de productos en que se condensa el trabajo durante un tiempo determinado.<sup>48</sup> Por último, el precio del tiempo de trabajo mismo se determina por la igualdad: valor del trabajo diario = valor diario de la fuerza de trabajo. Así, pues, el salario por pieza no es más que una forma modificada del trabajo por tiempo.

Contemplemos ahora algo más de cerca las propiedades características del salario por pieza.

La cualidad del trabajo se controla aquí por la obra misma, la cual tiene que poseer la calidad media, si es que se ha de pagar por ella el precio pleno. Por este lado el salario por pieza se convierte en fuente fecundísima de deducciones del salario y estafa capitalista.

El salario por pieza ofrece a los capitalistas una medida muy precisa de la intensidad del trabajo. Sólo el tiempo de trabajo que se materializa en una cantidad de mercancías determinada y fijada por la experiencia se considera tiempo de trabajo socialmente necesario y se paga como tal. En los grandes talleres de sastrería de Londres se llama, por ello, a una determinada pieza de obra —p. e., un chaleco, etc.—, hora, o media hora, etc., a 6 d. por hora. Por la práctica se conoce el producto medio de una hora. En los cambios de moda, los arreglos, etcétera, se producen discusiones entre los empleadores y los obreros sobre si una pieza determinada = una hora, etc., hasta que la experiencia decide también en estos casos. Cosa parecida ocurre en las ebanisterías de Londres, etc. Si el trabajador no tiene la capacidad de

<sup>48</sup> «El salario se puede medir de dos maneras: a base de la duración del trabajo o a base de su producto.» (*Abrégé élémentaire des principes de l'Écon. Pol.*, Paris 1796, pág. 32.) Autor de esta obra anónima: G. GARNIER.



rendimiento media y, por lo tanto, no puede suministrar un determinado mínimo de obra diaria, se le despide.<sup>49</sup>

Como en este caso la calidad y la intensidad del trabajo se controlan por la forma misma del salario, esa forma hace superflua gran parte de la supervisión del trabajo. Por eso es fundamento del moderno trabajo en casa, antes descrito, y de un sistema jerárquicamente articulado de explotación y opresión. Este último tiene dos formas básicas. El salario por pieza facilita, por una parte, la inserción de parásitos entre el capitalista y el asalariado, el subarriendo del trabajo (subletting of labour). La ganancia de los intermediarios procede exclusivamente de la diferencia entre el precio del trabajo pagado por el capitalista y la parte de ese precio que ellos permiten que llegue realmente al trabajador.<sup>50</sup> Este sistema se llama en Inglaterra, significativamente, «sweating-system» (sistema del sudor). Por otra parte, el salario por pieza permite al capitalista concertar con el trabajador principal —en la manufactura con el jefe de grupo, en las minas con el picador, etc., en la fábrica con el trabajador a máquina propiamente dicho— un contrato a tanto por pieza, a un precio por el cual el capataz mismo asume el reclutamiento y el pago de sus ayudantes. La explotación de los trabajadores por el capital se realiza aquí a través de la explotación del trabajador por el trabajador.<sup>51</sup>

Dado el salario por pieza, está, naturalmente, en el interés personal del trabajador el esforzar lo más intensamente posible su fuerza de tra-

<sup>49</sup> «Se le entrega» (al hilandero) «un peso determinado de algodón, y él tiene que entregar al cabo de cierto tiempo, en lugar de aquél, un determinado peso de twist<sup>\*96</sup> o hilado de cierto grado de finura, y se paga a tanto la libra de todo lo que devuelve de este modo. Si su trabajo es de calidad defectuosa, le cae una penalización; si es de menos cantidad que el mínimo fijado para un tiempo determinado, se le despide y se busca un operario más capaz.» (URE, *loc. cit.*, págs. 316, 317.)

<sup>50</sup> «Cuando el trabajo pasa por varias manos, cada una de las cuales ha de participar de los beneficios mientras que sólo la última hace el trabajo, la paga que llega a la mujer trabajadora es miserablemente desproporcionada.» (*Child. Empl. Comm., II Rep.*, pág. LXX, n.º 424.)

<sup>51</sup> Hasta el apologetico WATTS observa: «Sería ... una gran mejora del sistema de trabajo a destajo que todos los hombres empleados en una tarea fueran partes del contrato, cada cual según su capacidad, en vez que un solo hombre tenga interés en hacer trabajar con exceso, por su propio beneficio, a sus compañeros.» (*Loc. cit.*, pág. 53.) Sobre las vilezas de este sistema *cfr. Child. Empl. Comm., Rep. III*, pág. 66, n.º 22; pág. 11, n.º 124; pág. XI, n.º 13, 59, etc.

\*96 Torcido.

bajo, y eso permite al capitalista elevar el grado normal de intensidad.<sup>51a</sup> Igualmente está dentro del interés personal del trabajador el prolongar la jornada de trabajo, porque con ello aumenta su salario diario o semanal.<sup>52</sup> Con eso se produce la reacción ya descrita a propósito del salario por tiempo, aparte de que la prolongación de la jornada de trabajo implica una disminución del precio del trabajo incluso con salario por pieza constante.

En el caso del salario por tiempo impera, con pocas excepciones, un mismo salario para unas mismas funciones, mientras que con el salario por pieza, aunque el precio del tiempo de trabajo se mide por una determinada cantidad de producto, el jornal o la semana varían, en cambio, con las diferencias individuales entre los trabajadores, de los cuales el uno no suministra en un tiempo dado más que el mínimo de producto, el otro el promedio, el tercero más del promedio. Así, pues, por lo que hace a los ingresos reales se presentan aquí grandes diferencias, según las diferencias de habilidad, fuerza, energía, resistencia, etc.,

<sup>51a</sup> A menudo se refuerza artificialmente este resultado espontáneo. P. e., en el engineering trade<sup>\*97</sup> de Londres es un trick<sup>\*98</sup> tradicional «que el capitalista elija como jefe de cierto número de trabajadores a un hombre de fuerza física y capacidad superiores. Le paga trimestralmente o con otra periodicidad un suplemento, con la condición de que haga todo lo posible por espolear hasta un celo extremo a sus colaboradores, los cuales perciben sólo el salario corriente ... Esto explica, sin necesidad de más comentario, la queja de los capitalistas por 'la paralización de la actividad o de la habilidad y fuerza de trabajo superiores (stinting the action, superior skill and working power) por obra de las Trade's Unions'». (DUNNING, *loc. cit.*, págs. 22, 23.) Como este autor es él mismo obrero y secretario de una Trade's Union, podría parecer que exagera. Pero véase, p. e., la «highly respectable»<sup>\*99</sup> enciclopedia agronómica de J. CH. MORTON, artículo «Labourer», en el que este método se recomienda a los empresarios agrícolas como método de probada eficacia.

<sup>52</sup> «Todos los que cobran por trabajo a destajo ... se benefician de la transgresión de los límites legales del trabajo. Esta observación sobre la predisposición a trabajar horas extraordinarias se aplica en especial a las mujeres empleadas como tejedoras y devanadoras.» (*Rep. of Insp. of Fact., 30th April 1858*, pág. 9). «Este sistema de pago por pieza, tan ventajoso para el capitalista, ... tiende abiertamente a animar al joven alfarero a realizar el sobretrabajo máximo durante los 4 ó 5 años en que se le paga por pieza, pero a precio bajo. Ésta es una de las grandes causas a las que hay que atribuir la degeneración física de los alfareros.» (*Child. Empl. Comm., I Rep.*, pág. XIII.)

\*97 Construcción de maquinaria.

\*98 Truco.

\*99 «Sumamente respetable».



de los trabajadores individuales.<sup>53</sup> Esto no altera en nada, naturalmente, la relación general entre el capital y el salario. En primer lugar, las diferencias individuales se compensan en la totalidad del taller, de modo que éste suministra, en un tiempo de trabajo determinado, el producto medio, y el salario total pagado será el salario medio de la rama. En segundo lugar, la proporción entre el salario y la plusvalía no se altera, porque al salario individual de cada trabajador corresponde la masa de plusvalía individualmente suministrada por él. Pero la mayor amplitud del margen que el salario por pieza ofrece a la individualidad tiende a desarrollar, por una parte, la individualidad y, con ella, el sentimiento de libertad, la independencia y el autocontrol de los trabajadores y, por otra, la competición entre ellos y de los unos contra los otros. Por eso tiene la tendencia a rebajar el nivel medio de los salarios, al mismo tiempo que la de elevar salarios individuales por encima de ese nivel. Pero donde un salario por pieza determinado se había consolidado tradicionalmente desde hacía tiempo y, por lo tanto, resultaba particularmente difícil rebajarlo, los dueños apelaron por excepción incluso a su conversión violenta en salario por tiempo. Contra ello se produjo, p. e., el gran strike de los tejedores de pasamanería de Coventry en 1860.<sup>54</sup>

<sup>53</sup> «Cuando en cualquier comercio el trabajo se paga por pieza, a tanto por tarea, ... los salarios pueden diferir mucho en cantidad ... Pero en el trabajo por día hay generalmente una cuota uniforme ... reconocida por el empleador y el empleado como norma de los salarios para el tipo general de los trabajadores del ramo.» (DUNNING, *loc. cit.*, pág. 17.)

<sup>54</sup> «El trabajo de los oficiales artesanos se ajusta por día o por pieza (à la journée ou à la pièce) ... Los maestros saben aproximadamente cuánta obra pueden realizar los trabajadores diariamente en cada métier,<sup>\*100</sup> y por eso les pagan a menudo en proporción al trabajo que ejecutan; y así estos oficiales trabajan tanto cuanto pueden, por su propio interés y sin más supervisión.» (CANTILLON, *Essai sur la Nature du Commerce en Général*, Amst., ed. de 1756, págs. 185 y 202. La primera edición apareció en 1755.) Cantillon, del que se han nutrido abundantemente Quesnay, Sir James Steuart y A. Smith, presenta ya, pues, aquí el salario por pieza como forma simplemente modificada del salario por tiempo. La edición francesa de Cantillon se declara en la portada traducción del inglés, pero la edición inglesa, *The Analysis of Trade, Commerce, etc.*, by PHILIP CANTILLON, *late of the City of London, Merchant*, no sólo es de fecha posterior (de 1759), sino que, además, muestra por su contenido ser una elaboración más tardía. Así, p. e., en la edición francesa no se encuentra todavía mencionado Hume, mientras que, a la inversa, Petty no figura ya casi en la inglesa. La edición inglesa tiene menos importancia, pero contiene muchas cosas específicamente relativas al comercio inglés, el tráfico de metales monedables, etc., todo lo cual

\*100 «Oficio».

Por último, el salario por pieza es uno de los fundamentos principales del sistema por horas antes descrito.<sup>55</sup>

Se desprende de la exposición hecha hasta aquí que el salario por pieza es la forma de salario más adecuada al modo de producción capitalista. Aunque no es en absoluto nuevo —pues ya figura, junto al salario por tiempo, en los estatutos obreros franceses e ingleses del siglo decimocuarto, p. e.—, no consigue un gran ámbito de funcionamiento hasta el período manufacturero propiamente dicho. En la época de explosión de la gran industria, señaladamente de 1797 a 1815, sirve de palanca para la prolongación del tiempo de trabajo y la disminución del salario. Se encuentra un material muy importante sobre el movimiento del salario durante aquel período en los libros azules *Report and Evidence from the Select Committee on Petitions respecting the Corn Laws* (sesión parlamentaria de 1813/14) y *Reports from the Lords' Committee, on the state of the Growth, Commerce, and Consumption of Grain, and all Laws relating thereto* (sesión de 1814/15). Ahí se encuentra la prueba documental del descenso constante del precio del trabajo desde el comienzo de la guerra antijacobina. En los tejidos, p. e., el salario por pieza había bajado tanto que, pese a la gran prolongación de la jornada de trabajo, el jornal era menor que antes.

«El ingreso real del tejedor es mucho menor que antes: su superioridad respecto del trabajador común, que antes era muy grande, se ha disipado casi por completo. En realidad, la diferencia de los salarios del trabajo hábil y el trabajo corriente es ahora mucho menos importante que en cualquier período anterior.»<sup>56</sup>

Muestre el siguiente paso, tomado de una publicación partidista de los landlords<sup>\*102</sup> y los empresarios agrícolas, lo poco que benefició al

falta en el texto francés. Por eso las palabras de la portada de la edición inglesa, según las cuales la obra está «Taken chiefly from the Manuscript of a very ingenious Gentleman deceased, and adapted, etc.»,<sup>\*101</sup> parecen ser algo más que una mera ficción, en aquel tiempo muy corriente.

<sup>55</sup> «¿Cuántas veces no hemos visto enrollar en ciertos talleres muchos más obreros de los que exigía el trabajo que había que dar? Muchas veces se admite obreros en previsión de un trabajo aleatorio, y a veces incluso imaginario: como se les paga por pieza, se piensa que no se corre ningún riesgo, porque todas las pérdidas de tiempo irán a cargo de los que no trabajen.» (H. GREGOIR, *Les Typographes devant le Tribunal Correctionnel de Bruxelles*, Bruxelles 1865, pág. 9.)

<sup>56</sup> *Remarks on the Commercial Policy of Great Britain*, Lond. 1815, pág. 48.

\*101 «Tomada principalmente del manuscrito de un fallecido hidalgo muy ingenioso, y adaptada, etc.»

\*102 Terratenientes.



proletariado rural el aumento de la intensidad y de la duración del trabajo causado por el salario por pieza:

«La mayor parte, con mucho, de las operaciones agrícolas se ejecuta por gentes ajustadas por el día o a destajo. Su salario semanal importa aproximadamente 12 sh.; y aunque se suponga que con salario por pieza, por el mayor estímulo, un hombre gane 1 sh. más o acaso 2 sh. más que con el salario por semana, se halla, sin embargo, al estimar sus ingresos totales, que su pérdida de trabajo en el curso del año compensa esa diferencia ... Se hallará, además, en general que los salarios de esos hombres tienen cierta relación con el precio de los medios de vida imprescindibles, de modo que un hombre con dos hijos puede mantener a su familia sin recurrir a la ayuda de la parroquia.»<sup>57</sup>

Malthus observó por entonces respecto de los datos publicados por el Parlamento:

«Confieso que veo con disgusto la gran difusión de la práctica del salario por pieza. Un trabajo realmente duro durante 12 ó 14 horas del día y por cualesquiera períodos largos es demasiado para un ser humano.»<sup>58</sup>

En los talleres sometidos a la ley fabril el salario por pieza se convierte en regla general porque en ellos el capital no puede ampliar la jornada de trabajo más que en cuanto a la intensidad.<sup>59</sup>

Con las variaciones de la productividad del trabajo, una misma cantidad de producto representa un tiempo de trabajo variable. Por eso varía también el salario por pieza, puesto que es expresión en precio de un determinado tiempo de trabajo. En nuestro anterior ejemplo se producía en 12 horas 24 piezas, mientras que el producto-valor de las 12 horas era 6 sh., el valor diario de la fuerza de trabajo 3 sh., el precio de la hora de trabajo 3 d. y el salario por una pieza 1 1/2 d. En una pieza estaba absorbida 1/2 hora de trabajo. Pero si la misma jornada de trabajo, a consecuencia de una duplicación de la productividad del trabajo, arroja 48 piezas en vez de 24 y todas las demás circunstancias permanecen igual, el salario por pieza baja de 1 1/2 d. a 3/4 d., porque cada pieza representa ahora ya sólo 1/4 de hora de trabajo, en vez de 1/2.  $24 \times 1 \frac{1}{2} \text{ d.} = 3 \text{ sh.}$ , y asimismo  $48 \times \frac{3}{4} \text{ d.} = 3 \text{ sh.}$  Dicho de otro modo: el salario por pieza baja en la misma medida en que

<sup>57</sup> *A Defence of the Landowners and Farmers of Great Britain*, Lond. 1814, págs. 4, 5.

<sup>58</sup> MALTHUS, *Inquiry into the Nature, etc., of Rent*, Lond. 1815 [pág. 49, nota].

<sup>59</sup> «Los trabajadores a destajo constituyen probablemente 4/5 de todos los trabajadores de las fábricas.» (*Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1858*, pág. 9.)

aumenta el número de piezas producidas durante el mismo tiempo,<sup>60</sup> o sea, en la misma medida en que disminuye el tiempo de trabajo empleado en la misma pieza. Esta variación del salario por pieza, en la medida en que es puramente nominal, suscita luchas constantes entre el capitalista y el trabajador, ya porque el capitalista aproveche el pretexto para bajar realmente el precio del trabajo, ya porque el aumento de fuerza productiva del trabajo vaya acompañada por un aumento de su intensidad. O porque el trabajador se tome en serio la apariencia del salario por pieza, como si se le pagara su producto y no su fuerza de trabajo, y, consiguientemente, se resista a una disminución del salario a la que no corresponde una disminución del precio de venta de la mercancía.

«Los trabajadores vigilan atentamente el precio de la materia prima y el precio de los bienes fabricados, y pueden así estimar exactamente los beneficios de sus amos.»<sup>61</sup>

El capital rechaza con razón esa pretensión como error grosero acerca de la naturaleza del trabajo asalariado.<sup>62</sup> Pone el grito en el cielo

<sup>60</sup> «La potencia productiva de su máquina de hilar se mide cuidadosamente, y el tipo de pago por el trabajo hecho con ella disminuye *con*, aunque no *igual que* el aumento de su potencia productiva.» (URE, *loc. cit.*, pág. 317.) El mismo Ure anula luego su matiz apologético. Reconoce que al hacerse más grande la mule, p. e., esa ampliación provoca un trabajo adicional. O sea, que el trabajo no disminuye en la medida en que aumenta su productividad. Sigue: «Con esta ampliación la potencia productiva de la máquina aumentará en un quinto. Cuando esto ocurre, el hilandero no será pagado por el trabajo hecho según el mismo tipo con el que era pagado antes; pero como ese tipo no disminuirá según la razón un quinto, el perfeccionamiento aumentará sus ganancias monetarias por el trabajo de cualquier número de horas dado» ... Pero, pero... «La anterior afirmación requiere cierta modificación ... el hilandero tiene que pagar de su sixpence\*<sup>103</sup> adicional algo por la adicional ayuda juvenil, ... acompañada por el desplazamiento de una parte de los adultos» (*loc. cit.*, págs. 320, 321), cosa que no contiene ninguna tendencia a aumentar el salario.

<sup>61</sup> H. FAWCETT, *The Economic Position of the British Labourer*, Cambridge and London 1865, pág. 178.

<sup>62</sup> En el *Standard* de Londres del 26 de octubre de 1861 se encuentra un informe acerca de un proceso de la empresa John Bright and Co. ante los magistrados\*<sup>104</sup> de Rochdale, para «perseguir por intimidación a los representantes de la Carpet Weavers Trade Union.\*<sup>105</sup> Los propietarios de Bright habían instalado nue-

\*<sup>103</sup> Moneda de medio chelín (seis pence).

\*<sup>104</sup> Jueces de paz.

\*<sup>105</sup> Sindicato de Tejedores de Tapicería.



por esa pretensión de gravar el progreso de la industria y declara redondamente que la productividad del trabajo no le importa absolutamente nada al trabajador.<sup>63</sup>

va maquinaria que produciría 240 yardas de tapicería en el mismo tiempo y con el mismo trabajo (!) antes requerido para producir 160 yardas. Los trabajadores no tenían derecho alguno a participar de los beneficios conseguidos mediante la inversión del capital de sus patronos en perfeccionamientos mecánicos. Consiguientemente, los señores Bright propusieron rebajar el tipo de pago de 1 1/2 d. por yarda a 1 d. por yarda, dejando las ganancias de los trabajadores exactamente igual que antes por el mismo trabajo. Pero eso era una reducción nominal de la que los operarios, según se dice, no fueron avisados antes honradamente.»

<sup>63</sup> «Las Trades Unions, en su ansia de sostener el salario, intentan participar del beneficio de la maquinaria perfeccionada» (Quelle horreur!) «...exigen mayor salario porque se ha acortado el trabajo ... Dicho de otra manera, aspiran a poner un impuesto a los perfeccionamientos industriales.» (*On Combination of Trades*, New Edit., Lond. 1834, pág. 42.)

### Capítulo vigésimo

## DIVERSIDAD NACIONAL DE LOS SALARIOS

En el capítulo decimoquinto nos ocupamos de las múltiples combinaciones que puede provocar una variación de la cantidad de valor absoluta o relativa (esto es, la comparada con la plusvalía) de la fuerza de trabajo mientras, por otra parte, la cantidad de medios de vida en que se realiza el precio de la fuerza de trabajo podía tener movimientos independientes<sup>64</sup> de ese precio o diferentes de los de él. Como ya se observó, todas aquellas leyes se convierten en leyes del movimiento del salario mediante simple traducción del valor o, en su caso, precio de la fuerza de trabajo a la forma exotérica de salario del trabajo. Lo que en el marco de ese movimiento se presenta como combinación variable puede aparecer, tratándose de países diferentes, como diversidad simultánea de los salarios nacionales del trabajo. En la comparación de salarios nacionales hay que considerar, pues, todos los momentos que determinan la variación de la cantidad de valor de la fuerza de trabajo, el precio y el alcance de las primeras necesidades vitales, naturales e históricamente desarrolladas, los costes de la educación del trabajador, la función del trabajo de las mujeres y de los niños, la productividad del trabajo, su magnitud extensiva e intensiva. Hasta la comparación más grosera exige por de pronto reducir a jornadas de trabajo iguales el jornal medio de unos mismos oficios en diferentes países. Luego de esa equiparación de los jornales hay que traducir el salario por tiempo a salario por pieza, porque sólo este último es una escala tanto de la productividad cuanto de la magnitud intensiva del trabajo.

En cada país impera una cierta intensidad media del trabajo, por debajo de la cual el trabajo consume, en la producción de una mercancía, más tiempo del socialmente necesario y, por lo tanto, no cuenta como trabajo de calidad normal. Sólo un grado de intensidad que rebase

<sup>64</sup> «No es exacto decir que los salarios» (aquí se trata de su precio) «han aumentado por el hecho de que comprenden más de un artículo más barato.» (DAVID BUCHANAN en su edición del *Wealth, etc.*, de A. SMITH, 1814, vol. I, pág. 417, nota.)



la media nacional altera en un país dado la medida del valor por la mera duración del tiempo de trabajo. Otra cosa ocurre en el mercado mundial, cuyas partes integrantes son los países individuales. La intensidad media del trabajo varía de un país a otro; es mayor aquí, menor allí. Estas medias nacionales forman, pues, una escala cuya unidad de medida es la unidad media del trabajo universal. En comparación con el trabajo menos intenso, el trabajo nacional más intenso produce, pues, en el mismo tiempo más valor, que se expresa en más dinero.

Pero la ley del valor se modifica aún más en su aplicación internacional por el hecho de que en el mercado mundial el trabajo nacional más productivo cuenta también como más intenso si la nación más productiva no se ve obligada por sus competidores a bajar hasta su valor el precio de venta de su mercancía.

En la medida en que en un país está desarrollada la producción capitalista, en esa misma medida se levantan en él la intensidad y la productividad nacionales del trabajo por encima del nivel internacional.<sup>64a</sup> Las varias cantidades de mercancías de la misma especie que se produce en los diferentes países en un mismo tiempo de trabajo tienen, pues, valores internacionales desiguales, que se expresan en precios diferentes, o sea, en diferentes sumas de dinero según los valores internacionales. Así, pues, el valor relativo del dinero será menor en la nación con modo de producción capitalista más desarrollado que en la que lo tenga menos desarrollado. Se sigue, pues, que el salario nominal, el equivalente de la fuerza de trabajo expresado en dinero, será también más alto en la primera nación que en la segunda; lo que de ninguna manera quiere decir que lo mismo valga respecto del salario real, esto es, respecto de los medios de vida puestos a disposición del trabajador.

Pero incluso prescindiendo de esa diferencia relativa del valor del dinero en diferentes países, se hallará fácilmente que el salario diario, semanal, etc., es en la primera nación más alto que en la segunda, mientras que el precio relativo del trabajo, esto es, el precio del trabajo en relación tanto con la plusvalía cuanto con el valor del producto, es más alto en la segunda nación que en la primera.<sup>65</sup>

<sup>64a</sup> En otro lugar estudiaremos qué circunstancias pueden modificar esa ley, para distintas ramas de producción, respecto de la productividad.

<sup>65</sup> JAMES ANDERSON observa en polémica con A. Smith: «También vale la pena observar que, aunque el precio aparente del trabajo suele ser más bajo en países pobres, en los que el producto de la tierra y el grano en general es barato, sin embargo, de hecho en la mayoría de los casos es más alto que en otros países. Pues no son los salarios que se da por día al trabajador lo que constituye el precio real del trabajo, aunque sean su precio aparente. El precio real es lo que efectivamente

J. W. Cowell, miembro de la comisión fabril de 1833, llegó, tras una investigación cuidadosa de las hilaturas, al resultado de que

«en Inglaterra los salarios son para el fabricante, en cuanto a la substancia, más bajos que en el continente, aunque puedan ser más altos para el trabajador.» (URE, pág. 314.)

El inspector fabril inglés Alexander Redgrave prueba en el informe fabril del 31 de octubre de 1866, mediante una estadística comparada con los estados continentales, que, pese al salario más bajo y al tiempo de trabajo más largo, el trabajo continental es, respecto del producto, más caro que el inglés. Un director (manager) inglés de una fábrica de algodón de Oldenburg dice que allí el tiempo de trabajo dura desde las 5.30 de la mañana hasta las 8 de la noche, sábados incluidos, y que los trabajadores de allí, cuando trabajan con vigilantes ingleses, no llegan a suministrar durante ese tiempo tanto producto como los ingleses en 10 horas, y mucho menos cuando trabajan bajo vigilantes alemanes. Que el salario es mucho más bajo que en Inglaterra, en muchos casos hasta el 50 %, pero que el número de manos respecto de la maquinaria es mucho mayor, en algunos departamentos en la relación 5 : 3. El señor Redgrave da detalles muy precisos acerca de las fábricas rusas de algodón. Le ha dado los datos un manager inglés ocupado hasta hace poco allí. En ese terreno ruso, tan fecundo en toda infamia, están en pleno florecimiento todos los viejos horrores del período infantil de las factories inglesas. Los directores son, naturalmente, ingleses, porque el capitalista indígena ruso no vale para el negocio fabril. Pese a todo el sobretrabajo, al horario continuo de día y de noche y al más vergonzoso sotopago de los trabajadores, el producto fabricado ruso no vegeta sino gracias a la prohibición del producto extranjero. Aún aduciré, para terminar, un resumen comparativo del señor Redgrave acerca del número medio de husos por fábrica y por hilandero

cuesta al empleador una cierta cantidad de trabajo realizado; y considerado a esta luz, el trabajo es en casi todos los casos más barato en países ricos que en los que son más pobres, aunque el precio del grano y de otros alimentos es generalmente mucho más bajo en los últimos que en los primeros ... El trabajo estimado por día es mucho más bajo en Escocia que en Inglaterra; ... el trabajo por pieza es generalmente más barato en Inglaterra.» (JAMES ANDERSON, *Observations on the means of exciting a spirit of National Industry, etc.*, Edinb. 1777, págs. 350, 351.) Recíprocamente, la pequeñez del salario produce por su parte encarecimiento del trabajo: «Pues el trabajo es más caro en Irlanda que en Inglaterra ... porque los salarios son tanto más bajos.» (N.º 2.074 de *Royal Commission on Railways, Minutes*, 1867.)



en distintos países de Europa. El señor Redgrave mismo observa que recogió esas cifras hace algunos años y que desde entonces han aumentado en Inglaterra las dimensiones de las fábricas y el número de husos por trabajador. Pero supone un progreso relativamente igual en los países continentales enumerados, de modo que los datos numéricos conservarían su valor comparativo.

*Número medio de husos por fábrica*

En Inglaterra	número medio de husos por fábrica	12.600
En Suiza	» » » » » »	8.000
En Austria	» » » » » »	7.000
En Sajonia	» » » » » »	4.500
En Bélgica	» » » » » »	4.000
En Francia	» » » » » »	1.500
En Prusia	» » » » » »	1.500

*Número medio de husos por cabeza*

En Francia	una persona por cada	14 husos
En Rusia	» » » »	28 »
En Prusia	» » » »	37 »
En Baviera	» » » »	46 »
En Austria	» » » »	49 »
En Bélgica	» » » »	50 »
En Sajonia	» » » »	50 »
En los estados alemanes menores	» » » »	55 »
En Suiza	» » » »	55 »
En la Gran Bretaña	» » » »	74 »

«Esa comparación», dice el señor Redgrave, «es desfavorable para la Gran Bretaña, entre otros motivos, porque en ella existe muy gran número de fábricas en las que el tejido a mano va unido con la hilandería, y el cómputo no deduce ninguna cabeza para los telares. En cambio las fábricas extranjeras suelen ser sólo hilaturas. Si pudiéramos comparar exactamente cosas homogéneas, yo podría contar en mi distrito muchas hilaturas de algodón en las cuales mules de 2.200 husos funcionan vigiladas por un solo hombre (minder) y dos ayudantes y se fabrica diariamente 220 libras de hilado, que son 400 millas (inglesas) de largo.» (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1866, págs. 31-37 passim*).

Es sabido que en la Europa oriental, así como en Asia, compañías inglesas han contratado la construcción de ferrocarriles y utilizan en ella, junto con trabajadores indígenas, cierto número, también, de trabajadores ingleses. Obligados por la práctica a tener en cuenta las diferencias nacionales de intensidad del trabajo, el hecho no las ha perjudicado. Su experiencia enseña que, aunque la cuantía del salario responde más

o menos a la intensidad media del trabajo, sin embargo, el precio relativo del trabajo (en relación con el producto) se mueve por lo general en el sentido contrario.

En el *Ensayo sobre la cuota del salario*,<sup>66</sup> una de sus primeras obras económicas, H. Carey intenta probar que los diversos salarios nacionales se comportan en razón directa de los grados de productividad de las jornadas de trabajo nacionales, para inferir de esa comparación internacional la conclusión de que el salario sube y baja en principio según la productividad del trabajo. Todo nuestro análisis de la producción de la plusvalía prueba la necedad de esa inferencia, aunque Carey hubiera probado su premisa, en vez de revolver desordenadamente, de acuerdo con su costumbre, un material estadístico amontonado acrítica y superficialmente. Lo más gracioso es que no afirma que las cosas ocurran realmente tal como tendrían que ocurrir según la teoría. Pues la intervención del estado ha falseado la situación económica natural. Por lo tanto, hay que calcular los salarios nacionales como si partes de los mismos que van a parar al estado en la forma de impuestos afluyeran al trabajador mismo. ¿No le convendría al señor Carey reflexionar algo más y preguntarse si esos «costes estatales» no son, ellos también, «frutos naturales» del desarrollo capitalista? El razonamiento es totalmente digno del hombre que empezó por proclamar que las relaciones de producción capitalistas son eternas leyes de la naturaleza y la razón, cuyo libre funcionamiento armonioso sólo se perturba por la intervención del estado, para descubrir luego que la diabólica influencia de Inglaterra en el mercado mundial —influencia que, a lo que parece, no nace de las leyes naturales de la producción capitalista— impone la intervención del estado, o sea, la protección de aquellas leyes naturales y racionales por el estado, alias el sistema proteccionista. También descubrió que los teoremas de Ricardo, etc., en los que se formula contraposiciones y contradicciones sociales existentes, no son producto ideal del real movimiento económico, sino que, a la inversa, las contraposiciones reales de la producción capitalista en Inglaterra y en otras partes son resultado de la teoría ricardiana, etc. Por último, descubrió que en última instancia lo que aniquila las hermosuras y armonías innatas del modo de producción capitalista es el comercio. Un paso más y quizá descubra que el único inconveniente de la producción capitalista es el capital mismo. Sólo un hombre de tan tremenda falta de criticismo y

<sup>66</sup> *Essay on the Rate of Wages: with an Examination of the Causes of the Differences in the Condition of the Labouring Population throughout the World*, Philadelphia 1835.



de tal erudición de faux aloi\*<sup>106</sup> merecía convertirse, pese a su herejía proteccionista, en fuente secreta de la sabiduría armoniosa de un Bastiat y de todos los demás optimistas presentes del librecambio.

\*106 Mala ley.

## SECCIÓN SÉPTIMA

### EL PROCESO DE ACUMULACIÓN DEL CAPITAL

La conversión de una suma de dinero en medios de producción y fuerza de trabajo es el primer movimiento que recorre la cantidad de valor que ha de funcionar como capital. Ese movimiento ocurre en el mercado, en la esfera de la circulación. La segunda fase del movimiento, el proceso de producción, queda concluido en cuanto que los medios de producción se convierten en mercancía cuyo valor rebasa el valor de sus elementos, o sea, contiene el capital inicial adelantado más una plusvalía. Entonces esas mercancías se tienen que lanzar de nuevo a la esfera de la circulación. Hay que venderlas, realizar su valor en dinero, convertir otra vez ese dinero en capital, y así de nuevo cada vez. Este circular, atravesando siempre unas mismas fases sucesivas, constituye la circulación del capital.

La primera condición de la acumulación es que el capitalista haya conseguido vender sus mercancías y retransformar en capital la mayor parte del dinero así conseguido. En lo que sigue se presupone que el capital recorre de modo normal su proceso de circulación. El análisis más detallado de este proceso corresponde al Libro Segundo.

El capitalista que produce la plusvalía —esto es, que sorbe directamente trabajo no pagado de los trabajadores— es, sin duda, el primero en adueñarse de esa plusvalía, pero en modo alguno el último propietario de ella. Tiene luego que compartirla con capitalistas que cumplen otras funciones en el gran conjunto de la producción social, el terrateniente, etc. Por eso la plusvalía se escinde en varias partes. Sus fracciones van a parar a diferentes categorías de personas y cobran formas distintas, independientes unas de otras, como beneficio, interés, ganancia comercial, renta de la tierra, etc. Estas formas modificadas de la plusvalía no se pueden tratar sino en el Libro Tercero.

Aquí suponemos, pues, por una parte, que el capitalista que produce la mercancía la vende por su valor, y no nos detenemos ulteriormente ante su regreso al mercado de mercancías, ni ante las nuevas formas que afectan al capital en la esfera de la circulación, ni ante las condiciones concretas de la reproducción envueltas en aquellas formas. Por otra parte, tomamos al productor capitalista como propietario de toda



la plusvalía o, si se quiere, como representante de todos sus copartícipes en el botín. Consideramos, pues, primero, la acumulación abstractamente, o sea, como mero momento del proceso de producción inmediato.

Por lo demás, en la medida en que hay acumulación, consigue el capitalista la venta de la mercancía producida y la retransformación en capital del dinero cobrado por ella. Además: el fraccionamiento de la plusvalía en varias porciones no altera nada de su naturaleza ni de las condiciones naturales en las cuales llega a ser elemento de la acumulación. Cualquiera que sea la proporción de plusvalía que el productor capitalista aferre para sí mismo o ceda a otros, él es siempre el que se la apropia de primera mano. Por lo tanto, lo que se presupone en nuestra exposición de la acumulación queda también puesto previamente en su proceso real. Por otra parte, la fragmentación de la plusvalía y el movimiento mediador de la circulación obscurecen la forma básica simple del proceso de acumulación. Por eso su análisis puro exige prescindir provisionalmente de todos los fenómenos que esconden el funcionamiento interno de su mecanismo.

#### Capítulo vigesimoprimer

#### REPRODUCCIÓN SIMPLE

Cualquiera que sea su forma social, el proceso de producción tiene que ser continuo, o recorrer siempre de nuevo periódicamente los mismos estadios. Del mismo modo que no puede dejar de consumir, así tampoco puede una sociedad dejar de producir. Considerado en una conexión constante y en el flujo permanente de su renovación, todo proceso social de producción es, por lo tanto, al mismo tiempo, proceso de reproducción.

Las condiciones de la producción son al mismo tiempo las condiciones de la reproducción. Ninguna sociedad puede producir —o sea, reproducir— constantemente sin retransformar constantemente una parte de su producto en medios de producción o elementos de la nueva producción. Con las demás circunstancias iguales, no puede reproducir a la misma escala su riqueza, conservarla, sino reponiendo in natura,\*<sup>107</sup> mediante la misma cantidad de nuevos ejemplares, los medios de producción —esto es, los medios de trabajo, los materiales brutos y las substancias auxiliares— consumidos durante el año, p. e., cantidad que se separa de la masa anual de producto y se incorpora de nuevo al proceso de producción. Así, pues, una determinada cantidad del producto anual pertenece a la producción. Destinada desde el primer momento al consumo productivo, esa cantidad existe en su mayor parte en formas naturales que excluyen por sí mismas el consumo individual.

Si la producción tiene forma capitalista, también la tendrá la reproducción. Así como en el modo de producción capitalista el proceso de trabajo aparece sólo como medio del proceso de valorización, así también se presenta la reproducción sólo como medio de reproducir el valor adelantado como capital, esto es, como valor que se valoriza. La máscara económica del capitalista no queda fija en un ser humano más que por el hecho de que su dinero funcione permanentemente como capital.

\*<sup>107</sup> En forma natural.



Si, p. e., la suma de dinero adelantada de 100 libr. est. se convierte este año en capital y produce una plusvalía de 20 libr. est., el año que viene, etc., tiene que repetir la misma operación. En cuanto incremento periódico del valor capital, o fruto periódico del capital en proceso, la plusvalía cobra la forma de una renta que nace del capital.<sup>1</sup>

Si esa renta le sirve al capitalista sólo de fondo de consumo, o si se consume tan periódicamente como se adquiere, entonces, si las demás circunstancias no cambian, se tiene reproducción simple. Aunque ésta es mera repetición del proceso de producción a la misma escala, de todos modos, esa mera repetición o continuidad imprime al proceso nuevos caracteres, o, más bien, disuelve los caracteres aparentes de proceso simplemente suelto.

El proceso de producción se inaugura con la compra de la fuerza de trabajo por un tiempo determinado, y esa inauguración se renueva constantemente en cuanto que termina el plazo de venta del trabajo y, con él, un determinado proceso de producción, semana, mes, etc. Pero el trabajador no se paga hasta que su fuerza de trabajo ha actuado y realizado en mercancías tanto su propio valor cuanto la plusvalía. Al igual que la plusvalía, que por el momento consideramos sólo como fondo de consumo del capitalista, el trabajador ha producido, pues, el fondo para su propio pago, el capital variable, antes de que éste vuelva a él en forma de salario, y sólo se le tendrá empleado mientras lo reproduzca constantemente. De ahí la fórmula de los economistas mencionada bajo II en el capítulo decimosexto, la cual presenta el salario como participación en el producto mismo.<sup>2</sup> Una parte del producto constantemente reproducido por el trabajador mismo es lo que constantemente le vuelve en forma de salario. Es verdad que el capitalista le paga el valor de las mercancías en dinero. Pero este dinero no es sino forma convertida del producto del trabajo. Mientras el trabajador convierte en producto una parte de los medios de producción, una parte de su anterior producto se reconvierte en dinero. Con su trabajo de la semana

<sup>1</sup> «Los ricos, que consumen los productos del trabajo de otros, no los obtienen sino mediante actos de intercambio (compra de mercancías). Por eso parecen expuestos a un pronto agotamiento de su fondo de reserva ... Pero en el orden social la riqueza ha obtenido la fuerza de reproducirse mediante trabajo ajeno ... La riqueza, como el trabajo y mediante el trabajo, arroja unos frutos anuales que se pueden destruir cada año sin que el rico se haga más pobre. Esos frutos son la renta que nace del capital.» (SISMONDI, *Nouv. Princ. d'Écon. Pol.*, tomo I, págs. 81, 82.)

<sup>2</sup> «Los salarios, igual que los beneficios, se tienen que considerar unos y otros como partes reales del producto acabado.» (RAMSAY, *loc. cit.*, pág. 142.) «La parte del producto que revierte al trabajador bajo la forma de salario.» (J. MILL, *Éléments, etc.*, trad. de Parisot, Paris 1823, págs. 33, 34.)

pasada o del semestre pasado se paga su trabajo de hoy o del semestre que viene. La ilusión engendrada por la forma dinero se disipa inmediatamente en cuanto que se considera, en vez del capitalista individual y el trabajador individual, la clase capitalista y la clase obrera. La clase capitalista da constantemente a la clase obrera, en forma de dinero, libranzas por una parte del producto producida por la última y apropiado por la primera. No menos constantemente el trabajador devuelve esas libranzas a la clase capitalista, retirándole la parte que le corresponde a él de su propio producto. La forma mercancía del producto y la forma dinero de la mercancía disfrazan esta transacción.

El capital variable no es, pues, más que una particular forma histórica de manifestación del fondo de alimentos o fondo de trabajo que necesita el trabajador para su conservación y reproducción y que tiene que producir y reproducir él mismo en todos los sistemas de producción social. El fondo de trabajo le afluye siempre sólo en forma de medios de pago de su trabajo, porque su propio producto se aleja permanentemente de él en forma de capital. Pero esta forma apariencial del fondo de trabajo no altera en nada el hecho de que el capitalista adelanta al trabajador su propio trabajo objetivado.<sup>3</sup> Tomemos un campesino sujeto a prestación servil. Trabaja con sus propios medios de producción y en su propia tierra, p. e., 3 días a la semana. Los otros tres días de la semana ejecuta trabajo servil en la propiedad señorial. Reproduce constantemente su propio fondo de trabajo, el cual no cobra nunca frente a él la forma de medios de pago que un tercero le adelante por su trabajo. En compensación, tampoco su trabajo forzado y no pagado toma nunca la forma de un trabajo voluntario y pagado. Si mañana el terrateniente se apodera de la tierra, los animales de tiro, las semillas, en suma, de los medios de producción del campesino servil, éste tendrá que vender desde ese momento al señor su fuerza de trabajo. Si las demás circunstancias no cambian, el campesino seguirá trabajando 6 días por semana, 3 para sí y 3 para el antiguo señor feudal, que ahora se habrá convertido en señor salarial. Seguirá gastando los medios de producción como medios de producción, y pasando su valor al producto. Al igual que antes, una parte determinada del producto se absorberá en la reproducción. Pero así como el trabajo servil toma la forma de trabajo asalariado, así también el fondo de trabajo producido y reproducido antes y ahora por el campesino servil toma la forma de

<sup>3</sup> «Cuando el capital se emplea para adelantar al trabajador su salario, no añade nada a los fondos de mantenimiento del trabajo.» (CAZENOVE en nota a su ed. de las *Definitions in Polit. Econ.* de MALTHUS, London 1853, pág. 22.)



un capital que le adelanta el señor. El economista burgués, cuyo limitado cerebro no es capaz de separar la forma de manifestación de lo que se manifiesta en ella, cierra los ojos ante el hecho de que incluso hoy día el fondo de trabajo no se presenta en el globo en forma de capital más que excepcionalmente.<sup>4</sup>

Ciertamente, el capital variable no pierde el sentido de valor<sup>4a</sup> anticipado del fondo propio del capitalista más que si contemplamos el proceso de producción capitalista en el flujo continuo de su renovación. Pero el proceso tiene que empezar en algún momento y en algún lugar. Por eso, desde nuestro punto de vista hasta el momento, es verosímil que el capitalista se convirtiera alguna vez en poseedor de dinero gracias a una acumulación originaria independiente de todo trabajo ajeno no pagado, con lo que pudo recorrer el mercado en condición de comprador de fuerza de trabajo. Pero, en realidad, la mera continuidad del proceso de producción capitalista, la reproducción simple, obra otros curiosos cambios más que afectan no sólo a la parte variable del capital, sino también al capital en su conjunto.

Si la plusvalía producida con un capital de 1.000 libr. est., periódicamente, p. e., anualmente, importa 200 libr. est., y si esa plusvalía se consume anualmente, está claro que tras una repetición quinquenal del mismo proceso la suma de la plusvalía consumida es  $= 5 \times 200$ , o igual al valor capital de 1.000 libr. est. originariamente adelantado. Si la plusvalía anual se consumiera sólo parcialmente, p. e., sólo en su mitad, se obtendría el mismo resultado al cabo de una repetición decenal del proceso de producción, pues  $10 \times 100 = 1.000$ . De un modo general: el valor capital adelantado dividido por la plusvalía consumida anualmente arroja el número de años o el número de períodos de reproducción tras cuyo decurso el capital originariamente adelantado ha sido consumido por el capitalista y, por lo tanto, ha desaparecido. La idea que tiene el capitalista de que él consume el producto del trabajo ajeno no pagado, la plusvalía, y conserva el valor capital originario, no

<sup>4</sup> «Los medios de subsistencia de los trabajadores no se adelantan por los capitalistas a los trabajadores ni siquiera en una cuarta parte de la tierra.» (RICHARD JONES, *Textbook of Lectures on the Polit. Economy of Nations*, Hertford 1852, pág. 36.)

<sup>4a</sup> «Aunque el manufacturero» (quiere decir el obrero de la manufactura) «recibe su salario adelantado por el amo, en realidad no le cuesta ningún gasto, porque el valor de esos salarios se reconstituye<sup>\*108</sup> por lo común, junto con un beneficio, en el valor mejorado del objeto en que se emplea su trabajo.» (A. SMITH, *loc. cit.*, Book II, ch. III, pág. 355.)

<sup>\*108</sup> En este paso de Smith hay un error de cita de Marx ('reserved' por 'restored') que queda corregido aquí.

altera en nada la cosa. Pasado cierto número de años, el valor capital poseído por él es igual a la suma de la plusvalía que se ha apropiado sin equivalente durante ese mismo número de años, y la suma de valor que ha consumido es igual al valor capital originario. Conserva, ciertamente, en sus manos un capital cuya magnitud no ha cambiado y una parte del cual —edificios, máquinas, etc.— estaba ya presente cuando puso en marcha su negocio. Pero aquí se trata del valor del capital, y no de sus elementos materiales. Cuando uno consume todo lo que posee por el procedimiento de asumir deudas iguales al valor de esa posesión, entonces su entera posesión representa, precisamente, sólo la suma total de sus deudas. Y así también si el capitalista ha consumido el equivalente de su capital adelantado, el valor de ese capital no representa ya más que la suma total de la plusvalía que se ha apropiado gratuitamente. Ni un átomo de valor de su antiguo capital sigue existiendo.

Así, pues, prescindiendo completamente de toda acumulación, la mera continuidad del proceso de producción, o sea, la reproducción simple, convierte necesariamente todo capital, al cabo de un período más corto o más largo, en capital acumulado, en plusvalía capitalizada. Aunque en el momento de entrar en el proceso de producción ese capital fuera propiedad personalmente conseguida mediante trabajo del que lo emplea, antes o después se convierte en valor apropiado sin equivalente, en materialización, en forma monetaria u otra, de trabajo ajeno no pagado.

Vimos en el capítulo cuarto que para convertir dinero en capital no bastaba con la presencia de la producción y la circulación de mercancías.<sup>\*109</sup> Ante todo tenían que encontrarse frente a frente, como vendedor y comprador, de un lado poseedores de valor o dinero, del otro poseedores de la substancia creadora de valor; de un lado poseedores de medios de producción y de vida, del otro poseedores de nada más que fuerza de trabajo. La separación entre el producto del trabajo y el trabajo mismo, entre las condiciones objetivas de trabajo y la fuerza de trabajo subjetiva, era, pues, el fundamento efectivamente dado, el punto de partida del proceso de producción capitalista.

Pero lo que al principio era sólo punto de partida se produce constantemente de nuevo por medio de la simple continuidad del proceso, de la reproducción simple, y se eterniza como resultado propio de la pro-

<sup>\*109</sup> Éste es uno de los puntos en que la presente traducción no sigue la 4.<sup>a</sup> ed. alemana, sino la 2.<sup>a</sup>. En la 4.<sup>a</sup>, Engels puso aquí, quizá por subrayar el plano conceptual del razonamiento, «producción de valor», en vez de «producción de mercancías».



ducción capitalista. Por una parte, el proceso de producción convierte constantemente la riqueza material en capital, en medios de valorización y de disfrute para el capitalista. Por otra parte, el trabajador sale constantemente del proceso tal como entró en él: como fuente personal de riqueza, pero desprovisto de todos los medios de realizar para sí mismo esa riqueza. Como antes de su entrada en el proceso su propio trabajo le está enajenado, es apropiado por el capitalista e incorporado al capital, ese trabajo se objetiva constantemente durante el proceso en producto ajeno. Como el proceso de producción es al mismo tiempo proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista, el producto del trabajador se convierte constantemente no sólo en mercancía, sino también en capital, valor que absorbe la fuerza creadora de valor, medios de vida que compran personas, medios de producción que utilizan al productor.<sup>5</sup> Por eso el trabajador mismo produce constantemente la riqueza objetiva como capital, como poder que lo domina y lo explota, y el capitalista produce, no menos constantemente, la fuerza de trabajo como fuente de riqueza subjetiva, separada de sus propios medios de objetivación y realización, abstracta, existente en la mera corporeidad del trabajador, en suma, produce el trabajador como asalariado.<sup>6</sup> Esta constante reproducción o eternización del trabajador es sine qua non<sup>\*110</sup> de la producción capitalista.

El consumo del trabajador es de dos tipos. En la producción misma, el trabajador consume con su trabajo medios de producción y los convierte en productos de valor superior al del capital adelantado. Ése es su consumo productivo. Y es al mismo tiempo consumo de su fuerza de trabajo por el capitalista que la ha comprado. Por otra parte, el trabajador gasta en medios de vida el dinero que se le ha pagado por la compra de la fuerza de trabajo: éste es su consumo individual. El consumo productivo y el consumo individual del trabajador son, pues, to-

<sup>5</sup> «Ésta es una propiedad particularmente notable del consumo productivo. Lo que se consume productivamente es capital, y llega a ser capital por ese consumo.» (JAMES MILL, *loc. cit.*, pág. 242.) Pero J. Mill no le ha seguido el rastro a esa «propiedad particularmente notable».

<sup>6</sup> «Es verdad, ciertamente, que la primera implantación de una manufactura da empleo a muchos pobres, pero éstos no dejan de ser pobres, y la continuación de la manufactura hace muchos otros pobres.» (*Reasons for a limited Exportation of Wool*, Lond. 1677, pág. 19.) «El granjero afirma ahora absurdamente que mantiene a los pobres. En realidad, se los mantiene en la miseria.» (*Reasons for the late Increase of the Poor Rates: or a comparative view of the prices of labour and provisions*, Lond. 1777, pág. 31.)

\*110 Requisito imprescindible.

talmente distintos. En el primero el trabajador actúa como fuerza motora del capital y pertenece al capitalista; en el segundo se pertenece a sí mismo y ejecuta funciones vitales fuera del proceso de producción. El resultado del uno es la vida del capitalista, el del otro la vida del trabajador mismo.

Al considerar la «jornada de trabajo», etc., se manifestó ocasionalmente el hecho de que el trabajador se ve a menudo obligado a convertir su consumo individual en un mero incidente del proceso de producción. En este caso absorbe medios de vida para mantener en funcionamiento su fuerza de trabajo, igual que se echa carbón y agua a la máquina de vapor y aceite a la rueda. Sus medios de consumo son entonces meramente medios de consumo de un medio de producción y, por lo tanto, su consumo individual es sin más consumo productivo. Pero esto resulta ser un abuso no esencial al proceso de producción capitalista.<sup>7</sup>

La cosa cobra otro aspecto en cuanto que consideramos no al capitalista individual y al trabajador individual, sino la clase de los capitalistas y la clase de los trabajadores, y no el aislado proceso de producción de la mercancía, sino el proceso de producción capitalista en su fluir y en su dimensión social. Cuando el capitalista coloca en fuerza de trabajo una parte de su capital, valoriza al hacerlo su capital global. Mata dos pájaros de un tiro. Se beneficia no sólo de lo que recibe del trabajador, sino también de lo que le da. El capital enajenado a cambio de fuerza de trabajo se convierte en medios de vida cuyo consumo sirve para reproducir músculos, nervios, huesos, cerebro de los trabajadores existentes y para engendrar nuevos trabajadores. Por eso, dentro de los límites de lo absolutamente necesario, el consumo individual de la clase obrera es reconversión de los medios de vida gastados por el capital a cambio de fuerza de trabajo en fuerza de trabajo explotable por el capital. Es producción y reproducción del medio de producción más imprescindible para el capitalista: el trabajador mismo. El consumo individual del trabajador no deja, pues, de ser un momento de la producción y reproducción del capital, ocurra dentro o fuera del taller, fábrica, etc., dentro o fuera del proceso de trabajo, exactamente igual que la limpieza de la máquina, ocurra durante el proceso de trabajo o durante determinadas pausas del mismo. No afecta en nada al asunto el que el trabajador realice su consumo individual por sí mismo, y no por amor al capitalista. Del mismo modo el consumo de la bestia de carga

<sup>7</sup> Rossi no declamaría tan enfáticamente sobre este punto si realmente hubiera penetrado en el secreto de la «productive consumption».



no deja de ser un momento necesario del proceso de producción por el hecho de que el animal disfrute de lo que come. La constante conservación y reproducción de la clase obrera es siempre condición constante de la reproducción del capital. El capitalista puede confiar tranquilamente su cumplimiento al instinto de conservación y reproducción de los trabajadores. Él se limita a velar porque el consumo individual de los trabajadores se reduzca todo lo posible a lo imprescindible, y está astronómicamente lejos de aquella brutalidad suramericana que obliga al trabajador a tomar alimentos más substanciosos en vez de otros menos substanciosos.<sup>8</sup>

Por eso el capitalista y su ideólogo —el economista político— no consideran productiva más que la parte del consumo individual del trabajador que se requiere para eternizar la clase obrera, o sea, que tiene que ser efectivamente consumida para que el capital consuma la fuerza de trabajo; lo que el trabajador consume por su gusto por encima de eso es consumo improductivo.<sup>9</sup> Si la acumulación del capital causara una elevación del salario y, por lo tanto, aumento de los medios de consumo del trabajador sin consumo de más fuerza de trabajo por el capital, el capital adicional se consumiría improductivamente.<sup>10</sup> En realidad, el consumo individual del trabajador es para éste improductivo, pues no hace más que reproducir el menesteroso individuo; es productivo para el capitalista y para el estado, porque es producción de la fuerza que produce riqueza ajena.<sup>11</sup>

Desde el punto de vista social, la clase obrera es, pues, incluso fuera del proceso inmediato de trabajo, tan adminículo del capital como el muerto instrumento de trabajo. Hasta su consumo individual es, den-

<sup>8</sup> «Los trabajadores de las minas de Suramérica, cuya tarea diaria (tal vez la más dura del mundo) consiste en sacar a hombros una carga de mineral de 180 a 200 libras de peso desde una profundidad de 450 pies, no viven más que de pan y alubias; ellos preferirían alimentarse de pan solo, pero sus amos, que han descubierto que con pan solo no pueden trabajar tan intensamente, los tratan como a caballos y los obligan a comerse las alubias; pero es que las alubias son mucho más ricas en substancia ósea, comparadas con el pan.» (LIEBIG, *loc. cit.*, 1. Theil, pág. 194, nota.)

<sup>9</sup> JAMES MILL, *loc. cit.*, págs. 238 ss.

<sup>10</sup> «Si el precio del trabajo subiera tanto que, pese al aumento de capital, no se pudiera utilizar más trabajo, yo diría que ese aumento de capital se consumiría improductivamente.» (RICARDO, *loc. cit.*, pág. 163.)

<sup>11</sup> «El único consumo productivo en sentido propio es el consumo o la destrucción de riqueza» (quiere decir el uso de los medios de producción) «por capitalistas para fines de reproducción ... El trabajador ... es un consumidor productivo para la persona que lo utiliza y para el estado, pero, hablando en puridad, no para sí mismo.» (MALTHUS, *Definitions, etc.*, pág. 30.)

tro de ciertos límites, sólo un momento del proceso de reproducción del capital. Pero el proceso mismo cura de que esos instrumentos de producción autoconscientes no se escapen: por eso aleja constantemente su producto desde su polo hasta el contrapolo del capital. El consumo individual cuida, por una parte, de su conservación y reproducción; por otra, mediante la destrucción de los medios de vida, asegura que los trabajadores reaparezcan constantemente en el mercado de trabajo. El esclavo romano estaba atado a su propietario por cadenas; el trabajador asalariado lo está por hilos invisibles. La apariencia de su independencia se mantiene por el cambio constante de señor salarial y por la fictio juris\*<sup>111</sup> del contrato.

Antes el capital imponía, cuando le parecía necesario, su derecho de propiedad sobre el trabajador mediante leyes coactivas. Así, por ejemplo, hasta 1815 la emigración de trabajadores mecánicos estuvo prohibida en Inglaterra bajo graves penas.

La reproducción de la clase obrera incluye la tradición y acumulación de capacidad de una generación a otra.<sup>12</sup> En qué medida cuenta el capitalista la existencia de una clase obrera con tal capacidad entre las condiciones de producción que le corresponden, hasta qué punto la considera existencia real de su capital variable, se revela en cuanto que una crisis amenaza con su pérdida. A consecuencia de la guerra civil norteamericana y de la escasez de algodón subsiguiente, se arrojó al arroyo, como es sabido, a la mayoría de los trabajadores del algodón del Lancashire, etc. Del seno mismo de la clase trabajadora, como del de otras capas sociales, se elevó la petición de apoyo estatal o de una colecta nacional voluntaria para posibilitar la emigración de los «superfluos» a las colonias inglesas o a los Estados Unidos. El *Times* publicó entonces (24 de marzo de 1863) una carta de Edmund Potter, antes presidente de la cámara de comercio de Manchester. Se llamó, con razón, a su carta en la cámara baja «el manifiesto de los fabricantes».<sup>13</sup> Reproducimos aquí algunos pasos característicos en los que se enuncia

<sup>12</sup> «La única cosa de la que se puede decir que está almacenada y preparada previamente es la habilidad del trabajador ... La acumulación y el almacenamiento de trabajo capaz, importante operación, se realiza, por lo que hace a la gran masa de los trabajadores, sin ningún capital.» (HODGSKIN, *Labour Defended, etc.*, páginas 12, 13.)

<sup>13</sup> «Esa carta ... se puede mirar como manifiesto de los fabricantes.» (Ferrand, Motion sobre la cotton famine,\*<sup>112</sup> Sesión del H.o.C. del 27 de abril de 1863.)

\*<sup>111</sup> Ficción jurídica.

\*<sup>112</sup> Hambre del algodón.



sin pelos en la lengua el título de propiedad del capital sobre la fuerza de trabajo.

«Se puede decir a los trabajadores del algodón que su oferta es excesiva, ... que tal vez se tenga que reducir en una tercera parte, y entonces se tendría una demanda sana para los dos tercios restantes ... La opinión pública reclama la emigración ... El dueño» (esto es, el fabricante algodoner) «no puede ver gustosamente el alejamiento de su oferta de trabajo; puede pensar que eso es tan injusto cuanto equivocado ... Si la emigración se apoya con fondos públicos, tiene derecho a exigir ser oído y quizás a protestar.»

El mismo Potter expone entonces lo útil que es la industria algodoner, cómo «indudablemente ha drenado la población de Irlanda y de los distritos agrarios ingleses», qué enorme es su dimensión, cómo en el año 1860 aportó 5/13 de todo el comercio inglés de exportación, cómo dentro de pocos años volverá a expansionarse por ampliación del mercado, especialmente del de la India, y conquistando la suficiente «importación de algodón a 6 d. la libra». Sigue diciendo:

«El tiempo —uno, dos, tres años quizá— producirá la cantidad necesaria ... Querría entonces preguntar si vale la pena mantener esa industria, si vale la pena mantener en orden la maquinaria» (o sea, las máquinas vivas de trabajo) «y si no es la mayor locura pensar en abandonarla. Así lo creo. Reconozco que los trabajadores no son una propiedad (I allow that the workers are not a property), que no son propiedad del Lancashire ni de los dueños; pero son la fuerza de uno y otros; son la energía inteligente y preparada que no se puede substituir en una generación; en cambio, la otra maquinaria con la que trabajan (the mere machinery which they work) se podría substituir y mejorar en gran parte y con ventaja en doce meses.<sup>14</sup> Animad o permitid la emigración de la fuerza de trabajo, y ¿qué será del capitalista? (Encourage or allow the working power to emigrate, and what of the capitalist?)»

Este grito del corazón recuerda al mariscal de corte Kalb.<sup>\*113</sup>

<sup>14</sup> Se recordará que el capital mismo toca con otro registro en circunstancias corrientes, cuando se trata de rebajar el salario. Entonces «los dueños» declararon unánimemente (véase Sección Cuarta, nota 188, págs. 56-57): «Los obreros fabriles deberían conservar en benéfica memoria que en realidad su trabajo es una clase baja de trabajo calificado; que ningún otro es más fácil de asimilar ni mejor pagado si se tiene en cuenta su calidad, ni que se pueda adquirir tan rápida o abundantemente con un poco de práctica del menos experto. La maquinaria del maestro» (que según se nos dice ahora se puede mejorar y substituir con ventaja en 12 meses) «desempeña realmente una parte de la tarea de la producción mucho más importante que la del trabajo y la habilidad del obrero» (que ahora no se pueden substituir durante 30 años), «que se puede enseñar con una formación de seis meses y que puede aprender un peón.»

\*113 Personaje de *Cábala y amor* de Schiller, para el cual toda una intriga política se reduce al problema de su empleo.

«...Si alejáis la crema de los trabajadores, el capital fijo perderá mucho valor y el capital circulante no se expondrá al forcejeo con una oferta pequeña de una calidad de trabajo baja ... Se nos dice que los trabajadores mismos desean la emigración. Es muy natural que la deseen ... Reducid, comprimid el negocio del algodón retirando sus fuerzas de trabajo (by taking away its working power), disminuyendo el gasto de su salario, pongamos, en 1/3, o sea, 5 millones, y ¿qué será de la clase inmediatamente situada por encima de ellos, los tenderos? ¿Qué de las rentas, qué de los alquileres de los cottages? ... ¿Qué de los pequeños colonos, de los propietarios de casas ya más distinguidos y de los terratenientes? Y decid si puede haber plan alguno más suicida para todas las clases del país que éste de debilitar a la nación mediante la exportación de sus mejores trabajadores fabriles y la desvaloración de una parte de su capital y su riqueza más productivos.» «Aconsejo un empréstito de 5 a 6 millones distribuido por 2 ó 3 años, administrado por comisarios especialmente, coordinado con la administración de pobres de los distritos algodoner, bajo especiales regulaciones legales, con cierto trabajo obligatorio para sostener la valuta moral de los perceptores de la limosna ... ¿Puede haber algo peor para terratenientes y patronos (can anything be worse for landowners or masters) que prescindir de sus mejores obreros y desmoralizar e irritar a los demás mediante una amplia emigración vaciadora y el vaciamiento de valor y capital de una provincia entera?»

Potter, el órgano elegido de los fabricantes algodoner, distingue dos «maquinarias», que pertenecen ambas al capitalista, y una de las cuales se encuentra en su fábrica, mientras que la otra habita fuera, en cottages, por la noche y los domingos. La una es muerta, la otra viva. La maquinaria muerta se estropea y se desvalora diariamente y, además, una gran parte de su masa existente envejece constantemente tanto por el incesante progreso técnico que se puede substituir ventajosamente y en pocos meses por nueva maquinaria. La maquinaria viva, por el contrario, mejora cuanto más dura, cuanto más acumula en sí las habilidades de generaciones. El *Times* contestó al fabricante, entre otras cosas:

«El señor Potter está tan impresionado por la extraordinaria y absoluta importancia de los empresarios algodoner que, para mantener esa clase y eternizar su profesión, quiere encerrar contra su voluntad medio millón de trabajadores en un gran workhouse<sup>\*114</sup> moral. ¿Merece esta industria ser conservada?, pregunta el señor Potter. Sin duda, por todos los medios honrosos, contestamos nosotros. ¿Vale la pena conservar la maquinaria en orden?, pregunta también el señor Potter. Y aquí es donde vacilamos. El señor Potter entiende por maquinaria la maquinaria humana, pues asegura que no pretende tratarla como propiedad absoluta. Tenemos que confesar que no creemos que 'valga la pena', ni siquiera que sea posible mantener en orden la maquinaria humana, o sea, encerrarla y engrasarla hasta que se la necesite. La maquinaria humana tiene la propiedad de oxidarse durante la inactividad por mucho que se la engrase y frote. Además, la maquinaria humana, como nos lo

\*114 Nombre de ciertos talleres públicos de beneficencia.



enseña la simple mirada, es capaz de poner en marcha el vapor por sí misma, o de reventar, o de lanzarse insensatamente a un baile de San Vito por nuestras grandes ciudades. Es posible que haga falta, como dice el señor Potter, más tiempo para la reproducción de los trabajadores, pero con maquinistas y dinero en mano encontraremos siempre hombres laboriosos, duros, industriosos para fabricar con ellos más amos fabriles que los que necesitamos en cualquier momento ... El señor Potter charla de reanimación de la industria en 1, 2, 3 años y nos requiere para que no animemos o no permitamos la emigración de la fuerza de trabajo. Dice que es natural que los trabajadores quieran emigrar, pero opina que la nación tiene que encerrar en los distritos algodóneros ese medio millón de trabajadores con las 700.000 personas que dependen de ellos, pese a su deseo de emigrar, y, como consecuencia necesaria, que la nación tiene que aplastar por la fuerza su disgusto y aplacarlos con limosnas, todo ello a la espera de la ocasión de que los patronos algodóneros puedan necesitarlos de nuevo un día u otro ... Ha llegado el momento de que la gran opinión pública de esta isla haga algo por salvar a 'esa fuerza de trabajo' de aquellos que quieren tratarla igual que tratan el carbón, el hierro y el algodón (to save this 'working power' from those who would deal with it as they deal with iron, coal and cotton).»<sup>15</sup>

El artículo del *Times* no era más que un jeu d'esprit.<sup>\*115</sup> La «gran opinión pública» tenía, en realidad, la misma opinión que el señor Potter: que los trabajadores fabriles son adminículo y mobiliario de las fábricas. Se impidió su emigración.<sup>16</sup> Se los encerró en el «workhouse moral» de los distritos algodóneros, y así siguen constituyendo «la fuerza (the strength) de los empresarios algodóneros del Lancashire».

El proceso capitalista de producción reproduce, pues, por su propio decurso, la división entre fuerza de trabajo y condiciones del trabajo. Reproduce y eterniza así las condiciones de explotación del trabajador. Impone constantemente al trabajador la venta de su fuerza de trabajo para vivir, y posibilita constantemente al capitalista su compra, para enriquecerse.<sup>17</sup> No es ya el azar el que pone frente a frente al capitalista

<sup>15</sup> *Times*, 24 de marzo de 1863.

<sup>16</sup> El Parlamento no votó ni un farthing para la emigración, sino leyes que autorizaban a los ayuntamientos a mantener a los obreros entre la vida y la muerte o a explotarlos sin pagarles salarios normales. En cambio, cuando tres años más tarde estalló la epidemia del ganado vacuno, el Parlamento rompió incluso salvajemente la etiqueta parlamentaria y votó en un abrir y cerrar de ojos millones de indemnización para los terratenientes millonarios, cuyos arrendatarios, por lo demás, se indemnizaron por sí mismos subiendo el precio de la carne. El mugido bestial de los terratenientes en la inauguración del Parlamento de 1866 probó que no hace falta ser hindú para adorar a la Vaca Sabala, ni Júpiter para transformarse en toro.

<sup>17</sup> «El trabajador pedía medios de sustento para vivir, el jefe pedía trabajo para ganar.» (SISMONDI, *loc. cit.*, pág. 91.)

\*115 Ejercicio mental.

y al trabajador en el mercado, como comprador y vendedor. Es la tenaza del proceso mismo lo que vuelve siempre a lanzar al mercado al uno como vendedor de su fuerza de trabajo y transforma siempre su producto en medio de compra del otro. En realidad, el trabajador pertenece al capital antes de venderse al capitalista. Su esclavitud económica<sup>18</sup> es al mismo tiempo mediada y escondida por la renovación periódica de su autoventa, por la variación de sus señores salariales y por la oscilación del precio de mercado del trabajo.<sup>19</sup>

El proceso de producción capitalista, contemplado en su conexión, como proceso de reproducción, produce, pues, no sólo mercancía, no sólo plusvalía; produce y reproduce la relación de capital misma, por una parte el capitalista, por otra el trabajador asalariado.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> En el condado de Durham existe una forma burdamente campesina de esa servidumbre. Éste es uno de los pocos condados en los que la situación asegura al explotante agrario un título de propiedad indiscutido sobre los jornaleros agrícolas. La industria minera permite a estos últimos una elección. El arrendatario, contra la regla, toma, por ello, en este caso en arriendo sólo terrenos en los que se encuentren cottages para obreros. El alquiler del cottage constituye parte del salario del trabajo. Esos cottages se llaman «hind's houses».<sup>\*116</sup> Se alquilan a los trabajadores bajo ciertas obligaciones feudales, por un contrato que se llama «bondage» (servidumbre) y que vincula, p. e., al trabajador a dejar en el lugar a su hija, etc., por el tiempo en que él trabaje en otro sitio. El trabajador mismo se llama bondsman, siervo. Esta relación presenta incluso el consumo individual del trabajador como consumo para el capital, como consumo productivo, pero desde un punto de vista completamente nuevo: «Es interesante observar que hasta los excrementos de este bondsman se cuentan entre las prestaciones debidas a sus calculadores señores ... El arrendatario del terreno no permite que haya en todo el barrio más retrete que el suyo propio y no tolera en este punto detracción alguna de su derecho de vasallaje.» (*Public Health, VII Rep., 1864*, pág. 188.)

<sup>19</sup> Téngase en cuenta a este propósito que en el trabajo de los niños, etc., falta incluso el formalismo de la autoventa.

<sup>20</sup> «El capital presupone el trabajo asalariado, el trabajo asalariado presupone el capital. Se condicionan recíprocamente, se producen recíprocamente. Un trabajador de una fábrica de algodón ¿produce sólo género de algodón? No, produce capital. Produce valores que sirven de nuevo para mandar sobre su trabajo, y para crear nuevos valores por medio de él.» (KARL MARX, «Lohnarbeit und Kapital», en *N[eue] Rb[heinische] Z[itung]*, n.º 266, 7 de abril de 1849.) Los artículos publicados con ese título en la *N. Rb. Z.* son fragmentos de las conferencias que di sobre ese tema en el Deutschen Arbeiterverein<sup>\*117</sup> de Bruselas en 1847 y cuya impresión quedó interrumpida por la revolución de febrero.

\*116 «Casas de labradores».

\*117 Unión Obrera Alemana.



## Capítulo vigesimosegundo

### CONVERSIÓN DE PLUSVALÍA EN CAPITAL

#### 1. *Proceso de producción capitalista a escala ampliada. Mutación de las leyes de propiedad de la producción de mercancías en leyes de la apropiación capitalista*

Antes teníamos que considerar cómo surge la plusvalía del capital; ahora, cómo surge el capital de la plusvalía. La aplicación de la plusvalía como capital, o reconversión de la plusvalía en capital, se llama acumulación del capital.<sup>21</sup>

Contemplemos ese proceso, ante todo, desde el punto de vista del capitalista individual. Sea, p. e., un hilador que ha adelantado un capital de 10.000 libr. est., cuatro quintos de las cuales en algodón, máquinas, etc., y el último quinto en salarios. Produzca anualmente 240.000 libras de hilado por un valor de 12.000 libr. est. Con una cuota de plusvalía del 100 %, la plusvalía se encuentra en el plusproducto o producto neto de 40.000 libr. de hilado, que es un sexto del producto bruto, por un valor de 2.000 libr. est., que realizará la venta. Una suma de valor de 2.000 libr. est. es una suma de valor de 2.000 libr. est. Al dinero no se le huele ni se le ve que es plusvalía. El carácter de plusvalía de un valor indica cómo llegó a su propietario, pero no altera en nada la naturaleza del valor o del dinero.

Así, pues, para convertir en capital la nueva suma añadida de 2.000 libr. est., el fabricante de hilados, si todas las demás circunstancias se mantienen iguales, adelantará cuatro quintos para la compra de algodón, etc., y un quinto para la compra de nuevos trabajadores hilanderos, los cuales encontrarán en el mercado los medios de vida cuyo valor él les ha adelantado. Entonces el nuevo capital de 2.000 libr. est. funciona en la hilatura y rinde por su parte una plusvalía de 400 libr. est.

<sup>21</sup> «Acumulación de capital: el empleo de una parte de la renta como capital.» (MALTHUS, *Definitions, etc.*, ed. Cazenove, pág. 11.) «Conversión de renta en capital.» (MALTHUS, *Princ. of Pol. Econ.*, 2nd ed., Lond. 1836, pág. 320.)



El valor capital se adelantó originariamente en forma monetaria; en cambio, la plusvalía existe desde el primer momento como valor de una parte determinada del producto bruto. Cuando se vende éste, cuando se convierte en dinero, el valor capital recobra su forma originaria, pero la plusvalía altera su modo de existencia originario. Mas a partir de este momento, valor capital y plusvalía son ambas sumas de dinero, y su reconversión en capital procede exactamente de la misma manera. El capitalista gasta ambas sumas en la compra de las mercancías que le permiten empezar de nuevo la ejecución de su artículo, y esta vez, precisamente, a escala ampliada. Pero para comprar esas mercancías tiene que encontrarlas presentes en el mercado.

Sus propios hilados no circulan sino porque él lleva su producto anual al mercado, igual que lo hacen todos los demás capitalistas con sus mercancías. Pero antes de llegar al mercado, esas mercancías se habían encontrado en el fondo de producción anual, esto es, en la masa conjunta de objetos de todas clases en que se convierte la suma total de los capitales individuales o capital social global en el curso del año, y de la cual cada capitalista individual tiene en mano sólo una parte alícuota. Los procesos que ocurren en el mercado ponen sólo en acto el movimiento de los varios elementos de la producción anual, los mandan de una mano a otra, pero no pueden ni aumentar la producción anual total ni alterar la naturaleza de los objetos producidos. El uso, pues, que se pueda hacer del producto total anual depende de su propia composición, en modo alguno de la circulación.

Por de pronto, la producción anual tiene que suministrar todos los objetos (valores de uso) con los que hay que reponer los elementos materiales del capital gastados en el curso del año. Una vez deducidos éstos, queda el producto neto o plusproducto, en el que está metida la plusvalía. Y ¿de qué consta ese plusproducto? ¿Acaso de cosas destinadas a la satisfacción de las necesidades y las apetencias de la clase capitalista y que, por lo tanto, entran en su fondo de consumo? Si eso fuera todo, se beberían la plusvalía hasta las heces, y no habría ni reproducción.

Para acumular hay que convertir una parte del plusproducto en capital. Pero, sin hacer milagros, lo único que se puede convertir en capital son cosas utilizables en el proceso de trabajo, esto es, medios de producción, y luego también cosas con las que el trabajador se puede mantener, o sea, medios de vida. Consiguientemente, una parte del plusproducto anual se tiene que utilizar para producir más medios de producción y de vida, en exceso respecto de la cantidad que se requería para reponer el capital adelantado. Dicho con pocas palabras: la plus-

valía es convertible en capital exclusivamente porque el plusproducto cuyo valor es ella contiene ya los elementos materiales de un nuevo capital.<sup>21a</sup>

Para hacer que esos elementos funcionen efectivamente como capital la clase capitalista necesita un suplemento de trabajo. Si no se trata de aumentar extensiva o intensivamente la explotación de los trabajadores ya empleados, hay que emplear fuerzas de trabajo suplementarias. El mecanismo de la producción capitalista lo ha previsto ya, reproduciendo la clase trabajadora como clase dependiente del salario del trabajo y cuyo salario corriente basta para asegurar no sólo su conservación, sino también su multiplicación. El capital no necesita más que incorporar a los medios de producción suplementarios ya contenidos en la producción anual esas fuerzas de trabajo suplementarias que anualmente le suministra la clase trabajadora en varios escalones de edad, y ya está lista la conversión de la plusvalía en capital. Considerada concretamente, la acumulación se resuelve en reproducción del capital a escala progresiva. El círculo de la reproducción simple se altera y se convierte, según la expresión de Sismondi, en una espiral.<sup>21b</sup>

Volvamos ahora a nuestro ejemplo. Es la vieja historia: Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, etc. El capital inicial de 10.000 libr. est. aporta una plusvalía de 2.000 libr. est., que se capitaliza. El nuevo capital de 2.000 libr. est. aporta una plusvalía de 400 libr. est.; ésta, capitalizada de nuevo, o sea, convertida en un segundo capital suplementario, aporta una nueva plusvalía de 80 libr. est., etc.

Prescindimos aquí de la parte de la plusvalía consumida por el capitalista. Tampoco nos interesa por el momento si los capitales suplementarios se añaden al capital inicial o se separan de él para una valorización propia, si los aprovecha el mismo capitalista que los ha acumulado o si los transfiere a otros. Lo que no debemos olvidar es que, junto a los capitales nuevamente formados, el capital inicial sigue reproduciéndose y produciendo plusvalía, y que lo mismo vale de todo capital acumulado respecto del capital suplementario engendrado por él.

<sup>21a</sup> Aquí se hace abstracción del comercio de exportación, por medio del cual una nación puede invertir artículos de lujo en medios de producción o de vida, y a la inversa. Para captar el objeto de la investigación en su pureza, exento de circunstancias concomitantes perturbadoras, hemos de mirar aquí el entero mundo comercial como una sola nación y presuponer que la producción capitalista se ha implantado en todas partes y se ha apoderado de todas las ramas industriales.

<sup>21b</sup> El análisis de la acumulación por Sismondi tiene el gran defecto de contentarse demasiado con la mera frase «transposición de renta en capital», sin averiguar las condiciones materiales de esa operación.



El capital inicial se formó por el adelanto de 10.000 libr. est. ¿De dónde las saca su propietario? De su propio trabajo y del de sus antepasados, nos contestan unánimemente los portavoces de la economía política,<sup>21c</sup> y su suposición parece efectivamente la única que concuerda con las leyes de la producción mercantil.

Los hechos discurren de manera completamente distinta con el capital adicional de 2.000 libr. est. Conocemos con toda precisión su proceso genético. Es plusvalía capitalizada. Desde su nacimiento no contiene ni un solo átomo de valor que no proceda de trabajo ajeno no pagado. Los medios de producción a los que se incorpora la fuerza de trabajo suplementaria y los medios de vida con los que ésta se mantiene no son más que elementos integrantes del plusproducto, del tributo anualmente arrancado a la clase trabajadora por la clase capitalista. Cuando ésta compra más fuerza de trabajo con una parte del tributo de aquélla, aunque sea por su pleno precio, de tal modo que se intercambie equivalente por equivalente, sigue siendo, de todos modos, el viejo proceder del conquistador que compra a los vencidos mercancías con el mismo dinero que les ha robado.

Si el capital suplementario emplea a su propio productor, éste tiene que seguir valorizando el capital inicial y, además, volver a comprar el fruto de su anterior trabajo por más trabajo que el que ha costado. Si se contempla como transacción entre la clase de los capitalistas y la clase trabajadora, no cambia nada a la cosa el que con el trabajo no pagado de los trabajadores empleados hasta el momento se emplee a trabajadores suplementarios. También puede ser que el capitalista transforme el capital añadido en una máquina que arroje al arroyo al productor de ese capital añadido y lo substituya por unos pocos niños. En todos los casos, la clase trabajadora ha producido por su plustrabajo de este año el capital que el año que viene empleará trabajo suplementario.<sup>22</sup> Esto es lo que se llama crear capital mediante capital.

El presupuesto de la acumulación del primer capital suplementario de 2.000 libr. est. era una suma de valor de 10.000 libr. est., adelantada por el capitalista y que le pertenecía por su «trabajo originario». El presupuesto del segundo capital adicional de 400 libr. est., en cambio, no es más que la previa acumulación del primero, de las 2.000 libr.

<sup>21c</sup> «El trabajo primitivo al cual su capital ha debido su nacimiento.» (SISMONDI, *loc. cit.*, éd. Paris, tomo I, pág. 109.)

<sup>22</sup> «El trabajo crea el capital antes de que el capital aplique el trabajo» («Labour creates capital, before capital employs labour»). (E. G. WAKEFIELD, *England and America*, London 1833, vol. II, pág. 110.)

est., cuya plusvalía capitalizada es. La propiedad sobre trabajo pasado no pagado aparece ahora como única condición de la apropiación presente de trabajo vivo no pagado, en medida siempre creciente. Cuanto más acumula el capitalista, tanto más puede acumular.

En la medida en que la plusvalía en que consiste el capital adicional n.º I era resultado de la compra de fuerza de trabajo con una parte del capital inicial —compra que correspondía a las leyes del intercambio de mercancías y que, considerada jurídicamente, no presupone más que libre disposición, por parte del trabajador, sobre sus capacidades y, por parte del poseedor de dinero o mercancía, sobre los valores que le pertenecen—; y en la medida en que el capital adicional n.º II, etc., es mero resultado del capital adicional n.º I, o sea, consecuencia de aquella relación; y en la medida en que cada transacción particular corresponde constantemente a la ley del intercambio de mercancías —el capitalista compra siempre la fuerza de trabajo, el trabajador la vende siempre, y hasta vamos a suponer que por su valor real—, es evidente que la ley de la apropiación o ley de la propiedad privada, basada en la producción y la circulación de mercancías, muta en su contrario directo, por obra de su propia, interna, inevitable dialéctica. El intercambio de equivalentes, que aparecía como operación inicial, se ha invertido de tal modo que ahora sólo hay intercambio aparente, pues, en primer lugar, la parte de capital cambiada por fuerza de trabajo no es ella misma más que una parte del producto del trabajo ajeno apropiado sin equivalente, y, en segundo lugar, tiene que ser no sólo repuesto por su productor, el trabajador, sino incluso repuesto con un excedente. La relación de intercambio entre capitalista y trabajador se convierte, pues, en una apariencia propia del proceso de circulación, mera forma que es ajena al contenido mismo y no hace más que mistificarlo. La compraventa constante de la fuerza de trabajo es la forma. El contenido es que el capitalista coloca siempre en una cantidad mayor de trabajo ajeno vivo una parte del trabajo ajeno objetivado del que se apropia incesantemente sin equivalente. Al principio el derecho de propiedad se nos presentaba fundado en trabajo propio. Por lo menos, había que admitir ese supuesto, porque los únicos que se enfrentan son poseedores de mercancías con los mismos derechos, y el medio de apropiarse de la mercancía ajena es sólo la enajenación de la mercancía propia, y esta última no se puede producir sino mediante trabajo. La propiedad resulta ahora, por el lado del capitalista, el derecho a apropiarse de trabajo ajeno no pagado o de su producto, y, por el lado del trabajador, la imposibilidad de apropiarse de su propio producto. La separación de



propiedad y trabajo se convierte en consecuencia necesaria de una ley que aparentemente partía de su identidad.<sup>23</sup>

Por mucho que el modo de apropiación capitalista parezca darse de bofetadas con las leyes originarias de la producción mercantil, sin embargo, no nace en absoluto de la conculcación de esas leyes, sino, por el contrario, de su aplicación. Valga para ponerlo una vez más en claro un vistazo retrospectivo a la serie de fases de movimiento cuyo punto final es la acumulación capitalista.

Primero hemos visto que la conversión originaria de una suma de valor en capital se consumaba completamente de acuerdo con las leyes del intercambio. Uno de los contratantes vende su fuerza de trabajo, el otro la compra. El primero recibe el valor de su mercancía, cuyo valor de uso —el trabajo— queda con eso enajenado al segundo. Éste convierte entonces medios de producción que ya le pertenecen, con la ayuda de trabajo que también le pertenece, en un producto nuevo que también le pertenece de derecho.

El valor de ese producto incluye, primero, el valor de los medios de producción gastados. El trabajo útil no puede gastar esos medios de producción sin traspasar su valor al nuevo producto; y, para ser vendible, la fuerza de trabajo tiene que ser capaz de suministrar trabajo útil en la rama industrial en la que se aplica.

El valor del nuevo producto incluye también el equivalente del valor de la fuerza de trabajo y una plusvalía. Y ello porque la fuerza de trabajo vendida por un tiempo determinado —día, semana, etc.— posee menos valor que el que crea su uso durante ese tiempo. Pero el trabajador ha cobrado el valor de cambio de su fuerza de trabajo y, con ello, ha enajenado su valor de uso, como ocurre en toda compra-venta.

El que esa particular mercancía, la fuerza de trabajo, tenga el peculiar valor de uso de suministrar trabajo no puede afectar a la ley general de la producción de mercancías. Por eso, el que la suma de valor adelantada en el salario no sólo se vuelva a encontrar simplemente en el producto, sino que se encuentre en él aumentada por una plusvalía, no se debe a ninguna trampa hecha al vendedor, el cual, por el contra-

<sup>23</sup> La propiedad del capitalista sobre el producto del trabajo ajeno es «estricta consecuencia de la ley de la apropiación, cuyo principio fundamental era, por el contrario, la exclusividad del título de propiedad de cada trabajador sobre el producto de su propio trabajo». (CHERBULIEZ, *Richesse ou Pauvreté*, Paris 1841, pág. 58, donde, de todos modos, no se desarrolla adecuadamente esa mutación dialéctica.)

rio, ha recibido el valor de su mercancía, sino exclusivamente al uso de esa mercancía por el comprador.

La ley del cambio determina igualdad sólo de los valores de cambio de las mercancías entregadas una por otra. Pero determina, incluso, por anticipado diversidad de sus valores de uso, y no tiene nada que ver con su consumo, que empieza sólo una vez concluido y consumado el trato.

Así, pues, la conversión inicial de dinero en capital se consuma en completísima armonía con las leyes económicas de la producción mercantil y con el derecho de propiedad dimanante de ella. Pero, a pesar de ello, tiene por resultado:

1.º, que el producto pertenece al capitalista y no al trabajador;  
2.º, que el valor de ese producto contiene, además del valor del capital adelantado, una plusvalía que ha costado al trabajador trabajo y nada al capitalista, pero que, pese a ello, es propiedad según derecho del capitalista;

3.º, que el trabajador ha conservado su fuerza de trabajo y la puede vender de nuevo si encuentra comprador.

La reproducción simple no es más que la repetición periódica de esa primera operación; cada vez y siempre de nuevo se convierte dinero en capital. La ley, pues, no se viola; por el contrario, encuentra, simplemente, ocasión de actuarse constantemente.

«Plusieurs échanges successifs n'ont fait du dernier que le représentant du premier.»<sup>\*118</sup> (SISMONDI, *loc. cit.*, pág. 70.)

Y, a pesar de eso, hemos visto que basta ya con la reproducción simple para imprimir a esa primera operación —en la medida en que se concebía como acontecimiento aislado— un carácter totalmente distinto.

«Parmi ceux qui se partagent le revenu national, les uns» (los trabajadores) «y acquièrent chaque année un nouveau droit par un nouveau travail, les autres» (los capitalistas) «y ont acquis antérieurement un droit permanent par un travail primitif.»<sup>\*119</sup> (SISMONDI, *loc. cit.*, págs. 110, 111.)

<sup>\*118</sup> «Varios intercambios sucesivos han reducido al último a representante del primero.»

<sup>\*119</sup> «De entre los que se reparten la renta nacional, los unos (los trabajadores) adquieren cada año en ella un derecho nuevo mediante un trabajo nuevo; los otros (los capitalistas) han adquirido anteriormente en ella un derecho permanente mediante un trabajo inicial.»



Es sabido que el campo del trabajo no es el único en el que la primogenitura hace milagros.

Y tampoco enreda las cosas el que la reproducción simple se sustituya por la reproducción a escala ampliada, por la acumulación. En aquélla el capitalista se patea toda la plusvalía; en esta prueba su virtud ciudadana consumiendo sólo una parte y convirtiendo el resto en dinero.

La plusvalía es propiedad suya: nunca perteneció a otra persona. Si él la adelanta para la producción, hace anticipos de su propio fondo, exactamente igual que el día en que por vez primera recorrió el mercado. El que esta vez ese fondo proceda del trabajo no pagado de sus trabajadores no tiene nada que ver con el asunto. Cuando el trabajador B se emplea con la plusvalía producida por el trabajador A, A, para empezar, ha suministrado esa plusvalía sin que se le recortara ni en una blanca el precio justo de su mercancía, y, en segundo lugar, ese asunto no le importa a B absolutamente nada. Lo que B reclama y tiene derecho a reclamar es que el capitalista le pague el valor de su fuerza de trabajo.

«Tous deux gagnaient encore; l'ouvrier parce qu'on lui avançait les fruits de son travail» (entiéndase: du travail gratuit d'autres ouvriers) «avant qu'il fût fait» (entiéndase: avant que le sien ait porté de fruit); «le maître, parce que le travail de cet ouvrier valait plus que le salaire» (entiéndase: produisait plus de valeur que celle de son salaire).<sup>\*120</sup> (SISMONDI, *loc. cit.*, pág. 135.)

Es verdad que la cosa tiene un aspecto completamente distinto si consideramos la producción capitalista en el flujo ininterrumpido de su renovación y tenemos en cuenta, en vez del capitalista individual y el trabajador individual, la totalidad, la clase de los capitalistas y, frente a ella, la clase de los trabajadores. Pero con eso aplicaríamos un criterio totalmente ajeno a la producción de mercancías.

En la producción mercantil sólo se enfrentan vendedor y comprador, en completa independencia. Sus relaciones recíprocas terminan el día del vencimiento del contrato concluido entre ellos. Si se repite el negocio, será a consecuencia de un nuevo contrato que no tendrá nada que ver con el anterior, y en el cual sólo una casualidad puede unir de nuevo al mismo comprador con el mismo vendedor.

<sup>\*120</sup> «Ambos ganaban aún; el obrero, porque se le adelantaba los frutos de su trabajo» (entiéndase: del trabajo gratuito de otros obreros) «antes de que estuviera hecho» (entiéndase: antes de que el suyo haya dado fruto); «el amo, porque el trabajo de este obrero valía más que el salario» (entiéndase: producía más valor que el de su salario).

Si, pues, se trata de juzgar según sus propias leyes económicas la producción mercantil o un proceso perteneciente a ella, hemos de considerar por sí mismo cada acto de intercambio, fuera de toda conexión con el acto de intercambio que le precedió y con el que le sucede. Y como las compras y las ventas se concluyen sólo entre individuos aislados, es inadmisibles buscar en ellas relaciones entre enteras clases sociales.

Por larga que sea, pues, la serie de las reproducciones periódicas y las acumulaciones precedentes que haya recorrido el capital hoy en funcionamiento, éste conserva siempre su virginidad originaria. Mientras en todo acto de intercambio —tomado individualmente— se observen las leyes del intercambio, el modo de apropiación puede experimentar una subversión completa sin tocar para nada el derecho de propiedad adecuado a la producción de mercancías. El mismo derecho está vigente, tanto al principio, cuando el producto pertenece al productor y éste, cambiando equivalente por equivalente, no se puede enriquecer sino por su propio trabajo, cuanto en el período capitalista, cuando la riqueza social se convierte constante y crecientemente en propiedad de los que están en situación de apropiarse constantemente de nuevo del trabajo no pagado de otros.

Este resultado es inevitable en cuanto que el trabajador mismo vende libremente como mercancía la fuerza de trabajo. Pero también es a partir de ese momento cuando la producción mercantil se generaliza y se convierte en forma de producción típica; sólo a partir de ese momento se produce todo producto ya de antemano para la venta, y toda riqueza producida pasa por la circulación. La producción mercantil no se impone a la entera sociedad más que donde el trabajo asalariado es su base; pero sólo allí, también, despliega todas sus potencias ocultas. Decir que la intromisión del trabajo asalariado falsea la producción mercantil es decir que, si quiere mantenerse sin falsear, la producción de mercancías no puede desarrollarse. En la misma medida en que, de acuerdo con sus leyes inmanentes, se desarrolla hasta constituirse en producción capitalista, en esa misma medida las leyes de propiedad de la producción mercantil mutan en leyes de la apropiación capitalista.<sup>24</sup>

Se ha visto que incluso con la reproducción simple todo capital adelantado, cualquiera que sea el modo como se adquirió originariamente, se convierte en capital acumulado, o plusvalía capitalizada. Pero, en la

<sup>24</sup> Admírese a la vista de eso la agudeza de Proudhon, que quiere abolir la propiedad capitalista imponiendo frente a ella ... ¡las eternas leyes de la propiedad de la producción de mercancías!



corriente de la producción, todo capital originariamente adelantado en general se convierte en una magnitud evanescente (magnitud evanescente en sentido matemático) comparado con el capital directamente acumulado, esto es, con la plusvalía o el plusproducto reconvertido en capital, ya funcione en la mano que lo ha acumulado, ya en manos ajenas. Por eso la economía política representa el capital como tal como «riqueza acumulada» (plusvalía convertida, o sea, renta de capital) «que se aplica de nuevo a la producción de plusvalía»,<sup>25</sup> o representa al capitalista como «poseedor del plusproducto».<sup>26</sup> Esa misma visión aparece, con un mero cambio de forma, en la expresión de que todo capital existente es interés acumulado o capitalizado, pues el interés es una mera fracción de la plusvalía.<sup>27</sup>

## 2. Errónea concepción de la reproducción a escala ampliada por parte de la economía política

Pero antes de entrar en algunas determinaciones más precisas de la acumulación o reconversión de plusvalía en capital hay que eliminar una ambigüedad imaginada por la economía clásica.

Así como las mercancías que el capitalista compra para su propio consumo con una parte de la plusvalía no le sirven de medios de producción y valorización, así tampoco es trabajo productivo el trabajo que compra para satisfacer sus necesidades naturales y sociales. En vez de convertir, mediante la compra de aquellas mercancías y aquel trabajo, la plusvalía en capital, lo que hace es consumir o gastar ésta, por el contrario, como renta. Frente a la vieja mentalidad aristocrática que, como justamente dice Hegel, «consiste en consumir lo existente» y se expande también y precisamente en el lujo de los servicios personales, la economía burguesa consideró decisivamente importante el proclamar y predicar incansablemente la acumulación de capital como primer deber

<sup>25</sup> «El capital es riqueza acumulada aplicada para conseguir beneficio.» (MALTHUS, *loc. cit.* [pág. 262].) «El capital ... consiste en riqueza ahorrada de la renta y usada con una intención de beneficio.» (R. JONES, *Text-book of lectures on the Political Economy of Nations*, Hertford 1852, pág. 16.)

<sup>26</sup> «Los poseedores del plusproducto o capital.» (*The Source and Remedy of the National Difficulties. A Letter to Lord John Russell*, Lond. 1821 [pág. 4].)

<sup>27</sup> «El capital, con interés compuesto sobre toda porción de capital ahorrado, es tan absorbente que toda la riqueza del mundo de la que se deriva renta se ha convertido hace ya mucho tiempo en interés de capital.» (*Economist*, London, 19 de julio de 1851.)

del ciudadano: no se puede acumular si uno se come toda su renta en vez de gastar una buena parte de ella en reclutar más trabajadores productivos que aporten más de lo que cuestan. Por otra parte, la economía política tenía que polemizar con el prejuicio popular que confunde la producción capitalista con el atesoramiento<sup>28</sup> y se imagina, por lo tanto, que la riqueza acumulada es riqueza substraída a la destrucción en su forma natural presente, o sea, substraída al consumo, o salvada de la circulación. Pero encerrar el dinero para evitar su circulación sería precisamente lo contrario de su valorización como capital, y la acumulación de mercancías en el sentido del atesoramiento sería insensatez pura.<sup>28a</sup> La acumulación de mercancías en grandes cantidades es resultado de un bloqueo de la circulación, o de sobreproducción.<sup>29</sup> Es verdad que en la imaginación popular andan, por una parte, la imagen de los bienes amontonados en el fondo de consumo de los ricos y que se van disipando lentamente, y, por otra, la formación de reservas, fenómeno que pertenece a todos los modos de producción y ante el cual nos detendremos un momento en el análisis del proceso de circulación.

Hasta este punto, pues, está en lo justo la economía clásica cuando subraya como momento característico del proceso de acumulación el consumo del plusproducto por trabajadores productivos, en vez de por improductivos. Pero aquí también comienza su error. A. Smith convirtió en moda el presentar la acumulación meramente como consumo del plusproducto por trabajadores productivos, la capitalización de la plusvalía como su mera inversión en fuerza de trabajo. Escuchemos, p. e., a Ricardo:

«Hay que comprender que todos los productos de un país se consumen; pero constituye la mayor diferencia imaginable el que sean consumidos por quienes reproducen otro valor o por quienes no lo reproducen. Cuando decimos que se está ahorrando renta y añadiéndola al capital, queremos decir que la parte de la renta de la que se dice que se ha añadido al capital se consume por trabajadores produc-

<sup>28</sup> «Ningún economista político de hoy día puede entender por ahorro mero atesoramiento; y fuera de ese proceder reducido e insuficiente, no se puede imaginar fácilmente ningún uso del término referente a la riqueza nacional sino aquel que ha de surgir de una aplicación diferente de lo ahorrado, basada en una distinción real entre las diferentes clases de trabajo mantenidas por él.» (MALTHUS, *loc. cit.*, págs. 38, 39.)

<sup>28a</sup> Así en la narración de Balzac, que tan profundamente estudió todos los matices de la avaricia, el viejo usurero Gobseck chochea ya cuando empieza a hacerse un tesoro de mercancías acumuladas.

<sup>29</sup> «Acumulación de capitales ... no intercambio ... sobreproducción.» (TH. CORBET, *loc. cit.*, pág. 104.)



tivos, en vez de por trabajadores improductivos. No hay error mayor que el suponer que el capital aumenta por no-consumo.»<sup>30</sup>

No hay error mayor que el repetido, siguiendo a A. Smith, por Ricardo y todos los posteriores, a saber, que

«la parte de la renta de la que se dice que se ha añadido al capital se consume por trabajadores productivos».

Según esa idea, toda plusvalía que se convierte en capital se convertiría en capital variable. En realidad, se divide, como el valor inicialmente adelantado, en capital constante y capital variable, en medios de producción y fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo es la forma en la que existe el capital variable dentro del proceso de producción. En este proceso es ella misma consumida por el capitalista. Ella consume por su función — el trabajo — medios de producción. Al mismo tiempo, el dinero pagado en la compra de la fuerza de trabajo se convierte en medios de vida que son consumidos no por el «trabajo productivo», sino por el «trabajador productivo». A. Smith llega, por un análisis radicalmente erróneo, al desaborido resultado de que, aunque cada capital individual se divide en elemento constante y elemento variable, sin embargo, el capital social se resuelve en capital sólo variable, o sea, se gasta sólo en el pago de salarios. P. e.: sea un fabricante de paños que convierte 2.000 libr. est. en capital. Invierte una parte del dinero en la compra de tejedores, la otra en hilados de lana, maquinaria para la lana, etc. Pero las gentes a las que compra la maquinaria pagan a su vez, con una parte de ello, trabajo, etc., hasta que las 2.000 libr. est. quedan gastadas en pago de salarios, o sea, hasta que el entero producto representado por las 2.000 libr. est. está consumido por trabajadores productivos. Como se ve, toda la potencia de esa argumentación está en el «etc.», que nos envía de Poncio a Pilato. En realidad, A. Smith corta la investigación precisamente donde empieza su dificultad.<sup>31</sup>

Mientras no se tenga en cuenta más que el fondo de la producción anual total, el proceso anual de reproducción es fácil de comprender. Pero todos los elementos de la producción anual se tienen que llevar

<sup>30</sup> RICARDO, *loc. cit.*, pág. 163, nota.

<sup>31</sup> Pese a su *Lógica*, el señor J. St. Mill no alcanza nunca ni siquiera ese defectuoso análisis de sus predecesores, que claman rectificación incluso dentro mismo del horizonte burgués, desde el puro punto de vista del especialista. En todas partes registra con escolar dogmatismo las confusiones mentales de sus maestros. También en esto: «Visto a largo plazo, el capital mismo se resuelve en salario, y cuando se repone mediante la venta del producto, vuelve a convertirse en salario.»

al mercado, y ahí empieza la dificultad. Los movimientos de los varios capitales y las varias rentas personales se cruzan, se suman, se pierden en un cambio general de posiciones —la circulación de la riqueza social— que confunde la vista y ofrece a la investigación tareas muy complicadas que resolver. En la sección tercera del Libro Segundo presentaré el análisis de la conexión real. El gran mérito de los fisiócratas es haber intentado por vez primera, en su *Tableau économique*, dar un cuadro de la producción anual en la forma en la cual se desprende de la circulación.<sup>32</sup>

Por lo demás, se entiende por sí mismo que la economía política no ha dejado de explotar la proposición de A. Smith en interés del capitalismo: que toda la parte del producto neto convertida en capital es consumida por la clase obrera.

### 3. División de la plusvalía en capital y renta. *La teoría de la abstinencia*

En el capítulo anterior no contemplamos la plusvalía, o el plusproducto, más que como fondo de consumo individual del capitalista; en este capítulo, hasta ahora, sólo como un fondo de acumulación. Pero no es ni lo uno ni lo otro exclusivamente, sino ambas cosas a la vez. Una parte de la plusvalía se consume por los capitalistas como renta;<sup>33</sup> otra parte la aplican o acumulan éstos como capital.

<sup>32</sup> En la exposición del proceso de reproducción y, por lo tanto, también del de acumulación, A. Smith no sólo no ha hecho, en muchos aspectos, ningún progreso, sino que ha hecho retrocesos claros en comparación con sus predecesores, en particular los fisiócratas. Con su ilusión mencionada en el texto se vincula el dogma realmente fabuloso, también legado por él a la economía política, de que el precio de las mercancías se compone de salario, beneficio (interés) y renta de la tierra, o sea, sólo de salario y plusvalía. Partiendo de esa base confiesa, al menos, ingenuamente Storch: «Es imposible resolver el precio necesario en sus elementos más simples.» (STORCH, *loc. cit.*, Petersb., Édit. 1815, tomo II, pág. 141, n.) ¡Bonita ciencia económica, esta que declara imposible resolver el precio de las mercancías en sus elementos más simples! El tratamiento detallado de esta cuestión se encontrará en la 3.ª Sec. del Libro Segundo y en la 7.ª Secc. del Libro Tercero.

<sup>33</sup> El lector observará que la palabra renta <Revenue><sup>\*121</sup> se usa de dos mane-

<sup>\*121</sup> La ambigüedad es todavía mayor en castellano, porque Marx usa en este caso una palabra no alemana (*revenue*) y aún dispone de *Rente* y *Grundrente* para designar la renta de la tierra. En castellano parece inevitable usar la palabra



Dada la masa de la plusvalía, cada una de esas partes será tanto mayor cuanto menor sea la otra. Si se toman todas las demás circunstancias sin cambiar, la razón según la cual se realiza esa división determina la dimensión de la acumulación. Pero el que practica esa división es el propietario de la plusvalía, el capitalista. La división es, pues, un acto de su voluntad. De la parte que acumula del tributo por él exaccionado se dice que la ahorra, porque no se la come, o sea, porque ejerce su función de capitalista, a saber, la función de enriquecerse. Sólo en la medida en que es capital personificado tiene el capitalista un valor histórico y ese derecho histórico a la existencia que, como dice el agudo Lichnowski,<sup>\*122</sup> ni fecha no tiene. Sólo en esa medida su propia necesidad transitoria está inserta en la necesidad transitoria del modo de producción capitalista. Pero en esa misma medida el motivo que lo mueve no es el valor de uso y el goce, sino el valor de cambio y su multiplicación. Como fanático de la valorización del valor, obliga sin contemplaciones a la humanidad a la producción por la producción, y así a un desarrollo de la fuerza productiva social y a la creación de condiciones de producción materiales que son lo único que puede constituir la base real de una forma de sociedad superior cuyo principio fundamental sea el pleno y libre despliegue de cada individuo. Sólo como personificación del capital es el capitalista respetable. Como capitalista, comparte con el atesorador el impulso absoluto al enriquecimiento. Pero lo que en éste se presenta como manía individual es en el capitalista efecto del mecanismo social del que él mismo es sólo un engranaje. Además, el desarrollo de la producción capitalista convierte en necesidad el aumento constante del capital invertido en una empresa

ras: primero, para designar la plusvalía en cuanto fruto que nace periódicamente del capital; segundo, para designar la parte de ese fruto consumida periódicamente por el capitalista o añadida a su fondo de consumo. Mantengo ese doble sentido porque concuerda con el uso de los economistas ingleses y franceses.

renta para las rentas de capital, la renta de la tierra e incluso, menos frecuentemente, otros ingresos (rentas salariales, etc.). Eso obliga a menudo a traducir un término simple alemán (ej.: *Rente*) por uno castellano compuesto (ej.: renta de la tierra).

<sup>\*122</sup> La frase «ni fecha no tiene» (*keinen Datum nicht hat*) es repetidamente parte del discurso del terrateniente Lichnowski ante la Asamblea Nacional Alemana de 1848, dirigido contra la independencia de Polonia. La incorrección sintáctica (aproximadamente reproducida en la traducción) provocó la risa de la Asamblea. El incidente se recogió en la *Neue Rheinische Zeitung* (Nueva Gaceta Renana) de Marx y Engels en la información sobre los debates de Frankfurt.

industrial, y la competición impone a cada capitalista individual las leyes inmanentes del modo de producción capitalista como leyes coactivas externas. Le obliga a ampliar constantemente su capital para conservarlo, y sólo lo puede expansionar mediante una acumulación progresiva.

Por eso, en la medida en que lo que hace y deshace no es más que función del capital que en él está dotado de voluntad y consciencia, su propio consumo privado será a sus ojos un robo contra la acumulación de su capital, al modo como en la contabilidad italiana los gastos privados figuran en el debe del capitalista frente al capital. La acumulación es la conquista del mundo de la riqueza social. La acumulación expande, junto con la masa del material humano explotado, el dominio directo e indirecto del capitalista.<sup>34</sup>

Pero el pecado original tiene sus efectos en todas partes. Con el desarrollo del modo de producción capitalista, de la acumulación y de la riqueza, el capitalista deja de ser mera encarnación del capital. Se

<sup>34</sup> En la forma antigua, aunque siempre renovada, del capitalista, que es la del usurero, Lutero retrata muy bien el ansia de dominio como elemento del impulso al enriquecimiento. «Los paganos supieron sacar por razón que un usurero es un ladrón y asesino cuádruple. Pero nosotros, los cristianos, los tenemos en tal honor que casi los adoramos por su dinero ... El que le chupa, roba y hurta a otro su alimento comete un asesinato tan grande (en lo que está en su mano) como el que lo mata de hambre y lo arruina. Mas eso es lo que hace un usurero, y está sentado tranquilamente en su silla, mientras más justamente debería colgar de la horca y ser comido de tantos cuervos cuantos florines robó, si es que tanta carne hubiera en él que tantos cuervos se la pudieran cortar y repartir. En cambio ahorcan a los ladroncillos ... Los pequeños ladrones quedan presos en el cepo, los grandes ladrones lucen en oro y seda ... Ni tampoco hay mayor enemigo del hombre en la tierra (después del diablo) que un avaro y usurero, pues que quiere ser dios por sobre todos los hombres. Turcos, guerreros, tiranos son también hombres malos, pero tienen que dejar vivir a la gente y confesar que son malos y enemigos. Y pueden y hasta tienen a veces que apiadarse de alguien. Pero un usurero y avaro, ése quiere que todo el mundo se le muera de hambre y sed, luto y miseria, en lo que está en su mano, para que pueda él tenerlo todo, y todo el mundo reciba de él como de un dios y sea eternamente su siervo. Llevar ricos vestidos, cadenas de oro, anillos, frotarse la jeta, que lo tengan y celebren por hombre caro y piadoso ... El usurero es un monstrum grande y tremendo, como un lobo rabioso que todo lo asola, más que ningún Caco, Gerión o Anteo. Y encima se adorna y quiere ser piadoso, y que no se vea adonde van a parar los bueyes a los que atrae de espaldas hasta su madriguera. Pero Hércules oirá el griterío de los bueyes y de los cautivos y buscará a Caco incluso por rocas y acantilados, y liberará a los bueyes del perverso. Pues Caco significa un perverso que es un piadoso usurero, hurta, roba, se lo come todo. Y encima quiere que se diga que no lo ha hecho y que nadie lo descubra, porque los bueyes entraron de espaldas en su madriguera, y dan apariencia y huellas de



siente «conmover humanamente»<sup>\*123</sup> por su propio Adán y se hace tan culto que se burla del entusiasmo por el ascetismo como de un prejuicio del anticuado atesorador. Mientras que el capitalista clásico condena el consumo individual como pecado contra su función y «abstención» de acumular, el capitalista moderno es capaz de entender la acumulación como «renuncia» a su impulso de gozar. «Dos almas viven, ay, en su pecho, la una quiere separarse de la otra.»<sup>\*124</sup>

En los comienzos históricos del modo de producción capitalista —y todo nuevo rico capitalista atraviesa individualmente ese estadio histórico— el impulso de enriquecimiento y la avaricia predominan como pasiones absolutas. Pero el progreso de la producción capitalista no sólo crea un mundo de goces. Con la especulación y el crédito abre además mil fuentes de enriquecimiento repentino. Alcanzada cierta altura del desarrollo, un grado convencional de despilfarro que sea al mismo tiempo exhibición de riqueza y, por lo tanto, medio de crédito, se convierte incluso en una necesidad comercial del «desgraciado» capitalista. El lujo entra en los costes de representación del capital. Ya por de pronto el capitalista no se enriquece, como el atesorador, en razón de su trabajo personal y de su falta de consumo personal, sino en la medida en que absorbe fuerza de trabajo ajena e impone al trabajador la renuncia a todos los goces de la vida. Mas aunque, por ello, el despilfarro del capitalista no tiene nunca el carácter bona fide<sup>\*125</sup> de la dilapidación del pródigo señor feudal —sino que, por el contrario, en el transcurso están siempre al acecho la avaricia más sucia y el cálculo más temeroso—, sin embargo, su despilfarro aumenta junto con su acumulación, sin que el uno tenga que perjudicar a la otra. Así se desarrolla al mismo tiempo en el noble pecho del capital individualizado un conflicto fáustico entre el instinto de acumulación y el de goce.

«La industria de Manchester», se lee en un escrito publicado por el doctor Aikin en 1795, «se puede dividir en cuatro períodos. En el primero los fabricantes estaban obligados a trabajar duramente por su sustento.»

haber salido de ella. Así quiere engañar el usurero al mundo, como si fuera útil al mundo y le diera bueyes, cuando es él el que lo arrebató y devora todo ... Y si se pone en la rueda y se decapita a los salteadores de caminos, los asesinos y los bandidos, cuánto más se debería atormentar y desmembrar ... desterrar, maldecir y decapitar a todos los usureros.» (MARTIN LUTHER, *Loc. cit.*)

\*123 Expresión de Friedrich Schiller en *Die Bürgerschaft*.

\*124 Cita de los versos 1112/1113 del *Faust* de Goethe, Parte Primera, con cambio de «mi pecho» por «su pecho».

\*125 Sin segunda intención, de buena fe.

Se enriquecían particularmente robando a los padres que les mandaban a sus hijos como aprendices (aprendices), soltando por el aprendizaje su buena pasta, mientras ellos mataban de hambre a esos aprendices. Por otra parte, los beneficios medios eran bajos y la acumulación requería una gran parsimonia. Vivían como atesoradores y no consumían, con mucho, ni los intereses de su capital.

«En el segundo período habían empezado a conseguir pequeñas fortunas, pero seguían trabajando tan duramente como antes», pues la explotación directa del trabajo cuesta trabajo, como lo sabe todo comité, «y seguían viviendo con el mismo estilo frugal ... En el tercer período empezó el lujo, y el negocio se amplió enviando jinetes» (commis voyageurs<sup>\*126</sup> a caballo) «para conseguir encargos en cada feria del reino. Es verosímil que antes de 1690 existieran pocos capitales de 3.000 a 4.000 libr. est., o no existiera ninguno. Pero por esa época o algo después los industriales habían acumulado ya dinero y empezaron a construir casas de piedra, en vez de las de madera y mortero ... Todavía en las primeras décadas del siglo XVIII, el fabricante de Manchester que ofrecía a sus huéspedes una pinta de vino de fuera se exponía a los comentarios de todos sus vecinos, que sacudirían la cabeza.»

Antes de la irrupción de la maquinaria, el consumo vespertino de los fabricantes en las tabernas en que se reunían no llegaba nunca a más de 6 d. por un vaso de ponche y 1 d. por un rollo de tabaco. Hasta 1758 no se vio «una persona realmente metida en los negocios y que tuviera coche propio». Y el acontecimiento hizo época. «El cuarto período», el último tercio del siglo XVIII, «es el del gran lujo y despilfarro, apoyado en la ampliación de los negocios.»<sup>35</sup> ¡Qué diría el bueno del Dr. Aikin si resucitara hoy día en Manchester!

¡Acumulad, acumulad! Eso es Moisés y los profetas. «La industria suministra el material que el ahorro acumula.»<sup>36</sup> De modo que ahorrad, ahorrad, o sea, reconvertid la mayor parte posible de la plusvalía o del plusproducto en capital. Acumulación por la acumulación, producción por la producción: con esa fórmula expresó la economía clásica la vocación histórica del período de la burguesía. No se engañó ni un instante acerca de los dolores del parto de la riqueza,<sup>37</sup> pero ¿para qué sirve la-

<sup>35</sup> DR. AIKIN, *Description of the Country from 30 to 40 miles round Manchester*, Lond. 1795, pág. [181,] 182 ss., [188].

<sup>36</sup> A. SMITH, *loc. cit.*, b. II, ch. III, [pág. 367].

<sup>37</sup> Hasta J. B. SAY dice: «Los ahorros de los ricos se hacen a costa de los pobres.» «El proletario romano vivía casi completamente a costa de la sociedad ... Casi se podría decir que la sociedad moderna vive a costa de los proletarios, de la parte que les quita de la remuneración del trabajo.» (SISMONDI, *Études, etc.*, tomo I, pág. 24.)

\*126 Viajantes de comercio.



mentarse acerca de la necesidad histórica? Si para la economía clásica el proletario no es más que una máquina para la producción de plusvalía, tampoco es para ella el capitalista más que una máquina para convertir esa plusvalía en pluscapital. La economía clásica se toma duramente en serio la función histórica del capitalista. Para hacer a su pecho invulnerable por el maléfico conflicto entre el impulso del goce y el del enriquecimiento, Malthus defendió a principios de los años veinte de este siglo una división del trabajo que asignaba al capitalista realmente metido en la producción la tarea de acumular, y a los demás partícipes de la plusvalía —la aristocracia rural, los beneficiarios del estado, de la iglesia, etc.— la tarea de despilfarrar. Es de la mayor importancia, dice Malthus, «mantener separadas la pasión del gasto y la pasión de la acumulación (the passion for expenditure and the passion for accumulation)». <sup>38</sup> Los señores capitalistas, convertidos desde hacía tiempo en vividores y hombres de mundo, pusieron el grito en el cielo. ¡Cómo!, exclamó uno de sus portavoces, un ricardiano: ¿el señor Malthus predica rentas de la tierra elevadas, impuestos altos, etc., para aplicar al industrial un aguijón permanente por medio de los consumidores improductivos? Claro que el schibboleth <sup>\*126 bis</sup> reza producción, producción a escala constantemente ampliada, pero

«por un proceso así la producción se inhibe más que se promueve. Tampoco es del todo honrado (nor is it quite fair) mantener así en el ocio un grupo de personas sólo para espolear a otras de cuyo carácter se puede inferir (who are likely, from their characters) que si las pudiérais obligar a funcionar, funcionarían con éxito». <sup>39</sup>

Pero por muy poco honrado que le resulte aguijonear a los capitalistas industriales a acumular espumándoles la substancia de la sopa, no deja de parecerle necesario limitar al trabajador lo más posible al salario mínimo «para mantenerle laborioso». Tampoco esconde ni por un instante que el secreto de la plusmanipulación es la apropiación de trabajo no pagado.

«El aumento de la demanda por parte de los trabajadores no significa en absoluto nada más que la inclinación de éstos a tomar para sí menos de su propio producto y dejar a sus empleadores una parte mayor; y cuando se dice que esto, por la disminución del consumo» (por parte de los trabajadores), «produce 'glut'» (plétora del

<sup>38</sup> MALTHUS, *loc. cit.*, págs. 319, 320.

<sup>39</sup> *An Inquiry into those principles respecting the Nature of Demand, etc.*, pág. 67.

<sup>\*126 bis</sup> Santo y seña.

mercado, sobreproducción), «no puedo sino contestar que glut es sinónimo de beneficio alto.» <sup>40</sup>

La sabia disputa acerca de cómo repartir del modo más favorable para la acumulación el botín chupado al trabajador entre el capitalista industrial y el terrateniente ocioso, etc., se acalló antes de la revolución de julio. Poco después el proletariado urbano tocó a rebato en Lyon y el proletariado rural echó a volar en Inglaterra el gallo rojo. A este lado del Canal florecía el owenismo, al otro el saintsimonismo y el fourierismo. Había sonado la hora de la economía vulgar. Unos años antes, precisamente, de que Nassau W. Senior descubriera en Manchester que el beneficio (incluido el interés) del capital es el producto de la «última, duodécima hora de trabajo» no pagada, había anunciado al mundo otro descubrimiento. «Yo», dijo solemnemente, «yo substituyo la palabra capital, considerado como instrumento de producción, por la palabra abstinencia.» <sup>41</sup> ¡Modelo insuperado de los «descubrimientos» de la economía vulgar! La economía vulgar substituye una categoría económica por una frase de sicofantes. <sup>\*128</sup> Voilà tout. <sup>\*129</sup> «Cuando el salvaje», enseña Senior, «fabrica arcos, ejerce una industria, pero no practica la abstinencia». Eso nos explica cómo y por qué en anteriores

<sup>40</sup> *Loc. cit.*, pág. 59.

<sup>41</sup> SENIOR, *Principles fondamentaux de l'Écon. Pol.*, trad. Arrivabene, Paris 1836, pág. 309. De todos modos, esto resultó demasiado fuerte para los partidarios de la vieja escuela clásica. «El señor Senior desliza bajo las expresiones trabajo y capital las expresiones trabajo y abstinencia ... Abstinencia es una simple negación. No es la abstinencia, sino el uso del capital productivamente utilizado lo que constituye la fuente del beneficio.» (JOHN CAZENOVE, *loc. cit.*, pág. 130, nota.) En cambio, el señor John St. Mill extracta en una página la teoría ricardiana del beneficio y, en la otra, se anexiona la «remuneration of abstinence» de Senior. Por ajena que le sea la «contradicción» hegeliana, la fuente de la que mana toda dialéctica, Mill se encuentra como en su casa entre las contradicciones triviales.

Añadido a la 2.<sup>a</sup> ed.: El economista vulgar no se ha hecho nunca la sencilla reflexión de que toda acción humana se puede entender como «abstención» de su contrario. Comer es abstenerse de ayunar, andar abstenerse de estarse quieto, trabajar abstenerse de hacer el vago, ociar abstenerse de trabajar, etc. Estos caballeros harían bien en meditar de una vez sobre el dicho de Spinoza *determinatio est negatio*. <sup>\*127</sup>

<sup>\*127</sup> La determinación (de un concepto) es negación (de lo que no está significado por él).

<sup>\*128</sup> Sicofantes: los que venden su testimonio. La palabra procede de la práctica procesal de la antigua Atenas.

<sup>\*129</sup> No hay más que eso.



estadios de la sociedad se fabricó medios de trabajo «sin la abstinencia» del capitalista. «Cuanto más progresa la sociedad, tanto más abstinencia exige»,<sup>42</sup> particularmente de aquellos que ejercen la industria consistente en apropiarse de la industria ajena y de su producto. Todas las condiciones del proceso de trabajo se convierten desde ahora en otras tantas prácticas abstinentiales del capitalista. ¿Que el trigo no sólo se come, sino que también se siembra? ¡Abstinencia del capitalista! ¿Que el vino necesita tiempo para fermentar? ¡Abstinencia del capitalista!<sup>43</sup> El capitalista hace violencia a su propio Adán cuando «presta (!) al trabajador los instrumentos de producción», o sea, dicho de otro modo, cuando los valoriza como capital incorporándoles la fuerza de trabajo, en vez de comerse las máquinas de vapor, el algodón, los ferrocarriles, el estiércol, los caballos de tiro, etc., o, como puerilmente se lo imagina el economista vulgar, derrochar «su valor» en lujo y otros medios de consumo.<sup>44</sup> Cómo consigue eso la clase de los capitalistas es un misterio tenazmente guardado hasta ahora por la economía vulgar. Bástenos con saber que el mundo no sigue viviendo sino por la fortificación de este moderno penitente de Visnú, el capitalista. No ya la acumulación, sino incluso la simple «conservación de un capital requiere un esfuerzo constante para resistir a la tentación de comérselo».<sup>45</sup> La mera virtud de humanidad manda, pues, evidentemente, liberar al capitalista de martirio y tentación, del mismo modo que recientemente el esclavista georgiano\*<sup>130</sup> quedó liberado, por la abolición de la esclavitud, del doloroso dilema de si debía patearse totalmente en champaña el plusproducto arrancado a latigazos al esclavo negro o debía quizá reconvertirlo parcialmente en más negros y más tierras.

<sup>42</sup> SENIOR, *loc. cit.*, pág. 342.

<sup>43</sup> «Nadie ... sembrará su trigo, p. e., y dejará que se quede un año en la tierra, ni dejará su vino en una bodega durante años, en vez de consumir esas cosas o sus equivalentes enseguida, a menos que espere conseguir más valor, etc.» (SCROPE, *Polit. Econ.*, edit. de A. POTTER, New York 1841, pág. 133.)

<sup>44</sup> «La privación que se impone el capitalista al prestar sus instrumentos de producción al trabajador» (se usa este eufemismo para identificar, según acreditada manera de la economía vulgar, el trabajador asalariado explotado por el capitalista industrial con el capitalista industrial mismo, el cual toma dinero prestado del capitalista que lo presta), «en vez de consagrar su valor a su uso propio, transformándolo en objetos de utilidad o placer.» (G. DE MOLINARI, *loc. cit.*, pág. 36.)

<sup>45</sup> «La conservation d'un capital exige ... un effort ... constant pour résister à la tentation de le consommer.» (COURCELLE-SENEUIL, *loc. cit.*, pág. 20.)

\*<sup>130</sup> Quiere decir de Georgia, E.U.A.

En las más diversas formaciones económicas de la sociedad se desarrolla no sólo reproducción simple, sino también, aunque en medida varia, reproducción a escala ampliada. Se va produciendo y consumiendo progresivamente más, y, por lo tanto, convirtiendo, también, más producto en medios de producción. Pero este proceso no se presenta como acumulación de capital —ni tampoco, por lo tanto, como función del capitalista— mientras no se enfrentan aún al trabajador, en forma de capital, sus medios de producción, también, por tanto, su producto y sus medios de vida.<sup>46</sup> Richard Jones, sucesor de Malthus en la cátedra de economía política del College de las Indias Orientales de Haileybury y muerto hace unos años, ilustra bien este punto con ayuda de dos grandes hechos. Como la parte más numerosa del pueblo indio consta de campesinos independientes, su producto, sus medios de trabajo y de vida, no existen nunca «en la forma (in the shape) de un fondo ahorrado de renta ajena (saved from Revenue) y que, por lo tanto, haya recorrido un proceso previo de acumulación (a previous process of accumulation)».<sup>47</sup> Por otra parte, los trabajadores no agrícolas de las provincias en las que el dominio inglés ha disuelto menos el sistema antiguo son empleados directamente por los grandes, a los que afluye una parte del plusproducto rural en calidad de tributo o de renta de la tierra. Una parte de ese producto la consumen los grandes en forma natural; otra es convertida para ellos en medios de lujo u otros medios de consumo por los trabajadores; mientras que el resto constituye el salario de los trabajadores, los cuales son propietarios de sus instrumentos de trabajo. En este caso la producción y la reproducción a escala ampliada siguen adelante sin intervención de ese curioso santo, ese caballero de la triste figura que es el capitalista «abstinente».

<sup>46</sup> «Las particulares clases de renta que rinden del modo más abundante para el progreso del capital nacional cambian en diferentes estadios de su progreso y son, por lo tanto, enteramente distintas en naciones que ocupan posiciones diferentes en ese progreso ... Beneficios ... fuente de acumulación de poca importancia, comparados con los salarios y las rentas de la tierra, en los estadios tempranos de la sociedad ... Cuando ha ocurrido realmente un avance considerable en la potencia de la industria nacional, los beneficios aumentan en su importancia comparativa como fuente de acumulación.» (RICHARD JONES, *Text-book, etc.*, páginas 16, 21.)

<sup>47</sup> *Loc. cit.*, págs. 36 ss. {A la 4.ª ed. Tiene que tratarse de un descuido; no se ha encontrado el texto. F. E. }



4. *Circunstancias que determinan la dimensión de la acumulación independientemente de la división proporcional de la plusvalía en capital y renta:*  
*grado de explotación de la fuerza de trabajo;*  
*fuerza productiva del trabajo;*  
*diferencia creciente entre capital aplicado y capital consumido;*  
*magnitud del capital adelantado*

Si se supone dada la razón según la cual se escinde la plusvalía en capital y renta, la magnitud del capital acumulado se rige, evidentemente, por la magnitud absoluta de la plusvalía. Suponiendo que el 80 % de la plusvalía se capitaliza y el 20 % se consume, el capital acumulado importará 2.400 libr. est. o 1.200 libr. est. según que la plusvalía total suba a 3.000 o a 1.500 libr. est. Según eso, en la determinación de la magnitud de la acumulación actúan conjuntamente todas las circunstancias que determinan la masa de la plusvalía. Las resumimos aquí una vez más, pero sólo en cuanto ofrecen nuevos puntos de vista respecto de la acumulación.

Se recordará que la cuota de plusvalía depende en primera instancia del grado de explotación de la fuerza de trabajo. La economía política reconoce tanta importancia a esa función que a veces identifica la aceleración de la acumulación por un aumento de la fuerza de producción del trabajo con su aceleración por un aumento de la explotación del trabajador.<sup>48</sup> En las secciones sobre la producción de la plusvalía se supuso constantemente que el salario del trabajo es por lo menos igual al valor de la fuerza de trabajo. La reducción violenta del salario por debajo de ese valor desempeña, sin embargo, en el movimiento práctico un papel demasiado importante para que no nos detengamos un momento ante ello. Esa disminución convierte de hecho, dentro de

<sup>48</sup> «Dice Ricardo: 'En diferentes estadios de la sociedad la acumulación del capital o de los medios de aplicar trabajo'» (sc., de explotarlo) «'es más o menos rápida, y en todos los casos tiene que depender de las fuerzas productivas del trabajo. Las fuerzas productivas del trabajo son, en general, máximas donde existe sobreabundancia de tierra fértil.' Si en esa proposición fuerzas productivas del trabajo quiere decir pequeñez de la parte alícuota de cada producto que va a parar a aquellos cuyo trabajo manual lo produce, entonces es una proposición tautológica, porque la parte restante del fondo es aquella en la que, si así le place al propietario (if the owner pleases), se puede acumular capital. Pero eso, generalmente, no ocurre donde la tierra es más fértil.» (*Observations on certain verbal disputes, etc.*, pág. 74.)

ciertos límites, el fondo de consumo necesario del trabajador en un fondo de acumulación de capital.

«Los salarios», dice J. St. Mill, «no tienen fuerza productiva; son el precio de una fuerza productiva; los salarios no contribuyen a la producción de mercancías junto con el trabajo mismo, así como tampoco el precio de la maquinaria. Si fuera posible obtener trabajo sin comprarlo, los salarios serían superfluos.»<sup>49</sup>

Pero si los trabajadores pudieran vivir del aire, no se podrían tampoco comprar a ningún precio. Por lo tanto, ese no-costar de ellos es un límite en sentido matemático, siempre inalcanzable, aunque siempre sea posible acercarse más a él. Es tendencia constante del capital el rebajarlos hasta ese punto nihilista. Un escritor del siglo XVIII al que cito frecuentemente, el autor del *Essay on Trade and Commerce*, se limita a revelar el más íntimo secreto del alma del capital inglés cuando proclama tarea histórica vital de Inglaterra el rebajar el salario inglés al nivel del francés y el holandés.<sup>50</sup> Dice, entre otras cosas, ingenuamente:

«Pero si nuestros pobres» (término técnico que significa trabajadores) «quieren vivir con lujos ... su trabajo, naturalmente, tiene que ser caro... Basta con contemplar el horripilante montón de superfluidades (heap of superfluities) que consumen nuestros trabajadores de las manufacturas, como aguardiente, ginebra, té, azúcar, frutas exóticas, cerveza fuerte, estampados, tabaco rapé y para fumar, etc.»<sup>51</sup>

Cita una obra de un fabricante de Northamptonshire, que gime, elevando la mirada a los cielos:

«El trabajo es toda una tercera parte menos caro en Francia que en Inglaterra, pues los pobres de Francia trabajan duramente y se comportan con sobriedad en su alimentación y su vestido, y su consumo principal son pan, frutos, hierbas, raíces y pescado seco; pues muy rara vez comen carne y, cuando el trigo está caro,

<sup>49</sup> J. ST. MILL, *Essays on some unsettled Questions of Polit. Economy*, Lond. 1844, págs. 90, 91.

<sup>50</sup> *An Essay on Trade and Commerce*, Lond. 1770, pág. 44. Análogamente el *Times* de diciembre de 1866 y enero de 1867 publicaba desahogos del corazón de propietarios mineros ingleses en los que se describía el feliz estado de los trabajadores mineros belgas, los cuales ni pedían ni recibían más que lo estrictamente necesario para vivir para sus «masters». Los trabajadores belgas aguantan muchas cosas, pero tener que figurar como trabajadores modelos en el *Times*... La respuesta llegó en febrero de 1867, con el strike<sup>\*131</sup> de los mineros belgas (de Marchienne), reprimido con pólvora y plomo.

<sup>51</sup> *Loc. cit.*, págs. 44, 46.

\*131 La huelga.



comen muy poco pan.»<sup>52</sup> «A lo que aún se añade», sigue diciendo el ensayista, «que su bebida es el agua u otros licores igual de suaves, de modo que, efectivamente, su gasto es asombrosamente escaso... Una situación así es, ciertamente, difícil de instaurar, pero no es inalcanzable, como lo prueba contundentemente su existencia tanto en Francia cuanto en Holanda.»<sup>53</sup>

Dos decenios más tarde un timador norteamericano, el yanqui baronizado Benjamin Thompson (alias conde Rumford), siguió esa misma línea filantrópica con gran complacencia de Dios y de los hombres. Sus *Essays* son un libro de cocina con recetas de todo tipo para meter sucedáneos en el lugar de las caras comidas normales del trabajador. La siguiente es una receta particularmente lograda de este «filósofo» asombroso:

«Cinco libras de cebada, cinco libras de maíz, 3 d. de arenques, 1 d. de sal, 1 d. vinagre, 2 d. de pimienta y hierbas, suma de 20 3/4 d., da una sopa para 64 hombres; incluso con el precio medio del cereal, el plato puede rebajarse hasta 1/4 d. por cabeza» (menos de 3 Pfennig).<sup>54-133</sup>

<sup>52</sup> El fabricante de Northamptonshire comete una *pia fraus*<sup>132</sup> disculpable por la pasión de su corazón. Se supone que está comparando la vida de los trabajadores manufactureros ingleses y franceses, pero, como él mismo lo confiesa luego en su confusión, lo que describe con las palabras recién citadas es la situación de trabajadores agrícolas franceses.

<sup>53</sup> *Loc. cit.*, págs. 70, 71. Nota a la 3.ª ed. Hoy, gracias a la competición ya instaurada en el mercado mundial, hemos avanzado un buen trozo más. «Si China», declara el miembro del Parlamento Stapleton a sus electores, «si China se convierte en un gran país industrial no veo cómo podrá aguantar el combate la población obrera europea sin descender al nivel de sus competidores.» (*Times*, 3 de septiembre de 1873.) Ya ni siquiera salarios continentales: salarios chinos, ése es ahora el ansiado objetivo del capital inglés.

<sup>54</sup> BENJAMIN THOMPSON, *Essays, political, economical, and philosophical, etc.*, 3 vols., Lond. 1796-1802, vol. I, pág. 294. En su *The State of the Poor, or an History of the Labouring Classes in England, etc.*, SIR F. M. EDEN recomienda la sopa rumfordiana de la miseria, con la mayor eficacia, a los directores de workhouses, y edifica severamente a los trabajadores recordándoles que «entre los escoceses hay muchas familias que, en vez de comer trigo, centeno y carne, viven durante meses enteros de gachas de avena y harina de cebada, sólo con un poco de agua y sal, y eso, además, muy confortablemente (and that very comfortably too).» (*Loc. cit.*, vol. I, b. II, ch. II, pág. 503). «Indirectas» análogas en el siglo XIX. «Los trabajadores agrícolas ingleses», p. e., «no quieren comer mezclas de trigos inferiores. En Escocia, donde la gente está mejor educada, se desconoce, probablemente, ese prejuicio.» (CHARLES H. PARRY, M. D., *The Question of the Necessity of the existing Cornlaws considered*, Lond. 1816, pág. 69). Pero este mismo Parry lamenta que el trabajador inglés ha bajado ya mucho (1815) comparado con su estado en tiempos de Eden (1797).

\*132 Mentira piadosa.

\*133 Pfennig es el céntimo alemán.

Con el progreso de la producción capitalista la adulteración de las mercancías ha hecho superfluos los ideales de Thompson.<sup>55</sup>

A finales del siglo XVIII y durante los primeros decenios del XIX los granjeros y terratenientes ingleses impusieron el salario mínimo absoluto pagando a los jornaleros agrícolas menos del mínimo en forma de salario, y el resto en forma de subsidio parroquial. He aquí un ejemplo del histrionismo con que procedieron los dogberries\*<sup>134</sup> ingleses en su fijación «legal» de la tarifa salarial:

«Cuando los squires\*<sup>135</sup> fijaron en 1795 los salarios en Speenhamland, ya habían almorzado, pero pensaron, evidentemente, que los trabajadores no necesitaban hacerlo... Decidieron que el salario semanal sería de 3 sh. por hombre mientras la hogaza de pan de 8 libras y 11 onzas costara 1 sh., y que aumentaría regularmente hasta que la hogaza costara 1 sh. 5 d. En cuanto que el pan rebasara ese precio, el salario tenía que bajar proporcionalmente, hasta que el precio de la hogaza alcanzara los 2 sh.; y entonces la alimentación del hombre tenía que ser 1/5 menos que antes.»<sup>56</sup>

Ante el comité investigador del House of Lords\*<sup>136</sup> se pregunta en 1814 a un cierto A. Bennett, gran arrendatario de tierras, administrador de la casa de caridad y regulador de los salarios:

«¿Se observa alguna proporción entre el valor del trabajo diario y el subsidio parroquial de los trabajadores?» Respuesta: «Sí. El ingreso semanal de cada familia se completa por encima de su salario nominal hasta llegar a la hogaza de pan de galón (8 libr. 11 onzas) y 3 d. por cabeza ... Suponemos que la hogaza de galón es suficiente para el sustento de toda persona de la familia durante la semana; y los 3 d. son para la ropa, por lo que cuando la parroquia prefiere suministrar ella misma la ropa, se detraen esos 3 d. Esta práctica impera no sólo en todo el oeste de Wiltshire, sino también, según creo, en todo el país.»<sup>57</sup> «De este modo», exclama un escritor burgués de la época, «los arrendatarios agrícolas han degradado durante años a una respetable clase de sus paisanos obligán-

<sup>55</sup> Por los informes de la última comisión parlamentaria de investigación sobre la adulteración de medios de vida se ve que la misma adulteración de medicamentos es en Inglaterra la regla, no la excepción. P. e., el examen de 34 muestras de opio comprado en otras tantas farmacias londinenses distintas, mostró que 31 estaban adulteradas con adormidera, harina de trigo, goma, arcilla, arena, etc. Muchas no contenían ni un átomo de morfina.

<sup>56</sup> G. L. NEWNHAM (barrister at law), *A Review of the Evidence before the Committees of the two Houses of Parliament on the Cornlaws*, Lond. 1815, pág. 20, nota.

<sup>57</sup> *Loc. cit.*, págs. 19, 20.

\*134 Dogberry es el alguacil de *Mucho ruido y pocas nueces* de Shakespeare.

\*135 Jueces de paz.

\*136 Cámara de los Lores.



dolos a recurrir al workhouse ... El empresario agrícola ha aumentado sus ganancias impidiendo a los trabajadores incluso la acumulación del más imprescindible fondo de consumo.»<sup>58</sup>

Lo que se llama trabajo en casa, p. e. (v. cap. XV, 8, c), ha mostrado la función que hoy día desempeña el robo abierto del fondo de consumo necesario del trabajador en la formación de la plusvalía y, por lo tanto, del fondo de acumulación del capital. Más hechos en el curso de esta sección.

Aunque en todas las ramas industriales la parte del capital constante que consiste en medios de trabajo tiene que bastar para cierto número de trabajadores, determinado por la magnitud de la instalación, sin embargo, no es de ninguna manera necesario que aumente en la misma razón que la cantidad de trabajo utilizado. Supóngase que en una instalación fabril cien trabajadores suministran 800 horas de trabajo a ocho horas cada uno. Si el capitalista quiere aumentar esa suma en una mitad, puede colocar a 50 nuevos trabajadores; pero entonces tiene que adelantar además nuevo capital, no sólo para salarios, sino también para medios de trabajo. Mas también puede hacer que los 100 trabajadores de antes trabajen 12 horas, en vez de 8, y entonces le bastan los medios de trabajo ya existentes, los cuales, simplemente, se desgastarán más deprisa. De este modo, un trabajo adicional, engendrado por un mayor esfuerzo de la fuerza de trabajo, puede aumentar el plusproducto y la plusvalía, la substancia de la acumulación, sin aumento proporcional de la parte constante del capital.

En la industria extractiva —p. e., en las minas— las materias primas no constituyen ningún elemento del adelanto de capital. En este caso el objeto del trabajo no es producto de un trabajo precedente, sino que la naturaleza lo regala gratis. Así ocurre con las menas metálicas, los minerales, el carbón de piedra, las rocas, etc. Aquí el capital constante consiste casi exclusivamente en medios de trabajo que pueden soportar muy bien un aumento de la cantidad de trabajo (p. e., turnos de trabajadores de día y de noche). Si todas las demás circunstancias permanecen igual, la masa y el valor del producto aumentarán, en cambio, en razón directa del trabajo aplicado. Como el primer día de la producción, van aquí juntos los originarios formadores del producto,

<sup>58</sup> CH. PARRY, *loc. cit.*, págs. 77, 69. Los señores terratenientes, por su parte, se «indemnizaron» por la guerra antijacobina que llevaron a cabo en nombre de Inglaterra y, además, se enriquecieron enormemente. «Sus rentas se duplicaron, triplicaron, cuadruplicaron y, en casos excepcionales, se sextuplicaron en 18 años.» (*Loc. cit.*, págs. 100, 101.)

también, pues, los formadores de los elementos materiales del capital, el ser humano y la naturaleza. Gracias a la elasticidad de la fuerza de trabajo, el campo de la acumulación se ha ampliado sin aumento previo del capital constante.

En la agricultura no es posible ampliar la tierra cultivada sin adelantar más semillas y abonos. Pero, una vez hecho este adelanto, ya el mero trabajo mecánico de la tierra tiene un efecto maravilloso en la mañividad del producto. De este modo una cantidad mayor de trabajo suministrada por el mismo número de trabajadores que hasta entonces aumenta la fertilidad sin requerir nuevo anticipo de medios de trabajo. También aquí es la acción directa del ser humano sobre la naturaleza lo que se convierte en fuente inmediata de una acumulación intensificada, sin intervención de nuevo capital.

Por último, en la industria propiamente dicha todo gasto adicional en trabajo presupone un gasto adicional correspondiente en materias primas, aunque no necesariamente también en medios de trabajo. Y como la industria extractiva y la agricultura suministran a la industria fabril sus materias primas y sus medios de trabajo, beneficia también a la industria el aumento de producto que aquéllas han engendrado sin adelanto adicional de capital.

Resultado general: incorporándose los dos protoformadores de la riqueza —la fuerza de trabajo y la tierra—, el capital adquiere una fuerza expansiva que le permite ampliar los elementos de su acumulación más allá de los límites aparentemente fijados por su propia dimensión, por el valor y la masa de los medios de producción ya producidos, en los que el capital tiene su existencia.

Otro factor importante de la acumulación del capital es el grado de productividad del trabajo social.

Con la fuerza productiva del trabajo aumenta la masa de productos en que se representa un valor determinado, por lo tanto, también plusvalía de una magnitud dada. Si la cuota de plusvalía se mantiene constante, e incluso si baja, pero más despacio que como aumenta la fuerza productiva del trabajo, aumenta la masa del plusproducto. Por eso, si se mantiene la misma división del plusproducto en renta y capital adicional, el consumo del capitalista puede aumentar sin que disminuya el fondo de acumulación. La magnitud proporcional del fondo de acumulación puede incluso aumentar a costa del fondo de consumo mientras que, al mismo tiempo, el abaratamiento de las mercancías pone a disposición del capitalista tantos o más medios de consumo que antes. Pero, como se ha visto, la productividad creciente del trabajo va acompañada por el abaratamiento del trabajador, y, por lo tanto, por un



aumento de la cuota de plusvalía, aunque suba el salario real. Nunca sube en la misma proporción que la productividad del trabajo. Así, pues, el mismo valor capital variable pone en movimiento más fuerza de trabajo y, por lo tanto, más trabajo. El mismo valor capital constante se representa en más medios de producción, esto es, en más medios de trabajo, material de trabajo y materias auxiliares, o sea, suministra más formadores de producto y más formadores de valor o absorbedores de trabajo. Por eso, si el valor del capital añadido es el mismo, e incluso aunque disminuya, se produce una acumulación acelerada. No sólo se amplía materialmente la escala de la reproducción, sino que, además, la producción de plusvalía aumenta más rápidamente que el valor del capital adicional.

El desarrollo de la fuerza productiva del trabajo reacciona también sobre el capital original, sobre el capital que ya se encuentra en el proceso de producción. Una parte del capital constante en funcionamiento se compone de medios de trabajo —como maquinaria, etc.— que sólo se consumen y, por lo tanto, se reproducen o substituyen por nuevos ejemplares de la misma especie al cabo de períodos considerablemente largos. Pero una parte de esos medios de trabajo se agota, llega al objetivo final de su función productiva, cada año. Por eso se encuentra cada año en estadio de reproducción periódica o de reposición por nuevos ejemplares de la misma especie. Si la fuerza productiva del trabajo ha aumentado en los lugares de nacimiento de esos medios de trabajo —y la fuerza productiva del trabajo se desarrolla constantemente con el ininterrumpido fluir de la ciencia y de la técnica—, aparece, en el lugar de lo viejo, una máquina, una herramienta, un aparato, etc., más eficaz y más barato desde el punto de vista de su rendimiento. El viejo capital se reproduce en una forma más productiva, aparte de la constante alteración de los detalles de los medios de trabajo existentes. La otra parte del capital constante —materias primas y materiales auxiliares— se reproduce constantemente dentro del año, y la parte procedente de la agricultura se suele reproducir anualmente. Toda implantación de métodos perfeccionados, etc., actúa, pues, aquí casi simultáneamente sobre el capital adicional y sobre el capital ya en funcionamiento. Todo progreso de la química multiplica el número de materiales útiles y las aplicaciones de los ya conocidos, con lo que amplía las esferas de inversión del capital al aumentar éste. Pero, además, enseña a volver a echar los excrementos del proceso de producción y consumo al circuito del proceso de reproducción, o sea, que crea nueva materia de capital sin inversión previa de capital. Al igual que el aumento de la explotación de la riqueza natural por el mero aumento

de esfuerzo de la fuerza de trabajo, la ciencia y la técnica constituyen una potencia de la expansión del capital independiente de la magnitud dada del capital en funcionamiento. Esa potencia reacciona al mismo tiempo sobre las partes del capital inicial que entran en el estadio de renovación. El capital inicial se asimila en su nueva forma el progreso social consumado a espaldas de su forma vieja. Es verdad que ese desarrollo de la fuerza productiva va también acompañado por una depreciación parcial de los capitales en funcionamiento. En la medida en que la competición hace agudamente perceptible esa depreciación, su peso principal recae sobre el trabajador, en cuya aumentada explotación busca compensación el capitalista.

El trabajo transfiere al producto el valor de los medios de producción que consume. Por otra parte, el valor y la masa de los medios de producción puestos en movimiento por una cantidad de trabajo dada aumentan a medida que el trabajo se hace más productivo. Si, pues, una misma cantidad de trabajo añade a sus productos siempre la misma suma de valor nuevo, y nada más, sin embargo, al aumentar la productividad del trabajo aumenta el valor capital antiguo que el trabajo transmite a los productos en el mismo tiempo.

Un hilander inglés y otro chino, p. e., pueden trabajar el mismo número de horas con la misma intensidad, con lo que en una semana engendrarán valores iguales. Pese a esa igualdad, hay una diferencia imponente entre el valor del producto semanal del inglés, que trabaja con un autómatas poderoso, y el del chino, que no tiene más que una rueca. En el mismo tiempo en que el chino hila una libra de algodón, el inglés hila varios centenares de libras. Una suma de valores viejos varios centenares de veces mayor hincha el valor de su producto, en el cual se conservan en nueva forma utilizable y pueden así funcionar de nuevo como capital. «En 1782», nos enseña F. Engels, «estaba por trabajar toda la lana esquilada durante los tres años anteriores» (en Inglaterra), «por falta de trabajadores, y habría tenido que seguir así si no hubiera sido por la ayuda de la maquinaria recién inventada, que la hiló.»<sup>59</sup> El trabajo objetivado en forma de maquinaria no creó, naturalmente, hombres por ensalmo, pero permitió a un número reducido de trabajadores, añadiendo relativamente poco trabajo vivo, no sólo consumir productivamente la lana y añadirle valor nuevo, sino también conservar su viejo valor en la forma de hilado, etc. Con eso ofreció al mismo tiempo medios y estímulo para la reproducción ampliada de la

<sup>59</sup> FRIEDRICH ENGELS, *Lage der arbeitenden Klasse in England* (La situación de la clase trabajadora en Inglaterra), pág. 20.



lana. El don natural del trabajo vivo es conservar valor anterior mientras crea valor nuevo. Con el aumento de la eficacia, la dimensión y el valor de sus medios de producción, o sea, con la acumulación que acompaña al desarrollo de su fuerza productiva, el trabajo conserva y perpetúa, por tanto, en forma siempre nueva, un valor capital en constante crecimiento.<sup>60</sup> Esta fuerza natural del trabajo se presenta como fuerza de autoconservación del capital al que está incorporada, igual que las

<sup>60</sup> La economía clásica, como se puede ver, p. e., en el caso de Ricardo, no ha entendido nunca adecuadamente este importante momento de la reproducción, a causa de su defectuoso análisis del proceso de trabajo y de valorización. Ricardo dice, p. e.: Cualquiera que sea la variación de la fuerza productiva, «un millón de hombres produce en las fábricas siempre el mismo valor». Eso es verdad, si están dadas la extensión y la intensidad del trabajo de esos hombres. Pero esa verdad no impide —cosa que Ricardo pasa por alto en ciertos razonamientos— que un millón de hombres convierta en producto masas muy diferentes de medios de producción, según su diferente fuerza productiva, por lo que en su producto se contienen masas de valor muy diferentes y los valores-producto arrojados por esos trabajos son también muy diferentes. Dicho sea de paso, Ricardo ha intentado en vano con ese ejemplo aclarar a J. B. Say la diferencia entre valor de uso (al que Ricardo llama aquí *wealth*, riqueza material) y valor de cambio. Say contesta: «En cuanto a la dificultad que suscita el señor Ricardo al decir que, mediante procedimientos mejor comprendidos, un millón de personas puede producir dos, tres veces más riquezas sin producir más valores, es una dificultad que no dura mucho si se considera, como es debido, la producción como un intercambio en el cual uno da los servicios productivos de su trabajo, de su tierra y de sus capitales para obtener productos. Por medio de esos servicios productivos adquirimos todos los productos que existen en el mundo ... Ahora bien ... somos tanto más ricos, nuestros servicios productivos tienen tanto más valor, cuanto mayor cantidad de cosas útiles obtienen en el intercambio llamado producción». (J. B. SAY, *Lettres à M. Malthus*, Paris 1820, págs. 168, 169.) La «difficulté» —suya, no de Ricardo— que Say tiene que explicar es la siguiente: ¿Por qué no aumenta el valor de los valores de uso cuando su cantidad aumenta a consecuencia del aumento de la fuerza productiva del trabajo? Respuesta: la dificultad se resuelve haciendo el favor de llamar al valor de uso valor de cambio. Valor de cambio es cosa que *one way or another*<sup>\*137</sup> tiene que ver con el intercambio. Por lo tanto, llámese a la producción «intercambio» de trabajo y medios de producción por producto, y estará claro como el agua que se recibe tanto más valor de cambio cuanto más valor de uso le suministra a uno la producción. Dicho de otro modo: cuantos más valores de uso suministre una jornada de trabajo —medias al fabricante de género de punto, p. e.—, tanto más rico será éste en medias. De repente, sin embargo, se da cuenta Say de que «con la mayor cantidad» de medias, su «precio» (que, naturalmente, no tiene nada que ver con el valor de cambio) disminuye, «porque la competencia les obliga» (a los productores) «a dar los productos por lo que les cuestan». Pero, entonces, ¿de dónde viene el beneficio cuando el capitalista vende las mercancías al precio que le cuestan?

\*137 De un modo u otro.

fuerzas productivas sociales del trabajo se presentan como propiedades del capital, y al modo como la constante apropiación de plusvalía por el capitalista aparece como constante autovalorización del capital. Todas las fuerzas del trabajo se proyectan como fuerzas del capital, del mismo modo que todas las formas de valor de la mercancía se proyectan como formas del dinero.

Con el aumento del capital aumenta la diferencia entre capital aplicado y capital consumido. Con otras palabras: aumenta la masa de valor y material de los medios de trabajo que —como las instalaciones, la maquinaria, los tubos de desagüe, los animales de trabajo, los aparatos de todo tipo— funcionan según toda su dimensión, durante períodos más o menos largos, en procesos de producción constantemente repetidos, o sirven para alcanzar determinados efectos útiles, desgastándose sólo paulatinamente, perdiendo, pues, su valor sólo por partes y trasladándolo, por lo tanto, también por partes al producto. Como ya antes se ha indicado, estos medios de trabajo prestan el mismo servicio gratuito que las fuerzas de la naturaleza, el agua, el vapor, el aire, la electricidad, etc., en la medida en que sirven de formadores de producto sin añadir valor al producto, o sea, en la medida en que se los utiliza totalmente, pero se los consume sólo parcialmente. Este servicio gratuito del trabajo pasado, cuando lo toma y lo anima el trabajo vivo, se acumula al aumentar la escala de la acumulación del capital.

Como el trabajo pasado se disfraza siempre de capital —esto es, el

Never mind.<sup>\*138</sup> Say explica que, a consecuencia del aumento de la productividad, cada cual recibe ahora, a cambio del mismo equivalente, dos pares de medias en vez de uno que recibía antes, etc. El resultado al que llega es precisamente la proposición de Ricardo que quería refutar. Tras este imponente esfuerzo mental, apostrofa triunfalmente a Malthus con las siguientes palabras: «Tal es, caballero, la bien trabada doctrina sin la cual es imposible, así lo afirmo, explicar las mayores dificultades de la economía política, y señaladamente la de cómo puede ser que una nación sea más rica cuando sus productos disminuyen de valor, aunque la riqueza sea el valor». (*Loc. cit.*, pág. 170). Un economista inglés observa acerca de birlibirloques semejantes de las *Lettres* de Say: «Esas afectadas maneras de hablar (those affected ways of talking) constituyen en conjunto lo que el señor Say gusta de llamar su doctrina, la que encarece a Malthus que enseñe en Hertford como ya se hace 'dans plusieurs parties de l'Europe'. Dice así: 'Si nota usted fisionomía de paradoja a todas esas proposiciones, atienda a las cosas que expresan, y me atrevo a creer que le parecerán muy sencillas y muy razonables'. Desde luego; y, al mismo tiempo, por el mismo proceso parecerán cualquier cosa menos originales o importantes». (*An Inquiry into those Principles respecting the Nature of Demand, etc.*, pág. 110.)

\*138 No hay que preocuparse.



pasivo del trabajo de A, B, C, etc., se disfraza de activo del no-trabajador X—, los burgueses y los economistas abundan en elogios de los méritos del trabajo pasado, el cual debe incluso percibir sueldo propio (interés, beneficio, etc.), según el genio escocés MacCulloch.<sup>61</sup> El peso siempre creciente del trabajo pasado que interviene en el proceso vivo de trabajo bajo la forma de medios de producción se atribuye, pues, a su figura enajenada del trabajador mismo cuyo trabajo pasado y no pagado es: a su figura de capital. Los agentes prácticos de la producción capitalista y sus charlatanes ideológicos son tan incapaces de pensar el medio de producción separado de la caracterización social antagónica que hoy lleva pegada al rostro como pueda serlo un esclavista de pensar al trabajador mismo separado de su caracterización de esclavo.

Dado el grado de explotación de la fuerza de trabajo, la masa de la plusvalía se determina por el número de trabajadores explotados simultáneamente, y este número corresponde, aunque en proporción variable, a la magnitud del capital. Así, pues, cuanto más aumenta el capital por medio de acumulaciones sucesivas, tanto más aumenta también la suma de valor que se escinde en fondo de consumo y fondo de acumulación. Con eso, el capitalista puede vivir más desahogadamente y, sin embargo, «abstenerse» todavía más al mismo tiempo. Por último, todos los resortes de la producción funcionan tanto más enérgicamente cuanto más se amplía su escala al ampliarse la masa del capital adelantado.

### 5. El llamado fondo de trabajo

En el curso de este estudio ha resultado que el capital no es ninguna magnitud fija, sino una parte de la riqueza social, elástica y en constante fluctuación con la división de la plusvalía en renta y capital adicional. Se ha visto también que, incluso con una magnitud dada de capital en funcionamiento, la fuerza de trabajo, la ciencia y la tierra (entendiendo por tal, económicamente, todos los objetos de trabajo que existen por naturaleza, sin intervención del ser humano) que se incorporan a ese capital en funcionamiento constituyen potencias elás-

<sup>61</sup> MacCulloch había registrado la patente de los «wages of past labour»<sup>\*139</sup> mucho antes que Senior registrara la patente de los «wages of abstinence».<sup>\*140</sup>

\*139 Salarios del trabajo pasado.

\*140 Salarios de la abstinencia.

ticas suyas que le conceden un margen de juego independiente, dentro de ciertos límites, de su propia magnitud. Se hizo caso omiso en esto de todas las incidencias del proceso de circulación, que provocan grados de eficacia muy varios de una misma masa de capital. Puesto que damos por supuestos los límites de la producción capitalista, o sea, una forma puramente espontánea del proceso de producción social, se prescindió también de toda combinación más racional, directa y planificadamente realizable con los medios de producción y las fuerzas de trabajo presentes. La economía clásica gustó siempre de concebir el capital social como una magnitud fija dotada de un grado de eficacia fijo. Pero ese prejuicio no se consolidó en dogma hasta el profetismo de Jeremías Bentham, ese oráculo sobriamente pedante, facundo y plúmbeo, de la inteligencia burguesa común del siglo XIX.<sup>62</sup> Bentham es entre los filósofos lo que Martin Tupper<sup>\*141</sup> entre los poetas. Ninguno de los dos se podía fabricar más que en Inglaterra.<sup>63</sup> Con su dogma los fenómenos más corrientes del proceso de producción —como, p. e., sus expansiones y

<sup>62</sup> Cfr., p. e., J. BENTHAM, *Théorie des Peines et des Récompenses*, trad. Et. Dumant, 3.ª ed., Paris 1826, tomo II, l. IV, ch. II.

<sup>63</sup> Jeremías Bentham es un fenómeno puramente inglés. En ningún tiempo ni país, sin olvidar a nuestro mismísimo filósofo Christian Wolf, se ha impuesto jamás tan autocomplacientemente un vulgarismo tan doméstico. El principio de la utilidad no era invento de Bentham. Reproducía sólo sin gracia lo que habían dicho con ella Helvetius y otros franceses del siglo XVIII. Cuando se quiere saber, p. e., qué es útil para un perro, hay que investigar la naturaleza perruna. Esta naturaleza misma no se puede construir sobre la base del «principio utilitarista». Aplicado al ser humano: si se quiere juzgar de acuerdo con el principio de utilidad toda acción, todo movimiento, toda relación o situación, etc., humanos, se tratará, primero, de la naturaleza humana en general, y luego de la naturaleza humana históricamente modificada en cada época. Bentham no le da muchas vueltas. Con la más seca ingenuidad considera ser humano normal al pequeño burgués moderno, especialmente al pequeño burgués inglés. Lo útil para ese tipejo de hombre normal y para su mundo es útil de por sí. Y luego estima con ese criterio el pasado, el presente y el futuro. P. e., la religión cristiana es «útil» porque condena religiosamente los mismos crímenes jurídicamente condenados por el Código Penal. La crítica de arte es «perjudicial» porque perturba a honradas gentes en su goce de la poesía de Martin Tupper, etc. Con esos desechos ha llenado el buen hombre —cuya divisa era «nulla dies sine linea»<sup>\*142</sup>— montañas de libros. Si tuviera la audacia de mi amigo H. Heine, yo llamaría al señor Jeremías genio de la estupidez burguesa.

\*141 Versificador inglés, 1810-1889.

\*142 «Ningún día sin línea», la divisa antigua atribuida originariamente a Apeles —con lo que línea quería decir trazo—, pero luego más comúnmente entendida de los escritores.



contracciones repentinas, e incluso la acumulación— se hacen del todo incomprensibles.<sup>64</sup> El mismo Bentham, así como Malthus, James Mill, MacCulloch, etc., abusaron, además, del dogma con fines apologéticos, principalmente para presentar una parte del capital, el capital variable, que se puede gastar en fuerza de trabajo, como magnitud fija. La existencia material del capital variable— esto es, la masa de los medios de vida que representa para el trabajador, el llamado fondo de trabajo— se transmutó fantasiosamente en una parte especial de la riqueza social delimitada por cadenas naturales que la hacen irrebasable. Para poner en movimiento la parte de la riqueza social que ha de funcionar como capital constante o, dicho materialmente, como medios de producción, se requiere una cantidad determinada de trabajo vivo. Esa cantidad está dada tecnológicamente. Pero ni está dado el número de los trabajadores requeridos para fluidificar esa masa de trabajo —pues ese número cambia al cambiar el grado de explotación de la fuerza de trabajo individual—, ni lo está el precio de esa fuerza de trabajo, sino sólo su límite mínimo, que, por lo demás, es muy elástico. Los hechos que están en la base del dogma son éstos: por una parte, el trabajador no ha de tener voto en la división de la riqueza social en medios de goce de los no trabajadores y medios de producción. Por otra parte, sólo en casos excepcionales favorables puede ampliar el llamado «fondo de trabajo» a costa de la «renta» de los ricos.<sup>65</sup>

<sup>64</sup> «Los economistas tienden demasiado a tratar una determinada cantidad de capital y un determinado número de trabajadores como instrumentos de producción de fuerza uniforme que actúan con cierta intensidad uniforme ... Los que afirman que las mercancías son los únicos agentes de la producción prueban que la producción como tal no se puede ampliar, pues para una ampliación así habría que aumentar antes los medios de vida, las materias primas y las herramientas, lo que de hecho redundaría en que no puede haber ningún crecimiento de la producción sin que ésta crezca previamente, o, dicho de otro modo, que todo crecimiento es imposible.» (S. BAILEY, *Money and its Vicissitudes*, págs. 58 y 70.) Bailey critica el dogma principalmente desde el punto de vista del proceso de circulación.

<sup>65</sup> J. ST. MILL dice en sus *Principles of Polit. Economy* [b. II, ch. I, § 3]: «El producto del trabajo se divide hoy día en razón inversa del trabajo: la parte mayor a los que nunca trabajan; la siguiente en tamaño a aquellos cuyo trabajo es casi exclusivamente nominal; y así, en escala descendente, se reduce la remuneración en la medida misma en que el trabajo se va haciendo más duro y desagradable, hasta llegar al punto en el que el trabajo físico más cansado y agotador no puede contar con seguridad ni siquiera con ganarse sus necesidades vitales.» Para evitar equívocos observaré que, si bien hay que reprochar a hombres como J. St. Mill la contradicción entre sus dogmas paleoeconómicos y sus modernas tendencias, sin embargo, sería totalmente injusto no distinguir entre ellos y la cetera de apologistas de la economía vulgar.

El profesor Fawcett, por ejemplo, nos mostrará la insulsa tautología a la que lleva el convertir poéticamente la limitación capitalista del fondo de trabajo en una barrera natural social:

«El capital circulante<sup>66</sup> de un país», dice, «es su fondo de trabajo. Por eso, para calcular el salario medio en dinero que recibe cada trabajador nos basta sencillamente con dividir ese capital por el número de la población trabajadora.»<sup>67</sup>

O sea: primero reunimos los salarios individuales realmente pagados y los sumamos; luego afirmamos que esa suma es la suma de valor del «fondo de trabajo» concedido por Dios y por la naturaleza. Por último, dividimos la suma así obtenida por el número de trabajadores para descubrir a su vez cuánto puede corresponderle individualmente a cada trabajador por término medio. Procedimiento insólitamente agudo éste. Que no le impide al señor Fawcett decir sin pararse a tomar aliento:

«La riqueza total acumulada anualmente en Inglaterra se divide en dos partes. Una parte se utiliza en Inglaterra para conservar nuestra propia industria. Otra parte se exporta a otros países ... La parte aplicada a nuestra industria no constituye ninguna porción importante de la riqueza anualmente acumulada en este país.»<sup>68</sup>

La mayor parte de la plusvalía anualmente creciente, arrebatada sin equivalente al trabajador inglés, no se capitaliza, pues, en Inglaterra, sino en países extranjeros. Pero con el capital adicional así exportado se exporta también una parte del «fondo de trabajo» inventado por Dios y Bentham.<sup>69</sup>

<sup>66</sup> H. FAWCETT, Prof. of Polit. Econ. at Cambridge, *The Economic Position of the British Labourer*, Lond. 1865, pág. 120.

<sup>67</sup> Recordaré aquí al lector que las categorías capital variable y capital constante han sido usadas por vez primera por mí. La economía política, desde el mismo A. Smith, confunde revueltamente las determinaciones contenidas en esas categorías con las diferencias formales, procedentes del proceso de circulación, entre capital fijo y capital circulante. Esto se detalla en el Libro Segundo, sección segunda.

<sup>68</sup> FAWCETT, *loc. cit.*, págs. 123, 122.

<sup>69</sup> Se podría decir que anualmente se exporta de Inglaterra no sólo capital, sino también trabajadores en forma de emigración. Pero en el texto no se trata en absoluto del peculio de los emigrantes, que en su mayor parte no son trabajadores. Los hijos de explotadores agrícolas forman una gran porción de la emigración. El capital adicional inglés enviado cada año al extranjero para conseguir intereses es, respecto de la acumulación anual, mucho mayor que la emigración anual respecto del aumento anual de la población.



### Capítulo vigesimotercero

## LA LEY GENERAL DE LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA

### 1. *Aumento de la demanda de fuerza de trabajo al aumentar la acumulación, con la misma composición del capital*

En este capítulo estudiamos la influencia que ejerce el aumento del capital en el destino de la clase obrera. El principal factor es en esta investigación la composición del capital y las alteraciones que sufre en el curso del proceso de acumulación.

La composición del capital se tiene que entender en dos sentidos. Por el lado del valor, se determina por la razón según la cual el capital se divide en capital constante, o valor de los medios de producción, y capital variable, o valor de la fuerza de trabajo, suma global de los salarios. Por el lado de la materia, o sea, desde el punto de vista de cómo funciona el capital en el proceso de producción, todo capital se divide en medios de producción y fuerza de trabajo viva; esta composición se determina por la razón entre la masa de los medios de producción aplicados, por una parte, y, por otra, la cantidad de trabajo requerida para su aplicación. A la primera llamo composición en valor del capital, y a la segunda composición técnica del capital. Hay entre las dos una interrelación estrecha. Para expresar esa interrelación llamo composición orgánica del capital a la composición en valor del capital en la medida en que está determinada por su composición técnica y refleja las alteraciones de ésta. Cuando se habla sin más de composición del capital hay que entender siempre la composición orgánica.

Los numerosos capitales individuales invertidos en una determinada rama de la producción tienen una composición más o menos diferente los unos de los otros. El promedio de sus composiciones respectivas nos da la composición del capital total de esa rama de la producción. Por último, el promedio total de las composiciones medias de todas las ramas de la producción nos da la composición del capital social de un país, y sólo de éste se habla, en última instancia, en lo que sigue.



Crecimiento del capital implica crecimiento de su elemento variable, gastado en fuerza de trabajo. Una parte de la plusvalía convertida en capital adicional se tiene que reconvertir siempre en capital variable, en fondo de trabajo adicional. Si suponemos que, con las demás circunstancias sin alterar, la composición del capital sigue siendo la misma —o sea, que una determinada masa de medios de producción, o capital constante, sigue exigiendo la misma masa de fuerza de trabajo para ponerse en movimiento—, entonces, evidentemente, la demanda de trabajo y el fondo de subsistencia de los trabajadores aumentan proporcionalmente al capital, y tanto más rápidamente cuanto más rápidamente aumenta el capital. Como el capital produce anualmente una plusvalía, una parte de la cual se añade anualmente al capital inicial; como ese incremento mismo aumenta anualmente al aumentar la envergadura del capital ya en funciones; y, finalmente, como, por un particular aguijoneo del impulso de enriquecimiento —como, p. e., la apertura de nuevos mercados, de nuevas esferas de inversión de capital a consecuencia del desarrollo de nuevas necesidades sociales, etc.—, la escala de la acumulación se puede expansionar repentinamente con sólo alterar la división de la plusvalía o del plusproducto en capital y renta, las necesidades de acumulación del capital pueden adelantarse al crecimiento de la fuerza de trabajo o del número de obreros, la demanda de trabajo puede rebasar a la oferta, y, por lo tanto, los salarios pueden subir. Incluso tiene que ocurrir así si se mantiene constantemente el presupuesto dicho. Como cada año se emplea a más trabajadores que el año anterior, antes o después tiene que llegar el momento en que las necesidades de la acumulación empiecen a crecer por encima de la oferta corriente de trabajo, o sea, en que se produzca aumento de salarios. Los lamentos correspondientes se escuchan en Inglaterra durante todo el siglo quince y la primera mitad del dieciocho. Pero el que las circunstancias en que se mantienen y multiplican los trabajadores sean más o menos favorables no cambia en nada el carácter básico de la producción capitalista. Del mismo modo que la reproducción simple reproduce constantemente la relación de capital misma —capitalistas por un lado, trabajadores asalariados por otro—, así también la reproducción a escala ampliada, o acumulación, reproduce la relación de capital a escala ampliada: más capitalistas, o capitalistas mayores, en este polo, más trabajadores asalariados en aquél. La reproducción de la fuerza de trabajo que se tiene que incorporar incesantemente al capital como medio de valorización, que no se puede liberar de él y cuyo sometimiento al capital está meramente disimulado por el cambio de los capitalistas individuales a los que se vende, constituye de hecho un momento de la

reproducción del capital mismo. Acumulación del capital es, pues, multiplicación del proletariado.<sup>70</sup>

La economía clásica entendió tan perfectamente esa proposición que A. Smith, Ricardo, etc., como se ha mencionado antes, incluso identificaron erróneamente la acumulación con el consumo de toda la parte capitalizada del plusproducto por trabajadores productivos, o con su conversión en asalariados añadidos. Ya en 1696 dice John Bellers:

«Si alguien tiene 100.000 acres y otras tantas libras de dinero, y otras tantas bestias, ¿qué sería ese rico hombre sin trabajadores, sino él mismo un trabajador? Y pues que los trabajadores hacen ricos a las gentes, cuantos más trabajadores, tantos más ricos ... El trabajo del pobre es la mina del rico.»<sup>71</sup>

Análogamente Bernard de Mandeville, a comienzos del siglo XVIII:

«Donde la propiedad está suficientemente protegida, sería más fácil vivir sin dinero que sin pobres, porque ¿quién sin ellos haría el trabajo? ... Si bien hay que preservar de inanición a los trabajadores, éstos no deberían recibir nada digno de ser ahorrado. Si aquí y allá alguno de la clase más baja, mediante desacostumbrada aplicación y apretándose el cinturón, se levanta por encima del estado en el que creciera, nadie se lo debe impedir; pues la frugalidad es innegablemente la conducta más sabia para toda persona privada y para toda familia privada en la sociedad; pero interesa a todas las naciones ricas que la mayor parte de los pobres no esté nunca inactiva y se gaste siempre lo que percibe ... Los que se ganan la vida

<sup>70</sup> KARL MARX, *loc. cit.* «A igualdad de opresión de las masas, cuantos más proletarios tiene un país, tanto más rico es.» (COLINS, *L'Économie Politique, Source des Révolutions et des Utopies prétendues Socialistes*, Paris 1857, tomo III, pág. 331). Por «proletario» no se puede entender económicamente sino trabajador asalariado que produce y valoriza «capital» y es arrojado al arroyo en cuanto que se hace superfluo para las necesidades de valorización de «Monsieur le Capital», como llama Pecqueur a ese personaje. «El enfermizo proletario de la selva virgen» es un amable fantasma de Roscher. El habitante de la selva virgen es propietario de la selva virgen y trata la selva virgen tan sin reparos como el orangután, como propiedad suya. No es, pues, un proletario. Sólo lo sería si la selva virgen lo explotara a él, en vez de explotarla él a ella. En cuanto a estado de salud, el suyo soporta seguramente la comparación no sólo con el del proletario moderno, sino también con el de la «honorabilidad» sifilítica y escrofulosa. Pero el señor Wilhelm Roscher entiende probablemente por selva virgen la landa lüneburguesa de su tribu.\*<sup>143</sup>

<sup>71</sup> «As the Labourers make men rich, so the more Labourers, there will be the more rich men ... the Labour of the Poor being the Mines of the Rich.» (JOHN BELLERS, *loc. cit.*, pág. 2.)

\*<sup>143</sup> La Landa de Lüneburgo (Lüneburger Heide) era entonces una zona particularmente pobre y atrasada. En el siglo anterior Voltaire había llamado a sus habitantes «une peuplade sauvage de Westphalie», unos indígenas salvajes de Westfalia.



con su trabajo cotidiano no tienen nada que los aguijonee a servir, salvo sus necesidades, las cuales es prudente aliviar, pero insensato curar. La única cosa que puede hacer aplicado a un hombre que trabaja es un salario moderado. Un salario demasiado bajo lo hace pusilánime o desesperado, según su temperamento; un salario demasiado grande, lo hace insolente y perezoso ... Se sigue de lo argumentado hasta aquí que en una nación libre en la que no están permitidos los esclavos la riqueza más segura consiste en una multitud de pobres laboriosos. Como son, además, la fuente perenne para la flota y el ejército, no habría sin ellos goce alguno ni sería aprovechable el producto de ningún país. Para tener feliz a la sociedad (la cual, naturalmente, consta de no-trabajadores) «y contento al pueblo incluso en situación mísera, es necesario que la gran mayoría se quede en la ignorancia y la pobreza. El conocimiento amplía y multiplica nuestros deseos, y cuanto menos desea un hombre, tanto más fácilmente se puede satisfacer sus necesidades.»<sup>72</sup>

Lo que Mandeville —hombre honrado y cabeza lúcida— no entiende aún es que el mismo mecanismo del proceso de acumulación aumenta, con el capital, la masa de los «pobres laboriosos», esto es, de los trabajadores asalariados que tienen que convertir su fuerza de trabajo en creciente fuerza de valorización del creciente capital y, precisamente con eso, eternizar su relación de dependencia de su propio producto, personificado en el capitalista. Refiriéndose a esa relación de dependencia observa Sir F. M. Eden en su *Situación de los pobres, o Historia de la clase trabajadora de Inglaterra*:

«Nuestra zona exige trabajo para la satisfacción de las necesidades, y por ello una parte, por lo menos, de la sociedad tiene que trabajar incansablemente ... Algunos que no trabajan tienen, sin embargo, a su disposición los productos del esfuerzo. Pero esos propietarios se lo deben todo a la civilización y al orden; son criaturas puras de las instituciones civiles.<sup>73</sup> Pues éstas han admitido que uno pueda hacer suyos los frutos del trabajo también sin trabajar. Las personas de riqueza independiente deben casi totalmente su riqueza al trabajo de otros, no a su propia capacidad, la cual no es en absoluto mayor que la de los demás; lo

<sup>72</sup> B. DE MANDEVILLE (*The Fable of the Bees*, 5th ed., Lond. 1728, Remarks, págs. 212, 213, 328). «Una vida de moderación y trabajo ininterrumpido son para los pobres el camino de la felicidad material» (y quiere decir jornada de trabajo larga y los menos alimentos posibles) «y de la riqueza del estado» (a saber, terratenientes, capitalistas y sus dignatarios y agentes políticos). (*An Essay on Trade and Commerce*, Lond. 1770, pág. 54).

<sup>73</sup> Eden habría tenido que preguntarse que de quién son criaturas las «instituciones civiles». Situado en el punto de vista de la ilusión jurídica, no contempla la ley como producto de las relaciones de producción materiales, sino, a la inversa, las relaciones de producción como producto de la ley. Linguet echó por la borda, con una sola frase, el ilusorio *Esprit des Lois* de Montesquieu: «L'esprit des lois, c'est la propriété».<sup>\*144</sup>

\*144 «El espíritu de las leyes es la propiedad».

que diferencia a los ricos de los pobres no es la posesión de tierra y dinero, sino el mando sobre trabajo (the command of labour) ... Lo que les gusta a los pobres es no una situación abyecta o servil, pero sí un estado de dependencia cómoda y liberal (a state of easy and liberal dependence), y, para los propietarios, influencia y autoridad suficientes sobre los que trabajan para ellos... Semejante relación de dependencia es, como lo sabe todo conocedor de la naturaleza humana, necesaria para consuelo de los trabajadores mismos.»<sup>74</sup>

Sir F. M. Eden, dicho sea de paso, es el único discípulo de Adam Smith que ha dado de sí algo importante en el siglo XVIII.<sup>75</sup>

En las condiciones de acumulación supuestas hasta aquí, que son las más favorables a los trabajadores, su relación de dependencia con el capital reviste formas soportables, o, como dice Eden, «cómodas y liberales». En vez de intensificarse al crecer el capital, la relación de dependencia se extiende sólo, esto es: la esfera de explotación y dominio del capital se limita a expansionarse al aumentar su propia dimensión y el número de sus súbditos. Del plusproducto de éstos, que se hincha y se convierte crecientemente en capital adicional, refluye a ellos una parte mayor, en forma de medios de pago, de modo que pueden ampliar el terreno de sus satisfacciones, equipar mejor con ropa, muebles, etc., su fondo de consumo y formar pequeños fondos de reserva en dinero. Pero, del mismo modo que una mejoría del vestido, de la alimentación y del trato y un peculio mayor no suprimen la relación de dependencia y explotación del esclavo, así tampoco terminan con la del trabajador asalariado. El aumento del precio del trabajo como consecuencia de la acumulación del capital significa de hecho sólo que la longitud y la potencia de la cadena de oro que el trabajador asalariado se ha forjado ya él mismo permiten llevarla más suelta. En las controversias

<sup>74</sup> EDEN, *loc. cit.*, vol. I, l. I, ch. I, págs. 1, 2, y Preface, pág. XX.

<sup>75</sup> Si el lector objeta recordando a Malthus, cuyo *Essay on Population* apareció en 1798, yo recordaré que esa obra no es, en su primera versión, más que un plagio escolarmente superficial y clericalmente declamatorio de Defoe, Sir James Steuart, Townsend, Franklin, Wallace, etc., y no contiene ni una sola proposición pensada por el autor. La gran sensación que produjo ese opúsculo nació estrictamente de intereses partidistas. La Revolución Francesa había encontrado en el reino británico defensores apasionados; el «principio de la población», lentamente trabajado durante el siglo XVIII y luego proclamado, con trompetas y tambores, en medio de una gran crisis, como triaca infalible contra las doctrinas de Condorcet y otros, fue saludado jubilosamente por la oligarquía inglesa como gran exterminador de toda concupiscencia de un ulterior avance humano. Malthus, muy sorprendido por su éxito, se puso entonces a rellenar el viejo esquema con material compilado superficialmente, y a anexionarse esquema nuevo, pero no descubierto por él. Dicho sea de paso: aunque era cura de la Alta Iglesia inglesa, Malthus había hecho voto de celibato. Pues ésta es una de las condiciones de



sobre esta cuestión se ha solido pasar por alto lo principal, a saber, la *differentia specifica*\*<sup>146</sup> de la producción capitalista. En ésta la fuerza de trabajo no se compra para satisfacer con su servicio o su producto las necesidades personales del comprador. La finalidad de éste es la valorización de su capital, la producción de mercancías que contengan

fellowship\*<sup>145</sup> de la universidad protestante de Cambridge. «No permitimos que los miembros de los colegios sean casados, sino que en cuanto que alguien toma mujer, deja de ser miembro del colegio.» (*Reports of Cambridge University Commission*, pág. 172). Esa circunstancia distingue ventajosamente a Malthus de los demás curas protestantes, que se han sacudido el mandamiento católico del celibato eclesiástico y han reivindicado como misión suya específicamente bíblica el «Creced y multiplicaos», hasta tal punto que en todas partes contribuyen al aumento de la población en medida verdaderamente indecente, mientras que, al mismo tiempo, predicán a los trabajadores el «principio de la población». Es característico que el pecado original disfrazado económicamente, la manzana de Adán, el «urgent appetite», «the checks which tend to blunt the shafts of Cupid»,\*<sup>146</sup> como dice animadamente el cura Townsend, es característico que este escabroso asunto fuera y siga monopolizado por los caballeros de la teoría protestante, o, por mejor decir, de la iglesia protestante. Con la excepción del monje veneciano Ortes, escritor original y agudo, la mayoría de los maestros poblacionistas son curas protestantes. Lo es BRUCKNER, *Théorie du Système animal*, Leyde 1767, en el que se agota toda la teoría moderna de la población y al que aporta ideas la transitoria disputa entre Quesnay y su discípulo Mirabeau père sobre ese tema; y lo son el cura Wallace, el cura Townsend, el cura Malthus y su discípulo el protocuero Th. Chalmers, por no hablar ya de escribidores clericales menores in this line.\*<sup>147</sup> Al principio la economía política fue cultivada por filósofos, como Hobbes, Locke, Hume, por hombres de negocios y de estado, como Thomas Morus, Temple, Sully, de Witt, North, Law, Vanderlint, Cantillon, Franklin, y, sobre todo teóricamente —y con el mayor éxito—, por médicos, como Petty, Barbon, Mandeville, Quesnay. Todavía a mediados del siglo XVIII el Rev. Mr. Tucker, que es para su época un economista notable, se disculpa de ocuparse de Mammon. Más tarde sonó la hora de los curas protestantes, precisamente con el «principio de la población». Petty, que trata la población como base de la riqueza y que, al igual que Adam Smith, es un enemigo declarado de los curas, dice, como si hubiera adivinado cómo iban a estropear el asunto: «La religión

\*<sup>145</sup> Pertenencia como miembro.

\*<sup>146</sup> Las frases inglesas significan: «apetito imperioso»; «los frenos que tienden a embotar los dardos de Cupido».

\*<sup>147</sup> De esta tendencia.

\*<sup>148</sup> Según la doctrina lógica tradicional desde Aristóteles, la definición de una especie se forma mediante el producto del género más reducido a que pertenece esa cosa y la diferencia que la separa de los demás grupos de cosas que pertenecen al mismo género. En este caso, la especie capitalismo se define por el producto del género próximo «producción mercantil» y la diferencia específica «llevada a cabo para valorizar capital».

más trabajo que el que él paga, esto es, una parte de valor que no le cueste nada, pero que se realice mediante la venta de las mercancías. La ley absoluta de este modo de producción es la producción de plus-

florece óptimamente cuando más se mortifica a los sacerdotes, igual que el derecho cuando los abogados se mueren de hambre». Por eso aconseja a los curas protestantes que, pues no quieren obedecer al apóstol San Pablo y se niegan a «mortificarse» con el celibato, accedan por lo menos «a no criar más curas (not to breed more Churchmen) que los que puedan absorber las prebendas (benefices) existentes; o sea, si en Inglaterra y Gales no hay más que 12.000 prebendas, no es sano criar 24.000 curas (it will not be safe to breed 24.000 ministers), porque los 12.000 sin prebenda intentarán siempre algo para ganarse la vida, y ¿cómo podrían conseguirlo más fácilmente que desparramándose por el pueblo y convenciéndolo de que los 12.000 prebendados envenenan las almas, y las matan de hambre, y no les indican el buen camino hacia el Cielo?» (PETTY, *A Treatise on Taxes and Contributions*, Lond. 1667, pág. 57). La actitud de Adam Smith para con el clero protestante de su época se puede caracterizar con lo siguiente: en *A Letter to A. Smith, D. On the Life, Death and Philosophy of his Friend David Hume. By One of the People called Christians*, 4th ed., Oxford 1784, el DR. HORNE, obispo de Norwich, de la Alta Iglesia, reprueba a A. Smith por «embalsamar» a su «amigo David» (sc. Hume) en una carta abierta al señor Strahan, contando al público que «Hume se entretenía en su lecho de muerte leyendo a Luciano y jugando al whist», y escribiendo insolentemente: «Siempre he considerado a Hume, durante su vida igual que después de su muerte, todo lo próximo que lo permite la debilidad de la naturaleza humana al ideal del hombre perfectamente sabio y virtuoso». El obispo exclama indignado: «¿Está bien por su parte, señor mío, describirnos como perfectamente sabios y virtuosos el carácter y la conducta de un hombre poseído de una antipatía insanable a todo lo que significara religión, y que esforzó todos sus nervios por borrar hasta el nombre de la religión de la memoria de los hombres, en la medida en que de él dependiera?» (*Loc. cit.*, pág. 8). «Pero no os desaniméis, amantes de la verdad, que el ateísmo es efímero.» (Pág. 17). Adam Smith «tiene la atroz perversión (the atrocious wickedness) de propagar el ateísmo por el país» (con su *Theory of moral sentiments*). «... ¡Conocemos sus lazos, señor doctor! Su intención está, pero esta vez no ha contado con el huésped. Nos quiere convencer, con el ejemplo de David Hume, Esq., de que el ateísmo es el único cordial para el ánimo decaído, y el único contraveneno para el temor a la muerte ... ¡Reíd tranquilamente sobre las ruinas de Babilonia y felicidad al endurecido impío Faraón!» (*Loc. cit.*, págs. 21, 22). Una cabeza ortodoxa que se encontraba entre los que asistían a los cursos de A. Smith escribe a la muerte de éste: «La amistad de Smith con Hume le impidió ser cristiano ... Creía al pie de la letra todo lo que decía Hume. Si Hume le hubiera dicho que la Luna es un queso verde, él se lo habría creído. Por eso también le creyó que no hay Dios ni milagros ... En sus principios políticos rozaba el republicanismo». (*The Bee* by JAMES ANDERSON, 18 vols., Edinb. 1791-1793, vol. 3, págs. 166, 165.) El cura Th. Chalmers sospechó que A. Smith se había inventado la categoría de los «trabajadores improductivos» por pura malicia, exclusivamente para los curas protestantes, pese al bendito trabajo de éstos en la viña del Señor.



valía, la fabricación de plus. La fuerza de trabajo no es vendible más que en cuanto mantiene como capital los medios de producción, reproduce su propio valor como capital y suministra con el trabajo no pagado una fuente de capital adicional.<sup>76</sup> Así, pues, las condiciones de la venta de la fuerza de trabajo, con independencia de que sean más o menos favorables para el trabajador, incluyen la necesidad de su venta constantemente repetida y la reproducción siempre ampliada de la riqueza como capital. El salario determina siempre, como se ha visto, por su propia naturaleza, la entrega de una determinada cantidad de trabajo no pagado por parte del trabajador. Prescindiendo completamente del aumento del salario con disminución del precio del trabajo, etc., la elevación del salario no significa, en el mejor de los casos, más que una disminución cuantitativa del trabajo no pagado que ha de prestar el trabajador. Esa disminución no puede proceder hasta el punto en el cual amenazaría al sistema mismo. Prescindiendo de los conflictos violentos sobre el tipo de salario —y Adam Smith mostró ya que, en líneas generales, el amo sigue siendo el amo en un conflicto así—, la elevación del precio del trabajo debida a acumulación del capital supone la siguiente alternativa.

O bien el precio del trabajo sigue subiendo porque su elevación no perturba el progreso de la acumulación, cosa que no tiene nada de sorprendente, porque, como dice A. Smith,

«incluso con una disminución del beneficio aumentan los capitales; hasta crecen más deprisa que antes ... Un capital grande aumenta en general, incluso con beneficio menor, más deprisa que un capital pequeño con beneficio mayor». (*Loc. cit.*, I, pág. 189.)

En este caso es evidente que la disminución del trabajo no pagado no perjudica en modo alguno a la ampliación del dominio del capital.

O bien —y ésta es la otra cara de la alternativa— la acumulación se frena por causa de la elevación del precio del trabajo, porque se embota el aguijón de la ganancia. La acumulación disminuye. Pero, al disminuir, disminuye también la causa de su disminución, a saber, la desproporción entre el capital y la fuerza de trabajo explotable. Así, pues, el mecanismo del proceso capitalista de producción elimina él mis-

<sup>76</sup> Nota a la 2.ª edición. «Pero el límite del empleo de trabajadores industriales o agrícolas es el mismo, a saber, la posibilidad de que el empresario obtenga un beneficio del producto del trabajo de aquéllos. Si el tipo de salario se eleva tanto que la ganancia del amo queda por debajo del beneficio medio, el amo deja de emplearlos o los emplea sólo con la condición de que admitan una disminución del salario.» (JOHN WADE, *loc. cit.*, pág. 240.)

mo los obstáculos que crea transitoriamente. El precio del trabajo vuelve a bajar hasta un nivel adecuado a las necesidades de valorización del capital, el cual puede estar por debajo, por encima o a la altura del nivel que se consideraba normal antes de producirse el aumento de salario. Como se ve, en el primer caso lo que ocurre no es que la disminución del crecimiento absoluto o proporcional de la fuerza de trabajo o de la población trabajadora haga superfluo al capital, sino, a la inversa, que el aumento del capital hace que sea insuficiente la fuerza de trabajo explotable. En el segundo caso lo que ocurre no es que el aumento del crecimiento absoluto o proporcional de la fuerza de trabajo o de la población trabajadora haga insuficiente al capital, sino, a la inversa, que la disminución del capital hace que sea excesiva la fuerza de trabajo explotable o, más bien, que lo sea su precio. Estos movimientos absolutos de la acumulación de capital se reflejan como movimientos relativos en la masa de la fuerza de trabajo explotable, y por eso parecen debidos al movimiento propio de ésta. Por aplicar expresiones matemáticas: la magnitud de la acumulación es la variable independiente, la magnitud del salario es la dependiente, y no al revés. Del mismo modo, en la fase de crisis del ciclo industrial, el descenso general de los precios de las mercancías se expresa como subida del valor relativo del dinero, y en la fase de prosperidad la subida general de los precios de las mercancías se expresa como descenso del valor relativo del dinero. La llamada escuela de la *currency*<sup>\*149</sup> infiere de ello que cuando los precios son elevados hay demasiado dinero en circulación, y cuando son bajos demasiado poco. Su ignorancia y su plena incompreensión de los hechos<sup>77</sup> tienen paralelos dignos en los economistas que interpretan esos fenómenos de la acumulación como si en un caso existieran demasiado pocos trabajadores asalariados y en el otro demasiados.

La ley de la producción capitalista que subyace a la supuesta «ley natural de la población» se reduce en substancia a esto: la relación entre el capital, la acumulación y la cuota de salario no es sino la relación

<sup>77</sup> Cfr. KARL MARX, *Zur Kritik der Politischen Oekonomie* (Contribución a la crítica de la economía política), págs. 165 ss.

<sup>\*149</sup> *Currency* significa dinero, principalmente como medio de circulación. *Currency school* se podría traducir por «escuela del dinero efectivo», porque sus partidarios —que constituyeron una de las tendencias principales de la teoría y la política monetarias inglesas del siglo XIX— no consideraban la función monetaria de otras formas de dinero. La escuela proponía garantizar el funcionamiento automático del sistema monetario y su estabilidad mediante una cobertura metálica perfecta del dinero.



entre el trabajo no pagado, convertido en capital, y el trabajo añadido requerido para mover el capital adicional. No es, pues, en absoluto, una relación entre dos magnitudes independientes la una de la otra —por un lado la magnitud del capital, por otro el número de la población trabajadora—, sino más bien, en última instancia, la mera relación entre el trabajo no pagado y el trabajo pagado de una misma población obrera. Si la cantidad de trabajo no pagado suministrado por la clase trabajadora y acumulado por la clase de los capitalistas aumenta con tanta rapidez que sólo se puede convertir en capital mediante una adición extraordinaria de trabajo pagado, entonces sube el salario y, si todo lo demás sigue igual, disminuye proporcionalmente el trabajo no pagado. Pero en cuanto que esa disminución roza el punto a partir del cual no se ofrece ya normalmente el plus-trabajo que alimenta al capital, se produce una reacción: se capitaliza una parte menor de la renta, la acumulación se paraliza y el movimiento ascendente del salario recibe un contrgolpe. Así, pues, la elevación del precio del trabajo queda encerrada entre límites que no sólo dejan intactos los fundamentos del sistema capitalista, sino que además aseguran la reproducción de éste a escala creciente. La ley de la acumulación capitalista, mistificada en forma de ley de la naturaleza, no expresa, pues, de hecho, sino que la naturaleza de esa acumulación excluye toda disminución del grado de explotación del trabajo, toda elevación del precio del trabajo que puedan poner seriamente en peligro la reproducción constante de la relación de capital y su reproducción a escala siempre ampliada. No puede ser de otra manera en un modo de producción en el cual el trabajador existe para las necesidades de valorización de los valores existentes, en vez de existir, a la inversa, la riqueza objetiva para las necesidades del desarrollo del trabajador. Igual que en la religión el ser humano es dominado por la obra de su propia cabeza, así también en la producción capitalista lo es por la obra de sus propias manos.<sup>77a</sup>

<sup>77a</sup> «Mas si volvemos a nuestra primera investigación, en la que se prueba ... que el capital mismo no es sino producto del trabajo humano ... parece del todo inconcebible que el ser humano haya caído bajo el dominio de su propio producto, el capital, y haya podido subordinarse a éste; pero como eso es innegablemente lo que ocurre en la realidad, se impone inevitablemente la pregunta: ¿cómo ha podido convertirse el trabajador de dominador del capital —en cuanto creador del mismo— en esclavo del capital?» (VON THÜNEN, *Der isolirte Staat*, Zweiter Theil, Zweite Abtheilung, Rostock 1863, págs. 5, 6.) El mérito de Thünen es haberlo preguntado. Su respuesta es propiamente pueril.

## 2. *Disminución relativa de la parte variable del capital en el curso de la acumulación y de la concentración que la acompaña*

Según los economistas mismos, no es ni la dimensión dada de la riqueza social ni la magnitud del capital ya ganado lo que acarrea una elevación de salarios, sino sólo el continuado crecimiento de la acumulación y el grado de velocidad de su crecimiento (A. Smith, libro I, cap. 8). Hasta ahora no hemos considerado más que una fase particular de este proceso, aquella en la que el crecimiento del capital ocurre sin que varíe la composición técnica del capital. Pero el proceso rebasa esa fase.

Dados los fundamentos generales del sistema capitalista, en el curso de la acumulación se da siempre un punto en el que el desarrollo de la productividad del trabajo social se convierte en la palanca más poderosa de la acumulación.

«La misma causa», dice A. Smith, «que sube los salarios, a saber, el aumento del capital, promueve el aumento de las capacidades productivas del trabajo y capacita a una cantidad de trabajo menor para engendrar una cantidad de productos mayor.»

Prescindiendo de condiciones naturales, como la fertilidad del suelo, etc., y de la habilidad de productores independientes y que trabajen aislados, habilidad que, de todos modos, se afirma más cualitativamente, en la bondad de la obra, que cuantitativamente, en su masa, el grado productivo social del trabajo se expresa en la magnitud cuantitativa relativa de los medios de producción que convierte en producto un trabajador durante un tiempo dado y con un mismo esfuerzo de la fuerza de trabajo. La masa de los medios de producción con que funciona aumenta al aumentar la productividad del trabajo del obrero. Esos medios de producción tienen en esto un papel doble. El aumento de unos medios de producción es consecuencia del aumento de la productividad del trabajo, el de otros es condición de ese aumento. P. e., con la división manufacturera del trabajo y la aplicación de maquinaria se trabaja más materia prima en el mismo tiempo, o sea, entra en el proceso de trabajo una masa mayor de materia prima y materias auxiliares. Eso es consecuencia del aumento de productividad del trabajo. Por otra parte, la masa de la maquinaria aplicada, animales de labor, abonos minerales, tuberías de drenaje, etc., son condiciones del aumento de la productividad del trabajo. Así también lo es la masa de los medios de producción concentrados en instalaciones, grandes hornos, medios de transporte, etc.



Pero, sea condición o consecuencia, el aumento de la dimensión de los medios de producción respecto de la fuerza de trabajo incorporada a ellos expresa el aumento de la productividad del trabajo. El aumento de ésta se manifiesta, pues, en la disminución de la masa de trabajo respecto de la masa de medios de producción movidos por ella, en la disminución de tamaño del factor subjetivo del proceso de producción comparado con los factores objetivos de éste.

Esta alteración de la composición técnica del capital —el crecimiento de la masa de los medios de producción respecto de la masa de la fuerza de trabajo que los anima— se refleja en su composición en valor, en el aumento del elemento constante del valor capital a costa de su elemento variable. P. e., de un capital se gasta inicialmente, estimado en porcentajes, 50 % en medios de producción y 50 % en fuerza de trabajo; luego, con el desarrollo del grado productivo del trabajo, 80 % en medios de producción y 20 % en fuerza de trabajo, etc. Esta ley del crecimiento continuo de la parte constante del capital respecto de la variable se confirma a cada paso (como ya se expuso antes) por el análisis comparativo de los precios de las mercancías, igual si comparamos varias épocas económicas de una sola nación que si comparamos diferentes naciones en una misma época. La magnitud relativa del elemento del precio que no representa más que el valor de los medios de producción consumidos, de la parte constante del capital, estará en razón directa del progreso de la acumulación; la magnitud relativa del otro elemento del precio, el que paga el trabajo, el que representa la parte variable del capital, estará en general en razón inversa del progreso de la acumulación.

La disminución de la parte variable del capital respecto de la parte constante, la alteración de la composición del valor capital, no muestra, sin embargo, más que aproximadamente la alteración de la composición de sus elementos materiales. Si hoy, p. e., el valor capital invertido en hilaturas es constante en sus  $7/8$  y variable en  $1/8$ , mientras que a comienzos del siglo XVIII era constante en  $1/2$  y variable en  $1/2$ , en cambio, la masa de materia prima, medios de trabajo, etc., que consume hoy productivamente una determinada cantidad de trabajo de hilatura es muchos centenares de veces mayor que a comienzos del siglo XVIII. La causa es, sencillamente, que al aumentar la productividad del trabajo no sólo aumenta la dimensión de los medios de producción que gasta, sino que además disminuye el valor de esos medios respecto de su dimensión. Así, pues, su valor aumenta absolutamente, pero no proporcionalmente con su dimensión. Por eso el aumento de la diferencia entre capital constante y capital variable es mucho menor que el de la

diferencia entre la masa de los medios de producción en que se gasta el capital constante y la masa de fuerza de trabajo en que se gasta el capital variable. La primera diferencia aumenta al aumentar la segunda, pero en grado menor.

Por lo demás, aunque disminuye la magnitud relativa de la parte variable del capital, el progreso de la acumulación no excluye en modo alguno el aumento de su magnitud absoluta. Supóngase que un valor capital se divide al principio en 50 % de capital constante y 50 % de capital variable, y luego en 80 % de capital constante y 20 % de capital variable. Si mientras tanto el capital inicial —digamos 6.000 libr. est.— ha aumentado hasta 18.000 libr. est., entonces su elemento variable ha crecido también en  $1/5$ . Era de 3.000 libr. est., e importa ahora 3.600 libr. est. Pero mientras que antes habría bastado un aumento de capital del 20 % para aumentar en un 20 % la demanda de trabajo, eso exige ahora que se triplique el capital inicial.

En la sección cuarta se mostró que el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo presupone la cooperación a gran escala; que sólo con ese presupuesto es posible organizar la división y la combinación del trabajo, economizar medios de producción mediante su concentración masiva, dar vida a medios de trabajo que ya materialmente sólo se pueden utilizar en común, p. e., el sistema de la maquinaria, etc., comprimir fuerzas naturales gigantescas al servicio de la producción y consumir la conversión del proceso de producción en aplicación tecnológica de la ciencia. Sobre la base de la producción mercantil, en la que los medios de producción son propiedad de personas privadas y, por lo tanto, el trabajador manual o bien produce mercancías aislada e independientemente o bien vende su fuerza de trabajo como mercancía porque carece de los medios para explotarla él mismo, aquel presupuesto no se realiza más que por el crecimiento de los capitales individuales, o sea, en la medida en que los medios sociales de producción y de vida se convierten en propiedad privada de capitalistas. El suelo de la producción mercantil no puede sostener la producción a gran escala más que en forma capitalista. Por eso el presupuesto del modo de producción específicamente capitalista es una cierta acumulación de capital en las manos de productores individuales de mercancías. Por esa razón teníamos que darla por supuesta en la transición de la artesanía a la empresa capitalista. Se la puede llamar acumulación originaria, porque es fundamento histórico, no resultado histórico, de la producción específicamente capitalista. Aquí no necesitamos todavía estudiar cómo nace ella misma. Basta con decir que constituye el punto de partida. Pero



todos los métodos de intensificación de la fuerza productiva del trabajo que crecen sobre esa base son al mismo tiempo métodos de producir intensificadamente plusvalía o plusproducto, que es a su vez el elemento constitutivo de la acumulación. Son, pues, al mismo tiempo métodos de la producción de capital por capital, métodos de acumulación acelerada de capital. La reconversión continua de plusvalía en capital se presenta como magnitud creciente del capital que interviene en el proceso de producción. Esa magnitud creciente resulta a su vez fundamento de una escala ampliada de la producción, de los métodos que la acompañan para intensificar la fuerza productiva del trabajo y acelerar la producción de plusvalía. Así, pues, si, por una parte, un cierto grado de acumulación de capital aparece como condición del modo de producción específicamente capitalista, por otra, este modo de producción provoca de rechazo una acumulación acelerada de capital. Con la acumulación de capital se desarrolla, pues, el modo de producción específicamente capitalista, y con el modo de producción específicamente capitalista se desarrolla la acumulación de capital. Esos dos factores económicos engendran, de acuerdo con la relación compuesta del impulso que se imparten recíprocamente, el cambio de la composición técnica del capital, por el cual el elemento variable se empequeñece cada vez más en comparación con el constante.

Todo capital individual es una concentración mayor o menor de medios de producción, con mando correspondiente sobre un ejército de trabajadores mayor o menor. Toda acumulación llega a ser el medio de nueva acumulación. Al aumentar la masa de riqueza que funciona como capital, amplía la concentración de ese capital en manos de capitalistas individuales y, por lo tanto, la base de la producción a gran escala y de los métodos de producción específicamente capitalistas. El crecimiento del capital social se consume en el crecimiento de muchos capitales individuales. Suponiendo inalteradas todas las demás circunstancias, los capitales individuales y, con ellos, la concentración de los medios de producción, aumentan en la misma razón en que constituyen partes alícuotas del capital total social. Al mismo tiempo se desprenden esquejes de los capitales iniciales y funcionan como nuevos capitales autónomos. En esto tiene mucha importancia, entre otras cosas, la división de las fortunas en la familias capitalistas. Por eso con la acumulación del capital aumenta más o menos el número de capitalistas. Dos rasgos caracterizan este tipo de concentración que se basa directamente en la acumulación o, por mejor decir, es idéntica con ella. Primero: la creciente concentración de los medios de producción sociales en las manos de capitalistas individuales está limitada, si las demás circunstan-

cias no varían, por el grado de crecimiento de la riqueza social. Segundo: la parte del capital social asentada en cada particular esfera de la producción está dividida entre muchos capitalistas que se enfrentan unos a otros a título de productores de mercancías en competición. De modo que la acumulación y la concentración que la acompaña están dispersas por muchos puntos y, además, el crecimiento de los capitales en funciones se complica con la formación de nuevos capitales y la escisión de capitales antiguos. Por eso, aunque, por una parte, la acumulación se presenta como concentración creciente de los medios de producción y del mando sobre trabajo, por otra, aparece como repulsión de muchos capitales individuales los unos respecto de los otros.

Contra esa dispersión del capital total social en muchos capitales individuales, contra la repulsión entre sus fragmentos, actúa la atracción entre ellos. No es ésta ya una simple concentración de medios de producción y mando sobre trabajo, indistinguible de la acumulación. Es concentración de capitales ya formados, abolición de su independencia individual, expropiación de un capitalista por otro capitalista, transformación de muchos capitalistas menores en pocos capitalistas mayores. Este proceso se diferencia del primero en que no supone más que una nueva distribución de los capitales existentes y en funcionamiento, de modo que su margen de movimiento no está limitado por el crecimiento absoluto de la riqueza social, por los límites absolutos de la acumulación. El capital se hincha aquí en grandes masas y en una mano porque allí está desapareciendo de muchas. Ésta es la centralización propiamente dicha, diferenciada de la acumulación y concentración.

No se puede desarrollar aquí las leyes de esta centralización de los capitales, o atracción de capital por capital. Basta con una breve indicación de hecho. La lucha competitiva se lleva a cabo mediante el abaratamiento de las mercancías. La baratura de las mercancías depende, *caeteris paribus*,<sup>\*150</sup> de la productividad del trabajo, y ésta depende de la escala de la producción. Por eso los capitales mayores derrotan a los menores. Recuérdese, además, que, al desarrollarse el modo de producción, aumenta la dimensión mínima del capital individual requerido para explotar un negocio en condiciones normales. Por eso los capitales pequeños se lanzan a esferas de la producción de las que la gran industria no se haya apoderado todavía más que esporádica o incompletamente. La competición se precipita aquí en razón directa del número y en razón inversa de la magnitud de los capitales que rivalizan. Siem-

\*150 Si las demás cosas no varían.



pre termina con la ruina de muchos pequeños capitalistas, cuyos capitales pasan en parte a manos del vencedor y se disipan en otra parte. Aparte de eso, con la producción capitalista se constituye un poder completamente nuevo, el sistema del crédito, que se desliza disimuladamente en sus comienzos, como modesta ayuda de la acumulación, reúne, con hilos invisibles, en las manos de capitalistas individuales o asociados los medios monetarios dispersos por toda la superficie de la sociedad en masas mayores o menores, y se convierte pronto en un arma nueva y temible en la lucha competitiva, para acabar siendo un imponente mecanismo social de centralización de los capitales.

En la misma medida en que se desarrollan la producción y la acumulación capitalistas lo hacen la competición y el crédito, las dos potencias más poderosas de la centralización. Al mismo tiempo, el progreso de la acumulación aumenta el material centralizable, esto es, los capitales individuales, mientras la expansión de la producción capitalista crea por un lado la necesidad social y, por otro, los medios técnicos de las gigantescas empresas industriales cuya ejecución depende de una previa centralización del capital. Por eso hoy día la fuerza de atracción recíproca de los capitales individuales y la tendencia a la centralización son más intensas que nunca. Pero aunque la ampliación relativa y la energía del movimiento centralizador están determinadas en cierta medida por la magnitud ya alcanzada de la riqueza capitalista y por la superioridad del mecanismo económico, sin embargo, el avance de la centralización no depende en modo alguno del crecimiento positivo de magnitud del capital social. Y esto es, en especial, lo que distingue a la centralización de la concentración que no es más que expresión distinta de la reproducción a escala ampliada. La centralización se puede producir por mera alteración de la distribución de capitales ya existentes, por simple alteración de la agrupación cuantitativa de los elementos del capital social. El capital puede en este caso crecer en unas manos hasta ser una masa imponente porque allí ha sido substraído a muchas manos distintas. La centralización alcanzaría su límite extremo en una rama dada de la producción cuando todos los capitales invertidos en ella se fundieran en un capital único.<sup>77b</sup> Este límite no se alcanzaría en una sociedad dada hasta el momento en que todo el capital social estuviera reunido, ya en las manos de un solo capitalista, ya en las de una sola sociedad de capitalistas.

<sup>77b</sup> { A la 4.<sup>a</sup> ed. Los recientísimos «trusts» ingleses y norteamericanos tienden ya a esa finalidad, intentando unificar en una gran sociedad anónima, con un monopolio práctico, a todas las grandes empresas, por lo menos, de una rama económica. F. E. }

La centralización complementa la obra de la acumulación capacitando a los capitalistas para ampliar la escala de sus operaciones. Mas sea este último resultado consecuencia de la acumulación o de la centralización, ya se consume la centralización por el camino violento de la anexión —en la cual ciertos capitales se convierten en centros gravitatorios tan predominantes para los demás que rompen la cohesión individual de éstos y absorben luego los fragmentos sueltos—, ya suceda la fusión de un conjunto de capitales previamente formados o en formación mediante el procedimiento, más liso, de la formación de sociedades por acciones, el efecto económico es el mismo. El aumento de la extensión de los establecimientos industriales constituye en todo caso el punto de partida de una organización más amplia del trabajo conjunto de muchas personas, de un desarrollo más amplio de sus fuerzas motoras materiales, el punto de partida, esto es, de la progresiva transformación de procesos de producción aislados y cultivados consuetudinariamente en procesos de producción combinados y científicamente dispuestos.

Pero está claro que la acumulación, el paulatino aumento del capital por la reproducción que pasa de la forma circular a la espiral, es un procedimiento lento de verdad, comparado con la centralización, la cual sólo necesita alterar la agrupación cuantitativa de las partes integrantes del capital social. El mundo no contaría aún con ferrocarriles si hubiera tenido que esperar hasta que la acumulación hubiera puesto algunos capitales individuales a la altura de la construcción de un ferrocarril. En cambio, la centralización consiguió eso en un abrir y cerrar de ojos, gracias a las sociedades por acciones. Y al mismo tiempo que intensifica y acelera así los efectos de la acumulación, la centralización amplía y acelera también las transformaciones de la composición técnica del capital que aumentan su parte constante a costa de su parte variable y disminuyen, con ello, la demanda relativa de trabajo.

Las masas de capital fundidas de un día para otro por la centralización se reproducen y aumentan como las demás, aunque más deprisa, y se convierten así en nuevas palancas potentes de la acumulación social. Por eso cuando se habla del progreso de la acumulación social se incluye en él hoy día implícitamente los efectos de la centralización.

Los capitales adicionales formados en el curso de la acumulación normal (v. cap. XXII, 1) sirven principalmente de vehículo de la explotación de nuevos inventos y descubrimientos, de perfeccionamientos industriales en general. Pero también el viejo capital alcanza con el tiempo el momento de su renovación integral, el momento en que cambia de piel y renace a su vez en la figura técnicamente perfeccionada en la que baste una masa menor de trabajo para poner en movimiento una masa



la población trabajadora adicional por los canales de costumbre.<sup>78</sup> Al aumentar la dimensión del capital social ya en funciones y el grado de su crecimiento, al ampliarse la escala de la producción y la masa de trabajadores puestos en movimiento, al desarrollarse la fuerza productiva de su trabajo, al ensancharse e hincharse la corriente de todas las fuentes de la riqueza, se amplía también la escala en la cual la mayor atracción de trabajadores por el capital va unida a mayor repulsión de los mismos, aumenta la velocidad del cambio de la composición orgánica del capital y de su forma técnica, y rebosa el ámbito de las esferas de la producción afectadas unas veces simultánea, otras alternativamente. Así, pues, la población trabajadora, al producir la acumulación del capital, produce ella misma, en medida creciente, los medios de su propio exceso relativo.<sup>79</sup> Ésta es una ley de la población peculiar del modo de producción capitalista, pues en realidad cada particular modo de producción histórico tiene sus particulares leyes de población, históricamente vigentes. Sólo para la planta y el animal existe una ley de población abstracta, y eso en la medida en que el hombre no interviene históricamente.

<sup>78</sup> El censo de Inglaterra y Gales muestra entre otras cosas: Personas ocupadas en la agricultura (incluidos los propietarios, los arrendatarios, los jardineros y hortelanos, los pastores, etc.): 1851: 2.011.447; 1861: 1.924.110; disminución: 87.337. Manufactura de worsted: \*151 1851: 102.714 personas; 1861: 79.242; fabricación de seda: 1851: 111.940; 1861: 101.678; estampados: 1851: 12.098; 1861: 12.556, reducido aumento pese a la ampliación enorme de esta rama, lo que ocasiona una gran disminución proporcional del número de trabajadores empleados. Sombrereros: 1851: 15.957; 1861: 13.814; sombrereros de paja y gorrería: 1851: 20.393; 1861: 18.176; cerveceros: 1851: 10.566; 1861: 10.677; cereros: 1851: 4.949; 1861: 4.686. Esta disminución se debe, entre otras cosas, a la extensión de la luz de gas. Fabricación de peines: 1851: 2.038; 1861: 1.478; aserradores: 1851: 30.552; 1861: 31.647. Ligero aumento, consecuencia del florecimiento de las serrerías mecánicas; productores de clavos: 1851: 26.940; 1861: 26.130, disminución por la competición de las máquinas; mineros del cinc y el cobre: 1851: 31.360; 1861: 32.041. En cambio: hilaturas y tejidos de algodón: 1851: 371.777; 1861: 456.646; mineros de carbón: 1851: 183.389; 1861: 246.613. «En general, el aumento del número de trabajadores es máximo desde 1851 en las ramas en las que la maquinaria no se ha aplicado todavía con éxito.» (*Census of England and Wales for 1861*, vol. III, Lond. 1863, págs. 35-39.)

<sup>79</sup> La ley de la disminución progresiva de la magnitud relativa del capital variable, junto con sus efectos en la situación de la clase trabajadora asalariada, ha sido barruntada, más que entendida, por algunos destacados economistas de la escuela clásica. El mayor mérito en esto corresponde a John Barton, aunque confunda, como todos los demás, el capital constante con el fijo y el variable con el circulante. Dice Barton: «La demanda de trabajo depende del aumento de

\*151 Estambre.

Pero si, por un lado, una pluspoblación obrera es producto inevitable de la acumulación, del desarrollo de la riqueza sobre base capitalista, por otro, esa sobrepoblación se convierte, a la inversa, en palanca de la acumulación capitalista, incluso en condición de existencia del modo de producción capitalista. Constituye un ejército industrial de reserva que pertenece al capital tan íntegra y absolutamente como si lo hubiera criado a su propia costa. Ese ejército procura el material humano explotable siempre dispuesto para las cambiantes necesidades de valorización del capital, con independencia de las limitaciones del aumento real de la población. Con la acumulación y el concomitante desarrollo de la fuerza productiva del trabajo aumenta la capacidad de expansión repentina del capital no sólo porque aumentan la elasticidad del capital en funciones y la riqueza absoluta de la que el capital no es más que una parte elástica, ni tampoco sólo porque el crédito, bajo la acción de cualquier estímulo particular, pone rápidamente a disposición de la producción, como capital adicional, una parte desacostumbrada de esa riqueza. Las condiciones técnicas del mismo proceso de producción —maquinaria, medios de transporte, etc.— posibilitan a la mayor escala

capital circulante, no de capital fijo. Si fuera verdad que la proporción entre esas dos clases de capital es siempre la misma en todas las circunstancias, entonces, efectivamente, se seguiría que el número de trabajadores empleados es proporcional a la riqueza del estado. Pero semejante proposición no tiene aspecto de ser probable. A medida que se cultivan las artes y se extiende la civilización, el capital fijo toma una proporción cada vez más grande respecto del capital circulante. La cantidad de capital fijo empleado en la producción de una pieza de muselina británica es, por lo menos, cien veces mayor y probablemente mil veces mayor que la empleada en una pieza análoga de muselina india. Y la proporción de capital circulante es cien o mil veces menor... La totalidad del ahorro anual ... añadida al capital fijo ... no influiría nada en el sentido de aumentar la demanda de trabajo». (JOHN BARTON, *Observations on the circumstances which influence the Condition of the Labouring Classes of Society*, Lond. 1817, págs. 16, 17.) «La misma causa que puede aumentar la renta neta de un país puede hacer al mismo tiempo redundante a la población y deteriorar la condición del trabajador.» (RICARDO, *loc. cit.*, pág. 469.) Al aumentar el capital «disminuirá relativamente la demanda» (de trabajo) (*loc. cit.*, pág. 480, nota). «La cantidad de capital dedicado al mantenimiento del trabajo puede variar independientemente de cualesquiera cambios de la cantidad total de capital ... A medida que el mismo capital se hace más abundante pueden ... hacerse más frecuentes grandes fluctuaciones de la cantidad del empleo y un gran sufrimiento.» (RICHARD JONES, *An Introductory Lecture on Pol. Econ.*, Lond. 1833, pág. 12.) «La demanda» (de trabajo) «aumentará ... no en proporción con la acumulación del capital general ... Por lo tanto, todo aumento del capital nacional destinado a la reproducción resulta tener, en el progreso de la sociedad, cada vez menos influencia en la situación del trabajador.» (RAMSAY, *loc. cit.*, págs. 90, 91.)



la conversión más rápida de plusproducto en medios de producción adicionales. La masa de la riqueza social, rebosante con el progreso de la acumulación y convertible en capital adicional, se precipita con frenesí en viejas ramas de la producción cuyo mercado se amplía repentinamente, o en ramas recién inauguradas, como los ferrocarriles, etc., cuya necesidad nace del desarrollo de las viejas. En todos esos casos es necesario que grandes masas humanas se puedan lanzar, repentinamente y sin perjuicio de la escala de la producción en otras esferas, a los puntos decisivos. La sobrepoblación suministra esas masas. El curso vital característico de la industria moderna, la forma de un ciclo de diez años —interrumpido por oscilaciones menores— de períodos de vitalidad media, producción a todo vapor, crisis y estancamiento, se basa en la formación constante, la absorción mayor o menor y la nueva formación del ejército industrial de reserva, o sobrepoblación. Los incidentes del ciclo industrial, por su parte, reclutan la sobrepoblación y se constituyen en una de sus más enérgicas agencias de reproducción.

Este peculiar curso vital de la industria moderna, que no encontramos en ninguna época anterior de la humanidad, era también imposible en el período infantil de la producción capitalista. La composición del capital no se alteraba sino muy paulatinamente. Por eso respondía en líneas generales a su acumulación un aumento proporcional de la demanda de trabajadores. Lentamente, como el progreso de su acumulación, en comparación con la época moderna, el capital iba tropezando con limitaciones naturales de la población trabajadora explotable, sólo eliminables por medios violentos que habrá que mencionar más tarde. La expansión repentina e intermitente de la escala de la producción es presupuesto de su contracción repentina; esta última provoca de nuevo la primera, pero la primera es imposible si no hay material humano disponible, sin una multiplicación de los trabajadores independientemente del aumento absoluto de la población. Esa multiplicación de trabajadores se consigue por el sencillo proceso que «libera» constantemente una parte de los trabajadores, mediante métodos que disminuyen el número de trabajadores empleados respecto de la aumentada producción. La entera forma de movimiento de la industria moderna nace, pues, de la constante conversión de una parte de la población trabajadora en manos desempleadas o subempleadas. La superficialidad de la economía política se manifiesta también en el hecho de que entiende la expansión y la contracción del crédito, mero síntoma de los períodos alternantes del ciclo industrial, como causas de éstos. Exactamente igual que los cuerpos celestes, una vez lanzados en un determinado movimiento, lo repiten siempre, así también lo hace la producción social una vez lanzada a

aquel movimiento de expansión y contracción alternantes. Los efectos se convierten en causas, y las alternancias del entero proceso que reproduce siempre sus propias condiciones toman la forma de la periodicidad.\*<sup>152</sup> Una vez consolidada esta última, hasta la economía política entiende que es condición vital de la industria moderna la producción de una población excedentaria relativa, esto es, excesiva respecto de la necesidad media de valorización del capital.

«Suponiendo», dice H. Merivale, anteriormente profesor de economía política en Oxford, luego funcionario del ministerio de colonias inglés, «suponiendo que, con ocasión de una crisis, la nación se decidiera a realizar un extremo esfuerzo para desprenderse, mediante emigración, de unos 100.000 pobres superfluos, ¿cuál sería la consecuencia? Que al primer retorno de la demanda de trabajo se produciría escasez. Por rápida que sea la reproducción de seres humanos, siempre necesita el espacio de una generación para reponer trabajadores adultos. Ahora bien: los beneficios de nuestros fabricantes dependen principalmente de la capacidad de explotar el momento favorable de una demanda animada, compensándose así del período de paralización. Sólo el mando sobre maquinaria y trabajo manual les asegura esa capacidad. Tienen que dar con manos disponibles; tienen que ser capaces de intensificar o reducir, cuando es necesario, la actividad de sus operaciones, según la situación del mercado, porque, si no, no pueden, lisa y llanamente, sostener en el acoso competitivo el predominio basado en la riqueza de este país.»<sup>80</sup>

Hasta Malthus percibe una necesidad de la industria moderna en la sobrepoblación que, con su estilo miope, interpreta por el crecimiento excesivo absoluto de la población obrera, no por el hecho de quedar colocada en una situación de exceso relativo numérico. Dice así:

<sup>80</sup> H. MERIVALE, *Lectures on Colonization and Colonies*, Lond. 1841 and 1842, vol. I, pág. 146.

\*<sup>152</sup> La edición francesa de Roy, vista por Marx, tiene aquí intercalado el texto siguiente: «Pero los ciclos renovados cuyas fases sucesivas abarcan años y que desembocan siempre en una crisis general, final de un ciclo y punto de partida de otro, datan sólo de la época en que la industria mecánica, tras haber echado unas raíces suficientemente profundas, ejerció una influencia preponderante en toda la producción nacional; la época en que, gracias a ella, el comercio exterior empezó a predominar sobre el comercio interior; en que el mercado universal se anexionó sucesivamente dilatados territorios en el Nuevo Mundo, en Asia y en Australia; en que, por último, las naciones industriales en liza fueron lo suficientemente numerosas. Hasta ahora la duración periódica de esos ciclos es de diez u once años, pero no hay razón alguna para considerar constante esa cifra. Al contrario: de las leyes de la producción capitalista, tal como acabamos de desarrollarlas, hay que inferir que es variable, y que el período de los ciclos se acortará gradualmente».



«Unos hábitos prudentes respecto del matrimonio, si se extienden mucho por la clase trabajadora de un país que depende principalmente de las manufacturas y del comercio, pueden ser perjudiciales para ese país ... Por la naturaleza de cualquier población, no se puede llevar al mercado un aumento de trabajadores, en respuesta a una demanda determinada, sino tras un lapso de 16 ó 18 años, y la conversión de renta en capital por el ahorro puede ocurrir mucho más rápidamente; un país está siempre expuesto a que el aumento de la cantidad de fondos para el mantenimiento del trabajo sea más rápido que el aumento de población.»<sup>81</sup>

Luego de proclamar necesidad de la acumulación capitalista la producción constante de una sobrepoblación relativa de trabajadores, la economía política —por cierto que adecuadamente, bajo la forma de una vieja doncella— pone en boca del «beau idéal»<sup>\*154</sup> de su capitalista las siguientes palabras dirigidas a los «supernumerarios» lanzados al arroyo por el mismo hecho de haber creado capital adicional:

«Nosotros, los fabricantes, hacemos por vosotros lo que podemos, aumentando el capital del que tenéis que subsistir; y vosotros tenéis que hacer lo que os corresponde, adecuando vuestro número a los medios de subsistencia.»<sup>82</sup>

A la producción capitalista no le basta en absoluto la cantidad de fuerza de trabajo disponible suministrada por el aumento natural de la población. Para funcionar libremente necesita un ejército industrial de reserva independiente de esa limitación natural.

Hasta ahora se ha dado por supuesto que al aumento o la disminución del capital variable corresponde exactamente el aumento o la disminución del número de obreros empleados.

Pero con el mismo número de trabajadores a sus órdenes, o incluso con un número menor, el capital variable aumenta si el trabajador indi-

<sup>81</sup> «Prudential habits with regard to marriage, carried to a considerable extent among the labouring class of a country mainly depending upon manufactures and commerce, might injure it ... From the nature of a population, an increase of labourers cannot be brought into market, in consequence of a particular demand, till after the lapse of 16 or 18 years, and the conversion of revenue into capital, by saving, may take place much more rapidly; a country is always liable to an increase in the quantity of the funds for the maintenance of labour faster than the increase of population.» (MALTHUS, *Princ. of Pol. Econ.*, págs. 215, 319, 320.) En esa obra descubre finalmente Malthus, a través de Sismondi, la hermosa trinidad de la producción capitalista: sobreproducción-sobrepoblación-sobreconsumo: three very delicate monsters, indeed! <sup>\*153</sup> Cfr. F. ENGELS, *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie*, loc. cit., págs. 107 ss.

<sup>82</sup> HARRIET MARTINEAU, *The Manchester Strike*, 1832, pág. 101.

<sup>\*153</sup> ¡Tres monstruos muy delicados, en verdad!

<sup>\*154</sup> «Hermoso ideal».

vidual suministra más trabajo, con lo que aumenta su salario aunque el precio del trabajo no varíe, e incluso aunque disminuya, si disminuye más despacio que como aumenta la masa de trabajo. El aumento de capital variable es entonces índice de más trabajo, pero no de más trabajadores ocupados. Todo capitalista tiene un interés absoluto en exprimir una determinada cantidad de trabajo de un número menor de trabajadores, en vez de conseguirlo con la misma baratura, o incluso más barato, de un número mayor. En este último caso el gasto de capital constante aumenta proporcionalmente a la masa del trabajo puesto en movimiento; en el primer caso aumenta mucho más lentamente. Este motivo es tanto más decisivo cuanto mayor es la escala de la producción. Su potencia aumenta con la acumulación del capital.

Se ha visto que el desarrollo del modo de producción capitalista y la fuerza productiva del trabajo —causa y efecto, a la vez, de la acumulación— permiten al capitalista fluidificar más trabajo con el mismo gasto de capital variable, mediante una mayor explotación extensiva o intensiva de las fuerzas de trabajo individuales. Se ha visto también que el capitalista compra más fuerzas de trabajo con el mismo valor capital por el procedimiento de desplazar progresivamente trabajadores más cualificados por otros que lo estén menos, trabajadores maduros por otros inmaduros, masculinos por femeninos, fuerza de trabajo adulta por fuerza de trabajo juvenil o infantil.

Por una parte, pues, en el curso de la acumulación un capital variable mayor fluidifica más trabajo sin reclutar más trabajadores; por otra, un capital variable de la misma magnitud fluidifica más trabajo con la misma masa de fuerza de trabajo, y, por último, más fuerzas de trabajo inferiores desplazando otras superiores.

Por eso la producción de una sobrepoblación relativa, la liberación de trabajadores, procede todavía más rápidamente que la transformación técnica del proceso de producción —ya acelerada con el avance de la acumulación— y la correspondiente disminución proporcional del capital variable respecto del constante. Si ya los medios de producción, a medida que aumenta su dimensión y su eficacia, son en menor grado medios de ocupación de trabajadores, esa situación se modifica, además, por el hecho de que, en la medida en que aumenta la fuerza productiva del trabajo, el capital aumenta su absorción de trabajo más deprisa que su demanda de trabajadores. El sobretrabajo de la parte empleada de la clase obrera hincha las filas de su reserva, mientras que, a la inversa, la acrecentada presión que la última ejerce competitivamente sobre la primera impone a ésta el sobretrabajo y la sumisión a la dictadura del capital. La condena de una parte de la clase obrera a



un ocio forzado mediante el sobretrabajo de la otra parte, y a la inversa, se convierte en medio de enriquecimiento del capitalista individual<sup>83</sup> y acelera al mismo tiempo la producción del ejército industrial de reserva a una escala adecuada al progreso de la acumulación social. Hasta qué punto es importante este momento en la formación de la sobrepoblación relativa lo muestra, p. e., Inglaterra. Sus medios técnicos para el «ahorro» de trabajo son colosales. Sin embargo, si mañana se limitara el trabajo, de un modo general, a una medida razonable y se graduara además adecuadamente para las varias capas de la clase trabajadora, según la edad y el sexo, la actual población obrera sería del todo insuficiente para continuar la producción nacional a la escala de ahora. Habría que convertir en trabajadores «productivos» a la gran mayoría de los trabajadores ahora «improductivos».

A grandes rasgos, los movimientos generales del salario se regulan exclusivamente por la expansión y la contracción del ejército industrial de reserva, las cuales corresponden a la alternancia de períodos del ciclo industrial. No están, pues, determinados por el movimiento del número absoluto de la población trabajadora, sino por la razón cam-

<sup>83</sup> Hasta durante la escasez de algodón de 1863 se encuentra en un folleto de los hilanderos de algodón de Blackburn una enérgica denuncia del exceso de trabajo que, naturalmente, gracias a la ley fabril, afectaba sólo a trabajadores adultos masculinos. «Se ha requerido a los obreros adultos de esta fábrica a trabajar 12 a 13 horas por día, mientras que hay centenares obligados al ocio que trabajarían de buen grado jornada incompleta, para mantener a sus familias y para salvar a sus hermanos de una muerte prematura por el exceso de trabajo.» «Nosotros», dice luego, «queríamos preguntar si esa costumbre de hacer sobretrabajo permite unas relaciones soportables entre los amos y los 'criados'. Las víctimas del sobretrabajo sienten la injusticia exactamente igual que los así condenados a un ocio forzoso (condemned to forced idleness). En este distrito el trabajo bastaría para emplear parcialmente a todos si se distribuyera equitativamente. Nos limitamos a reivindicar un derecho cuando pedimos a los amos que se trabaje en todas partes jornadas cortas, por lo menos mientras dure el actual estado de cosas, en vez de hacer trabajar con exceso a una parte mientras la otra se ve obligada, por falta de trabajo, a vegetar gracias a la beneficencia.» (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1863*, pág. 8.) El autor del *Essay on Trade and Commerce* comprende, con su habitual e infalible instinto burgués, el efecto de una sobrepoblación relativa en los trabajadores con empleo. «Otra causa de la holgazanería (idleness) en este reino es la falta de un número suficiente de manos trabajadoras. En cuanto que, por alguna demanda desacostumbrada de productos fabricados, resulta insuficiente la masa de trabajo, los obreros notan su propia importancia y se la quieren hacer sentir también a sus patronos; es increíble, pero tan depravado es el ánimo de esos mozos que en casos así se han puesto de acuerdo grupos de obreros para fastidiar a sus dueños holgazaneando un día entero.» (*Essay, etc.*, págs. 27, 28.) Lo que hacían los mozos era reclamar aumento de salario.

biante según la cual la clase obrera se divide en ejército activo y ejército de reserva, por el aumento y la disminución de la dimensión relativa de la población, por el grado en el cual se absorbe unas veces y se suelta otras. ¡Vaya ley que sería para la industria moderna —con su ciclo decenal y sus fases periódicas, complicadas, además, en el curso de la acumulación, por oscilaciones irregulares que se suceden cada vez más rápidamente— una ley que no regulara la demanda y la oferta de trabajo por la expansión y la contracción del capital, o sea, de acuerdo con las necesidades de valorización de éste en cada caso, de tal modo que el mercado de trabajo aparezca unas veces relativamente escaso, porque el capital está en expansión, y otras veces sobreabundante, porque el capital se contrae, sino que, a la inversa, hiciera al movimiento del capital dependiente del movimiento absoluto de la cantidad de población! Mas éste es el dogma económico. Según él, el salario sube a consecuencia de la acumulación de capital. El aumento de los salarios estimula a un aumento acelerado de la población trabajadora, aumento que dura hasta que el mercado de trabajo se satura, o sea, hasta que el capital se ha hecho insuficiente para la oferta de trabajo. Baja el salario, y aparece el reverso de la medalla. La caída de los salarios diezma progresivamente la población obrera, de modo que el capital vuelve a ser excesivo para ella, o bien, según la explicación de otros, la disminución del salario y el correspondiente aumento de la explotación del trabajador acelera de nuevo la acumulación, mientras que, al mismo tiempo, el salario bajo frena el aumento de la clase obrera. Así se vuelve a presentar la situación en la cual la oferta de trabajo es inferior a la demanda de trabajo, sube el salario, etc. ¡Buen método de movimiento para la producción capitalista desarrollada! Antes de que, por consecuencia del aumento de salario, pudiera aparecer crecimiento positivo alguno de la población realmente capaz de trabajar, habría transcurrido una y otra vez el plazo dentro del cual hay que realizar la campaña industrial, dar la batalla y decidirla.

Entre 1849 y 1859 se produjo en los distritos agrícolas ingleses un aumento de salarios, sólo nominal, si se considera prácticamente, al mismo tiempo que una caída de los precios del trigo; p. e., en Wiltshire el salario semanal subió de 7 a 8 sh., en Dorsetshire de 7 u 8 a 9 sh., etc. Fue una consecuencia del insólito drenaje de la sobrepoblación agrícola, determinado por la demanda militar,<sup>\*155</sup> la masiva expansión de la construcción de ferrocarriles, fábricas, minas, etc. Cuanto más bajo

<sup>\*155</sup> Entre esas fechas interviene el Estado británico en la guerra de Crimea, ataca la China y Persia y termina la conquista de la India.



es el salario, tanto más intensamente se expresa en porcentajes cualquier subida suya, por insignificante que sea. Si, p. e., el salario semanal es de 20 sh. y sube a 22, el aumento es del 10 %; en cambio, si es de sólo 7 sh. y sube a 9 sh., el aumento es del 28 4/7 %, que suena reconfortantemente. En todo caso, los empresarios agrícolas se pusieron a llorar, y hasta el *London Economist*<sup>84</sup> charló muy seriamente de «a general and substantial advance»<sup>\*156</sup> a propósito de esos salarios de hambre. ¿Qué hicieron entonces los empresarios agrícolas? ¿Esperaron a que los trabajadores agrícolas se hubieran multiplicado tanto, por causa de aquel brillante pago, que su salario tuviera que volver a bajar, tal como funcionan las cosas en el encéfalo económico dogmático? Lo que hicieron fue implantar más maquinaria, y en un abrir y cerrar de ojos los trabajadores volvían a ser «supernumerarios» en una proporción suficiente incluso para los empresarios. Ahora había invertido en la agricultura «más capital» que antes, y en una forma más productiva. Con eso disminuía la demanda de trabajo no sólo relativa, sino incluso absolutamente.

Aquella ficción económica confunde las leyes que regulan el movimiento general del salario, la relación entre la clase obrera —o sea, la fuerza de trabajo total— y el capital social total, con las leyes que distribuyen la población obrera entre las varias esferas de la producción. La demanda de trabajo y el salario aumentan, naturalmente, cuando, a consecuencia de una coyuntura favorable, la acumulación es particularmente viva en una determinada esfera de la producción, los beneficios son en ella mayores que los beneficios medios y se precipita hacia ella capital adicional. El salario mayor atrae a la esfera favorecida una parte mayor de la población obrera, hasta que se satura de fuerza de trabajo y el salario vuelve a bajar, a la larga, a su anterior nivel medio, o por debajo de él si la afluencia fue excesiva. Entonces no sólo se detiene la inmigración de trabajadores en la rama de que se trate, sino que incluso da lugar a la emigración de aquéllos. En eso cree ver el economista, y con su cómo y su porqué, un aumento absoluto de trabajadores con el aumento del salario, y una disminución del salario con el aumento absoluto de los trabajadores; pero, en realidad, lo único que ve es la oscilación local del mercado de trabajo de una particular esfera de la producción, fenómenos de la distribución de la población obrera

<sup>84</sup> *Economist*, Jan. 21, 1860.

<sup>\*156</sup> «Un adelanto general e importantes».

por las diferentes esferas de inversión del capital según sus cambiantes necesidades.

El ejército industrial de reserva presiona durante los períodos de estancamiento y de prosperidad media al ejército activo de trabajadores y frena sus reivindicaciones durante el período de sobreproducción y paroxismo. La sobrepoblación relativa es, pues, el fondo sobre el cual se mueve la ley de la demanda y la oferta de trabajo. Ella embute el ámbito de funcionamiento de esa ley dentro de los límites que convienen absolutamente a la codicia explotadora y al ansia de dominio del capital. Éste es el lugar adecuado para volver a considerar una de las hazañas de la apologética económica. Se recordará que cuando, por instalación de nueva maquinaria o ampliación de la antigua, se convierte en constante una parte de capital variable, el apologeta económico interpreta invertidamente esa operación que «vincula» capital y por eso mismo «libera» obreros, diciendo que deja libre capital para el trabajador. Ahora ya podemos estimar plenamente la desvergüenza del apologeta. Lo que queda disponible es no sólo los trabajadores directamente desplazados por la máquina, sino también su equipo de relevo y el contingente adicional regularmente absorbido en la ampliación habitual del negocio sobre su vieja base. Todos ellos quedan ahora «liberados», y todo nuevo capital que quiera entrar en funciones puede disponer de ellos. Igual si atrae a estos mismos que si atrae a otros, su acción sobre la demanda general de trabajo será igual a cero, si este capital basta estrictamente para liberar el mercado de tantos trabajadores cuantos han arrojado a él las máquinas. Si emplea un número menor, aumenta la cantidad de supernumerarios; si emplea una cantidad mayor, la demanda general de trabajo aumenta sólo en el exceso de los empleados respecto de los «liberados». El impulso que en otro caso habrían dado a la demanda general de trabajo los capitales adicionales en busca de empleo queda, pues, en cualquier caso neutralizado en la medida dada por los trabajadores lanzados al arroyo. O sea, pues, que el mecanismo de la producción capitalista cura de que el aumento absoluto de capital no vaya acompañado por un aumento correspondiente de la demanda general de trabajo. ¡Y a eso llama el apologeta compensación por la miseria, los sufrimientos y la posible catástrofe de los trabajadores desplazados durante el período de transición que los destierra al ejército industrial de reserva! La demanda de trabajo no se identifica con el aumento del capital, ni la oferta de trabajo con el aumento de la clase obrera, como si se tratara de dos potencias recíprocamente independientes y con efectos cada cual en la otra. Les des



sont pipés.\*<sup>157</sup> El capital actúa al mismo tiempo en los dos lados. Si bien su acumulación aumenta, por una parte, la demanda de trabajo, por otra aumenta la oferta de trabajadores mediante la «liberación» de éstos, mientras que, al mismo tiempo, la presión de los no empleados obliga a los empleados a soltar más trabajo, y hace así independiente, hasta cierto punto, la oferta de trabajo de la oferta de trabajadores. El movimiento sobre esa base de la ley de la demanda y la oferta de trabajo consume el despotismo del capital. Por eso, en cuanto que los trabajadores destapan el secreto de cómo es que a medida que trabajan más, que producen más riqueza ajena y aumenta la productividad del trabajo, hasta su función de medios de valorización del capital se les hace más precaria; en cuanto que descubren que el grado de intensidad de la competición entre ellos mismos depende enteramente de la presión de la sobrepoblación relativa; en cuanto que, consiguientemente, intentan, mediante Trades' Unions, etc., organizar una colaboración planificada entre los empleados y los desempleados para romper o debilitar las ruinosas consecuencias que tiene en su clase aquella ley natural de la producción capitalista, el capital y su sicofante, el economista, claman contra la violación de la «eterna» y, por así decirlo, «sagrada» ley de la demanda y la oferta. Toda unión entre los empleados y los desempleados perturba, es a saber, el funcionamiento «puro» de aquella ley. Por otra parte, en cuanto que las circunstancias desfavorables impiden —en las colonias, p. e.— la creación del ejército industrial de reserva y, con él, la dependencia absoluta de la clase obrera respecto de la clase de los capitalistas, el capital, junto con su Sancho Panza topiquero, se subleva contra la «sagrada» ley de la demanda y la oferta e intenta echarle una mano por su cuenta.

#### 4. *Diversas formas de existencia de la sobrepoblación relativa.* *La ley general de la acumulación capitalista*

La sobrepoblación relativa existe en todos los matices posibles. Todo trabajador pertenece a ella el tiempo durante el cual está empleado a medias o no está empleado en absoluto. Aparte de las grandes formas, periódicamente recurrentes, que le imprime la alternancia de fases del ciclo industrial —de acuerdo con las cuales aparece, unas veces, aguda-

\*<sup>157</sup> Los datos están cargados.

mente, en las crisis, y, otras, crónicamente, en los tiempos de negocio flojo—, la sobrepoblación posee constantemente tres formas: fluctuante, latente y estancada.

En los centros de la industria moderna —fábricas, manufacturas, fundiciones y minas, etc.— los trabajadores son ahora repelidos, pronto luego atraídos de nuevo en mayor número, de modo que en conjunto aumenta el número de los empleados, aunque en proporción siempre decreciente respecto de la escala de la producción. La sobrepoblación existe aquí en forma fluctuante.

Tanto en las fábricas propiamente dichas cuanto en todos los grandes talleres en los que la maquinaria interviene como factor —o, si no más, está realizada la división moderna del trabajo—, se necesita masivamente trabajadores masculinos hasta rebasar la juventud. Pero una vez alcanzada esa edad, sólo un número muy reducido sigue siendo utilizable en las mismas ramas económicas, mientras que la mayoría es despedida regularmente. Esta parte constituye un elemento de la sobrepoblación fluctuante, elemento que aumenta al ampliarse las dimensiones de la industria. Una parte de ella emigra, con lo que en realidad se limita a seguir al capital exportado. Una de las consecuencias es que la población femenina aumenta más deprisa que la masculina, teste\*<sup>158</sup> Inglaterra. El que el aumento natural de la masa de trabajadores no sature las necesidades de acumulación del capital y, sin embargo, las rebasa al mismo tiempo es una contradicción de su movimiento mismo. El capital necesita masas mayores de trabajadores de edad temprana, y menores masas de edad viril. Esta contradicción no es más llamativa que la otra que consiste en que haya quejas por falta de manos al mismo tiempo que muchos millares de trabajadores se quedan en el arroyo porque la división del trabajo los encadena a una rama determinada de los negocios.<sup>85</sup> Además de eso, el consumo de la fuerza de trabajo por el capital es tan rápido que el trabajador de mediana edad es ya más o menos, en la mayoría de los casos, un superviviente de sí mismo. Va a parar a las filas de los sobrantes o se ve impelido de un

<sup>85</sup> Mientras que en el último semestre de 1866 fueron despedidos del trabajo en Londres 80.000-90.000 trabajadores, en el informe fabril sobre ese mismo semestre se lee lo siguiente: «No parece absolutamente verdadero decir que la demanda producirá siempre oferta precisamente en el momento mismo en que se la necesite. No lo ha hecho así con el trabajo, pues el año pasado ha habido mucha maquinaria ociosa por falta de manos». (*Report of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1866*, pág. 81.)

\*<sup>158</sup> De lo que es testimonio.



escalón superior a otro inferior. Entre los trabajadores de la gran industria precisamente tropezamos con la vida media más corta.

«El Dr. Lee, autoridad sanitaria de Manchester, ha comprobado que en aquella ciudad la vida media de la clase acomodada es de 38 años, y la de la clase obrera sólo de 17. En Liverpool las cifras son 35 años para la primera y 15 para la segunda. Se sigue de eso que la clase privilegiada tiene un título de vida (have a lease of life) más de dos veces mayor que el de sus conciudadanos menos favorecidos.»<sup>85a</sup>

En esas circunstancias, el crecimiento absoluto de esta fracción del proletariado requiere una forma que hinche su número aunque sus elementos se agoten rápidamente. O sea: rápido relevo de las generaciones obreras. (Esta ley no está vigente para las demás clases de la población.) Esta necesidad natural se satisface mediante matrimonios tempranos —consecuencia inevitable de las situaciones en que viven los trabajadores de la gran industria— y mediante los premios con que la explotación de los hijos de obreros promueve su producción.

En cuanto que la producción capitalista se apodera de la agricultura, o en la medida en que se apodera de ella, disminuye absolutamente, al aumentar la acumulación del capital que funciona en ella, la demanda de población trabajadora agrícola, sin que la repulsión que ésta sufre se complementa con una atracción mayor, como ocurre en la industria no agrícola. Por eso una parte de la población rural se encuentra siempre a punto de saltar al proletariado urbano o manufacturero, o bien al acecho de circunstancias favorables para esa transformación. (Manufactura, aquí, en el sentido de toda industria no agrícola.)<sup>86</sup> Esta fuente de sobrepoblación relativa mana, pues, ininterrumpidamente. Pero su permanente fluir hacia las ciudades presupone una sobrepoblación latente constante en el campo mismo, la cual sólo se hace visible —pero, entonces, inmediatamente— cuando, por excepción, se

<sup>85a</sup> Discurso inaugural de la conferencia sanitaria, Birmingham, 14 de enero de 1875, por J. CHAMBERLAIN, entonces Mayor de la ciudad, y ahora (1883) ministro de Comercio.

<sup>86</sup> En el censo de Inglaterra y Gales de 1861 se cuentan «781 ciudades con 10.960.998 habitantes, mientras que las aldeas y parroquias rurales sólo suman 9.105.226 ... En el año 1851 figuraban en el censo 580 ciudades cuya población era aproximadamente igual a la población de los distritos rurales que las rodeaban. Pero mientras que en estos distritos la población ha aumentado sólo medio millón durante los 10 años siguientes, en las 580 ciudades ha aumentado 1.554.067. El aumento de población de las parroquias es del 6,5 %, el de las ciudades es del 17,3 %. La diferencia de las cuotas de crecimiento se debe a la emigración del campo a la ciudad. Tres cuartas partes del aumento total de la población corresponden a las ciudades». (*Census, etc.*, vol. III, págs. 11, 12.)

abren ampliamente las cloacas. Por eso el trabajador agrícola se ve aplastado hasta el mínimo salarial y se encuentra siempre con un pie metido en el pantano de la miseria.

La tercera categoría de sobrepoblación relativa, la estancada, constituye una parte del ejército obrero activo, pero con empleo muy irregular. Así ofrece al capital un recipiente inagotable de fuerza de trabajo disponible. Sus condiciones de vida están por debajo del nivel normal medio de la clase trabajadora, y eso precisamente la convierte en ancha base de ramas propias de explotación del capital. La caracterizan un máximo de tiempo de trabajo y un mínimo de salario. Hemos conocido ya su forma principal bajo la rúbrica de trabajo en casa. Esta categoría se recluta constantemente de entre los sobrantes de la gran industria y de la agricultura, y señaladamente también de ramas industriales en decadencia en las que la explotación artesana sucumbe al taller manufacturero y éste al mecánico. Sus dimensiones se amplían a medida que, con las dimensiones y la energía de la acumulación, avanza el proceso que hace superfluos a esos trabajadores. Pero, al mismo tiempo, esta categoría constituye un elemento de la clase trabajadora que se reproduce y eterniza y que interviene en el aumento total de la clase en medida relativamente mayor que los demás elementos. No sólo, en efecto, la cantidad de nacimientos y muertes, sino incluso la dimensión absoluta de las familias se encuentran en razón inversa de la cuantía del salario, o sea, de la masa de medios de vida de que disponen las diferentes categorías de trabajadores. Esta ley de la sociedad capitalista sonaría a absurdo entre salvajes, o incluso entre colonizadores civilizados. Recuerda la reproducción masiva de especies animales de individuos débiles y muy acosadas.<sup>87</sup>

La esfera del pauperismo cobija, por último, el sedimento más profundo de la sobrepoblación relativa. Prescindiendo de vagabundos, delincuentes, prostitutas, en suma, del proletariado en harapos propiamente dicho, esta capa social consta de tres categorías. En primer lugar, personas aptas para el trabajo. Basta con mirar superficialmente

<sup>87</sup> «La pobreza parece favorecer la reproducción.» (A. SMITH.) Se trata incluso de una institución divina particularmente sabia, según el galante y agudo abbe Galiani: «Dios hace que los hombres que ejercen oficios de primera utilidad nazcan abundantemente». (GALIANI, *loc. cit.*, pág. 78.) «La miseria, incluso en el último extremo de hambre y pestilencia, no frena, sino que tiende a aumentar la población.» (S. LAING, *National Distress*, 1844, pág. 69.) Luego de ilustrarlo estadísticamente Laing sigue diciendo: «Si toda la gente se encontrara en circunstancias acomodadas, pronto se despoblaría el mundo». («If the people were all in easy circumstances, the world would soon be depopulated.»)



la estadística del pauperismo inglés para comprobar que la masa de esta categoría se hincha a cada crisis y disminuye a cada reanimación de los negocios. En segundo lugar: huérfanos e hijos de pobres. Éstos son candidatos al ejército industrial de reserva, y en tiempos de gran florecimiento, como en 1860, p. e., se los recluta rápida y masivamente en el ejército de los trabajadores activos. En tercer lugar: personas degradadas, envilecidas, no aptas para el trabajo. Son sobre todo individuos que sucumben por la inmovilidad debida a la división del trabajo, o los que sobreviven más allá de la edad normal de los trabajadores, y, por último, las víctimas de la industria —mutilados, enfermos, viudas, etc.—, cuyo número aumenta al mismo tiempo que la maquinaria peligrosa, la minería, las fábricas químicas, etc. El pauperismo constituye el asilo de inválidos del ejército activo de los trabajadores y el peso muerto del ejército industrial de reserva. Su producción queda incluida en la de la sobrepoblación relativa, su necesidad en la necesidad de ésta, junto con la cual constituye una condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo capitalista de la riqueza. Es uno de los *faux frais*<sup>\*159</sup> de la producción capitalista, aunque el capital sabe descargárselos en gran parte y cargarlos en los hombros de la clase obrera y de la pequeña clase media.

Cuanto mayores son la riqueza social, el capital en funcionamiento, la dimensión y la energía de su aumento, y, por lo tanto, también la magnitud absoluta del proletariado y la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor es el ejército industrial de reserva. La fuerza de trabajo disponible se desarrolla por las mismas causas que la fuerza productiva del capital. El tamaño relativo del ejército industrial de reserva aumenta, pues, junto con las potencias de la riqueza. Pero cuanto mayor es ese ejército de reserva respecto del ejército obrero activo, tanto más masiva es la sobrepoblación consolidada, cuya miseria se encuentra en razón inversa de su martirio en el trabajo. Por último, cuanto mayor es la capa de los Lázaros de la clase obrera y cuanto mayor el ejército industrial de reserva, tanto mayor el pauperismo oficial. *Ésta es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista.* Al igual que todas las demás leyes, también ésta es modificada en su realización por múltiples circunstancias cuyo análisis no es cosa de este lugar.

Se comprenderá la insensatez de la sabiduría económica que predica a los trabajadores que adapten su número a las necesidades de valorización del capital. El mecanismo de la producción y la acumulación capitalistas adecúa constantemente ese número a las necesidades de la

\*159 Gastos secundarios.

valorización. La primera palabra de esa adecuación es la creación de un sobrepoblación relativa, o ejército industrial de reserva; la última palabra es la miseria de las capas, siempre crecientes, del ejército obrero activo, y el peso muerto del pauperismo.

La ley según la cual, gracias al progreso de la productividad del trabajo social, es posible poner en movimiento una masa siempre creciente de medios de producción con un gasto progresivamente decreciente de fuerza humana se expresa, sobre base capitalista —sobre la cual no es el trabajador el que aplica los medios de trabajo, sino los medios de trabajo los que aplican al trabajador—, en el hecho de que, cuanto más elevada es la fuerza productiva del trabajo, tanto mayor es la presión de los trabajadores sobre sus medios de ocupación, o sea, tanto más precaria es su condición de existencia: la venta de su propia fuerza para aumentar la riqueza ajena, para la autovalorización del capital. Así, pues, un crecimiento de los medios de producción y de la productividad del trabajo más rápido que el de la población productiva se expresa de un modo capitalista por su inversión, por el hecho de que la población trabajadora aumenta siempre más deprisa que la necesidad de valorización del capital.

Vimos en la sección cuarta, en el análisis de la producción de la plusvalía relativa, que, dentro del sistema capitalista, todos los métodos de intensificación de la fuerza productiva social del trabajo se realizan a costa del trabajador individual; que todos los medios del desarrollo de la producción se convierten en medios de dominio y explotación del productor, mutilan al trabajador haciendo de él un hombre parcial, lo envilecen rebajándolo a adminículo de la máquina, aniquilan, al mismo tiempo que el tormento de su trabajo, el contenido de este mismo, le enajenan las potencias intelectuales del proceso de trabajo en la misma medida en que la ciencia se incorpora a ese proceso como potencia autónoma; degradan las condiciones en las que trabaja el obrero, someten a éste durante el proceso de trabajo al despotismo más mezquinamente odioso, convierten el tiempo de su vida en tiempo de trabajo, arrojan a su mujer y a su hijo bajo la rueda de Chaganat<sup>\*160</sup> del capital. Pero todos los métodos de producción de plusvalía son al mismo tiempo métodos de acumulación y, recíprocamente, toda expansión de la acumulación se convierte en medio de desarrollo de aquellos métodos. Se sigue de ello que, en la medida en que se acumula capital, la situación

\*160 Chaganat (con frecuencia escrito Juggernaut) es una advocación del dios indio Visnú, bajo las ruedas de cuyo carro se lanzaban a morir sus fieles para alcanzar la salvación prometida.



del trabajador tiene que empeorar, cualquiera que sea su pago, bajo o alto. Por último, la ley que mantiene siempre en equilibrio la sobrepoblación relativa, o ejército industrial de reserva, con la dimensión y la energía de la acumulación encadena el trabajador al capital más firmemente que encadenaron a Prometeo a la roca los clavos de Hefaios. Esa ley determina una acumulación de miseria correspondiente a la acumulación de capital. La acumulación de riqueza en un polo es, pues, al mismo tiempo, acumulación de miseria, tormento de trabajo, esclavitud, ignorancia, brutalización y degradación moral en el contrapolo, esto es, del lado de la clase que produce su propio producto como capital.

Este carácter antagónico de la acumulación capitalista<sup>88</sup> ha sido enunciado de distintas formas por economistas que, de todos modos, mezclan en parte con él fenómenos sin duda análogos, pero esencialmente distintos, propios de modos de producción precapitalistas.

El monje veneciano Ortes, uno de los mayores autores económicos del siglo XVIII, concibe el antagonismo de la producción capitalista como una ley natural general de la riqueza social.

«El bien y el mal económicos están en una nación siempre en la misma medida (il bene ed il male economico in una nazione sempre all'istessa misura), la abundancia de bienes en algunos es siempre igual a la falta de ellos en otros (la copia dei beni in alcuni sempre eguale alla mancanza di essi in altri). La gran riqueza de los unos está siempre acompañada por privación absoluta de lo necesario para muchos otros más. La riqueza de una nación corresponde a su población, y su miseria corresponde a su riqueza. La laboriosidad de los unos impone el ocio a los otros. Los pobres y los ociosos son fruto necesario de los ricos y los activos», etcétera.<sup>89</sup>

Unos 10 años después de Ortes el cura protestante de la Alta Iglesia Townsend glorificaba groserísimamente la pobreza como condición necesaria de la riqueza.

<sup>88</sup> «Cada día queda, pues, más claro que las relaciones de producción en las cuales se mueve la burguesía no tienen un carácter único, un carácter simple, sino un carácter de duplicidad; que en las mismas relaciones en las cuales se produce la riqueza se produce la miseria también; que en las mismas relaciones en que hay desarrollo de las fuerzas productivas, hay una fuerza que produce represión; que esas relaciones no producen la riqueza burguesa, esto es, la riqueza de la clase burguesa, sino aniquilando continuamente la riqueza de los miembros integrantes de esa clase y produciendo un proletariado siempre creciente.» (KARL MARX, *Misère de la Philosophie*, pág. 116.)

<sup>89</sup> G. ORTES, *Della Economia Nazionale libri sei 1774*, en CUSTODI, Parte Moderna, tomo XXI, págs. 6, 9, 22, 25, etc. Ortes dice, *loc. cit.*, pág. 23: «En lugar de proyectar sistemas inútiles para la felicidad de los pueblos, me limitaré a investigar las razones de su infelicidad».

«La constricción legal de trabajar lleva aparejada demasiada fatiga, demasiada violencia y demasiado ruido, mientras que el hambre no sólo es una presión pacífica, callada e incesante, sino que, además, en cuanto motivo el más natural de la industria y el trabajo, suscita el esfuerzo más intenso.»

Todo estriba en mantener permanentemente el hambre en la clase obrera, y de eso se encarga, según Townsend, el principio de la población, particularmente activo entre los pobres.

«Parece ley natural que los pobres sean hasta cierto punto imprevisores (improvident)» (a saber, tan imprevisores que vienen a este mundo sin su cuchara de oro en la boca), «de modo que siempre pueda haber algunos (that there always may be some) para cumplir las funciones más serviles, más sucias y más vulgares de la comunidad. Con eso aumenta mucho el acopio de felicidad humana (the fund of human happiness), los más delicados (the more delicate) se ven liberados de pejuergas y pueden dedicarse tranquilamente a su superior vocación, etc. ... La ley de pobres tiende a destruir la armonía y la hermosura, la simetría y el orden de este sistema que han erigido en el mundo Dios y la Naturaleza.»<sup>90</sup>

Mientras que el monje veneciano hallaba en la sentencia del destino que eterniza la miseria la justificación de la existencia de la caridad cristiana, del celibato, de los conventos y de las fundaciones pías, el prebendado protestante ve, por el contrario, en aquella sentencia el pretexto para condenar las leyes por las cuales tenía el pobre derecho a una escasa asistencia pública.

«El progreso de la riqueza social», dice Storch, «engendra aquella útil clase de la sociedad ... que ejerce las ocupaciones más aburridas, vulgares y repugnantes, en una palabra, se carga con todo lo que de desagradable y esclavizador tiene la vida, y procura así a las demás clases tiempo, alegría del espíritu y la convencional (c'est bon! \*161) dignidad de carácter», etc.<sup>91</sup>

<sup>90</sup> *A Dissertation on the Poor Laws. By a Wellwisher of Mankind (The Rev. Mr. J. Townsend)*, 1786, republished Lond. 1817, págs. 15, 39, 41. Este cura «delicado», cuya obra recién aducida, así como su viaje por España, copia Malthus a menudo por páginas enteras, tomó la mayor parte de su doctrina a Sir J. Steuart, al que, sin embargo, deforma. P. e., cuando Steuart dice: «Aquí, en la esclavitud, existía un método violento para hacer a la humanidad laboriosa» (para los no trabajadores) ... «Los hombres estaban entonces obligados a trabajar» (esto es, a trabajar gratis para otros) «porque eran esclavos de otros; ahora los hombres están obligados a trabajar» (esto es, a trabajar gratis para no trabajadores) «porque son esclavos de sus propias necesidades», no infiere de ello, como lo hace el craso prebendado, que lo que hay que hacer es que los asalariados se tengan siempre que morder de hambre las manos. Al contrario: Steuart quiere aumentar sus necesidades y hacer al mismo tiempo del creciente número de éstas el estímulo de su trabajo para «los más delicados».

<sup>91</sup> STORCH, *loc. cit.*, tomo III, pág. 223.

\*161 ¡Eso está bueno!



Storch se pregunta cuál es en realidad la excelencia de esta civilización capitalista, con su miseria y su degradación de las masas, respecto de la barbarie. Sólo encuentra una respuesta: ¡la seguridad!

«Con el progreso de la industria y de la ciencia», dice Sismondi, «todo trabajador puede producir cada día mucho más de lo que necesita para su consumo. Pero, al mismo tiempo, aunque su trabajo produce la riqueza, la riqueza, si él fuera llamado a consumirla, lo volvería poco apto para el trabajo.» Según él «los seres humanos» (esto es, los no trabajadores) «renunciarían probablemente a todos los perfeccionamientos de las artes, así como a todos los goces que nos procura la industria, si tuvieran que pagarlos con un trabajo constante como el del obrero ... Hoy los esfuerzos van separados de su premio; no es el mismo hombre el que primero trabaja y luego descansa: por el contrario, precisamente porque el uno trabaja tiene que descansar el otro ... La multiplicación sin fin de las fuerzas productivas del trabajo no puede, pues, tener más resultado que el aumento del lujo y de los placeres de los ociosos ricos.»<sup>92</sup>

Por último, Destutt de Tracy, el doctrinario burgués de sangre fría como la de los peces, lo expresa brutalmente:

«Las naciones pobres son aquellas en las que el pueblo está a gusto, y las naciones ricas son aquellas en las que suele ser pobre.»<sup>93</sup>

### 5. Ilustración de la ley general de la acumulación capitalista

#### a) Inglaterra de 1846-1866

Ningún otro período de la sociedad moderna es tan favorable para el estudio de la acumulación capitalista como el período de los pasados 20 años. Es como si ese período hubiera dado con la varita mágica. Pero Inglaterra es de nuevo, de entre todos los países, el que ofrece el ejemplo clásico, porque ocupa el primer lugar en el mercado mundial, y porque sólo en Inglaterra está plenamente desarrollado el modo de producción capitalista y, finalmente, porque la instauración del Imperio de los mil años del librecambio ha cerrado desde 1846 a la economía vulgar su último refugio. Ya en la sección cuarta se indicó suficientemente el progreso titánico de la producción, por el cual la segunda mitad de ese período de veinte años rebasa ampliamente, a su vez, la primera.

<sup>92</sup> SISMONDI, *loc. cit.*, tomo I, págs. 79, 80, 85.

<sup>93</sup> DESTUTT DE TRACY, *loc. cit.*, pág. 231. «Les nations pauvres, c'est là où le peuple est à son aise; et les nations riches, c'est là où il est ordinairement pauvre.»

Aunque el crecimiento absoluto de la población inglesa en el último medio siglo fue muy grande, el crecimiento relativo, la cuota de aumento, bajó constantemente, como lo muestra la siguiente tabla, tomada del censo oficial:

*Aumento anual en porcentaje de la población de Inglaterra y Gales en fracciones decimales*

1811-1821	1,533 %
1821-1831	1,446 %
1831-1841	1,326 %
1841-1851	1,216 %
1851-1861	1,141 %

Consideremos, por el otro lado, el incremento de la riqueza. El movimiento de los beneficios, rentas de la tierra, etc., sometidos al impuesto sobre la renta\*<sup>162</sup> suministra el punto de apoyo más seguro. El aumento de los beneficios imponibles de por ley (sin incluir los arrendatarios agrícolas y algunas otras rúbricas) de 1853 a 1864 fue para la Gran Bretaña del 50,47 % (o sea, 4,58 % de promedio anual),<sup>94</sup> mientras que el de la población fue, durante el mismo período, de aproximadamente 12 %. El aumento de las rentas imponibles del país (incluyendo las casas, los ferrocarriles, las minas, las pesquerías, etc.) de 1853 a 1864 fue del 38 %, o sea, 33 5/12 % al año, dentro de lo cual intervinieron del modo más intenso las rúbricas siguientes:

	Exceso de la renta anual de 1864 respecto de 1853	Aumento por año
De casas .....	38,60 %	3,50 %
» canteras .....	84,76 %	7,70 %
» minas .....	68,85 %	6,26 %
» siderurgias .....	39,92 %	3,63 %
» pesquerías .....	57,37 %	5,21 %
» fábricas de gas .....	126,02 %	11,45 %
» ferrocarriles .....	83,29 %	7,57 % <sup>95</sup>

Si se compara cada cuatro años del período 1853-1864, aumenta constantemente el grado de incremento de las rentas. P. e., para las rentas procedentes de beneficios, es del 1,73 % anual para el período 1853-

<sup>94</sup> *Tenth Report of the Commissioners of H. M's Inland Revenue*, Lond. 1866, pág. 38.

<sup>95</sup> *Ibidem.*

\*162 Income tax.



1857, del 2,74 % anual para 1857-1861, y del 9,30 % anual para 1861-1864. La suma total de las rentas sometidas al impuesto sobre la renta en el Reino Unido importó en 1856 la cantidad de 307.068.898 libr. est.; en 1859 328.127.416 libr. est.; en 1862 351.745.241 libr. est.; en 1863 359.142.897 libr. est.; en 1864 362.462.279 libr. est.; en 1865 385.530.020 libr. est.<sup>96</sup>

La acumulación del capital fue acompañada por su concentración y su centralización. Aunque no existía ninguna estadística agrícola oficial de Inglaterra (pero sí de Irlanda), 10 condados la suministraron voluntariamente. En este punto arrojó el resultado de que de 1851 a 1861 los arriendos inferiores a 100 acres habían disminuido de 31.583 a 26.567, lo que quiere decir que 5.016 se habían añadido a arriendos mayores.<sup>97</sup> De 1815 a 1825 no quedó sometido al impuesto sobre la herencia ningún patrimonio mobiliario superior a 1 millón de libr. est.; de 1825 a 1855 lo fueron, en cambio, 8; de 1855 a junio de 1859, o sea, en 4 años y medio, 4.<sup>98</sup> Pero la centralización se apreciará del mejor modo mediante un breve análisis del impuesto sobre la renta por la rúbrica D (beneficios con exclusión de arrendatarios agrícolas, etc.) de los años 1864 y 1865. Antes observaré que los ingresos procedentes de estas fuentes pagan income tax a partir de las 60 libr. est. Estos ingresos obligados a tributar sumaron en Inglaterra, Gales y Escocia en 1864 95.844.222 libr. est., y en 1865 105.435.787 libr. est.;<sup>99</sup> el número de los gravados fue en 1864 de 308.416 personas sobre una población total de 23.891.009, y en 1865 332.431 de una población total de 24.127.003. Sobre la distribución de esas rentas en los dos años, la tabla siguiente:

<sup>96</sup> Esos números son suficientes para la comparación pero, considerados absolutamente, son falsos, porque se «silencia» acaso 100 millones de libr. est. de rentas anuales. La acusación de los Commissioners of Inland Revenue, según la cual se produce una evasión sistemática, sobre todo por parte de los comerciantes y los industriales, se repite en cada uno de sus informes. Así, por ejemplo, dice: «Una sociedad anónima declaró como beneficios imponibles 6.000 libr. est., el tasador los estimó en 88.000 libr. est., y el impuesto se pagó al final por esta cifra. Otra compañía declaró 190.000 libr. est., y se la obligó a confesar que el importe real era de 250.000 libr. est.» (*Ibid.*, pág. 42.)

<sup>97</sup> *Census, etc., loc. cit.*, pág. 29. La afirmación de John Bright de que 150 terratenientes poseen la mitad de la tierra inglesa y 12 poseen la mitad de la tierra escocesa no ha sido refutada.

<sup>98</sup> *Fourth Report etc. of Inland Revenue*, Lond. 1860, pág. 17.

<sup>99</sup> Éstos son los ingresos netos, o sea, después de ciertas deducciones legalmente autorizadas.

	Año contado hasta el 5 de abril de 1864		Año contado hasta el 5 de abril de 1865	
	Ingresos por beneficios	Personas	Ingresos por beneficios	Personas
Renta total: libr. est.	95.844.222	308.416	libr. est. 105.435.787	332.431
de ella: ... » »	57.028.290	22.334	» » 64.554.297	24.075
de ella: ... » »	36.415.225	3.619	» » 42.535.576	4.021
de ella: ... » »	22.809.781	822	» » 27.555.313	973
de ella: ... » »	8.744.762	91	» » 11.077.238	107

En 1855 se produjo en el Reino Unido 61.453.079 toneladas de carbón por valor de 16.113.267 libr. est.; en 1864 92.787.873 toneladas por valor de 23.197.968 libr. est.; en 1855 3.218.154 toneladas de fundición de hierro por valor de 8.045.385 libr. est.; en 1864 4.767.951 toneladas por valor de 11.919.877 libr. est. En 1854 la longitud de las vías férreas en explotación en el Reino Unido era 8.054 millas, con un capital desembolsado de 286.068.794 libr. est.; en 1864 la longitud era de 12.789 millas, con un capital desembolsado de 425.719.613 libr. est. En 1854 la exportación e importación totales del Reino Unido fue de 268.210.145 libr. est.; en 1865, 489.923.285 libr. est. La tabla siguiente muestra el movimiento de la exportación:

1847	58.842.377 libr. est.
1849	63.596.052 » »
1856	115.826.948 » »
1860	135.842.817 » »
1865	165.862.402 » »
1866	188.917.563 » » <sup>100</sup>

Tras esos pocos datos se entiende el grito de triunfo del Registrador General del pueblo británico:

«Pese a lo rápidamente que ha aumentado, la población no ha caminado al mismo paso que la industria y la riqueza.»<sup>101</sup>

Atendamos ahora a los agentes directos de esta industria, a los productores de esta riqueza, a la clase obrera.

«Uno de los rasgos más melancólicos de la situación social del país», dice Gladstone, «es que al mismo tiempo que una disminución de la capacidad de con-

<sup>100</sup> En este momento —marzo de 1867— el mercado chino-indio vuelve a estar completamente saturado por las expediciones en depósito de los fabricantes algodóneros británicos. En 1866 empezó una disminución de salarios del 5 % entre los trabajadores del algodón, y en 1867 un huelga de 20.000 hombres en Preston a consecuencia de una operación parecida. {Eso fue el prelude de la crisis que estalló inmediatamente después. F. E.}

<sup>101</sup> *Census, etc., loc. cit.*, pág. 11.



sumo del pueblo y un aumento de las privaciones y la miseria de la clase trabajadora se produce una acumulación constante de riqueza en las clases altas y un constante aumento de capital.»<sup>102</sup>

Así habló ese mesuradísimo ministro en la Cámara de los Comunes el 13 de febrero de 1843. El 16 de abril de 1863, veinte años más tarde, en el discurso con el que presenta su presupuesto:

«De 1842 a 1852 la renta imponible de este país aumentó en un 6 % ... En los 8 años que van de 1853 a 1861 aumentó, si partimos de la base de 1853, en un 20 %. El hecho es tan asombroso que resulta casi increíble ... Este embriagador aumento de riqueza y poder ... se limita exclusivamente a las clases poseedoras, pero ... pero tiene que ser indirectamente ventajoso para la población trabajadora, porque abarata los artículos de consumo general: mientras los ricos se han hecho más ricos, los pobres, en todo caso, se han hecho menos pobres. No me atrevo a decir que hayan disminuido<sup>\*163</sup> los extremos de la pobreza.»<sup>103</sup>

¡Qué pacato anticlímax! Si la clase obrera sigue siendo «pobre», aunque «menos pobre» en la proporción en que ha producido un «embriagador aumento de riqueza y poder» para la clase de la propiedad, es que sigue siendo relativamente tan pobre como antes. Si los extremos de la pobreza no han disminuido, es que han aumentado, puesto que han aumentado los de la riqueza. Por lo que hace al abaratamiento de los medios de vida, la estadística oficial, p. e., los datos del London Orphan Asylum, indica un encarecimiento del 20 % para el promedio de los tres años 1860-1862 en comparación con 1851-1853. En los tres

<sup>102</sup> Gladstone en la Cámara de los Comunes, 13 de febrero de 1843: «It is one of the most melancholy features in the social state of this country that we see, beyond the possibility of denial, that while there is at this moment a decrease in the consuming powers of the people, an increase of the pressure of privations and distress; there is at the same time a constant accumulation of wealth in the upper classes, an increase in the luxuriousness of their habits, and of their means of enjoyment.» (*Times*, 14 de febrero de 1843. Hansard, 13 de febrero.)

<sup>103</sup> «From 1842 to 1852 the taxable income of the country increased by 6 per cent ... In the 8 years from 1853 to 1861, it had increased from the basis taken in 1853, 20 per cent! The fact is so astonishing as to be almost incredible... this intoxicating augmentation of wealth and power ... entirely confined to classes of property ... must be of indirect benefit to the labouring population, because it cheapens the commodities of general consumption — while the rich have been growing richer, the poor have been growing less poor! at any rate, whether the extremes of poverty are less, I do not presume to say.» (Gladstone en el H.o.C.,<sup>\*164</sup> 16 de abril de 1863. *Morning Star*, 17 de abril.)

\*163 La 4.ª ed. trae aquí, en vez de 'disminuido', 'alterado'.

\*164 House of Commons, Cámara de los Comunes.

años siguientes, 1863-1865, encarecimiento progresivo de la carne, la manteca, la leche, el azúcar, la sal, el carbón y una cantidad de otros medios de vida imprescindibles.<sup>104</sup> El siguiente discurso presupuestario de Gladstone, del 7 de abril de 1864, es un ditirambo pindárico en honor del progreso de la plusfabricación y de la dicha del pueblo, moderada por la «pobreza». Habla de masas «al borde del pauperismo», de las ramas de la economía «en las que no ha subido el salario», y, por último, resume la suerte de la clase trabajadora con las palabras:

«La vida humana es, en nueve de cada diez casos, una mera lucha por la existencia.»<sup>105</sup>

El profesor Fawcett, que no está atado, como Gladstone, por consideraciones oficiales, declara redondamente:

«Como es natural, no niego que haya subido el salario monetario con este aumento del capital» (en los últimos decenios), «pero esa ventaja aparente se pierde en gran parte porque muchas necesidades vitales se encarecen constantemente» (él cree que a causa de pérdida de valor de los metales nobles). «... Los ricos se hacen rápidamente más ricos (the rich grow rapidly richer), mientras que no es perceptible ninguna elevación del bienestar de las clases trabajadoras ... Los obreros se convierten casi en esclavos de los tenderos cuyos deudores son.»<sup>106</sup>

<sup>104</sup> Ver los datos oficiales en el Libro Azul *Miscellaneous Statistics of the Un. Kingdom. Part VI*, Lond. 1866, págs. 260-273, *passim*. En vez de las estadísticas de los orfanatos, etc., podrían servir de prueba las declamaciones de los periódicos ministeriales defendiendo la dotación de los hijos de la Real Casa. Nunca se olvidan del encarecimiento de los alimentos.

<sup>105</sup> «Think of those who are on the border of that region» (pauperism), «wages ... in others not increased ... human life is but, in nine cases out of ten, a struggle for existence.» Las continuadas y llamativas contradicciones de los discursos del presupuesto de Gladstone de 1863 y 1864 han sido caracterizadas por un escritor inglés mediante la siguiente cita de Boileau:<sup>\*165</sup>

«He ahí el hombre, en efecto. Pasa del blanco al negro.  
Condena en la mañana lo que sintió de noche.  
Para todos molesto, para sí mismo incómodo,  
A cada instante cambia de espíritu cual moda.»

([Citado apud H. Roy], *The Theory of Exchanges*, Lond. 1864, pág. 135.)

<sup>106</sup> H. FAWCETT, *loc. cit.*, págs. 67, 82. Por lo que hace a la dependencia creciente de los trabajadores respecto de los tenderos, se trata de una consecuencia del aumento de las oscilaciones e interrupciones del empleo.

\*165 Marx, que citó de memoria, e incluso Engels en sus ediciones, atribuyen los versos a Molière. La corrección es de los editores de MEW.



En las secciones sobre la jornada de trabajo y la maquinaria se desvelaron las circunstancias en las cuales la clase trabajadora británica creó un «embriagador aumento de riqueza y poder» para las clases poseedoras. Pero en ellas lo que nos interesaba primordialmente era el trabajador en su función social. Para iluminar plenamente las leyes de la acumulación hay que contemplar también su situación fuera del taller, su situación de alimentación y vivienda. Las limitaciones de este libro nos imponen el considerar aquí ante todo la parte peor pagada del proletariado industrial y de los trabajadores agrícolas, o sea, la mayoría de la clase trabajadora.

Una palabra, previamente, acerca del pauperismo oficial, o sea, acerca de la parte de la clase trabajadora que ha perdido la condición de su existencia, la venta de la fuerza de trabajo, y vegeta gracias a la limosna oficial. La lista oficial de pobres contaba en Inglaterra en 1855<sup>107</sup> 851.369 personas; en 1856 877.767; en 1865 971.433. A consecuencia de la escasez de algodón, la cifra se hinchó en los años 1863 y 1864 hasta 1.079.382 y 1.014.978 respectivamente. La crisis de 1866, que afectó del modo más grave a Londres, produjo en esta sede del mercado mundial, más poblada que todo el Reino de Escocia, un aumento de pobres para el año 1866 del 19,5 % respecto de 1865, y del 24,4 % respecto de 1864; y un aumento todavía mayor en los primeros meses de 1867 respecto de 1866. Dos puntos hay que subrayar en el análisis de las estadísticas de pobres. Por una parte, el movimiento ascendente y descendente de la masa de pobres refleja las variaciones periódicas del ciclo industrial. Por otra parte, la estadística oficial engaña cada vez más acerca de la dimensión real del pauperismo, en la medida en que, con la acumulación del capital, se desarrollan la lucha de clases y, consiguientemente, el sentimiento de sí mismos que tienen los trabajadores. P. e., la barbarie del trato dado a los pobres, barbarie de la que tan sonoramente se quejó la prensa inglesa (*Times*, *Pall Mall Gazette*, etc.) durante los dos últimos años, viene de antiguo. F. Engels observa en 1844 exactamente los mismos horrores y exactamente el mismo griterío pasajero, hipócrita, propio de la «literatura sensacionalista». Pero el terrible aumento de la muerte de inanición («deaths by starvation») en Londres durante el último decenio prueba de un modo absoluto la creciente repugnancia de los trabajadores por la esclavitud del workhouse,<sup>108</sup> presidio de la miseria.

<sup>107</sup> En Inglaterra se incluye siempre Gales; en la Gran Bretaña se incluye siempre Inglaterra, Gales y Escocia; en el Reino Unido, esos tres países e Irlanda.

<sup>108</sup> Ilumina de un modo peculiar el progreso realizado desde A. Smith el hecho de que para él la palabra workhouse sea a veces lo mismo que manufactory.

b) Las capas mal pagadas de la clase obrera industrial británica

Atendamos ahora a las capas mal pagadas de la clase obrera industrial. Durante la escasez de algodón, en 1862, se encargó al Dr. Smith, por parte del Privy Council,<sup>\*16</sup> una encuesta sobre el estado de nutrición de los desmedrados trabajadores del algodón de Lancashire y Cheshire. Sus duraderas observaciones anteriores le habían llevado al resultado de que «para evitar enfermedades de desnutrición (starvation diseases)» la alimentación diaria de una mujer media ha de contener 3.900 granos de carbono con 180 granos de nitrógeno, y la alimentación diaria de un hombre medio por lo menos 4.300 granos de carbono con 200 granos de nitrógeno; para la mujer, el doble de alimento, aproximadamente, del contenido en dos libras de buen pan de trigo; para los hombres, 1/9 más; para la media semanal de los adultos femeninos y masculinos, por lo menos 28.600 granos de carbono y 1.330 granos de nitrógeno. Su cálculo quedó sorprendentemente corroborado en la práctica por su concordancia con la ínfima cantidad de alimento a la que la miseria había reducido el consumo de los trabajadores del algodón. Éstos obtenían semanalmente, en diciembre de 1862, 29.211 granos de carbono y 1.295 granos de nitrógeno.

El año 1863 el Privy Council ordenó una investigación sobre la miseria de la parte peor alimentada de la clase trabajadora inglesa. El Dr. Simon, funcionario médico del Privy Council, eligió para ese trabajo al citado Dr. Smith. La investigación de éste abarca, por una parte, a los trabajadores agrícolas y, por otra, a los tejedores sederos, las costureras, los guanteros en piel, los tejedores de géneros de punto, los guanteros de tejido y los zapateros. Las últimas categorías son exclusivamente urbanas, con excepción de los tejedores de géneros de punto. Fue una norma de la encuesta el escoger en cada categoría las familias más sanas y en mejor posición relativa.

Se obtuvo como resultado general que

P. e., al comienzo de su capítulo sobre la división del trabajo: «Los empleados en las distintas ramas del trabajo pueden a menudo reunirse en un mismo local de trabajo (workhouse).»<sup>\*166</sup>

<sup>\*166</sup> El workhouse es el taller público de beneficencia, con funciones de asilo. En él los trabajadores sin empleo vivían una existencia muy dura, por las condiciones de habitación y de trabajo, muy poco remunerado. La nota de Marx no es, pues, probablemente, irónica, sino que quiere decir lo que literalmente dice.



«sólo en una de las clases estudiadas de trabajadores urbanos la ingesta de nitrógeno rebasaba un poco el mínimo absoluto por debajo del cual se presentan enfermedades por desnutrición; que en dos clases había insuficiencia, muy grande en una de ellas, tanto por lo que hace a la ingesta de alimentos carbonados como por lo que hace a la de alimentos nitrogenados; que más de un quinto de las familias agricultoras estudiadas recibía menos de la cantidad imprescindible de alimentación carbonada, más de 1/3 menos de la cantidad imprescindible de alimentación nitrogenada; y que en tres condados (Berkshire, Oxfordshire y Somersetshire) imperaba en la media una insuficiencia de alimentación nitrogenada por debajo del mínimo.»<sup>109</sup>

Entre los trabajadores agrícolas, los peor alimentados eran los de Inglaterra, la parte más rica del Reino Unido.<sup>110</sup> Entre los trabajadores agrícolas la subalimentación afectaba en general principalmente a la mujer y a los niños, pues «el hombre tiene que comer para realizar su tarea». Aún mayor era la insuficiencia que hacía estragos en las categorías de trabajadores urbanos estudiados. «Están tan mal alimentados que se tienen que producir muchos casos de privaciones crueles y destructoras de la salud» (¡todo ello «abstinencia» de los capitalistas: a saber, abstinencia de pagar los alimentos indispensables a sus manos para vegetar meramente!).<sup>111</sup>

La tabla siguiente muestra la relación entre la situación alimenticia de las indicadas categorías puramente urbanas, los mínimos admitidos por el Dr. Smith y la situación alimenticia de los trabajadores del algodón en la época de su mayor miseria.

Ambos sexos	Media semanal de carbono granos	Media semanal de nitrógeno granos
Cinco ramas económicas urbanas .....	28.876	1.192
Trabajadores fabriles parados de Lancashire .....	29.211	1.295
Mínimo propuesto para los trabajadores de Lancashire sobre un número igual de hombres que de mujeres .....	28.600	1.330 <sup>112</sup>

La mitad —60/125— de las categorías obreras industriales estudiadas no recibía cerveza en absoluto, 28 % no recibía ninguna leche. El promedio semanal de alimentos líquidos de las familias oscilaba entre 7 onzas de las costureras y 24 3/4 onzas de los tejedores de punto. La mayoría de los que no recibían leche alguna constaba de costureras de Londres. La cantidad de pan y harina consumida semanalmente variaba

<sup>109</sup> *Public Health. Sixth Report, etc., for 1863, Lond. 1864, pág. 13.*

<sup>110</sup> *Loc. cit., pág. 17.*

<sup>111</sup> *Loc. cit., pág. 13.*

<sup>112</sup> *Loc. cit., Appendix, pág. 232.*

de 1 3/4 libras entre las costureras a 11 1/4 libras entre los zapateros, y arrojaba un promedio total de 9,9 libras semanales para los adultos. El azúcar (jarabes, etc.) variaba entre 4 onzas semanales para los guanteros en piel y 11 onzas para los tejedores de punto; promedio total semanal para todas las categorías: 8 onzas por adulto. Promedio total semanal de manteca (grasa, etc.): 5 onzas por adulto. El promedio semanal de carne (tocino, etc.) oscilaba, por adulto, de 7 1/4 onzas entre los tejedores sederos a 18 1/4 onzas entre los guanteros en piel; promedio total para las varias categorías: 13,6 onzas. El coste semanal de la alimentación por adulto arrojaba los siguientes números medios: tejedores sederos, 2 sh. 2 1/2 d.; costureras, 2 sh. 7 d.; guanteros en piel: 2 sh. 9 1/2 d.; zapateros: 2 sh. 7 3/4 d.; tejedores de punto: 2 sh. 6 1/4 d. Para los tejedores sederos de Macclesfield el promedio semanal llegaba sólo a 1 sh. 8 1/2 d. Las categorías peor alimentadas eran las costureras, los tejedores sederos y los guanteros en piel.<sup>113</sup>

El Dr. Simon dice en su informe sanitario general acerca de esa situación alimenticia:

«Son innumerables los casos en los que la falta de alimentación engendra o agrava enfermedades, como lo confirmará todo aquel que esté familiarizado con la práctica médica entre los pobres o con los pacientes de los hospitales, tanto internados como de los que viven fuera de ellos ... Pero desde el punto de vista sanitario se añade a eso otra circunstancia muy decisiva ... Hay que recordar que la privación de alimentos no se soporta sin grandes resistencias y que, por regla general, una gran deficiencia de la dieta no aparece sino arrastrándose tras otras privaciones anteriores. Mucho antes de que la insuficiencia de la alimentación tenga importancia desde el punto de vista de la higiene, mucho antes de que se le ocurra al fisiólogo calcular los granos de nitrógeno y carbono entre los que oscilan la vida y la muerte, el hogar habrá sido totalmente despojado de toda comodidad material. El vestido y la calefacción serán aún más deficientes que las comidas. No habrá protección adecuada frente a los rigores del tiempo; el espacio habitable se habrá reducido hasta un punto que provoque o agrave enfermedades; casi ni rastro de utensilios domésticos o muebles; la misma limpieza será costosa o difícil. Si, por respeto propio, se intenta mantenerla, cada uno de esos intentos representa más hambre. Se vivirá donde más barato se pueda pagar el techo, en zonas en las que la policía sanitaria da el menor fruto, con desagües lamentables, el mínimo tránsito, la mayor cantidad de desechos públicos, el más mísero o peor aprovisionamiento de agua y, si es en ciudad, la mayor escasez de aire y de luz. Esos son los peligros para la salud a los que inevitablemente está expuesta la pobreza cuando es pobreza de la que incluye subalimentación. La suma de esos males arroja un total temible para la vida, pero ya la mera falta de alimentación es por sí misma espantosa ... Ideas torturadoras, sobre todo si se recuerda que la pobreza de que aquí se trata no es la culpable pobreza del ocio. Es la pobreza de los trabajadores. Aún más: por lo que hace a los trabajadores urbanos, el trabajo

<sup>113</sup> *Loc. cit., págs. 232, 233.*



mediante el cual se compra el bocado escaso suele prolongarse más allá de toda medida. Y, sin embargo, sólo muy condicionalmente se puede decir que ese trabajo se mantenga a sí mismo ... En muy gran escala este nominal mantenerse no es más que un rodeo, más corto o más largo, hasta el pauperismo.»<sup>114</sup>

La correlación interna entre el hambre de las capas obreras más laboriosas y el consumo dilapidador de los ricos, grosero o refinado, basado en la acumulación capitalista, no se revela sino por el conocimiento de las leyes económicas. No ocurre lo mismo con la situación de la vivienda. Todo observador sin prejuicios ve que cuanto más masiva es la centralización de los medios de producción, tanto mayor es el correspondiente amontonamiento de trabajadores en un mismo espacio, y que, por lo tanto, cuanto más rápida la acumulación capitalista, tanto más mísera la situación de la vivienda de los trabajadores. Las «mejoras» (improvements) de las ciudades que acompañan al progreso de la riqueza, mediante el derribo de barrios mal construidos, la edificación de palacios para bancos, almacenes, etc., la ampliación de las calles para la circulación del comercio y las carrozas de lujo, la instalación de tranvías de caballos, etc., expulsa visiblemente a los pobres y los manda a escondrijos cada vez peores y más apretadamente llenos. Por otra parte, todo el mundo sabe que lo caro de las viviendas está en razón inversa de su calidad, y que los especuladores de la vivienda explotan las minas de la miseria con más beneficio y con menos costes que nunca lo fueron las minas del Potosí. El carácter antagonístico de la acumulación capitalista y, por lo tanto, de las relaciones capitalistas de propiedad como tales<sup>115</sup> se hace tan tangible que hasta los informes oficiales ingleses sobre este tema rebosan de desahogos heterodoxos contra la «propiedad y sus derechos». El mal avanzó a tal paso con el desarrollo de la industria, la acumulación del capital, el crecimiento y el «hermoseamiento» de las ciudades, que el simple miedo a las enfermedades infecciosas, las cuales no respetan ni la «honradez», suscitó entre 1847 y 1864 no menos de 10 acts parlamentarios de naturaleza policíaco-sanitaria, y la asustada ciudadanía intervino en algunas ciudades, como Liverpool, Glasgow, etc., a través de sus ayuntamientos. A pesar de ello, el Dr. Simon exclama en su informe de 1865: «Hablando en general, los defectos

<sup>114</sup> *Loc. cit.*, págs. 14, 15.

<sup>115</sup> «En ningún lugar se han sacrificado los derechos de la persona a los derechos de la propiedad tan abierta y tan desvergonzadamente como en la vivienda de la clase trabajadora. Toda gran ciudad es un lugar en el que se sacrifica hombres, un altar en el cual se descuartiza anualmente a millares por el Moloch de la codicia.» (S. LAING, *loc. cit.*, pág. 150.)

están en Inglaterra sin controlar.» Por orden del Privy Council\*<sup>167</sup> se realizó en 1864 una investigación sobre la situación de vivienda de los trabajadores rurales, y en 1865 otra sobre la de las clases pobres de las ciudades. Los magistrales trabajos del Dr. Julian Hunter se encuentran en los informes séptimo y octavo sobre *Public Health*. Luego me referiré a los trabajadores rurales. Por lo que hace a la situación urbana de la vivienda, adelanto una observación general del Dr. Simon:

«Aunque mi punto de vista oficial», dice, «es exclusivamente médico, la más común humanidad no permite ignorar el otro lado de este mal. En su grado más agudo determina casi inevitablemente una tal negación de toda delicadeza, una confusión tan sucia de los cuerpos y de las operaciones corporales, una exhibición de la desnudez sexual, que son bestiales, no humanas. Estar sometido a esas influencias es una humillación que se profundiza en cuanto dura. Para los niños que han nacido bajo esa maldición, se trata de un bautismo por el que entrar en la infamia (baptism into infamy). Y es desmedidamente desesperado el deseo de que personas puestas en esas condiciones aspiren en otros aspectos a aquella atmósfera de civilización cuya esencia consiste en la pureza física y moral.»<sup>116</sup>

La primera fila en cuanto a viviendas saturadas e incluso absolutamente inhabitables para seres humanos la ocupa Londres.

«Dos cosas son seguras», dice el Dr. Hunter: «en primer lugar, en Londres hay unas 20 grandes colonias, de aproximadamente 10.000 personas cada una, cuya mísera situación rebasa todo lo que jamás se ha visto en otros lugares de Inglaterra y es casi exclusivamente consecuencia de la mala instalación doméstica de esas colonias; en segundo lugar, la situación saturada y el estado decrepito de las casas de esas colonias son mucho peores que hace 20 años.»<sup>117</sup> «No es exagerado decir que en muchas partes de Londres y Newcastle la vida es infernal.»<sup>118</sup>

Incluso la parte de la clase obrera en mejor situación, junto con pequeños tenderos y otros elementos de la pequeña clase media, van cayendo cada vez más en Londres bajo la maldición de esa indigna

<sup>116</sup> *Public Health. Eighth Report*, Lond. 1866, pág. 14, nota.

<sup>117</sup> *Loc. cit.*, pág. 89. Respecto de los niños de esas colonias dice el Dr. Hunter: «No sabemos cómo se criaron los niños antes de esta época de densa aglomeración de los pobres, y sería un profeta audaz el que pretendiera predecir qué conducta hay que esperar de niños que recorren ahora su educación para la actividad futura en la condición de clases peligrosas, en condiciones que no tienen paralelo en este país, pasándose media noche sentados con personas de todas las edades borrachas, obscenas y pendercieras.» (*Loc. cit.*, pág. 56.)

<sup>118</sup> *Loc. cit.*, pág. 62.

\*<sup>167</sup> Ver nota \*16.



situación de la vivienda, en la medida en que avanzan las «mejoras» y, con ellas, los derribos de casas y calles viejas, crecen las fábricas y el flujo humano en la metrópolis y, por último, suben los alquileres de las casas al subir la renta de la tierra urbana.

«Los alquileres de las viviendas se han hecho tan excesivos que pocos trabajadores pueden pagar más de una habitación.»<sup>119</sup>

Casi no hay ninguna propiedad urbana londinense que no esté gravada por «middlemen».\*<sup>168</sup> Pues el precio del suelo es en Londres siempre muy alto en comparación con los ingresos anuales que permite, ya que todo comprador especula con poder revender su terreno, más pronto o más tarde, por un Jury Price (la tasa fijada por jurados en caso de expropiación), o con conseguir un extraordinario aumento de valor por su cercanía a alguna gran empresa. La consecuencia de ello es un comercio habitual de compra de contratos de alquiler próximos a su caducidad.

«De los gentlemen de ese negocio se puede esperar que obren como obran, que arranquen a los inquilinos todo lo posible y dejen la casa misma a sus sucesores en el estado más miserable posible.»<sup>120</sup>

Los alquileres son semanales, y estos caballeros no corren ningún riesgo. A causa de las obras ferroviarias dentro de la ciudad

«se vio hace poco, un sábado por la tarde, en el este de Londres, cierto número de familias echadas de sus viejas viviendas, vagando con sus pocos bienes mundanales a la espalda, sin más descanso ya que el workhouse.»<sup>121\*166</sup>

Los workhouses están ya rebosantes, y las «mejoras» ya aprobadas por el Parlamento no se encuentran sino en los comienzos de su ejecución. Cuando echan a los trabajadores por causa de la destrucción de sus viejas casas, aquéllos no abandonan su parroquia, o bien se instalan, a lo sumo, en sus límites, en la parroquia de al lado.

«Intentan, naturalmente, vivir cerca de sus lugares de trabajo. Consecuencia: que en vez de dos habitaciones, una sola habitación tiene que acoger a la familia. Incluso con un aumento del alquiler, la habitación resulta peor que la mala de la que los han echado. La mitad de los trabajadores que viven en la Ribera tiene ya que hacer un viaje de dos millas hasta su lugar de trabajo.»

<sup>119</sup> *Report of the Officer of Health of St. Martin's in the Fields, 1865.*

<sup>120</sup> *Public Health. Eighth Report, Lond. 1866, pág. 91.*

<sup>121</sup> *Loc. cit., pág. 88.*

\*<sup>168</sup> «Intermediarios».

Esta Ribera, cuya calle principal da al forastero una impresión imponente de la riqueza de Londres, puede ser ejemplo del amontonamiento de los seres humanos en Londres. En una parroquia de la misma, el funcionario sanitario contó 581 personas por acre, a pesar de que se incluía en el cálculo la superficie de la mitad del Támesis. Es obvio que toda medida sanitaria que, como ha ocurrido hasta ahora en Londres, al derribar casas inhábiles expulsa a los trabajadores de un barrio no sirve más que para amontonar a éstos todavía más apretadamente en otro barrio.

«O bien tiene que detenerse, por absurdo, todo este procedimiento», dice el Dr. Hunter, «o bien la simpatía pública (!) tiene que despertar para lo que sin exageración se puede llamar ahora deber nacional, a saber, procurar techo a personas que por falta de capital no se lo pueden procurar ellas mismas, pero que pueden compensar a los arrendadores mediante pago periódico.»<sup>122</sup>

¡Admírese la justicia capitalista! El propietario del suelo, el propietario de la casa, el hombre de negocios, cuando los expropian por «improvements» —como lo son los ferrocarriles, la renovación de las calles, etc.—, no sólo reciben plena indemnización. Además se los tiene que consolar de su obligada «renuncia», por voluntad de Dios y del derecho, con beneficio considerable. El trabajador es arrojado al arroyo con mujer, hijo y posesiones, y si afluye demasiado masivamente a barrios que el ayuntamiento quiera mantener decentemente, se le persigue policíacamente por razones sanitarias.

Aparte de Londres no había a principios del siglo XIX en Inglaterra ni una sola ciudad de 100.000 habitantes. Sólo cinco contaban con más de 50.000. Ahora existen 28 ciudades de más de 50.000 habitantes.

«El resultado de ese cambio fue no sólo un enorme aumento de la población urbana, sino también que las viejas pequeñas ciudades densamente pobladas son ahora centros rodeados de edificaciones por todas partes, sin ventilación libre por ningún lado. Como ya no son agradables para los ricos, éstos las abandonan mudándose a las afueras, más divertidas. Los sucesores de esos ricos ocupan las casas más grandes, a razón de una familia por habitación, y a veces con realquilados encima. Así se embutió una población en casas que no estaban destinadas a ella y a las cuales no estaba adaptada, en un ambiente en verdad humillante para los adultos y destructivo para los niños.»<sup>123</sup>

Cuanto más rápidamente se acumula el capital en una ciudad industrial o comercial, tanto más rápido es el aflujo del material humano explotable, tanto más miserables las improvisadas viviendas de los traba-

<sup>122</sup> *Loc. cit., pág. 89.*

<sup>123</sup> *Loc. cit., pág. 56.*



jadores. Por eso Newcastle-upon-Tyne, centro de un distrito carbonífero y minero de rentabilidad creciente durante mucho tiempo, ocupa el segundo lugar, después de Londres, en la escala infernal de la vivienda. No menos de 34.000 personas viven allí en habitaciones sueltas. Por orden de la policía se derribó hace poco tiempo en Newcastle y Gateshead un número de casas considerable, por ser su presencia un daño público absoluto. La edificación de nuevas casa procede muy lentamente, pero el negocio va muy deprisa. Por eso en 1865 la ciudad estaba más llena que en cualquier momento anterior. Ni una habitación casi estaba por alquilar. El Dr. Embleton, del Hospital de las Fiebres de Newcastle, dice así:

«Sin ninguna duda, la causa de la permanencia y la extensión del tifus es la excesiva acumulación de seres humanos y la suciedad de sus viviendas. Las casas en las que frecuentemente viven los trabajadores se encuentran en callejones sin salida y en patios interiores. En cuanto a luz, aire, espacio e higiene son verdaderos modelos de deficiencia e insalubridad, una vergüenza para cualquier país civilizado. Por la noche duermen revueltos hombres, mujeres y niños. Por lo que hace a los hombres, el turno de noche sucede al turno de día en una corriente ininterrumpida, de modo que casi no da tiempo a que se enfríen las camas. Las casas están mal dotadas de agua, y aún peor de retretes; son repulsivas, sin ventilación, pestilenciales.»<sup>124</sup>

El alquiler semanal de semejantes agujeros varía de 8 d. hasta los 3 sh.

«Newcastle-upon-Tyne», dice el Dr. Hunter, «ofrece el ejemplo de uno de los troncos más hermosos de nuestros compatriotas, el cual se ha hundido a menudo en una degeneración casi salvaje por causa de las circunstancias externas de habitación y ambiente callejero.»<sup>125</sup>

A consecuencia de la sucesión de mareas altas y bajas del capital y el trabajo, la situación de la vivienda en una ciudad industrial puede ser hoy soportable y mañana horrible. O bien las obras públicas municipales pueden haber hecho finalmente el esfuerzo supremo para eliminar las deficiencias más escandalosas. Mañana inmigra una como nube de langosta de irlandeses en harapos, o de desmoralizados trabajadores agrícolas ingleses. Los quitan de enmedio metiéndolos en sótanos y buhardillas, o se transforma la casa obrera, antes respetable, en un cuartel en el que el personal cambia tan deprisa como los aposentamientos durante la Guerra de los Treinta Años. Ejemplo: Bradford. El filisteo municipal estaba allí precisamente ocupado con una reforma de la ciu-

<sup>124</sup> *Loc. cit.*, pág. 149.

<sup>125</sup> *Loc. cit.*, pág. 50.

dad. Y, además, en 1861 había aún 1.751 casas no habitadas. Pero entonces floreció la economía, florecimiento sobre el cual el dulce liberal señor Forster, el amigo de los negros, acaba de cacarear tan gentilmente. Y con el florecimiento de los negocios, naturalmente, inundación por el oleaje del «ejército industrial de reserva», siempre agitado, de la «sobrepoblación relativa». Los horribles sótanos y habitaciones registrados en la lista (nota<sup>126</sup>) que el Dr. Hunter obtuvo del agente de una compañía de seguros estaban habitados en su mayoría por trabajadores bien pagados. Éstos dijeron que pagarían con gusto viviendas mejores si fuera posible encontrarlas. Mientras tanto se degradan y enferman del primero al último, mientras el tierno liberal Forster, M. P.,<sup>\*169</sup> derrama lágrimas sobre las bendiciones del librecambio y los beneficios de las eminentes cabezas de Bradford, que negocian en *worsted*.<sup>\*151</sup> En el

<sup>126</sup> Lista del agente de una compañía aseguradora de obreros de Bradford.

Vulcanstreet n.º 122 .....	1 habitación	16 personas
Lumleystreet n.º 13 .....	1 »	11 »
Bowerstreet n.º 41 .....	1 »	11 »
Portlandstreet n.º 112 .....	1 »	10 »
Hardystreet n.º 17 .....	1 »	10 »
Northstreet n.º 18 .....	1 »	16 »
La misma n.º 17 .....	1 »	13 »
Wymmerstreet n.º 19 .....	1 »	8 adultos
Jowettstreet n.º 56 .....	1 »	12 personas
Georgestreet n.º 150 .....	1 »	3 familias
Rifle Court, Marygate, n.º 11 .....	1 »	11 personas
Marshallstreet n.º 28 .....	1 »	10 »
La misma n.º 49 .....	3 »	3 familias
Georgestreet n.º 128 .....	1 »	18 personas
La misma n.º 130 .....	1 »	16 »
Edwardstreet n.º 4 .....	1 »	17 »
[Georgestreet n.º 49 .....	1 »	2 familias]
Yorkstreet n.º 34 .....	1 »	2 »
Salt Piestreet .....	2 »	26 personas

#### Sótanos

Regent Square .....	1 sótano	8 personas
Acrestreet .....	1 »	7 »
Robert's Court n.º 33 .....	1 »	7 »
Back Prattstreet, utilizado como taller de calderero .....	1 »	7 »
Ebenezerstreet n.º 27 .....	1 »	6 »

(*Loc. cit.*, pág. 111.)

\*169 Diputado (miembro del Parlamento).



informe del 5 de septiembre de 1865 el Dr. Bell, uno de los médicos de pobres de Bradford, explica la terrible mortalidad entre los enfermos de fiebres de su distrito por sus condiciones de habitación:

«En un sótano de 1.500 pies cúbicos viven 10 personas ... La cave Vincent, Green Air Place y the Leys ocultan 223 casas con 1.450 habitantes, 435 camas y 36 retretes ... Las camas —y entiendo por cama cualquier lío de harapos sucios y cualquier montoncito de virutas— albergan por término medio a 3,3 personas cada una, y bastantes de ellas a 4 y a 6 personas. Muchos duermen sin cama, en el suelo desnudo, sin quitarse la ropa, hombres jóvenes y mujeres, casados y solteros, todos revueltos confusamente. ¿Es necesario añadir que esas viviendas son por lo general cuevas malolientes, oscuras, húmedas, sucias, completamente inadecuadas como vivienda humana? Son los centros de los que salen la enfermedad y la muerte para aferrar también a las personas de buena posición (of good circumstances) que han permitido que esos bubones pestíferos supuraran en medio de nosotros.»<sup>127</sup>

Bristol ocupa el tercer lugar, después de Londres, en cuanto a miseria de la vivienda.

«Aquí, en una de las ciudades más ricas de Europa, máxima abundancia de crasa pobreza (blank poverty) y miseria en la vivienda.»<sup>128</sup>

### c) El pueblo errante

Atendemos ahora a una capa de la población cuyo origen es campesino y cuya ocupación es en gran parte industrial. Constituye la infantería ligera del capital, el cual la lanza, según sus necesidades, ahora a ese punto, ahora a ese otro. Cuando no está en marcha, «acampa». El trabajo errante se utiliza para diversas operaciones de la construcción y la canalización, para hacer ladrillos, calcinar cal, construir vías férreas, etc. Ambulante columna de la pestilencia, el trabajo errante importa a los lugares en cuya proximidad levanta sus campamentos la viruela, el tífus, el cólera, la escarlatina, etc.<sup>129</sup> En empresas de importante inversión de capital, como la construcción de ferrocarriles, etc., el empresario mismo suele suministrar a su ejército cabañas de madera o análogas, aldeas improvisadas sin ninguna instalación sanitaria, fuera del control de las autoridades locales, muy beneficiosas para el señor contratista, que explota a los trabajadores doblemente, como soldados industriales

<sup>127</sup> *Loc. cit.*, pág. 114.

<sup>128</sup> *Loc. cit.*, pág. 50.

<sup>129</sup> *Public Health. Seventh Report*, Lond. 1865, pág. 18.

y como inquilinos. Según que la choza esté dividida en 1, 2 ó 3 agujeros, su habitante, peón, etc., tiene que pagar semanalmente 2, 3 o 4 sh.<sup>130</sup> Baste con un ejemplo. En septiembre de 1864 —informa el Dr. Simon— se dirigió al ministro del Interior, Sir George Grey, la siguiente denuncia por parte del presidente del Nuisance Removal Committee<sup>\*170</sup> de la parroquia de Sevenoaks:

«La viruela era completamente desconocida en esta parroquia hasta hace unos 12 meses. Poco antes de esa fecha se inauguraron trabajos para un ferrocarril de Lewisham a Tunbridge. Aparte de que los trabajos principales se realizaron en la vecindad inmediata de esta ciudad, se erigió aquí el depósito principal de toda la obra. Por ello se empleó en la ciudad a un gran número de personas. Como era imposible alojarlas a todas en cottages,<sup>\*171</sup> el contratista, señor Jay, hizo levantar cabañas, todo a lo largo de la línea del ferrocarril, en varios puntos distintos, para alojar a los trabajadores. Estas cabañas no tenían ni ventilación ni desagüe, y además estaban por fuerza excesivamente llenas, porque cada inquilino tenía que aceptar a otros, por numerosa que fuera su propia familia, y aunque las cabañas eran de sólo dos habitantes. Según el informe médico que recibimos, la consecuencia de eso fue que estas pobres gentes tuvieron que soportar durante la noche todos los tormentos de la asfixia, con objeto de evitar los pestilenciales vapores de las sucias aguas estancadas y las heces que estaban justo debajo de las ventanas. Por último, un médico que tuvo ocasión de visitar aquellas chozas presentó denuncia a nuestro comité. Habló de la situación de esas llamadas viviendas usando las expresiones más duras y temía consecuencias muy serias si no se tomaban algunas medidas sanitarias. Hace aproximadamente un año, p.p.<sup>\*172</sup> Jay se comprometió a instalar una casa en la cual se aislaría inmediatamente a las personas por él empleadas en cuando que aparecieran enfermedades contagiosas. Repitió esa promesa a finales del último mes de julio, pero no dio el menor paso para cumplirla, aunque desde esa fecha se han producido varios casos de viruela y dos de ellos mortales. El 9 de septiembre el médico Kelson me informó de más casos de viruela en las mismas cabañas, y me describió su estado diciendo que era espantoso. Para información suya» (del ministro) «he de añadir que nuestra parroquia posee una casa aislada, la llamada casa de la peste, en la que se cuida a los miembros de la parroquia que sufren enfermedades contagiosas. Esta casa está desde hace meses más que llena de pacientes. En una familia han muerto cinco niños de viruela y fiebres. Del 1 de abril al 1 de septiembre de este año se han producido no menos de 10 casos de muerte por viruela, 4 de ellos en las cabañas dichas, que son las fuentes de la peste. Es imposible decir

<sup>130</sup> *Loc. cit.*, pág. 165.

\*170 Comité de higiene.

\*171 Ver nota \*51.

\*172 P. p. = praemissis praemittendis: con las cosas antepuestas que haya que anteponer. Fórmula para salvar la etiqueta, con la que el que escribe se disculpa de ignorar u omitir títulos de la persona cuyo nombre da. Hoy desusada.



el número de los casos de enfermedad, porque las familias afectadas los mantienen tan secretos como pueden.»<sup>131</sup>

Los trabajadores de las minas de carbón y de otras se encuentran entre las categorías mejor pagadas del proletariado británico. En un lugar anterior se mostró a qué precio compran su salario.<sup>132</sup> Echo aquí un rápido vistazo a sus condiciones de vivienda. Por regla general, el explotador\*<sup>174</sup> de la mina, sea propietario o arrendatario de ella, dispone cierto número de cottages\*<sup>175</sup> para sus manos. Los obreros reciben los cottages y el carbón para calentarse «gratis», o sea, que esas cosas constituyen una parte del salario, entregada in natura. Aquellos a los que no es posible alojar de ese modo reciben una compensación de 4 libr. est. al año. Los distritos mineros atraen rápidamente una gran población, compuesta por la población minera misma y los artesanos, tenderos, etc., que se agrupan alrededor de ellos. Como en todas partes en las que la población es densa, la renta del suelo es aquí elevada. Por eso la empresa minera intenta amontonar en el espacio más reducido posible y en la bocamina todos los cottages que hagan falta para reunir a sus manos y a sus familias. El amontonamiento aumenta cuando se inauguran nuevas minas próximas o se ponen de nuevo en explotación minas viejas. En la construcción de los cottages impera un único punto de vista: la «renuncia» del capitalista a todo gasto de efectivo que no sea absolutamente inevitable.

<sup>131</sup> *Loc. cit.*, pág. 18, nota. El encargado de los pobres de la Chapel-en-le-Frith-Union informa al Registrador General: «En Doveholes han hecho cierto número de pequeñas cavidades en una gran colina de caliza. Esas cavernas sirven de vivienda a los peones y a otros trabajadores empleados en la construcción del ferrocarril. Las cavernas son estrechas, húmedas, sin desagüe para las porquerías y sin retretes. Carecen de todo medio de ventilación, salvo un agujero en la bóveda que sirve al mismo tiempo de chimenea. Las viruelas hacen furor y han causado ya varias muertes» (entre los trogloditas). (*Loc. cit.*, nota 2.)

<sup>132</sup> Los detalles dados en las páginas 460 ss.\*<sup>173</sup> se refieren particularmente a trabajadores de las minas de carbón. Sobre la situación, todavía peor, de las minas de metales, cfr. el concienzudo informe de la Royal Commission de 1864.

\*<sup>173</sup> En esta edición, págs. 131-138.

\*<sup>174</sup> Marx usa corrientemente derivados de la voz *Betreiben* (traducible por 'ejercer' y 'gestionar') para la significación corriente, no específicamente marxiana, de 'explotar' (p. e.: explotar un bosque). A veces, sin embargo, usa extranjerismos, como el término francés de este paso. Los dos sentidos de 'explotar' acarrearán dificultades en todas las lenguas latinas.

\*<sup>175</sup> Ver nota \*51.

«Las viviendas de los trabajadores de las minas y otros trabajadores relacionados con las minas de Northumberland y Durham», dice el Dr. Julian Hunter, «son tal vez, en su término medio, lo peor y lo más caro que ofrece Inglaterra en este campo en gran escala, aunque con la excepción de distritos análogos de Montmouthshire. El extremo del mal reside en el gran número de seres humanos que llenan una habitación, en la escasez del terreno en el que se construye una gran cantidad de casas, en la falta de agua y la ausencia de retretes, en el método, corrientemente utilizado, de colocar una casa encima de otra, o de distribuirlas en flats»\*<sup>176</sup> (de tal modo que los cottages forman pisos situados los unos sobre los otros). «... El empresario trata toda la colonia como si la gente sólo acampara, no residiera allí.»<sup>133</sup> «En cumplimiento de las instrucciones recibidas», dice el Dr. Stevens, «he visitado la mayor parte de las grandes aldeas mineras de la Durham Union ... Se puede decir de todas, con muy pocas excepciones, que se prescinde de todo medio de garantizar la salud de los habitantes... Todos los trabajadores de las minas están vinculados» («bound», expresión que, como bondage, procede de la época de la servidumbre de la gleba) «al arrendatario (lessee) o al propietario de la mina por 12 meses. Cuando se desahogan de su descontento o molestan de un modo u otro al vigilante (viewer), éste pone una señal o una nota junto a su nombre en el libro de inspección y los despide al procederse a la renovación anual del vínculo... Me parece que ningún elemento del truck-system\*<sup>177</sup> puede ser peor que éste que impera en tales distritos densamente poblados. El trabajador está obligado a aceptar como parte de su salario una casa rodeada de influencias pestilentes. No se puede defender de eso. Es un siervo para todos los efectos (he is to all intents and purposes a serf). Parece dudoso que le pueda ayudar alguien que no sea su propietario, y este propietario se hace aconsejar ante todo por su libro de balance, y el resultado es bastante infalible. También el suministro de agua lo recibe el trabajador del propietario. Y tiene que pagar por él o, mejor dicho, soportar la correspondiente deducción del salario, igual si el agua es buena que si es mala, e igual si se le suministra que si se le corta.»<sup>134</sup>

En el conflicto con la «opinión pública», o incluso con la autoridad sanitaria, el capital no tiene ningún reparo en «justificar» esas condiciones, peligrosas por una parte y degradantes por otra, a las que somete la función y la habitación del trabajador, sosteniendo que eso es necesario para explotarlo con más beneficio. Así ocurre cuando el capital renuncia a dispositivos de protección contra la maquinaria peligrosa en la fábrica, a medios de ventilación y de seguridad en las minas, etc. Así también aquí por lo que hace al alojamiento de los mineros.

«Como disculpa», dice el Dr. Simon, funcionario médico del Privy Council,\*<sup>178</sup> en su informe oficial, «como disculpa del alojamiento indigno se aduce que las minas se suelen explotar en arriendo, que la duración del contrato de arrendamiento (gene-

<sup>133</sup> *Loc. cit.*, págs. 180, 182.

<sup>134</sup> *Loc. cit.*, págs. 515, 517.

\*<sup>176</sup> Pisos.

\*<sup>177</sup> Ver nota \*57.

\*<sup>178</sup> Ver nota \*16.



ralmente 21 años tratándose de minas de carbón) es demasiado corta para que el arrendatario considere que vale la pena suministrar una buena instalación doméstica a los trabajadores y a los artesanos, etc., atraídos por la empresa; y si él mismo tuviera la intención de proceder liberalmente desde este punto de vista, el propietario de la tierra se la frustraría. Pues éste, dicen, tendería inmediatamente a exigir una renta adicional exorbitante por el privilegio de edificar en el terreno una aldea decente y confortable para alojar a los trabajadores de la propiedad subterránea. Y que este precio prohibitivo, cuando ya no prohibición directa, asustaría a otros que probablemente edificarían de no ser así... No voy a investigar el valor de esa disculpa, ni tampoco sobre quién recaerá en última instancia el gasto adicional por unas viviendas decentes, si sobre el propietario del terreno, el arrendatario de la mina, los trabajadores o el público... Pero a la vista de hechos tan ignominiosos como los que revelan los informes adjuntos» (de los doctores Hunter, Stevens, etc.) «hay que aplicar algún remedio... Los títulos de propiedad de la tierra se utilizan así para cometer una grave injusticia pública. El propietario de la tierra, en su condición de propietario de minas, invita a una colonia industrial a trabajar en sus dominios, y entonces, en su condición de propietario del suelo, impide a los trabajadores reunidos encontrar las viviendas adecuadas, imprescindibles para su vida. El arrendatario de las minas» (el *exploiteur*<sup>\*179</sup> capitalista) «no tiene interés monetario en resistirse a esa división del negocio, pues sabe perfectamente que si las exigencias del propietario son exorbitantes, las consecuencias no recaerán sobre él, que los trabajadores sobre las que recaen son demasiado ineducados para darse cuenta de sus derechos sanitarios, y que ni la vivienda más obscena ni el agua de beber más corrompida son nunca ocasión de strike».<sup>\*180 135</sup>

#### d) Efectos de las crisis en la parte mejor pagada de la clase trabajadora

Antes de pasar a los trabajadores agrícolas propiamente dichos, hay que mostrar mediante un ejemplo cómo obran las crisis incluso sobre la parte mejor pagada de la clase trabajadora, sobre la aristocracia de la clase trabajadora. Se recordará que el año 1857 trajo una de las grandes crisis con que se cierra cada vez el ciclo industrial. El nuevo plazo venció en 1866. La crisis, ya descontada en los distritos fabriles propiamente dichos por la escasez de algodón, que lanzó mucho capital de la habitual esfera de inversión a las grandes sedes centrales del mercado monetario, tomó esta vez un aspecto predominantemente financiero. El estallido de la crisis en mayo de 1866 quedó señalado por la caída de un gigantesco banco londinense, a la que siguió inmediatamente el hundimiento de innumerables sociedades financieras especulativas. Una de

<sup>135</sup> *Loc. cit.*, pág. 16.

\*179 Ver nota \*174.

\*180 Huelga, lucha obrera.

las grandes ramas económicas londinenses a las que afectó la catástrofe fue la construcción de buques de hierro. Los magnates de este negocio no sólo habían sobreproducido desmedidamente durante el período especulativo, sino que, además, habían concertado enormes contratos de suministro, especulando con que los créditos les seguirían afluyendo con la misma abundancia. Entonces se produjo una reacción terrible que continúa aún hoy, a finales de marzo de 1867, en otras industrias londinenses.<sup>136</sup> Caracteriza la situación de los trabajadores el siguiente paso de la detallada información del corresponsal del *Morning Star*, que a principios de 1867 visitó la sede principal de la desgracia.

«En el este de Londres, en los distritos de Poplar, Millwall, Greenwich, Deptford, Limehouse y Canning Town, se encuentran en una situación de extrema necesidad por lo menos 15.000 trabajadores con sus familias, más de 3.000 de los cuales son mecánicos de calidad. Sus fondos de reserva se han agotado a consecuencia de un paro de seis u ocho meses... Me costó mucho trabajo llegar hasta la puerta del workhouse<sup>\*186</sup> (de Poplar), porque estaba sitiado por una masa hambrienta. Esperaban bonos de pan, pero todavía no era la hora del reparto. El patio forma un gran cuadrado con un tejadillo que corre todo en torno por sus muros. Apretados montones de nieve cubren el adoquinado en el centro del patio. Allí había ciertos pequeños sitios limitados por trenzado de mimbres, como se hace para las ovejas, en los que trabajan los hombres cuando el tiempo es bueno. El día de mi visita estaban tan nevados que nadie se podía sentar en ellos. Pero los hombres se dedicaban a macadamizar adoquines bajo la protección del tejadillo. Cada uno estaba sentado en un gran adoquín y golpeaba con un pesado martillo el granito cubierto de hielo, hasta arrancar unos 5 bushel. Con eso terminaba su tarea diaria y recibía 3 d.» (2 Groschen de plata, 6 Pfennige) «y un bono para pan. En otra parte del patio había una caseta de madera, pequeña y raquítica. Al abrir la puerta la encontramos llena de hombres apretados hombro con hombro para mantenerse calientes. Deshilachaban amarras de barco y se peleaban sobre cuál de ellos era capaz de trabajar más tiempo con un mínimo de alimentación, pues el point

<sup>136</sup> «¡Inanición en masa de los pobres de Londres! (Wholesale starvation of the London Poor!) ... Estos últimos días las paredes de Londres estaban cubiertas por grandes carteles que llevaban el curioso anuncio siguiente: '¡Vacas gordas, hombres hambrientos! Las vacas gordas han salido de sus palacios de cristal para cebar a los ricos en sus lujosos aposentos, mientras los hombres hambrientos se pudren y mueren en sus miserables covachas.' Los carteles que llevan esa inscripción anunciadora de la desgracia se renuevan constantemente. Apenas arrancan o tapan una partida, aparece inmediatamente otra en el mismo lugar o en otro lugar igual de público... Esto recuerda los omínes<sup>\*181</sup> que prepararon al pueblo francés para los acontecimientos de 1789... En estos momentos, mientras trabajadores ingleses mueren de frío y hambre con sus mujeres y sus hijos, se coloca por millones dinero inglés, producto de trabajo inglés, en empréstitos rusos, españoles, italianos y de otros países.» (*Reynolds' Newspaper*, 20 Jan. 1867.)

\*181 Malos augurios.



d'honneur<sup>\*182</sup> era el aguante. Sólo en ese workhouse recibían asistencia 7.000, muchos centenares de los cuales ganaban 6 u 8 meses antes los salarios más altos del trabajo calificado de este país. Su número habría sido el doble si no hubiera tantos que, a pesar de haberse agotado sus reservas de dinero, se apartan con escalofríos del recurso a la parroquia mientras tienen algo que empeñar... Dejé el workhouse y me di un paseo por las calles de casas de un piso, generalmente, tan abundantes en Poplar. Mi guía era un miembro del comité para los parados. La primera casa en que entramos era de un trabajador siderúrgico, sin trabajo desde hacía 27 semanas. Encontré al hombre instalado, con toda su familia, en una habitación interior. La habitación no se había desamueblado del todo aún, y había fuego. El fuego era necesario para preservar de la congelación los pies desnudos de los niños pequeños, pues era un día horrendamente frío. En una fuente colocada encima del fuego había cierta cantidad de estopa que deshilachaban la mujer y los niños para compensar el pan del workhouse. El hombre trabajaba en uno de los patios antes descritos, por un bono de pan y 3 d. al día. Volvía entonces a casa a comer, muy hambriento, según nos dijo con una sonrisa amarga, y su almuerzo consistía en unas rebanadas de pan con manteca de cerdo y una taza de té solo... La siguiente puerta a que llamamos la abrió una mujer de media edad que, sin decir una palabra, nos llevó a una pequeña alcoba interior en la que se encontraba toda su familia, todos en silencio y con la vista clavada en un fuego que se extinguía por momentos. Tanta desolación, tanta desesperanza rodeaba a esas gentes y su pequeña alcoba que deseo no volver a ver jamás una escena parecida. 'No han ganado nada, caballero', dijo la mujer señalando a sus hijos, 'nada en 26 semanas, y se nos ha acabado todo el dinero que ahorramos el padre y yo en tiempos mejores, con la ilusión de asegurarnos un refugio para las épocas malas. Mírelo usted', gritó casi furiosamente, cogiendo una libreta del banco, con todas sus operaciones periódicas de ingreso y retirada de dinero, de modo que pudiéramos ver cómo había empezado la pequeña fortuna con el primer depósito, de 5 shilling, cómo fue creciendo poco a poco hasta las 20 libr. est., y cómo se fundió luego, de libra en libra y de shilling en shilling, hasta que la última anotación dejó a la libreta tan sin valor como un trozo de papel en blanco. Esta familia recibía diariamente del workhouse una comida exigua... Nuestra siguiente visita fue a la mujer de un irlandés que había trabajado en los astilleros. La encontramos enferma de subalimentación, echada vestida en un colchón, apenas tapada con un trozo de estera, pues todas las ropas de cama estaban empeñadas. Los míseros niños la cuidaban, aunque parecían necesitar ellos cuidados maternos. Diecinueve semanas de ocio forzado la habían hundido en esa situación, y mientras contaba la historia de su amargo pasado gemía como si hubiera perdido toda esperanza de un futuro mejor... Al salir de esa casa nos vino al encuentro corriendo un joven que nos pidió que fuéramos a la suya y viéramos si se podía hacer algo por él. Todo lo que nos tenía que enseñar era una mujer joven, dos guapos niños, un montón de papeletas de empeño y una habitación completamente desnuda.»

Sobre los sufrimientos subsiguientes a la crisis de 1866, el siguiente extracto de un periódico tory. No hay que olvidar que la parte este de Londres, de la que en él se trata, es sede no sólo de los trabajadores

\*182 Punto de honor, puntillo.

de los arsenales de buques metálicos, sino también del llamado «trabajo en casa», siempre pagado por debajo del mínimo.

«Ayer se desarrolló en una parte de la metrópoli un espectáculo espantoso. Aunque los miles de parados del extremo este no desfilaron en masa con negras banderas de luto, la riada de seres humanos era ya bastante imponente. Recordemos lo que sufre esa población. Se está muriendo de hambre. Éste es el hecho simple y terrible. Aquí hay 40.000 de ellos... En nuestra presencia, en un barrio de esa metrópoli maravillosa, justo al lado de la más enorme acumulación de riqueza que jamás ha visto el mundo, justo al lado, 40.000 que se mueren de hambre sin que se les asista. Esos miles irrumpen ahora en los demás barrios; estas gentes, medio hambrientas en toda época, nos gritan su dolor en los oídos, lo gritan al cielo, nos hablan de sus casas arruinadas por la miseria, nos cuentan que les es imposible encontrar trabajo e inútil mendigar. Los mismos tributarios por el impuesto para los pobres que hay en la localidad se ven empujados al borde de la miseria por los requerimientos de las parroquias.» (*Standard*, 5 de abril de 1867.)

Puesto que está de moda entre los capitalistas ingleses describir Bélgica como el paraíso del trabajador, porque allí «la libertad del trabajo» —o, lo que es lo mismo, «la libertad del capital»— no está, dicen, mutilada por el despotismo de las Trades' Unions ni por leyes fabriles, digamos aquí unas pocas palabras acerca de la «dicha» del trabajador belga. Nadie, sin duda, tan iniciado en los misterios de esa felicidad como el difunto señor Ducpétiaux, inspector general de las cárceles y los establecimientos de beneficencia belgas y miembro de la comisión central belga de estadística. Tomemos su obra *Budgets économiques des classes ouvrières en Belgique*, Bruxelles 1855. En él encontramos, p. e., una familia obrera belga normal cuyos gastos e ingresos anuales se calculan con datos muy precisos y cuyo estado de alimentación se compara luego con los del soldado, el marinero de la escuadra y el preso. La familia «consta de padre, madre y cuatro hijos». De esas seis personas «cuatro se pueden emplear útilmente durante todo el año»; se da por supuesto «que no hay entre ellos enfermos ni personas incapacitadas para el trabajo», ni «gastos para fines religiosos, morales e intelectuales, salvo uno muy pequeño para los asientos de la iglesia», ni «cuotas de cajas de ahorro o de seguro de vejez», ni «gastos de lujo o superfluos en general». Aunque el padre y el hijo mayor fumarán tabaco y podrán ir a la taberna el domingo, para todo lo cual tienen a su disposición 86 céntimos por semana.

«De la composición general de los salarios reconocidos a los trabajadores de las distintas ramas, se sigue... que el promedio más alto del jornal es 1 fr. 56 c. para hombres, 89 c. para mujeres, 56 c. para muchachos y 55 c. para muchachas. Sobre esa base, los ingresos de la familia alcanzarían a lo sumo los 1.068 fr. anuales... En los hogares considerados típicos hemos sumado todos los ingresos posibles. Pero



si adjudicamos salario también a la madre, es que sustraemos a la casa su dirección; ¿y quién se ocupa de la casa, quién de los hijos pequeños? ¿Quién guisará, lavará, coserá? Este dilema se presenta cada día a los trabajadores.»

El presupuesto de la familia es, según eso:

el padre	300 jornadas de trabajo a fr. 1,56 . . .	fr. 468,—
la madre	» 0,89 . . . »	267,—
el joven	» 0,56 . . . »	168,—
la muchacha	» 0,55 . . . »	165,—
Total		fr. 1068,—

El gasto anual de la familia y su déficit importarían, si el trabajador tuviera la alimentación:

del marino de la escuadra .....	fr. 1.828,—	déficit fr. 760,—
del soldado .....	» 1.473,—	» » 405,—
del preso .....	» 1.112,—	» » 44,—

«Se verá que pocas familias obreras se pueden procurar la alimentación no ya del marinero o del soldado, sino ni siquiera la del preso. Por término medio, cada preso ha costado en Bélgica en 1847-1849 63 c. diarios, lo cual arroja una diferencia de 13 c. respecto de los gastos diarios de mantenimiento del trabajador. Los gastos de administración y vigilancia se compensan con el hecho de que el preso no paga alquiler... Pero ¿cómo puede ocurrir que gran número de trabajadores, podríamos decir que la gran mayoría, viva en situación más parsimoniosa todavía? Sólo gracias a que recurren a expedientes ocasionales cuyo secreto no conoce más que el trabajador: reduciendo la ración diaria; comiendo pan de centeno en vez de pan de trigo; comiendo poca carne, o no comiendo ninguna en absoluto; lo mismo por lo que hace a la manteca y las especias; metiendo la familia en una habitación o dos, con lo que chicos y chicas duermen juntos, y a menudo en un mismo saco de paja; ahorrando vestido, ropa interior, artículos de limpieza; renunciando a los entretenimientos domingueros; en suma, decidiéndose a las privaciones más dolorosas. Una vez llegados a este límite último, el mínimo aumento de precio de los alimentos, una congestión del trabajo, una enfermedad agudizan la miseria del trabajador y lo arruinan completamente. Se amontonan las deudas, no le fían, los vestidos y los muebles más necesarios acaban en la casa de empeño y al final la familia solicita su inscripción en la lista de los pobres.»<sup>137</sup>

Y, efectivamente, en este «paraíso de los capitalistas» sigue a la menor alteración del precio de los alimentos más necesarios una alteración del número de muertes y de delitos. (Ver el manifiesto de la Maatschappij: *De Vlamingen Vooruit!*,<sup>\*183</sup> Bruselas 1860, pág. 12). Bél-

<sup>137</sup> DUCPÉLIAUX, *loc. cit.*, págs. 151, 154, 155, 156.

<sup>\*183</sup> Asociación Adelante los Flamencos.

gica cuenta con 930.000 familias, de las cuales, según la estadística oficial, 90.000 son ricas (electores) = 450.000 personas; 390.000 familias de la pequeña clase media en la ciudad y en la aldea, una gran parte de las cuales cae constantemente en el proletariado, = 1.950.000 personas. Por último, 450.000 familias obreras = 2.250.000 personas, las familias típicas de las cuales gozan de la dicha descrita por Ducpétiaux. ¡De las 450.000 familias obreras más de 200.000 están registradas en la lista de los pobres!

#### e) El proletariado agrícola británico

El carácter antagónico de la producción y la acumulación capitalistas no se afirma en ningún lugar más brutalmente que en el progreso de la economía rural inglesa (incluida la ganadería) y el retroceso del trabajador agrícola inglés. Un rápido vistazo retrospectivo antes de pasar a su situación presente. La agricultura moderna data en Inglaterra de mediados del siglo XVIII, aunque la revolución de las relaciones de propiedad, de la que parte, como fundamento, el alterado modo de producción, es de fecha mucho más temprana.

Si tomamos los datos de Arthur Young —un observador preciso, aunque pensador superficial— sobre el trabajador rural de 1771, éste tiene un papel muy mísero, comparado con su predecesor de finales del siglo XIV, «cuando podía vivir en la abundancia y acumular riqueza»,<sup>138</sup> por no hablar ya del siglo XV, «la edad de oro del trabajador inglés en la ciudad y en el campo». Pero no necesitamos remontarnos a tan lejos. En un escrito muy substancioso de 1777 se lee:

«El gran arrendatario se ha alzado casi a la altura del gentleman, mientras que el pobre trabajador agrícola está casi aplastado en el suelo. Su desgraciada situación se muestra claramente por un repaso comparativo de su situación de hoy con la de hace 40 años... El propietario de la tierra y el arrendatario actúan de la mano para oprimir al trabajador.»<sup>139</sup>

<sup>138</sup> JAMES E. TH. ROGERS (Prof. of Polit. Econ. in the University of Oxford), *A History of Agriculture and Prices in England*, Oxford 1866, vol. I, pág. 690. Esta obra, laboriosamente trabajada, no abarca todavía, en los dos volúmenes aparecidos hasta ahora, más que el período 1259-1400. El segundo volumen sólo contiene material estadístico. Es la primera auténtica «History of Prices» que poseemos para esa época.

<sup>139</sup> *Reasons for the late Increase of the Poor-Rates: or, a comparative view of the price of labour and provisions*, Lond. 1777, págs. 5, 11.



Luego se prueba con detalle que el salario real ha bajado en el campo, entre 1737 y 1777, casi 1/4, el 25 %.

«La política moderna», dice al mismo tiempo el Dr. Richard Price, «favorece a las clases altas de la nación; la consecuencia será que más pronto o más tarde el reino entero se compondrá exclusivamente de gentleman y mendigos, de grandes y esclavos.»<sup>140</sup>

A pesar de ello, la situación del trabajador rural inglés de 1770 a 1780 es un ideal nunca jamás alcanzado más tarde, tanto por lo que hace a su alimentación y su vivienda como en lo que se refiere a su sentimiento de sí mismo, sus distracciones, etc. Expresado en pintas de trigo, su salario medio importaba de 1770 a 1771 90 pintas, en tiempos de Eden (1797) ya sólo 65, pero en 1808 sólo 60.<sup>141</sup>

La situación de los trabajadores rurales al final de la guerra anti-jacobina —durante la cual se enriquecieron tan extraordinariamente los aristócratas terratenientes, los arrendatarios agrícolas, los fabricantes, los comerciantes, los banqueros, los caballeros de la bolsa, los suministradores del ejército, etc.—, se indicó ya antes. El salario nominal subió a consecuencia, en parte, de la depreciación del papel-moneda y, en parte, de un aumento del precio de los alimentos de primera necesidad, independiente de aquella depreciación. Pero el movimiento real de los salarios se puede comprobar muy sencillamente, sin recurrir a detalles aquí inoportunos. La ley de pobres y su administración eran las mismas en 1814 que en 1795. Se recordará cómo se manejaba esa ley en el campo: la parroquia completaba, en forma de limosnas, el salario nominal hasta la suma nominal requerida para el simple vegetar del trabajador. La relación entre el salario pagado por el arrendatario y el déficit salarial compensado por la parroquia nos muestra dos cosas: primero, el descenso del salario por debajo de su mínimo; segundo, el grado en el cual el trabajador agrícola se compone de trabajador asalariado y mendigo, o sea, el grado en el cual le habían convertido en siervo de su parroquia. Escogemos un condado que representa el

<sup>140</sup> DR. RICHARD PRICE, *Observations on Reversionary Payments*, 6.<sup>a</sup> ed., By W. Morgan, Lond. 1803, vol. II, págs. 158, 159. Price observa en la pág. 159: «El precio nominal del trabajo del jornalero no es en este momento más que cuatro o, a lo sumo, cinco veces mayor que en el año 1514. Pero el precio del trigo ha aumentado siete veces, y el de la carne y la ropa aproximadamente quince veces. Por eso el precio del trabajo se ha quedado tan por detrás del aumento del coste de la vida que ahora no parece importar, en comparación con ese coste, ni siquiera la mitad de lo que antes importaba.»

<sup>141</sup> BARTON, *loc. cit.*, pág. 26. Para el final del siglo XVIII, cfr. EDEN, *loc. cit.*

término medio de esa proporción en todos los demás condados. En 1795 el salario semanal medio importaba en Northamptonshire 7 sh. 6 d.; el gasto anual total de una familia de 6 personas importaba 36 libr. est. 12 sh. 5 d.; sus ingresos totales 29 libr. est. 18 sh.; el déficit cubierto por la parroquia 6 libr. est. 14 sh. 5 d. En el mismo condado y en 1814 el salario semanal importaba 12 sh. 2 d.; el gasto anual total de una familia de 5 personas subía a 54 libr. est. 18 sh. 4 d.; sus ingresos totales a 36 libr. est. 2 sh.; el déficit cubierto por la parroquia a 18 libr. est. 6 sh. 4 d.;<sup>142</sup> en 1795 el déficit importaba menos de 1/4 del salario; en 1814 más de la mitad. Se comprende sin más que en esas circunstancias hubieran desaparecido en 1814 las escasas comodidades que aún había encontrado Eden en el cottage del trabajador rural.<sup>143</sup> De todos los animales que cría el arrendatario agrícola, el trabajador, el instrumentum vocale,<sup>\*184</sup> fue a partir de entonces el más acosado, el peor alimentado y el tratado más brutalmente.

Esa situación persistió tranquilamente hasta que

«las insurrecciones de Swing<sup>\*185</sup> nos revelaron» (esto es, a las clases dominantes), «a la luz de las llamas de las parvas, que la miseria y el oscuro descontento agitador ardían tan salvajemente bajo la superficie de la Inglaterra agrícola como bajo la de la Inglaterra industrial.»<sup>144</sup>

Sadler bautizó entonces a los trabajadores agrícolas en la Cámara baja con el nombre de «esclavos blancos» («white slaves»), y un obispo se hizo eco del epíteto en la Cámara alta. El principal especialista en economía política de la época, E. G. Wakefield, dice:

«El trabajador agrícola de la Inglaterra meridional no es un esclavo, no es un hombre libre: es un pobre.»<sup>145</sup>

La época inmediatamente anterior a la abolición de las leyes del trigo arrojó luz nueva sobre la situación de los trabajadores rurales. Por una parte, interesaba a los agitadores burgueses probar que aquellas leyes proteccionistas protegían muy poco a los reales productores del

<sup>142</sup> PARRY, *loc. cit.*, pág. 80.

<sup>143</sup> *Id.*, pág. 213.

<sup>144</sup> S. LAING, *loc. cit.*, pág. 62.

<sup>145</sup> *England and America*, Lond. 1833, vol. I, pág. 47.

\*184 Instrumento dotado de habla: el esclavo.

\*185 Movimientos de los trabajadores agrícolas ingleses (1830-1833) por la elevación de los salarios y contra las trilladoras mecánicas. Swing («Capitán Swing») era la firma que ponían a las cartas de amenazas que enviaban a los terratenientes y a los empresarios agrícolas capitalistas.



trigo. Por otra parte, la burguesía industrial babeaba de rabia por causa de la denuncia de la situación de las fábricas por parte de la aristocracia terrateniente, por causa de la afectada simpatía de aquellos ociosos distinguidos, sin corazón, corrompidos hasta las raíces, por los sufrimientos del trabajador fabril, y por causa del «diplomático celo» de los terratenientes en favor de la legislación fabril. Dice un viejo refrán inglés que cuando dos ladrones se agarran de los pelos siempre ocurre algo bueno. Y, efectivamente, la disputa ruidosa y apasionada entre las dos fracciones de la clase dominante sobre la cuestión de cuál de las dos explotaba más desvergonzadamente al trabajador se convirtió a un lado y a otro en partera de la verdad. El conde de Shaftesbury, alias Lord Ashley, fue el adelantado en la campaña filantrópica aristocrática antifabril. Por eso se convierte de 1844 a 1845 en tema predilecto de las revelaciones del *Morning Chronicle* sobre la situación de los trabajadores agrícolas. Ese periódico, que era entonces el principal

Hijos	Número de miembros de la familia	Salario semanal de los hombres	Salario semanal de los hijos	Ingreso semanal de la familia entera	Alquiler semanal de la vivienda	Salario semanal total deducido el alquiler de la vivienda	Salario semanal por cabeza					
a	b	c	d	e	f	g	h					
<i>Primera aldea</i>												
		sh.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.
2	4	8	—	—	8	—	2	—	6	—	1	6
3	5	8	—	—	8	—	1	6	6	6	1	3 1/2
2	4	8	—	—	8	—	1	—	7	—	1	9
2	4	8	—	—	8	—	1	—	7	—	1	9
6	8	7	1	6	10	6	2	—	8	6	1	3/4
3	5	7	2	—	7	—	1	4	5	8	1	1 1/2
<i>Segunda aldea</i>												
		sh.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.
6	8	7	1	6	10	—	1	6	8	6	1	3/4
6	8	7	1	6	7	—	1	3 1/2	5	8 1/2	—	8 1/2
8	10	7	—	—	7	—	1	3 1/2	5	8 1/2	—	7
4	6	7	—	—	7	—	1	6 1/2	5	5 1/2	—	11
3	5	7	—	—	7	—	1	6 1/2	5	5 1/2	1	1
<i>Tercera aldea</i>												
		sh.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.	sh.	d.
4	6	7	—	—	7	—	1	—	6	—	1	—
3	5	7	2	—	11	6	—	10	10	8	2	1 1/2
0	2	5	2	6	5	—	1	—	4	—	2	— <sup>146</sup>

<sup>146</sup> *London Economist*, 29 de marzo de 1845, pág. 290.

órgano liberal, mandó a los distritos rurales comisarios suyos que no se limitaron en absoluto a realizar descripciones generales y estadísticas, sino que publicaron los nombres tanto de las familias trabajadoras estudiadas cuanto de sus terratenientes. La siguiente lista<sup>\*185 bis</sup> da los salarios pagados en tres aldeas de los alrededores de Blanford, Wimbourne y Poole. Las aldeas son propiedad de Mr. G. Bankes y del conde de Shaftesbury. Se observará que este papa de la «low church»,<sup>\*186</sup> esta cabeza de los pietistas ingleses, se mete a su vez en el bolsillo, como p. p.<sup>\*187</sup> Bankes, bajo el pretexto de percibir rentas de las casas, una parte considerable de los salarios de perro entregados a los trabajadores.

La abolición de las leyes del trigo dio un impulso imponente a la agricultura inglesa. Canalización en máxima escala,<sup>147</sup> nuevo sistema de estabulización y de cultivo de piensos artificiales, implantación de aparatos mecánicos de fertilización, nuevo tratamiento de las arcillas, aumento del uso de fertilizantes minerales, utilización de la máquina de vapor y de todo tipo de nueva maquinaria de trabajo, etc., y, en general, un cultivo más intenso caracterizan esta época. El presidente de la Real Sociedad de Agricultura, el señor Pusey, afirma que los costes de explotación (relativos) se han reducido casi a la mitad por la maquinaria recientemente introducida. Por otra parte, el rendimiento positivo del suelo se incrementó rápidamente. La condición básica del nuevo método fue la mayor inversión de capital por acre y, por lo tanto, una concentración acelerada de las parcelas en arriendo.<sup>148</sup> Al mismo tiempo la superficie cultivada aumentó 464.119 acres de 1846 a

<sup>147</sup> La aristocracia terrateniente se prestó a sí misma fondos para ese fin, por vía parlamentaria, naturalmente, tomados de la caja pública y con un interés bajo que los arrendatarios le tuvieron que reponer duplicado.

<sup>148</sup> La disminución de arrendatarios medios se aprecia principalmente por las rúbricas censales: «Hijo, nieto, hermano, sobrino, hija, nieta, hermana, sobrina del arrendatario», en suma, por los miembros de la familia misma del arrendatario empleados por él. Estas rúbricas sumaban en 1851 216.851 personas; en 1861 sólo 176.151. De 1851 a 1871 las granjas de menos de 20 acres arrendadas en Inglaterra han disminuido en más de 900; las granjas de 50 a 75 acres han disminuido de 8.253 a 6.370; cosa análoga ocurre con todas las granjas en arriendo de menos de 100 acres. En cambio, en esos mismos 20 años ha aumentado el número de las grandes granjas en arriendo: las de 300 a 500 acres han pasado de 7.771 a 8.410; las de más de 500 acres de 2.755 a 3.914; las de más de 1.000 acres, de 492 a 582.

<sup>\*185 bis</sup> En esta edición, pág. 322.

<sup>\*186</sup> «Baja Iglesia» anglicana. Por oposición a la «alta», más característica de la aristocracia y de la casa real.

<sup>\*187</sup> Ver nota \*172.



1856, por no hablar de las grandes superficies de los condados orientales, que eran campos de conejeras y pastos pobres y se convirtieron por arte de magia en lozanos trigales. Ya es sabido que al mismo tiempo disminuyó el número total de personas empleadas en la agricultura. Por lo que hace a los labradores propiamente dichos de ambos sexos y de todas las edades, su número disminuyó de 1.241.269 en el año 1851 a 1.163.217 en el año 1861.<sup>149</sup> Por eso, si el registrador general inglés observa con razón que «el aumento de arrendatarios y de trabajadores rurales desde 1801 no guarda proporción alguna con el aumento del producto agrícola»,<sup>150</sup> esa desproporción es mucho mayor aún en el último período, en el cual la disminución positiva de la población trabajadora rural fue acompañada por la extensión de la superficie cultivada, por cultivos más intensivos, por una acumulación inaudita del capital incorporado a la tierra y dedicado a su labranza, por un aumento del producto del suelo sin paralelo en la historia de la agronomía inglesa, por hinchadas liquidaciones de renta para los terratenientes y una riqueza rebotante de los arrendatarios capitalistas. Si se suma a eso la expansión rápida y constante del mercado urbano y del imperio del librecambio, se aprecia que el trabajador rural, post tot discrimina rerum,<sup>\*188</sup> se veía puesto al final en circunstancias que, secundum artem,<sup>\*189</sup> le tenían que volver loco de dicha.

Y, sin embargo, el profesor Rogers llega a la conclusión de que al trabajador agrícola inglés se le ha estropeado extraordinariamente su situación hoy día, aunque sólo sea en comparación con su predecesor del período 1770-1780, por no hablar ya de su predecesor de la última mitad del siglo XIV y del siglo XV; que «vuelve a ser un siervo», y un siervo, además, mal alimentado y alojado.<sup>151</sup> El Dr. Julian Hunter dice en su informe sobre las viviendas de los trabajadores rurales, informe que hace época:

«Los costes de la existencia del hind» (nombre del trabajador agrícola en los tiempos de la servidumbre de la gleba) «están fijados en la cantidad más baja posible con la que pueda vivir ... su salario y su cobijo no se calculan por el beneficio

<sup>149</sup> El número de pastores de ovejas aumentó de 12.517 a 25.559.

<sup>150</sup> *Census, etc., loc. cit.*, pág. 36.

<sup>151</sup> ROGERS, *loc. cit.*, pág. 693). «The peasant has again become a serf.» *Loc. cit.*, pág. 10. El señor Rogers pertenece a la escuela liberal, es amigo personal de Cobden y Bright y, por lo tanto, no es ningún laudator temporis acti.<sup>\*190</sup>

\*188 Luego de tantas inflexiones de las cosas.

\*189 Por reglas del arte.

\*190 Cantor del tiempo pasado.

que se saca de él. Es un cero en los cálculos del arrendatario<sup>152</sup> ... Sus medios de subsistencia se tratan siempre como una cantidad fija.»<sup>153</sup> «En cuanto a cualquier reducción ulterior de sus ingresos, puede decir: nihil habeo, nihil curo.<sup>\*191</sup> No teme el futuro porque no dispone de nada, salvo lo imprescindible absolutamente para su existencia. Ha alcanzado el punto de congelación del que parten, como de un dato, los cálculos del arrendatario. Ocurra lo que ocurra, no tiene parte alguna en la fortuna buena ni en la mala.»<sup>154</sup>

El año 1863 se realizó una encuesta oficial sobre la situación de alimentación, vivienda y empleo de los delincuentes condenados a destierro y a trabajos forzados. Los resultados se recogen en dos voluminosos libros azules.

«Una comparación cuidadosa», se lee entre otras cosas, «de la dieta de los delincuentes de las cárceles de Inglaterra con la de los pobres de los workhouses y la de los trabajadores agrícolas libres del mismo país muestra indiscutiblemente que los primeros están mucho mejor alimentados que cualquiera de las otras dos clases»,<sup>155</sup> mientras que «la cantidad de trabajo exigida a un condenado a trabajos forzados públicos es aproximadamente la mitad de la ejecutada por el trabajador agrícola corriente.»<sup>156</sup>

Unos pocos testimonios característicos: John Smith, director de la cárcel de Edinburgh, en su interrogatorio.

N.º 5056: «La dieta de las prisiones inglesas es mucho mejor que la de los trabajadores agrícolas corrientes.» N.º 5.057: «Es un hecho que los trabajadores agrarios corrientes de Escocia no obtienen algo de carne sino muy de vez en cuando.» N.º 3.047: «¿Conoce usted alguna razón de la necesidad de alimentar a los delincuentes mucho mejor (much better) que a los trabajadores agrícolas corrientes? Desde luego que no.» N.º 3.048: «¿Considera usted oportuno hacer más experimentos para aproximar la dieta de los presos condenados a trabajos forzados públicos a la dieta de los trabajadores agrícolas corrientes?»<sup>157</sup> «El trabajador agrí-

<sup>152</sup> *Public Health. Seventh Report*, Lond. 1856, pág. 242. «The cost of the hind is fixed at the lowest possible amount on which he can live ... the supplies of wages or shelter are not calculated on the profit to be derived from him. He is a zero in farming calculations.» Por eso no es nada insólito que el arrendador de la vivienda aumente el alquiler en cuanto que se entera de que el trabajador gana algo más, o de que el empresario agrícola ha reducido el jornal del trabajador «porque su mujer ha encontrado trabajo». (*Loc. cit.*)

<sup>153</sup> *Loc. cit.*, pág. 135.

<sup>154</sup> *Loc. cit.*, pág. 134.

<sup>155</sup> *Report of the Commissioners ... relating to Transportation and Penal Servitude*, Lond. 1863, pág. 42, n.º 50.

<sup>156</sup> *Loc. cit.*, pág. 77, *Memorandum by the Lord Chief Justice*.

<sup>157</sup> *Loc. cit.*, vol. II, Evidence.

\*191 Nada tengo, de nada me preocupo.



cola», se lee, «podría decir: yo trabajo duro y no tengo para comer suficientemente. Cuando estaba en la cárcel, no trabajaba tanto y tenía comida en abundancia, y, por lo tanto, me conviene más estar en la cárcel que en libertad.»<sup>158</sup>

El siguiente resumen comparativo está compuesto a base de las tablas puestas en apéndice al primer volumen del informe.

Montante semanal de la alimentación<sup>158a</sup>

	Elementos nitro- genados	Elementos no nitro- genados	Elementos minerales	Suma total
	onzas	onzas	onzas	onzas
Delincuente de la cárcel de Portland	28,95	150,06	4,68	183,69
Marinero de la marina real	29,63	152,91	4,52	187,06
Soldado	25,55	114,49	3,94	143,98
Carrocer (obrero)	24,53	162,06	4,23	190,82
Tipógrafo	21,24	100,83	3,12	125,19
Trabajador agrícola	17,73	118,06	3,29	139,08

El resultado general de la comisión médica de investigación de 1863 acerca de la situación de alimentación de las clases populares peor alimentadas es ya conocido por el lector. Éste recordará que la dieta de gran parte de las familias trabajadoras rurales se encuentra por debajo del mínimo «para defenderse de las enfermedades por subalimentación». Así ocurre, concretamente, en todos los distritos puramente agrícolas de Cornwall, Devon, Somerset, Wilts, Stafford, Oxford, Berks y Herts.

«La alimentación que recibe el trabajador agrícola», dice el Dr. Smith, «es mayor de lo que indica la cantidad media, porque él mismo recibe una parte de los alimentos —imprescindible para su trabajo— mucho mayor que la que reciben los demás miembros de su familia, y en los distritos más pobres casi toda la carne o grasa animal. La cantidad de alimento que corresponde a la mujer, y lo mismo a los niños en su período de rápido crecimiento, es en muchos casos, y en todos los condados, deficiente, sobre todo en nitrógeno.»<sup>159</sup>

Los mozos y las mozas que viven con los arrendatarios mismos se alimentan abundantemente. Su número disminuyó de 288.277 en el año 1851 a 204.962 en el año 1861.

«El trabajo de las mujeres en los campos», dice el Dr. Smith, «por muchos que sean los inconvenientes que lo acompañan, es de gran beneficio para la familia en las presentes circunstancias, pues le proporciona los medios para calzado, vestido y pago de la renta de la vivienda y le permite así comer mejor.»<sup>160</sup>

<sup>158</sup> *Loc. cit.*, vol. I, Appendix, pág. 280.

<sup>158a</sup> *Loc. cit.*, págs. 274, 275.

<sup>159</sup> *Public Health. Sixth Report, 1863*, págs. 238, 249, 261, 262.

<sup>160</sup> *Loc. cit.*, pág. 262.

Uno de los resultados más notables de esta investigación fue que el trabajador agrícola está considerablemente peor alimentado en Inglaterra que en las demás partes del Reino Unido («is considerably the worst fed»), como lo muestra la tabla.

Consumo semanal de carbono y nitrógeno por el trabajador rural medio

	Carbono granos	Nitrógeno granos
Inglaterra	40.673	1.594
Gales	48.354	2.031
Escocia	48.980	2.348
Irlanda	43.366	2.434 <sup>161</sup>

<sup>161</sup> *Loc. cit.*, pág. 17. El trabajador agrícola inglés recibe sólo 1/4 de la leche que recibe el irlandés, y sólo 1/2 del pan y la harina que recibe éste. Ya A. Young observó a principios de este siglo en su *Tour through Ireland* la mejor alimentación del irlandés. La causa es, sencillamente, que el pobre arrendatario irlandés es incomparablemente más humano que el rico inglés. Por lo que hace a Gales, los datos no se aplican a su suroeste. «Todos los médicos de allí concuerdan en que el aumento de la cuota de mortalidad por la tuberculosis, la escrófula, etc., se intensifica al empeorar la situación física de la población, y todos atribuyen ese empeoramiento a la pobreza. El sustento diario del trabajador agrícola se estima allí en 5 d., y en muchos distritos el colono» (en la miseria él mismo) «paga menos. Un bocado de carne salada, seca hasta ponerse tan dura como la caoba y apenas merecedora del difícil proceso de la digestión, o un poco de tocino, sirven para dar sabor a una gran cantidad de caldo, de harina y puerros, o de puré de avena, y ése es día tras día el almuerzo del trabajador agrícola... El progreso de la industria tuvo para él la consecuencia de substituir, en ese clima duro y húmedo, el sólido paño de hilado casero por baratos artículos de algodón y bebidas más alimenticias por un té 'nominal' ... Luego de estar expuesto durante largas horas al viento y a la lluvia, el labrador vuelve a su cottage para sentarse junto a un fuego de turba o de pelotas hechas de barro y desechos de carbón que arrojan nubes de carbónico y sulfuroso. Las paredes de la choza son de barro y piedras, el suelo de tierra desnuda, de la que estaba allí antes de levantar la choza; el tejado es una masa de paja suelta e hinchada. Toda grieta está taponada para conservar el calor, y el labrador toma la cena con su mujer y sus hijos en una atmósfera de hedor diabólico, con un suelo fangoso bajo los pies y, a menudo, con su única ropa puesta, secándosele en el cuerpo. Unos parteros forzados a pasar parte de la noche en esas chozas han descrito cómo se les metían los pies en el barro del suelo y cómo se veían obligados a abrir —¡trabajo fácil!— un agujero en la pared para procurarse un pequeño respiradero privado. Numerosos testigos de varios rangos documentan que el campesino subalimentado (underfed) está expuesto cada noche a éstas y otras influencias malsanas, y ciertamente no faltan pruebas de cuál es el resultado, un pueblo debilitado y escrofuloso... Las comunicaciones de los funcionarios de las parroquias de Caermarthenshire y Cardiganshire muestran contundentemente la misma situación. A lo que hay que añadir



«Cada página del informe del Dr. Hunter», dice el Dr. Simon en su informe sanitario oficial, «da testimonio de la insuficiente cantidad y la mísera calidad de la vivienda de nuestro trabajador agrícola. Y desde hace muchos años su situación ha ido empeorando progresivamente en este aspecto. Ahora le es mucho más difícil encontrar vivienda, y, cuando la encuentra, responde mucho menos a sus necesidades que desde hace siglos, tal vez. El mal se encuentra en rápido aumento sobre todo en los últimos 30 ó 20 años, y la situación de la vivienda del hombre del campo es ahora sumamente lamentable. El trabajador del campo está completamente desvalido en esta cuestión, salvo que los que se enriquecen con su trabajo consideren que vale la pena tratarlo con una especie de compasiva consideración. El que encuentre vivienda en la tierra que labra, el que la vivienda sea humana o de cerdo, el que tenga un huertecillo, que tanto aligera el peso de la pobreza, nada de eso depende de su disposición o de su capacidad de pagar un alquiler adecuado, sino del uso que otros gusten hacer del 'derecho a hacer con su propiedad lo que quieran'. Por grande que sea el predio arrendado, no hay ninguna ley que diga que en él tenga que haber un número determinado de viviendas para los trabajadores, por no hablar ya de viviendas decentes; tampoco reserva la ley al trabajador ni el mínimo derecho a la tierra para la que su trabajo es tan necesario como la lluvia y el sol ... Una circunstancia notoria arroja contra él en el platillo de la balanza un peso todavía mayor..., la influencia de la ley de pobres, con sus disposiciones sobre el domicilio y el gravamen del impuesto en favor de los pobres.<sup>163</sup> Bajo la influencia de la ley, toda parroquia está interesada económicamente en reducir al mínimo el número de trabajadores agrícolas residentes en ella; pues, desgraciadamente, el trabajo agrícola, en vez de asegurar al trabajador de tan duras faenas y a su familia una independencia segura y permanente, los suele llevar a la pobreza por rodeos más cortos o más largos, a

una peste todavía mayor, la extensión del idiotismo. Y encima los rasgos del clima. Enérgicos vientos del suroeste soplan por todo el país durante 8 ó 9 meses al año, con un séquito de torrentes de lluvia que se descargan principalmente en las vertientes occidentales de las colinas. Los árboles son escasos, salvo en zonas a cubierto; donde no tienen protección, son literalmente aventados. Las chozas se encogen debajo de cualquier terraza del monte, a menudo incluso en una vaguada o una cantera; sólo pueden vivir en los prados ovejas diminutas y el vacuno del lugar... Los jóvenes se van a los distritos mineros orientales de Glamorgan y Monmouth... Caermarthenshire es el semillero de la población de las minas, y su asilo de inválidos... A duras penas se mantiene la cifra de población. Así en Cardiganshire:

	1851	1861
Sexo masculino:	45.155	44.446
Sexo femenino:	52.459	52.995
	<hr/>	<hr/>
	97.614	97.401.»

(Report del DR. HUNTER en *Public Health. Seventh Report, 1864*, Lond. 1865, págs. 498-502 passim.)

<sup>163</sup> Esa ley se ha mejorado algo en 1865. Pronto se verá por experiencia que semejantes chapuzas no sirven para nada.

una pobreza que está tan cerca durante todo el camino que cualquier enfermedad o cualquier transitoria falta de trabajo impone directamente el recurso a la parroquia; y por eso todo asentamiento de una población labradora en una parroquia es evidentemente un aumento de su impuesto de pobreza... A los grandes terratenientes<sup>163</sup> les basta con decretar que no hay ninguna vivienda de trabajador en sus tierras para liberarse inmediatamente de la mitad de su responsabilidad por los pobres. Hasta qué punto la constitución inglesa y la ley deseaban ese tipo de propiedad absoluta de la tierra que permite a un landlord que 'hace con lo suyo propio lo que quiere' tratar a los que trabajan la tierra como extraños y expulsarlos de su territorio, es un problema cuya discusión no cae dentro de mi informe... Este poder de evicción no es mera teoría. Se aplica prácticamente a la mayor escala. Es una de las circunstancias que dominan la situación de la vivienda del trabajador rural... Se puede estimar la extensión del mal por el último censo, según el cual el derribo de casas, pese al aumento de demanda local de ellas, aumentó durante los últimos 10 años en 821 distritos diferentes de Inglaterra, de manera que —prescindiendo de las personas que se vieron obligadas a convertirse en no-residentes» (no residentes en la parroquia en la que trabajan)— «en 1861, comparado con 1851, una población que había aumentado en un 5 1/3 % fue comprimida en una superficie habitable reducida en un 4 1/2 % ... En cuanto que el proceso de despoblación alcanza su objetivo, el resultado, dice el Dr. Hunter, es una aldea-espectáculo (show-village) de pocos cottages, en los que no pueden vivir más que pastores de ovejas, hortelanos, jardineros y guardas de caza, criados fijos que reciben de sus distinguidas señorías el buen trato habitual en su clase.<sup>164</sup> Pero la tierra necesita labranza, y se hallará que los trabajadores ocupados en ello no son inquilinos del terrateniente, sino que proceden de una aldea cercana, tal vez distante 3 millas, en la que los recogió un numeroso grupo de pequeños propietarios de casas, una vez destruidos sus cottages de las aldeas cerradas. Donde las cosas discurren hacia ese resultado, los cottages suelen testimoniar, por su mísero aspecto, el destino al que están condenados. Se los encuentra en todos los estadios de la decadencia natural. Mientras no se hunde el tejado, se permite al trabajador pagar renta por él, y el trabajador está a menudo muy satisfecho de poder hacerlo, aunque tenga que pagar el precio de una buena vivienda. Pero ni reparaciones ni mejoras que no pueda pagar el inquilino, que no tiene un céntimo. Cuando al final se hace com-

<sup>163</sup> Para la comprensión de lo que sigue: close villages (aldeas cerradas) se llaman aquellas cuyos propietarios son unos pocos grandes landlords,<sup>\*192</sup> o sólo uno; open villages (aldeas abiertas) aquellas cuya tierra pertenece a muchos propietarios menores. En estos últimos lugares pueden edificar los especuladores de la construcción cottages y casas de huéspedes.

<sup>164</sup> Estas aldeas son muy bonitas, pero tan irreales como las que vio Catalina II durante su viaje a Crimea. En los últimos tiempos expulsan de esos show-villages también a los pastores de ovejas. P. e., cerca de Market Harborough hay unas brañas de unos 500 acres que sólo exigen el trabajo de un hombre. Para reducir las largas marchas por esas extensas superficies, los hermosos pastos de Leicester y Northampton, el pastor solía recibir un cottage en la quinta. Ahora le dan para vivienda el decimotercer shilling, y tiene que buscársela en la lejana aldea abierta.

\*192 Terratenientes.



pletamente inhabitable, todo lo que ha pasado es que hay un cottage en ruina más y tanto menos impuesto de pobres para el futuro. Mientras los grandes propietarios se sacuden así el impuesto de pobres mediante la despoblación de la tierra que ellos controlan, la pequeña ciudad agrícola o la aldea abierta más próxima acogen a los trabajadores expulsados; digo que la más próxima, pero esa 'proximidad' puede consistir en 3 ó 4 millas de la granja en la que diariamente tiene que derrengarse el trabajador. Así se añade a su tarea diaria, como si no fuera nada, la necesidad de una marcha diaria de 6 u 8 millas para ganarse el pan de cada día. Todo el trabajo agrícola realizado por su mujer y sus hijos procede ahora en esas mismas circunstancias agravantes. Y no es eso todo el daño que le causa la expulsión. En la aldea abierta los especuladores de la construcción compran retales de terreno que siembran lo más apretadamente que pueden de tugurios de lo más mísero. Y en esas viviendas lamentables, que hasta cuando dan al campo abierto comparten las características más monstruosas de las peores viviendas urbanas, se acurrucan los trabajadores agrícolas de Inglaterra<sup>165</sup> ... Por otra parte, no hay que imaginarse que el trabajador alojado en la tierra que labra tenga una vivienda como la que merece su vida industriosa y productiva. Su cottage es a menudo del tipo más lamentable, incluso en las posesiones principescas. Hay landlords que consideran que un establo basta para sus trabajadores y familias, pese a lo cual no dejan de arrancar con su alquiler

<sup>165</sup> «Las casas de los trabajadores» (en las localidades abiertas, las cuales, naturalmente, están siempre superllenas) «suelen estar edificadas en filas, con la parte trasera en el último borde del trozo de terreno propiedad del especulador de la construcción. Por eso no tienen más entrada de luz y aire que la de la fachada.» (Report del DR. HUNTER, *loc. cit.*, pág. 135.) «Muy a menudo el cervecero o el tendero del lugar es además arrendador de viviendas. En este caso, el trabajador agrícola halla en él otro amo, además del colono. Y al mismo tiempo tiene que ser cliente suyo. Con 10 sh. a la semana, menos una renta anual de 4 libr. est., está obligado a comprar su modicum<sup>\*193</sup> de té, azúcar, harina, jabón, velas y cerveza a los precios que quiera el tendero.» (*Loc. cit.*, pág. 132.) Esas aldeas abiertas son en realidad las «colonias penales» del proletariado agrícola inglés. Muchos cottages son puras hospederías por las que pasa toda la gentecilla vagabunda de la zona. El labrador y su familia, que muchas veces habían preservado, de un modo verdaderamente milagroso, su laboriosidad y su pureza de carácter en las situaciones más sucias, se hunden aquí lisa y llanamente. Está de moda, naturalmente, entre los shylocks<sup>\*194</sup> distinguidos, alzar los hombros farisaicamente ante los especuladores de la construcción y los pequeños propietarios de las localidades abiertas. Saben muy bien que sus «aldeas cerradas y aldeas-espectáculo» son la cuna de las «aldeas abiertas» y no podrían existir sin éstas. «Si no fuera por los pequeños propietarios de las localidades abiertas, la mayor parte de los trabajadores agrícolas tendría que dormir debajo de los árboles de las propiedades en las que trabajan.» (*Loc. cit.*, pág. 135.) El sistema de las aldeas «abiertas» y «cerradas» domina en todos los Midlands y en todo el este de Inglaterra.

\*193 Pequeña cantidad.

\*194 Avaros, por el nombre de Shylock, el personaje del *Mercader de Venecia*, de Shakespeare.

todo el dinero que pueden.<sup>166</sup> Puede tratarse de una simple choza que amenaza ruina, de una sola habitación, sin hogar, sin retrete, sin ventana practicable, sin más agua que la del canalón, sin huerto; el trabajador está indefenso contra esa iniquidad. Y nuestras leyes sanitarias (The Nuisances Removal Acts) son letra muerta. Precisamente está confiada su ejecución a los propietarios que alquilan semejantes agujeros ... No hay que dejarse deslumbrar por excepcionales escenarios más luminosos acerca del predominio aplastante de estos hechos que son una mancha y una vergüenza para la civilización inglesa. La situación tiene que ser en verdad escalofriante cuando, pese a la evidente monstruosidad del presente alojamiento, observadores competentes llegan unánimemente al resultado final de que incluso la indignidad general de las viviendas es un mal infinitamente menos agobiante que su mera insuficiencia numérica. Las rebosantes viviendas de los trabajadores agrícolas eran desde hace años objeto de profunda amargura no sólo para las personas preocupadas por la salud, sino también para todas aquellas que estiman una vida decente y moral. Pues repetidamente, con expresiones tan uniformes que parecen estereotipadas, los informadores, al hablar de la extensión de enfermedades epidémicas en los distritos agrícolas, denuncian la situación rebosante de las casas como una causa que condena totalmente cualquier intento de detener el progreso de una epidemia que se haya implantado ya. Y repetidamente se ha probado que, pese a las muchas influencias salutíferas de la vida rural, la aglomeración, que tanto acelera la extensión de las enfermedades contagiosas, facilita también la aparición de enfermedades no contagiosas. Y las personas que han denunciado esa situación no silencian tampoco otro mal. Incluso cuando su tema inicial era sólo la sanidad, se veían casi obligadas a referirse a los demás aspectos del objeto. Como mostraban lo frecuentemente que ocurre que personas adultas de ambos sexos, casadas y no casadas, queden amontonadas (huddled) en reducidos dormitorios, sus informes tenían que suscitar la convicción de que en esas circunstancias se hieren del modo más grosero los sentimientos de pudor y decencia, y toda moralidad se arruina casi inevitablemente<sup>167</sup> ... P. e., en el Appendix de

<sup>166</sup> «El arrendador de la casa» (el colono arrendatario de la tierra o el landlord) «se enriquece directa o indirectamente gracias al trabajo de un hombre al que paga 10 sh. por semana, y luego le pellizca al pobre hombre 4 ó 5 libr. est. de alquiler anual de unas casas que en el mercado libre no valen ni 20 libr. est., pero se mantienen a su artificioso precio por el poder que tiene el propietario de decir: 'Alquila mi casa, o lárgate y búscate alojamiento en otra parte, y sin informes míos sobre tu trabajo' ... Si un hombre quiere mejorar yéndose a poner raíles con una ferrocarrilera, o a una cantera, el mismo poder acude diciéndole: 'Trabaja para mí por ese bajo salario o márchate dentro de una semana; llévate el cerdo, si lo tienes, y mira a ver qué sacas de las patatas que tienes en el huerto'. O bien, si lo que interesa es lo contrario, el propietario» (o el colono) «prefiere a veces en esos casos subir el alquiler, como pena por la deserción de su servicio.» (DR. HUNTER, *loc. cit.*, pág. 132.)

<sup>167</sup> «Las parejas recién casadas no son ningún estudio edificante para los hermanos y las hermanas ya adultos que duermen en la misma habitación; y aunque no está permitido registrar ejemplos, hay disponibles datos suficientes para justificar la observación de que el destino de las mujeres que intervienen en el crimen de incesto es un sufrimiento grande, y a menudo la muerte.» (DR. HUNTER, *loc. cit.*, pág. 137.) Un funcionario rural de la policía que ha servido



mi último informe el Dr. Ord, en su informe sobre la explosión de la fiebre en Wing, Buckinghamshire, cuenta que un joven de Wingrave llegó allí con fiebre. Los primeros días de su enfermedad durmió en una habitación con otras 9 personas. En dos semanas cogieron la fiebre varias personas, 5 de las 9 en el curso de pocas semanas, y una murió. Al mismo tiempo el Dr. Harvey, del St. Georges Spital, que visitó Wing durante la epidemia por asuntos de su ejercicio privado, me informó en el mismo sentido: 'Una mujer joven, enferma de la fiebre, dormía por la noche en una habitación con su padre, su madre, su hijo natural, dos jóvenes hermanos suyos y sus dos hermanas, cada una de ellas con un hijo natural: en total 10 personas. Pocas semanas antes dormían 13 niños en la misma habitación'.<sup>168</sup>

El Dr. Hunter investigó 5.375 cottages de trabajadores agrícolas, no sólo en los distritos agrícolas puros, sino en todos los condados de Inglaterra. De esos 5.375, 2.195 sólo tenían un dormitorio (que a menudo era también cuarto de estar); 2.930 sólo tenían 2; y 250 tenían más de 2. Voy a presentar un breve florilegio correspondiente a una docena de condados.

### 1. Bedfordshire.

Wrestlingworth: dormitorios, aproximadamente 12 pies de largo y 10 de ancho, aunque muchos son más pequeños. La pequeña choza de un piso se divide a menudo con tabloncillos en dos dormitorios, muchas veces una cama en una cocina de 5 pies 6 pulgadas de altura. Alquiler 3 libr. est. Los arrendatarios se tienen que hacer el retrete; el propietario de la casa no facilita más que un agujero. En cuanto que uno construye un retrete, todo el vecindario lo usa. Una casa llamada Richardson, de belleza inigualable. Las paredes de argamasa estaban combadas como un vestido de señora al inclinarse en reverencia. Uno de los hastiales era convexo, y el otro cóncavo, y, desgraciadamente, encima de este último había una chimenea, un tubo torcido de barro y madera, como una trompa de elefante. Un largo palo servía de apoyo para impedir la caída de la chimenea. La puerta y las ventanas, romboidales. De 17 casas visitadas, sólo 4 con más de 1 dormitorio, y esas 4 rebo-

muchos años de detective en los peores barrios de Londres dice de las muchachas de su aldea: «Su grosera inmoralidad en edad temprana, su desvergüenza e impudor, no los he visto alcanzar nunca durante mi vida de policía en las peores zonas de Londres ... Viven como cerdos: chicos y chicas mayores, padres y madres, todos duermen juntos en la misma habitación.» (*Child. Empl. Comm., Sixth Report*, Lond. 1867, Appendix, pág. 77, n. 155.)

<sup>168</sup> *Public Health. Seventh Report, 1864*, págs. 9-14, passim.

santes. Los cots de una plaza albergaban a 3 adultos con 3 hijos, una pareja casada con 6 hijos, etc.

Dunton: alquileres altos, de 4 a 5 libr. est., semana de los hombres, 10 sh. Esperan poder ganar para el alquiler trenzando paja toda la familia. Cuanto más elevado el alquiler, tanto mayor el número de personas que se juntan para pagarlo. Seis adultos, con 4 niños en un dormitorio, pagan 3 libr. est. 10 sh. La casa más barata de Dunton, por fuera 15 pies de largo, 10 de ancho, alquilada por 3 libr. est. Sólo una de las 14 casas investigadas tenía dos dormitorios. Algo antes de la aldea una casa, con las paredes externas sucias de heces de sus habitantes, las 9 pulgadas de abajo de la puerta desaparecidas por simple proceso de putrefacción; unos ladrillos puestos desde dentro por la noche, oportunamente, al cerrar la puerta, y recubiertos con un poco de esterilla. Media ventana había recorrido ya el camino de todo lo carnal, acompañada del vidrio y del marco. Allí estaban amontonados, sin muebles, 3 adultos y 5 niños. Dunton no es peor que el resto de la Biggleswade Union.

### 2. Berkshire.

Beenham: en junio de 1864 vivían un hombre, una mujer y 4 niños en un cot (cottage de un solo piso). Una hija volvió de servir con escarlatina. Murió. Un niño enfermó y murió. La madre y un niño sufrían el tifus cuando llamaron al Dr. Hunter. El padre y un niño durmieron fuera, pero la dificultad de asegurar aislamiento se comprobó aquí porque la ropa de cama de la casa afectada por la fiebre estaba en la llena plaza del mercado de la mísera aldea, esperando la colada. El alquiler de la casa de H. 1 sh. semanal; un dormitorio para una pareja y 6 niños. Una casa alquilada por 8 d. (semanales), 14 pies 6 pulgadas de largo, 7 pies de ancho, cocina 6 pies de altura; el dormitorio sin ventana, hogar, puerta ni apertura, salvo hacia el pasillo; sin huerto. Hace poco vivía aquí un hombre con dos hijas adultas y un hijo menor; el padre y el hijo dormían en la cama, las muchachas en el pasillo. Cada una de ellas tuvo un niño mientras la familia vivía aquí, pero una de ellas fue al workhouse para dar a luz, y luego volvió a casa.

### 3. Buckinghamshire.

30 cottages —en 1.000 acres de terreno— contienen aquí aproximadamente 130-140 personas. La parroquia de Bradenham abarca 1.000



acres; en 1851 tenía 36 casas y una población de 84 hombres y 54 mujeres. Curado el desequilibrio entre los sexos en 1861, que contaba con 98 de sexo masculino y 87 de sexo femenino, aumentó en 10 años de 14 hombres y 33 mujeres. Mientras tanto el número de casas había disminuido en 1.

Winslow: gran parte construcción nueva de buen estilo; la demanda de casas parece importante, porque cots muy míseros alquilados a 1 sh. y 1 sh. 3 d. semanales.

Water Eaton: los propietarios han derribado aproximadamente el 20 % de las casas existentes, y eso a la vista de la creciente población. Un pobre trabajador que tenía que recorrer unas 4 millas hasta su lugar de trabajo, contestó a la pregunta de si no podría encontrar algún cot más cerca: «No, se guardarán como condenados de acoger a un hombre con una familia tan numerosa como la mía».

Tinker's End, cerca de Winslow: un dormitorio con 4 adultos y 5 niños, 11 pies de largo, 9 pies de ancho, 6 pies 5 pulgadas de altura en el punto más alto; otro, 11 pies 7 pulgadas de largo, 9 pies de ancho, 5 pies 10 pulgadas de alto, albergaba a 6 personas. Cada una de esas familias tenía menos espacio que el necesario para un condenado a galeras. Ninguna casa tenía más de un dormitorio; ninguna tenía puerta trasera. Agua muy pocas veces. Alquiler semanal de 1 sh. 4 d. a 2 sh. En 16 casas estudiadas sólo un hombre que ganara 10 sh. semanales. El suministro de aire concedido a cada persona en el caso mencionado corresponde al que disfrutaría si estuviera encerrada durante la noche en una caja de 4 pies cúbicos. Es verdad que estas viejas chozas ofrecen gran cantidad de ventilación espontánea.

#### 4. *Cambridgeshire.*

Gamblingay pertenece a varios propietarios. Contiene los cots más miserables que se pueden encontrar en ninguna parte. Mucho trenzado de paja. Un desánimo mortal, una entrega desesperanzada a la suciedad domina en Gamblingay. La desidia que hay en el centro es ya tortura en los extremos, norte y sur, donde las casas se pudren a pedazos. Los landlords absentistas sangran ricamente este pobre rincón. Los alquileres son muy elevados; de 8 a 9 personas embutidas en un dormitorio individual, en dos casos 6 adultos, con 1 y 2 niños respectivamente, en una alcoba pequeña.

#### 5. *Essex.*

En este condado la disminución de personas y la de cottages van juntas en muchas parroquias. Pero en no menos de 22 parroquias el derribo de casas no ha detenido el aumento de población, o no ha provocado la expulsión que procede en todas partes bajo el nombre de «emigración a las ciudades». En Fingringhoe, parroquia de 3.443 acres, había en 1851 145 casas, en 1861 ya sólo 110, pero la gente no quería irse y consiguió multiplicarse incluso sometida a ese tratamiento. En Ramsden Crays 252 personas habitaban en 1851 61 casas, pero en 1861 262 personas se estrujaban en 49 casas. En Basildon vivían en 1851 157 en 35 casas situadas en 1.827 acres; a finales del decenio 180 personas en 27 casas. En las parroquias de Fingringhoe, South Fambridge, Widford, Basildon y Ramsden Crays vivían en 1851 1.392 personas en 316 casas situadas en 8.449 acres; en 1861, en la misma superficie, 1.473 personas en 249 casas.

#### 6. *Herefordshire.*

Este pequeño condado ha sufrido por el «espíritu eviccionista» más que cualquier otro de Inglaterra. En Madley los cottages más llenos, generalmente de 2 dormitorios, suelen pertenecer a los renteros de las tierras. Los alquilan fácilmente por 3 ó 4 libr. est. al año y pagan un salario semanal de 9 sh.

#### 7. *Huntingdonshire.*

Hartford tenía en 1851 87 casas; poco después, 19 cottages derribados en esta pequeña parroquia de 1.720 acres; población: 1831, 453 personas; 1851, 382, y 1861, 341. Catorce cots estudiados de una sola plaza para dormir. En uno, 1 pareja casada, 3 hijos adultos, 1 muchacha adulta, 4 niños, total 10; en otro, 3 adultos, 6 niños. Una de esas habitaciones, en la que dormían 8 personas, tenía 12 pies 10 pulgadas de largo, 12 pies 2 pulgadas de ancho, 6 pies 9 pulgadas de altura; la dimensión media, sin restar los saledizos, arrojó aproximadamente 130 pies cúbicos por cabeza. En las 14 alcobas, 34 adultos y 33 niños. Estos cottages, rara vez provistos de huertecillo, pero muchos de los habitantes podían alquilar trocitos de tierra, a 10 ó 12 sh. el rood (1/4 de acre). Estos allotments\*<sup>195</sup> están lejos de las casas, despro-

\*<sup>195</sup> Lotes, parcelas.



vistas de retrete. La familia tiene que llegarse hasta su parcela para depositar sus excrementos, o bien, como —dicho sea con perdón— ocurre aquí, llenar de ellos el cajón de un armario. En cuanto que está lleno, lo sacan y lo llevan a vaciar allí donde su contenido hace falta. En el Japón la circulación de las necesidades vitales procede con más limpieza.

### 8. *Lincolnshire.*

Langtoft: vive aquí un hombre en la casa Wright con su mujer, su madre y 5 niños; la casa tiene cocina delantera, lavadero, dormitorio encima de la cocina; la cocina y el dormitorio tienen 12 pies 2 pulgadas de largo, 9 pies 5 pulgadas de ancho, y la planta completa 21 pies 3 pulgadas de largo, 9 pies 5 pulgadas de ancho. El dormitorio es una buhardilla. Las paredes se unen en el techo como los lados de un pilón de azúcar, y en la fachada se abre una ventana abatible. ¿Por qué vivía allí? ¿Huerto? Pequeñísimo. ¿Alquiler? Elevado, 1 sh. 3 d. semanales. ¿Cerca de su trabajo? No, a 6 millas, de modo que hace diariamente sin fruto una marcha de 12 millas de un lado a otro. Vivía allí porque aquello era un cot alquilable y quería tener un cot para él, en donde fuera, al precio que fuera y en el estado que fuera. Lo que sigue es la estadística de 12 casas de Langtoft, con 12 dormitorios, 38 adultos y 36 niños:

12 casas de Langtoft

casas	alcobas	adultos	niños	número de personas	casas	alcobas	adultos	niños	número de personas
1	1	3	5	8	1	1	3	3	6
1	1	4	3	7	1	1	3	2	5
1	1	4	4	8	1	1	2	0	2
1	1	5	4	9	1	1	2	3	5
1	1	2	2	4	1	1	3	3	6
1	1	5	3	8	1	1	2	4	6

### 9. *Kent.*

Kennington, tristísimamente llena en 1859, cuando asomó la difteria y el médico de la parroquia organizó una encuesta oficial sobre la situación de la clase más pobre del pueblo. Halló que en aquella localidad, en la que hacía falta mucho trabajo, habían derribado varios cots y no habían construido ninguno nuevo. En un distrito había 4 ca-

sas llamadas birdcages (jaulas de pájaros); cada una de ellas tenía 4 habitaciones, de las dimensiones siguientes en pies y pulgadas:

cocina	.....	9,5 × 8,11 × 6,6
lavadero	.....	8,6 × 4,6 × 6,6
alcoba	.....	8,5 × 5,10 × 6,3
alcoba	.....	8,3 × 8,4 × 6,3

### 10. *Northamptonshire.*

Brixworth, Pitsford y Floore: en estas aldeas vagan durante el invierno por las calles 20-30 hombres, por falta de trabajo. Los arrendatarios agrícolas no labran siempre suficientemente sus tierras de pan y sus huertas, y el landlord ha considerado conveniente reunir todas sus parcelas en arriendo en sólo 2 ó 3. De aquí la falta de empleo. Mientras que, a un lado de la zanja, el campo grita pidiendo trabajo, desde el otro los despojados trabajadores le lanzan miradas nostálgicas. Febrilmente agotados de trabajo en verano y medio muertos de hambre en invierno, no sorprende que digan en su dialecto que «the parson and gentlefolks seem frit to death at them».<sup>168a</sup>

En Floore ejemplos de parejas con 4, 5, 6 niños en una alcoba en edición de formato mínimo, lo mismo 3 adultos con 5 niños, lo mismo una pareja con abuelo y 6 niños enfermos de escarlatina, etc.; en 2 casas de 2 alcobas, 2 familias de 8 y 9 adultos, respectivamente.

### 11. *Wiltshire.*

Stratton: 31 casas visitadas, 8 de una sola alcoba; Penhill, en la misma parroquia. Un cot alquilado por 1 sh. 3 d. a la semana, a 4 adultos y 4 niños, no tenía, aparte de buenas paredes, nada bueno, desde el suelo, de piedras groseramente talladas, hasta el tejado de paja podrida.

### 12. *Worcerstershire.*

El derribo de casas, aquí no tan escandaloso; de todos modos, de 1851 a 1861 el personal por casa aumentó de 4,2 a 4,6 individuos.

Badsey: muchos cots y huertos aquí. Algunos empresarios agrícolas dicen de los cots que son «a great nuisance here, because they bring the

<sup>168a</sup> «El cura y los nobles parecen de acuerdo para agotarlos hasta la muerte.»



poor» (los cots son un gran perjuicio porque atraen a los pobres). A la observación de un gentleman:

«No por eso mejoran los pobres; cuando se edifican 500 cots, se alquilan como mantecadas; en realidad, cuantos más se edifican más son los que hacen falta»

—o sea, que, según él, las casas producen habitantes que, por ley natural, presionan sobre «los medios de habitación»—, contesta el doctor Hunter:

«Bien: esos pobres tienen que venir de algún sitio; y como en Badsey no existe ningún atractivo especial, como podrían serlo caritativos dones, tiene que existir repulsión de algún lugar todavía más incómodo, repulsión que los empuja hacia aquí. Si todo el mundo pudiera encontrar un cot y un pedacito de tierra cerca de su lugar de trabajo, seguro que los preferiría a Badsey, donde paga por un puñado de tierra dos veces más que el rentero por la suya.»

La constante emigración a las ciudades, la constante «producción de superfluos» en el campo por la concentración de las tierras en arriendo, la conversión de labrantíos en pastos, la maquinaria, etc., y la constante expulsión de la población rural mediante el derribo de cottages son hechos que van juntos. Cuanto más deshabitado está un distrito, tanto mayor es su «sobrepoblación relativa», tanto mayor su presión sobre los medios de empleo, tanto mayor el exceso absoluto de la población rural respecto de sus medios de alojamiento, tanto mayores, también, en las aldeas la sobrepoblación local y la aglomeración pestilencial de seres humanos. La condensación del revoltijo humano en pequeñas aldeas y mercados dispersos corresponde a la despoblación violenta de la superficie de las tierras. La ininterrumpida conversión de los trabajadores rurales en «superfluos» a pesar de la disminución de su número y al mismo tiempo que aumenta la masa de su producto es la cuna de su pobreza. Su posible pauperismo es un motivo de su expulsión y la principal fuente de su miseria en materia de vivienda, la cual doblega su última capacidad de resistencia y los convierte en puros esclavos de los terratenientes<sup>169</sup> y de los arrendatarios agrícolas, de tal

<sup>169</sup> «La ocupación del trabajador agrícola, querida por Dios, da por sí misma dignidad a su posición. No es un esclavo, sino un soldado de la paz, y merece su lugar en una vivienda puesta a disposición del hombre casado por el landlord que ha reivindicado el derecho a obligarle a trabajar, al modo como procede el país para con el soldado militar. El trabajador agrícola no recibe el precio de mercado de su trabajo, como tampoco lo recibe el soldado. Se le coge, igual que al soldado, mientras es joven e ignorante y no conoce más que su oficio y su

modo que el mínimo salarial se consolida para ellos hasta ser una ley natural. Por otra parte, el campo está al mismo tiempo subpoblado, a pesar de su constante «sobrepoblación relativa». Esto no se manifiesta sólo localmente, en los lugares en que el flujo de los hombres hacia las ciudades, las minas, las construcciones ferrocarrileras, etc., procede demasiado rápidamente, sino que se ve en todas partes, igual en la época de la cosecha que en la primavera y el verano, en los numerosos momentos en que la muy cuidadosa e intensiva agricultura inglesa necesita más manos. Los trabajadores agrícolas son siempre demasiados para las necesidades medias de la agricultura y siempre demasiado pocos para las necesidades excepcionales o temporeras.<sup>170</sup> Por eso en los documentos oficiales se encuentran lamentos contradictorios de unas mismas localidades a la vez por falta y por exceso de trabajo. La falta temporal o local de mano de obra no provoca ninguna subida del salario, sino que manda a los campos mujeres y niños, bajando a edades cada vez menores. En cuanto que la explotación de mujeres y niños cobra dimensiones importantes, se convierte por su parte en un nuevo medio para hacer superfluo al trabajador agrícola masculino y mantener bajo su salario. En el este de Inglaterra florece un hermoso fruto de

aldea. La boda temprana y el manejo de las varias leyes sobre el domicilio influyen en el uno, igual que influyen en el otro el reclutamiento y las leyes penales militares.» (DR. HUNTER, *loc. cit.*, pág. 132.) A veces algún landlord de corazón excepcionalmente tierno se ablanda ante el desierto que ha creado. «Es una cosa melancólica estar solo en la tierra de uno», dijo el conde de Leicester cuando le felicitaron por la terminación de la construcción de Holkham: «Miro alrededor mío y no veo más casa que la mía. Soy el ogro del castillo y me he comido a todos mis vecinos.»

<sup>170</sup> Análogo movimiento desde los últimos decenios en Francia, en la medida en que la producción capitalista se apodera allí de la agricultura y empuja la población rural «superflua» a las ciudades. También aquí empeoramiento de la situación de la vivienda y demás circunstancias en el lugar de origen de esos «superfluos». Sobre el peculiar «proletariat foncier»<sup>\*196</sup> incubado por el sistema parcelario véase, entre otras cosas, el escrito de Colins antes citado, y también KARL MARX, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*, 2.<sup>a</sup> ed. Hamburg 1869, págs. 88 ss. En 1846 la población urbana de Francia era el 24,42 %, la rural el 75,58 %; en 1861 la urbana era el 28,86 %, la rural el 71,14 %. En los últimos 5 años la disminución de los porcentajes rurales de la población es aún mayor. Ya en 1846 cantaba Pierre Dupont en sus *Ouvriers*:

«Mal vestidos, metidos en boquetes,  
Bajo cascotes, entre los escombros,  
Vivimos con los búhos  
Y ladrones, amigos de las sombras.»

\*196 Proletariado agrícola.



ese cercle vicieux,\*<sup>197</sup> el llamado sistema de gangs (sistema de grupos o bandas), al que me referiré de nuevo aquí brevemente.<sup>171</sup>

El sistema de gangs tiene su territorio casi exclusivamente en Lincolnshire, Huntingdonshire, Cambridgeshire, Norfolk, Suffolk y Nottinghamshire, y esporádicamente en los condados vecinos de Northampton, Bedford y Rutland. Sirva aquí de ejemplo Lincolnshire. Gran parte de este condado es nueva, anterior tierra pantanosa o también, como en otros de los condados orientales mencionados, tierra conquistada al mar. La máquina de vapor ha hecho milagros en la desecación de estas tierras. Lo que antes eran limos o arenas sostiene ahora un rico mar de trigo y las rentas más altas. Lo mismo se puede decir de la tierra aluvial conseguida artificialmente, como en la isla de Axholme y las demás parroquias de la orilla del Trent. No sólo no se edificaron nuevos cottages al surgir las nuevas fincas, sino que incluso se derribaron viejos, y se obtiene la mano de obra de las aldeas abiertas, alejadas varias millas, dispuestas a lo largo de las carreteras que serpentean por las colinas. Sólo allí había hallado en otro tiempo la población defensa contra las largas inundaciones invernales. Los trabajadores instalados en las fincas en explotación de 400 a 1.000 acres (aquí los llaman «confined labourers»)\*<sup>198</sup> se dedican exclusivamente a trabajo agrícola duro permanente y ejecutado con caballerías. Por cada 100 acres (1 acre = 40,49 áreas, o sea, 1.584 fanegas prusianas) apenas hay por término medio un cottage. Un arrendatario de este fenland, p. e., declara ante la comisión investigadora:

«La tierra que tengo arrendada se extiende por 320 acres, todo tierra de trigo. No tiene ningún cottage. Ahora vive conmigo un trabajador. Tengo viviendo en los alrededores cuatro hombres que se ocupan de las caballerías. El trabajo ligero, para el que hacen falta muchas manos, lo hacen gangs.»<sup>172</sup>

La tierra requiere mucho trabajo ligero, como escardar las malas hierbas, cavar, hacer ciertas operaciones de fertilización, limpiar de guijarros, etc. Lo realizan los gangs, o bandas organizadas, que residen en las localidades abiertas.

<sup>171</sup> El sexto y último *Report* de la *Child. Empl. Comm.*, publicado a finales de marzo de 1867, trata sólo el sistema de gangs agrícola.

<sup>172</sup> *Child. Empl. Comm.*, VI *Report*, Evidence, pág. 37, n. 173. Fenland = tierra pantanosa.

\*<sup>197</sup> Círculo vicioso.

\*<sup>198</sup> Trabajadores encerrados, presos.

El gang consta de 10 a 40 o 50 personas, a saber, mujeres, jóvenes de ambos sexos (13-18 años), aunque los muchachos suelen abandonarlo a los 13 años, y, por último, niños también de ambos sexos (de 6 a 13 años). En cabeza se encuentra el gangmaster (jefe de gang), que es siempre un trabajador agrícola corriente, y la mayor parte de las veces lo que se llama un mal tipo, un calavera, inconstante, borracho, pero con cierto espíritu emprendedor y savoir-faire.\*<sup>199</sup> Él es el que recluta el gang, que trabaja a sus órdenes, no a las del empresario agrícola. Se suele poner de acuerdo con éste por un destajo, y su ganancia, que por término medio no está muy por encima de la de un trabajador agrícola corriente,<sup>173</sup> depende casi totalmente de la habilidad con que consiga obtener de su banda la mayor cantidad posible de trabajo en el tiempo más breve. Los arrendatarios han descubierto que las mujeres no trabajan en serio más que bajo dictadura masculina, pero que igual ellas que los niños, una vez puestos en marcha, gastan su fuerza vital con verdadero ímpetu, como ya sabía Fourier, mientras que el trabajador masculino adulto es tan traidor que la administra todo lo que puede. El jefe de gang pasa de una finca a otra y consigue así empleo para su banda durante 6-8 meses al año. Por eso trabajar para él es mucho más rentable y seguro para las familias trabajadoras que hacerlo para los varios empresarios arrendatarios, los cuales no emplean a niños sino ocasionalmente. Esta circunstancia robustece su influencia en las localidades abiertas, hasta el punto de que, por regla general, sólo por su mediación es posible ajustar niños. El negocio secundario del jefe de gang consiste en prestar individualmente esos niños, separados del gang.

El «reverso» de este sistema es el exceso de trabajo de los niños y los jóvenes, las marchas enormes que se echan diariamente a la espalda, hasta y desde las fincas, alejadas 5 y 6, y a veces hasta 7 millas, y, por último, la desmoralización del «gang». Aunque el jefe de gang, que en algunas comarcas se llama «the driver» (mayoral), va provisto de una larga vara, la usa muy pocas veces, y las quejas por trato brutal son la excepción. Es un emperador democrático, o una especie de flautista de Hamelin. Necesita, además, popularidad entre sus súbditos, y se los vincula mediante la gitanería que florece bajo sus auspicios. El libertinaje grosero, el alegre desenfreno y la frescura más obscena pres-

<sup>173</sup> De todos modos, algunos jefes de gang han conseguido llegar a ser arrendatarios de fincas de 500 acres, o propietarios de filas enteras de casas.

\*<sup>199</sup> Sabiduría de la vida.



tan alas al gang. Generalmente, el jefe del gang reparte la paga en una taberna, y vuelve a casa en cabeza del grupo, vacilando tal vez, apoyado a derecha e izquierda en robustas mujeres, con los niños y jóvenes detrás haciendo barrabasadas y cantando canciones burlescas e indecentes. En el camino de vuelta está a la orden del día lo que Fourier llama «fanerogamia». Es frecuente que queden preñadas muchachas de trece y catorce años por sus compañeros masculinos de la misma edad. Las aldeas abiertas que suministran el contingente del gang se convierten en Sodomas y Gomorras<sup>174</sup> y arrojan el doble de nacimientos naturales que el resto del reino. Ya antes se indicó lo que dan de sí en cuestión de moral, cuando son ya mujeres casadas, las muchachas educadas en esta escuela. Sus niños son reclutas natos del gang, en la medida en que no se lo impida el opio.

En su forma clásica recién descrita, el gang se llama público, común o vagabundo (public, common or tramping gang). Pues hay también gangs privados (private gangs). Éstos están compuestos igual que el gang común, pero son de menos cabezas y en vez de trabajar a las órdenes de un jefe de gang lo hacen a las de un viejo mozo campesino que el empresario no pueda emplear de otro modo mejor. En éstos desaparece el humor gitano pero, según todos los testimonios, empeoran el pago y el trato dado a los niños.

Es evidente que el sistema de gangs, que en los últimos años se extiende constantemente,<sup>175</sup> no existe por amor del jefe de gang. Existe para enriquecimiento de los grandes empresarios agrícolas<sup>176</sup> o de los grandes terratenientes.<sup>177</sup> Para los arrendatarios no hay método más lógico de mantener a su personal trabajador muy por debajo del nivel normal y, sin embargo, tener siempre a disposición, para todo trabajo

<sup>174</sup> «La mitad de las muchachas de Ludford ha sido arruinada por el gang.» (Loc. cit., Appendix, pág. 6, n. 32.)

<sup>175</sup> «El sistema ha crecido mucho en los últimos años. En algunos lugares se ha introducido hace poco; en otros, en los que es más antiguo, se recluta cada vez más niños, y más pequeños, en el gang.» (Loc. cit., pág. 79, n. 174.)

<sup>176</sup> «Los pequeños arrendatarios no utilizan el trabajo de gang.» «No se utiliza en tierra pobre, sino en tierras que arrojen de 2 libr. est. a 2 libr. est. 10 sh. de renta por acre.» (Loc. cit., págs. 17 y 14.)

<sup>177</sup> A uno de estos caballeros le resultan sus rentas tan sabrosas que declara indignado a la comisión investigadora que todo el griterío se debe exclusivamente al nombre del sistema. De modo que, si en vez de decir «gang», se bautizara al sistema con el nombre de «asociación juvenil industrial-agrícolo-cooperativa de sostén» todo estaría all right.<sup>\*200</sup>

\*200 Perfectamente.

extra, la mano de obra extra necesaria; ni método más lógico para arrancar con la menor cantidad posible de dinero la mayor cantidad posible de trabajo<sup>178</sup> y hacer «superfluo» al trabajador adulto masculino. Con todo eso se entenderá que, por una parte, se reconozca el paro mayor o menor de los campesinos, y, por otra parte, se sostenga al mismo tiempo que el sistema de gangs es «necesario» por la falta de trabajo viril y la emigración de éste a las ciudades.<sup>179</sup> Los campos limpios de malas hierbas y la mala hierba humana de Lincolnshire son el polo y el contrapolo de la producción capitalista.<sup>180</sup>

<sup>178</sup> «El trabajo de gang es más barato que todo otro trabajo: ésa es la causa por la cual se lo utiliza», dice un antiguo jefe de gang. (Loc. cit., pág. 17, n. 14.) «El sistema de gangs es claramente el más barato para el arrendatario, y no menos claramente el más dañino para los niños», dice un arrendatario rural. (Loc. cit., pág. 16, n. 3.)

<sup>179</sup> «No hay duda de que mucha tarea realizada ahora por los niños de los gangs se ejecutaba antes por hombres y mujeres. Donde utilizan a mujeres y niños hay ahora más hombres sin trabajo (more men are out of work) que antes.» (Loc. cit., pág. 43, n. 202.) Frente a eso, p. e.: «La cuestión de la mano de obra (labour question) se está poniendo tan seria en muchos distritos agrícolas, particularmente en los cerealistas, a causa de la emigración y de la facilidad que ofrecen los ferrocarriles para marcharse a las grandes ciudades, que yo» (este «yo» es el del agente rural de un gran señor) «considero absolutamente imprescindibles los servicios de los niños.» (Loc. cit., pág. 80, n. 180.) The Labour Question (la cuestión obrera) significa, en efecto, en los distritos agrícolas ingleses —a diferencia de lo que ocurre en el resto del mundo civilizado— the landlords' and farmers' Question (el problema de los terratenientes y de los arrendatarios): ¿cómo se puede eternizar, pese al aumento de la emigración de los campesinos, una «sobrepoblación relativa» suficiente en el campo y, con ella, el «mínimo de salario» para el trabajador agrícola?

<sup>180</sup> El *Public Health Report* que antes he citado —y en el que, a propósito de la mortalidad infantil, se habla fugazmente del sistema de gangs— no ha sido conocido por la prensa ni, por lo tanto, por el público inglés. En cambio, el último informe de la *Child. Empl. Comm.* ofrecía un bienvenido pienso «sensational» para la prensa. Mientras la prensa liberal preguntaba cómo es posible que los distinguidos gentlemen y ladies<sup>\*201</sup> y prebendados de la iglesia estatal, cuyos enjambres llenan el Lincolnshire, personajes que mandan a los antípodas «Misiones para suavizar las costumbres de los salvajes del Pacífico», han permitido que se desarrollara en sus tierras y ante su vista un sistema semejante, la prensa más distinguida desarrolla exclusivamente consideraciones sobre la grosería y corrupción de los campesinos, capaces de vender sus hijos y entregarlos a semejante esclavitud. Dadas las circunstancias dignas de maldición en que «los más delicados» han confiado al labrador, sería explicable que éste se comiera incluso a sus hijos. Lo realmente asombroso es que el labrador haya preservado la mayor parte de las veces

\*201 Caballeros y damas (de la aristocracia terrateniente).



## f) Irlanda

Para terminar esta sección hemos de pasar a Irlanda un momento. Primero los hechos que importan aquí.

La población de Irlanda había aumentado en 1841 hasta 8.222.664 de personas; en 1851 se había reducido a 6.623.985; en 1861 a 5.850.309; en 1866 a 5 1/2 millones aproximadamente, más o menos su nivel de 1801. La disminución empezó el año del hambre de 1846, y de tal modo que Irlanda ha perdido en menos de 20 años más de 5/16 de su población.<sup>181</sup> Su emigración total de mayo de 1851 a julio de 1865 sumó 1.591.487 personas; la emigración durante los últimos 5 años, 1861-1865, más de medio millón. El número de casas habitadas disminuyó en 1851-1861 en unas 52.990. En 1851-1861 el número de granjas de 15-30 acres aumentó en 61.000, el de granjas de más de 30 acres en 109.000, mientras el número total de granjas disminuía en 120.000, disminución, pues, que se debe exclusivamente a la ruina de las granjas de menos de 15 acres, o sea, a su centralización.

Como es natural, la disminución de población fue acompañada a grandes rasgos por una disminución de la masa de productos. Para nuestros fines basta con considerar los 5 años 1861-1865, durante los cuales emigró más de 1/2 millón y la población absoluta disminuyó en más de 1/3 de millón. (V. tabla A).

su robustez de carácter. Los informes oficiales prueban que los padres mismos condenan el sistema de gangs incluso en los distritos característicos de éstos. «En los testimonios que hemos recogido se encuentran pruebas abundantes de que en muchos casos los padres agradecerían una ley obligatoria que los capacitara para resistirse a las tentaciones y a la presión a que a menudo están sometidos. Unas veces es el funcionario parroquial, otras el empleador de los niños el que, amenazándolos con despedirlos a ellos mismos, los obliga a mandar a sus hijos a trabajar, en vez de a la escuela ... Todo el tiempo y la energía desperdiciados, todo el sufrimiento que produce al labrador y a su familia un cansancio extraordinario e inútil, todos los casos en los que los padres achacan la ruina moral de su hijo a la aglomeración de los cottages o a las sucias influencias del sistema de gangs, aguzan en el pecho de los pobres trabajadores sentimientos que sin duda se comprenderán y que es innecesario detallar. Tienen consciencia de que se les infiere mucho tormento corporal y espiritual mediante circunstancias de las que de ningún modo son responsables, que ellos nunca habrían aceptado si hubiera estado en su mano hacerlo, y para luchar contra las cuales son impotentes.» (*Loc. cit.*, pág. XX, n. 82, y pág. XXIII, n. 96.)

<sup>181</sup> Población de Irlanda: 1801: 5.319.867 personas; 1811: 6.084.996; 1821: 6.869.544; 1831: 7.828.347; 1841: 8.222.664.

Tabla A

Año	Equina		Vacuna		
	total	disminución	total	disminución	aumento
1860	619.811		3.606.374		
1861	614.232	5.579	3.471.688	134.686	
1862	602.894	11.338	3.254.890	216.798	
1863	579.978	22.916	3.144.231	110.659	
1864	562.158	17.820	3.262.294		118.063
1865	547.867	14.291	3.493.414		231.120

  

Año	Ovina			Porcina		
	total	disminución	aumento	total	disminución	aumento
1860	3.542.080			1.271.072		
1861	3.556.050		13.970	1.102.042	169.030	
1862	3.456.132	99.918		1.154.324		52.282
1863	3.308.204	147.928		1.067.458	86.866	
1864	3.366.941		58.737	1.058.480	8.978	
1865	3.688.742		321.801	1.299.893		241.413

Se desprende de la tabla anterior:

Caballos	Vacas	Ovejas	Cerdos
Disminución absoluta	Disminución absoluta	Aumento absoluto	Aumento absoluto
71.944	112.960	146.662	28.821 <sup>182</sup>

Atendamos ahora a la agricultura, que suministra los alimentos para el ganado y para el ser humano. En la tabla siguiente el aumento o la disminución están calculados para cada año respecto del año inmediatamente anterior. El grano abarca trigo, avena, cebada, centeno, alubias y guisantes; las verduras, patatas, turnips,<sup>\*202</sup> acelgas y remolachas, col, zanahorias, parrnips,<sup>\*203</sup> arvejas, etc.

<sup>182</sup> El resultado parecería más desfavorable si retrocediéramos más. Así en el caso de las ovejas: 1865: 3.688.742, y en 1856: 3.694.294; cerdos: 1865: 1.299.893, y en 1858: 1.409.883.

\*202 Nabos.

\*203 Chirivías.







ficios, sin los de los empresarios agrícolas) incluye también los beneficios llamados «profesionales», esto es, los ingresos de abogados, médicos, etc., mientras que las rúbricas C y E —no expuestas— incluyen los ingresos de los funcionarios, los oficiales, los beneficiarios de sinecuras estatales, los acreedores del estado, etc.

Bajo la rúbrica D el aumento de las rentas en promedio anual en 1853-1864 importó sólo 0,93, mientras que en el mismo período ascendía en la Gran Bretaña al 4,58. La tabla siguiente muestra la distribución de los beneficios (con exclusión de los de los empresarios agrícolas) para los años 1864 y 1865:

Tabla E

Rúbrica D. Ingresos por beneficios (por encima de las 60 libr. est.) en Irlanda<sup>185</sup>

	1864		1865	
	Libr. est.	Dividido entre las personas	Libr. est.	Dividido entre las personas
Ingreso anual total de .....	4.368.610	17.467	4.669.979	18.081
Renta anual de más de 60 y menos de 100 libr. est. ....	238.726	5.015	222.575	4.703
Del ingreso anual total .....	1.979.066	11.321	2.028.571	12.184
Resto del ingreso anual total de.....	2.150.818	1.131	2.418.833	1.194
De lo cual .....	1.073.906	1.010	1.097.927	1.044
	1.076.912	121	1.320.906	150
	430.535	95	584.458	122
	646.377	26	736.448	28
	262.819	3	274.528	3

Inglaterra, país de producción capitalista desarrollada y predominantemente industrial, habría quedado exangüe si se lo hubiera sometido a una sangría de población como la irlandesa. Pero Irlanda no es por ahora más que un distrito agrícola de Inglaterra, delimitado por un ancho foso de agua, y que suministra a Inglaterra cereales, lana, ganado y reclutas industriales y militares.

La despoblación ha puesto mucha tierra fuera de cultivo, ha disminuido mucho el producto del suelo<sup>186</sup> y, pese a la ampliación de la super-

<sup>185</sup> La renta anual total puesta bajo la rúbrica D discrepa aquí de la tabla anterior a causa de ciertas deducciones legalmente autorizadas.

<sup>186</sup> Al observar que también disminuye el producto relativamente, por acre, no se olvide que desde hace siglo y medio Inglaterra exporta indirectamente la tierra de Irlanda sin conceder a sus labradores ni siquiera los medios para reponer los elementos del suelo.

ficie dedicada a la ganadería, ha producido una disminución absoluta de algunas ramas de ésta, y en otras un progreso apenas digno de mención e interrumpido por constantes retrocesos. A pesar de ello, con la disminución de la población han aumentado sin parar las rentas de la tierra y los beneficios de los arrendatarios empresarios agrícolas, aunque estos últimos no de modo tan constante como las primeras. La razón es fácilmente comprensible. Por una parte, con la reunión de explotaciones y la conversión de labrantío en pastos ha aumentado la parte del producto total que se convierte en plusproducto. El plusproducto ha aumentado pese a haber disminuido el producto total del que es una fracción. Por otra parte, el valor monetario de ese plusproducto ha aumentado aún más rápidamente que su cantidad, a consecuencia de la subida de los precios de mercado ingleses de la carne, la lana, etc., en los últimos 20 años, y muy especialmente en los últimos 10 años.

Unos medios de producción dispersos que sirven a los productores mismos como medios de ocupación y de subsistencia, sin valorizarse por incorporación de trabajo ajeno, no son capital, del mismo modo que no es mercancía el producto consumido por su propio productor. Al disminuir la masa de los medios de producción aplicados en la agricultura, con la disminución de la masa de la población, aumentó la masa del capital aplicado en la agricultura, porque se convirtió en capital una parte de los medios de producción antes dispersos.

El capital colocado en Irlanda fuera de la agricultura, en la industria y el comercio, se acumuló durante los dos últimos decenios lentamente y bajo grandes y constantes fluctuaciones. Tanto más rápidamente se desarrolló, en cambio, la concentración de sus elementos individuales. Por último, aunque su aumento absoluto fuera escaso, relativamente, en relación con la población que se había reducido, ese capital se había hinchado.

Aquí se despliega, pues, ante nuestros ojos y en gran escala un proceso todo lo bonito que podría deseárselo la economía ortodoxa para confirmación de su dogma según el cual la miseria brota de la sobrepoblación absoluta, y el equilibrio se restablece mediante despoblación. Se trata de un experimento incomparablemente más importante que la peste de mediados del siglo XIV, tan magnificada por los malthusianos. Dicho sea de paso: si ya era pedantemente ingenuo aplicar a las relaciones y circunstancias de la producción del siglo XIX, y a las correspondientes de la población, patrones del siglo XIV, encima, esa ingenuidad pasaba por alto que si a aquella peste y a su concomitante resultado de una población diezmada siguieron a este lado del Canal, en Inglaterra, la liberación y el enriquecimiento del pueblo, al otro lado del Canal, en



Francia, le siguieron inmediatamente una servidumbre mayor y un aumento de la miseria.<sup>186a</sup>

El hambre sacrificó en Irlanda en 1846 más de un millón de seres humanos, pero sólo pobres. No tocó siquiera la riqueza del país. El éxodo subsiguiente, que dura ya veinte años y todavía se incrementa, no diezmó los medios de producción junto con los seres humanos, como lo hizo, por ejemplo, la Guerra de los Treinta Años. El genio inglés inventó un método completamente nuevo de mandar por arte de magia a un pueblo pobre a miles de millas del escenario de su miseria. Los emigrantes instalados en los Estados Unidos envían anualmente sumas de dinero a la isla, las cuales son el medio para que se vayan los que quedaron. Cada tropa que emigre este año arrastrará otra el año próximo. De modo que, en vez de costarle algo a Irlanda, la emigración constituye una de las ramas más rentables de su comercio de exportación. Es, por último, un proceso sistemático que no se limita a abrir transitoriamente un hueco en la masa del pueblo, sino que absorbe anualmente de ella más seres humanos que los que repone la reproducción, de modo que el nivel absoluto de la población desciende año tras año.<sup>186b</sup>

¿Cuáles fueron las consecuencias para los trabajadores irlandeses que quedaron, liberados de la sobrepoblación? Fueron que la sobrepoblación relativa es hoy tan grande como antes de 1846, que el salario sigue siendo igual de bajo y ha aumentado la carga del trabajo, que la miseria del campo empuja hacia una nueva crisis. Las causas son simples. La revolución de la agricultura procedió al mismo ritmo que la emigración. La producción de sobrepoblación relativa hizo incluso más que eso con la despoblación absoluta. Un vistazo a la tabla C muestra que la conversión de labrantío en pastos ha de tener en Irlanda consecuencias aún más agudas que en Inglaterra. En Inglaterra el cultivo de hortalizas aumenta al mismo tiempo que la ganadería; en Irlanda disminuye. Mientras grandes superficies de campos antes labrados quedan baldíos o se convierten en pastos permanentes, una gran parte de la tierra antes no utilizada y de las turberas sirve para ampliar la ganadería. Los

<sup>186a</sup> Como Irlanda se considera la tierra prometida del «principio de la población», TH. SADLER publicó, antes que su obra sobre población, su célebre libro *Ireland, its Evils and their Remedies*, 2nd ed., London 1829, en el que, comparando la estadística de las varias provincias, y de los varios condados de cada provincia, prueba que la miseria no reina allí, como quiere Malthus, en razón de la cantidad de población, sino en razón inversa de ella.

<sup>186b</sup> En el período de 1851 a 1874 el número total de los emigrantes ascendió a 2.325.922.

arrendatarios pequeños y medianos —entre los que incluyo a todos los que no cultivan más de 100 acres— constituyen todavía unos 8/10 del número total.<sup>186c</sup> Se ven aplastados progresivamente por la competición con la agricultura de explotación capitalista, en un grado muy distinto que antes, y suministran, por lo tanto, constantemente nuevos reclutas a la clase de los trabajadores asalariados. La única gran industria de Irlanda, la fabricación de lino, necesita relativamente pocos hombres adultos y, pese a su expansión desde el encarecimiento del algodón en 1861-1866, no emplea más que una parte relativamente insignificante de la población. Al igual que cualquier otra gran industria, produce constantemente, incluso cuando aumenta en cifras absolutas la masa de seres humanos que absorbe, una sobrepoblación relativa por causa de las constantes oscilaciones en su propia esfera. La miseria de la población rural constituye el pedestal de gigantescas fábricas de camisas, etc., cuyo ejército obrero está en gran parte disperso por el campo. Aquí volvemos a encontrar el sistema antes descrito del trabajo en casa, que cuenta con un medio metódico para producir trabajadores «sobrantes»: la sotopaga y el sobretrabajo. Por último, aunque el despoblamiento no tiene consecuencias tan destructoras como en un país de producción capitalista desarrollada, aquél no se produce sin repercutir permanentemente en el mercado interior. El vacío que produce aquí la emigración estrecha no sólo la demanda local de trabajo, sino también los ingresos de los tenderos, los artesanos, los pequeños industriales en general. De ahí el retroceso de las rentas entre 60 y 100 libr. est., en la tabla E.

En los informes de los inspectores irlandeses de la administración de pobres (1870)<sup>186d</sup> se encuentra una clara exposición de la situación de los jornaleros agrícolas de Irlanda. Funcionarios de un gobierno que no se sostiene más que por la bayoneta y el estado de sitio unas veces declarado, otras disimulado, estos inspectores tienen que observar todas las cautelas de lenguaje que desprecian sus colegas en Inglaterra; a pesar de ello, no permiten a su gobierno mecarse en ilusiones. Según ellos, el tipo salarial del campo, todavía muy bajo, ha aumentado un 50-60 % en los últimos 20 años, y se encuentra ahora por término medio en los 6-9 sh. semanales. Pero tras esta aparente elevación se esconde una disminución real del salario, pues aquel aumento no com-

<sup>186c</sup> Nota a la 2.ª ed. Según una tabla de *Ireland, Industrial, Political, and Social*, en 1870 el 94,6 % de la tierra constituía granjas de hasta 100 acres, y el 5,4 % granjas de más de 100 acres.

<sup>186d</sup> *Reports from the Poor Law Inspectors on the wages of Agricultural Labourers in Ireland*, Dublin 1870. Cfr. también *Agricultural Labourers (Ireland) Return, etc.*, 8 March 1861.



pensa siquiera la subida de precio de los medios de vida imprescindibles ocurrida desde entonces; sea prueba el siguiente extracto de los cálculos oficiales de un workhouse irlandés.

Promedio semanal de los costes de mantenimiento por cabeza

Año	Alimentación	Vestido	Total
29 sept. 1848 a 29 sept. 1849	1 sh. 3 1/4 d.	0 sh. 3 d.	1 sh. 6 1/4 d.
29 sept. 1868 a 29 sept. 1869	2 sh. 7 1/4 d.	0 sh. 6 d.	3 sh. 1 1/4 d.

Así, pues, el precio de los medios de vida imprescindibles es casi el doble que hace veinte años, y el del vestido exactamente el doble.

Incluso prescindiendo de esa desproporción, la mera comparación entre los tipos salariales expresados en dinero no daría, ni mucho menos, un resultado correcto. Antes de las hambres, la gran masa de los salarios agrícolas se entregaba in natura,\*<sup>204</sup> y sólo una parte mínima en dinero; hoy el pago en dinero es la regla. Ya de eso se sigue que, cualquiera que fuera el movimiento del salario real, su tipo monetario tenía que subir.

«Antes del hambre el jornalero agrícola poseía un trocito de tierra en el que cultivaba patatas y criaba cerdos y volátiles. Hoy día no sólo tiene que comprar todos sus víveres, sino que carece además de los ingresos procedentes de la venta de cerdos, aves y huevos.»<sup>187</sup>

Los trabajadores agrícolas se confundían antes, efectivamente, con los pequeños granjeros arrendatarios, y solían constituir meramente la retaguardia de las granjas medianas y grandes en las que encontraban ocupación. Hasta la catástrofe de 1846 no empezaron a formar una parte de la clase de los trabajadores asalariados puros, estamento especial que no tiene más relación con sus señores salariales que las relaciones monetarias.

Ya se sabe cuál era su situación de habitación en 1846. Desde entonces ha empeorado todavía. Una parte de los jornaleros agrícolas que disminuye, en realidad, día a día, sigue viviendo en las tierras de los arrendatarios, en chozas más que llenas cuyos horrores rebasan ampliamente lo peor que nos exhibieron en este terreno los distritos rurales ingleses. Y esto se aplica de un modo general, con la excepción de algunas zonas del Ulster; en el sur, en los condados de Cork, Limerick, Kilkenny, etc.; en el este, en Wicklow, Wexford, etc.; en el centro,

<sup>187</sup> *Loc. cit.*, págs. 29, 1.

\*<sup>204</sup> En naturaleza, o sea, en productos.

en King's y Queen's County, Dublin, etc.; en el norte en Down, Antrim, Tyrone, etc.; en el oeste en Sligo, Roscommon, Mayo, Galway, etc. «Es una vergüenza», exclama uno de los inspectores, «para la religión y la civilización de este país.»<sup>187a</sup> Para hacer más soportables a los jornaleros las condiciones de habitabilidad de sus cuevas se confiscan sistemáticamente los pedacitos de tierra que les corresponden desde tiempos inmemoriales.

«La consciencia de esta especie de proscripción que han lanzado contra ellos los terratenientes y sus administradores ha despertado en los jornaleros los correspondientes sentimientos de oposición y odio a aquellos que los tratan como a una raza sin derechos.»<sup>187a</sup>

El primer acto de la revolución agrícola consistió en barrer en gran escala, y como por una consigna lanzada desde arriba, las chozas que se encontraban en los campos de labrar. Muchos trabajadores se vieron así obligados a refugiarse en aldeas y ciudades. En ellas los arrojaron como desechos en buhardillas, agujeros, sótanos, y en los recovecos de los barrios peores. Miles de familias irlandesas que, según el testimonio de ingleses presos en prejuicios nacionales, se caracterizaban por su desacostumbrada vinculación al hogar doméstico, por su despreocupada alegría y por su doméstica pureza de costumbres, se hallaron así de repente transplantadas a los invernaderos del vicio. Los hombres tienen que buscar ahora trabajo entre los cercanos granjeros, y sólo los alquilan por días, o sea, en la forma salarial más precaria. Al mismo tiempo

«tienen ahora que recorrer largos caminos hasta la granja, en un sentido y en otro, empapados a menudo como ratas y expuestos a otras intemperies que provocan frecuentemente debilitación, enfermedad y, con ellas, escaseces.»<sup>187b</sup>

«Las ciudades han tenido que acoger año tras año lo que se consideraba exceso de trabajadores en los distritos rurales»,<sup>187c</sup> y luego se asombran todavía de que «haya en las ciudades y las aldeas exceso de trabajadores, y falta de ellos en el campo.»<sup>187d</sup> La verdad es que esta falta sólo se aprecia «en la época de trabajos agrícolas urgentes, en primavera y otoño, mientras que el resto del año tienen que quedarse ociosas muchas manos»;<sup>187e</sup> que «después de la cosecha, desde octubre hasta la

<sup>187a</sup> *Loc. cit.*, pág. 12.

<sup>187b</sup> *Loc. cit.*, pág. 25.

<sup>187c</sup> *Loc. cit.*, pág. 27.

<sup>187d</sup> Pág. 26.

<sup>187e</sup> Pág. 1.



primavera, apenas hay empleo para ellos»,<sup>187f</sup> y que incluso durante el tiempo que están empleados «pierden a menudo días enteros y están expuestos a toda clase de interrupciones del trabajo».<sup>187g</sup>

Estas consecuencias de la revolución agrícola, esto es, de la conversión de labrantío en pastos, de la aplicación de maquinaria, del más riguroso ahorro de trabajo, etc., se agudizan aún por los terratenientes modelo, los que en vez de consumir sus rentas en el extranjero tienen la condescendencia de vivir en sus dominios irlandeses. Para no perturbar en absoluto la ley de la demanda y la oferta, esos caballeros

«toman ahora casi todo el trabajo que necesitan de sus pequeños arrendatarios, que se ven así obligados a sudar por sus terratenientes por un salario en general más pequeño que el de los jornaleros corrientes, y sin la menor consideración de los inconvenientes y las pérdidas debidas a la circunstancia de que en la época crítica de la siembra o de la cosecha tienen que descuidar sus propios campos».<sup>187h</sup>

La inseguridad y la irregularidad del empleo, la frecuente repetición y larga duración de las interrupciones del trabajo, todos esos síntomas de sobrepoblación relativa figuran, pues, en los informes de los inspectores de la administración de pobres como otras tantas quejas del proletariado agrícola irlandés. Se recordará que hemos encontrado fenómenos parecidos en el proletariado rural inglés. Pero la diferencia es que en Inglaterra, que es un país industrial, la reserva industrial se recluta en el campo, mientras en Irlanda, que es un país agrícola, la reserva agrícola se recluta en las ciudades, lugares a los que huyen y en los que se refugian los trabajadores agrícolas expulsados. En Inglaterra los sobrantes de la agricultura se convierten en trabajadores fabriles; en Irlanda, los expulsados a las ciudades siguen siendo trabajadores agrícolas, aunque al mismo tiempo presionan sobre el salario urbano, y constantemente los devuelven al campo en busca de trabajo.

Los informadores oficiales resumen del modo siguiente la situación material de los jornaleros agrícolas:

«Aunque viven con la mayor frugalidad, su salario basta apenas para conseguir alimento y vestido para sí mismos y para sus familias; para vestirse necesitan otros ingresos ... La atmósfera de sus viviendas, junto con otras privaciones, exponen de manera excepcional a esta clase al tifus y a la tisis.»<sup>187i</sup>

<sup>187f</sup> Pág. 32.

<sup>187g</sup> Pág. 25.

<sup>187h</sup> Pág. 30.

<sup>187i</sup> Págs. 21, 13.

No es nada asombroso, a tenor de eso, que, según testimonio concorde de los informadores, penetre en las filas de esta clase un tenebroso descontento, ni que tenga nostalgia del pasado, aborrezca el presente, desespere del futuro, «se entregue a las condenables influencias de demagogos» y no tenga más que la idea fija de emigrar a América. Éste es el país de Jauja en que la gran medicina universal malthusiana, el despoblamiento, ha convertido a la verde Erin.

En cuanto al bienestar de que disfrutaban los trabajadores irlandeses de las manufacturas, basta un ejemplo:

«En mi última inspección del norte de Irlanda», dice el inspector fabril Robert Baker, «me llamó la atención el esfuerzo de un hábil trabajador irlandés por procurar educación a sus hijos con los escasísimos medios de que disponía. Reproduzco literalmente sus afirmaciones, tal como las recogí de su boca. Que es una mano fabril capacitada se comprobará si digo que se le utiliza para artículos destinados al mercado de Manchester. Johnson: Soy beetler\*<sup>205</sup> y trabajo desde las 6 de la mañana hasta las 11 de la noche, de lunes a viernes; el sábado terminamos a las 6 de la tarde y tenemos 3 horas para comida y descanso. Tengo 5 hijos. Cobro por ese trabajo 10 sh. 6 d. semanales; mi mujer trabaja también y gana 5 sh. semanales. La chica mayor, que tiene doce años, cuida la casa. Es nuestra cocinera y nuestra única asistente. Prepara a los más pequeños para la escuela. Mi mujer se levanta conmigo y sale conmigo. Una muchacha que pasa por delante de nuestra casa me despierta a las 5 y media de la mañana. No comemos nada antes de ir al trabajo. La niña de doce años cuida de los más pequeños durante el día. Desayunamos a las 8, yendo a casa. Tomamos té una vez por semana; los demás días una papilla (stirabout), unas veces de harina de avena, otras de harina de maíz, según lo que conseguimos. En invierno tomamos un poco de azúcar y agua además de las gachas de maíz. En el verano recogemos algunas patatas que plantamos nosotros mismos en un girón de tierra, y cuando se acaban volvemos a las gachas. Y así un día tras otro, el domingo y los días de trabajo, durante todo el año. Siempre estoy muy cansado por la noche, cuando he acabado el trabajo. Excepcionalmente vemos un bocado de carne, muy pocas veces. Tres de nuestros hijos van a la escuela, por lo cual pagamos 1 d. por cabeza a la semana. Nuestro alquiler es de 9 d. por semana; la turba y el fuego cuestan por lo menos 1 sh. 6 d. cada quince días.»<sup>188</sup>

Ésos son los salarios irlandeses, ésa es la vida irlandesa.

De hecho la miseria de Irlanda vuelve a ser tema del día en Inglaterra. A finales de 1866 y comienzos de 1867 uno de los magnates terratenientes irlandeses, Lord Dufferin, se aplicó en el *Times* a solucionarla. «¡Qué humano, por parte de tan gran señor!»<sup>\*208</sup>

<sup>188</sup> *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1866*, pág. 96.

\*205 Aprestador.

\*206 Cita libre del *Faust* de Goethe.



Se ha visto por la tabla E que mientras que en 1864 de las 4.368.610 libr. est. de beneficio total 3 plusfabricantes sólo se metieron en el bolsillo 262.819, esos mismos 3 virtuosos de la «renuncia» se embolsaron en 1865, de 4.669.979 libr. est. de beneficio total, 274.528 libr. est.; 1864: 26 plusistas, 646.377 libr. est.; 1865: 28 plusistas, 736.448 libr. est.; 1864: 121 plusistas, 1.076.912 libr. est.; 1865: 150 plusistas, 1.320.906 libr. est.; 1864: 1.131 plusistas, 2.150.818 libr. est., casi la mitad del beneficio total del año; 1865: 1.194 plusistas, 2.418.833, más de la mitad del beneficio total del año. Pero la parte del león de la renta nacional anual que se traga un número diminutamente pequeño de magnates terratenientes de Inglaterra, Escocia e Irlanda es tan monstruosa que la sabiduría política del estado inglés considera oportuno no suministrar respecto de la distribución de la renta de la tierra el mismo material estadístico que ofrece sobre la distribución del beneficio. Lord Dufferin es uno de esos magnates de la tierra. Que las liquidaciones de renta y los beneficios puedan ser alguna vez «sobrantes», o que su plétora tenga algo que ver con la plétora de la miseria del pueblo, es, naturalmente, una ocurrencia tan «poco respetable» cuanto «insana» (unsound). Lord Dufferin se atiene a los hechos. El hecho es que mientras la población irlandesa disminuye, las liquidaciones de renta irlandesa se hinchan; que el despoblamiento «conviene» al terrateniente, y, por lo tanto, también a la tierra, y, por lo tanto, también al pueblo, que sólo es un adminículo de la tierra. Consiguientemente, Lord Dufferin declara que Irlanda sigue estando sobrepoblada y que el torrente de la emigración fluye todavía demasiado perezosamente. Para ser completamente feliz, Irlanda tiene que soltar todavía por lo menos 1/3 de millón de personas trabajadoras. No se dé en pensar que este Lord —poeta él, encima— sea un médico de la escuela del Dr. Sangrado que, en cuanto no veía mejorar al paciente, le prescribía una sangría, y otra sangría, hasta que el paciente se despedía por último de su enfermedad al mismo tiempo que de su sangre. Lord Dufferin exige una nueva sangría de sólo 1/3 de millón, en vez de los 2 millones aproximadamente sin cuyo derrame no es posible, efectivamente, instaurar en Irlanda el milenario. La prueba es fácil de suministrar.

Número y extensión de las granjas en arriendo en Irlanda en 1864

1		2		3		4	
Granjas que no rebasan 1 acre		Granjas de más de 1 acre y menos de 5 acres		Granjas de más de 5 acres y no más de 15 acres		Granjas de más de 15 acres y no más de 30 acres	
Número	Acres	Número	Acres	Número	Acres	Número	Acres
48.653	25.394	82.037	288.916	176.368	1.836.310	136.578	3.051.343

5		6		7		8
Granjas de más de 30 acres y no más de 50		Granjas de más de 50 acres y no más de 100		Granjas de más de 100 acres		Superficie total
Número	Acres	Número	Acres	Número	Acres	Acres
71.961	2.906.274	54.247	3.983.880	31.927	8.227.807	20.319.924 <sup>188a</sup>

De 1851 a 1861 la centralización ha aniquilado principalmente granjas de las tres primeras categorías, de menos de un acre y no más de 15 acres. Ésas son las que tienen que desaparecer ante todo. Eso arroja 307.058 arrendatarios «sobrantes», y, calculando la familia por la baja media de 4 cabezas, 1.228.232 personas. Con la extravagante suposición de que 1/4 de ellas sea absorbible una vez consumada la revolución agrícola, hay que hacer emigrar a 921.174 personas. Las categorías 4, 5, 6, de más de 15 acres y no más de 100, son, como hace tiempo saben en Inglaterra, demasiado pequeñas para el cultivo capitalista de los cereales, y magnitudes casi diminutas para la cría de ovejas. Así, pues, con los mismos supuestos que antes, hay que hacer emigrar a 788.761 personas más, total: 1.709.532. Y, comme l'appétit vient en mangeant,<sup>\*207</sup> la vista del cuerpo de rentistas descubrirá pronto que, con 3 1/2 millones, Irlanda sigue siendo mísera, y mísera porque sobrepoblada, así que su despoblamiento tiene que llegar mucho más lejos todavía para poder cumplir su verdadera vocación: la vocación de redil y establo inglés.<sup>188b</sup>

<sup>188a</sup> La superficie total incluye también «Turberas y tierras baldías».

<sup>188b</sup> En el libro III de esta obra, en la sección sobre la propiedad de la tierra, mostraré detalladamente cómo el hambre y las circunstancias que provocó fueron sistemáticamente explotadas por los terratenientes individuales y por la legislación inglesa para imponer violentamente la revolución agrícola y rarificar la población de Irlanda hasta la medida atractiva para los terratenientes. En ese mismo lugar volveré a tratar la situación de los pequeños arrendatarios y los trabajadores agrícolas. Aquí sólo una cita. NASSAU W. SENIOR dice, entre otras cosas, en su obra póstuma *Journals, Conversations and Essays relating to Ireland*, 2 vols., London 1868, vol. II, pág. 282: «Acertadamente observó el Dr. G. que tenemos nuestra ley de pobres, y que es un gran instrumento para dar la victoria a los terratenientes; otro es la emigración. Ningún amigo de Irlanda puede desear que la guerra» (entre los terratenientes y los pequeños granjeros celtas) «se prolongue, y aún menos que termine con la victoria de los granjeros ... Cuanto más deprisa termine» (esta guerra), «cuanto más se convierta Irlanda en un país de pastos (grazing country) con la población relativamente escasa que requiere un país así, tanto mejor para todas las clases.» Las leyes inglesas del trigo de 1815 aseguraron a Irlanda el monopolio de la exportación libre de cereales a Gran Bretaña. Por eso favorecieron artificialmente la agricultura cerealística. Este monopolio se eliminó repentinamente en 1846 con la

\*207 El apetito viene comiendo.



Este fructífero método tiene su inconveniente, como todo lo bueno en este mundo. Al mismo ritmo que la acumulación de la renta de la tierra en Irlanda, se produce la acumulación de irlandeses en América. El irlandés eliminado por la oveja y el buey resucita al otro lado del océano en forma de feniano.\*<sup>208</sup> Y frente a la vieja reina de los mares se alza cada vez más amenazadora la joven república gigante.

Acerba fata Romanos agunt  
Scelusque fraternae necis.\*<sup>209</sup>

abolición de las leyes del trigo. Prescindiendo de todas las demás circunstancias, este solo acontecimiento basta para dar un poderoso impulso a la conversión de las tierras de labranza irlandesas en pastos, a la concentración de las granjas en arriendo y a la expulsión de los pequeños campesinos. Luego de haber celebrado de 1815 a 1846 la fertilidad del suelo irlandés y haber declarado enfáticamente que la naturaleza misma lo había destinado al cultivo del trigo, los agrónomos, economistas y políticos ingleses descubren de repente a partir de entonces que no sirve para nada más que para producir piensos verdes. El señor Léonce de Lavergne se ha apresurado a repetir eso al otro lado del Canal. Hace falta un hombre «serio» à la Lavergne para dejarse coger por semejantes niñerías.

\*<sup>208</sup> El movimiento feniano irlandés, independentista y partidario de una reforma agraria que diera a los granjeros o arrendatarios la propiedad de las tierras cultivadas por ellos, está en el origen de la moderna Irlanda republicana.

\*<sup>209</sup> Versos de Horacio: «Acerbos hados acosan a los romanos / y el crimen del fratricidio.»

## Capítulo vigesimocuarto

### LA LLAMADA ACUMULACIÓN ORIGINARIA

#### 1. *El secreto de la acumulación originaria*

Se ha visto cómo se convierte dinero en capital, cómo se hace plusvalía con capital y de plusvalía más capital. La acumulación del capital presupone, en efecto, la plusvalía, la plusvalía la producción capitalista, mas ésta presupone la presencia de masas grandes de capital y fuerza de trabajo en las manos de productores de mercancías. Todo ese movimiento parece, pues, girar en un círculo vicioso del que no salimos más que si suponemos una acumulación «originaria» previa a la acumulación capitalista («previous accumulation» de Adam Smith), una acumulación que no sea resultado del modo de producción capitalista, sino punto de partida suyo.

Esta acumulación originaria tiene en la economía política aproximadamente el mismo papel que el pecado original en la teología. Adán mordió la manzana, y con eso cayó el pecado sobre el género humano. Se explica el origen del pecado narrándolo como anécdota del pasado. En tiempos remotos hubo, por un lado, una élite aplicada, inteligente y, ante todo, ahorradora, y por otro, unos golfos haraganes que dilapidaban en juergas todo lo que tenían y más. La leyenda del teológico pecado original nos explica, de todos modos, cómo el hombre está condenado a ganarse el pan con el sudor de su frente; en cambio, la historia del pecado original económico nos revela cómo es que hay gente que no necesita en modo alguno hacer eso. Es igual. Así ocurrió que los primeros acumularon riqueza y los últimos no tuvieron al final para vender nada más que su propio pellejo. Y de ese pecado original datan la pobreza de la gran masa que, pese a todo su trabajo, sigue sin tener que vender nada más que a sí misma, y la riqueza de los pocos, que aumenta constantemente, aunque éstos dejaron de trabajar hace mucho tiempo. Semejante desabrida puerilidad se dedica, p. e., a rumiarse todavía hoy el señor Thiers, con solemne seriedad de estadista y en defensa de la propriété, ante los franceses, en otro tiempo tan agu-



dos. Pero es que en cuanto que se pone en juego la cuestión de la propiedad, se convierte en deber sagrado mantener el punto de vista de la cartilla infantil como único justo para todas las categorías de edad y todos los estadios de desarrollo personal. En la historia real tienen, como es sabido, papel de protagonistas la conquista, el sometimiento, el asesinato, la violencia, dicho brevemente. En la suave economía política dominó desde siempre el idilio. Derecho y «trabajo» fueron desde siempre los únicos medios de enriquecerse, con la excepción, en cada caso, como es natural, de «este año». En realidad los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos.

El dinero y la mercancía no son desde el primer momento capital, como tampoco lo son los medios de producción y de vida. Necesitan una conversión en capital. Pero esa conversión no puede ocurrir más que en circunstancias determinadas que se comprimen en lo siguiente: tienen que enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diferentes de poseedores de mercancías, por una parte propietarios de dinero, medios de producción y medios de vida, para los cuales se trata de valorizar la suma de valores que poseen mediante la compra de fuerza de trabajo ajena; por otra parte, trabajadores libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo y, por lo tanto, vendedores de trabajo. Trabajadores libres en el doble sentido de que ni ellos mismos se cuentan directamente entre los medios de producción —como los esclavos, los siervos, etc.— ni tampoco les pertenecen a ellos los medios de producción, como al campesino económicamente autónomo, sino que ellos son libres, sueltos y exentos. Con esa polarización del mercado de mercancías quedan dadas las condiciones fundamentales de la producción capitalista. La relación de capital presupone la división entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo. En cuanto que la producción capitalista se yergue ya sobre sus propios pies, no sólo mantiene aquella separación, sino que además la reproduce a escala constantemente ampliada. El proceso que crea la relación de capital no puede, pues, ser sino el proceso de separación del trabajador de la propiedad sobre sus condiciones de trabajo, proceso que convierte, por una parte, en capital los medios sociales de vida y producción, y, por otra parte, los productores directos en trabajadores asalariados. La llamada acumulación originaria no es, pues, nada más que el proceso histórico de separación de productor y medios de producción. Se presenta como «originario» porque constituye la prehistoria del capital y del modo de producción correspondiente a éste.

La estructura económica de la sociedad capitalista ha nacido de la

estructura económica de la sociedad feudal. La disolución de ésta ha liberado los elementos de aquélla.

El productor directo, el trabajador, no pudo disponer de su persona sino una vez que hubo dejado de estar atado a la gleba y de pertenecer o estar sometido a otra persona. Para convertirse en libre vendedor de fuerza de trabajo que lleva su mercancía a cualquier sitio en el que encuentre un mercado tenía, además, que haberse substraído al dominio de los gremios, a sus reglamentos para aprendices y oficiales y a sus paralizadoras normas de trabajo. De este modo el movimiento histórico que convierte a los productores en trabajadores asalariados aparece, por una parte, como liberación de aquéllos de la condición servil y de la constrictión gremial. Pero, por otra parte, estos recién liberados no se convierten en vendedores de sí mismos sino una vez que les han arrebatado todos sus medios de producción y todas las garantías de su existencia ofrecidas por las viejas instituciones feudales. Y la historia de esta expropiación queda inscrita en los anales de la humanidad con trazos de sangre y de fuego.

Los capitalistas industriales, esos nuevos potentados, tuvieron, por su parte, que desplazar no sólo a los maestros artesanos gremiales, sino también a los señores feudales, que se encontraban en posesión de las fuentes de la riqueza. Desde este punto de vista su ascensión se presenta como fruto de una lucha victoriosa contra el poder feudal y sus irritantes privilegios, así como contra los gremios y las trabas que éstos habían puesto al libre desarrollo de la producción y a la libre explotación del ser humano por el ser humano. Pero los caballeros de la industria no consiguieron desplazar a los caballeros del puñal sino explotando acontecimientos en los que no tenían la menor parte. Los caballeros de la industria se han lanzado hacia arriba por medios tan canallescós como aquellos mediante los cuales el liberto romano se convirtió en otro tiempo en señor de su patronus.

El punto de partida del proceso que engendra tanto al trabajador asalariado como al capitalista fue el sometimiento servil del trabajador. El decurso ulterior consistió en un cambio de forma de ese sometimiento, en la conversión de la explotación feudal en explotación capitalista. No necesitamos siquiera remontarnos muy lejos para entender su marcha. Aunque los primeros comienzos de producción capitalista se nos aparecen en algunas ciudades mediterráneas ya en los siglos XIV y XV, la era capitalista data del siglo XVI. Donde aparece, la abolición de la servidumbre se ha consumado ya hace mucho tiempo, y palidece ya de antiguo el punto más brillante de la Edad Media, la existencia de ciudades soberanas.



Hacen época en la historia de la acumulación originaria todas las transformaciones que sirven de palanca a la clase en formación de los capitalistas, pero, ante todo, los momentos en los que grandes masas de hombres son separadas repentinamente y violentamente de sus medios de subsistencia y lanzadas al mercado de trabajo en condición de proscritos proletarios. La expropiación del productor rural, el campesino, de su tierra constituye el fundamento del entero proceso. Su historia adquiere tonos diferentes en diferentes países y atraviesa las diferentes fases en diferente sucesión y diferentes épocas históricas. Sólo en Inglaterra —la que por ello tomamos como ejemplo— posee forma clásica.<sup>189</sup>

## 2. Expropiación de la población rural de la tierra

En Inglaterra la servidumbre había desaparecido de hecho en la última parte del siglo XIV. La enorme mayoría de la población<sup>190</sup> constaba entonces —y aún más en el siglo XV— de campesinos libres y económicamente independientes, por muchas etiquetas feudales que disimularan su propiedad. En las grandes propiedades señoriales el bailiff (administrador), antes siervo él mismo, había sido desplazado por el arrendatario libre. Los trabajadores asalariados de la agricultura constaban, en parte,

<sup>189</sup> En Italia, que es donde se desarrolla antes la producción capitalista, es donde también ocurre más tempranamente la disolución de las relaciones de servidumbre. El siervo se emancipa aquí antes de tener asegurado derecho alguno de usucapión sobre la tierra. Su emancipación le convierte, pues, en seguida en un proletario indefenso que, además, en esas ciudades que suelen proceder de la época romana encuentra ya constituidos los nuevos señores. Cuando la revolución del mercado mundial desde finales del siglo XV aniquiló la supremacía comercial de la Italia septentrional se produjo un movimiento inverso. Los trabajadores de las ciudades fueron empujados masivamente al campo y dieron allí un impulso jamás visto antes a la agricultura de pequeñas explotaciones, llevada a cabo al modo de la horticultura.

<sup>190</sup> «Los pequeños propietarios que cultivaban sus campos con sus propias manos y disfrutaban de un bienestar modesto... constituían entonces una parte de la nación mucho más importante que ahora... No menos de 160.000 propietarios, que tienen que haber sumado con sus familias más de 1/7 de la población total, vivían del cultivo de sus pequeñas parcelas freehold» (freehold es propiedad plenamente libre). «La renta media de esos pequeños terratenientes... se estima en 60 a 70 libr. est. Se ha calculado que el número de los que cultivaban su propia tierra era mayor que el de los arrendatarios de tierra ajena.» (MACAULAY, *Hist. of England*, 10th ed., London 1854, I, págs. 333-334.) Todavía durante el último tercio del siglo XVII, 4/5 de la masa popular inglesa era agrícola (*loc. cit.*, pág. 413). Cito a Macaulay porque, como sistemático falsificador de la historia que es, «circuncide» cuanto puede hechos así.

de campesinos que valorizaban así sus horas de ocio mediante el trabajo para los grandes terratenientes, y en parte de una clase aparte, poco numerosa relativa y absolutamente, de trabajadores asalariados propiamente dichos. También estos últimos eran de hecho, al mismo tiempo, campesinos económicamente autónomos, pues además de su salario se les adjudicaba tierra de labor de una extensión de 4 y más acres, junto con cottages. Gozaban, por otra parte, junto con los campesinos propiamente dichos, del aprovechamiento de la tierra comunal, en la que pastaba su ganado y que les ofrecía al mismo tiempo los medios de calefacción, leña, turba, etc.<sup>191</sup> En todos los países de Europa la producción feudal se caracteriza por la división de la tierra entre el mayor número posible de campesinos vinculados. El poder del señor feudal, como el de cualquier soberano, no se basaba en la largura de su lista de rentas, sino en el número de sus súbditos, y este último dependía del número de campesinos económicamente autónomos.<sup>192</sup> Por eso, aunque la tierra inglesa, tras la conquista normanda, se dividió en baronías gigantescas una sola de las cuales englobaba a menudo 900 antiguos señoríos anglosajones, estaba sembrada de pequeñas explotaciones campesinas, sólo interrumpidas aquí y allá por grandes propiedades señoriales. Esa situación, con el florecimiento simultáneo de las ciudades que caracteriza el siglo XV, permitió la riqueza popular que tan elocuentemente describe el canciller Fortescue en sus *Laudibus Legum Angliae*, pero excluía la riqueza capitalista.

El prólogo de la transformación que creó el fundamento del modo de producción capitalista ocurre en la última tercera parte del siglo XV y en los primeros decenios del siglo XVI. Una masa de proletarios se ve proscrita y lanzada al mercado de trabajo por obra de la disolución de los séquitos feudales que, como acertadamente lo observa Sir James Steuart, «llenaban por todas partes, inútilmente, casa y corte». Aunque

<sup>191</sup> No hay que olvidar nunca que incluso el siervo era no sólo propietario —aunque sometido a tributación— de la parcela anexa a su casa, sino también copropietario de la tierra comunal. «El campesino es allí (en Silesia) siervo.» Pese a ello, esos siervos poseen bienes comunales. «No se ha podido conseguir que los silesios se decidieran a dividir los bienes comunales, mientras que en la Nueva Marca casi no hay aldea en la que no se haya llevado a cabo con el mayor éxito esa división.» (MIRABEAU, *De la Monarchie Prussienne*, Londres 1788, vol. II, págs. 125, 126).

<sup>192</sup> El Japón, con su organización puramente feudal de la propiedad de la tierra y su desarrollada pequeña economía campesina, ofrece una imagen de la Edad Media europea mucho más fiel que la de todos nuestros libros de historia, dictados en su mayor parte por prejuicios burgueses. Es demasiado cómodo ser «liberal» a costa de la Edad Media.



el poder real —producto él mismo del desarrollo burgués—, en su aspiración a la soberanía absoluta, aceleró violentamente la disolución de esos séquitos, no fue ni mucho menos la única causa de esa disolución. Más bien ocurrió que, en tenacísima oposición a la monarquía y el Parlamento, el gran señor feudal creó un proletariado incomparablemente mayor mediante la expulsión violenta del campesinado de la tierra sobre la cual los campesinos poseían el mismo título jurídico feudal que él mismo, y mediante la usurpación de la tierra comunal de los campesinos. El impulso directo para ello lo dio en Inglaterra, principalmente, el florecimiento de la manufactura lanera de Flandes y el correspondiente aumento de los precios de la lana. Las grandes guerras feudales habían devorado la vieja nobleza feudal, y la nueva era hija de su época, época para la cual el dinero es el poder de todos los poderes. Por eso la conversión de suelo agrícola en pastos fue su santo y seña. Harrison describe, en su *Description of England. Prefixed to Holinshed's Chronicles*, cómo la expropiación de los pequeños campesinos arruina el campo. «What care our great incroachers!» (¿Qué les importa a nuestros grandes usurpadores?) Las viviendas de los campesinos y los cottages de los trabajadores fueron derrumbados violentamente o entregados a la ruina.

«Si se emprende el trabajo de repasar los viejos inventarios de cada propiedad nobiliaria», dice Harrison, «se encontrará que han desaparecido innumerables casas y pequeñas explotaciones campesinas, que el país alimenta a muchas menos gentes, que muchas ciudades se han arruinado aunque florecen algunas nuevas ... Algo podría yo contar de ciudades y aldeas destruidas para conseguir pastos para las ovejas, y en las que ahora no se yerguen ya más que las casas de los señores.»

Las quejas de esas viejas crónicas son siempre exageradas, pero trazan exactamente la impresión que hizo en los contemporáneos la revolución de las relaciones y circunstancias de la producción. Una comparación de los escritos del canciller Fortescue con los de Tomás Moro pone gráficamente de manifiesto el abismo entre el siglo xv y el xvi. La clase obrera inglesa se precipitó desde su edad de oro, como acertadamente dice Thornton, en su edad de hierro, sin transición alguna.

La legislación se aterró ante aquella transformación. Todavía no había llegado a aquella altura de civilización en la cual «Wealth of the Nation»,<sup>\*210</sup> o sea, formación de capital, y explotación sin contemplaciones y empobrecimiento de la masa del pueblo se hacen vigentes como

\*210 «Riqueza de la nación».

última Thule<sup>\*211</sup> de toda sabiduría política. En su historia de Enrique VII dice Bacon:

«Por esta época» (1489) «aumentaron las quejas por la conversión de tierra de labor en prado» (para pasto de las ovejas, etc.) «fácil de proveer por pocos pastores; y tierras en arriendo, de por vida o anual (tierras de las que vivían gran parte de los yeomen),<sup>\*212</sup> se convirtieron en bienes dominiales.<sup>\*213</sup> Esto acarrió una decadencia del pueblo y, como consecuencia, una decadencia de ciudades, iglesias, diezmos... En la cura de esa mala situación fue admirable la sabiduría del rey y del Parlamento en esa época... Tomaron medidas contra esa despobladora usurpación de las tierras comunales (depopulating inclosures) y contra la despobladora práticamente (depopulating pasture) que le siguió inmediatamente.»

Un act de Enrique Séptimo, 1489, c. 19, prohibió la destrucción de toda casa campesina a la que pertenecieran por lo menos 20 acres de tierra. En el act 25 de Enrique VIII se renueva esa misma disposición. Dice entre otras cosas que

«muchos arriendos y grandes rebaños, particularmente ovejas, se acumulan en pocas manos, con lo que las rentas de la tierra han aumentado mucho y la labranza (tillage) ha decaído mucho, iglesias y casas han sido derribadas y asombrosas cantidades de gentes se ven incapaces de sustentarse a sí mismas y a sus familias.»

Por eso la ley prescribe la reconstrucción de las casas de labor en ruinas, determina la razón entre la tierra de pan y la de pastos, etc. Un act de 1533 lamenta que algunos propietarios posean 24.000 ovejas, y limita el número de éstas a 2.000.<sup>193</sup> Los lamentos populares y la legislación contra la expropiación de los pequeños arrendatarios y propietarios —legislación que persiste durante 150 años a partir de Enrique VII— fueron igualmente infructuosos. Bacon nos revela sin saberlo el secreto de su fracaso.

«El act de Enrique Séptimo», dice en sus *Essays, civil and moral*, sect. 29, «era profundo y admirable porque creaba explotaciones agrícolas y casas rurales de cierta medida normal, esto es, reservaba para ellas una proporción de tierra que les permitía poner en el mundo súbditos de riqueza suficiente y sin condición

<sup>193</sup> En su *Utopía* habla Tomás Moro del extraño país en el que «las ovejas se comen a los seres humanos». (*Utopía*, transl. Robinson, ed. Arber, London 1869, pág. 41.)

\*211 Non plus ultra, Finisterre.

\*212 Labradores pobres, pero autónomos.

\*213 Señoriales.



servil, y mantener el arado en la mano de los propietarios, y no en la de hombres alquilados (to keep the plough in the hand of the owners and not hirelings).»<sup>193a</sup>

Lo que exigía el sistema capitalista era, por el contrario, situación servil de la masa popular, su transformación en hombres de alquiler y la de sus medios de trabajo en capital. Durante este período de transición la legislación intentó conservar los 4 acres de tierra del cottage del trabajador asalariado agrícola y le prohibió tomar inquilinos en su cottage. Todavía en 1627, bajo Carlos I, Roger Crocker, de Fontmill, fue condenado por edificar un cottage en el manor de Fontmill sin los 4 acres de tierra como anexo permanente; y todavía en 1638, también bajo Carlos I, se nombró una comisión real para imponer la aplicación de las viejas leyes, señaladamente también la de los 4 acres de tierra; todavía Cromwell prohibió edificar ninguna casa en un radio de 4 millas alrededor de Londres sin dotarla de 4 acres de tierra. Todavía en la primera mitad del siglo XVIII se denuncia si el cottage del trabajador agrícola no tiene un anexo de 1 a 2 acres. Hoy día el trabajador agrícola es feliz si el cottage cuenta con un huertecillo, o si puede arrendar unas pocas pérticas de tierra lejos del cottage.

«Terratenientes y arrendatarios», dice el Dr. Hunter, «actúan en esto de la mano. Unos pocos acres por cottage harían demasiado independiente al trabajador.»<sup>194</sup>

<sup>193a</sup> Bacon explica la relación entre un campesinado libre y acomodado y una buena infantería. «Era admirablemente importante para el poder y la conservación del reino el tener tierras en arriendo de la dimensión suficiente para mantener fuera de la necesidad a hombres capaces y ligar firmemente una gran parte de la tierra del reino en posesión de la yeomanry o de gentes de situación intermedia entre los nobles y los caseros (cottagers) y mozos de labranza... Pues es opinión general de los más competentes entendidos en guerras... que la fuerza principal de un ejército estriba en la infantería o gente de a pie. Pero para formar una buena infantería hacen falta gentes que hayan crecido no en condición servil o menesterosa, sino libres y en cierto bienestar. Por eso cuando un estado se produce demasiado en nobles y caballeros distinguidos, mientras que las gentes del campo y los labradores son meros peones de trabajo o siervos de labranza, o caseros, o sea, mendigos con casa, podéis conseguir una buena caballería, pero jamás una infantería buena y firme... Esto se aprecia en Francia y en Italia y algunas otras regiones extranjeras, en las que efectivamente todo es nobleza o mísero campesinado..., tanto que se ven obligados a utilizar para sus batallones de infantería bandas mercenarias de suizos y cosas parecidas; a lo que también se debe que esas naciones tengan mucho pueblo y pocos soldados.» (*The Reign of Henry VII, etc. Verbatim Reprint from Kennet's England, ed. 1719, Lond. 1870, pág. 308.*)

<sup>194</sup> DR. HUNTER, *loc. cit.*, pág. 134. «La cantidad de tierra atribuida» (en las antiguas leyes) «se consideraría hoy demasiado grande para unos trabajadores y

Nuevo y terrible impulso recibió el violento proceso de expropiación de la masa del pueblo en el siglo XVI por causa de la Reforma y, como consecuencia de ella, el robo colosal de los bienes de la Iglesia. La Iglesia católica era, en el momento de la Reforma, propietaria feudal de gran parte de la tierra inglesa. La opresión de los monasterios, etc., lanzó sus moradores al proletariado. Los bienes mismos de la Iglesia fueron en gran parte regalados a codiciosos favoritos reales, o vendidos a precio irrisorio a arrendatarios o gentes de la ciudad, unos y otros especuladores, que expulsaron masivamente a los antiguos campesinos vinculados por sucesión y fundieron sus explotaciones. La propiedad de los campesinos arruinados sobre una parte del diezmo de la Iglesia, propiedad garantizada por la ley, fue confiscada a la chita callando.<sup>195</sup> «Pauper ubique jacet»,<sup>\*214</sup> exclamó la reina Isabel a la vuelta de un viaje por Inglaterra. En el año 43º de su reinado el poder se vio finalmente obligado a reconocer oficialmente el pauperismo mediante la promulgación del impuesto de pobres.

«Los autores de esa ley sintieron vergüenza de enunciar sus causas, y por eso la echaron al mundo, contra todos los usos, sin preámbulo alguno.»<sup>196</sup>

Por la ley 4.<sup>a</sup>, 16.<sup>o</sup> Car. I,<sup>\*215</sup> se declara perpetua aquella otra que, de hecho, no recibió una nueva forma más dura hasta 1834.<sup>197</sup> Estos

más bien adecuada para convertirlos en pequeños granjeros.» (GEORGE ROBERTS, *The Social History of the People of the Southern Countries of England in past centuries*, Lond. 1856, pág. 184.)

<sup>195</sup> «El derecho de los pobres a participar de los diezmos de la Iglesia está fijado por viejas constituciones.» (TUCKETT, *loc. cit.*, vol. II, págs. 804, 805.)

<sup>196</sup> WILLIAMS COBBETT, *A History of the Protestant Reformation*, § 471.

<sup>197</sup> El «espíritu» protestante se puede vislumbrar, por ejemplo, por lo siguiente. En el sur de Inglaterra varios terratenientes y arrendatarios ricos se pusieron a pensar en colaboración y compusieron 10 preguntas sobre la interpretación correcta de la ley de pobres de Isabel, las cuales presentaron para dictamen a un célebre jurista de la época, el Sergeant Snigge (más tarde juez bajo Jacobo I). «Novena pregunta: Algunos de los arrendatarios ricos de la parroquia han compuesto un prudente plan con el cual se pueden evitar todas las confusiones en la aplicación del act. Proponen construir una prisión en la parroquia. A todo pobre que no quiera dejarse encerrar en dicha prisión, se le negará el subsidio. Luego se anunciará a las gentes vecinas que si alguna persona desea alquilar los pobres de esta parroquia, entregue ofertas selladas un día determinado, con el precio

<sup>\*214</sup> «El pobre yace (está oprimido) en todas partes», de un verso del poeta latino Ovidio, *Fasti*, verso 218.

<sup>\*215</sup> La 4.<sup>a</sup> del 16º año de reinado de Carlos I.



efectos inmediatos de la Reforma no fueron los más persistentes que tuvo. La propiedad eclesiástica constituía el baluarte religioso de las antiguas relaciones de propiedad de la tierra. Al caer el baluarte, estas relaciones dejaron de ser sostenibles.<sup>198</sup>

Todavía en las últimas décadas del siglo xvii la yeomanry, campesinado autónomo, era más numerosa que la clase de los arrendatarios. Había sido la principal fuerza de Cromwell y, hasta según confesión de Macaulay, superaba con ventaja la comparación y contraposición con los borrachos nobles rurales y sus criados, los curas aldeanos que tenían que dar su nombre a las «mozas favoritas» de los señores. Los trabajadores asalariados del campo seguían siendo todavía copropietarios de los bienes comunales. En 1750 aproximadamente la yeomanry había

más bajo al que esté dispuesta a cogérselos. Los autores de este plan suponen que en los condados vecinos hay personas que no tienen ganas de trabajar, pero carecen de patrimonio o crédito suficiente para adquirir una finca o un barco y poder vivir sin trabajar (so as to live without labour). Esas personas deberían estar dispuestas a hacer a la parroquia ofertas muy ventajosas. Si aquí o allá sucumbieran pobres bajo la protección del que los hubiera alquilado, el pecado mancharía los umbrales de éste, pues la parroquia habría satisfecho sus deberes para con dichos pobres. Nos tememos que el presente act no permite ninguna medida prudente (prudential measure) de este tipo; pero habéis de saber que el resto de los freeholders<sup>\*216</sup> de este condado y de los contiguos se nos adherirán para mover a sus miembros de la Cámara baja a proponer una ley que permita el encierro y el trabajo forzado de los pobres, de tal modo que ninguna persona que se oponga a ser encerrada tenga derecho a subsidio. Esperamos que esto haga desistir a las personas que se encuentran en la miseria de pedir subsidio (will prevent persons in distress from wanting relief).» (R. BLAKEY, *The History of Political Literature from the earliest times*, Lond. 1855, vol. II, págs. 84, 85.) En Escocia la abolición de la servidumbre ocurrió siglos después que en Inglaterra. Todavía en 1698 Fletcher de Saltoun declaraba en el Parlamento escocés: «El número de mendigos en Escocia se estima en no menos de 200.000. El único remedio que yo, republicano por principio, puedo proponer consiste en restaurar la vieja situación de servidumbre y convertir en esclavos a todos los que son incapaces de curar de su propia subsistencia.» Así en EDEN, *loc. cit.*, b. I, ch. I, pág. 60, 61. «La pobreza data de la liberación de los campesinos... Las manufacturas y el comercio son los verdaderos padres de nuestros pobres nacionales.» Eden, republicano escocés por principio, como el otro, se equivoca sólo en que no fue la abolición de la servidumbre, sino la abolición de la propiedad de la tierra por el campesino lo que convirtió a éste en proletario o en pobre. A las leyes de pobres inglesas corresponden en Francia —donde la expropiación se consumó de otro modo— la ordenanza de Moulins de 1566 y el edicto de 1656.

<sup>198</sup> El señor Rogers —pese a ser entonces profesor de economía política en la Universidad de Oxford, sede de la ortodoxia protestante— subraya en su pró-

\*216 Propietarios, campesinos libres.

desaparecido,<sup>199</sup> y en las últimas décadas del siglo xviii lo hizo el último resto de propiedad comunal de los labradores. Aquí prescindimos de los muelles puramente económicos de la revolución de la agricultura. Nos preguntamos sólo por sus palancas violentas.

Bajo la restauración de los Estuardo los terratenientes impusieron legislativamente una usurpación que en el continente se consumó por todas partes incluso sin dilaciones legislativas. Abolieron la constitución feudal de la tierra, esto es, se sacudieron sus prestaciones obligatorias al estado, «indemnizaron» al estado mediante impuestos sobre el campesinado y el resto de la masa popular, reivindicaron propiedad privada moderna de bienes sobre los cuales poseían sólo títulos feudales y promulgaron finalmente aquellas leyes de poblamiento (laws of settlement) que, mutatis mutandis, tuvieron para los campesinos ingleses el mismo efecto que el edicto del tártaro Boris Godunov para el campesinado ruso.

La «glorious Revolution» (gloriosa Revolución) llevó al poder, junto con el Orange Guillermo III,<sup>200</sup> a los plusmanipuladores terratenientes y capitalistas. Éstos inauguraron la nueva era ejerciendo a escala colosal el robo de los dominios estatales, practicado hasta entonces sólo modestamente. Estas tierras se regalaron, se vendieron a precios irrisorios, o incluso fueron anexionadas por propiedades privadas mediante usurpación directa.<sup>201</sup> Todo eso ocurrió sin observar mínimamente la

logo a la *History of Agriculture* el empobrecimiento de la masa popular por la reforma.

<sup>199</sup> *A Letter to Sir T. C. Bunbury, Bt.: On the High Price of Provisions. By a Suffolk Gentleman*, Ipswich 1795, pág. 4. Hasta el fanático defensor de las grandes granjas, el autor [J. Arbuthnot] de la *Inquiry into the Connection of large farms, etc.*, Lond. 1773, pág. 139, dice: «Sobre todo lamento la pérdida de nuestra yeomanry, aquella tropa de hombres que realmente mantuvo en pie la independencia de esta nación; y lamento ver ahora sus tierras, que están en manos de lords monopolizadores, cedidas a pequeños arrendatarios que las tienen en condiciones tales que apenas son más que vasallos, obligados a obedecer en cuanto que se presenta cualquier ocasión difícil.»

<sup>200</sup> Sobre la moral privada de este héroe burgués, p. e.: «Las grandes concesiones de tierras a Lady Orkney en Irlanda el año 1695 son pruebas públicas de la inclinación del rey y de la influencia de la lady... Los deliciosos servicios de Lady Orkney habrían consistido en ... foeda laborum ministeria.»<sup>\*217</sup> (En la Sloane Manuscript Collection, Museo Británico, n.º 4.224. El manuscrito lleva el título «The character and behaviour of King William, Sunderland, etc., as represented in Original Letters to the Duke of Shrewsbury from Somers, Halifax, Oxford, Secretary Vernon, etc.» Está lleno de curiosidades.)

<sup>201</sup> «La enajenación ilegal de los bienes de la Corona, en parte por venta y en parte por donación, constituye un capítulo escandaloso de la historia inglesa ...

\*217 Vergonzosas funciones de los labios.



etiqueta legal. La propiedad estatal así fraudulentamente apropiada, junto con la arrebatada a la Iglesia —en la medida en que no se había disipado durante la revolución republicana—, constituye el fundamento de los actuales dominios principescos de la oligarquía inglesa.<sup>202</sup> Los capitalistas burgueses favorecieron la operación, entre otras cosas para convertir la tierra en puro artículo mercantil, ampliar la zona de la gran empresa agrícola, aumentar su aprovisionamiento de proletarios proscritos del campo, etc. Además, la nueva aristocracia terrateniente era la aliada natural de la nueva bancocracia, de la alta finanza recién salida del huevo y de los grandes manufactureros que por entonces se apoyaban en tarifas aduaneras proteccionistas. La burguesía inglesa actuó tan correctamente para sus intereses como los ciudadanos suecos que, a la inversa, de la mano de su baluarte económico —el campesinado—, apoyaron a los reyes en la recuperación violenta de las tierras de la corona de manos de la oligarquía (desde 1604, luego bajo Carlos X y Carlos XI).

La propiedad comunal —plenamente distinta de la propiedad estatal recién considerada— era una institución paleogermánica que sobrevivía revestida de feudalismo. Se ha visto que la usurpación violenta de la propiedad comunal, generalmente acompañada de la conversión de tierra de labranza en pastos, empieza a fines del siglo xv y sigue aún en el siglo xvi. Pero en esa época el proceso se desarrolló como violencia individual contra la cual la legislación lucha en vano durante 150 años. El progreso del siglo xviii se revela en el hecho de que ahora la ley misma se convierte en vehículo del robo de la tierra del pueblo, aunque los grandes arrendatarios siguen aplicando de paso también sus pequeños e independientes métodos privados.<sup>203</sup> La forma parlamentaria

un fraude gigantesco a la nación (gigantic fraud on the nation).» (F. W. NEWMAN, *Lectures on Political Econ.*, Lond. 1851, págs. 129, 130.) {Cómo llegaron a hacerse con sus propiedades los presentes latifundistas ingleses se puede consultar detalladamente en [N. H. EVANS], *Our old Nobility. By Noblesse Oblige*, London 1879. F. E. }

<sup>202</sup> Léase, p. e., el folleto de E. Burke sobre la casa ducal de Bedford, cuyo retoño es Lord John Russell, «the tomtit of liberalism».\*<sup>218</sup>

<sup>203</sup> «Los arrendatarios prohíben a los cottagers (caseros) mantener ninguna criatura viva fuera de sí mismos, con el pretexto de que si crían ganado o aves robarán pienso del granero. También dicen: mantened a los cottagers pobres y los tendréis trabajadores. Pero la realidad es que así los arrendatarios usurpan todo el derecho a las tierras comunales.» (*A Political Enquiry into the Consequences of Enclosing Waste Lands*, Lond. 1785, pág. 75.)

\*218 «El (pájaro) reyezuelo del liberalismo.»

del atraco es la de los «Bills for Inclosures of Commons» (Leyes de deslinde de la tierra comunal), decretos, dicho de otro modo, mediante los cuales los terratenientes se regalan como propiedad privada tierra del pueblo, decretos de expropiación del pueblo. Sir F. M. Eden refuta su picaresco alegato abogacil —en el que intenta presentar la propiedad comunal como propiedad privada de los grandes terratenientes que han substituido a los feudales— al reclamar él mismo un «act general del Parlamento sobre cierre de las tierras comunales», o sea, al reconocer que hace falta un golpe de estado parlamentario para transformar aquellas en propiedad privada, mientras al mismo tiempo pide al legislativo «indemnización» para los pobres expropiados.<sup>204</sup>

Mientras en el lugar de los yeomen independientes aparecían tenants-at-will,\*<sup>219</sup> pequeños arrendatarios cuya relación era cancelable anualmente, banda servil y dependiente de la arbitrariedad del landlord, el robo sistemáticamente practicado de la propiedad comunal, junto con el robo de los dominios estatales, contribuía a hinchar las grandes granjas en arriendo que en el siglo xviii se llamaron granjas de capital<sup>205</sup> o granjas de comerciantes,<sup>206</sup> y a «liberar» el pueblo rural como proletariado para la industria.

Pero el siglo xviii no entendió aún en la misma medida que el xix la identidad entre riqueza nacional y pobreza del pueblo. De aquí la violentísima polémica en la literatura económica de aquella época sobre la «inclosure of commons».\*<sup>220</sup> Doy unos cuantos pasos del masivo material que tengo ante mí, porque con eso la situación se materializa vívidamente.

«En muchas parroquias de Hertfordshire», escribe una pluma indignada, «24 granjas que medían por término medio 50-150 acres cada una se han fundido en 3.»<sup>207</sup> «En Northamptonshire y Lincolnshire el vallado de las tierras comunales

<sup>204</sup> EDEN, *loc. cit.*, Preface [págs. XVII, XIX].

<sup>205</sup> «Capital farms». (*Two Letters on the Flour Trade and the Dearness of Corn. By a Person in Business*, Lond. 1767, págs. 19, 20.)

<sup>206</sup> «Merchant-farms». (*An Inquiry into the Present High Prices of Provisions*, Lond. 1767, pág. 111, nota.) Esta buena obra, que apareció anónimamente, es del Rev. Nathaniel Forster.

<sup>207</sup> THOMAS WRIGHT, *A short address to the Public on the Monopoly of large farms*, 1779, págs. 2, 3.

\*219 Tenedores según el arbitrio del propietario que les arrienda la tierra.

\*220 Vallado o amojonamiento de tierras comunales.



ha predominado mucho y los nuevos señoríos nacidos del vallado se han convertido en su mayoría en pastos; por consecuencia de ello muchas propiedades no tienen ahora ni 50 acres bajo el arado, cuando antes se araban 1.500 ... Ruinas de antiguas casas, de graneros, establos, etc., son los únicos rastros de los antiguos habitantes. «En bastantes sitios cien casas y familias se han reducido ... a 8 ó 10 ... En las parroquias donde el deslinde se realizó hace sólo 15 ó 20 años los propietarios de la tierra son muy pocos en comparación con los números de los que eran cuando la tierra se labraba en situación abierta. No es infrecuente ver a 4 ó 5 ricos ganaderos usurpar grandes fincas recientemente valladas y que antes se encontraban en manos de 20-30 arrendatarios y de otros tantos propietarios menores y campesinos. Todos éstos han sido expulsados con sus familias de su posesión, junto con muchas otras familias ocupadas y mantenidas por ellos.»<sup>208</sup>

No fue sólo erial, sino también a menudo, con un determinado pago al ayuntamiento o común, tierra labrada la que se anexionó el landlord contiguo bajo el pretexto del deslinde.

«Hablo aquí del vallado de campos abiertos y tierras que ya están cultivadas. Hasta los escritores que defienden las inclosures reconocen que éstas aumentan el monopolio de grandes granjas, hacen subir los precios de los alimentos y producen despoblación... y hasta el vallado de tierras incultas, tal como se está practicando, roba a los pobres una parte de sus medios de subsistencia e hincha fincas que ya son demasiado grandes.»<sup>209</sup> «Cuando la tierra cae en manos de unos pocos grandes arrendatarios», dice el Dr. Price, «los pequeños arrendatarios» (a los que antes designa como «un montón de pequeños propietarios y arrendatarios que se sustentan, junto con sus familias, con el producto de la tierra por ellos labrada, ovejas, aves de corral, cerdos, etc., que mandan a la tierra comunal, de modo que no necesitan comprar muchos víveres») «se convierten en gentes que tienen que ganarse el sustento trabajando para otros y están obligados a ir al mercado para todo lo que necesitan... Tal vez se ejecute más trabajo, porque hay más coacción en ese sentido... Crecerán las ciudades y las manufacturas porque lanzarán a ellas más gentes en busca de trabajo. Ésta es la vía por la que actúa de modo natural la concentración de las fincas y por la que efectivamente ha actuado en este reino desde hace muchos años.»<sup>210</sup>

El autor resume del modo siguiente el efecto global de las inclosures:

«En conjunto, la situación de las capas bajas del pueblo ha empeorado casi en todos los aspectos; los propietarios menores y arrendatarios han quedado

<sup>208</sup> REV. ADDINGTON, *Enquiry into the Reasons for or against enclosing open fields*, Lond. 1772, págs. 37-43 passim.

<sup>209</sup> DR. R. PRICE, *loc. cit.*, vol. II, págs. 155, 156. Léase a Forster, Addington, Kent, Price y James Anderson y compárelos con la triste charlatanería de sicofante de MacCulloch en su catálogo *The Literature of Political Economy*, Lond. 1845.

<sup>210</sup> *Loc. cit.*, págs. 147, 148.

rebajados a la situación de jornaleros y mercenarios, y, al mismo tiempo, se ha hecho más difícil ganarse la vida en esta situación.»<sup>211</sup>

De hecho la usurpación de la tierra comunal y la concomitante revolución de la agricultura influyeron tan agudamente en los trabajadores agrícolas que, según el mismo Eden, entre 1765 y 1780 el salario de éstos empezó a caer por debajo del mínimo y a ser completado mediante subsidios oficiales para los pobres. El salario de estos trabajadores, dice «bastaba ya sólo para las necesidades absolutas de la vida».

Escuchemos aún por un momento a un defensor de las inclosures y contrincante del Dr. Price.

«No es un buen razonamiento decir que hay despoblación porque ya no se ve gente desperdiciando su trabajo en el campo abierto... Si tras la conversión de pequeños campesinos en gentes que tienen que trabajar para otros se suelta más trabajo, eso es una ventaja que la nación» (a la que, naturalmente, no pertenecen los transformados) «tiene que desear... El producto será mayor si su trabajo combinado se aplica a una finca: de este modo se forma sobreproducto para las manufacturas y así aumentan las manufacturas, una de las minas de oro de esta nación, en proporción con la cantidad de cereal producido.»<sup>212</sup>

<sup>211</sup> *Loc. cit.*, págs. 159, 160. Esto recuerda la antigua Roma: «Los ricos se habían apoderado de la mayor parte de las tierras sin repartir. Confiaron en que, por las circunstancias de los tiempos, no se las volverían a quitar nunca, y por eso compraron las tierras de los pobres situadas cerca, en parte con la voluntad de ellos, en parte quitándoselas por la fuerza, de modo que ya sólo cultivaban dominios muy extensos, en vez de campos sueltos. En esto usaban esclavos para la labranza y la cría del ganado, porque les habían quitado del trabajo los hombres libres para llevarlos al servicio de la guerra. La posesión de esclavos les procuró grande ganancia, porque éstos, al estar exentos del servicio de guerra, se podían multiplicar sin peligro y tenían gran cantidad de hijos. De este modo los poderosos se hicieron plenamente con toda la riqueza, y en toda la tierra hormigueaban los esclavos. Los itálicos, en cambio, eran cada vez menos, desgastados como estaban por la pobreza, los tributos y el servicio de guerra. Pero si llegaban épocas de paz, estaban condenados a completa inactividad, porque los ricos poseían la tierra, y en vez de hombres libres usaban esclavos para la agricultura.» (APIANO, *Guerras civiles romanas*, I, 7.) Ese paso se refiere a la época anterior a las leyes licinias. El servicio de guerra que tanto aceleró la ruina de los plebeyos romanos fue también uno de los principales medios con los que Carlomagno promovió como en invernadero la conversión de los libres campesinos germánicos en vasallos y siervos.

<sup>212</sup> [J. ARBUTHNOT], *An Inquiry into the Connection between the present Prices of Provisions, etc.*, págs. 124, 129. Análogamente, aunque con la tendencia opuesta: «Los trabajadores se ven expulsados de sus casas y forzados a irse a las ciudades a buscar empleo; pero entonces se obtiene un gran excedente y así se aumenta el capital.» ([R. B. SEELEY], *The Perils of the Nation*, 2nd ed., Lond. 1843, pág. XIV.)



La estoica serenidad de alma con que el economista político contempla la más impertinente violación del «sagrado derecho de propiedad» y la más grosera violencia contra las personas en cuanto que esas cosas son necesarias para asentar el fundamento del modo de producción capitalista se nos muestra, entre otros casos, en el de Sir F. M. Eden, que encima está teñido de tory y es un «filántropo». Toda la serie de latrocinios, horrores y vejaciones que acompañan la violenta expropiación que sufre el pueblo desde el último tercio del siglo xv hasta el final del siglo xviii le lleva sólo a la «confortable» reflexión final:

«La correcta (due) proporción entre tierra de labranza y pastos se tuvo que establecer. Todavía durante el entero siglo xiv y la mayor parte del siglo xv había 1 acre de pastos por cada 2, 3 e incluso 4 acres de labranza. A mediados del siglo xvi la proporción se convirtió en la de 2 acres de pastos por 2 de labranza, más tarde 2 acres de pastos por 1 acre de labranza, hasta que al final salió la correcta proporción de 3 acres de pastos por 1 acre de tierra de labranza.»

En el siglo xix se perdió, naturalmente, hasta el recuerdo de la correlación entre el labrador y la propiedad comunal. Por no hablar ya de tiempos posteriores, ¿qué farthing de indemnización recibió jamás el pueblo rural por los 3.511.770 acres de tierra comunal que se le robaron entre 1810 y 1831 y fueron regalados parlamentariamente por los landlords a los landlords?<sup>\*221</sup>

El último gran proceso de expropiación de la tierra de los campesinos, por último, es el llamado clearing of estates (despeje de las propiedades, de hecho barrido de las personas que había en ellas). Todos los métodos ingleses considerados hasta aquí culminaron en el «despeje». Como se vio con la descripción de la situación moderna en la sección anterior, ahora, cuando ya no hay más campesinos independientes que barrer, se llega hasta «despejar» la tierra de cottages, de modo que los trabajadores agrícolas no encuentran ya en la tierra que ellos mismos trabajan el espacio necesario para su propio alojamiento. Pero lo que significa «clearing of estates» en sentido propio no lo descubrimos más que en la tierra prometida de la moderna literatura novelesca,<sup>\*222</sup> en la Alta Escocia. Allí el proceso destaca por su carácter sistemático, por la magnitud de la escala a la que se realiza de golpe (en Irlanda los terratenientes han llegado a barrer varias aldeas al mismo tiempo; en la

\*221 Terratenientes, generalmente nobles.

\*222 'Novelesca' está usado también en el sentido de 'romántica'. Las novelas de Sir Walter Scott, cuyas narraciones tienen por marco la Edad Media y los clanes escoceses, son un elemento importante del romanticismo.

Alta Escocia se trata de tierras de la magnitud de ducados alemanes), y, finalmente, por la particular forma de la propiedad defraudada.

Los celtas de la Alta Escocia constaban de clanes, cada uno de los cuales era propietario de la tierra habitada por él. El representante del clan, su jefe o «gran hombre», era propietario sólo nominal de esa tierra, del mismo modo que la reina de Inglaterra es propietaria nominal de todo el suelo nacional. Cuando el gobierno inglés consiguió reprimir las guerras intestinas de esos «grandes hombres» y sus constantes ataques a las llanuras de la Baja Escocia, los jefes del clan no abandonaron en modo alguno su viejo oficio bandidesco; se limitaron a cambiarlo de forma. Por sí y ante sí convirtieron sus derechos nominales de propiedad en derecho de propiedad privada, y como chocaron con la resistencia de los miembros del clan, decidieron expulsar a éstos por la fuerza.

«Con el mismo derecho podría un rey de Inglaterra pretender arrojar al mar a sus súbditos»,

dice el profesor Newman.<sup>213</sup> Esta revolución, que empezó en Escocia tras la última rebelión del Pretendiente,<sup>\*223</sup> se puede estudiar en sus primeras fases siguiendo a Sir James Steuart<sup>214</sup> y a James Anderson.<sup>215</sup> En el siglo xviii se prohibió al mismo tiempo a los gaélicos,<sup>\*225</sup> expulsados de la tierra, la emigración, con objeto de meterlos por la fuerza en

<sup>213</sup> «A king of England might as well claim to drive his subjects into the sea.» (F. W. NEWMAN, *loc. cit.*, pag. 132.)

<sup>214</sup> Dice Steuart: «La renta de estas tierras» (Steuart transpone erróneamente esta categoría económica al tributo de los taksmen<sup>\*224</sup> al jefe de clan) «carece por completo de importancia si se tiene en cuenta su extensión, pero por lo que hace al número de personas que mantiene una granja se hallará quizá que un trozo de tierra de las tierras altas de Escocia alimenta a diez veces más personas que tierra del mismo valor de las provincias más ricas.» (*Loc. cit.*, vol. I, ch. XVI, pág. 104.)

<sup>215</sup> JAMES ANDERSON, *Observations on the means of exciting a spirit of National Industry*, Edinburgh 1777.

\*223 En 1745. El Pretendiente, Carlos Eduardo de Estuardo, lo era al trono de Inglaterra. La derrota definitiva de los estuardistas acarrió en Escocia el final de las tribus célticas, o clanes, y fue también una derrota de los campesinos.

\*224 Los taksmen (hombres del tak, que es la tierra) eran en los clanes célticos de Escocia los dignatarios inmediatamente inferiores al jefe de clan. Éste distribuía entre ellos la tierra comunal del clan. El pequeño pago del taksman al jefe no equivalía a la renta de la tierra, sino que más bien simbolizaba el reconocimiento de la autoridad del «gran hombre» por el clan.

\*225 Gaélicos es lo mismo que celtas.



Glasgow y otras ciudades fabriles.<sup>216</sup> Como ejemplo del método imperante en el siglo XIX<sup>217</sup> bastarán aquí los «despejes» de la duquesa de Sutherland. Esta persona, económicamente instruida, decidió, ya al asumir su cargo, practicar una cura económica radical y convertir en pastos para ovejas todo el condado, cuya población ya había sido reducida a 15.000 por obra de anteriores procesos análogos. De 1814 a 1820 esos 15.000 habitantes, unas 3.000 familias, fueron sistemáticamente acosados y exterminados. Todas sus aldeas fueron destruidas e incendiadas, todos sus campos transformados en pastos. Se encargó la ejecución del plan a soldados británicos, que llegaron a tener choques físicos con los naturales. Una vieja murió quemada entre las llamas de la cabaña que se había negado a abandonar. De este modo se hizo aquella madame con 794.000 acres de tierra que desde tiempos inmemoriales pertenecía al clan. Asignó a los desterrados nativos unos 6.000 acres en la costa, 2 acres por familia. Los 6.000 acres habían sido hasta entonces eriales y no habían arrojado renta alguna para los propietarios. La duquesa llegó tan lejos en sus nobles sentimientos que arrendó por 2 sh. 6 d. de renta por acre, por término medio, la tierra a las gentes

<sup>216</sup> En 1860 se exportó a Canadá, con falsas promesas, gente violentamente expropiada. Algunos huyeron a las montañas y las islas próximas. Fueron perseguidos por policías, tuvieron escaramuzas con ellos y lograron escaparse.

<sup>217</sup> «En las tierras altas», dice Buchanan, el comentarista de A. Smith, en 1814, «se subvierte cada día por la fuerza la antigua situación de la propiedad... El landlord, sin consideración alguna de los granjeros hereditarios» (también ésta es una categoría erróneamente aplicada aquí),<sup>\*226</sup> «ofrece la tierra al mejor postor, y si éste es un perfeccionador (improver) implanta inmediatamente un nuevo sistema de cultivo. La tierra antes sembrada de pequeños campesinos estaba poblada en proporción con su producto; con el nuevo sistema de cultivo perfeccionado y mayores rentas se obtiene el mayor producto posible con los menores costes posibles, y con esa intención se eliminan las manos ya inútiles... Los desechos de su tierra natal buscan la subsistencia en las ciudades fabriles, etc.» (DAVID BUCHANAN, *Observations on, etc., A. Smith's Wealth of Nations*, Edinb. 1814, vol. IV, pág. 144.) «Los grandes escoceses han expropiado familias igual que se extirpa las malas hierbas, han tratado aldeas y a sus pobladores como los indios tratan, en su venganza, las cavernas de las fieras salvajes... Un ser humano se vende por un vellón de oveja o una pata de cordero, incluso por menos... Al invadir las provincias septentrionales de la China se propuso en el consejo de los mongoles exterminar a los habitantes de aquéllas y convertir sus tierras en pastos. Muchos landlords de la Alta Escocia han aplicado esa propuesta en su propia tierra y contra sus propios compatriotas.» (GEORGE ENSOR, *An Inquiry concerning the Population of Nations*, Lond. 1818, págs. 215, 216.)

<sup>\*226</sup> Porque la propiedad lo seguía siendo del clan, aunque el hijo sucediera al padre en la explotación de una tierra determinada.

del clan que desde hacía siglos se habían desangrado por su familia. Dividió toda la tierra robada al clan en 29 grandes granjas ovinas, habitada cada una por una sola familia, en la mayoría de los casos mozos de granja ingleses. El año 1825 los 15.000 gaélicos estaban ya substituidos por 131.000 ovejas. La parte de los aborígenes arrojada a las costas intentó vivir de la pesca. Se hicieron anfibios y vivieron, como dice un escritor inglés, mitad en la tierra y mitad en el agua, y aún con eso no pasaron de medio vivir con ambas.<sup>218</sup>

Pero los buenos gaélicos iban a pagar todavía más cara su romántica idolatría montañesa de los «grandes hombres» del clan. El olor del pescado se metió por las narices de los grandes hombres. Éstos olfatearon tras él algo beneficioso y arrendaron las costas a los grandes comerciantes pescaderos de Londres. Los gaélicos fueron expulsados por segunda vez.<sup>219</sup>

Pero, para terminar, una parte de los pastos para ovejas se reconvierte en cotos de caza. Ya se sabe que en Inglaterra no hay bosques de verdad. Los animales que viven en los parques de los grandes son ganado doméstico constitucional, gordos como los aldermen<sup>\*228</sup> de Londres. Por eso Escocia es el último asilo de la «noble pasión».

«Aquí en las tierras altas», dice Somers en 1848, «los bosques se han extendido mucho. Aquí, a un lado de Gaick, tenéis el nuevo bosque de Glenfeshie, y allí, en la otra parte, el nuevo bosque de Ardverikie. En la misma línea tenéis el Bleak-Mount, enorme desierto recién plantado. De este a oeste, de la vecindad de Aberdeen hasta los acantilados de Oban, tenéis ahora una línea ininterrumpida de bosques, mientras que en otras partes de las tierras altas se encuentran los nuevos bosques de Loch Archaig, Glengarry, Glenmoriston, etc... La conversión de sus

<sup>218</sup> Cuando la actual duquesa de Sutherland recibió en Londres con gran boato a Mrs. Beecher-Stowe, la autora de *Uncle Tom's Cabin*,<sup>\*227</sup> para manifestar su simpatía por los esclavos negros de la república americana —cosa que, junto con sus co-aristocráticas, se abstuvo sabiamente de hacer durante la guerra civil, cuando todo «noble» corazón inglés latió por los esclavistas—, expuse en la *New-York Tribune* la situación de los esclavos de Sutherland. (Parcialmente extractado por CAREY en *The Slave Trade*, Philadelphia 1853, págs. 202, 203.) Mi artículo fue reimpreso por un periódico escocés y provocó una cortés polémica entre éste y los sicofantes de los Sutherland.

<sup>219</sup> Cosas interesantes sobre este comercio del pescado se encuentran en el *Portfolio, New Series* del señor DAVID URQUHART. NASSAU W. SENIOR describe en obra póstuma antes citada «el procedimiento aplicado en Sutherlandshire como una de las clarificaciones (clearings) más benéficas que recuerden los hombres». (*Loc. cit.* [pág. 282].)

<sup>\*227</sup> *La cabaña del tío Tom.*

<sup>\*228</sup> Regidores.



tierras en pastos para ovejas... redujo a los gaélicos a tierras estériles. Ahora la caza empieza a substituir a la oveja y embute a las gentes en una miseria todavía más aplastante... Los bosques de caza <sup>219a</sup> y el pueblo no pueden existir juntos. Los unos o el otro tienen que ceder su lugar en cualquier caso. Dejad que los cotos de caza aumenten en número y extensión en el próximo cuarto de siglo como lo han hecho en el pasado y no hallaréis ya gaélico alguno en su tierra natal. Esta tendencia de los propietarios de las tierras altas se debe en parte a la moda, al puntillo aristocrático, a la pasión por la caza, etc., pero en parte cultivan también la cacería con la mirada puesta exclusivamente en el beneficio. Pues es un hecho que un trozo de tierra montañosa dedicado a la caza resulta en muchos casos incomparablemente más rentable que puesto a pastos... El aficionado que busca un coto de caza no limita su oferta más que por la dimensión de su bolsa... Así se ha decretado para las tierras altas sufrimientos no menos crueles que los que la política de los reyes normandos decretó para Inglaterra. La caza ha recibido un ámbito de movimiento más libre, mientras los seres humanos han sido acosados y reducidos a círculos cada vez más estrechos... Se arrebató al pueblo una libertad tras otra... Y la opresión aumenta aún cada día. Los propietarios aplican el despeje y la expulsión del pueblo como un principio firme, como una necesidad agrícola, igual que se hace tabla rasa de árboles y matorrales en las tierras vírgenes de América y Australia, y la operación sigue su tranquilo curso de asunto corriente.»<sup>220</sup>

<sup>219a</sup> Los «deer forests» (bosques de caza) de Escocia no tienen un solo árbol. Se expulsa a las ovejas y se echa los ciervos por los montes desnudos, y a eso se le llama «deer forest». O sea, que ni silvicultura.

<sup>220</sup> ROBERT SOMERS, *Letters from the Highlands; or, the Famine of 1847*, Lond. 1848, págs. 12-28 *passim*. Estas cartas aparecieron inicialmente en el *Times*. Los economistas ingleses explicaron, naturalmente, el hambre de los gaélicos en 1848 por su... sobrepoblación. En todo caso, «presionaron» sobre sus alimentos. El «clearing of estates», o, como se llamó en Alemania, «Bauernlegen», se impuso particularmente en este país tras la Guerra de los Treinta Años, y todavía en 1790 provocó insurrecciones campesinas en la Sajonia electora. Pues imperó sobre todo en la Alemania oriental. En la mayoría de las provincias de Prusia fue Federico II el primero que garantizó a los campesinos derecho de propiedad. Tras la conquista de Silesia obligó a los terratenientes a restaurar las cabañas, los graneros, etc., y a dotar los predios campesinos de ganado y aperos. Necesitaba soldados para su ejército y tributadores para su tesoro. Por lo demás, lo agradable que fue la vida de los campesinos bajo la desorganización financiera de Federico y su mezcla gubernativa de despotismo, burocracia y feudalismo se puede apreciar por este paso de su admirador Mirabeau: «El lino constituye, pues, una de las mayores riquezas de los campesinos del norte de Alemania. Por desgracia para el género humano, eso es sólo un paliativo de la miseria, no un camino al bienestar. Los impuestos directos, las prestaciones gratuitas y los servicios obligatorios de todo tipo arruinan al campesino alemán, sobre todo porque además tiene que contribuir a pagar impuestos indirectos en todo lo que compra... y para colmo de su ruina no se atreve a vender sus productos donde y como quiere; tampoco osa comprar lo que necesita a los mercaderes que podrían suministrarlo al mejor precio. Todas esas causas le arruinan insensiblemente, y se vería incapaz de pagar los impuestos directos a su vencimiento si no fuera por la hilatura; ésta le ofrece un recurso al ocupar útilmente a su mujer, sus

La expoliación de los bienes de la Iglesia, la enajenación fraudulenta de los dominios estatales, el robo de la propiedad comunal, la conversión usurpatoria de propiedad feudal y del clan en moderna propiedad privada, consumada con descarado terrorismo, fueron otros tantos métodos idílicos de acumulación originaria. Ellos conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporaron la tierra al capital y procuraron a la industria urbana el suministro necesario de proletariado despojados de todo.

hijos, sus criados, sus mozos y él mismo; pero qué vida penosa, incluso con la ayuda de ese socorro. En verano trabaja como un forzado labrando y cosechando; se acuesta a las nueve y se levanta a las dos para dar abasto a las faenas; en invierno tendría que restaurar fuerzas mediante un descanso mayor; pero le faltará grano para el pan y la siembra si se desprende de las mercancías que habría que vender para pagar los impuestos. Hay, pues, que hilar para cubrir ese hueco... hay que aportar a ello la mayor asiduidad. Por eso en invierno el campesino se acuesta a medianoche, a la una, y se levanta a las cinco o las seis; o bien se acuesta a las nueve y se levanta a las dos, y así todos los días de la vida, salvo el domingo. Ese exceso de vela y de trabajo desgasta la naturaleza humana, y a eso se debe que hombres y mujeres envejecan mucho antes en los campos que en las ciudades.» (MIRABEAU, *loc. cit.*, vol. III, págs. 212 ss.).

Añadido a la 2.<sup>a</sup> ed. En marzo de 1866, 18 años tras la publicación de la citada obra de Robert Somers, el profesor Leone Levi dio una conferencia en la Society of Arts sobre la conversión de los pastos de ovejas en bosques de caza, y en la conferencia describe el progreso de la devastación en las tierras altas escocesas. Dice entre otras cosas: «La despoblación y la conversión en meros pastos para ovejas ofrecían el medio más cómodo de obtener una renta sin inversión... En las tierras altas fue cambio corriente el de un deer forest en vez de los pastos de ovejas. Se substituyen las ovejas por animales de caza, igual que antes se expulsó a los hombres para hacer sitio a las ovejas... Se puede ir a pie desde las propiedades del conde de Dalhousie, en Forfarshire, hasta las John o'Groats sin abandonar nunca los bosques. En muchos» (de esos bosques) «se han instalado el zorro, el gato montés, la marta, el turón, la comadreja y la liebre de los montes, y el conejo, la ardilla y la rata han llegado a ellos hace poco. Territorios enormes que en la estadística de Escocia figuraban como pastos de excepcional fecundidad y extensión están ahora excluidos de todo cultivo y de toda mejora y dedicados exclusivamente al placer cinegético de unas pocas personas, placer que sólo dura un breve período del año.»

El *Economist* londinense del 2 de junio de 1866 dice: «Un periódico escocés informa la última semana, entre otras novedades: 'Una de las mejores fincas ovinas de Sutherlandshire, por la cual se ofreció hace poco, al vencer el contrato de arriendo en curso, una renta anual de 1.200 libr. est., se convierte en un deer forest'. Los instintos feudales actúan como en la época en que el conquistador normando... destruyó 36 aldeas para crear el New Forest... Dos millones de acres, que incluyen algunas de las tierras más fértiles de Escocia, se encuentran totalmente abandonados. El prado natural de Glen Tilt se contaba entre los más nutritivos del condado de Perth; el deer forest de Ben Alder era el mejor



### 3. Legislación sanguinaria contra los expropiados desde el final del siglo xv.

#### *Leyes para mantener bajo el salario del trabajo*

Los expulsados mediante la disolución de los séquitos feudales y mediante la expropiación violenta y por oleadas de la tierra, aquel proletariado proscrito, no podía ser en modo alguno absorbido por la naciente manufactura tan deprisa como había llegado al mundo. Por otra parte, aquellas personas repentinamente despedidas de su acostumbrada trayectoria vital no podían situarse del mismo modo repentino en la disciplina de su nueva situación. Se convirtieron masivamente en mendigos, bandidos, vagabundos, a veces por inclinación, en la mayoría de los casos por la fuerza de las circunstancias. Al final del siglo xv y durante todo el siglo xvi hay, por ello, en toda la Europa occidental una legislación sangrienta contra el vagabundeo. Los padres de la actual clase obrera fueron, por de pronto, castigados por la conversión de que habían sido víctimas en vagabundos y pobres. La legislación los trató como criminales «voluntarios», dando por supuesto que dependía de su buena disposición el seguir trabajando en la vieja situación ya inexistente.

En Inglaterra esa legislación empezó bajo Enrique VII.

Enrique VIII, 1530: los mendigos viejos e incapacitados para el trabajo reciben una licencia de mendicidad. En cambio, azotes y encierro para vagabundos probados. Se los atará a la parte de atrás de una carreta y se los azotará hasta que sangren, luego prestarán juramento de volver a su lugar de nacimiento o a aquél en el que hubieran vivido los tres años anteriores, y «ponerse a trabajar» (to put himself to labour).

terreno de prado de todo el amplio distrito de Badenoch; una parte del Black Mount forest era el más excelente pasto escocés para la oveja de hocico negro. Es posible hacerse una idea de la extensión de la tierra abandonada por la pasión de la caza teniendo en cuenta el hecho de que esa tierra abarca una superficie mucho mayor que todo el condado de Perth. La pérdida de fuentes productivas que experimenta el país por causa de esa devastación por la fuerza se puede estimar teniendo en cuenta que el territorio del forest de Ben Aulder podría alimentar 15.000 ovejas, y sólo representa 1/30 de la totalidad de los cotos de caza de Escocia... Todo ese territorio de caza es totalmente improductivo... exactamente igual se lo habría podido sumergir en las aguas del Mar del Norte. La dura mano de la ley debería poner coto a esos eriales o desiertos improvisados.»

¡Qué cruel ironía! En 27 Enrique VIII\*<sup>229</sup> se repite ese estatuto, pero agravado por nuevos añadidos. Si se sorprende a uno por segunda vez vagabundeando, se repetirán los azotes y se le cortará media oreja; a la tercera vez el sujeto será ejecutado por criminal peligroso y enemigo de la sociedad.

Eduardo VI: un estatuto del primer año de su reinado, 1547, ordenando que cuando alguien se niegue a trabajar sea adjudicado como esclavo a la persona que lo denunció por ocioso. El amo alimentará a su esclavo con pan y agua, bebida floja y los desechos de carne que le parezcan adecuados. Tiene derecho a forzarlo a cualquier trabajo, por repugnante que sea, azotándolo y encadenándolo. Si el esclavo se ausenta durante 14 días, se le condena a esclavitud perpetua y se le marcará con la letra S en la frente o la mejilla; si se escapa por tercera vez se le ejecutará como reo de alta traición. El amo puede venderlo, legarlo, alquilarlo como esclavo, exactamente igual que cualquier otro bien mueble o que las bestias. Si los esclavos emprenden algo contra los señores serán también ejecutados. Los jueces de paz han de seguir, a instancias de denunciante, la pista de estos mozos. Si se averigua que un vagabundo ha estado tres días holgazaneando, se le llevará a su lugar de nacimiento, se le marcará en el pecho con el signo V y se le utilizará allí, encadenado, en las calles o para otros servicios. Si el vagabundo declara un lugar de nacimiento falso, se convertirá, por castigo, en esclavo perpetuo de ese lugar, de sus habitantes o del ayuntamiento, y se le marcará con una S. Toda persona tiene derecho a arrebatarse a los vagabundos sus hijos y a retenerlos en condición de aprendices, los muchachos hasta los 24 años, las muchachas hasta los 20 años. Si se escapan, serán hasta esas edades esclavos del maestro, que puede encadenarlos, azotarlos, etc., como quiera. Todo maestro puede colocar un anillo de hierro en el cuello, el brazo o la pierna de su esclavo, para poder reconocerlo mejor y estar más seguro de él.<sup>221</sup>

La última parte de este estatuto prevé que ciertos pobres sean empleados por el lugar o por los individuos que les den de comer y beber

<sup>221</sup> El autor del *Essay on Trade, etc.*, 1770, observa: «Bajo el reinado de Eduardo VI los ingleses parecen haberse lanzado, efectivamente, con toda seriedad a animar las manufacturas y emplear a los pobres. Eso se desprende para nosotros de un curioso estatuto en el que se dice que todos los vagabundos serán marcados», etc. (*Loc. cit.*, pág. 5.)

\*<sup>229</sup> La misma composición de la referencia que hasta aquí, pero unas veces con el número de la ley o el decreto después del nombre del rey (precedido por el año de su reinado) y otras, como aquí, sin él.



y quieran encontrar trabajo para ellos. Esta especie de esclavos de la parroquia se ha mantenido en Inglaterra hasta muy entrado el siglo XIX con el nombre de roundsmen (piqueteros).<sup>\*230</sup>

Isabel, 1572: los mendigos sin licencia y de más de 14 años serán azotados severamente y marcados en el lóbulo de la oreja izquierda si nadie los quiere tomar a su servicio por dos años; en caso de repetición, si tienen más de 18 años serán... ejecutados si nadie quiere tomarlos a su servicio por dos años; y a la tercera recaída, ejecutados sin gracia alguna como reos de alta traición. Estatutos análogos: Isabel c. 13 y 1597.<sup>221a</sup>

<sup>221a</sup> Tomás Moro dice en su *Utopía* [págs. 41, 42]: «Así ocurre que un glotón codicioso e insaciable, verdadera peste del país que le vio nacer, puede reunir miles de acres de tierra y encerrarlos dentro de una empalizada o de un vallado, o puede acosar con violencia e injusticia a sus propietarios de tal modo que éstos se ven forzados a venderlo todo. Por un medio u otro, quebrando o torciendo, se ven obligados a marcharse: ¡pobres, simples, míseras almas! Hombres, mujeres, maridos, esposas, niños sin padre, viudas, míseras madres con sus niños de pecho y toda la familia, escasa de medios y rica de bocas, porque la agricultura requería muchas manos. Se arrastran lejos, digo, de la patria conocida y acostumbrada, sin hallar un lugar de descanso; la venta de todo su ajuar, aunque no es de gran valor, daría alguna suma en otras circunstancias; pero una vez puesto repentinamente en la calle, tienen que desprenderse de él a precios irrisorios. Y cuando han corrido de un lado a otro y han consumido hasta la última blanca, ¿qué pueden hacer sino robar, y luego, invocando el nombre de Dios, ser colgados con observancia de todo derecho; o bien echarse a pedir? Y también en ese caso los arrojan a la cárcel, por vagabundos, porque van por el mundo sin trabajar; ellos, a los que nadie quiere dar trabajo por muy celosamente que se ofrezcan.» De esos pobres fugitivos de los que Tomás Moro dice que se les obligó a robar «se ejecutó a 72.000 ladrones grandes y pequeños bajo el reinado de Enrique VIII.» (HOLINSHED, *Description of England*, vol. I, pág. 186.) En tiempos de Isabel «se ahorcaba vagabundos en reatas; realmente no solía pasar año en que no terminaran en el patíbulo, en un lugar u otro, 300 ó 400». (STRYPE, *Annals of the Reformation and Establishment of Religion, and other Various Occurrences in the Church of England during Queen Elisabeth's Happy Reign*, 2nd ed., 1725, vol. II.) Según el mismo Strype, en Somersetshire y en un solo año se ejecutó a 40 personas, se marcó al fuego a 35, se azotó a 37 y se puso en libertad a 183 «malvados desesperados». A pesar de eso, dice, «el gran número de acusados no alcanza ni 1/5 de los lamentables crímenes, a causa de la negligencia de los jueces de paz y de la necia compasión del pueblo». Añade: «Los demás condados de Inglaterra no estaban en mejor situación que Somersetshire y muchos estaban incluso en una peor.»

<sup>\*230</sup> Hombres de la ronda. Eran hombres disponibles para servicios de emergencia, con los que se formaban piquetes para realizar servicios a menudo ocasionales.

Jacobo I: una persona que vagabundea y mendiga se considera vago y vagabundo. Los jueces de paz tienen poderes en las petty sessions<sup>\*231</sup> para mandar azotar públicamente a esas personas y encerrarlas en la cárcel 6 meses la primera vez que se las sorprende, 2 años a la segunda vez. Durante el tiempo de prisión se las azotará tanto y tan a menudo como lo tengan a bien los jueces de paz... Los vagabundos incorregibles y peligrosos se marcarán en el hombro izquierdo con una R y se dedicarán a trabajos forzados, y si se los vuelve a sorprender mendigando se los ejecutará sin misericordia. Estas disposiciones, con fuerza legal hasta principios del siglo XVIII, no fueron abolidas sino por 12 Ana c. 23.

Leyes análogas en Francia, donde a mediados del siglo XVII se había establecido en París un reino de los truhanes (royaume des truands). Todavía en los primeros tiempos del reinado de Luis XVI (Ordenanza de 13 de julio de 1777) todo hombre sanamente constituido de 16 a 60 años que se encontrara sin medios de existencia ni ejercicio de una profesión tenía que ser mandado a galeras. Análogamente el estatuto de Carlos V para los Países Bajos de octubre de 1537, el primer edicto de los estados y ciudades de Holanda de 19 de marzo de 1614, el bando de las Provincias Unidas de 25 de junio de 1649, etc.

De este modo el pueblo rural, violentamente expropiado de la tierra, expulsado y convertido en vagabundo, fue forzado a una disciplina necesaria para el sistema del trabajo asalariado mediante leyes grotesco-terroristas, mediante el látigo, el hierro al rojo, el tormento.

No basta con que aparezcan en un polo las condiciones de trabajo como capital y en el otro polo seres humanos que no tienen que vender más que su fuerza de trabajo. Tampoco basta con obligar a esos hombres a venderse voluntariamente. En el curso de la producción capitalista se desarrolla una clase trabajadora que por educación, tradición y costumbre reconoce como leyes naturales evidentes las exigencias de ese modo de producción. La organización del proceso de producción capitalista formado rompe toda resistencia; la constante génesis de una sobrepoblación relativa sostiene la ley de oferta y demanda de trabajo y, por lo tanto, el salario, en unos carriles adecuados a las necesidades de valorización del capital; la muda constricción de las relaciones económicas sella el dominio del capitalista sobre el trabajador. Sin duda se sigue aplicando violencia inmediata, extraeconómica, pero sólo excepcionalmente. Por lo que hace al curso corriente de las cosas, se pue-

<sup>\*231</sup> Vistas de causas de poca importancia.



de confiar el trabajador a las «leyes naturales de la producción», es decir, a su dependencia del capital, nacida de las condiciones mismas de la producción, y garantizada y eternizada por ellas. Distinto durante la génesis histórica de la producción capitalista. La burguesía naciente necesita y utiliza la fuerza del estado para «regular» el salario, esto es, para forzarlo dentro de los límites agradables para la plusmanipulación; para prolongar la jornada de trabajo y para mantener al trabajador mismo en el grado normal de dependencia. Éste es un momento esencial de la llamada acumulación originaria.

La clase de los trabajadores asalariados, que nació en la última mitad del siglo XIV, no constituía entonces ni en el siglo siguiente más que un elemento muy pequeño del pueblo, intensamente protegido en su posición por la economía campesina autónoma en el campo y la organización gremial de la ciudad. En el campo y en la ciudad el maestro y el obrero estaban socialmente próximos. La subordinación del trabajo al capital era sólo formal, esto es, el modo de producción mismo no poseía aún ningún carácter específicamente capitalista. El elemento variable del capital predominaba mucho sobre su elemento constante. Por eso la demanda de trabajo asalariado aumentó rápidamente a cada acumulación de capital, mientras que la oferta de trabajo asalariado respondía sólo lentamente. Una gran parte del producto nacional, más tarde convertida en fondo de acumulación del capital, fluía todavía por entonces al fondo de consumo del trabajador.

La legislación sobre el trabajo asalariado, acuñada desde su raíz para la explotación del trabajador y siempre igualmente hostil a él en su posterior proceso,<sup>222</sup> se inaugura en Inglaterra por el Statute of Labourers de Eduardo III, 1349. Le corresponde en Francia la Ordenanza de 1350, promulgada en nombre del rey Jean. Las legislaciones inglesa y francesa discurren paralelamente y son de contenido idéntico. Por lo que hace a su intento de forzar la prolongación de la jornada de trabajo no vuelvo a hablar de los estatutos, pues este punto se trató antes (capítulo ocho, 5).

El Statute of Labourers se promulgó por acuciante queja de la Cámara de los Comunes.

«Antes», dice ingenuamente un tory, «los pobres exigían un salario tan alto que amenazaba la industria y la riqueza. Ahora su salario es tan bajo que ame-

<sup>222</sup> Siempre que el legislador intenta regular las diferencias entre los amos y sus trabajadores, sus consejeros son los amos, dice A. Smith. «El espíritu de las leyes es la propiedad», dice Linguet.

naza también la industria y la riqueza, pero de otro modo y quizás más peligrosamente que entonces.»<sup>223</sup>

Se fijó una tarifa salarial legal para la ciudad y el campo, para el trabajo a destajo y para la jornada de trabajo. Los trabajadores rurales se debían alquilar por año, los urbanos «en el mercado abierto». Se prohíbe bajo pena de cárcel pagar un salario más alto que el estatutario, pero la percepción de ese salario más elevado se castiga más severamente que su pago. Así, todavía en las secc. 18 y 19 del estatuto de aprendices de Isabel se condena con diez días de prisión al que pague salario superior, y en cambio con veintiún días de prisión al que lo tome. Un estatuto de 1360 agravaba las penas y hasta autorizaba al amo a arrancar trabajo por el salario legal mediante coacción física. Todos los acuerdos, contratos, juramentos, etc., por los que se vinculaban recíprocamente albañiles y carpinteros se declaran nulos de pleno derecho. La coalición de trabajadores se trata como crimen grave desde el siglo XIV hasta 1825, año de la abolición de las leyes contra las coaliciones. El espíritu del estatuto obrero de 1349 y de sus sucesores brilla luminosamente en el hecho de que dicta con la autoridad del estado un máximo salarial, pero ni por asomo un mínimo.

En el siglo XVI la situación de los trabajadores había empeorado mucho, como es sabido. Subió el salario monetario, pero no en razón de la depreciación del dinero y de la correspondiente subida de los precios de las mercancías. De modo que de hecho el salario bajó. A pesar de ello siguieron vigentes las leyes destinadas a mantenerlo bajo, igual que siguieron vigentes los cortes de oreja y la marca al fuego de aquellos «a los que nadie quería tomar a su servicio». El estatuto de aprendices 5 Isabel c. 3 autoriza a los jueces de paz a fijar ciertos salarios y modificarlos según las estaciones y los precios de las mercancías. Jacobo I amplió esa regulación del trabajo a los tejedores, hilanderos y todas las categorías posibles de trabajadores,<sup>224</sup> y Jorge II extendió a todas las manufacturas las leyes contra la coalición de trabajadores.

<sup>223</sup> [J. B. BYLES,] *Sophisms of Free Trade. By a Barrister*, Lond. 1850, pág. 206. Añade maliciosamente: «Siempre hemos estado dispuestos a intervenir en favor del empleador. ¿No se puede hacer nada por el empleado?»

<sup>224</sup> Por una cláusula del estatuto 2 Jacobo I, c. 6, se aprecia que ciertos fabricantes de paños se arrogaban la capacidad de dictar oficialmente, en su calidad de jueces de paz, la tarifa salarial de sus propios talleres. En Alemania los estatutos destinados a mantener bajo el salario fueron frecuentes sobre todo tras la Guerra de los Treinta Años. «Era muy molesta para los terratenientes en aquella tierra sin hombres la falta de criados y de trabajadores. Se prohibió a todos los aldeanos alquilar habitaciones a hombres y mujeres solteros; todos esos inquilinos



En el período manufacturero propiamente dicho el modo de producción capitalista se había robustecido lo suficientemente como para hacer que la regulación legal del salario fuera tan inaplicable cuanto superflua, pero no se quería prescindir de las armas del viejo arsenal para el caso de necesidad. Todavía la norma 8 Jorge II prohibía para los oficiales sastres de Londres y alrededores más de 2 sh. 7 1/2 d. de jornal, excepto en caso de luto general; todavía la 13 Jorge III c. 68 atribuía a los jueces de paz la regulación del salario de los sederos; aún en 1796 hicieron falta dos sentencias de los tribunales superiores para decidir si los mandamientos de los jueces de paz sobre salarios eran válidos también para trabajadores no agrícolas; todavía en 1799 un act del Parlamento confirmó que el salario de los mineros de Escocia estaba regulado por un estatuto de la reina Isabel y dos acts escoceses de 1661 y 1671. Pero un incidente inaudito en la Cámara baja inglesa prueba lo mucho que mientras tanto se habían transformado las circunstancias. En aquella cámara en la que desde hacía más de 400 años se había fabricado leyes sobre el máximo que el salario no podía, lisa y llanamente, superar, Whitbread propuso en 1796 para los jornaleros agrícolas un mínimo salarial legal. Pitt se opuso, pero reconoció que la «situación de los pobres es cruel». Por último, en 1813 fueron abolidas las leyes sobre regulación del salario. Eran una anomalía ridícula desde que el capitalista regulaba la fábrica mediante su legislación privada y hacía completar con el impuesto de pobres el salario del trabajador rural hasta el mínimo imprescindible. Las disposiciones de los estatutos obreros sobre contratos entre maestros y asalariados, sobre plazos de notificación de despidos y otras cosas análogas, que sólo permiten demanda civil contra el maestro que incumple el contrato, pero autorizan querrela criminal contra el trabajador que lo hace, están en pleno florecimiento hasta este momento.

tenían que ser denunciados a la superioridad y metidos en la cárcel en caso de que no aceptaran ser criados, incluso si se sustentaban con otra actividad, como labrar para los campesinos por un jornal, o incluso si comerciaban con dinero y cereales. (*Kaiserliche Privilegien und Sanctiones für Schlesien*, I, 125.) Durante todo un siglo los decretos de los señores se quejan amargamente de la gentuza malévola y caprichosa que no quiere someterse a aquellas duras condiciones ni contentarse con el salario legal; se prohíbe al terrateniente dar más de lo que la autoridad local haya fijado en las tasas. Y, sin embargo, las condiciones del servicio luego de la guerra son a veces mejores de lo que fueron 100 años más tarde; en 1652 la servidumbre recibía aún en Silesia carne dos veces por semana, mientras que ya en nuestro siglo ha habido allí mismo zonas en las que no la recibía más que tres veces al año. También el jornal era después de la guerra más elevado que en los siglos siguientes.» (G. FREYTAG.)

Las crueles leyes contra las coaliciones cayeron en 1825 ante la amenazadora actitud del proletariado. A pesar de ello cayeron sólo en parte. Algunos hermosos restos de los viejos estatutos no desaparecieron hasta 1859. Finalmente, un act del Parlamento de 29 de junio de 1871 pretendió eliminar los últimos restos de aquella legislación clasista mediante el reconocimiento legal de las Trades' Unions.\*<sup>232</sup> Pero un act parlamentario de la misma fecha (An act to amend the criminal law relating to violence, threats and molestation)\*<sup>233</sup> restableció de hecho la situación anterior en forma nueva. Mediante este escamoteo parlamentario los medios de que pueden servirse los trabajadores en una huelga o un lock-out (strike de los fabricantes unidos mediante cierre simultáneo de sus fábricas) se substrayeron al derecho común y se pusieron bajo una legislación penal de excepción, cuya interpretación se confiaba a los fabricantes mismos en su calidad de jueces de paz. Dos años antes la misma Cámara baja y el mismo señor Gladstone, con la consabida sinceridad, habían presentado un proyecto de ley para la abolición de todas las leyes penales de excepción contra la clase obrera. Pero nunca se dejó llegar ese proyecto más allá de la segunda lectura, y así se fue arrastrando el asunto hasta que, por último, el «gran partido liberal» cobró, mediante una alianza con los tories, el coraje suficiente para volverse resueltamente contra el mismo proletariado que lo había llevado al poder. No contento con esa traición, el «gran partido liberal» permitió a los jueces ingleses —siempre moviendo el rabo al servicio de las clases dominantes— desenterrar las añosas leyes sobre «conspiraciones» y aplicarlas contra las coaliciones obreras. Como se ve, sólo contra su voluntad y bajo la presión de las masas renunció el Parlamento británico a las leyes contra strikes\*<sup>234</sup> y Trades' Unions, luego de haberse mantenido durante siglos, con egoísmo desvergonzado, en la posición de una Trades' Union permanente de los capitalistas contra los trabajadores.

Nada más empezar la tormenta revolucionaria, la burguesía francesa intentó substraer a los trabajadores el derecho de asociación que acababan de conquistar. Por un decreto del 14 de junio de 1791 declaró que toda coalición obrera es un «atentado a la libertad y a la Declaración de los Derechos del Hombre», punible con 500 livres más un año de

\*<sup>232</sup> Sindicatos.

\*<sup>233</sup> Una ley para enmendar el derecho penal que regula la violencia, las amenazas y las vejaciones.

\*<sup>234</sup> Huelgas.



privación de los derechos civiles activos.<sup>225</sup> Esta ley que embute la lucha competitiva entre el capital y el trabajo, por vía policíaco-estatal, dentro de límites cómodos para el capital, sobrevivió a revoluciones y cambios dinásticos. Incluso el Terror la dejó intacta. Hasta muy recientemente no se tachó del Código Penal. Nada tan característico como el pretexto de aquel golpe de estado burgués. «Aunque nada tan deseable», dice Le Chapelier, el ponente, «como que el salario del trabajo se eleve por encima de donde ahora está con objeto de que el que lo percibe se encuentre exento de la dependencia absoluta causada por la privación de los alimentos imprescindibles, la cual es casi la dependencia de la esclavitud», sin embargo, los trabajadores no tienen derecho a ponerse de acuerdo acerca de sus intereses, a actuar unidos y moderar así su «dependencia absoluta, que es casi esclavitud»; y ello simplemente porque así lesionarían «la libertad de sus ci-devant maîtres,<sup>\*235</sup> de los actuales empresarios» (¡la libertad de mantener a los obreros en la esclavitud!) y porque una coalición contra el despotismo de los antiguos maestros de los gremios sería — ¡a ver si se adivina! — una restauración de los gremios abolidos por la constitución francesa.<sup>226</sup>

#### 4. Génesis de los granjeros capitalistas

Luego de contemplar la violenta creación de proletarios desposeídos e indefensos, la sangrienta disciplina que los convierte en trabajadores asalariados, la sucia operación política estatal que, junto con el grado de explotación del trabajo, intensifica policíacamente la acumulación del capital, hay que preguntarse de dónde proceden originariamente los

<sup>225</sup> El artículo I de esa ley dice así: «Siendo la destrucción de toda especie de corporación del mismo estado y profesión una de las bases fundamentales de la constitución francesa, está prohibido restaurarlas de hecho bajo cualquier pretexto y bajo cualquier forma... El artículo IV dispone que cuando «ciudadanos afectos a unas mismas profesiones, artes y oficios tomaran deliberaciones, hicieran entre ellos convenios tendentes a negar todos de acuerdo o a no conceder sino a un precio determinado la ayuda de su industria o de sus trabajos, dichas deliberaciones y dichos convenios... se declararían inconstitucionales, atentatorios a la libertad y a la declaración de los derechos del hombre, etc.», o sea, delitos contra el estado, exactamente igual que en los antiguos estatutos obreros. (*Révolutions de Paris*, Paris 1791, vol. III, pág. 523.)

<sup>226</sup> BUCHEZ et ROUX, *Histoire Parlementaire*, vol. X, págs. 193-195, passim.

\*235 De sus hasta ahora amos.

capitalistas. Pues la expropiación del pueblo rural no crea directamente sino grandes terratenientes. Por lo que hace a la génesis del agricultor capitalista podemos seguirla paso a paso, por así decirlo, porque es un proceso lento que se arrastra durante muchos siglos. Los mismos siervos de la gleba, junto a los cuales había también pequeños propietarios libres de tierra, se encontraban en situaciones de propiedad muy variadas, y por eso se emanciparon en condiciones económicas también muy variadas.

En Inglaterra la primera forma de granjero es el bailiff, él mismo siervo. Su posición es parecida a la del villicus<sup>\*236</sup> de la antigua Roma, aunque con una esfera de acción más reducida. Durante la segunda mitad del siglo XIV es substituido por un arrendatario al que el landlord provee de semilla, ganado y aperos. Su situación no es muy diferente de la del campesino. Lo único que pasa es que explota más trabajo asalariado. Pronto se convierte en métayer, aparcerero. Pone una parte del capital agrario, y el landlord la otra. Ambos se reparten el producto total en una proporción determinada contractualmente. Esta forma desaparece en Inglaterra muy pronto para hacer lugar al arrendatario propiamente dicho, granjero que valoriza su propio capital mediante la utilización de trabajadores asalariados y paga al landlord, en concepto de renta de la tierra, una parte del plusproducto, en dinero o in natura.

Mientras, a lo largo del siglo XV, el campesino independiente y el mozo de labranza —que además de trabajar a jornal labra por cuenta propia— se enriquecen también ellos por su trabajo, las condiciones del granjero y su campo de producción siguen siendo modestos. La evolución agrícola del último tercio del siglo XV, que dura casi todo el siglo XVI (aunque con la excepción de sus últimas décadas), le enriquece con la misma rapidez con que empobrece al pueblo rural.<sup>227</sup> La usurpación de pastos comunales, etc., le permite una gran multiplicación de su ganado casi sin costes, mientras que las bestias le suministran estiércol más abundante para el abono del suelo.

En el siglo XVI se añade a eso un momento de decisiva importancia. En aquella época los contratos de arriendo eran largos, a menudo de una vigencia de 99 años. El constante descenso del valor de los metales nobles y, por lo tanto, del dinero, rindió frutos de oro a los granjeros.

<sup>227</sup> «Granjeros a los que antes era difícil pagar 4 libr. est. de renta pagan ahora 40, 50, 100 libr. est.», dice HARRISON en su *Description of England*, «y a pesar de eso creen que han hecho un mal negocio si al terminar su contrato no tienen apartados 6-7 años de renta».

\*236 Esclavo administrador de las grandes fincas rústicas.



El por sí mismo, prescindiendo de todas las demás circunstancias antes consideradas, bajó el salario del trabajo. Una fracción de éste se añadió al beneficio del granjero. El constante aumento de los precios del trigo, de la lana, de la carne, en suma, de todos los productos de la agricultura, hinchó el capital monetario del granjero sin esfuerzo de éste, mientras que la renta de la tierra que él tenía que pagar estaba contratada según el anticuado valor del dinero.<sup>228</sup> De este modo se enriqueció a la vez a costa de sus jornaleros y a costa de su landlord. No puede, pues, sorprender que a fines del siglo XVI Inglaterra poseyera una clase de «granjeros de capital» rica para las circunstancias de la época.<sup>229</sup>

<sup>228</sup> Sobre la influencia de la depreciación del dinero en el siglo XVI en distintas clases de la sociedad: *A Compendious or Brief Examination of Certain Ordinary Complaints of Diverse of Our Countrymen in these our Days*. By W. S., Gentleman (London 1581). La forma dialogada de esta obra contribuyó a que durante mucho tiempo se la atribuyera a Shakespeare y todavía en 1751 se reeditara bajo su nombre. Su autor es William Stafford. En un paso el caballero (knight) razona del modo siguiente:

Knight: «Vos, vecino mío, labrador, vos, maestro mercero, y vos, compadre calderero, con otros artífices, sois capaces de salir adelante muy bien. Porque en la misma medida en que las cosas son más caras de lo que eran, en esa medida subís vosotros el precio de vuestras mercaderías y ocupaciones que seguís vendiendo. Pero nosotros no tenemos nada que vender en lo que podamos aumentar el precio, para contrapesar aquellas cosas que hemos de comprar de nuevo.» En otro lugar, el knight pregunta al doctor: «¿Quiénes son, os lo ruego, esos que decís, y, ante todo, quiénes los que pensáis que no perderán nada con eso?» Doctor: «Creo que todos los que viven de comprar y vender, porque si compran caro, así también venden caro luego.» Knight: «¿Cuál es la otra clase que decís que ganará con esto?» Doctor: «Pues todos los que abonan fincas o granjas» (o sea, cultivan) «pagando renta vieja, porque mientras que pagan según la vieja tasa venden según la nueva, esto es, pagan muy barata su tierra y venden caras todas las cosas que crecen en ella...» Knight: «¿Cuál es la clase de la que decís que tendrá pérdida mayor que el beneficio que tengan esos hombres?» Doctor: «Son todos los nobles, los hidalgos y todos los demás que viven de una renta fija o estipendio, o que no abonan» (cultivan) «la tierra, o que se ocupan no en comprar y vender.»

<sup>229</sup> En Francia el régisseur —administrador y exactor de las prestaciones debidas al señor feudal durante la alta Edad Media— se convierte pronto en un homme d'affaires\*<sup>237</sup> que se aúpa a capitalista mediante extorsiones, timos y estafas. Estos régisseurs eran a veces incluso caballeros distinguidos. P. e.: «Ésta es la cuenta que el caballero Jacques de Thoraisse, caballero castellano de Besançon, presenta al señor que lleva las cuentas en Dijon para monseñor el duque y conde de Borgoña, de las rentas pertenecientes a dicha castellanía, desde el XXV día de diciembre de MCCCLIX hasta el XXVIII día de diciembre de MCCCLX.» (ALEXIS MONTEIL, *Histoire des Matériaux manuscrits, etc.*, págs. 234, 235.) Ya aquí se

\*237 Hombre de negocios.

### 5. Repercusión de la revolución agrícola en la industria. Formación del mercado interior para el capital industrial

La expropiación y expulsión del pueblo rural, intermitente y siempre renovada, suministró reiteradamente, como se ha visto, a la industria urbana masas de proletarios situados completamente fuera de las relaciones gremiales, sabia circunstancia que hace que el viejo A. Anderson (al que no hay que confundir con James Anderson) crea, al componer su historia del comercio, en una intervención directa de la Providencia. Hemos de detenernos todavía un momento ante este elemento de la acumulación originaria. A la disminución de la población rural independiente, económicamente autónoma, no sólo correspondía la condensación del proletariado industrial al modo como Geoffroy Saint-Hilaire explica la condensación de la materia cósmica aquí por su rarefacción allí.<sup>230</sup> Pese a la disminución del número de sus cultivadores, el suelo seguía arrojando el mismo producto o más, porque la revolución de las relaciones de propiedad de la tierra iba acompañada por métodos de cultivo perfeccionados, mayor cooperación, concentración de los medios de producción, etc., y porque los jornaleros rurales, además de

aprecia que en todas las esferas de la vida social la parte del león cae en manos del intermediario. En el terreno económico, p. e., financieros, hombres de la bolsa, mercaderes, pequeños comerciantes se hacen con la nata de los negocios. En el derecho civil el abogado ordeña a las partes; en la política el representante significa más que los electores, el ministro más que el soberano; en la religión Dios es desplazado a segundo plano por el «Mediador» y éste, a su vez, es expulsado por los curas, que son por su parte inevitables mediadores entre el Buen Pastor y sus ovejas. Al igual que en Inglaterra, también en Francia los grandes territorios feudales estaban divididos en infinitas economías pequeñas, pero en condiciones incomparablemente más desfavorables para el pueblo rural. Durante el siglo XIV aparecen las fincas en arriendo, las granjas: fermes o terriers. Su número aumentó constantemente, hasta más de 100.000. Pagaban en dinero o in natura una renta que oscilaba entre un doceavo y un quinto del producto. Los terriers eran feudos, sotofeudos, etc. (fiefs, arrière-fiefs), según el valor y la extensión de los dominios, algunos de los cuales contaban sólo unos pocos arpents.\*<sup>238</sup> Todos esos terriers poseían jurisdicción, en mayor o menor grado, sobre los habitantes de la tierra; había cuatro grados. Se comprenderá la presión ejercida sobre el pueblo rural por todos esos pequeños tiranos. Monteil dice que había entonces en Francia 160.000 tribunales, donde hoy bastan 4.000 (incluidos los juzgados de paz).

<sup>230</sup> En sus *Notions de Philosophie Naturelle*, Paris 1838.

\*238 Yugadas.



ser uncidos más intensamente al trabajo,<sup>231</sup> vieron reducirse cada vez más, como si se fundiera, el terreno productivo en el cual trabajaban para ellos mismos. Así, pues, con la parte de la población rural hecha disponible se hacen también disponibles sus anteriores alimentos. Éstos se convierten ahora en elemento material del capital variable. El campesino puesto en la calle tiene que comprar el valor de esos alimentos a su nuevo señor, el capitalista industrial, en forma de salario del trabajo. Lo mismo que con los alimentos ocurrió con la materia prima agrícola nacional de la industria. Se convirtió en elemento del capital constante.

Imagínese, p. e., violentamente expropiada y expulsada de la tierra una parte de los campesinos westfalianos, todos los cuales hilaban lino, aunque no seda, en tiempos de Federico II, y la parte que se quede en el campo convertida en jornaleros de grandes granjeros. Al mismo tiempo se alzan grandes hilaturas e industrias tejedoras de lino, en las que trabajaran asalariados los «liberados». El lino sigue teniendo el mismo aspecto que antes. No se le ha cambiado ninguna fibra, pero le ha entrado en el cuerpo una nueva alma social. Ahora constituye una parte del capital constante de los dueños de las manufacturas. Repartido antes entre una enorme masa de pequeños productores que lo cultivaban ellos mismos y lo hilaban en pequeñas porciones con sus familias, el lino está ahora concentrado en manos de un capitalista que hace que otros lo hilen y lo tejan para él. El trabajo suplementario gastado en la hilatura del lino se realizaba antes en un ingreso suplementario de innumerables familias campesinas, o también, en tiempos de Federico II, en impuestos pour le roi de Prusse.\*<sup>239</sup> Ahora se realiza en el beneficio de unos pocos capitalistas. Los husos y los telares, antes repartidos por todo el campo, están ahora reunidos en unos pocos y grandes cuarteles del trabajo, igual que los trabajadores, igual que la materia prima. Y husos, telares y materia prima han dejado de ser medios de existencia independiente para hilanderos y tejedores y se han convertido en medios de mandar sobre ellos<sup>232</sup> y chuparles trabajo no pagado.

<sup>231</sup> Punto que subraya Sir James Steuart.

<sup>232</sup> «Permitiré», dice el capitalista, «que tengáis el honor de servirme, con la condición de que me déis lo poco que os queda en pago del trabajo que me tomo de daros órdenes.» (J.-J. ROUSSEAU, *Discours sur l'Économie Politique*, [Genève 1760, pág.70].)

\*<sup>239</sup> Para el rey de Prusia. De una frase hecha francesa que alude a la intervención del rey de Francia en la Guerra de los Siete Años, que sólo benefició al rey de Prusia. *Travailler pour le roi de Prusse* quiere decir trabajar y que otro se aproveche del trabajo.

Las grandes manufacturas, como las grandes granjas, no llevan escrito en la frente que están compuestas por muchos pequeños focos de producción y formadas mediante la expropiación de muchos pequeños productores independientes. Pero la consideración sin prejuicios no se confunde. En tiempos de Mirabeau, el león de la Revolución, las grandes manufacturas se llamaban aún manufactures réunies, talleres reunidos, como se suele hablar de parcelas concentradas.

«Sólo se ve», dice Mirabeau, «las grandes manufacturas, donde centenares de hombres trabajan bajo un director y a las que generalmente se llama manufacturas reunidas (manufactures réunies). En cambio, apenas se concede una mirada a aquellas en las que trabaja un gran número de trabajadores dispersos y cada uno por su cuenta. Ésas se pasan a segundo plano. Se trata de un grave error, pues sólo ellas constituyen un elemento realmente importante de la riqueza popular... La fábrica reunida (fabrique réunie) enriquecerá asombrosamente a uno o dos empresarios, pero los trabajadores son sólo jornaleros mejor o peor pagados y no participan en nada del bienestar del empresario. En la fábrica separada (fabrique séparée), en cambio, nadie se hace rico, pero una gran cantidad de trabajadores se encuentra en bienestar... Aumentará el número de trabajadores aplicados y económicos, porque ven en la sabia conducta de la vida, en la actividad, un medio de mejorar sustancialmente su situación, en vez de ganar una pequeña subida del salario que nunca puede ser objeto importante para el futuro, sino que a lo sumo capacita a las gentes para vivir al día un poco mejor. Las manufacturas individuales separadas, generalmente unidas con pequeña agricultura, son las libres.»<sup>233</sup>

La expropiación y expulsión de una parte de la población rural no sólo hace disponibles para el capital industrial, junto con los trabajadores, sus alimentos y su material de trabajo, sino que además crea el mercado interior.

Efectivamente, los acontecimientos que convierten a los pequeños campesinos en trabajadores asalariados y sus medios de vida y de trabajo en elementos materiales del capital crean al mismo tiempo a este último su mercado interior. Antes la familia campesina producía y trabajaba los alimentos y las materias primas que luego consumía en su mayor parte ella misma. Estas materias primas y esos medios de vida se han hecho ahora mercancías; el gran arrendatario agrícola los vende, y encuentra su mercado en las manufacturas. Hilaza, lienzo, prendas bastas de lana, cosas cuyas materias primas se encontraban en el ámbito de toda familia campesina y que ella misma hilaba y tejía para

<sup>233</sup> MIRABEAU, *loc. cit.*, vol. III, págs. 20-109 passim. El que Mirabeau considere que los talleres dispersos son más económicos y productivos que los «reunidos» y no vea en estos últimos más que artificiales plantas de invernadero cuidadas por los gobiernos se explica por la situación en que se encontraba entonces gran parte de las manufacturas continentales.



su propio uso, se convierten ahora en artículos manufactureros cuyos mercados son precisamente los distritos rurales. La numerosa y dispersa clientela servida hasta entonces por una gran cantidad de pequeños productores que trabajaban por su propia cuenta se concentra ahora en un gran mercado atendido por el capital industrial.<sup>234</sup>

Así procede, de la mano de la expropiación de campesinos antes económicamente autónomos y de la separación de sus medios de producción, el aniquilamiento de la industria subsidiaria rural, el proceso de separación de manufactura y agricultura. Y sólo la aniquilación de la artesanía doméstica rural puede dar al mercado interior de un país la extensión y la firme existencia que necesita el modo de producción capitalista.

Pero el período manufacturero propiamente dicho no acarrea ninguna transformación radical. Se recordará que sólo muy parcialmente se apodera de la producción nacional y siempre se basa, como en un extenso transcurso, en la artesanía urbana y en la industria subsidiaria doméstico-rural. Cuando destruye esa artesanía en alguna de sus formas, en particulares ramas, en determinados lugares, la vuelve a suscitar en otros, porque la necesita para la elaboración del material en bruto hasta cierto grado. Por eso produce una nueva clase de pequeños campesinos que cultivan tierra como actividad secundaria y tienen como actividad principal el trabajo industrial para la venta del producto a la manufactura, directamente o por el rodeo del comerciante. Ésta es una de las causas, aunque no la principal, de un fenómeno que a primera vista confunde al investigador de la historia inglesa. A partir del último tercio del siglo xv el investigador encuentra constantes quejas, sólo interrumpidas en ciertos intervalos, sobre el aumento de la explotación con capitales en el campo y sobre la progresiva aniquilación del campesinado. Por otra parte, constantemente encuentra a ese campesinado, aunque en número decreciente y en forma constantemente empeorada.<sup>235</sup> La causa principal es ésta: Inglaterra es predominantemente cul-

<sup>234</sup> «Veinte libras de lana convertidas imperceptiblemente en la vestimenta anual de la familia de un labrador por la industria de la misma familia, en los intervalos de otro trabajo, no es cosa espectacular; pero llevadas al mercado, enviadas a la factoría, luego al intermediario, luego al comerciante, y tendréis grandes operaciones comerciales y capital nominal invertido hasta una cantidad que haga veinte veces su valor... Así se explota a la clase trabajadora para sostener una mísera población fabril, una clase parásita de tenderos y un ficticio sistema comercial, monetario y financiero.» (DAVID URQUHART, *loc. cit.*, pág. 120.)

<sup>235</sup> Es excepción a eso la época de Cromwell. Mientras duró la república, la masa popular inglesa de todas las capas se irguió de la degradación en que se había hundido bajo los Tudor.

tivadora de trigo unas veces, ganadera otras, en períodos alternantes según los cuales oscila la dimensión de la explotación campesina. Sólo la gran industria ofrece, con las máquinas, la base constante de la agricultura capitalista, expropia radicalmente la enorme mayoría de la población rural y consume la separación entre el cultivo de la tierra y la artesanía doméstico-rural, arrancando sus raíces: la hilatura y el tejido.<sup>236</sup> Por eso es ella la que por vez primera conquista todo el mercado interior para el capital industrial.<sup>237</sup>

### 6. Génesis del capitalista industrial

La génesis del capitalista industrial<sup>238</sup> no ocurrió del mismo modo paulatino que la del colono. Sin duda algunos pequeños maestros gremiales, y aún más pequeños artesanos independientes, o incluso asalariados, se convirtieron en pequeños capitalistas y luego, por una explotación paulatinamente ampliada de trabajo asalariado y la correspondiente acu-

<sup>236</sup> Tuckett sabe que la gran industria lanera nace de las manufacturas propiamente dichas y de la destrucción de la manufactura rural o doméstica con la introducción de la maquinaria. (TUCKETT, *loc. cit.*, págs. 139-144.) «El arado, el yugo fueron invención de dioses y ocupación de héroes; ¿son el telar, el huso y la rueca de origen menos noble? Separáis la rueca del arado, el huso del yugo, y conseguís fábricas y asilos de pobres, crédito y pánicos, dos naciones enemigas, la agrícola y la comercial.» (DAVID URQUHART, *loc. cit.*, pág. 122.) Pero ahora viene Carey y acusa a Inglaterra —cierto que no sin razón— de que aspira a convertir todo otro país en un pueblo puramente agrícola cuyo fabricante sea Inglaterra. Afirma que de ese modo se ha arruinado a Turquía, porque «nunca se permitió» (por Inglaterra) «a los propietarios y cultivadores de la tierra robustecerse mediante la natural alianza entre el arado y el telar, el martillo y el rastrillo». (*The Slave Trade*, pág. 125.) Según él, el propio Urquhart es uno de los principales agentes de la ruina de Turquía, donde dice que hizo propaganda del librecambismo en interés de Inglaterra. Lo más divertido es que Carey, gran siervo de los rusos, de paso, quiere impedir mediante el sistema proteccionista aquel proceso de separación que este sistema acelera.

<sup>237</sup> Los economistas ingleses filantrópicos, como Mill, Rogers, Goldwin Smith, Fawcett, etc., y los fabricantes liberales, como John Bright y Cía., preguntan a los aristócratas terratenientes ingleses, como Dios a Caín por su hermano Abel: ¿dónde han ido a parar nuestros miles de freeholders?<sup>236</sup> Pero ¿y cuál es vuestro origen? La aniquilación de aquellos freeholders. ¿Por qué no seguís preguntando dónde han ido a parar los tejedores, hilanderos, artesanos independientes?

<sup>238</sup> Industrial se dice aquí en contraposición a agrícola. En sentido «categorial», el granjero arrendatario es un capitalista industrial exactamente igual que el fabricante.



mulación, en capitalistas sans phrase.\*<sup>240</sup> En el período infantil de la producción capitalista ocurrió muy a menudo como en el período infantil de las ciudades medievales, cuando la cuestión de cuál de los siervos huídos había de ser amo y cuál criado se decidió en gran parte por la fecha temprana o tardía de su huída. Pero la marcha de tortuga de este método no satisfacía en absoluto las necesidades comerciales del nuevo mercado mundial que habían creado los grandes descubrimientos de finales del siglo xv. Ahora bien, la Edad Media había legado dos formas diferentes de capital que maduran en las más diversas formaciones económicas de la sociedad y que, antes de la era del modo de producción capitalista, valían como capital quand même: \*<sup>241</sup> el capital usurario y el capital mercantil.

«Actualmente toda la riqueza de la sociedad va primero a manos del capitalista... Él paga la renta al propietario de la tierra, el salario al trabajador, sus derechos al exactor de impuestos y diezmos, y se guarda para sí una gran parte, en realidad la parte mayor y cada día creciente del producto anual del trabajo. Ahora se puede considerar al capitalista propietario de toda la riqueza social en primera mano, aunque ninguna ley le ha conferido el derecho a esa propiedad... Este derecho sobre la propiedad ha sido obra de la percepción de intereses sobre el capital... y no es poco notable que los legisladores de toda Europa quisieran impedir eso mediante leyes contra la usura... El poder del capitalista sobre toda la riqueza del país es una completa revolución del derecho de propiedad, y ¿por qué ley, o por qué serie de leyes se actuó?»<sup>239</sup>

El autor habría debido decirse que las revoluciones no se hacen mediante leyes.

El capital monetario constituido por la usura y el comercio se vio obstaculizado en su conversión en capital industrial por la constitución feudal en el campo y por la constitución gremial en las ciudades.<sup>240</sup> Esos obstáculos se derrumbaron al disolverse los séquitos feudales, con la expropiación y la expulsión parcial de la población rural. La nueva manufactura se erigió en puertos exportadores o en lugares del campo substraídos al control de los antiguos municipios urbanos y su constitu-

<sup>239</sup> *The Natural and Artificial Rights of Property Contrasted*, Lond. 1832, págs. 98, 99. Autor del anónimo: TH. HODGSKIN.

<sup>240</sup> Todavía en 1794 los pequeños pañeros de Leeds enviaron una diputación al Parlamento para pedir una ley que prohibiera a todo comerciante hacerse fabricante. (DR. AIKIN, *loc. cit.*)

\*<sup>240</sup> En capitalistas sin más (o sea, no ya en pequeños capitalistas).

\*<sup>241</sup> Pese a todo.

ción gremial. De aquí la enconada lucha de las corporate towns\*<sup>242</sup> en Inglaterra contra estos nuevos seminarios industriales.

El descubrimiento de los países americanos del oro y de la plata, el exterminio, la esclavización y la sepultura de la población indígena en las minas, la incipiente conquista y expoliación de las Indias Orientales, la conversión de África en coto de caza comercial de negros caracterizan la aurora de la era de producción capitalista. Estos idílicos procesos son un momento capital de la acumulación originaria. Sigue inmediatamente a eso la guerra comercial de las naciones europeas, con el globo terráqueo por escenario. La guerra empieza con la separación de los Países Bajos de España, adquiere dimensiones gigantescas con la guerra antijacobina de Inglaterra, sigue actuando en las guerras del opio contra la China, etc.

Los diferentes momentos de la acumulación originaria se distribuyen más o menos, en sucesión temporal, entre España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. En Inglaterra se sintetizan sistemáticamente a finales del siglo xvii en el sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema fiscal y el sistema proteccionista. Estos métodos se basan parcialmente en la violencia más brutal, p. e., el sistema colonial. Pero todos utilizan el poder del estado, la violencia concentrada y organizada de la sociedad, para promover como en invernadero el proceso de conversión del modo de producción feudal en modo de producción capitalista y abreviar las transiciones. La violencia es la partera de toda vieja sociedad que anda preñada de una nueva. Ella misma es una potencia económica.

Del sistema colonial cristiano dice un hombre que ha hecho del cristianismo una especialidad, W. Howitt:

«Las barbaridades y denigrantes crueldades de las razas llamadas cristianas en toda región del mundo y contra todo pueblo al que pudieron subyugar no tienen paralelo en ninguna era de la historia universal, en ninguna raza, por salvaje e inculta, inmisericorde y desvergonzada que fuera.»<sup>241</sup>

<sup>241</sup> WILLIAM HOWITT, *Colonization and Christianity. A Popular History of the Treatment of the Natives by the Europeans in all their Colonies*, Lond. 1838, pág. 9. Sobre el trato a los esclavos, buena compilación en CHARLES COMTE, *Traité de la Législation*, 3.<sup>me</sup> éd. Bruxelles 1837. Hay que estudiar ese material detalladamente para ver en qué se convierte el burgués a sí mismo y convierte al trabajador cuando puede modelar sin contemplaciones el mundo a su imagen y semejanza.

\*<sup>242</sup> Ciudades gremiales.



La historia de la economía colonial holandesa —y Holanda fue la nación modelo capitalista— «despliega un cuadro insuperable de traición, soborno, asesinato alevoso y vileza».<sup>242</sup> Nada tan característico como su sistema de raptos de seres humanos en las Célebes para conseguir esclavos para Java. Se adiestraba a los raptos para esa finalidad. El raptor, el intérprete y el vendedor eran los principales agentes de ese tráfico, y los vendedores principales eran príncipes indígenas. Los jóvenes raptados se escondían en los calabozos secretos de Célebes hasta que llegaba el momento de mandarlos a los barcos de esclavos. Un informe oficial dice:

«Esta ciudad de Macasar, p. e., está llena de prisiones ocultas, la una más espantosa que la otra, llenas de míseras víctimas de la codicia y de la tiranía, encadenadas, violentamente arrancadas a sus familias.»

Para apoderarse de Malaca los holandeses sobornaron al gobernador portugués. En 1641 les abrió la ciudad. Los holandeses se precipitaron a su casa y lo asesinaron para «renunciar» al pago del soborno de 21.875 libr. est. Donde ponían los pies les seguían la devastación y el despoblamiento. Banjuwangi, una provincia de Java, contaba en 1750 con más de 80.000 habitantes, y en 1811 con sólo 8.000. ¡Eso es el *doux commerce!*<sup>\*243</sup>

La Compañía inglesa de las Indias Orientales obtuvo, como es sabido, además del dominio político de las Indias Orientales, el monopolio exclusivo del comercio del té y del comercio chino en general y del transporte de mercancías a Europa. Pero la navegación de cabotaje en la India y entre las islas, así como el comercio en el interior de la India, se convirtieron en monopolio de los altos funcionarios de la compañía. Los monopolios de la sal, el opio, el betel y otras mercancías eran fuentes de riqueza inagotables. Los funcionarios mismos fijaban los precios y desollaban a placer al desgraciado hindú. El gobernador general participaba de ese comercio privado. Sus favoritos obtenían contratos en condiciones en las cuales, más listos ellos que los alquimistas, hacían oro de la nada. Grandes fortunas brotaron como las setas en un día, la acumulación originaria se desarrolló sin adelantar ni un chelín. La persecución judicial de Warren Hastings rebosa de ejemplos de éstos. He aquí un caso. Se otorga a un tal Sullivan un contrato sobre opio en

<sup>242</sup> THOMAS STAMFORD RAFFLES, late Lieut. Gov. of that island, *The History of Java*, Lond. 1817 [vol. II, págs. CXC, CXCI].

\*243 Dulce comercio.

el momento de su partida —en misión pública— a una zona de la India muy alejada de los distritos del opio. Sullivan vende su contrato por 40.000 libr. est. a un cierto Binn, Binn lo revende aquel mismo día por 60.000 libr. est., y el comprador final y ejecutor del contrato declara que, después de todo esto, obtuvo una ganancia enorme. Según una lista presentada al Parlamento, la compañía y sus funcionarios se hicieron regalar por los indios, de 1757 a 1766, 6 millones de libr. est. Entre 1769 y 1770 los ingleses fabricaron una situación de hambre comprando todo el arroz y negándose a revenderlo salvo a precios fabulosos.<sup>243</sup>

El tratamiento de los naturales fue, como es natural, máximamente insensato en las plantaciones destinadas sólo al comercio de exportación, como las de las Indias Occidentales, y en los países ricos y de densa población condenados al saqueo y la muerte, como México y las Indias Orientales. Pero tampoco en las colonias propiamente dichas renegó de sí mismo el cristiano carácter de la acumulación originaria. Aquellos sobrios virtuosos del protestantismo que fueron los puritanos de Nueva Inglaterra pusieron en 1703, por decisión de su Assembly, un premio de 40 libr. est. a cada scalp de indio y a cada piel roja apresado, en 1720 un premio de 100 libr. est. por cada scalp, y en 1744, una vez que Massachusetts-Bay hubo declarado rebelde a cierta tribu, los siguientes precios: por un scalp masculino, de 12 años o más, 100 libr. est. de moneda nueva; por prisioneros masculinos 105 libr. est., por mujeres y niños prisioneros 50 libr. est., por scalps de mujeres y niños 50 libr. est. Algunos decenios más tarde el sistema colonial se vengó en la descendencia, que mientras tanto se había hecho sediciosa, de los piadosos padres peregrinos. Murieron tomahawked<sup>\*244</sup> a estímulo y soldada de los ingleses. El Parlamento británico declaró que los perros de presa y el scalpar eran «medios puestos en su mano por Dios y la naturaleza».

El sistema colonial hizo madurar como en invernadero el comercio y la navegación. Las «sociedades monopólicas» (Lutero) fueron gigantes palancas de la concentración del capital. La colonia aseguró a las manufacturas que brotaban el mercado y una acumulación potenciada por el monopolio del mercado. El tesoro capturado fuera de Europa, directamente mediante saqueo, esclavización y robo con asesinato, reflujo a la madre patria y se convirtió en ella en capital. Holanda, que

<sup>243</sup> El año 1866 murieron de hambre sólo en la provincia de Orissa más de un millón de hindúes. A pesar de ello se intentó enriquecer la caja estatal india mediante los precios a los que se vendía víveres a esos muertos de hambre.

\*244 A golpes de tomahawk, hacha de guerra.



fue la primera en desarrollar plenamente el sistema colonial, estaba ya en 1648 en el punto culminante de su grandeza mercantil. Estaba

«en posesión casi exclusiva del comercio de las Indias Orientales y del tráfico entre el suroeste y el nordeste europeos. Sus pesquerías, marina, manufacturas superaban las de cualquier otro país. Los capitales de la república eran quizá más importantes que los del resto de Europa en su conjunto».

Gülich se olvida de añadir: la masa popular holandesa estaba ya en 1648 más agotada de trabajo, empobrecida y brutalmente oprimida que la del resto de Europa en su conjunto.

Hoy día la supremacía industrial lleva consigo la supremacía comercial. En cambio, en el período manufacturero propiamente dicho, es la supremacía comercial la que otorga el predominio industrial. De aquí el papel predominante que desempeñó entonces el sistema colonial. Era «el dios ajeno» que se puso en el altar junto a los viejos ídolos de Europa, y un buen día, de un empujón y aúpa los tiró a todos por la borda. Proclamó la plusmanipulación como finalidad última y única de la humanidad.

El sistema del crédito público, o sea, de las deudas del estado, cuyos comienzos descubrimos en Génova y Venecia ya en la Edad Media, se apoderó de toda Europa durante el período manufacturero. El sistema colonial, con su comercio marítimo y sus guerras comerciales, le sirvió de invernadero. Por eso se implantó primero en Holanda. La deuda pública, esto es, la enajenación del estado —igual si es despótico que si es constitucional o republicano—, imprime su sello a la era capitalista. La única parte de la llamada riqueza nacional que realmente pasa a posesión conjunta de los pueblos modernos es... su deuda pública.<sup>243a</sup> Por eso es plenamente consecuente la moderna doctrina de que un pueblo es tanto más rico cuanto más se endeuda. El crédito público se convierte en credo del capital. Y con la aparición del endeudamiento del estado aparece en el lugar del pecado contra el Espíritu —que clama venganza a Dios— la infidelidad a la deuda estatal.

La deuda pública se convierte en una de las palancas más enérgicas de la acumulación originaria. Como con un toque de varita mágica dota de poder genesiaco al dinero improductivo y lo convierte así en capital, sin necesidad de exponerse a la fatiga y al peligro que son inseparables de la inversión industrial e incluso de la usuraria. Los acreedores del estado no dan, en realidad, nada, pues la suma prestada se

<sup>243a</sup> William Cobbett observa que en Inglaterra todas las instituciones públicas se llaman «reales», pero que, para compensar eso, existe la deuda «nacional» (national debt).

convierte en títulos públicos de la deuda, fácilmente transmisibles, que siguen funcionando en sus manos exactamente igual que si fueran dinero contante. Pero incluso prescindiendo de la clase de rentistas ociosos así creada y de la improvisada riqueza de los financieros que representan el papel de mediadores entre el gobierno y la nación —así como prescindiendo de los arrendatarios de impuestos, de los comerciantes, de los fabricantes privados, a los que un buen trozo de cada empréstito estatal presta el servicio de un capital caído del cielo—, la deuda estatal ha dado origen a las sociedades por acciones, al tráfico de efectos negociables de todo tipo, al agio, en una palabra, al juego bolsístico y a la moderna bancocracia.

Desde el momento de su nacimiento, las grandes bancas sostenidas con títulos nacionales no fueron más que sociedades de especuladores privados que se pusieron al lado de los gobiernos y, gracias a los privilegios recibidos, pudieron adelantarles dinero. Por eso la acumulación de la deuda estatal no tiene barómetro más infalible que la sucesiva alza de las acciones de esos bancos, cuyo pleno desarrollo data de la fundación del Banco de Inglaterra (1694). El Banco de Inglaterra empezó prestando al gobierno su dinero al 8 %; al mismo tiempo, el Parlamento le autorizaba a convertir otra vez en dinero el mismo capital, prestándolo de nuevo al público en forma de billetes de banco. Quedaba autorizado a descontar letras con esos billetes, a prestar con ellos sobre mercancías y a comprar metales nobles. Al cabo de poco tiempo, este dinero de crédito fabricado por el mismo banco fue la moneda con la que el Banco de Inglaterra hizo empréstitos al estado y pagó por cuenta del estado los intereses de la deuda pública. Y no bastaba con que diera con una mano para recibir más con la otra: mientras recibía seguía siendo eterno acreedor de la nación, hasta la última blanca dada. Paulatinamente se convirtió en recipiente inevitable de los tesoros metálicos del país y centro gravitatorio de todo el crédito comercial. Al mismo tiempo que se dejaba en Inglaterra de quemar brujas, se empezó a ahorcar falsificadores de billetes de banco. Los escritos de aquella época, p. e., los de Bolingbroke, prueban el efecto que hizo a los contemporáneos la repentina aparición de aquel linaje de bancócratas, financieros, rentiers, intermediarios, stockjobbers<sup>\*245</sup> y lobos de la Bolsa.<sup>243b</sup>

<sup>243b</sup> «Si los tártaros inundaran hoy Europa, harían falta muchas operaciones para hacerles entender qué es un financiero entre nosotros.» (MONTESQUIEU, *Esprit des lois*, vol. IV, pág. 33, éd. Londres 1769.)

<sup>\*245</sup> Rentiers = rentistas; stockjobbers = corredores de Bolsa, agentes de Bolsa.



Con las deudas del estado se originó un sistema de crédito internacional que disimula a menudo una de las fuentes de la acumulación originaria en tal o cual pueblo. Así, por ejemplo, las vilezas del sistema de expoliación veneciano constituyen uno de esos fundamentos ocultos de la riqueza de capital de Holanda, a la que la decadente Venecia prestó grandes sumas de dinero. La misma relación existe entre Holanda e Inglaterra. Ya a principios del siglo XVIII las manufacturas de Holanda están ampliamente superadas y el país ha dejado de ser la nación comercial e industrial dominante. Por eso uno de sus negocios principales entre 1701 y 1776 es el préstamo de capitales gigantescos, principalmente a su poderosa competidora Inglaterra. Cosa análoga ocurre hoy entre Inglaterra y los Estados Unidos. Más de un capital que aparece hoy en los Estados Unidos sin partida de nacimiento es sangre de niño capitalizada en Inglaterra no más pronto que ayer.

Como la deuda estatal tiene su cobertura en los ingresos del estado que han de cubrir los pagos anuales de intereses y de otro tipo, el sistema fiscal moderno se convirtió en complemento necesario del sistema de los empréstitos nacionales. Los empréstitos permiten al gobierno hacer frente a gastos extraordinarios sin que el contribuyente toque en el acto las consecuencias, pero a pesar de eso acarrear luego un aumento de los impuestos. Por otra parte, el aumento de los impuestos causado por la acumulación de deudas sucesivamente contraídas obliga al gobierno a cargar con nuevos empréstitos a cada nuevo gasto extraordinario. La fiscalidad moderna, cuyo eje son los impuestos sobre los medios de vida más necesarios (o sea, el encarecimiento de los mismos), lleva, por ello, en sí misma el germen de una progresión automática. La sobreimposición no es un incidente, sino más bien el principio. Por eso en Holanda, que es donde se inauguró este sistema, el gran patriota de Witt lo celebró en sus máximas como el mejor sistema para conseguir que el trabajador asalariado sea sumiso, frugal, aplicado y... esté sobrecargado de trabajo. Pero la influencia destructora que tiene en la situación del trabajador asalariado nos importa aquí menos que la violenta expropiación de los campesinos, del artesano, en suma, de todos los elementos de la pequeña clase media, determinada por ese sistema. Sobre este punto no hay opiniones discrepantes, ni siquiera entre los economistas burgueses. La eficacia expropiadora del sistema se refuerza todavía más con el sistema proteccionista, que es una de sus partes integrantes.

La gran intervención de la deuda pública y de su correspondiente sistema fiscal en la capitalización de la riqueza y la expropiación de las masas ha conducido a una serie de autores, como Cobbett, Double-

day y otros, a buscar erróneamente aquí una de las causas fundamentales de la miseria de los pueblos modernos.

El sistema proteccionista fue un medio artificial de fabricar fabricantes, expropiar a trabajadores independientes, capitalizar los medios nacionales de producción y de vida, abreviar violentamente la transición del modo de producción arcaico al moderno. Los estados europeos se pelearon por la patente de aquel invento y, una vez entrados al servicio de los plusmanipuladores, saquearon con ese objeto no sólo a sus propios pueblos, indirectamente mediante las aduanas proteccionistas, directamente mediante los premios a la exportación, etc. En los países menos poderosos y dependientes se extirpó por la fuerza toda industria, como lo hizo, p. e., Inglaterra con la manufactura lanera de Irlanda. En el continente europeo el proceso se simplificó todavía mucho, de acuerdo con el ejemplo de Colbert. Aquí el capital originario del industrial fluye en parte directamente del tesoro estatal.

«¿Por qué ir a buscar tan lejos», dice Mirabeau, «la causa del florecimiento manufacturero de Sajonia antes de la Guerra de los Siete Años? ¡180 millones de deuda estatal!»<sup>244</sup>

Sistema colonial, deudas estatales, proliferación de los impuestos, proteccionismo, guerras comerciales, etc., esos retoños del período manufacturero propiamente dicho se hinchan gigantescamente durante el período infantil de la gran industria. El nacimiento de ésta se celebra con un gran raptó de niños digno de Herodes. Al igual que la marina real, las fábricas se reclutan por coacción. Aunque Sir F. M. Eden está muy al cabo de la calle sobre los horrores de la expropiación de la población rural a la que se ha arrebatado la tierra desde el último tercio del siglo XV hasta su época, el final del siglo XVIII, y aunque felicita complacidamente por ese proceso, «necesario» para engendrar la agricultura capitalista y «producir la verdadera proporción entre tierra de labranza y pastos», sin embargo, no muestra la misma comprensión económica de la necesidad del raptó y la esclavitud de niños para la conversión de la explotación manufacturera en explotación fabril y la producción de la verdadera proporción entre capital y fuerza de trabajo. Dice:

<sup>244</sup> «Pourquoi aller chercher si loin la cause de l'éclat manufacturier de la Saxe avant la guerre? Cent quatre-vingt millions de dettes faites par les souverains!» (MIRABEAU, *loc. cit.*, vol. VI, pág. 101.)



«Tal vez merezca la consideración del público la cuestión de si cualquier manufactura que para su ejercicio con éxito ha de despojar cottages y workhouses<sup>\*246</sup> de pobres niños para que éstos, relevándose como soldados, sean agotados y privados de descanso durante la mayor parte de la noche; una manufactura que, además, revuelve montones de personas de ambos sexos, de diferentes edades e inclinaciones, de tal modo que el contagio del ejemplo tiene por fuerza que conducir al hundimiento en la depravación, si una manufactura así es capaz de incrementar la suma de la felicidad nacional e individual.»<sup>245</sup> «En Derbyshire, Nottinghamshire y particularmente Lancashire», dice Fielden, «se ha aplicado la maquinaria más recientemente inventada en grandes fábricas muy cercanas a ríos capaces de mover la rueda hidráulica. Miles de manos hicieron falta de repente en esos lugares, lejos de las ciudades; y Lancashire, por ejemplo, hasta esa época poco poblado y estéril, necesitó ahora ante todo una población. Se requisó sobre todo dedos pequeños y ágiles. Pronto se difundió la costumbre de traerse aprendices (!) de los varios workhouses de las parroquias de Londres, Birmingham y cualesquiera otros sitios. Muchos, muchos miles de esas pequeñas criaturas indefensas de 7 a 13 ó 14 años fueron así expedidas hacia el norte. Era costumbre del maestro» (es decir, del raptor de niños) «vestir y alimentar a sus aprendices y alojarlos en una casa de aprendices cercana a la fábrica. Se encargaba a vigilantes que controlaran su trabajo. Interesaba a aquellos esclavistas agotar los niños hasta el extremo, pues lo que cobraban estaba en proporción con la cantidad de producto que conseguían arrancarle al niño. Consecuencia natural era la crueldad... En muchos distritos fabriles, especialmente del Lancashire, se cometieron las torturas más desgarradoras con esas criaturas inocentes y sin amigos consignadas a los señores de las fábricas. Los acosaron hasta la muerte con excesos en el trabajo... los azotaron, encadenaron y torturaron con el más rebuscado refinamiento de la crueldad; en muchos casos los tuvieron hambrientos hasta dejarlos en los míseros huesos, mientras el látigo los mantenía en trabajo... Incluso en algunos casos se los empujó al suicidio... Los hermosos y románticos valles de Derbyshire, Nottinghamshire y Lancashire, cerrados a la mirada pública, se convirtieron en siniestros páramos de tormento, y de asesinato a menudo... Los beneficios de los fabricantes fueron enormes. Pero eso no hizo más que aguzarles su apetito de fiera corrupta. Empezaron entonces la práctica del trabajo nocturno, o sea, después de haber paralizado un grupo de manos con el trabajo diurno, mantenían preparado otro grupo para el trabajo nocturno; el grupo de día se metía en las camas que el grupo de noche acababa de dejar, y viceversa. Es tradición popular en el Lancashire que las camas no se enfriaban nunca.»<sup>246</sup>

<sup>245</sup> EDEN, *loc. cit.*, b. II, ch. I, pág. 421.

<sup>246</sup> JOHN FIELDEN, *loc. cit.*, págs. 5, 6. Sobre las originarias infamias del sistema fabril cfr. DR. AIKIN (1795), *loc. cit.*, pág. 219, y GISBORNE, *Enquiry into the duties of men*, 1795, vol. II. Como la máquina de vapor transplantó las fábricas de las aguas corrientes rurales en medio de las ciudades, más adelante el plus-manipulador «amigo de la renuncia» encontró a mano el material infantil, sin necesidad de suministrarse por la fuerza esclavos de los workhouses. Cuando Sir R. Peel

<sup>\*246</sup> Cottages eran las casuchas de los trabajadores en zonas rurales; workhouses —literalmente casas de trabajo o talleres públicos— eran los asilos de pobres dotados (o no) de talleres.

Con el desarrollo de la producción capitalista durante el período manufacturero la opinión pública de Europa perdió el último resto de pudor y de conciencia. Las naciones se vanagloriaban cínicamente de cualquier infamia que fuera un medio de acumulación de capital. Léase, por ejemplo, los ingenuos anales mercantiles del honrado A. Anderson. En ellos se corea como triunfo de la sabiduría política inglesa que en la paz de Utrecht Inglaterra arrancó a los españoles, por el tratado de asiento, el privilegio de realizar también entre África y la América española la trata de negros que antes realizaba sólo entre África y las Indias Occidentales inglesas. Inglaterra se hizo con el derecho de suministrar anualmente a la América española, hasta 1743, 4.800 negros. Esa concesión ofrecía al mismo tiempo una tapadera oficial para el contrabando inglés. Liverpool se hizo grande gracias a la trata de negros. Esta trata es su método de acumulación originaria. Y hasta el día de hoy los «honrados hombres» de Liverpool han seguido siendo los Píndaros del tráfico de esclavos, el cual —véase la citada obra del Dr. Aikin de 1795— «estimula el espíritu de empresa comercial hasta la pasión, forma excelentes marinos y procura una cantidad de dinero enorme». Liverpool ocupaba en el tráfico de esclavos en 1730 15 barcos, en 1751 53, en 1760 74, en 1770 96 y en 1792 132.

Mientras implantaba en Inglaterra la esclavitud de los niños, la industria algodonera provocaba al mismo tiempo la conversión de la economía esclavista de los Estados Unidos, hasta entonces más o menos patriarcal, en un sistema de explotación comercial. Siempre hizo falta

(padre del «ministro de la plausibilidad») presentó su bill para la protección de los niños en 1815, F. Horner (lumen<sup>\*247</sup> del comité del vellón<sup>\*248</sup> e íntimo amigo de Ricardo) declaró en la Cámara baja: «Que es notorio que entre los efectos de uno que había hecho bancarrota se anunció y enajenó públicamente, como parte de la propiedad, una banda, si esa expresión puede usar, de niños de fábrica. Hace dos años» (1813) «se presentó ante el King's Bench<sup>\*249</sup> un caso repulsivo. Se trataba de cierto número de muchachos. Una parroquia de Londres los había cedido a un fabricante, el cual se los pasó a otro. Finalmente unos filántropos los descubrieron en un estado de inanición absoluta (absolute famine). Otro caso todavía más repugnante dice haber llegado a su conocimiento como miembro del comité parlamentario de encuesta. Hace no muchos años una parroquia londinense y un fabricante de Lancashire concertaron un contrato por el que se estipulaba que el último había de aceptar por cada 20 niños sanos uno idiota.»

<sup>\*247</sup> Luz, luminaria.

<sup>\*248</sup> Bullion, es decir, dinero metálico. La palabra significó inicialmente, como el castellano 'vellón', el metal monedable.

<sup>\*249</sup> Tribunal Real, tribunal de instancia superior.



la esclavitud encubierta de los trabajadores asalariados de Europa como basamento de la esclavitud sans phrase<sup>\*249 bis</sup> en el nuevo mundo.<sup>247</sup>

Tantae molis erat<sup>\*250</sup> liberar las «leyes naturales eternas» del modo de producción capitalista, consumir el proceso de separación de los trabajadores de las condiciones de trabajo, convertir, en un polo, los medios sociales de producción y vida en capital y, en el contrapolo, la masa del pueblo en trabajadores asalariados, en libres «pobres trabajadores», ese producto artificial de la historia moderna.<sup>248</sup> Si ya el dinero, según dice Augier, «viene al mundo con manchas de sangre natu-

<sup>247</sup> En 1790 había en las Indias Occidentales inglesas 10 esclavos por un hombre libre, en las francesas 14 esclavos por un hombre libre, en las holandesas 23 esclavos por un hombre libre. (HENRY BROUGHAM, *An Inquiry into the Colonial Policy of the European Powers*, Edinb. 1803, vol. II, pág. 74.)

<sup>248</sup> La expresión «labouring poor» aparece en las leyes inglesas a partir del momento en que se hace perceptible la clase de los trabajadores asalariados. Los «labouring poor» se contraponen, por un lado, a los «idle poor»,<sup>\*251</sup> mendigos, etc., por otra parte a los trabajadores que no son todavía pollos desplumados, sino que son propietarios de sus medios de producción. De la ley pasó la expresión «labouring poor» a la economía política, desde Culpeper, J. Child, etc., hasta A. Smith y Eden. Con eso se puede juzgar la *bonne foi*<sup>\*252</sup> del «execrable political cantmonger»<sup>\*253</sup> Edmund Burke, que declara que la expresión «labouring poor» es «execrable political cant».<sup>\*254</sup> Este sicofante que, a sueldo de la oligarquía inglesa, interpretó el papel de romántico frente a la Revolución Francesa igual que, a sueldo de las colonias norteamericanas, había desempeñado el papel de liberal al comienzo de la agitación norteamericana, frente a la oligarquía inglesa, era pura y simplemente un burgués ordinario: «Las leyes del comercio son las leyes de la naturaleza y, por lo tanto, las leyes de Dios.» (E. BURKE, *loc. cit.*, págs. 31, 32.) No puede sorprender que Burke, fiel a las leyes de Dios y de la naturaleza, se haya vendido siempre a sí mismo al mejor postor. En las obras del Rev. Tucker —Tucker era cura y tory, pero por lo demás un hombre decente y un competente economista político— se encuentra una caracterización muy buena de este Edmund Burke durante su época liberal. Dada la infame falta de carácter que impera hoy día y que cree con la mayor devoción en «las leyes del comercio», es un deber desenmascarar una y otra vez a los Burkes que no se diferencian de sus herederos más que por una cosa: ¡el talento!

<sup>\*249 bis</sup> Sin más.

<sup>\*250</sup> Trozo del verso 33 del libro I de la *Eneida* de Virgilio, «De tanta magnitud era el fundar el linaje romano».

<sup>\*251</sup> «Pobres ociosos.»

<sup>\*252</sup> Buena fe.

<sup>\*253</sup> «Execrable hipócrita político.»

<sup>\*254</sup> «Execrable hipocresía política.»

rales en una mejilla»,<sup>249</sup> el capital nace goteando sangre y porquería de pies a cabeza, por todos los poros.<sup>250</sup>

### 7. Tendencia histórica de la acumulación capitalista

¿En qué estriba la acumulación originaria del capital, esto es, su génesis histórica? En la medida en que no es conversión directa de esclavos o siervos en trabajadores asalariados, o sea, mero cambio de forma, sólo significa la expropiación de los productores directos, esto es, la disolución de la propiedad privada basada en el trabajo propio.

La propiedad privada en cuanto contrapuesta a la propiedad social, colectiva, sólo existe donde los medios de trabajo y las condiciones externas del trabajo pertenecen a personas privadas. Pero según que esas personas privadas sean los trabajadores o los no-trabajadores, la propiedad privada tiene diferente carácter. Los infinitos matices que la propiedad privada ofrece a primera vista reflejan simplemente las situaciones situadas entre esos dos extremos.

La propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción es el fundamento de la pequeña explotación; la pequeña explotación es una condición necesaria del desarrollo de la producción social y de la libre individualidad del trabajador mismo. Es verdad que este modo de producción existe también dentro de la esclavitud, de la servidumbre y de otras relaciones de dependencia. Pero sólo florece, sólo dispara toda su energía, sólo conquista su forma clásica adecuada cuando el trabajador es libre propietario privado de las condiciones de trabajo que él mismo maneja; el campesino del campo que labra, el artesano de la herramienta con la que toca como virtuoso.

<sup>249</sup> MARIE AUGIER, *Du Crédit Public* [Paris 1842, pág. 265].

<sup>250</sup> «El capital», dice el *Quarterly Review*,<sup>\*255</sup> «huye del tumulto y de las luchas y es de naturaleza temerosa. Eso es muy verdad, pero no es toda la verdad. El capital tiene horror a la ausencia de beneficio, o al beneficio muy pequeño, como la naturaleza tiene horror al vacío. Si el beneficio aumenta, el capital se hace audaz. Diez por ciento asegurado, y se podrá utilizar el capital en cualquier parte; 20 por ciento y se animará; 50 por ciento y será claramente temerario; por un 100 por ciento pisoteará todas las leyes humanas; 300 por ciento y no hay crimen al que no se arriesgue, incluso con peligro de horca. Si el tumulto y la lucha dan beneficio, el capital los promoverá. Prueba: el contrabando y el tráfico de esclavos.» (P. J. DUNNING, *loc. cit.*, págs. 35, 36.)

<sup>\*255</sup> O sea, el autor de una reseña en la *Quarterly Review*.



Este modo de producción implica dispersión de la tierra y de los demás medios de producción. Excluye, al igual que la concentración de éstos, también la cooperación, la división del trabajo dentro de unos mismos procesos de producción, el dominio y la regulación sociales de la naturaleza, el libre despliegue de las fuerzas productivas sociales. Sólo es compatible con estrechas limitaciones espontáneas de la producción y de la sociedad. Pretender eternizar ese modo de producción sería, como dice Pecqueur con razón, «decretar la mediocridad universal». Llegado a cierta altura, ese modo de producción trae al mundo los medios materiales de su propia aniquilación. A partir de ese momento se agitan en el seno de la sociedad fuerzas y pasiones que se sienten encadenadas por ella. Esa sociedad tiene que ser aniquilada, y lo es. Su aniquilación, la conversión de los medios de producción individuales y dispersos en medios de producción socialmente concentrados y, consiguientemente, la conversión de la propiedad enana de muchos en la propiedad masiva de pocos, de donde la expropiación de la tierra de la gran masa del pueblo, así como la expropiación de los medios de vida y de los instrumentos de trabajo, esa temible y difícil expropiación de la masa del pueblo constituye la prehistoria del capital. Abarca una serie de métodos violentos de los que sólo hemos pasado revista a los que hacen época como métodos de la acumulación originaria del capital. La expropiación de los productores inmediatos se consuma con el vandalismo más despiadado y bajo el impulso de las pasiones más infames, más sucias, más mezquinamente odiosas. La propiedad privada labrada por uno mismo, basada, por así decirlo, en la interpenetración del individuo trabajador singular, independiente, con sus condiciones de trabajo, es desplazada por la propiedad privada capitalista, la cual se basa en la explotación de trabajo ajeno, pero formalmente libre.<sup>251</sup>

En cuanto que este proceso de transformación ha descompuesto suficientemente la vieja sociedad en profundidad y amplitud, en cuanto que los trabajadores se han convertido en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital, en cuanto que el modo de producción capitalista se yergue ya sobre sus propios pies, la ulterior socialización del trabajo y la ulterior conversión de la tierra y de otros modos de producción en medios de producción socialmente explotados, o sea, en medios de producción comunitarios, cobra una nueva forma y, por lo tanto, la

<sup>251</sup> «Nos encontramos en una situación que es enteramente nueva para la sociedad... tendemos a separar toda especie de propiedad de toda especie de trabajo.» (SISMONDI, *Nouveaux Principes de l'Écon. Polit.*, vol. II, pág. 434.)

cobra también la ulterior expropiación de los propietarios privados. Lo que ahora hay que expropiar no es ya el trabajador económicamente autónomo, sino el capitalista que explota a muchos trabajadores.

Esta expropiación se consuma mediante el funcionamiento de las leyes inmanentes de la producción capitalista misma, mediante la centralización de los capitales. Cada capitalista mata a muchos otros. Junto con esa centralización, o expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrolla la forma cooperativa del proceso de trabajo a escala constantemente creciente, la consciente aplicación técnica de la ciencia, la explotación planificada de la tierra, la conversión de los medios de trabajo en medios de trabajo sólo utilizables conjuntamente, la economización de todos los medios de producción mediante su uso como medios de producción de un trabajo social, combinado, el entrelazamiento de todos los pueblos en la red del mercado mundial, y, con ello, el carácter internacional del régimen capitalista. Con la disminución constante del número de los magnates del capital que usurpan todas las ventajas de ese proceso de transformación y las monopolizan, aumenta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación, pero también la indignación de la clase obrera en constante crecimiento y educada, unificada y organizada por el mecanismo del proceso de producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en traba del modo de producción que ha florecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el cual se hacen incompatibles con su cobertura capitalista. Suena la última hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.

El modo de apropiación capitalista, dimanante del modo de producción capitalista, y, por lo tanto, la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el trabajo propio. Pero la producción capitalista engendra su propia negación con la necesidad de un proceso natural. Hay negación de la negación. Esta negación de la negación no restaura la propiedad privada, pero sí la propiedad individual sobre la base de la conquista de la era capitalista: la cooperación y la posesión común de la tierra y de los medios de producción producidos por el trabajo mismo.

La conversión de la propiedad privada dispersa, basada en el propio trabajo de los individuos, en propiedad privada capitalista es, naturalmente, un proceso incomparablemente más largo, duro y difícil que la conversión de la propiedad capitalista, ya de hecho basada en un funcionamiento social de la producción, en propiedad social. En el pri-



mer caso se trataba de la expropiación de la masa popular por pocos usurpadores; en el segundo, de la expropiación de pocos usurpadores por la masa del pueblo.<sup>252</sup>

<sup>252</sup> «El progreso de la industria, cuyo portador sin voluntad ni oposición es la burguesía, pone, en lugar del aislamiento de los trabajadores por la competición entre ellos, su unión revolucionaria por la asociación. Con el desarrollo de la gran industria se retira, pues, de bajo los pies de la burguesía el fundamento mismo sobre el cual produce y se apropia los productos. Así la burguesía produce ante todo sus propios enterradores. Su ruina y la victoria del proletariado son igualmente inevitables... De todas las clases que se enfrentan hoy día a la burguesía, sólo el proletariado es una clase realmente revolucionaria. Las demás clases decaen y sucumben con la gran industria; el proletariado es el producto más propio de ésta. Las capas medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos ellos combaten a la burguesía para asegurar contra la ruina su existencia de capas medias... son reaccionarios, pues intentan girar hacia atrás la rueda de la historia.» (KARL MARX y F. ENGELS, *Manifest der Kommunistischen Partei*, London 1848, págs. 9, 11.)

### Capítulo vigesimoquinto

#### LA TEORÍA MODERNA DE LA COLONIZACIÓN<sup>253</sup>

La economía política confunde en principio dos clases de propiedad privada muy diferente, una de las cuales se basa en el trabajo propio del productor, la otra en la explotación de trabajo ajeno. Olvida que la segunda no sólo constituye lo directamente contrapuesto a la primera, sino que, además, sólo crece sobre la tumba de ésta.

En el oeste de Europa, patria de la economía política, el proceso de la acumulación originaria está más o menos consumado. El dominio capitalista se ha sometido aquí directamente la entera producción nacional o bien, donde las condiciones no están todavía desarrolladas, controla por lo menos indirectamente las capas sociales decadentes, pertenecientes al viejo modo de producción, que siguen existiendo junto a él. El economista político aplica a este mundo ya listo del capital las ideas jurídicas y sobre la propiedad del mundo precapitalista, con un celo tanto más temeroso y con tanta más unción cuanto más destempladamente chocan los hechos con su ideología.

No así en las colonias. El dominio capitalista tropieza en ellas por todas partes con el obstáculo del productor que, como poseedor de sus propias condiciones de trabajo, se enriquece a sí mismo mediante su trabajo, en vez de enriquecer al capitalista. La contradicción entre esos dos sistemas económicos contrapuestos se actúa aquí prácticamente en su lucha. Cuando el capitalista tiene a su espalda el poder de la metrópoli, intenta eliminar por la fuerza el modo de producción y apropiación basado en el trabajo propio. El mismo interés que en la metrópoli mueve al sicofante del capital, el economista político, a declarar teóricamente que el modo de producción capitalista es precisamente su contrario, ese mismo interés le mueve aquí «to make a clean breast of

<sup>253</sup> Aquí se trata de colonias de verdad, de suelo virgen colonizado por emigrantes libres. Hablando económicamente, los Estados Unidos siguen siendo tierra colonial de Europa. Por lo demás, también hay que incluir aquí las viejas plantaciones en las que la abolición de la esclavitud ha alterado totalmente las circunstancias.



it»<sup>256</sup> y a proclamar abiertamente la contraposición entre ambos modos de producción. Con este objeto muestra cómo el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo, la cooperación, la división del trabajo, la aplicación en grande de maquinaria, etc., son imposibles sin la expropiación de los trabajadores y la correspondiente conversión de sus medios de producción en capital. En interés de la llamada riqueza nacional busca medios para producir la pobreza popular. Su armadura apologética se derrumba aquí pieza por pieza como paja podrida.

El gran mérito de E. G. Wakefield consiste no en haber dicho nada nuevo sobre las colonias,<sup>254</sup> sino en haber revelado en las colonias la verdad acerca de la situación capitalista de la metrópoli. Igual que el sistema proteccionista se propuso en sus orígenes<sup>255</sup> la fabricación de capitalistas en la metrópoli, así la teoría de la colonización de Wakefield, que durante cierto tiempo ha intentado Inglaterra poner en práctica legislativamente, se propone la fabricación de trabajadores asalariados en las colonias. Llama a eso «systematic colonization» (colonización sistemática).

Por de pronto, Wakefield descubrió en las colonias que la propiedad de dinero, alimentos, máquinas y otros medios de producción no basta aún para imponer a un hombre el marchamo de capitalista si falta el complemento, el trabajador asalariado, el otro ser humano que está obligado a venderse voluntariamente. Descubrió que el capital no es una cosa, sino una relación social entre personas, mediada por cosas.<sup>256</sup> El señor Peel, nos dice quejumbrosamente Wakefield, se llevó consigo de Inglaterra al Swan River, Nueva Holanda, alimentos y medios de producción por un montante de 50.000 libr. est. El señor Peel fue tan

<sup>254</sup> Los pocos rayos de luz que echa Wakefield sobre la naturaleza de las colonias han sido ellos mismos plenamente anticipados por Mirabeau père,<sup>\*257</sup> los fisiócratas, y aún mucho antes por economistas ingleses.

<sup>255</sup> Más tarde se convierte en una necesidad transitoria en la lucha competitiva internacional. Pero cualquiera que sea su motivación, las consecuencias siguen siendo las mismas.

<sup>256</sup> «Un negro es un negro. En determinadas circunstancias se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Sólo en determinadas circunstancias se convierte en capital. Arrancada de esas circunstancias, es tan escasamente capital como dinero el oro por sí mismo o como el azúcar pueda ser el precio del azúcar... El capital es una relación social de producción. Es una relación histórica de producción.» (KARL MARX, «Lohnarbeit und Kapital», *N[eue] R[h]einische Z[ei]tung*, n.º 266, del 7 de abril de 1849.)

\*256 A dejar en claro el asunto.

\*257 Mirabeau el padre.

previsor que se llevó además 3.000 personas de la clase trabajadora, hombres, mujeres y niños. Una vez llegado a su destino «el señor Peel se quedó sin un solo criado que le hiciera la cama o que le fuera a buscar agua al río».<sup>257</sup> Desgraciado señor Peel, que lo previó todo, salvo el exportar al Swan River las relaciones de producción inglesas.

Dos observaciones previas para la comprensión de los siguientes descubrimientos de Wakefield. Es sabido que cuando son propiedad del productor directo, los medios de producción y de vida no son capital. Sólo se convierten en capital en condiciones en las cuales sirven al mismo tiempo de medios de explotación y dominación del trabajador. Pero ésta su alma capitalista está tan íntimamente casada en la cabeza del economista político con su substancia material, que el economista les impone en cualesquiera circunstancias el nombre de capital, incluso cuando son precisamente lo contrario. Así le ocurre a Wakefield. Más: llama división igual del capital a la dispersión de los medios de producción como propiedad individual de muchos trabajadores económicamente autónomos, independientes unos de otros. Al economista político le pasa lo que al jurista feudal. Este último seguía también pegando a puras relaciones monetarias sus etiquetas jurídicas feudales.

«Si el capital», dice Wakefield, «estuviera repartido en porciones iguales entre todos los miembros de la sociedad, ningún ser humano tendría interés en acumular más capital que el que pudiera aplicar con sus propias manos. Eso es hasta cierto punto lo que ocurre en nuevas colonias americanas en las que la pasión por la propiedad de la tierra impide la existencia de una clase de trabajadores asalariados.»<sup>258</sup>

Así, pues, mientras el trabajador puede acumular para sí mismo —y puede hacerlo mientras se mantenga como propietario de sus medios de producción— es imposible la acumulación capitalista y el modo de producción capitalista. Falta la clase de los trabajadores asalariados, imprescindible para todo eso. Y ¿cómo se produjo en la vieja Europa la expropiación del trabajador de sus condiciones de trabajo y, por lo tanto, cómo se produjo capital y trabajo asalariado? Mediante un contrat social de tipo muy original.

«La humanidad... adoptó un sencillo método para promover la acumulación del capital», que, evidentemente, tenía ante los ojos, desde los tiempos de Adán, como último y único fin de su existencia: «se dividió en propietarios de capital y propietarios de trabajo... esta división fue resultado de un entendimiento y una combinación voluntarios.»<sup>259</sup>

<sup>257</sup> E. G. WAKEFIELD, *England and America*, vol. II, pág. 33.

<sup>258</sup> *Loc. cit.*, vol. I, pág. 17.

<sup>259</sup> *Loc. cit.*, pág. 18.



En una palabra: la masa de la humanidad se expropió a sí misma en honor de la «acumulación del capital». Ahora bien: uno creería que el instinto de este fanatismo autorrenunciatorio tendría que desencadenarse particularmente en las colonias, únicos lugares en los que existen hombres y circunstancias que pudieran traducir del reino de los sueños a la realidad un contrat social. Pero entonces, ¿para qué la «colonización sistemática» contrapuesta a la colonización espontánea? Pues, pues, porque

«es dudoso que en los estados septentrionales de la Unión americana pertenezca a la categoría de los trabajadores asalariados un décimo de la población... en Inglaterra... la gran masa del pueblo consta de trabajadores asalariados».<sup>260</sup>

Desde luego: el instinto de autoexpropiación de la humanidad trabajadora en honor del capital es tan poco existente que según el mismo Wakefield la esclavitud es el único fundamento espontáneo de la riqueza colonial. Su colonización sistemática es un mero pis aller,<sup>\*258</sup> ya que Wakefield tiene que habérselas con hombres libres en vez de con esclavos.

«Los primeros colonos españoles de Santo Domingo no recibieron trabajadores de España. Pero sin trabajadores» (esto es, sin esclavos) «el capital se habría destruido o, por lo menos, se habría reducido a las pequeñas cantidades en las cuales cada individuo puede aplicarlo con sus propias manos. Esto ocurrió realmente en la última colonia fundada por los ingleses, en la que se perdió un gran capital en semillas, ganado e instrumentos por falta de trabajadores asalariados y en la que ningún colono posee más capital que el que puede aplicar con sus manos.»<sup>261</sup>

Ya se ve: la expropiación de la tierra de la masa del pueblo constituye el fundamento del modo de producción capitalista. La esencia de una colonia libre consiste, por el contrario, en que la masa del suelo es todavía propiedad popular, por lo que cada colono puede convertir una parte de él en propiedad privada y medios de producción individuales suyos, sin impedir la misma operación a los colonos que lleguen después.<sup>262</sup> Éste es el secreto tanto del florecimiento de las colonias cuanto de su cáncer, su resistencia a la instalación del capital.

<sup>260</sup> *Loc. cit.*, págs. 42, 43, 44.

<sup>261</sup> *Loc. cit.*, vol. II, pág. 5.

<sup>262</sup> «La tierra, para ser elemento de la colonización, no sólo tiene que estar sin roturar, sino que además ha de ser propiedad pública que se pueda convertir en propiedad privada.» (*Loc. cit.*, vol. II, pág. 125.)

\*258 Mal menor.

«Donde la tierra es muy barata y todos los hombres son libres, donde cada cual puede conseguir a su gusto un trozo de tierra, no sólo es el trabajo muy caro por lo que hace a la participación del trabajador en su producto, sino que, además, lo difícil es conseguir trabajo combinado al precio que sea».<sup>263</sup>

Como en las colonias no existe todavía la separación entre el trabajador y las condiciones del trabajo y sus raíces, el suelo, o sólo existe esporádicamente, o en un ámbito limitado, tampoco existe la separación entre la agricultura y la industria, ni tampoco la destrucción de la industria doméstica rural: ¿de dónde va a venir, entonces, el mercado interior para el capital?

«Ninguna parte de la población de América es exclusivamente agrícola, con la excepción de los esclavos y de los que los utilizan, que combinan capital y trabajo para grandes obras. Americanos libres que cultivan ellos mismos la tierra desempeñan al mismo tiempo muchas otras ocupaciones. Ellos mismos suelen hacer una parte de los muebles y las herramientas que utilizan. Frecuentemente se construyen sus propias casas y llevan el producto de su propia industria al mercado, por lejano que éste sea. Son hilanderos y tejedores, fabrican jabón y velas, zapatos y vestidos para su propio uso. En América el trabajo de la tierra es a menudo la ocupación secundaria de un herrero, un molinero o un tendero.»<sup>264</sup>

¿En dónde queda, entre semejantes tipejos, el «campo de renuncia» de los capitalistas?

Lo más bonito de la producción capitalista consiste en que no sólo reproduce constantemente el trabajador asalariado como trabajador asalariado, sino que además produce siempre una sobrepoblación relativa de trabajadores asalariados respecto de la acumulación del capital. De este modo la ley de la demanda y la oferta de trabajo se mantiene siempre en la buena vía, las oscilaciones del salario quedan encerradas dentro de los límites agradables para la explotación capitalista y, por último, la dependencia social del trabajador respecto del capitalista, tan imprescindible, queda garantizada: relación absoluta de dependencia que el economista político puede disfrazar con grandes palabras en casa, en la metrópoli, presentándola como libre relación contractual entre comprador y vendedor, entre poseedores de mercancías igualmente independientes, entre poseedores de la mercancía capital y de la mercancía trabajo. Pero en las colonias se desgarran esta hermosa ilusión. La población absoluta aumenta en las colonias más deprisa que en la metrópoli, porque en aquéllas llegan al mundo muchos trabajadores adultos; pero, pese a ello, el mercado de trabajo no está nunca lleno. La ley de la

<sup>263</sup> *Loc. cit.*, vol. I, pág. 247.

<sup>264</sup> *Loc. cit.*, págs. 21, 22.



demanda y la oferta de trabajo naufraga. Por una parte, el viejo mundo lanza constantemente a las colonias capital deseoso de explotar y necesitado de renunciar; por otra parte, la reproducción normal de asalariados como asalariados tropieza con los obstáculos más molestos y en parte insuperables. Por no hablar ya de la producción de trabajadores asalariados supernumerarios en relación con la acumulación del capital. El trabajador asalariado de hoy se hace mañana campesino independiente, económicamente autónomo, o artesano independiente. Desaparece del mercado de trabajo, pero... no para aparecer en el workhouse.\*<sup>266</sup> Esta conversión constante de los trabajadores asalariados en productores independientes que trabajan para ellos mismos en vez de trabajar para el capital y que se enriquecen ellos mismos en vez de enriquecer a los señores capitalistas actúa, por su parte, muy dañinamente en la situación del mercado de trabajo. No sólo se mantiene indecentemente bajo el grado de explotación del trabajador asalariado. Este último pierde además, junto con la relación de dependencia, también el sentimiento de depender del capitalista renunciador. De aquí todas las anomalías que nuestro E. G. Wakefield describe tan honrada, elocuente y conmovedoramente.

La oferta de trabajo asalariado, se lamenta, no es ni permanente, ni regular, ni suficiente. «Es siempre no sólo demasiado pequeña, sino también insegura.»<sup>265</sup>

«Aunque el producto repartible entre trabajador y capitalista es grande, el trabajador toma una parte tan grande que se convierte rápidamente en capitalista... Pocos en cambio, aunque tengan una vida insólitamente larga, pueden acumular grandes masas de riqueza.»<sup>266</sup>

Los trabajadores no permiten, lisa y llanamente, al capitalista que renuncie a pagarles la mayor parte de su trabajo. De nada le sirve ser tan astuto como para importar de Europa, junto con su propio capital, también sus propios trabajadores asalariados.

«Pronto dejan de ser trabajadores asalariados, se convierten pronto en campesinos independientes o incluso en competidores de sus viejos amos en el mismo mercado del trabajo asalariado.»<sup>267</sup>

¡Compréndase el espanto! El honrado capitalista ha importado él mismo de Europa, por su buen dinero, sus propios tangibles competi-

<sup>265</sup> *Loc. cit.*, vol. II, pág. 116.

<sup>266</sup> *Loc. cit.*, vol. I, pág. 131

<sup>267</sup> *Loc. cit.*, vol. II, pág. 5.

dores. Así no hay más que hablar. No sorprende que Wakefield se lamenta de la falta de relación de dependencia y de sentimiento de dependencia de los trabajadores asalariados en las colonias. A causa de los elevados salarios, dice su discípulo Merivale, existe en las colonias un ansia apasionada de trabajo barato y dócil, de una clase a la que el capitalista pueda dictar sus condiciones, en vez de recibirlas dictadas por ella... En los países de antigua civilización el trabajador, aunque libre, depende por ley natural del capitalista; en las colonias esa dependencia se tiene que crear con medios artificiales.<sup>268</sup>

¿Cuál es, pues, según Wakefield, la consecuencia de esa anomalía de las colonias? Un «bárbaro sistema de dispersión» de los productores y de la riqueza nacional.<sup>269</sup> La fragmentación de los medios de producción entre innumerables propietarios que llevan ellos mismos sus economías aniquila la centralización del capital y, con ella, todo fundamento del trabajo combinado. Toda empresa de largo aliento que dure años y requiera la inversión de capital fijo tropieza con obstáculos para su ejecución. En Europa el capital no vacila ni un momento, porque la clase obrera constituye un adminículo vivo suyo, está presente siempre en

<sup>268</sup> MERIVALE, *loc. cit.*, vol. II, págs. 235-314, *passim*. Hasta el suave economista vulgar librecambista Molinari dice: «En las colonias en las que se ha abolido la esclavitud sin que el trabajo forzado se hallara substituido por una cantidad equivalente de trabajo libre se ha visto producirse la contrapartida del hecho que todos los días se realiza ante nuestros ojos. Se ha visto a los simples trabajadores explotar a su vez a los empresarios de industria, exigirles un salario completamente desproporcionado con la parte legítima que les correspondía del producto. Los plantadores, al no poder obtener de sus azúcares un precio suficiente para cubrir el alza de los salarios, se han visto obligados a aportar la diferencia, en parte a costa de sus beneficios, y luego a costa de sus capitales mismos. Así se ha arruinado una muchedumbre de plantadores; otros han cerrado sus ingenios para substraerse a una ruina inminente... Sin duda es mejor ver perecer acumulaciones de capitales que generaciones de hombres» (muy generoso por parte del señor Molinari), «pero ¿no sería mejor que no perecieran ni las unas ni los otros?» (MOLINARI, *loc. cit.*, págs. 51, 52.) Señor Molinari, señor Molinari... ¿Qué ha sido de los diez mandamientos, de Moisés y los profetas, de la ley de la demanda y la oferta, si en Europa el «entrepreneur»<sup>\*269</sup> puede recortar su part legítima al trabajador y en las Indias Occidentales el trabajador se la puede recortar al entrepreneur? ¿Y qué es, por favor, esa «part legítima» que según confesión de usted el capitalista deja de pagar diariamente? El señor Molinari tiene una tremenda comezón de poner correctamente en marcha con medidas policíacas en las colonias, donde los trabajadores son tan «simples» que «explotan» a los capitalistas, la ley de la demanda y la oferta que en todos los demás lugares funciona automáticamente.

<sup>269</sup> WAKEFIELD, *loc. cit.*, vol. II, pág. 52.

\*269 «Empresario»; *part legítima*: parte legítima.



sobreabundancia, siempre a disposición. Pero ¿en los países coloniales? Wakefield cuenta una anécdota dolorosísima. Estuvo hablando con unos capitalistas del Canadá y del estado de New York, donde, por si fuera poco, las oleadas de inmigrantes quedan a menudo bloqueadas y dejan una precipitación de trabajadores «excedentarios».

«Nuestro capital» suspira uno de los personajes del melodrama, «nuestro capital estaba preparado para muchas operaciones que necesitan para consumarse un tiempo considerable; pero ¿podíamos empezar tales operaciones con trabajadores que, según sabíamos, nos volverían pronto la espalda? Si hubiéramos estado seguros de poder retener el trabajo de esos inmigrantes, los habríamos contratado en seguida, y por un precio alto. Aún más: pese a la seguridad de su pérdida los habríamos enrolado de todos modos si hubiéramos estado seguros de una oferta constante de acuerdo con nuestras necesidades.»<sup>270</sup>

Luego de contrastar pomposamente la agricultura capitalista inglesa y su trabajo «combinado» con la dispersa economía campesina americana, se le escapa también a Wakefield el reverso de la medalla. Describe la masa popular americana como una masa acomodada, independiente, emprendedora y relativamente educada, mientras que

«el trabajador agrícola inglés es un mísero andrajoso (a miserable wretch), un pauper... ¿En qué país, fuera de Norteamérica y algunas colonias nuevas, superan notablemente los salarios de los trabajadores libres ocupados en el campo los medios de subsistencia más imprescindibles del trabajador?... No hay duda de que en Inglaterra los caballos de labor, como son una propiedad valiosa, se alimentan mucho mejor que el labrador inglés.»<sup>271</sup>

Pero never mind! \*<sup>260</sup> La riqueza nacional es, en efecto, por naturaleza idéntica con la miseria popular.

¿Cómo, pues, curar el cáncer anticapitalista de las colonias? Si se pretendiera convertir de golpe toda tierra de propiedad del pueblo en propiedad privada se destruiría, ciertamente, la raíz del mal, pero también... la colonia. El arte consiste en matar dos pájaros de un tiro. Impóngase gubernativamente al suelo virgen un precio independiente de la ley de la demanda y la oferta, un precio artificial que obligue al inmigrante a trabajar mucho tiempo antes de poder ganar el dinero suficiente para comprarse tierra<sup>272</sup> y convertirse en un campesino inde-

<sup>270</sup> *Loc. cit.*, págs. 191, 192.

<sup>271</sup> *Loc. cit.*, vol. I, págs. 47, 246.

<sup>272</sup> «Añadís que gracias a la apropiación del suelo y de los capitales el hombre que no tiene más que sus brazos halla ocupación y se hace unos ingresos... por el contrario, gracias a la apropiación individual del suelo se halla hombres

\*<sup>260</sup> ¡No importa!

pendiente. El fondo que se constituya con la venta de tierras a un precio relativamente prohibitivo para el trabajador asalariado, o sea, el fondo extorsionado del salario del trabajo lesionando la sagrada ley de la demanda y la oferta, sea utilizado por el gobierno, por otra parte, para importar de Europa desarraigados a las colonias, en la misma medida en que aumente el fondo, manteniendo así pletórico al señor capitalista su mercado de trabajo asalariado. En estas condiciones tout sera pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles.\*<sup>261</sup> Éste es el gran secreto de la «colonización sistemática».

«Según este plan», exclama triunfalmente Wakefield, «la oferta de trabajo tiene que ser necesariamente constante y regular; pues, en primer lugar, como ningún trabajador consigue procurarse tierra antes de haber trabajado por dinero, todos los trabajadores inmigrantes, por el hecho de trabajar combinadamente, producirían a su utilizador capital para utilizar más trabajo; en segundo lugar, todo aquel que rehuyera el trabajo asalariado y se hiciera propietario de tierra aseguraría, precisamente con su compra de tierra, un fondo para traer trabajo nuevo a las colonias.»<sup>273</sup>

El precio de la tierra decretado por el estado tiene que ser, naturalmente, «suficiente» (sufficient price), esto es, tan alto «que impida a los trabajadores convertirse en campesinos independientes antes de que haya otros dispuestos para ocupar su lugar en el mercado del trabajo asalariado».<sup>274</sup> Este «precio suficiente de la tierra» no es más que una descripción eufemística del rescate que el trabajador paga al capitalista por el permiso de retirarse del mercado de trabajo asalariado a la tierra. Antes tiene que crear «capital» para el señor capitalista, con objeto de que éste pueda explotar más trabajadores, y luego tiene que poner en el mercado de trabajo un «substituto» que el gobierno expide desde el otro lado del mar, a costa del trabajador, a su antiguo señor capitalista.

Es sumamente característico que el gobierno inglés haya ejecutado durante años este método de «acumulación originaria» prescrito pro-

que no tienen más que sus brazos... Si metéis a un hombre en el vacío, os apoderáis de la atmósfera. Lo mismo hacéis cuando os apoderáis del suelo... Es meterle en el vacío de riqueza, para no dejarle vivir sino a vuestra voluntad.» (COLINS, *loc. cit.*, vol. III, págs. 267-271, passim.)

<sup>273</sup> WAKEFIELD, *loc. cit.*, vol. II, pág. 192.

<sup>274</sup> *Loc. cit.*, pág. 45.

\*<sup>261</sup> Todo estará del mejor modo en el mejor de los mundos posibles. Es una frase irónica de Voltaire en su sátira novelada del optimismo filosófico (Leibniz), *Candide*.



piamente por el señor Wakefield para uso en los países coloniales. El fiasco fue, naturalmente, tan ignominioso como el del act bancario de Peel. Ocurrió simplemente que el flujo migratorio se desvió de las colonias inglesas hacia los Estados Unidos. Mientras tanto, el progreso de la producción capitalista en Europa, acompañado de creciente presión gubernamental, ha hecho superflua la receta de Wakefield. Por una parte, la gigantesca y continua corriente humana impulsada año tras otro hacia América produce precipitaciones que se estancan en el este de los Estados Unidos, porque la oleada emigratoria de Europa arroja allí los seres humanos al mercado más deprisa de como puede drenarlos la oleada emigratoria hacia el oeste. Por otra parte, la guerra civil norteamericana ha tenido, entre sus consecuencias, una deuda nacional colosal y, con ella, presión fiscal, génesis de la más canallesca aristocracia financiera, regalo de una parte gigantesca de las tierras públicas a sociedades de especuladores para la explotación de ferrocarriles, minas, etc., en resolución, la más rápida centralización del capital. La gran república ha dejado, pues, de ser la tierra prometida para los trabajadores emigrantes. La producción capitalista avanza allí con pasos de gigante, aunque el descenso de los salarios y la dependencia del trabajador asalariado no hayan caído, ni de lejos, hasta el nivel europeo normal. El vergonzoso malbaratar la tierra virgen colonial a aristócratas y capitalistas por el gobierno inglés, tan sonoramente denunciado por Wakefield mismo, ha producido una suficiente «sobrepoblación obrera relativa», sobre todo en Australia,<sup>275</sup> junto con la riada humana atraída por los diggings\*<sup>262</sup> áureos y la competición que plantea hasta al más pequeño artesano la importación de mercancías inglesas, de modo que casi cada vapor correo trae la mala noticia de una sobrecarga del mercado australiano de trabajo —«glut of the Australian labour-market»—, y la prostitución florece allí en algunos lugares tan exuberantemente como en el Haymarket de Londres.

Pero aquí no nos ocupamos de la situación de las colonias. Lo único que nos interesa es el secreto descubierto y sonoramente proclamado en el nuevo mundo por la economía política del viejo mundo: el modo

<sup>275</sup> En cuanto que Australia se convirtió en su propia legisladora, promulgó, naturalmente, leyes favorables a los colonos, pero sigue en pie el obstáculo del despilfarro inglés del suelo, una vez consumado. «La finalidad primera y quizá principal a que aspira la nueva ley del suelo de 1862 es dar aumentadas facilidades para el asentamiento de la gente.» (*The Land Law of Victoria, by the Hon. G. Duffy, Minister of Public Lands, Lond. 1862 [pág. 3].*)

\*<sup>262</sup> Lavaderos.

de producción y acumulación capitalista y, por lo tanto, también la propiedad privada capitalista, condicionan la aniquilación de la propiedad privada basada en trabajo propio, esto es, la expropiación del trabajador.



## ÍNDICE DE CONCEPTOS

- abstinencia, teoría de la:* 236-241, 252, 359.
- accidentes:* 59, 60, 118, 136-138.
- acumulación del capital:* 205-206, 221, 228-230, 234, 235, 236.
- sus condiciones necesarias: 221-226.
  - a. del c. y grado de explotación de la fuerza de trabajo: 242-248.
  - ley general de la acumulación capitalista: 258, 259, 260, 266, 290, 291, 292.
  - Malthus sobre la a. del c.: 221, 238.
  - John Stuart Mill sobre la a. del c.: 232.
  - Ricardo sobre la a. del c.: 231, 232, 259.
  - Smith sobre la a. del c.: 231-233, 237, 259, 263, 264, 267.
  - v.t.: reproducción ampliada.
- acumulación, fondo de:* 166, 233, 243, 246, 247, 252.
- acumulación originaria del capital:* 63, 64, 210, 211, 226, 269, 270, 359-410.
- sus métodos: 360-379, 405, 406, 407, 408.
  - sus momentos principales: 383, 384, 391-392, 397-404.
- África:* 78, 397, 405.
- ahorro:* 236, 237.
- Malthus sobre el a.: 231.
  - v.t.: economía.
- agrícola, trabajador:* 78, 362-363.
- su situación: 140, 141, 301, 302, 318-340, 351-355, 366, 373-374.
  - su salario: 195-196, 245, 246, 283-284, 289.
  - emigración a la ciudad: 288, 289, 338.
  - su número: 81.
- agricultura:* 63, 64, 247, 288, 289, 323, 324, 388-395.
- a. y gran industria: 139-142, 394, 395.
  - aplicación de la ciencia a la a.: 142.
  - revolución de la a.: 63, 64, 86, 353, 354, 357, 389, 391.
- agricultura depredadora:* 98, 124, 141, 142, 245-246.
- v.t.: despilfarro.
- Alemania:* 5.
- conversión de campesinos libres en sometidos y siervos en la época de Carlomagno: 373.
  - «Bauernlegen»: 64, 378-379.
  - invención de la «Bandmühle» en el siglo xvi: 61-62.
  - modelo de la fabricación artesanal del papel: 12.
  - fábrica de fundición de acero de Krupp: 22.
  - estatutos para mantener bajo el salario obrero: 385, 386.
- alfarería:*
- salario a destajo: 193.
  - legislación fabril: 111-112, 119.
- algodón, industria del:* 10, 22-23, 44-52, 54-70, 56-79, 216-219, 282, 301.
- número de ocupados en ella: 69, 81, 83-85, 275, 276.
  - situación de los trabajadores: 88-95.
  - y esclavitud: 78.
  - crisis en la i. del a.: 26, 27, 59, 68-70, 90, 91, 92, 215-218.
- algodón, producción de:* 86.
- y maquinaria: 14, 22-23, 85.
- alienación:* 65, 212, 252, 291.
- altos hornos:* 114.
- América:*
- A. del sur:
  - Alimentación de los trabajadores de las minas: 214.
  - Indias Occidentales: 399, 405, 417.
  - v.t.: Estados Unidos de Norteamérica.
- análisis:* 174, 206, 223.
- anarquía de la producción capitalista:* 115, 124, 138, 166.



- antagonismos*: 252.  
 — a. del modo de producción capitalista: 76, 169, 292, 304, 319.  
*Antigüedad clásica*: 147, 373.  
*antijacobina, guerra*: 246, 320.  
*apologética*: 176, 189, 192, 197, 253-254, 285-286, 407, 412.  
 — de la teoría de la compensación: 71-76.  
*aprendices*: 121-122, 237.  
*aristocracia obrera*: v.t.: obrera, aristocracia.  
*artesano*: 3-5, 95-97, 110, 111, 122, 127, 130, 145, 269, 289, 395, 402, 410.  
 — efectos de la maquinaria en el a.: 82, 85, 86.  
*arriendo, tierras en*:  
 — su concentración: 356, 357, 358.  
*ascética*: 236.  
*Asia*: 85, 90, 94, 149, 150, 202, 279.  
*astronomía*: 149.  
*Atenas*: 147.  
*atesoramiento*: 231, 234, 236.  
*Australia*: 86, 279, 420.  
*automático, sistema mecánico*: 10, 11, 12, 14, 15, 16, 52, 53, 56, 57, 65, 70, 96, 248-249.  
*avaricia*: 231, 235, 236.  
*bancaria, ley de 1844*: 420.  
*banco, billetes de*: 401.  
*bancocracia*: 370, 401.  
*bancos*: 401.  
*Bandmühle*: v.t.: pasamanería, telar de base y sobreestructura: 2, 3, 120.  
*Bauernlegen*: 64, 378.  
*Bélgica*: 243, 317, 318.  
*beneficio*: 85, 88, 205, 233, 265, 273-274, 407.  
 — John Stuart Mill sobre el origen del b.: 151-153.  
*beneficio, cuota de*: 38, 159, 160, 273-274.  
*bolsa*: 401.  
*burguesía*: 124, 292.  
*caballos de fuerza*: 6, 7, 20, 47, 48.  
*calórica, máquina*: 3, 96.  
*campesinado*:  
 — expropiación de la tierra: 362-379, 402, 403.  
 — campesinos libres: 362, 363, 373.  
 — yeomanry: 366, 368, 369.  
 — prestaciones personales: 211, 212.  
 — conversión de los pequeños campesinos en trabajadores asalariados: 393.  
*Canadá*: 376.  
*canalización*: 149.  
*capital*:  
 — el c. es una relación social: 144.  
 — historia del c.: 395, 396.  
 — circulación del c.: 205-206.  
 — composición del c.: 257.  
   c. constante: 248-249, 255.  
   c. variable: 209, 210, 248, 255.  
   composición orgánica: 77, 78, 84, 257, 258, 268, 274-276, 281.  
   composición del capital total de una rama de la producción: 257, 258.  
   composición del capital social de un país: 257, 258.  
 — c. mercantil: 145.  
 — c. de los mercaderes: 395-396.  
 — c. usurario: 145, 235, 396.  
 — c. industrial: 396.  
 — v.t.: acumulación del capital; centralización del capital.  
*capital, acumulación del*: v.t.: acumulación del capital.  
*capital, exportación de*: 255.  
*capital, migración de*: 284.  
*capitalista*:  
 — capital personificado: 234.  
 — su función: 234.  
 — génesis del c. industrial: 395, 396.  
*carestía*: 164-165.  
*categorías de la economía burguesa*: 171, 173, 175.  
*causa y efecto*: 279, 281.  
*celibato*: 261-262, 293.  
*centralización del capital*: 270-274, 296, 409, 420.  
*cerrada*: 88, 184.  
*ciclo industrial*: 115, 265, 279, 282.  
 — c.i. y situación de los trabajadores: 87-95.  
 — c.i. y sobrepoblación: 277, 278, 283,

286.  
 — periodicidad del c.i.: 279, 283.  
 — v.t.: crisis.  
*ciencia*:  
 — como fuerza productiva del trabajo: 7, 8, 248, 249, 253, 269.  
 — como potencia autónoma en el proceso de trabajo: 291.  
 — su aplicación técnica consciente: 409.  
 — su aplicación técnica consciente en la agricultura: 140.  
 — comprimida al servicio del capital: 7-8, 71.  
 — v.t.: naturaleza, ciencia de la.  
*ciudad y campo*: 140, 141.  
*clase obrera*: v.t.: obrera, clase.  
*clases*:  
 — c. media: 290, 305, 402, 410.  
 — v.t.: obrera, clase; proletariado; campesinado; burguesía.  
*clases, lucha de*:  
 — l. de c. de los trabajadores contra los capitalistas: 61.  
 — l. de c. de los trabajadores por acortar la jornada de trabajo: 42.  
 — la l. de c. se desarrolla con la acumulación del capital: 300.  
*clavos, producción de*: 102, 184, 276.  
*coalición, leyes sobre la*: 90.  
*colonial, sistema*: 397-400, 403.  
*coloniales, mercados*: 63, 108.  
*colonias*: 286, 289, 411-421.  
*colonización*: 86.  
*colonización, teoría de la*: 411-421.  
*colono*: 395.  
 — génesis del colono capitalista: 388-390.  
*comercial, capital*: 145.  
*comercial, ganancia*: 205.  
*comercio*:  
 — c. exterior: 223, 279.  
 — c. interior: 279.  
 — c. al por mayor: 117.  
 — c. mundial: 79, 80.  
 — v.t.: mercado mundial.  
*compensación, teoría de la*: 72-81, 284-285.  
*competición*: 87, 88, 108, 109, 111, 127-128, 166, 185, 186, 200, 244, 271, 279, 388, 410.  
 — leyes cuantitativas de la c.: 24, 235.  
 — es palanca de la centralización del capital: 271-272.  
 — c. entre los trabajadores: 185, 194, 281.  
*comunicación, medios de*: 85, 86, 117.  
 — su transformación está condicionada por la revolución del modo de producción de la industria y la agricultura: 14, 15.  
*comunismo*:  
 — propiedad en el c.: 409.  
 — el maquinismo en el c.: 24.  
 — trabajo necesario en el c.: 165-166.  
 — educación en el c.: 121, 125.  
 — desarrollo pleno y libre de cada individuo en el c.: 234.  
*concentración del capital*: 111, 112, 114, 138, 141, 270-272, 296.  
*concentración de los medios de producción*: 269, 408.  
*concurrencia*: v.t.: cometición.  
*consumo*:  
 — c. individual: 191-215, 219.  
 — c. productivo: 202-214, 219.  
 — Malthus sobre el c. productivo: 214.  
 — James Mill sobre el c. productivo: 212, 214.  
*consumo, fondo de*:  
 — de los capitalistas: 208, 222, 231, 232-233, 234, 243, 247, 252.  
 — de los trabajadores: 246, 261.  
*contenido y forma*: 225.  
*contradicciones*: 39-40, 159, 172, 175, 203.  
 — el desarrollo de las c. es el único camino histórico para la transformación de una forma de producción: 125.  
 — la «contradicción» hegeliana fuente de toda dialéctica: 239.  
 — contradicciones de la producción capitalista: 124, 125, 139.  
*contraposición*: 66, 293.  
 — de trabajo intelectual y trabajo manual: 143.  
 — de ciudad y campo: 140, 141.  
*cooperación*: 17, 95, 269.  
 — c. simple: 9, 10, 110.  
*crédito*: 272, 315, 402.



- sistema internacional del c.: 400, 402.
- crisis económicas:*
- bloqueo del mercado: 110.
- bloqueo de la circulación: 231.
- periodicidad: 279, 282-283.
- efectos en la situación de la clase obrera: 202, 314-318.
- la crisis de 1857-1858: 314.
- la crisis de 1866: 300, 314, 316.
- v.t.: algodón, industria del; ciclo industrial.
- cuadrilla:* v.t.: gang.
- cualidad del trabajo:* 191, 192.
- currency, escuela de la:* 265.
- China:* 244, 376, 397.
- fabricación de papel: 12.
- derecho:*
- la explotación de la fuerza de trabajo es para el capital el primer derecho del hombre: 29.
- derecho burgués: 176, 177, 260, 307.
- d. de propiedad del capitalista: 215-216, 224-227, 229.
- v.t.: tribunales.
- despilfarro:*
- de los señores feudales: 236, 238.
- de los capitalistas: 236-237, 304.
- de fuerza de trabajo: 26, 98, 166.
- v.t.: agricultura depredadora.
- despotismo:* 378.
- despotismo del capital: 34-35, 69-71, 286, 291.
- deuda pública:* 397, 400-403, 420.
- dialéctica:*
- la «contradicción» de Hegel fuente de toda dialéctica: 239.
- dictadura del proletariado:* 125, 408, 409.
- dinero:*
- medio de pago: 176-177.
- dinero, desvaloración del:* 390.
- dinero, teorías del:*
- escuela de la *currency:* 265.
- división del trabajo:* v.t.: trabajo, división del.
- dogmatismo:* 232.
- economía:*
- e. del trabajo: 166.
- e. de los medios de producción: 19, 59-60, 98, 101, 166, 408-409.
- economía política:*
- e.p. clásica: 230, 231, 237, 253, 411.
- limitaciones de la e.p. burguesa: 178.
- economía vulgar:* 139, 142, 153, 157, 158, 174, 175, 176, 203, 204, 239, 240, 255.
- la e.v. sobre el origen de la plusvalía: 151.
- eliminación de trabajadores por maquinaria: 72-76.
- v.t.: malthusianismo.
- económica, constricción:* 383.
- Edad Media:* 63, 145, 361, 363, 396, 400.
- v.t.: feudalismo.
- educación:* 305.
- unión del trabajo productivo con la instrucción y la gimnasia: 119, 120, 121.
- e. y legislación fabril: 32-34, 119-120, 125, 133, 134.
- e. en el comunismo: 121, 125.
- Owen sobre la e.: 121.
- Egipto:* 147-149.
- ejército industrial de reserva:* 125, 139, 140, 274-292, 308, 353-354.
- e.i. de r. y trabajo estacional: 115.
- v.t.: sobrepoblación relativa.
- electromagnética, máquina:* 3.
- emigración:* 86, 215-218, 255, 279, 287, 343, 350, 351, 356-358, 411, 418, 420.
- de obreros fabriles: 94-95.
- empobrecimiento:* 64, 65, 125, 141, 242-245, 258-260, 263, 264, 411, 412.
- v.t.: acumulación capitalista, ley general de la; pobreza; ejército industrial de reserva; sobrepoblación relativa; sobretrabajo.
- encuadernación de libros:* 183-184.
- esclavitud:* 78, 178, 240, 373, 405-406, 417.
- forma de plustrabajo: 176.
- simpatía de los torios por la e.: 377.
- esclavos, trata de:* 28, 78, 178, 397, 398.

- en la acumulación originaria: 405, 406.
- Escocia:* 296, 374-380, 386.
- abolición de la servidumbre: 368.
- escuela, situación de la:*
- en Inglaterra: 32-34, 120, 128-129.
- esencia y apariencia:* 171, 173, 176, 178, 179, 210.
- España:* 149, 397, 405.
- especulación:* 236, 315, 401, 420.
- estacional, trabajo:* v.t.: trabajo estacional.
- estado, poder del:* 203, 397.
- intervención del estado en el sistema fabril: 29.
- control del capital por el estado: 127-128.
- v.t.: fabril, legislación.
- Estados Unidos de América del Norte:* 96, 140-142, 402, 411.
- desarrollo económico: 86.
- esclavismo: 78, 405, 406.
- inmigración: 358, 411, 420.
- estafa:* 191.
- estampados:*
- número de ocupados: 276.
- aplicación de maquinaria: 23.
- legislación fabril: 34, 35.
- explotación:* 29.
- conversión de la e. feudal en e. capitalista: 361.
- v.t.: trabajo, fuerza de; mujeres, trabajo de las; niños, trabajo de los; plustrabajo.
- explotación del hombre por el hombre:* 361.
- v.t.: explotación.
- explotación, grado de:* v.t.: plusvalía.
- exportación de capital:* v.t.: capital, exportación de.
- expropiación:*
- e. de los productores directos: 361.
- e. de la tierra: 362-379, 402, 403.
- e. de los expropiadores: 408-410.
- v.t.: acumulación originaria.
- extrañamiento:* v.t.: alienación.
- fábrica:* 50, 60, 85, 96, 98.
- capacidad de expansión repentina del sistema fabril: 86, 87.
- fábrica-cottage: 96.
- división del trabajo en la f.: 10, 11, 17, 53-56, 121.
- Fourier sobre el sistema fabril: 60.
- Owen sobre el sistema fabril: 139.
- Ure sobre el sistema fabril: 11, 51, 52, 57, 70, 71.
- fábrica, legislación:* 49, 50, 60, 117, 138, 139.
- rebelión de los fabricantes contra la l.f.: 54.
- acelera la ruina de los pequeños maestros: 114.
- cláusulas sobre educación: 32-35, 119, 120, 125, 133, 134.
- cláusulas sobre salud: 118, 119.
- en Inglaterra: 29, 126-132.
- fábricas, inspectores:* 131, 139-140.
- inspección de minas: 135-138.
- fábricas, leyes:*
- de 1842 (minería): 132.
- de 1845 (estampados): 34, 35.
- de 1860 (inspección minera): 132, 136, 137.
- 1861 (puntillas): 102.
- de 1864: 112-114, 119.
- de 1867: 129-131.
- de 1872 (minería): 138.
- de 1878: 139-140.
- falsificación de alimentos:* 186, 244-245.
- familia:*
- su carácter histórico: 127.
- fundamento económico de la f. antigua: 126, 127.
- disolución de la familia antigua en el sistema capitalista: 126, 127, 140.
- fertilidad de la tierra:* 141-142, 147-149, 164, 267, 323-324.
- ferrocarriles:* 15, 202, 273, 278, 283, 310, 420.
- f. y trabajo estacional: 115.
- feudalismo:*
- caracterización general: 176, 209, 210, 236, 361-364, 370.
- su disolución: 63, 361, 362, 368, 369.
- en Alemania: 64, 373, 378-379.
- en Inglaterra: 324-325, 362-369, 389.
- en Francia: 390, 391.
- en Italia: 362.



- fiscal, sistema:* 397-403.  
*fisiócratas:* 170.  
 — méritos de los f.: 233.  
 — los f. sobre el trabajo productivo: 144.  
*fondo de acumulación:* v.t.: acumulación, fondo de.  
*forma y contenido:* 225.  
*Francia:* 366, 390, 391.  
 — población: 339-340.  
 — legislación: 387-388.  
 — legislación sanguinaria: 383.  
 — modelo de la manufactura de papel propiamente dicha: 12.  
 — Revolución Francesa (1789): 140, 387-388.  
 — Revolución de Julio (1830): 239.  
 — Revolución de Febrero (1848): 219.  
*fuerza de trabajo:* v.t.: trabajo, fuerza de:  
*gaélicos:* 376-378.  
*gang, sistema de:* 31, 340-344.  
*gremios:* 62, 145, 361, 384, 396.  
*Guerra de los Treinta Años:* 350, 378, 385.  
*hambre, muerte de:* 109, 300, 303, 317, 399.  
*herramienta:* 1-6, 8.  
*hidráulica, energía:* 7, 8, 251.  
*hierro:* 78.  
*hilar, máquina de:* 2, 4, 5, 7, 11, 12, 20-21, 22, 23, 45-49, 54, 62, 68-69, 70-71, 78-79, 83, 197.  
*historia:*  
 — diferencia entre historia humana e historia natural: 2, 3.  
 — las épocas de la h. no están separadas por límites abstractamente exactos: 1.  
*Holanda:* 397, 399-400, 402.  
 — nación capitalista modelo del siglo xvii: 398.  
 — historia de la economía colonial holandesa: 398-400.  
 — utilización del viento como fuerza motora: 5.  
 — modelo de la manufactura del papel propiamente dicha: 12.  
 — sistema fiscal moderno: 402.  
*hombre (ser humano):*  
 — h. y naturaleza: 3, 76, 141, 143.  
*huelga:* 58, 59, 69, 70-71, 91, 387.  
 — de los obreros de máquinas en 1851: 70.  
 — de los algodoneros de Preston en 1853: 91.  
 — de los tejedores de pasamanería de Coventry en 1860: 88.  
 — de los trabajadores de la construcción de Londres en 1860/61: 182, 184.  
 — de los tejedores de Darven en 1863: 59.  
 — de las tejedoras de Wiltshire en 1863: 58-59.  
 — de los alfareros en 1866: 59.  
 — de los mineros belgas en 1867: 243.  
*imprentas:* 121-122.  
*impuestos:* 157, 203.  
 — conversión de las entregas en naturaleza en pagos en dinero: 379.  
 — v.t.: fiscal, sistema.  
*India:* 65, 86, 241, 277, 397, 399.  
 — comunidad aldeana india: 241.  
 — producción de algodón: 23.  
 — fabricación de papel: 12.  
 — regulación de riegos: 149.  
 — hambres: 149, 399.  
 — influencia de la Compañía inglesa de las Indias Orientales: 398, 399.  
*Indias Orientales, Compañía de las:* 90.  
*industria, gran:*  
 — g.i. y maquinaria: 1-142.  
 — su punto de partida: 1, 13, 26.  
 — su base técnica es revolucionaria: 123-124.  
 — g.i. y división del trabajo: 121, 124.  
 — g.i. y agricultura: 139-142, 394, 395.  
 — transición de la manufactura moderna y el trabajo en casa a la g.i.: 106-117.  
*industrial, revolución:* 2, 3, 5, 6, 14, 15, 16, 62, 63, 106-117.  
*Inglaterra:*  
 — como lugar clásico del capitalismo: 294, 397.  
 — estatutos obreros: 384, 385.  
 — comercio exterior: 86-91, 94, 216, 297, 398, 399, 400.

- población: 80, 81, 276, 287-289, 295, 362.  
 — legislación fabril: 29, 126, 132.  
 — historia del sistema monetario inglés: 401.  
 — final de los tejedores de algodón a mano en I.: 64.  
*inspectores de fábricas:* v.t.: fabriles, inspectores.  
*instrumentos de trabajo:* v.t.: trabajo, instrumentos de.  
*intensidad del trabajo:* v.t.: trabajo, intensidad del.  
*interés:* 21, 205, 233, 396.  
 — es fracción de la plusvalía: 230.  
*intermediarios de la producción:* 98, 110, 192.  
*inventos:* 13, 273.  
 — historia de los i.: 70.  
 — los i. no son productos de un solo individuo: 2.  
*Irlanda:* 118, 344-358, 403.  
 — disminución de su población: 344, 348-351, 356, 357.  
*Italia:* 362, 366.  
*Japón:* 363.  
*Java:* 23.  
*jornada de trabajo:*  
 — su división en tiempo de trabajo necesario y tiempo de plustrabajo: 39, 144, 145.  
 — su límite máximo: 40.  
 — su límite mínimo: 165.  
 — prolongación de la j. de t.: 35-43, 145, 162-165, 183, 186.  
 — abreviación de la j. de t.: 41-50, 162, 163, 165, 166.  
 — lucha de los trabajadores por acortar la j. de t.: 42. v.t.: diez horas, agitación por la jornada de; ocho horas, agitación por la jornada de.  
 — limitación legal de la j. de t.: 111-112, 117, 181, 182, 183. v.t.: fabril, legislación; diez horas.  
*ladrillería:* 100, 101.  
*lana, exportación de:* 86.  
*lanera, industria:* 10, 54, 249-250.  
 — número de ocupados: 81-85.  
 — disminución del trabajo de los niños: 25.  
*latifundio:* 371-372.  
*legislación:*  
 — sobre contratos de trabajo: 384-385.  
 — contra el vagabundeo: 380-383.  
 — v.t.: fabril, legislación.  
*leyes:*  
 — leyes sociales: 124, 125, 164-165.  
 — leyes económicas: 227, 276, 383.  
 — su modo de imponerse: 124, 125, 266.  
 — leyes del intercambio de mercancías: 224-227, 229.  
 — ley de la oferta y la demanda: 74, 283, 284-286, 353-354, 383, 415-417, 418.  
 — mutación de las leyes de la propiedad de la producción mercantil en leyes de la apropiación capitalista: 225-229.  
 — ley de la plusvalía: la producción de plusvalía es la ley absoluta del modo de producción capitalista: 263-264.  
 — ley general de la acumulación capitalista: 257-259, 266, 290.  
 — ley del salario: 179, 199.  
 — ley de la disminución del rendimiento de la tierra: 142.  
*libertad:*  
 — l. del capital: 317.  
 — opresión de la l. individual: 141.  
 — ilusiones de l. en el capitalismo: 176.  
*librecambio:*  
 — propagandistas del l.: 103.  
 — librecambistas: 118, 176, 395.  
*lino, industria del:*  
 — número de ocupados: 81, 85.  
 — accidentes en la i. del l. irlandesa: 118.  
*lock-out:* v.t.: cerrada.  
*ludista, movimiento:* 62.  
*Lumpenproletariat:* v.t.: proletariado en harapos.  
*malthusianismo:* 142, 165, 261-262, 279, 350, 355.



- manufactura*: 17, 63, 96, 121, 122, 289, 392, 393, 405.  
 — período manufacturero propiamente dicho: 97, 394, 403, 404.  
 — el artesanado como punto de partida de la m.: 63.  
 — división del trabajo en la m.: 9-11, 13, 53, 121, 122.  
 — la maquinaria en la m.: 13-14.  
 — la m. como fundamento técnico inmediato de la gran industria: 13.  
 — m. moderna: 98-102, 106-115.  
*manufactura de cerillas y fósforos, legislación fabril*: 113.  
*máquina*:  
 — diferencia de la herramienta: 1, 2.  
 — su productividad: 19-22, 35, 36, 196.  
 — su desgaste medio: 18, 19.  
 — el desgaste material es de dos clases: 36.  
 — desgaste moral de la m.: 36, 37, 111, 217.  
 — máquina motora: 3, 5-8, 13-14, 15, 53.  
 — máquina-herramienta: 3-6, 8, 10, 15, 16, 45, 53.  
 — la máquina-herramienta como punto de partida de la revolución industrial: 3.  
 — mecanismo de transmisión: 3, 7, 9, 10, 12, 14, 45.  
*máquina de coser*: 108-110.  
*maquinaria*:  
 — medio para la producción de plusvalía: 1.  
 — funciones diferentes de la m.: en el proceso de trabajo y en el de valorización: 18-21.  
 — límites de su uso en el capitalismo: 24-26.  
 — maquinaria y gran industria: 1-142.  
 — sus elementos: 3-9.  
 — cooperación de muchas máquinas homogéneas: 9, 10.  
 — fabricación de máquinas por máquinas: 15, 16.  
 — la m. aferra constantemente nuevos campos de la producción: 65, 79, 80.  
 — consecuencias de la aplicación capitalista de la maquinaria para el trabajador: 50-81, 291.  
 — consecuencias para el trabajador y su familia: 26-35, 40.  
 — atracción y expulsión de obreros: 82-94, 250.  
 — m. y prolongación de la jornada de trabajo: 35-41.  
 — consecuencias de la m. para la intensidad del trabajo: 41-50.  
 — la m. en el comunismo: 24.  
 — Babbage sobre la m.: 37.  
 — John Stuart Mill sobre la m.: 1.  
 — Petty sobre la m.: 63.  
 — Proudhon sobre la m.: 55.  
 — Ricardo sobre la m.: 19, 24, 25, 40, 64, 72.  
 — Say sobre la m.: 19.  
 — Steuart sobre la m.: 63.  
 — v.t.: automático, sistema.  
*maquinista, sistema*: 9-13, 17.  
*maquinoclastas*: 61-62, 65.  
*materialismo abstractamente científico-natural*: 3.  
*mediador*: 390-391.  
*medio geográfico*: 147-150.  
*mercado*:  
 — constitución del m. interior: 391-395.  
 — v.t.: trabajo, mercado de; mundial, mercado.  
*mercado mundial*: 15-90, 89, 116, 200, 203, 244, 279, 362, 406, 409.  
 — saturación del m.m.: 67, 87.  
*mercantil, producción*: 229.  
*mercantilismo*: 151.  
*metalúrgica, industria*: 99, 112.  
 — número de ocupados: 81.  
*método materialista*: 3.  
*México*: 399.  
*minería*: 99, 100, 135, 192, 214, 246, 420.  
 — número de ocupados en ella: 77-78, 81, 276.  
 — situación de los trabajadores: 312-315.  
 — trabajo de las mujeres: 25, 134, 135.  
 — trabajo de los niños: 25, 132-133.  
 — trabajo en las minas de oro: 397.  
 — Truck-system en las minas inglesas: 313.

- legislación minera: 130, 131-134, 136, 137.  
*moda y trabajo estacional*: 115, 116.  
*molino*:  
 — de agua: 8, 41.  
 — de viento: 5.  
*mortalidad*:  
 — de hijos de obreros: 29-31.  
 — de los impresores y sastres londinenses: 102.  
 — v.t.: hambre, muerte de.  
*muelles de acero, manufactura de*: 96, 97.  
*mujeres, trabajo de las*: 25-27, 30, 31, 35-36, 97, 99, 102-105, 106-109, 121, 127, 134, 135, 139, 165, 183, 184, 340-343.  
*nación*:  
 — n. libre: 260.  
 — n. industriales: 279.  
*natural, economía*: 393.  
*naturaleza*:  
 — n. y hombre: 76, 141, 143, 247.  
 — las fuerzas naturales como fuerza productiva del trabajo: 17-19, 21, 269.  
 — condiciones naturales de la fuerza productiva del trabajo: 147-151.  
*naturaleza, ciencia de la*:  
 — su aplicación: 17, 97, 123.  
*navegación y trabajo estacional*: 115-117.  
*negación de la negación*: 409.  
*niños, trabajo de los*: 25-36, 71, 97-101, 102-106, 108-109, 111-113, 117, 121, 122, 127, 129-134, 139, 165, 288, 339-344, 403-404, 405.  
 — leyes sobre el t. de los n.: 29-30, 32-35.  
*norteamericana, guerra civil*: 26-27, 54, 67, 68, 176, 377, 420.  
*nutrición de los trabajadores, estado de*: 300-304, 325-327.  
*obrero, aristocracia*: 314.  
*obrero, clase*:  
 — c.o. y capital: 40, 42, 209, 224.  
 — su reproducción: 213-215, 223.  
 — v.t.: proletariado; lucha de clases.  
*obrero*: v.t.: trabajador.  
*obrero, ejército o. activo*: 283, 285, 289-291.  
*ocho horas, agitación por la jornada de*: 50.  
*oferta y demanda*: 174, 258, 274, 276-277, 278, 281, 283-288.  
 — ley de la oferta y la demanda: 74, 282-287, 354, 383, 415, 417, 418-419.  
*oligarquía*: 261, 370.  
*opio*: 398, 399.  
 — consumo de o.: 31.  
 — guerra del o.: 397.  
*panadería*: 112.  
 — competición entre los maestros panaderos: 186.  
*papel, fabricación de*: 12.  
*papeles pintados, fabricación de*:  
 — sobretiempo: 183.  
*parcelaria, propiedad*:  
 — en Francia: 339.  
*pasamanería, telar de*: 61, 62.  
*paro*: 64, 72-81, 181-182, 194-196, 215, 259, 278, 286-288, 353.  
 — v.t.: ejército industrial de reserva.  
*pauperismo*: v.t.: pobreza.  
*pauperización*: v.t.: empobrecimiento.  
*penas impuestas a los trabajadores fabriles*: 57-60.  
*pequeño taller*: 128, 138, 407.  
*peste*: 349.  
*plusproducto*: 222, 223, 230.  
*plustrabajo*: 144, 146-150, 167-170, 176, 224.  
 — en el esclavismo: 176, 178.  
 — en el feudalismo: 176, 209-210.  
 — el trabajo asalariado como forma de p.: 176.  
*plusvalía*: 223-233.  
 — p. absoluta: 41, 144, 145, 146.  
 — p. relativa: 39-40, 42, 43, 144, 145.  
 — cuota de p.: 39, 146, 159, 160, 242, 247.  
 — diferentes fórmulas de la cuota de p.: 167-170.  
 — masa de la p.: 39, 242, 252.  
 — factores que determinan la cuota de p.: 155-165.



- conversión de la p. en capital: 221-230.
- división de la p.: 205-206, 233-234, 252, 258.
- los fisiócratas sobre la p.: 170.
- Ricardo sobre la p.: 151, 157-160.
- Smith sobre la p.: 170.
- plusvalía, ley de la:*
- la producción de plusvalía es la ley absoluta del modo de producción capitalista: 263.
- población, ley de la:* 265, 266, 276.
- pobres, asilos de:* 36.
- pobres, ley de:* 65, 89, 320, 328, 367, 368.
- pobreza:* 65, 165, 217, 245, 289-291, 293-294, 298, 299, 303-306, 325, 328, 338, 367, 368, 373, 380.
- v.t.: pobres, asilos de; pobres, ley de; vagabundeo.
- politécnica, formación:* 119-121, 125-126.
- precio (forma precio):* 233, 268.
- p. de mercado: 171-174.
- precios, cambios de los:* 174, 265, 266.
- privada, propiedad:* v.t.: propiedad.
- privado, trabajo:* v.t.: trabajo.
- producción capitalista:*
- su punto de partida: 211, 359-361.
- sus primeros comienzos en los siglos XIV y XV: 361, 362.
- la producción de plusvalía es su finalidad determinante: 144, 259, 263-264, 400.
- producción, costes de:* 174.
- producción, fondo de:* 222.
- producción, formas de:*
- el despliegue de sus contradicciones es el único camino histórico de transformación de una forma de producción: 125.
- formas mixtas intermedias: 112, 145.
- producción, medios de:* 143, 269, 407.
- m. de p. y fuerza productiva del trabajo: 267-268.
- producción, modo de:*
- m. de p. capitalista: 359-361.
- sus limitaciones: 119, 253, 254-255.
- producción, relaciones y circunstancias de:*
- capitalistas: 292.
- producto, valor del:* 167.
- producto-valor:* 160-163, 167, 168, 175.
- proletariado:* 237-238.
- clase realmente revolucionaria: 410.
- enterrador de la burguesía: 410.
- la economía clásica sobre los proletarios: 238.
- v.t.: trabajador; dictadura del proletariado.
- proletariado en harapos:* 289.
- propiedad:*
- p. social, colectiva: 407.
- p. comunal o municipal: 363, 370-374.
- usurpación de la p.c.: 364, 365, 369-374, 379.
- p. privada: 407, 411.
- conversión de la p.p. fruto del trabajo personal en p.p. capitalista: 407-421.
- p. en el comunismo: 409-410.
- proteccionismo:* 203, 204, 395, 397, 402, 403.
- protestantismo:*
- p. y principio de la población: 261.
- puntillas, fabricación de:*
- estado sanitario de los trabajadores: 102.
- moderno trabajo en casa: 103-105.
- escuelas de p.: 105-106.
- truck-sistem: 106.
- sobretiempos: 183.
- legislación fabril: 113, 114.
- transformación de la f. de p.: 111.
- punto, tejidos de:* v.t.: tejidos de punto.
- química:* 11, 97, 124, 248.
- trabajo nocturno en las manufacturas químicas: 99.
- Reforma protestante:* 367-369.
- religión:* 261-263, 266, 359, 390-391.
- historia de la r.: 3.
- renta:* 168, 233, 241, 242, 295-298, 346, 348.
- r. de la tierra: 144, 205, 312, 340, 356, 357-358, 373, 389, 391.

- r. del suelo urbano: 306.
- r. de los trabajadores: 79.
- r. de las familias obreras: 180, 181, 317.
- división de la r. nacional: 227.
- renta, impuesto sobre la:* 346.
- rentas de capital:* 208, 223, 230-234, 247-248.
- rentistas:* 401.
- reproducción:*
- condición de existencia de toda sociedad: 207.
- condiciones de la r. capitalista: 207-219.
- r. simple: 207-219, 222, 223, 227-229, 258.
- r. ampliada: 221-258.
- v.t.: acumulación del capital.
- r. ampliada en las diferentes formaciones económicas de la sociedad: 241.
- reserva, ejército industrial de:* v.t.: ejército industrial de reserva.
- reserva, fondo de:* 166, 208.
- reservas, constitución de:* 231.
- revolución:*
- no se hace por leyes: 396.
- el sistema fabril como punto de partida de la r.: 139.
- revolución socialista:* 125, 138-139, 408-410.
- riqueza:*
- fuentes de toda r.: 142.
- Roma:* 373.
- Rusia:* 201, 369.
- salario:* 171-176, 219, 226-229, 232, 283, 284.
- deducciones y disminuciones: 57-59, 87, 88, 92, 93, 135, 191, 195, 197.
- aparece como precio del trabajo: 171.
- el s. y la duración de la jornada de trabajo: 183-192, 195.
- diferencias nacionales: 199-204, 243, 249, 420.
- aumentos de s.: 258, 264-267.
- sus movimientos generales están regulados por el ejército industrial de reserva: 282-285.
- su regulación real: 384-386.
- s. nominal: 164, 179-181, 200, 320.
- s. real: 179, 200-201, 248.
- s. relativo: 200.
- s. por pieza: 43, 44, 114, 189-198.
- es una transformación del salario por tiempo: 189, 191.
- coexistencia de s. por pieza y s. por tiempo: 195, 196.
- historia del s. por pieza: 195-197.
- sus propiedades características: 91, 195.
- el s. por p. y la productividad del trabajo: 196-198.
- s. por tiempo: 179-187, 193.
- su unidad de medida: 181.
- coexistencia de s. por tiempo y s. por pieza: 189, 190.
- Malthus sobre el s.: 165, 196.
- John Mill sobre el s.: 208.
- John Stuart Mill sobre el s.: 243, 254.
- Smith sobre el s.: 210.
- West sobre el s.: 179-181.
- seda, industria de la:*
- número de ocupados: 81-84, 276.
- trabajo de los niños: 99.
- servidumbre de la gleba:* 324, 362-363.
- su abolición: 361, 362, 368-369.
- como forma de plustrabajo: 176.
- servil, trabajo:* v.t.: trabajo servil.
- Sicilia:* 149.
- sobrepoblación relativa:* 26, 69, 86, 274-287, 291, 292, 308, 350, 351, 354, 415, 420.
- sus distintas formas de existencia: 286-290.
- consecuencia de la aplicación capitalista de maquinaria: 39, 40, 64, 164-165.
- s.r. y ejército industrial: 277-279, 282, 286-287.
- s.r. agrícola: 284, 337-340, 342-343, 350.
- Ricardo sobre la s.r.: 65, 277.
- v.t.: paro; ejército industrial de reserva.
- sobreproducción:* 231, 279, 285.
- sobreestructura:*
- base y s.: 2, 3, 120, 260.
- sobretabajo (sobretiempos):* 100, 114-



- 115, 182, 183, 186, 187, 190, 193, 281.
- socialización del trabajo*: 408-409.
- sociedades por acciones*: 273, 296, 401.
- subempleo*: 181, 182, 194-196.
- Suecia*: 370.
- Suiza*:
- legislación fabril: 139-140.
- sweating-system*: 192.
- Tableau économique*: 233.
- técnica*: 6, 52, 66, 85, 98, 123-124, 248, 249.
- v.t.: máquina; maquinaria.
- tecnología*: 114, 125, 140.
- historia de la t.: 2-3.
- tejares*: v.t.: ladrillería.
- tejidos de punto*: 301-303.
- introducción de maquinaria: 111.
- telar*: 2, 3, 4, 12, 14, 62, 65, 69, 79, 83.
- telegrafía*: 115.
- teología*:
- «pecado original»: 359.
- terrateniente, aristocracia*: 322, 323, 370.
- tiempo de trabajo*: v.t.: trabajo, tiempo de.
- tierra, propiedad de la*: 319-324, 329, 362, 363, 367-369, 374.
- tierra, propietarios de la*: 205, 217, 238-239.
- tierra, renta de la*: v.t.: renta.
- tintes y blanqueos*: 112.
- sobretiempo en los talleres escoceses de t. y b.: 183.
- trabajador*:
- t. libre en dos sentidos: 360.
  - génesis de los trabajadores asalariados: 360, 361, 384, 406-408.
  - t. y división del trabajo: 121, 122, 124, 125.
  - estatutos de los trabajadores: 384-387.
  - generaciones de trabajadores: 287-288.
  - su relación de dependencia: 215, 218-219, 258-263, 415-417.
  - aumento del número de trabajadores asalariados: 26, 27, 258, 260.
- como apéndice de la máquina: 55-57, 140, 291.
  - t. fabril: 50-58, 83, 84.
  - su endeudamiento: 299.
  - ayudantes: 53, 192.
  - trabajadores itinerantes*: 310, 311.
  - trabajo*:
  - inmediatamente socializado: 17.
  - carácter dúplice del t.: 177.
  - como sustancia del valor: 173.
  - el t. mismo no tiene valor: 173, 175.
  - t. vivo: 251.
  - t. pasado (muerto): 251-252.
  - t. productivo: 143, 144, 230-232.
  - t. improductivo: 80, 81, 230-232.
  - t. intelectual y t. manual: 56, 143.
  - trabajo asalariado*: 176, 178, 419.
  - trabajo de las mujeres*: v.t.: mujeres, trabajo de las.
  - trabajo, división del*:
  - social: 79, 122, 124.
  - en la manufactura: 9-11, 13, 53, 121, 122.
  - en la fábrica: 10, 11, 17, 52-55, 121.
  - en el taller: 63.
  - internacional: 86.
  - hace disminuir el valor de la fuerza de trabajo: 64.
  - trabajo intelectual y trabajo manual: 56, 143.
  - trabajo, casas de*: v.t.: workhouses.
  - trabajo en casa*: 68, 126, 127, 128, 246, 351, 379, 393-395.
  - t.e.c. moderno: 97-110, 115, 138-139, 145, 192, 289.
  - trabajo estacional*: 115-117.
  - trabajo, fondo de*: 209, 210, 258.
  - el llamado f. de t.: 252-255.
  - trabajo, fuerza de*:
  - su valor de uso: 226.
  - condiciones de su compraventa: 29, 262-264.
  - v.t.: trabajo, mercado de.
  - valor de la f. de t.: 27, 156-164, 174-178, 181, 182.
  - determinación de ese valor: 155.
  - límite mínimo del valor de la f. de t.: 159.
  - precio de la fuerza de trabajo: 155, 159-163, 175-178.

- pago de la f. de t. por debajo de su valor: 242.
  - v.t.: salario.
  - reproducción de la f. de t.: 27, 155, 157, 158, 171, 183, 185, 258.
  - duración de la f. de t.: 288.
  - desgaste de la f. de t.: 161, 163.
  - trabajo, instrumentos de*:
  - revolución de los i. de t.: 123, 124.
  - v.t.: trabajo, medios de.
  - trabajo, intensidad del*: 41-50, 160, 161, 164, 165, 191, 192.
  - grado normal de la i. del t.: 146.
  - i. media del t.: 199, 200, 203.
  - diferencias nacionales de la i. del t.: 161, 200, 203.
  - trabajo, medios de*: 55-57, 143, 246.
  - desgaste físico de los m. de t.: 18, 19, 36.
  - trabajo, mercado de*: 27-29, 173, 185, 192, 215, 258, 274, 275, 276-278, 281-288, 415, 416, 419-421.
  - efecto de la maquinaria en el m. de t.: 29.
  - trabajo nocturno*: 99, 115.
  - trabajo, objeto del*: 143, 246.
  - trabajo, proceso de*: 143.
  - trabajo, productividad del*: 17, 18, 146, 164, 165, 199-203, 242, 243, 248-250, 271, 277.
  - la p. del t. y el valor de la fuerza de trabajo: 156-161, 196.
  - fuerza productiva del trabajo social: 98, 147, 251, 269, 412.
  - la productividad social del trabajo como fuerza productiva del capital: 17, 150-151.
  - aumento de la p. del t.: 39.
  - la p. del t. y la magnitud de la plusvalía: 156-161, 164.
  - métodos para elevar la productividad social del trabajo: 291.
  - productividad decreciente del trabajo: 164-165.
  - la p. del t. y la maquinaria: 18, 19, 21-23, 35, 36.
  - la p. del t. es un factor importante de la acumulación del capital: 247-250, 267-270.
- trabajo servil*: 176, 209-210, 378-379.
- trabajo, tiempo de*: 191.
- t. de t. necesario: 144, 150, 165-166.
  - tiempo de plustrabajo: 186.
- Trade Unions*: 193, 201, 286.
- su reconocimiento legal: 387.
- transporte, industria del*:
- i. del t. y mercado mundial: 80.
  - v.t.: comunicación, medios de.
- trapos, comercio de*: 99.
- trenzado de mimbres, etc.*:
- moderno trabajo en casa: 102, 104, 105.
  - escuelas de t.: 105.
- tribunales ingleses*: 58, 59, 383, 387.
- tributos*: 241.
- trigo, leyes del*: 357-358.
- abrogación de las l. del t.: 89, 94, 321-323.
- Truck, sistema*: 106, 313.
- turnos, sistema de*: 54.
- Turquía*: 395.
- usurario, capital*: 145, 235, 396.
- Lutero sobre el c.u.: 235.
- vagabundeo, leyes contra el*: 380-383.
- valor*: 171.
- Ricardo sobre el v.: 171, 250.
  - Say sobre el v.: 173.
- valor, ley del*: 161, 172, 173, 200.
- aplicación de la l. del v. a jornadas de trabajo de diferentes países: 161, 200.
- valor, magnitud de*: 171.
- valorización, proceso de*: 64, 170.
- la maquinaria en el p. de v.: 18.
- vapor, máquina de*: 3, 5-8, 12, 13, 15, 16, 22, 23, 45, 47, 66, 111, 121, 251, 404.
- violencia*:
- papel en la historia: 360.
  - como tendencia económica: 397.
  - v. directa, extraeconómica: 383.
  - v. estatal: 384-385, 397.
- vidriería*: 69.
- legislación fabril: 129, 130.
- vivienda, condiciones de la*: 100-101,



- 219, 300.  
 — de los obreros urbanos: 303-310, 306.  
 — en distritos mineros: 312-314.  
 — en el campo: 327-339, 352-353.
- workhouses*: 29, 244, 246, 300, 301, 306, 315, 316, 325, 404.  
*Yeomanry*: 366, 368, 369.

## INDICE DE NOMBRES

- Addington, Stephen* (1729-1796): teólogo inglés: 372.  
*Aikin, John* (1747-1822): médico, historiador y publicista radical inglés: 236, 237, 396, 404, 405.  
*Ana Estuardo* (1665-1714): reina de Inglaterra (1702-1714) bajo cuyo reinado ocurrió la unión de Inglaterra y Escocia (1707): 383.  
*Anderson, Adam* (1692-1765): economista escocés, autor de una obra sobre historia del comercio: 391, 405.  
*Anderson, James* (1739-1808): economista escocés considerado precursor de Ricardo en la teoría de la renta: 142, 200, 201, 263, 372, 375, 391.  
*Antípatro de Tesalónica* (apr. siglo I a.C.): poeta griego: 41.  
*Apiano de Alejandría* (finales del siglo I apr. 170): historiador romano: 373.  
*Arbuthnot, John*: granjero inglés, autor de una obra, aparecida anónimamente en 1773, sobre la relación entre los precios de los víveres y la dimensión de las fincas en arriendo: 369, 373.  
*Aristóteles* (384-322 a.C.): 40.  
*Arkwright, Sir Richard* (1732-1792): empresario inglés, inventor y constructor de varias máquinas de hilar: 7, 13, 57, 62, 125.  
*Arrivabene, Jean* (Giovanni), comte de (el joven) (1787-1881): exiliado político italiano, iniciador del congreso económico de Bruselas de 1847; traductor de obras económicas al francés: 239.  
*Ashley, Lord, v.:* Shaftesbury, Anthony Ashley Cooper, Earl of.  
*Ashworth, Henry* (1794-1880): fabricante algodonero inglés, partidario de Cobden y cofundador de la Liga contra las leyes del trigo: 38.  
*Augier, Marie*: periodista francés, autor de trabajos sobre problemas económicos: 406, 407.  
*Babbage, Charles* (1792-1871): matemático, mecánico y economista inglés: 6, 23, 37.  
*Bacon, Francis*, Viscount of Saint Albans and Baron of Verulam (1561-1626): estadista, filósofo, científico e historiador inglés: 21, 22, 365, 366.  
*Bailey, Samuel* (1791-1870): filósofo y economista inglés, representante de lo que Marx llama economía vulgar, crítico de la teoría ricardiana del valor-trabajo: 171, 254.  
*Baker, Robert*: inspector fabril inglés, activo en los años cincuenta y sesenta del siglo XIX: 32, 59, 83, 355.  
*Ballard, Edward* (1820-1897): médico inglés, funcionario de sanidad en Londres: 105.  
*Balzac, Honoré de* (1799-1850): novelista francés: 231.  
*Bankes, George* (1788-1856): jurista y político tory inglés, miembro del parlamento: 325.  
*Barbon, Nicholas* (1640-1698): economista inglés; sostuvo la tesis de que el valor de una mercancía depende de su utilidad; también la teoría nominalista del dinero: 262.  
*Barton, John* (finales del siglo XVIII - principios del XIX): economista clásico inglés: 276, 277, 320.  
*Basedow, Johann Bernard* (1724-1790): pedagogo ilustrado y nacionalista alemán: 126.  
*Bastiat, Frédéric* (1801-1850): economista francés característico de la que Marx llama economía vulgar: destacado sostenedor de la tesis de que en la sociedad capitalista reina armonía entre los intereses de las varias clases: 41, 204.



- Baynes, John*: miembro del Ayuntamiento de Blackburn; autor de dos estudios sobre el comercio del algodón (1857): 20, 22.
- Bedford*: familia aristocrática inglesa: 370.
- Beecher-Stowe, Harriet Elizabeth* (1811-1896): escritora norteamericana, autora de *La cabaña del Tío Tom*, trabajó por la emancipación de los esclavos norteamericanos: 377.
- Bell, Sir Charles* (1774-1842): cirujano y fisiólogo escocés: 310.
- Bellers, John* (1654-1725): economista inglés, autor de obras de reforma social, afirmador del principio «el que no trabaje no debe comer»: 61, 116, 125, 259.
- Bentham, Jeremy* (1748-1832): sociólogo inglés, teórico del utilitarismo: 253-255.
- Biese, Franz* (1803-1895): pedagogo y filósofo, autor de una obra sobre la filosofía de Aristóteles: 40.
- Blakey, Robert* (1795-1878): filósofo inglés: 368.
- Boileau, Étienne* (1200-1269): corregidor real de París, autor del *Livre des Métiers* (Libro de los Oficios), en el que reunió disposiciones legales y reglamentos de la artesanía francesa: 123.
- Boileau-Despréaux, Nicolas* (1636-1711): poeta francés, crítico literario y teórico de la literatura: 299.
- Bolingbroke, Henry Saint-John, Viscount* (1678-1751): estadista británico, dirigente de los torios; filósofo deísta: 401.
- Boulton, Matthew* (1728-1809): fabricante e ingeniero inglés: 8, 20.
- Boxhorn, Marcus Zuerius* (1612-1653): historiador y folólogo holandés: 61.
- Bright, John* (1811-1889): fabricante inglés, político liberal, librecambista, cofundador de la Liga contra la ley del trigo, dirigente del ala izquierda del partido liberal desde comienzos de los años sesenta del siglo XIX; varias veces ministro en gabinetes liberales: 197-198, 296, 324, 395.
- Brougham, Henry Peter* (Lord Brougham and Vaux) (1778-1868): jurista, escritor y estadista inglés, miembro del parlamento, dirigente de los whigs en los años veinte y treinta del siglo XIX, Lord Canciller en 1830-1834: 406.
- Bruckner, John* (1726-1804): clérigo protestante inglés autor de obras filosóficas: 262.
- Buchanan, David* (1779-1848): publicista y economista inglés, discípulo y comentarista de Adam Smith: 199, 376.
- Buchez, Philippe - Joseph - Benjamin* (1796-1865): político e historiador francés republicano, ideólogo del socialismo cristiano, discípulo de Saint-Simon; editó con P.-C. Roux-Lavergne la colección de fuentes *Histoire parlementaire de la révolution française*: 388.
- Burke, Edmund* (1729-1797), publicista y político inglés, autor de algunos trabajos sobre cuestiones económicas; primero whig y luego tory, miembro del parlamento; al principio de tendencia liberal, luego reaccionario y uno de los más enconados enemigos de la Revolución Francesa: 370, 406.
- Byles, Sir John Barnard* (1801-1884): jurista inglés, miembro del Consejo Privado, tory; autor de algunas obras jurídicas y económicas: 385.
- Cantillon, Philip*: economista inglés; preparó y publicó la edición inglesa de la obra de Richard Cantillon *Essai sur la nature du commerce en général...*: 194.
- Cantillon, Richard* (1680-1734): economista y comerciante inglés: 194, 262.
- Carey, Henry Charles* (1793-1879): autor norteamericano de economía vulgar (Marx); proteccionista; afirma la armonía entre las clases de la sociedad burguesa: 169, 203-204, 377, 395.

- Carlomagno* (apr. 742-814): rey de los francos (768-800) y emperador romano (800-814): 373.
- Carlos I* (1600-1649), rey de Inglaterra (1625-1649): ejecutado durante la revolución burguesa inglesa: 366, 367.
- Carlos V* (1500-1558): emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico (1519-1556) y rey de España bajo el nombre de Carlos I (1506-1556): 383.
- Carlos VI* (1685-1740): emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico (1711-1740): 61.
- Carlos X* (1622-1660): rey de Suecia (1654-1660): 370.
- Carlos XI* (1655-1697): rey de Suecia (1660-1697): 370.
- Castlereagh, Henry Robert Stewart, Lord* (desde 1821) Marquess of Londonderry, Viscount (1769-1822): estadista tory británico, ministro de la guerra y las colonias (1805-1806, 1807-1809), ministro de Asuntos Exteriores (1812-1822): 62.
- Catalina II* (1729-1796): zarina de Rusia (1762-1796): 329.
- Cazenove, John*: economista inglés, partidario de Malthus: 159, 209, 221, 239.
- Cicerón* (Marcus Tullius Cicero) (106-43 a.C.): estadista romano, escritor, orador y filósofo: 41.
- Claussen, Pieter*: inventor belga, constructor del telar circular: 2.
- Cobbett, William* (1762-1835): político y publicista inglés de origen campesino; representante destacado del radicalismo pequeñoburgués; trabajó por la democratización política de Inglaterra: 367, 400, 402.
- Cobden, Richard* (1804-1865): fabricante en Manchester, liberal, librecambista, cofundador de la Liga contra la ley del trigo, miembro del parlamento: 324.
- Colbert, Jean-Baptiste*, marqués de Seignelay (1619-1683): estadista francés, supervisor general de la Hacienda bajo Luis XIV; entre 1665 y 1683 dirigió de hecho la política interior y exterior de Francia: 403.
- Colins, Jean-Guillaume-César-Alexandre-Hippolyte* (1783-1859): economista francés de origen belga; partidario de que el Estado perciba la renta de la tierra, creyendo que ése era el medio para resolver todas las contradicciones del sistema capitalista: 259, 339, 419.
- Comte, François-Charles-Louis* (1782-1837): publicista y economista liberal francés: 397.
- Condorcet, Marie-Jean-Antoine-Nicolas-Caritat*, marqués de (1743-1794): sociólogo ilustrado francés; durante la Revolución Francesa se adhirió a los girondinos; el motor del progreso histórico es para él el constante perfeccionamiento de la razón humana: 261.
- Corbet, Thomas* (siglo XIX): economista inglés partidario de Ricardo: 231.
- Corbon, Claude-Anthime* (1808-1891): obrero francés, luego diputado republicano: 125.
- Courcelle-Seneuil, Jean-Gustave* (1813-1892): economista y comerciante francés: 240.
- Cromwell, Oliver* (1599-1658): estadista inglés, dirigente de la burguesía y de la nobleza aburguesada durante la revolución inglesa del siglo XVII; de 1653 a 1658 Lord Protector (jefe de Estado) de Inglaterra, Escocia e Irlanda: 366, 368, 394.
- Custodi, Pietro* (1771-1842): economista italiano, editor de las obras principales de los economistas de Italia: 292.
- Cuvier, Georges-Léopold-Chrétien-Frédéric-Dagobert*, barón de (1769-1832): naturalista, zoólogo y paleontólogo francés que llevó la anatomía comparada al rango de ciencia: 149.
- Chalmers, Thomas* (1780-1847): teólogo y economista escocés, malthusiano: 262, 263.
- Chamberlain, Joseph* (1836-1914): esta-



- dista británico, alcalde de Birmingham en 1873-1875, varias veces ministro; uno de los principales promotores de la guerra contra la república de los boers; ideólogo del imperialismo británico: 288.
- Charles Edward Louis Philip Casimir Estuardo* (1720-1788): pretendiente al trono de Inglaterra: 375.
- Cherbuliez, Antoine-Élisée* (1797-1869): economista suizo seguidor de Sismondi, cuyas teorías combinó con elementos de la doctrina de Ricardo: 226.
- Child, Sir Josiah* (1630-1699): comerciante y economista inglés, mercantilista: 406.
- Darwin, Charles Robert* (1809-1882): naturalista inglés: 2.
- De Cous, Salomon* (1576-1626): arquitecto e ingeniero francés: 7.
- DeJoe, Daniel* (apr. 1661-1731): escritor y publicista inglés, escribió sobre cuestiones de economía, política, historia y religión. Autor de la novela *Robinson Crusoe*: 261.
- De Quincey, Thomas* (1785-1859): escritor y economista inglés, comentarista de Ricardo: 27.
- Derby, Edward George Geoffrey Smith Stanley* (desde 1851) Earl of (1799-1869): estadista británico, whig hasta 1835, luego dirigente de los tories, luego del partido conservador; primer ministro (1852, 1858-1859 y 1866-1868): 91.
- Descartes (Cartesius, Cartesio), René* (1596-1650): filósofo, matemático y naturalista francés: 21-22.
- Destutt de Tracy, Antoine-Louis-Claude*, conde de (1754-1836): economista y filósofo francés: 294.
- Diodoro de Sicilia* (Diodoro Sículo) (apr. 80-29 a.C.): historiador griego: 148.
- Doubleday, Thomas* (1790-1870): publicista y economista inglés, contrincante de Malthus: 402-403.
- Ducpétiaux, Édouard* (1804-1868): pu-
- blicista, estadístico y filántropo belga, inspector general de cárceles e instituciones de beneficencia: 317, 318.
- Dufferin and Ava, Frederick Temple Hamilton-Temple-Blackwood*, Marqués de (1826-1902): estadista y diplomático británico, liberal; terrateniente en Irlanda, gobernador general del Canadá (1827-1878), virrey de la India (1884-1888): 355, 356.
- Duffy, Charles Gavan* (1816-1903): político y publicista irlandés, dirigente de la organización Joven Irlanda y fundador de la Liga para la protección de los derechos de los arrendatarios rurales; miembro del parlamento; en 1855 emigró a Australia, donde ocupó una serie de cargos oficiales: 420.
- Dupont, Pierre* (1821-1870): poeta francés cuyas composiciones eran muy gustadas por los obreros: 339.
- Eden, Sir Frederic Morton* (1766-1809): economista inglés, discípulo de Adam Smith: 244, 260-262, 320, 371, 373, 374, 403, 406.
- Eduardo III* (1312-1377): rey de Inglaterra (1327-1377): 384.
- Eduardo VI* (1537-1553): rey de Inglaterra (1547-1553): 381.
- Emery, Charles Edward* (nacido en 1838): inventor norteamericano: 14.
- Engels, Friedrich* (1820-1895): 30, 79, 299.
- Enrique VII* (1457-1509): rey de Inglaterra (1485-1509): 365, 366, 380.
- Enrique VIII* (1491-1547): rey de Inglaterra (1509-1547): 365, 380, 381, 382.
- Ensor, George* (1769-1843): publicista inglés contrario a Malthus: 376.
- Estuardo*, dinastía real escocesa (1371-1714) e inglesa (1603-1649 y 1660-1714): 369.
- Everet*: inventor inglés del siglo XVIII: 62.
- Fairbairn, Sir William* (1789-1874): fa-

- bricante, ingeniero e inventor inglés: 70.
- Faucher, Julius* (1820-1878): economista «vulgar» (Marx) y escritor. Marx forma con su nombre los verbos sarcásticos «vorfauchen» (más o menos: «fauchear») y «lügenfauchen» (apr. «mentir como Faucher»): 103.
- Faulhaber, Johann* (1580-1635): matemático e ingeniero alemán: 7.
- Fawcett, Henry* (1833-1884): economista inglés, discípulo de John Stuart Mill: whig: 197, 255, 299, 395.
- Ferrand, William Bushfield*: terrateniente inglés, miembro del parlamento, tory: 49, 215.
- Fielden, John* (1784-1859): fabricante y filántropo inglés, partidario de la legislación fabril: 36, 45, 404-405.
- Fletcher, Andrew* (1655-1716): político y terrateniente escocés, miembro del parlamento escocés; partidario de la independencia de Escocia: 368.
- Forster, Nathaniel* (apr. 1726-1790): clérigo inglés, autor de algunos trabajos sobre cuestiones económicas; defensor de los trabajadores: 61, 148, 371, 372.
- Forster, William Edward* (1818-1886): fabricante y político liberal inglés, miembro del parlamento: 309-310.
- Fortescue, Sir John* (apr. 1394-1476): jurista inglés: escribió sobre la constitución del estado inglés: 363, 364.
- Fourier, François-Marie-Charles* (1772-1837): 15, 60, 239, 341, 342.
- Franklin, Benjamin* (1706-1790): estadista, científico, y economista norteamericano; combatió por la independencia, y se encuentra entre los redactores y firmantes de la declaración de independencia de los Estados Unidos: 261, 262.
- Freytag, Gustav* (1816-1895): escritor y periodista alemán: 386.
- Federico II* (1712-1786): rey de Prusia (1740-1786): 378, 392.
- Fulton, Robert* (1765-1815): ingeniero e inventor norteamericano; constru-
- yó en 1803 el primer barco de vapor utilizable: 125.
- Galiani, Ferdinando* (1728-1787): economista italiano contrario a los fisiócratas: 289.
- Genilh, Charles* (1758-1836): político y economista francés continuador de los mercantilistas: 82.
- Garnier, Germain*, conde de (1754-1821): economista y político monárquico francés, seguidor de los fisiócratas; tradujo y comentó a Adam Smith: 191.
- Gaskell, Peter* (1.ª mitad del siglo XIX): médico y publicista liberal inglés: 69, 70, 79.
- Geoffroy Saint-Hilaire, Étienne* (1772-1844): zoólogo francés, precursor de Darwin por lo que hace a la teoría de la evolución: 391.
- Gillot, Joseph* (1799-1873): fabricante de muelles de acero en Birmingham: 197.
- Gisborne, Thomas* (1758-1846): teólogo inglés autor de obras sobre problemas de la moral cristiana: 404.
- Gladstone, William Ewart* (1809-1898): estadista inglés; primero tory, luego partidario de Peel; en la segunda mitad del siglo XIX dirigente del partido liberal: canciller del tesoro (1852-1855 y 1859-1866) y primer ministro (1868-1874, 1880-1885, 1886, 1892-1894): 87, 298-300, 387.
- Greenhow, Edward Headlam* (1814-1888): médico e higienista social inglés: 50.
- Gregoir, H.*: secretario de la Unión de los trabajadores impresores de Bruselas: 195.
- Grey, Sir George* (1799-1882): estadista británico, whig; ministro del interior (1846-1852, 1855-1858, 1861-1866), ministro de colonias (1854-1855): 311.
- Grove, Sir William Robert* (1811-1896): físico y jurista inglés: 163.
- Guillermo III de Orange* (1650-1702): gobernador hereditario de los Países



- Bajos (1672-1702); rey de Inglaterra 1689-1702): 369.
- Gülich, Gustav von* (1791-1847): economista alemán, comerciante, agricultor, inventor, historiador de la economía, cabeza de una escuela proteccionista que defendió el trabajo manual contra el trabajo maquinista: 400.
- Haller, Carl Ludwig von* (1768-1854): historiador y politicólogo suizo, apologeta de la servidumbre y del absolutismo: 21.
- Hamilton, Sir William* (1788-1856): filósofo escocés, editor de las obras de Dugald Stewart: 123.
- Hamm, Wilhelm von* (1820-1880): agrónomo, autor de trabajos sobre cuestiones agrícolas: 140.
- Harrison, William* (1534-1593): clérigo inglés, autor de algunas obras importantes como fuentes para el estudio de la historia de Inglaterra en el siglo XVI: 364, 389.
- Hastings, Warren* (1732-1818): político inglés, primer gobernador general de las Indias Británicas (1774-1785) y, al mismo tiempo, funcionario de la Compañía de las Indias Orientales. Juzgado en 1788 por abuso de su autoridad, pero absuelto y recompensado por la Compañía: 398.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich* (1770-1831): 230.
- Heine, Heinrich* (1797-1856): poeta alemán: 253.
- Helvétius, Claude-Adrien* (1715-1771): filósofo francés: 253.
- Herodes el Grande* (apr. 64-4 a.C.): 36.
- Hobbes, Thomas* (1588-1679): filósofo inglés: 262.
- Hodgskin, Thomas* (1787-1869): economista y publicista inglés que representó un punto de vista proletario frente a la economía política clásica: 173, 215, 396.
- Holinshed, Raphael* (muerto apr. 1580): historiador inglés, autor de una crónica de Inglaterra, Escocia e Irlanda: 364, 382.
- Horne, George* (1730-1792): obispo de Norwich, autor de varios folletos contra Newton, Hume, Adam Smith y otros: 263.
- Horner, Francis* (1778-1817): economista y político inglés, miembro del parlamento, whig; partidario de la teoría del dinero de Ricardo: 405.
- Horner, Leonard* (1785-1864): geólogo e inspector fabril inglés (1833-1856) que defendió a los trabajadores: 32, 33, 46, 47, 60, 190.
- Houghton, John* (muerto en 1705): comerciante inglés, autor de algunas obras sobre cuestiones del comercio, la industria y la agricultura: 61.
- Howitt, William* (1792-1879): escritor inglés: 397.
- Hume, David* (1711-1776): filósofo escocés; amigo y consejero de Adam Smith; como economista sostuvo una teoría cuantitativa del dinero y se mantuvo en posiciones mercantilistas, pero en el terreno de la política económica defendió el librecambismo: 150, 194, 262, 263.
- Hunter, Henri Julian*: médico inglés: 31, 305, 307-309, 313, 314, 324, 328, 329-333, 339, 366.
- Hutton, Charles* (1737-1823): matemático inglés: 2.
- Huxley, Thomas Henry* (1825-1895): naturalista inglés, colaborador de Darwin y difusor de su doctrina: 119.
- Isabel I* (1533-1603): reina de Inglaterra (1558-1603): 367, 382, 385, 386.
- Jacobo I* (1566-1625): rey de Inglaterra e Irlanda (1603-1625), rey de Escocia con el nombre de Jacobo I (1567-1625): 367, 383, 385.
- Jones, Richard* (1790-1855): economista inglés: 210, 230, 241, 277.
- Juan II* (1319-1364): rey de Francia (1350-1364): 384.

- Kennet, White* (1660-1728): obispo e historiador inglés: 366.
- Kent, Nathaniel* (1737-1810): agrónomo inglés, autor de algunas obras sobre economía agrícola: 372.
- Kincaid, Sir John* (1787-1862): funcionario inglés, desde 1850 inspector fabril y de cárceles en Escocia: 33, 34.
- Kirchmann, Julius Hermann von* (1802-1884): jurista, publicista y filósofo alemán; liberal; en 1848 diputado a la Asamblea Nacional prusiana, y en 1849 a la segunda cámara: luego pasó al progresismo: 168.
- Krupp, Alfred* (1812-1887): gran industrial, fabricante de acero y armas: 22.
- Laborde, Alexandre-Louis-Joseph*, marqués de (1774-1842): arqueólogo francés, político liberal y economista: 169.
- Laing, Samuel* (1810-1897): político y publicista inglés, miembro del parlamento, liberal; desempeñó varios altos cargos de sociedades ferroviarias inglesas: 289, 304, 321.
- Lancellotti, Secondo* (1575-1643): clérigo, arqueólogo e historiador italiano: 61.
- Lavergne, Louis-Gabriel-Léonce-Guilhaud de* (1809-1880): político y economista francés: 140, 168, 169, 358.
- Law, John of Lauriston* (1671-1729): economista y financiero inglés, inspector general de hacienda en Francia (1719-1720); célebre por sus especulaciones en la misión de papel moneda, cuya bancarrota en 1720 puso en dificultades toda la economía francesa: 262.
- Le Chapelier, Isaac-René-Guy* (1754-1794): político francés inspirador de la primera ley contra las asociaciones obreras, votada por la Asamblea Nacional el 14 de junio de 1791; ejecutado durante la dictadura jacobina por conspiración: 388.
- Levi, Leone* (1821-1888), economista, estadístico y jurista inglés: 761.
- Licinio* (Gajus Licinius Stolo) (1.ª mitad del siglo IV a.C.): estadista romano: 373.
- Licurgo*: legendario legislador de Esparta que según la tradición vivió en los siglos IX y VIII a.C.: 57.
- Lichnowski, Felix Maria*, príncipe de (1814-1848): terrateniente silesio y oficial prusiano; miembro en 1848 del ala derecha de la Asamblea Nacional de Frankfurt; muerto en esta ciudad durante la rebelión de septiembre: 234.
- Liebig, Justus, Freiherr von* (1803-1873): químico alemán que revolucionó la química orgánica, puso las bases de la bioquímica y desarrolló las aplicaciones de la química a la agricultura: 18, 142, 214.
- Linguet, Simon-Nicolas-Henri* (1736-1794): abogado, publicista, historiador y economista francés contrario a los fisiócratas; crítico de las relaciones de propiedad capitalistas y del orden político burgués: 260, 384.
- Locke, John* (1632-1704): filósofo y economista inglés: 22, 262.
- Luciano* (apr. 120- apr. 180): satírico griego: 263.
- Luis XVI* (1754-1793), rey de Francia (1774-1793): ejecutado durante la dictadura jacobina: 383.
- Lutero, Martin* (1843-1546): el reformador alemán: 235, 399.
- Macaulay, Thomas Babington* (1800-1859): historiador y político inglés, whig, miembro del parlamento: 362, 368.
- MacCulloch, John Ramsay* (1789-1864): economista escocés: 41, 72-73, 76, 157-158, 252, 254, 372.
- Malthus, Thomas Robert* (1776-1834): clérigo y economista inglés: 142, 165, 196, 209, 221, 230, 231, 238, 241, 251, 254, 261, 262, 279, 280, 293, 350, 355.



- Mandeville, Bernard de* (1670-1733): escritor, médico y economista inglés: 259, 260, 262.
- Martineau, Harriet* (1802-1876), escritora inglesa que propagó el malthusianismo: 280.
- Marx, Karl* (1818-1883): 152, 168-169, 274.
- Massie, Joseph* (muerto en 1784): economista inglés: 150.
- Maudslay, Henry* (1771-1831): fabricante, ingeniero e inventor inglés: 15.
- Merivale, Herman* (1806-1874): economista y estadista liberal inglés; escribió sobre la colonización: 279, 417.
- Meyer, Rudolf Hermann* (1839-1899): economista, enemigo de Bismarck: 168, 169.
- Mill, James* (1773-1836): economista y filósofo inglés: 72-73, 142, 208, 212, 214, 254.
- Mill, John Stuart* (1806-1873): filósofo y economista inglés, hijo de James Mill: 1, 72-73, 142, 151-153, 232, 239, 243, 254, 395.
- Mirabeau, Honoré-Gabriel-Victor Riquetti*, conde de (1749-1791): político de la revolución francesa: 14, 363, 378, 379, 393, 403.
- Mirabeau, Victor Riquetti*, marqués de (1715-1769): economista francés, fisiócrata, padre del anterior: 262, 403.
- Moliari, Gustave de* (1819-1912): economista belga, librecambista: 55-56, 240, 417.
- Montalembert, Charles Forbes de Tryon*, conde de (1810-1870): político y publicista francés, diputado a las asambleas constituyente y legislativa de la II República, monárquico orleanista y cabeza del partido católico: 106.
- Monteil, Amans-Alexis* (1769-1850): historiador francés: 390-391.
- Montesquieu, Charles de Secondat*, barón de La Brède y de (1689-1755): escritor, economista y sociólogo ilustrado francés, teórico de la monarquía constitucional y de la división de poderes; sostuvo la teoría cuantitativa del dinero: 260, 401.
- Moro (Morus), Sir Thomas* (1478-1535): político inglés, lord canceller, autor de una utopía («Utopía»), ejecutado por la Corona: 262, 364, 365, 382.
- Morton, John Chalmers* (1821-1888): agrónomo inglés: 7, 193.
- Mun, John*: hijo de Thomas Mun y editor de sus obras: 148.
- Mun, Thomas* (1571-1641): comerciante y economista inglés, mercantilista: desde 1615 fue uno de los directores de la Compañía de las Indias Orientales: 148.
- Murphy, John Nicolas*, publicista inglés: 351.
- Nasmyth, James* (1808-1890): ingeniero inglés, inventor del martillo de vapor: 17, 47, 70.
- Newman, Francis William* (1805-1897): filólogo y publicista inglés, autor de obras de tema religioso, político y económico: 369-370, 375.
- North, Sir Dudley* (1641-1691): economista inglés, uno de los primeros formuladores de conceptos de la economía política clásica: 22, 262.
- Orkney, Elizabeth Villiers, Lady* (1657-1733): amante de Guillermo de Orange: 369.
- Ortes, Giammaria* (1713-1790): monje veneciano, escritor de temas de economía: 262, 292.
- Owen, Robert* (1771-1858): el socialista utópico inglés: 35, 121, 139, 189, 239.
- Palmerston, Henry John Temple, Viscount* (1784-1865): estadista inglés, primero tory, desde 1830 whig de derecha; secretario de estado de la guerra (1809-1828), ministro de asuntos exteriores (1830-1834, 1835-1841, 1846-1851), ministro del interior (1852-1855), primer ministro (1855-1858 y 1859-1865): 91.
- Parisot, Jacques-Théodore* (nacido en

- 1783): traductor al francés de los *Elements of political economy* de James Mill: 208.
- Parry, Charles Henry* (1779-1860): médico inglés: 244, 321.
- Pecqueur, Constantin* (1801-1887): economista y socialista utópico francés: 259, 408.
- Peel, Sir Robert* (1750-1830): fabricante algodonero inglés, miembro tory del parlamento; padre del primer ministro Sir Robert Peel: 404-405.
- Peel, Sir Robert* (1788-1850): estadista británico, dirigente de los tories moderados, llamados precisamente «peelistas»; ministro del interior (1822-1827 y 1828-1830), primer ministro (1834-1835 y 1841-1846), abolió las leyes del trigo con la ayuda de los liberales en 1846: 420.
- Petty, Sir William* (1626-1687): el estadístico y economista inglés al que Marx considera fundador de la economía política moderna: 63, 194, 262-263.
- Pilato, Poncio* (muerto apr. el año 37): procurador romano de Judea (26-36): 232.
- Píndaro* (apr. 522-442 a.C.): lírico griego: 51, 299, 405.
- Pitt, William* (el joven) (1759-1806): estadista británico, tory; primer ministro (1783-1801 y 1804-1806): 386.
- Potter, Alonzo* (1800-1865): obispo norteamericano, editor de las obras económicas de Scrope: 240.
- Potter, Edmund*: fabricante y político inglés, librecambista: 215-218.
- Price, Richard* (1723-1791): publicista radical, economista y filósofo moral inglés: 320, 372, 373.
- Proudhon, Pierre Joseph* (1809-1865): publicista, sociólogo y economista francés; es una de las fuentes del pensamiento anarquista: 55-56, 150, 173, 229.
- Pusey, Philipp* (1799-1855): político inglés tory; terrateniente: 323.
- Quesnay, François* (1694-1774): el economista y médico francés fundador de la escuela fisiocrática: 194, 262.
- Quincey, Thomas* (v.: *De Quincey, Thomas*).
- Raffles, Sir Thomas Stamford* (1781-1826): funcionario colonial inglés, gobernador de Java (1811-1816): 398.
- Ramsay, Sir George* (1800-1871): economista inglés: 146, 208, 277.
- Ravenstone, Piercy* (muerto en 1830): economista inglés, seguidor de Ricardo y opuesto a Malthus: 63, 146.
- Redgrave, Alexandre*: inspector fabril inglés: 8, 28, 34-35, 50, 68, 83, 91, 92, 93, 184, 201, 202.
- Ricardo, David* (1772-1823): el economista inglés: 19, 24, 25, 40, 64, 65-66, 72, 142, 151, 157-160, 165, 168, 171, 203, 214, 231, 232, 238, 239, 242, 250, 251, 259, 277, 405.
- Roberts, Sir George* (muerto en 1860): historiador inglés, escribió sobre la historia de los condados meridionales de Inglaterra: 367.
- Rodbertus (-Jagetzow), Johann Karl* (1805-1875): terrateniente prusiano, economista, teórico del «socialismo de estado» de los Junker prusianos: 168, 169.
- Rogers, James Edwin Thorold* (1823-1890): economista e historiador de la economía inglesa: 319, 324, 368, 395.
- Roscher, Wilhelm Georg Friedrich* (1817-1894): autor de lo que Marx llama economía vulgar; fundador de la primera escuela histórica de economía política: 259.
- Rossi, Pellegrino Luigi Edoardo*, conde de (1787-1848): jurista, político y economista italiano que vivió mucho tiempo en Francia: 213.
- Rousseau, Jean-Jacques* (1712-1778): 392.
- Roux-Lavergne, Pierre-Célestin* (1802-1874): historiador y filósofo francés; editor, junto con P.-J.-B. Buchez, de la colección de fuentes *Histoire par-*



- lementaire de la Révolution Française*: 388.
- Roy, Henry, médico y economista inglés: 299.
- Rumford, (v. Thompson, Sir Benjamin).
- Russell, Lord John (1792-1878): estadista inglés, dirigente whig; primer ministro (1846-1852 y 1865-1866), ministro de asuntos exteriores (1852-1853 y 1859-1865): 230, 370.
- Sadler, Michael Thomas (1780-1835): economista y político inglés, tory y filántropo: 321, 350.
- Saint-Simon, Claude-Henry de Rouvroy, conde de (1760-1825): 239.
- Saunders, Robert John: inspector fabril inglés de los años cuarenta del siglo XIX: 36.
- Say, Jean-Baptiste (1767-1832): economista francés divulgador de Adam Smith; para Marx, autor típico de la «economía vulgar»: 19, 75, 158, 173, 237, 250, 251.
- Schouw, Joakim Frederik (1789-1852): botánico danés: 150.
- Schulz, Wilhelm (1797-1860): publicista alemán; participó en la revolución de 1848-1849; fue diputado del ala izquierda de la Asamblea Nacional de Frankfurt: 2.
- Scrope, George Julius Poulett (1797-1876): economista y geólogo inglés, miembro del parlamento: 240.
- Seeley, Robert Benton (1798-1886): editor y publicista filantrópico inglés: 373.
- Senior, Nassau William (1790-1864): economista inglés, representante del concepto marxiano de «economía vulgar»: 38, 72, 120-121, 129, 130, 181, 185, 239, 240, 357, 377.
- Shaftesbury, Anthony Ashley Cooper, conde de (1801-1885): político inglés, primero tory, desde 1847 whig; durante los años cuarenta, dirigente del movimiento aristocrático y filantrópico por la ley de las diez horas: 35, 45, 46, 322.
- Shakespeare, William (1564-1616): 124, 390.
- Shee, William (1804-1868): jurista y político liberal irlandés, miembro del parlamento: 58.
- Shrewsbury (v.: Talbot, Charles).
- Sidmouth, Henry Addington, visconde de (1757-1844): estadista británico, tory; primer ministro y canciller del tesoro (1801-1804); como ministro del interior (1812-1821) llevó a cabo represalias contra el movimiento obrero: 62.
- Simon, Sir John (1816-1904): médico inglés, el más alto funcionario médico del Consejo Privado: 31, 102, 301-305, 311, 313, 328.
- Sismondi, Jean-Charles-Léonard Sismonde de (1773-1842): economista e historiador suizo: 172, 208, 218, 223, 224, 227, 228, 237, 280, 294, 408.
- Sloane, Hans (1660-1753): médico y naturalista inglés, coleccionista de libros y manuscritos; el Museo Británico se fundó en 1753 mediante la reunión de sus colecciones con otras dos colecciones privadas: 369.
- Smith, Adam (1723-1790): el economista: 19, 42, 95, 142, 158, 170, 172, 174, 177, 194, 199, 200, 210, 231-233, 237, 255, 259, 261-265, 267, 289, 300-301, 359, 376, 384, 406.
- Smith, Edward (apr. 1818-1874): médico inglés, consejero y delegado del Consejo Privado para encuestar sobre la situación de nutrición de los habitantes de los distritos obreros: 26, 301, 302.
- Smith, Goldwin (1823-1910): historiador, publicista y economista inglés liberal de la escuela manchesteriana; desde 1871 vivió en el Canadá: 395.
- Snigge: jurista y juez inglés del reinado de Jacobo I: 367.
- Somers, Robert (1822-1891): publicista y periodista inglés: 378, 379.
- Sinoza, Baruch (Benedict) de (1632-1677): el filósofo: 239.
- Stafford, William (1554-1612): econo-

- mista inglés: 390.
- Stapleton: político conservador inglés, miembro del parlamento: 244.
- Steuart (Stewart), Sir James (también llamado Denham) (1712-1780): economista inglés, uno de los últimos representantes del mercantilismo: 63, 194, 261, 293, 363, 375, 392.
- Stewart, Dugald (1753-1828): economista y filósofo escocés: 123.
- Stolberg, Christian, conde de (1748-1821): poeta y traductor: 41.
- Storch, Heinrich Friedrich von (Andrei Karlovich) (1766-1835): economista, estadístico e historiador, miembro de la Academia de las Ciencias de San Petersburgo: 233, 293, 294.
- Strahan, William (1715-1785): editor e impresor inglés de las obras de David Hume y Adam Smith: 263.
- Strype, John (1643-1737): historiador eclesiástico inglés: 382.
- Sully, Maximilien de Béthune, duque de (1559-1641): estadista y economista francés, consejero del rey Enrique IV de Francia: 262.
- Sutherland, Elisabeth Leveson-Gower, marquesa de, condesa de, desde 1833 duquesa de (1765-1839): terrateniente escocesa: 376, 377.
- Sutherland, Harriet Elisabeth Georgina Leveson-Gower, duquesa de (1806-1868): terrateniente escocesa, miembro activo del partido whig, nuera de la anterior: 376, 377.
- Talbot, Charles, duque de Shrewsbury (1660-1718): estadista británico, tory; primer ministro (1714): 369.
- Temple, Sir William (1628-1699): diplomático y político inglés, autor de algunas obras políticas y económicas: 262.
- Thiers, Louis-Adolphe (1797-1877): historiador y estadista francés, ministro del interior (1832 y 1834), primer ministro (1836 y 1840), presidente de la república (1871-1873), represor de la Comuna de París: 76-77, 359-360.
- Thompson, Sir Benjamin, conde de Rumford (1753-1814): oficial inglés que estuvo algún tiempo al servicio del gobierno bávaro; en Inglaterra fundó talleres de beneficencia: 244-245.
- Thornton, William Thomas (1813-1880): economista inglés: 364.
- Thünen, Johann Heinrich von (1783-1850): terrateniente de Mecklenburg, economista: 266.
- Tito Flavio Vespasiano (41-81): emperador romano (79-81): 28.
- Torrens, Robert (1780-1864): economista inglés: 38, 72-73.
- Townsend, Joseph (1739-1816): clérigo, sociólogo y geólogo inglés: 261, 262, 292, 293.
- Tucker, Josiah (1712-1799): clérigo y economista inglés, precursor de Adam Smith: 262, 406.
- Tuckett, John Debell (muerto en 1864): publicista inglés: 367, 395.
- Tudor, dinastía inglesa (1485-1603): 394.
- Tupper, Martin (1810-1889): poeta inglés: 253-254.
- Turgot, Anne-Robert-Jacques, barón de L'Aule (1727-1781): estadista y economista francés, discípulo de Quesnay; inspector general de la hacienda francesa (1774-1776): 170.
- Ure, Andrew (1778-1857): químico y economista librecambista inglés: 11, 18, 37, 51-54, 57, 66, 70, 71, 72, 192, 197, 201.
- Urquhart, David (1805-1877): diplomático, publicista y político británico, miembro del parlamento, tory: 141, 377, 394, 395.
- Valentin, Gabriel Gustav (1810-1883): fisiólogo alemán: 119.
- Vanderlint, Jacob (muerto en 1740): economista inglés precursor de los fisiócratas: 262.
- Vaucanson, Jacques de (1709-1782): mecánico e inventor francés que per-



- feccionó el telar mecánico: 13.
- Vico, Giovanni Battista (1668-1744): filósofo y sociólogo italiano: 2-3.
- Vissering, Simon (1818-1888): economista y estadístico holandés: 139.
- Wade, John (1788-1875): publicista, economista e historiador inglés: 264.
- Wakefield, Edward Gibbon (1796-1862): estadista, economista y político colonial inglés: 172, 224, 321, 412-421.
- Wallace, Robert (1697-1771): teólogo y estadístico inglés: 261, 262.
- Watson, John Forbes (1827-1892): médico inglés que vivió mucho tiempo en la India y escribió algunas obras sobre la agricultura y la industria textil de aquel país: 23.
- Waltt, James (1736-1819): inventor escocés, constructor de una máquina de vapor perfeccionada: 6, 8, 13, 16, 20, 125.
- Watts, John (1818-1887): publicista inglés, primero partidario de Owen, luego del capitalismo: 189, 192.
- West, Sir Edward (1782-1828): economista inglés importante para la teoría de la renta de la tierra: 142, 164, 179, 180, 181.
- Whitbread, Samuel (1758-1815): político inglés, miembro del parlamento, whig: 386.
- Whitney, Eli (1765-1825): inventor norteamericano: 14, 23.
- Witt, Johan de (1625-1672): estadista holandés: 262, 402.
- Wolff (Wolf), Christian, barón de (1679-1754): filósofo alemán: 253.
- Wright, Thomas (1711-1786): naturalista inglés: 371.
- Wyatt, John (1700-1766): inventor inglés que construyó una máquina de hilar: 2.
- Young, Arthur (1741-1820): agrónomo y economista inglés: 319, 327.

## BIBLIOGRAFÍA

Con inclusión de las obras citadas por Marx y Engels

Esta lista, establecida por los editores de *Marx, Engels, Werke* (MEW), da, en el caso de las obras citadas por Marx o Engels, las ediciones que presumiblemente utilizaron. En algunos casos, particularmente cuando se trata de remisiones genéricas a fuentes o a bibliografía, no se aduce ninguna edición determinada. Leyes y documentos se mencionan sólo cuando Marx o Engels los citan. No ha sido posible averiguar algunas fuentes.

La bibliografía se refiere a los dos volúmenes en que está dividido en OME el libro primero de *El Capital*. Una A antepuesta a la mención de las páginas en que se cita la obra de que se trata indica primer volumen OME (OME 40) del libro I de *El Capital*; una B significa segundo volumen (OME 41).

## I. Libros y artículos

De autores nombrados y anónimos.

- ADDINGTON, STEPHEN, *An inquiry into the reasons for and against inclosing open-fields*, 2.<sup>na</sup> ed. Coventry, London 1772. B 372.
- The advantages of the East-India trade to England*, London 1720. A 344, 366, 371, 372, 392 B 61, 147.
- AIKIN, JOHN, *A description of the country from thirty to forty miles round Manchester*, London 1795. B 236, 237, 396, 404.
- [ANDERSON, ADAM], *An historical and chronological deduction of the origins of commerce, from the earliest accounts to the present time. Containing, an history of the great commercial interests of the British Empire. With an Appendix*, vols. 1-2, London 1764. B 391 405.
- ANDERSON, JAMES, *The bee, or literary weekly intelligencer*, vol. 3.<sup>ra</sup>, Edinburgh 1771. B 263.
- *Observations on the means of exciting a spirit of national industry; chiefly intended to promote the agriculture, commerce, manufacture, and fisheries of Scotland. In a series of letters to a friend. Written in the year 1775*, Edinburgh 1777. 200, 201, 375.



- APPIAN VON ALEXANDRIEN (APIANO DE ALEJANDRÍA), *Römische Geschichten* (Historias romanas). Übers. von Ferdinand L. J. Dillenius. 7 Bdch., Stuttgart 1830. B 373.
- [ARBUTHNOT, JOHN], *An inquiry into the connection between the present price of provisions, and the size of the farms. With remarks on populations as affected thereby. To which are added, proposals for preventing future scarcity. By a farmer*, London 1773. A 333, 351-353 B 369, 373.
- ARISTÓTELES, *Ethica Nicomachea*, in: *Opera ex recensione Immanuelis Bekkeri*, t. 9, Oxonii 1837. A 68.
- *De republica libri VIII*. Mismo lugar, t. 10. Oxonii 1837. A 96, 168, 179.
- ASHLEY, ANTHONY, *Ten hours' factory bill. The speech in the House of Commons, on Friday, March 15<sup>th</sup>*, 44, London 1844. B 35, 45, 46.
- ATHENAEUS, *Deipnosophistarum libri quindecim*, t. 2... emendav. ac supplev... illustrav. commodisque indicibus instrux. Johannes Schweighaeuser, Argentorati 1802. A 112 145.
- AUGIER, MARIE, *Du crédit public et de son histoire depuis les temps anciens jusqu'à nos jours*, Paris 1842. B 407.
- BABBAGE, CHARLES, *On the economy of machinery and manufactures*, London 1832. A 373, 376 B 6, 23, 37.
- BACON, FRANCIS, *The essays or counsels civil and moral*, London 1625. B 365.
- *The reign of Henry VII. Verbatim reprint from Kennet's England*, ed. 1719, London 1870. B 366.
- [BAILEY, SAMUEL], *A critical dissertation on the nature, measures, and causes of value; chiefly in reference to the writings of Mr. Ricardo and his followers. By the author of essays on the formation and publication of opinions*, London 1825. A 72, 94 B 171.
- (anónimo) *Money and its vicissitudes in value; as they affect national industry and pecuniary contracts: with a postscript on joint-stock banks*, London 1837. A 58 B 254.
- BARBON, NICHOLAS, *A discourse concerning coining the new money lighter. In answer to Mr. Lock's considerations about raising the value of money*, London 1696. A 43-46, 141, 157, 158.
- BARTON, JOHN, *Observations on the circumstances which influence the condition of the labouring classes of society*, London 1817. B 276, 277, 320.
- BAYNES, JOHN, *The cotton trade. Two lectures on the above subject, delivered before the members of the Blackburn Literary, Scientific and Mechanics' Institution*, Blackburn, London 1857. B 20.
- BECCARIA, CESARE, *Elementi di economia pubblica*, en *Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna*, t. 11. Milano 1804. A 393.
- BECKMANN, JOHANN, *Beyträge zur Geschichte der Erfindungen*, Bd. 1, Leipzig, 1786. B 451.
- BEECHER-STOWE, HARRIET, *Uncle Tom's cabin*. B 377.

- BELLERS, JOHN, *Essays about the poor, manufactures, trade, plantations, and immorality*, London 1699. A 143, 158 B 116, 117.
- *Proposals for raising a college of industry of all useful trades and husbandry, with profit for the rich, a plentiful living for the poor, and good education for youth*, London 1626. A 151, 351 B 61, 125, 259.
- BENTHAM, JÉRÉMIE, *Théorie des peines et des récompenses, ouvrage extrait des manuscrits de M. Jérémie Bentham. Par Ét[ienne] Dumant*, t. 2, Paris 1826. B 253.
- BERKELEY, GEORGE, *The querist, containing several queries, proposed to the consideration of the public*, London 1750. A 361, 381.
- Die Bibel oder die ganze Heilige Schrift des alten und neuen Testaments. Nach der deutschen Übers. MARTIN LUTHERS*. A 98, 287 B 5, 223, 237, 417.
- BIDAUT, J. N., *Du monopole qui s'établit dans les arts industriels et le commerce, au moyen des grands appareils de fabrication. 2<sup>e</sup> livraison. Du monopole de la fabrication et de la vente*, Paris 1828. A 345.
- BIESE, FRANZ, *Die Philosophie des Aristoteles, in ihrem inneren Zusammenhange, mit besonderer Berücksichtigung des philosophischen Sprachgebrauchs, aus dessen Schriften entwickelt*, Bd. 2, Die besonderen Wissenschaften, Berlin 1842. B 40.
- BLAKEY, ROBERT, *The history of political literature from the earliest times*, vol. 2, London 1855. B 368.
- BLANQUI, [JÉRÔME-ADOLPHE], *Cours d'économie industrielle Recueilli et annoté par AD[OLPHE-GUSTAVE] BLAISE*, Paris 1838-1839. A 364.
- *Des classes ourières en France, pendant l'année 1848*, p. 1-2, Paris 1849. A 299.
- BLOCK, MAURICE, *Les théoriciens du socialisme en Allemagne. Extrait du Journal des Économistes (numéros de juillet et d'août 1872)*, Paris 1872. A 17.
- BOILEAU, ÉTIENNE, *Règlements sur les arts et métiers de Paris, rédigés au XIII<sup>e</sup> siècle, et connus sous le nom du livre des métiers... Avec des notes et une introd., par G.-B. Depping*, Paris 1837. B 123.
- BOILEAU-DESPRÉAUX, NICOLAS, *Satire VIII*. B 299.
- BOISGUILLEBERT, PIERRE LE PESANT, *Le détail de la France, en Économistes financiers du XVIII<sup>e</sup> siècle. Précédés de notices historiques sur chaque auteur, et accompagnés de commentaires et de notes explicatives*, par EUGÈNE DAIRE, Paris 1843. A 142.
- *Dissertation sur la nature des richesses, de l'argent et des tributs, où l'on découvre la fausse idée qui règne dans le monde à l'égard de ces trois articles*, mismo lugar. A 153.
- BOXHORN, MARCUS ZUERIIUS, *Marci Zuerii Boxhornii institutionum politicarum liber primus*, en MARCI ZUERII BOXHORNII, *Varii tractatus politici*, Amstelodami 1663. B 61.
- [BRENTANO, LUJO], «Wie Karl Marx citirt», en *Concordia Zeitschrift für die Arbeiterfrage*, Berlin, Nr. 10 de 7 de marzo de 1872. A 36.
- (anónimo) «Wie Karl Marx sich vertheidigt», mismo lugar, n.º 27 del 4 de julio de 1872 y n.º 28, del 11 de julio de 1872. A 37.



- BROADHURST, J., *Political economy*, London 1842. A 63.
- BROUGHAM, HENRY, *An inquiry into the colonial policy of the European powers*, 2 vols., vol. 2, Edinburgh 1803. B 406.
- [BRUCKNER, JOHN], *Théorie du système animal*, Leide 1767. B 262.
- BUCHANAN, DAVID, *Inquiry into the taxation and commercial policy of Great Britain; with observations on the principles of currency, and of exchangeable value*, Edinburgh 1844. A 138.
- *Observations on the subjects treated of in Dr. Smith's inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, Edinburgh 1814. B 376.
- ver también SMITH, ADAM, *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations... With notes, and an add. vol. by DAVID BUCHANAN*, vol. 1, Edinburgh 1814.
- BUCHÉZ, P[HILIPPE] - J[OSEPH] - B[ENJAMIN], et P[IERRE] - C[ÉLESTIN] ROUX [- LAVERGNE], *Histoire parlementaire de la révolution française, ou journal des assemblées nationales, depuis 1789 jusqu'en 1815*, t. 10, Paris 1834. B 388, 389.
- BURKE, EDMUND, *A letter from the Right Honourable Edmund Burke to a Noble Lord, on the attacks made upon him and his pension, in the House of Lords, by the Duke of Bedford and the Earl of Lauderdale, early in the present session of Parliament*, London 1796. B 370.
- *Thoughts and details on scarcity, originally presented to the Right Hon. William Pitt, in the month of November, 1795*, London 1800. A 225, 256, 342 B 406.
- BUTLER, SAMUEL, *Hudibras*. A 44.
- [BYLES, JOHN BARNARD], *Sophisms of free-trade and popular political economy examined. By a barrister, 7<sup>th</sup> ed. With corr. and add.*, London 1850. A 294 B 385.
- CAIRNES, J[OHN] E[LLIOT], *The slave power: its character, career and probable designs: being an attempt to explain the real issues involved in the American contest*, London 1862. A 213, 288, 358.
- CAMPBELL, GEORGE, *Modern India: a sketch of the system of civil government. To which is prefixed, some account of the natives and native institutions*, London 1852. A 385.
- CANTILLON, PHILIP, *The analysis of trade, commerce, coin, bullion, banks and foreign exchanges. Wherein the true principles of this useful knowledge are fully but briefly laid down and explained, to give a clear idea of their happy consequences to society, when well regulated. Taken chiefly from a manuscript of a very ingenious gentleman deceas'd, and adapted to the present situation of our trade and commerce*, London 1759. B 194.
- [CANTILLON, RICHARD], *Essai sur la nature du commerce en général. Trad. de l'Anglois, en Discours politiques*, t. 3<sup>e</sup>, Amsterdam 1756. B 194.
- CAREY, H[ENRY] C[HARLES], *Essay on the rate of wages: with an examination of the causes of the differences in the condition of the labouring population throughou the world*, Philadelphia, London 1835. B 203.

- *The slave trade, domestic and foreign: why it exists, and how it may be extinguished*, Philadelphia 1853. B 377, 395.
- CARLYLE, THOMAS, «Ilias (Americana) in nuce», en *Macmillan's Magazine*, ed. by David Masson, London, Cambridge, Agosto de 1863. A 277.
- [CAZENOVE, JOHN], *Outlines of political economy; being a plain and short view of the laws relating to the production, distribution, and consumption of wealth*, London 1832. A 215, 343 B 159, 239.
- ver también MALTHUS, THOMAS ROBERT, *Definitions in political economy... A new ed., with a preface, notes, and supplementary remarks by JOHN CAZENOVE*, London 1853.
- CHALMERS, THOMAS, *On political economy in connexion with the moral state and moral prospects of society*, 2<sup>nd</sup> ed., Glasgow 1832. A 168.
- CHAMBERLAIN, JOSEPH, [Discurso de apertura de la conferencia sanitaria, Birmingham 14 de enero de 1851], en *The Manchester Guardian* del 15 de enero de 1875. B 288.
- The character and behaviour of King William, Sunderland, Somers, etc. as represented in original letters to the Duke of Shrewsbury, from Somers, Halifax, secretary Vernon, etc.* [Manuscrito de la Sloane Collection del Museo Británico, n.º 4.224]. B 369.
- CHERBULIEZ, A[NTOINE], *Richesse ou pauvreté. Exposition des causes et des effets de la distribution actuelle des richesses sociales*, Paris 1841. A 201 B 226.
- [CHERNICHEVSKI], Чернышевский, Н[иколай] Г[аврилович]: Очерки из политической экономики (по Миллю). In: *Современник*. Санкт-Петербург 1861. A 14.
- [CHILD, JOSIAH], *A discourse concerning trade, and that in particular of the East-Indies*, [London 1689.] A 101.
- [CLEMENT, SIMON], *A discourse of the general notions of money, trade and exchanges, as they stand in relation each to other. By a merchant*, London 1695. A 101.
- COBBETT, WILLIAM, *A history of the protestant «Reformation», in England and Ireland. Showing how that event has impoverished and degraded the main body of the people in those countries. In a series of letters, addressed to all sensible and just Englishmen*, London 1824. B 367.
- Code pénal, ou code des délits et des peines*, Cologne 1810. B 388.
- COLINS, [JEAN-GUILLAUME-CÉSAR-ALEXANDRE-HIPPOLYTE], *L'économie politique. Source des révolutions et des utopies prétendues socialistes*, t. 3<sup>e</sup>, Paris 1857. B 259, 339, 418, 419.
- COLÓN, CRISTÓBAL [Carta de Jamaica], ver NAVARRETE, M[ARTÍN] F[ERNÁNDEZ], *Die Reisen dei Christof Columbus...*
- COMTE, CHARLES, *Traité de législation ou exposition des lois générales, suivant lesquelles les peuples prospèrent, dépérissent, ou restent stationnaires, suivant lesquelles les peuples prospèrent, dépérissent, ou restent stationnaires*, 3<sup>e</sup> éd. *Revue et corr.*, Bruxelles 1837. B 397.



- CONDILLAC, [ÉTIENNE-BONNOT DE], *Le commercer et le gouvernement, en Mélanges d'économie politique*, t. 1. *Précédés de notices historiques sur chaque auteur, et accompagnés de commentaires et de notes explicatives*, par EUGÈNE DAIRE ET G[USTAVE] DE MOLINARI, Paris 1847. A 174.
- Considerations concerning taking off the bounty on corn exported: in some letters to a friend. To which is added, a postscript, shewing that the price of corn is no rule to judge of the value of land* [London 1753.] A 345.
- Considerations on taxes, as they are supposed to affect the price of labour in our manufacturies. In a letter to a friend*, London 1765. A 296, 297.
- CORBET, THOMAS, *An inquiry into the causes and modes of the wealth of individuals; or the principles of trade and speculation explained. In 2 parts*, London 1841. A 165 B 231.
- CORBON, [CLAUDE-]A[NTHIME], *De l'enseignement professionnel*, 2<sup>nd</sup> éd. Paris 1860. B 124, 125.
- COURCELLE-SENEUIL, J[EAN]-G[USTAVE], *Traité théorique et pratique des entreprises industrielles, commerciales et agricoles ou manuel des affaires*, 2<sup>e</sup> éd. revue et augm., Paris 1857. A 253 B 240.
- The currency theory reviewed; in a letter to the Scottish people on the menaced interference by government with the existing system of banking in Scotland. By a banker in England*, Edinburgh 1845. A 152.
- CUVIER, [GEORGE], *Discours sur les révolutions du globe avec des notes et un appendice d'après les travaux récents de Mm. de Humboldt, Flourens, Lyell, Lindley, etc. Réd. par HOFER*, Paris 1863. B 149.
- DANTE ALIGHIERI, *La Divina Comedia*. A 9, 114.
- DARWIN, CHARLES, *Über die Entstehung der Arten im Thier- und Pflanzen-Reich durch natürliche Züchtung, oder Erhaltung der vervollkommneten Rassen im Kampfe um's Dasein. Nach der 3. engl. Ausg... aus dem Engl. übers. und mit Anmerkungen vers. von H. G. Bronn, 2. verb. und sehr verm. Aufl.*, Stuttgart 1863. A 368 B 2.
- DAUMER, GEORG FRIEDRICH, *Die Geheimnisse des christlichen Alterthums*, Bd. 1-2, Hamburg 1847. A 310.
- DE COUS, ver HERO ALEXANDRINUS.
- A defence of the land-owners and farmers of Great Britain; and an exposition of the heavy parliamentary and parochial taxation under which they labour; combined with a general view of the internal policy of the country: in familiar letters from an agricultural gentleman in Yorkshire to a friend in Parliament*, London 1814. B 196.
- [DEFOE, DANIEL], *An essay upon publick credit...* [3<sup>rd</sup> ed.] London 1710. A 153.
- DE QUINCEY, THOMAS, *The logic of political economy*, Edinburgh, London, 1844. B 27.
- DE ROBERTY [JEWGENI WALENTINOWITSCH], «Marx. Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie (vol. 1), Hamburg 1867», en *La Philosophie Positive*, Paris, n.º 3, noviembre-diciembre de 1868. A 16.

- DESCARTES, RENÉ, *Discours de la méthode pour bien conduire sa raison, et chercher la vérité dans les sciences*, Paris 1668. B 21, 22.
- DESTUTT DE TRACY, [ANTOINE-LOUIS-CLAUDE,] COMTE DE, *Éléments d'idéologie, 4<sup>e</sup> et 5<sup>e</sup> parties. Traité de la volonté et de ses effets*, Paris 1826. A 90, 91, 172, 350, 353 B 294.
- *Traité d'économie politique*, Paris 1823. A 169.
- DICKENS, CHARLES, *Oliver Twist*. B 76.
- DIDEROT, DENIS, *El Salón de 1767*. A 146.
- DIETZGEN, JOSEPH, «Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie von Karl Marx, Hamburg 1867», en *Demokratisches Wochenblatt*, Leipzig, del 1, el 22 y el 29 de agosto y el 5 de septiembre de 1868. A 16.
- DIODOR VON SICILIEN <DIODORO SÍCULO>, *Historische Bibliothek <Biblioteca histórica>, übers. von JULIUS FRIEDRICH WURM*, Bdch. 1-19, Stuttgart 1828-1840, libros 1 y 3. A 156, 256, 367, 395 B 147, 148.
- A discourse of the necessity of encouraging mechanick industry*, London 1690. A 295.
- DRYDEN, [JOHN,] *The cock and the fox: or, the tale of the nun's priest*, en *Fables ancient and modern; transl. into verses from Homer, Ovid, etc., by [JOHN] DRYDEN*, London 1713. A 263.
- DUCPÉTIAUX, ÉD[OUARD], *Budgets économiques des classes ouvrières en Belgique. Subsistances, salaires, population*, Bruxelles 1855. B 317, 318.
- DUFFY, CHARLES GAVAN, *Guide to the land law of Victoria*, London 1862. B 420.
- DUNNING, T[HOmas] J[OSEPH], *Trades' Unions and strikes: their philosophy and intention*, London 1860. B 190, 194, 407.
- DUPONT, PIERRE, *Le chant des ouvriers*. B 339.
- DUPONT DE NEMOURS, [PIERRE-SAMUEL,] *Maximes du docteur Quesnay, ou résumé de ses principes d'économie sociale*, en *Physiocrates. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Rivière, Baudeau, Le Trosne, avec une introd. sur la doctrine des physiocrates, des commentaires et des notices historiques*, par EUGÈNE DAIRE, 1<sup>e</sup> partie, Paris 1846. A 120.
- EDEN, FREDERIC MORTON, *The state of the poor: or, an history of the labouring classes in England, from the conquest to the present period;... with a large appendix*, vols. 1-3, London 1797. A 264 B 244, 260, 320, 368, 371, 404.
- Encyclopédie des sciences médicales; ou traité général, méthodique et complet des diverses branches de l'art de guérir*, 7<sup>e</sup> div. *Auteurs classiques*, Paris 1841. A 391.
- ENGELS, FRIEDRICH, «Die englische Zehnstundenbill», en *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, red. von KARL MARX, London, Hamburg, New York, H. 4, abril de 1850. A 314, 325.
- *Die Lage der arbeitenden Klasse in England. Nach eigener Anschauung und authentischen Quellen*, Leipzig 1845. A 261, 265, 275, 290 B 31, 55, 57, 58, 79, 249, 300.



- «Umrisse zu einer Kritik der Nationaloekonomie», en *Deutsch-Französische Jahrbücher*, Hrsg. von ARNOLD RUGE und KARL MARX, 1 und 2. Lfg., Paris 1844. A 85, 167, 290 B 280.
- ENSOR, GEORGE, *An inquiry concerning the population of nations: containing a refutation of Mr. Malthu's essay on population*, London 1818. B 376.
- An essay on credit and the Bankrupt act*, London 1707. A 148.
- An essay on the political economy of nations: or, a view of the intercourse of countries, as influencing their wealth*, London 1821. A 218, 332.
- An essay on trade and commerce: containing observations on taxes, as they are supposed to affect the price of labour in our manufactories: together with some interesting reflections on the importance of our trade to America...* By the autor of «*Considerations on taxes*», London 1770. A 252, 253, 296-298, 396 B 181, 243, 260, 282, 381.
- Essays on political economy: in which are illustrated the principal causes of the present national distress; with appropriate remedies*, London 1830. B 165.
- [EVANS, N. H.,] *Our old nobility. By noblesse oblige*, 2<sup>nd</sup> ed., London 1879. B 370.
- FAULHABER, JOHANN, *Mechanische Verbesserung einer alten Roszmühlen, welche vor diesem der Königliche Ingenieur Augustinus Ramellus an tag geben...* Ulm 1625. B 7.
- FAWCETT, HENRY, *The economic position of the British labourer*, Cambridge, London 1865. B 197, 255, 299.
- FERGUSON, ADAM, *An essay on the history of civil society*, Edinburgh 1767. A 381, 389-390.
- FERRAND, ver Hansard's Parliamentary Debates... vol. 1. A 170.
- FERRIER, FRANÇOIS-LOUIS-AUGUSTE, *Du gouvernement considéré dans ses rapports avec le commerce*, Paris 1805. A 70.
- FIELDEN, JOHN, *The curse of the factory system; or, a short account of the origin of factory cruelties*, London 1836. B 36, 45. 404.
- [FLEETWOOD, WILLIAM], *Chronicon preciosum: or, an account of English money, the price of corn, and other commodities, for the last 600 years*, London 1707. A 294.
- *Chronicon preciosum: or, an account of English gold and silver money; the price of corn and other commodities, for six hundred years last past*, London 1745. A 294.
- FONTERET, A[NTOINE]-L[OUIS], *Hygiène physique et morale de l'ouvrier dans les grandes villes en général et dans la ville de Lyon en particulier*, Paris 1888. A 391.
- [FORBONNAIS, FRANÇOIS-VERON DE], *Éléments du commerce. Nouv. éd. 2<sup>nd</sup>e partie*, Leyde 1766. A 102.
- [FORSTER, NATHANIEL], *An enquiry into the causes of the present high price of provisions. In 2 parts*, London 1767. A 296 B 61, 148, 371.
- FORTESCUE, JOHN, *De laudibus legum Angliae* (London 1537). B 363.
- FOURIER, CH[ARLES], *La fausse industrie morcelée, répugnante, mensongère, et l'an-*

- tidote, l'industrie naturelle, combinée, attrayante, véridique, donnant quadruple produit*, Paris 1835-1836. B 60.
- *Le nouveau monde industriel et sociétaire, ou invention du procédé d'industrie attrayante et naturelle distribuée en séries passionnées*, Paris 1829. B 341, 342.
- FRANKLIN, BENJAMIN, *A modest inquiry into the nature and necessity of a paper currency*, en *The works of BENJAMIN FRANKLIN*. By JARED SPARKS, vol. 2, Boston 1836. A 59.
- *Positions to be examined, concerning national wealth*, mismo lugar. A 179.
- FREYTAG, GUSTAV, *Neue Bilder aus dem Leben des deutschen Volkes*, Leipzig 1862. B 386.
- FULLARTON, JOHN, *On the regulation of currencies; being an examination of the principles, on which it is proposed to restrict, within certain fixed limits, the future issues on credit of the Bank of England, and of the other banking establishments throught the country*, 2<sup>nd</sup> ed., with corr. and add., London 1845. A 140, 154, 157.
- GALIANI, FERDINANDO, *Della moneta*, en *Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna*, vols. 3-4, Milano 1803. A 84, 100, 101, 111, 169, 173, 339 B 289.
- GANILH, CH[ARLES], *Des systèmes d'économie politique, de la valuer comparative de leurs doctrines, et de celle qui paraît la plus favorable aux progrès de la richesse*, 2<sup>nd</sup> éd., vols. 1-2, Paris 1821. A 70, 189 B 82.
- *La théorie de l'économie politique*, vols. 1-2, Paris 1815. A 195.
- [GARNIER, GERMAIN], *Abrégé élémentaire des principes de l'économie politique*, Paris 1796. B 191.
- ver también SMITH, ADAM, *Recherche sur la nature et les causes de la richesse des nations... avec des notes et observations per GERMAIN GARNIER*, vol. 5, Paris 1802.
- GASKELL, P[ETER], *The manufacturing population of England, its moral, social, and physical conditions, and the changes which have arisen from the use of steam machinery; with an examination of infant labour*, London 1833. B 70, 79.
- GENOVESI, ANTONIO, *Lezioni di economia civile*, en *Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna*, vols. 7-9, Milano 1803. A 168.
- GEOFFROY SAINT-HILAIRE, [ÉTIENNE], *Notions synthétiques, historiques et physiologiques de philosophie naturelle*, Paris 1838. B 391.
- GISBORNE, THOMAS, *An enquiry into the duties of men in the higher and middle classes of society in Great Britain*, 2<sup>nd</sup> ed., corr., vol 2, London 1795. B 404.
- GOETHE, JOHAN WOLFGANG VON, *An Suleika*. A 292.
- *Faust. Der Tragödie erster Teil*. A 78, 210, 211 B 236, 355.
- [GRAY, JOHN], *The essential principles of the wealth of nations, illustrated, in opposition to some false doctrines of Dr. Adam Smith, and others*, London 1797. A 175.
- [GREG, ROBERT HYDE], *The factory question, considered in relation to its effects*



- on the health and morals of those employed in factories. And the «Ten Hours Bill», in relation to its effects upon the manufactures of England, and those of foreign countries, London 1837. A 314.
- GREGOIR, HENRI, *Les typographes devant le Tribunal correctionnel de Bruxelles*, Bruxelles 1865. B 195.
- GROVE, W[ILLIAM] R[OBERT], *The correlation of physical forces*, 5<sup>th</sup> ed. Followed by a discourse on continuity, London 1867. B 163.
- GÜLICH, GUSTAV VON, *Geschichtliche Darstellung des Handels, der Gewerbe und des Ackerbaus der bedeutendsten handeltreibenden Staaten unsrer Zeit*, vols. 1-2, Jena 1830. A 12 B 399, 400.
- HALLER, LUDWIG VON, *Restauration der Staats-Wissenschaft oder Theorie des natürlich-geselligen Zustands; der Chimäre des künstlich-Bürgerlichen entgegengesetzt*, vols. 1-4, Winterthur 1816-1820. B 21.
- HAMM, WILHELM, *Die landwirthschaftlichen Geräte und Maschinen England. Ein Handbuch der landwirthschaftlichen Mechanik und Maschinenkunde, mit einer Schilderung der britischen Agricultur*, 2 gänzl. umgearb. u. bedeutend. verm. Aufl., Braunschweig 1856. B 140.
- HANSEN, GEORG, *Die Aufhebung der Leibeigenschaft und die Umgestaltung der gutsherrlichbäuerlichen Verhältnisse überhaupt in den Herzogthümern Schleswig und Holstein*, St. Petersburg 1861. A 258.
- HARRIS, JAMES, *Dialogue concerning happiness*, en HARRIS, JAMES, *Three treatises*, 3<sup>rd</sup> ed. rev. and corr., London 1772. A 393.
- HARRIS, JAMES, EARL OF MALMESBURY, *Diaries and correspondence of James Harris, First Earl of Malmesbury; containing an account of his missions to the courts of Madrid, Frederick the Great, Catherine the Second, and the Hague; and his special Missions to Berlin, Brunswick, and the French Republic*. Ed. by his grandson, the Third Earl, vols. 1-4, London 1844. A 393.
- HARRISON, WILLIAM, *The description of England*, en *The first and second volumes of chronicles... First collect. and publ. by RAPHAEL HOLINSHED, WILLIAM HARRISON, and others* (London 1587). B 364, 382, 389.
- HASSELL, A[RTHUR] H[ILL], *Adulterations detected or plain instructions for the discovery of frauds in food and medicine*, 2<sup>nd</sup> ed., London 1861. A 190, 269.
- HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH, *Encyclopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse*. 1. Th. *Die Logik*. Hrsg. von LEOPOLD VON HENNING, en *Werke*, Vollst. Ausg. durch einen Verein von Freunden des Verewigten, vol. 6, Berlin 1840. A 195, 284.
- *Grundlinien der Philosophie des Rechts, oder Naturrecht und Staatswissenschaft im Grundrisse*. Hrsg. von EDUARD GANS, Mismo lugar, 2.<sup>a</sup> ed., vol. 8, Berlin 1840. A 52, 102, 183, 391 B 231.
- *Wissenschaft der Logik*. Hrsg. von Leopold von Henning. Mismo lugar, vols. 3-5, Berlin 1833 a 1834. A 333.
- HEINE, HEINRICH, *Heinrich, Zeitgedicht*. A 319.
- HERO ALEXANDRINUS, ver Herón de Alejandría.
- HERÓN DE ALEJANDRÍA, *Buch von Luft —und Wasser-Künsten, welche von Friderich*

- Commandino von Urbin aus dem Griegischen in das Lateinische übersetzt... Und mit einem Anhang von allerhand Mühl-, Wasser- und Grotten-Wercken aus Salomon de Cous... auch anderen berühm- und erfahrenen Autoribus zusammen getragen...*, Frankfurt 1688. B 7. <Libro de los ingenios pneumáticos e hidráulicos, en la traducción latina de Federico Commandino>.
- HOBBS, THOMAS, *Leviathan, or the matter, form, and power of a commonwealth, ecclesiastical and civil*, en *The English works of Thomas Hobbes; now first collect. and ed. by WILLIAM MOLESWORTH*, vol. 3, London 1839. A 185, 383.
- [HODGSKIN, THOMAS], *Labour defended against the claims of capital; or, the unproductiveness of capital proved. With reference to the present combinations amongst journeymen. By a labourer*, London 1825. A 382 B 215.
- (anónimo) *The natural and artificial right of property contrasted*, London 1832. B 396.
- *Popular political economy. Four lectures delivered at the London Mechanics' Institution*, London 1827. A 366, 380 B 173.
- HOLINSHED, RAPHAEL, ver HARRISON, WILLIAM, *The description of England...*
- HOMERO, *Iliada*. A 71.
- *Odisea*. A 393.
- HOPKINS, THOMAS, *On rent of land, and its influences on subsistence and population: with observations on the operating causes of the condition of the labouring classes in various countries*, London 1828. A 249.
- HORACIO, *Arte poética*. B 325.
- *Épodos*. B 358.
- *Sátiras*. A 6, 288, 391.
- [HORNE, GEORGE], *A letter to Adam Smith on the life, death, and philosophy of his friend David Hume. By one of the people called christians*, 4<sup>th</sup> ed., Oxford 1784. B 263.
- HORNER, LEONARD, *Letter to Mr. Senior*. ver SENIOR, NASSAU WILLIAM, *Letters on the factory act...*
- *Suggestions for amending the factory acts to enable the inspectors to prevent illegal working, now become very prevalent*, en *Factories regulation acts. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 9 August 1859*. A 318.
- HOUGHTON, JOHN, *Husbandry and trade improv'd: being a collection of many valuable materials relating to corn, cattle, coals, hops, wool, etc.*, vols. 1-4, London 1727-1728. B 61.
- HOWITT, WILLIAM, *Colonization and christianity: a popular history of the treatment of the natives by the Europeans in all their colonies*, London 1838. B 397.
- HUME, DAVID, *Essays and treatises on several subjects. A new ed.*, 4 vols., London 1770. A 135.
- HUTTON, CHARLES, *A course of mathematics*, 12<sup>th</sup> ed., 2 vols., London 1841-1843. B 2.
- HUXLEY, THOMAS H[ENRY], *Lessons in elementary physiology*, London 1866. B 119.
- The industry of nations, part II. A survey of the existing state of arts, machines, and manufactures*, London 1855. A 371 B 16.
- An inquiry into those principles, respecting the nature of demand and the necessity*



- of consumption, lately advocated by Mr. Malthus, from which it is concluded, that taxation and the maintenance of unproductive consumers can be conducive to the progress of wealth, London 1821. A 177, 189 B 75, 238, 251.
- ISÓCRATES, *Busiris*, en *Isocratis Orationes et epistolae*. Recognovit J. G. BAITER. *Graece et Latine*, Paris 1846. A 395.
- JACOB, WILLIAM, *An historical inquiry into the production and consumption of the precious metals*, 2 vols., London 1831. A 48.
- *A letter to Samuel Whitbread, being a sequel to considerations on the protection required by British agriculture*, London 1815. A 239.
- JENOFONTE, *Cyropedia*. A 394.
- JONES, RICHARD, *An essay on the distribution of Wealth, and on the sources of taxation*, London 1831. A 354.
- *An introductory lecture on political economy, delivered at King's College, London, 27<sup>th</sup> February 1833. To which is added a syllabus of a course of lectures on the wages of labor*, London 1833. B 277.
- *Text-book of lectures on the political economy of nations*, Hertford 1852. A 333, 345, 346, 359 B 210, 230, 241.
- JUVENAL, *Sátiras*. A 268.
- [Kaufman [Кауфманъ, Илларион Игнатъевич:] Точка зрѣнія политико-экономической критики у Карла Маркса. In: Вѣстникъ Европы... Т. 3. Санктпетербургъ 1872. A 17-19.
- KOPP, HERMANN, *Entwicklung der Chemie en Geschichte der Wissenschaften in Deutschland*. *Neuere Zeit*, Bd. 10, 3 Abth., München 1873. A 333.
- LABORDE, ALEXANDRE-[LOUIS-JOSEPH] DE, *De l'esprit d'association dans tous les intérêts de la communauté, ou essai sur le complément du bien-être et de la richesse en France par le complément des institutions*, Paris 1818. B 169.
- LAING, SAMUEL, *National distress; its causes and remedies*, London 1844. A 215 B 289, 304 321.
- LANCELLOTTI, SECONDO, *L'Hoggidi overo gl'ingegni non inferiori a'passati*. Parte 2, Venetia 1658. B 61.
- LASSALLE, FERDINAND, *Herr Bastiat-Schulze von Delitzsch, der ökonomische Julian, oder: Capital und Arbeit*, Berlin 1864. A 5.
- *Die Philosophie Herakleitos des Dunkeln von Ephesos. Nach einer neuen Sammlung seiner Bruchstücke und der Zeugnisse der Alten dargestellt*, Bd. 1, Berlin 1858. A 116.
- LAW, JEAN, *Considérations sur le numéraire et le commerce*, en *Économistes financiers du XVIII<sup>e</sup> siècle. Précédés de notices historiques sur chaque auteur, et accompagnés de commentaires et de notes explicatives*, par EUGÈNE DAIRE, Paris 1843. A 102.
- LE TRONE [GUILLAUME-FRANÇOIS], *De l'intérêt social par rapport à la valeur, à la circulation, à l'industrie et au commerce intérieur et extérieur*, en *Physiocrates*. *Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Rivière, Baudeau, Le Trosne, avec*

- une introd. sur la doctrine des physiocrates, des commentaires et des notices historiques*, par EUGÈNE DAIRE, 2.<sup>e</sup> partie, Paris 1846. A 44, 48, 102, 112, 123, 127, 158, 172-176, 178, 228.
- A letter to Sir T. C. Bunbury on the poor rates, and the high price of provisions, with some proposals for reducing both*. By a Suffolk gentleman, Ipswich 1795. B 369.
- LEVI, LEONE, «On deer forests and Highlands agriculture in relation to the supply of food», en *Journal of the Society of Arts*, London, 23 de marzo de 1866. B 379.
- LIEBIG, JUSTUS VON, *Die Chemie in ihrer Anwendung auf Agrikultur und Physiologie*, 7. Aufl., Th. 1, Braunschweig 1862. A 260 B 142, 214.
- *Über Theorie und Praxis in der Landwirthschaft*, Braunschweig 1856. A 353.
- [LINGUET, SIMON-NICOLAS-HENRI], *Théorie des lois civiles, ou principes fondamentaux de la société*, vols. 1-2, Londres 1767. A 254, 310, 360 B 260, 384.
- LIVIO, TITO, *Ab urbe condita*. A 302.
- LOCKE, JOHN, *Some considerations of the consequences of the lowering of interest, and raising the value of money* (1691), en *The Works*, 8<sup>th</sup> ed., 4 vols., vol. 2, London 1777. A 44, 101, 136.
- LUCRECIO CARO, TITO, *De rerum natura*. A 234.
- LUTERO, MARTIN, *An die Pfarrherrn wider den Wucher zu predigen. Vermanung*, Wittenberg 1540. A 148, 209 B 235.
- MACAULAY, THOMAS BABINGTON, *The history of England from the accession of James the Second*. 10<sup>th</sup> ed., vol. 1, London 1854. A 295 B 362.
- MACCULLOCH, J[OHN] R[AMSAY], *A dictionary, practical, theoretical, and historical, of commerce and commercial navigation*, London 1847. A 165.
- *The literature of political economy: a classified catalogue of select publications in the different departments of that science, with historical, critical, and biographical notices*, London 1845. A 157 B 372.
- *The principles of political economy: with a sketch of the rise and progress of the science*, 2<sup>nd</sup> ed., London 1830. A 168 B 76.
- MACLAREN, JAMES, *A sketch of the history of currency: comprising a brief review of the opinions of the most eminent writers on the subject*, London 1858. A 108, 109.
- MACLEOD, HENRY DUNNING, *The theory and practice of banking: with the elementary principles of currency; prices, credit; and exchanges*, vol. 1, London 1855. A 169.
- MALTHUS, T[HOMAS] R[OBERT], *Definitions in political economy, preceded by a inquiry into the rules which ought to guide political economists in the definitions and use of their terms; with remarks on the deviation from these rules in their writings. A new ed., with a preface, notes, and supplementary remarks by JOHN CAZENOVE*, London 1853. B 209, 214, 221.
- (anónimo) *An essay on the principle of population, as it affects the future improvement, of society, with remarks on the speculations of Mr. Godwin, M. Condorcet, and other writers*, London 1798, A 379 B 261.



- *An inquiry into the nature and progress of rent, and the principles by which it is regulated*, London 1815. A 338 B 165, 196.
- *Principles of political economy considered with a view to their practical application*, 2<sup>nd</sup> ed., with considerable add. from the author's own manuscript and an original memoir, London 1836. A 232 B 221, 230, 231, 238, 280.
- [MANDEVILLE, BERNARD DE], *The fable of the bees; or, private vices, publick benefits*, London 1714. A 382.
- *The fable of the bees; or, private vices, publick benefits*, 5<sup>th</sup> ed. London 1728. B 259, 260.
- MARTINEAU, HARRIET, *Illustrations of political economy*, 9 vols., vol. 3 n.º 7: «A Manchester strike. A tale», London 1832. B 280.
- MARX, KARL, *Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* (El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte), 2.<sup>a</sup> ed., Hamburg 1869. B 339.
- (anónimo) *Address and provisional rules of the Working Men's International Association, established September 28, 1864, at a public meeting held at St. Martin's Hall, Long Acre, London*, (Comunicación y estatutos provisionales de la Asociación Internacional de Trabajadores, establecidos el 28 de septiembre de 1864 en una reunión celebrada en St. Martin's Hall, Long Acre, Londres) (London) 1864. A 36-38, 40.
- «An die Redaction des Volksstaat» (A la redacción del Volksstaat), en *Der Volksstaat*, Leipzig, 1 de junio de 1872. A 36, 37.
- «An die Redaktion des Volksstaat», en *Der Volksstaat*, Leipzig, 7 de agosto de 1872. A 37.
- «Elections - Financial clouds - The Duchess of Sutherland and slavery», en *New-York Daily Tribune* del 9 de febrero de 1853. B 377.
- *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie*, Bd. 1, Buch 1: *Der Produktionsprozess des Kapitals*, Hamburg 1867. A 11, 26, 238.
- *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie*, Bd. 2, Buch 2: *Der Cirkulationsprozess des Kapitals*. Hrsg. von FRIEDRICH ENGELS, Hamburg 1885. A 33.
- *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie*, Bd. 1, Buch 1: *Der Produktionsprozess des Kapitals*, 2. verb. Aufl., Hamburg 1872. A 23, 27, 31.
- *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie*, Bd. 1, Buch 1: *Der Produktionsprozess des Kapitals*, 3. verb. Aufl., Hamburg 1883. A 31, 35, 36, 40.
- *Capital: a critical analysis of capitalist production*. Transl. from the 3<sup>rd</sup> German ed., by Samuel Moore and Edward Aveling and ed. by Frederick Engels, vol. 1, London 1887. A 35, 55.
- *Le Capital*. Trad. de J. Roy, entièrement revue per l'auteur, Paris (1872-1875). A 12, 26, 30, 35 B 153.
- **Капиталь. Критика политической экономии**. Переводъ съ нѣмецкаго Т. 1. Кн. 1. Процессъ производства капитала. С.-Петербургъ 1872. A 16.
- (anónimo) «Lohnarbeit und Kapital» en *Neue Rheinische Zeitung. Organ der Demokratie*, Köln, de 5, 6, 7, 8 y 11 de abril de 1849. B 219, 259, 412.
- *Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon*, Paris, Bruxelles 1847. A 78, 92, 384, 390 B 53, 173, 292.

- *Zur Kritik der politischen Oekonomie*, 1 Heft, Berlin 1859. A 5, 11, 13, 17, 43, 48, 49, 87, 88, 92, 98, 100, 105, 107, 111, 112, 125, 135, 136, 149-151, 155, 156, 209 B 175, 265.
- [MARX, KARL, UND FRIEDRICH ENGELS,] «*Latter-Day Pamphlets*, edited by THOMAS CARLYLE, London 1850», en *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, London, Hamburg, New-York, H.4, abril de 1850. A 277.
- [MARX, KARL, UND FRIEDRICH ENGELS,] *Manifest der Kommunistischen Partei*, London 1848. B 124, 410.
- [MASSIE, JOSEPH], *An essay on the governing causes of the natural rate of interest; wherein the sentiments of Sir William Petty and Mr. Locke, on that head, are considered*, London 1750. B 150.
- MAURER, GEORG LUDWIG VON, *Einleitung zur Geschichte der Mark-, Hof-, Dorf- und Stad-Verfassung und der öffentlichen Gewalt*, München 1854. A 82.
- *Geschichte der Fronhöfe, der Bauernhöfe und der Hofverfassung in Deutschland*, Bd. 4, Erlangen 1863. A 258.
- MAYER, SIGMUND, *Die sociale Frage in Wien. Studie eines «Arbeitgebers». Dem Niederösterreichischen Gewerbeverein gewidmet*, Wien 1871. A 12.
- MEITZEN, AUGUST, *Der Boden und die landwirthschaftlichen Verhältnisse des Preussischen Staates nach dem Gebietsumfange vor 1866*, vols. 1-4, Berlin 1868-1871. A 258.
- MERCIER DE LA RIVIÈRE [PAUL-PIERRE], *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques*, en *Physiocrates. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Rivière, Baudeau, Le Trosne, avec une introd. sur la doctrine des physiocrates, des commentaires et des notices historiques*, par EUGÈNE DAIRE, 2<sup>e</sup> partie, Paris 1846. A 120, 121, 142, 162, 165, 172, 176, 207.
- MERIVALE, HERMAN, *Lectures on colonization and colonies. Delivered before the University of Oxford in 1839, 1840, and 1841*, vols. 1-2, London 1841-1842. B 279, 417.
- [MILL, JAMES], «Colony», en *Supplement to the Encyclopaedia Britannica*, 1831. A 215.
- *Éléments d'économie politique. Trad. de l'anglais par PARISOT*, Paris 1823. B 208, 212, 214.
- *Elements of political economy*, London 1821. A 202, 380.
- MILL, JOHN STUART, *Essay on some unsettled questions of political economy*, London 1844. A 136.
- *Principles of political economy with some of their applications to social philosophy*, 2 vols., London 1848. A 136 B 1, 142, 243, 254.
- *Principles of political economy with some of their applications to social philosophy*. People's ed., London 1868. B 151-153.
- *A system of logic, ratiocinative and inductive, being a connected view of the principles of evidence, and the methods of scientific investigation*, 2 vols., London 1843. B 232.
- MIRABEAU [GABRIEL-VICTOR-HONORÉ RIGUETI], *De la monarchie prussienne, sous Frédéric le Grand; avec un appendice. Contenant des recherches sur la*



- situation actuelle des principales contrées de l'Allemagne*, vols. 2, 3, 6, Londres 1788. B 363, 378, 379, 393, 403.
- MOLINARI, GUSTAVE DE, *Études économiques*, Paris 1846. B 55, 56, 240, 417.
- MOMMSEN, THEODOR, *Römische Geschichte*, 2. Aufl., Bd. 1-3, Berlin 1856-1857. A 182, 186.
- MONTEIL, AMANS-ALEXIS, *Traité des matériaux manuscrits de divers genres d'histoire*, vol. 1, Paris 1835. B 390-391.
- MONTESQUIEU, CHARLES-LOUIS DE, *De l'esprit des lois*, en *Oeuvres*, vols. 2-4. Londres 1767-1769. A 102, 136 B 260, 401.
- MORE, THOMAS, *Utopia. Originally printed in Latin, 1516. Transl. into English by RALPH ROBINSON... Carefully ed. by EDWARD ARBER*, London 1869. B 364, 365, 382.
- MORTON, JOHN C[HAMBERS], *A cyclopaedia of agriculture, practical and scientific; in which the theory, the art, and the business of farming, are thoroughly and practically treated. By upwards of fifty of the most eminent practical and scientific men of the day. Ed. by JOHN C[HALMERS] MORTON*, vol. 2, Glasgow, Edinburgh, London 1855. B 193.
- «On the forces used in agriculture», en *Journal of the Society of Arts*, London, del 9 de diciembre de 1859. B 7.
- MÜLLER, ADAM H[EINRICH], *Die Elemente der Staatskunst. Öffentliche Vorlesungen, vor Sr. Durchlaucht dem Prinzen Bernhard von Sachsen-Weimar und einer Versammlung von Staatsmännern und Diplomaten, im Winter von 1808 auf 1809, zu Dresden, gehalten*, Th. 2, Berlin 1809. A 137.
- MUN, THOMAS, *England's treasure by forraign trade. Or, the ballance of our forraing trade is the rule of our treasure. Written by THOMAS MUN of Lond(on), merchant, and now publ. for the common good by his son JOHN MUN*, London 1669. B 148.
- MURPHY, JOHN NICHOLAS, *Ireland industrial, political, and social*, London 1870. B 351.
- MURRAY, HUGH; JAMES WILSON, *Historical and descriptive account of British India, from the most remote period to the present time*, 3 vols., vol. 2, Edinburgh 1832. A 367.
- NAVARRETE, M[ARTÍN] F[ERNÁNDEZ DE], *Die Reisen des Christof Columbus 1492-1504. Nach seinen eigenen Briefen und Berichten veröffentlicht 1536 von Bischof Las Casas seinem Freunde und Fernando Columbus seinem Sobne. Aufgefunden 1791 und veröffentlicht 1826. In das Deutsche übertr. von FR. PR[ESSE]*, Leipzig (1890). A 144.
- NEWMAN, FRANCIS WILLIAM, *Lectures on political economy*, London 1851. B 369, 370, 375.
- NEWMAN, SAMUEL P[HILIPS], *Elements of political economy*, Andover, New York 1835. A 174, 225.
- NEWNHAM, G. L., *A review of the evdenice before the committees of the two Houses of Parliament, on the corn laws*, London 1815. B 245.

- NIEBUHR, B[ARTHOLD] G[EORG], *Römische Geschichte. Berichtigte Ausg. in 1 Bd.*, Berlin 1853. A 256.
- [NORTH, SIR DUDLEY], *Discourses upon trade; principally directed to the cases of the interest, coynage, clipping, increase of money*, London 1691. A 132-133, 137, 147 B 22.
- Observations on certain verbal disputes in political economy, particularly relating to value, and to demand and supply*, London 1821. A 93-94, 222-223 B 172, 242.
- OLMSTED, FREDERICK-LAW, *A journey in the seaboard slave states, with remarks on their economy*, New York 1856. A 213.
- On combinations of trades, Neu ed.*, London 1834. B 198.
- OPDYKE, GEORGE, *A treatise on political economy*, New York 1851. A 179.
- ORTES, GIAMMARIA, *Della economia nazionale. Lib. 6, en Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna*, vol. 21, Milano 1804. B 292.
- OTWAY, J. H., *Judgment of J. H. Otway, chairman of county sessions. — Belfast, hiliary sessions, 1860, en Reports of the inspectors of factories... for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1850*, London 1860. A 300.
- OVIDIO, *Artis Amatoriae*. B 73.
- *Fasti*. B 367.
- OWEN, ROBERT, *Observations on the effect of the manufacturing system: with hints for the improvement of those parts of it which are most injurious to health and morals*, 2<sup>nd</sup> ed., London 1817. B 35.
- PAGNINI, GIO[VANNI] FRANCESCO, *Saggio sopra il giusto pregio delle cose, la giusta valuta della moneta e sopra il commercio dei romani en Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna*, vol. 2, Milano 1803. A 102.
- [PAPILLON, THOMAS], *The East-India trade a most profitable trade to the Kingdom. And best secured and improved in a company and a joint-stock*, London 1677. A 102.
- PARRY, CHARLES HENRY, *The question of the necessity of the existing corn laws, considered, in their relation to the agricultural labourer, the tenantry, the landholder, and the country*, London 1816. B 244, 321.
- [PARRY, WILLIAM EDWARD], *Journal of a voyage for the discovery of a north-west passage from the Atlantic to the Pacific; performed in the years 1819-20, in His Majesty's ships Hecla and Griper, under the orders of WILLIAM EDWARD PARRY*, 2<sup>nd</sup> ed., London 1821. A 106.
- PECQUEUR, C[ONSTANTIN], *Théorie nouvelle d'économie sociale et politique, ou études sur l'organisation des sociétés*, Paris 1842. B 408.
- PETTY, WILLIAM, *The political anatomy of Ireland... To which is added verbum sapienti...*, London 1691. A 154-155, 158, 295, 338.
- *Quantulumcumque concerning money*, 1682. To the Lord Marquess of Halyfax, London 1695. A 112, 158.
- (anónimo), *A treatise o ftaxes and contributions*, London 1667. A 51, 103, 134 B 263.
- [PINTO, ISAAC,] *Traité de la circulation et du crédit*, Amsterdam 1771. A 165.



- PLATÓN, *Die republica, en Opera quae feruntur omnia. Recognoverunt* GEORGIUS BAITERUS, CASPAR ORELLIUS, AUG[USTUS] GUILIELMUS WINCKELMANNUS, vol. 13, Turici 1840. A 394, 395.
- A *political enquiry into the consequences of enclosing waste lands, and the causes of the present high price of butchers meat. Being the sentiments of a society of farmers inshire* [London] 1785. B 370.
- POSTLEHWAYT, MALACHY, *Great-Britain's commercial interest explained and improved: in a series of dissertations on the most important branches of her trade and lauded interest*, 2<sup>nd</sup> ed., en 2 vols., London 1759. A 296.
- *The universal dictionary of trade and commerce: with large add. and improvements, adapting the same to the present state of British affairs in America, since the last treaty of peace made in the year 1763*, 4<sup>th</sup> ed., vol. I, London 1774. A 296, 297.
- POTTER, A[LONZO], *Political economy: its objects, uses, and principles: considered with reference to the conditions of the American people*, New York 1841. B 240.
- PRICE, RICHARD, *Observations on reversionary payments; on schemes for providing annuities for widows, and for persons in old age; on the method of calculating the values of assurances on lives; and on the national debt*. 6<sup>th</sup> ed. by WILLIAM MORGAN, vol. 2, London 1803. B 320, 372, 373.
- A *prize essay on the comparative merits of competition and cooperation*, London 1834. A 345 B 65.
- PROUDHON, P[IERRE]-J[OSEPH], *Système des contradictions économiques, ou philosophie de la misère*, vol. 1, Paris 1846. B 55, 150, 173.
- Public economy concentrated; or, a connected view of currency, agriculture, and manufactures*, Carlisle 1833. B 28.
- QUESNAY [FRANÇOIS], *Analyse du tableau économique, en Physiocrates. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Rivière, Baudeau, Le Trosne, avec une introd. sur la doctrine des physiocrates, des commentaires et des notices historiques, par EUGÈNE DAIRE*, I<sup>e</sup> partie, Paris 1846. B 233-234.
- *Dialogues sur le commerce et sur les travaux des artisans*, *ibid.*, A 120, 345.
- *Tableau économique. Remarques sur les variations de la distribution des revenus annuels d'une nation*, Versailles 1758. B 233-234.
- QUETELET, A[DOLPHE-LAMBERT-JACQUES], *Sur l'homme et le développement de ses facultés, ou essai de physique sociale*, vols. 1-2, Paris 1835. A 348.
- RAFFLES, THOMAS STAMFORD, *The history of Java. With a map and plates*, 2 vols., London 1817. A 386 B 398.
- RAMAZZINI, BERNARDINO, *De morbis artificum diatriba*, Mutinae 1700. A 391.
- *Essai sur les maladies des artisans*, trad. du latin, Paris 1777. A 391.
- RAMSAY, GEORGE, *An Essay on the distribution of wealth*, Edinburgh 1836. A 177, 180, 341 B 146, 208 277.
- RAVENSTONE, PIERCY, *Thoughts on the funding system, and its effects*, London 1824. B 63, 146.

- READ, GEORGE, *The history of baking*, London 1848. A 272.
- Reasons for the late increase of the poor-rates: or, a comparative view of the price of labour and provisions. Humbly addressed to the consideration of the Legislature*, London 1777. B 212, 319.
- Reasons for a limited exportation of wooll* (London) 1677. B 212.
- REGNAULT, ÉLIAS, *Histoire politique et sociale des principautés Danubiennes*, Paris 1855. A 259.
- REICH, EDUARD, *Ueber die Entartung des Menschen. Ihre Ursachen und Verhütung*, Erlangen 1868. A 391.
- Remarks on the commercial policy of Great Britain, principally as it relates to the corn trade*, London 1815. B 195.
- RICARDO, DAVID, *The high price of bullion a proof of the depreciation of bank notes*, 4<sup>th</sup> ed., London 1811. A 156.
- *On the principles of political economy, and taxation*, 3<sup>rd</sup> ed. London 1821. A 90, 91, 182, 204, 249 B 19, 24, 64, 65, 72, 214, 231-232, 276-277.
- *On protection to agriculture*, 4<sup>th</sup> ed., London 1822. A 86.
- RICHARDSON [BENJAMIN], «Work and overwork», en *The Social Science Review*, London, del 18 de julio de 1863. A 276, 277.
- ROBERTS, GEORGE, *The social history of the people of the southern counties of England in past centuries; illustrated in regard to their habits, municipal bye-laws, civil progress, etc., from the researches*, London 1856. B 366-367.
- ROBERTUS-JAGETZOW [JOHANN KARL], *Briefe und Socialpolitische Aufsätze*. Hrsg. von RUDOLPH MEYER, vol. 1 (Berlin 1881). B 168-169.
- *Sociale Briefe an von Kirchmann. Dritter Brief: Widerlegung der Ricardo'schen Lehre von der Grundrente und Begründung einer neuen Rententheorie*, Berlin 1851. B 168-169.
- ROGERS, JAMES E. THOROLD, *A history of agriculture and prices in England from the year after the Oxford Parliament (1259) to the commencement of the continental war (1793). Compiled entirely from original and contemporaneous records*, vols. 1-2, Oxford 1866. B 319, 324, 368.
- ROHATZSCH, R. H., *Die Krankheiten, welche verschiedenen Ständen, Altern und Geschlechtern eigenthümlich sind*, 6 pequeños vols., Ulm 1840. A 391.
- ROSCHER, WILHELM, *Die Grundlagen der Nationalökonomie. Ein Hand- und Lesebuch für Geschäftsmänner und Studierende*, 3. verm. und verb. Aufl., Augsburg 1858. A 103, 174, 224, 236, 349.
- ROSSI, P[ELEGRINO LUIGI EDOARDO, COMTE], *Cours d'économie politique*, Bruxelles 1843. A 188.
- ROUARD DE CARD, PIE-MARIE, *De la falsification des substances sacramentelles*, Paris 1856. A 270.
- ROUSSEAU, JEAN-JACQUES, *Discours sur l'économie politique. Nouv. éd.*, Genève 1760. B 392.
- [ROY, HENRY], *The theory of the exchanges. The bank charter act of 1844*, London 1864. A 151 299.
- RUMFORD, BENJAMIN, v. THOMPSON, SIR BENJAMIN, COUNT OF RUMFORD.



- SADLER, MICHAEL THOMAS, *Ireland; its evils, and their remedies: being a refutation of the errors of the emigration committee and others, touching that country. To which is prefixed, a synopsis of an original treatise about to be published on the law of population; developing the real principle on which it is universally regulated*, 2<sup>nd</sup> ed., London 1829. B 350.
- *Law of population*, vol. 1-2, London 1830. B 350.
- SAY, JEAN-BAPTISTE, *Lettres à M. Malthus, sur différens sujets d'économie politique, notamment sur les causes de la stagnation générale du commerce*, Paris 1820. B 250, 251.
- *Traité d'économie politique, ou simple exposition de la manière dont se forment, se distribuent et se consomment les richesses*, 3<sup>e</sup> ed. vols. 1-2, Paris 1817. A 169, 178, 224.
- *Traité d'économie politique, ou simple exposition de la manière dont se forment, se distribuent et se consomment les richesses*, 5<sup>e</sup> ed. vol. 1, Paris 1826. B 237.
- SCHILLER, FRIEDRICH VON, *Die Bürgschaft*. B 236.
- *Kabale und Liebe*. B 216.
- *Das Lied von der Glocke*. B 39.
- SCHORLEMMER, C[ARL], *The rise and development of organic chemistry*, London 1879. A 333.
- SCHOUW, JOAKIM FREDERIK, *Die Erde, die Pflanzen un der Mensch. Naturschilderungen. Aus dem Dän. unter Mitwirkung des Verf. von H. ZEISE...* 2 Aufl., Leipzig 1854. B 150.
- SCHULZ, WILHELM, *Die Bewegung der Production. Eine geschichtlich-statistische Abhandlung zur Grundlegung einer neuen Wissenschaft des Staats und der Gesellschaft*, Zürich, Wintherthur 1843. B 2.
- SCROPE, *The principles of political economie*, v. POTTER, ALONZO, *Political economy...* [SEELEY, ROBERT BENTON], *The perils of the nation. An appeal to the legislature, the clergy, and the higher and middle classes*, 2<sup>nd</sup> ed. rev., London 1843. B 373.
- SENIOR, NASSAU WILLIAM, *Journals, conversations and essays relating to Ireland*, 2 vols., vol. 2, London 1868. B 357, 377.
- *Letters on the factory acts, as it affects the cotton manufacture... To which are appended, a letter to Mr. Senior from Leonard Horner, and minutes of a conversation between Mr. Edmund Ashworth, Mr. Thompson and Mr. Senior*, London 1837. A 243-248 B 38.
- *An outline of the science of political economy*, London 1836. A 248.
- *Principes fondamentaux de l'économie politique, tirés de leçons édites et inédites de Mr. Senior. Par JEAN ARRIVABENE*, Paris 1836. B 239.
- *Social Science Congress, v.: The national association for the promotion of social science...*
- *Three lectures on the rate of wages, delivered before the University of Oxford, in eastern term, 1830. With a preface on the causes and remedies of the present disturbances*, London 1830. B 181, 185.
- SEXTUS EMPIRICUS, *Adversus mathematicos*. A 393.

- SHAKESPEARE, WILLIAM, *El mercader de Venecia*. A 310 B 124.
- *El rey Enrique IV*. A 39, 64.
- *El sueño de una noche de verano*. A 119.
- *Timón de Atenas*. A 144-145.
- *Mucho ruido y pocas nueces*. A 94.
- [Sieber] Зиберъ, Н[иколай Иванович]: Теорія цѣнности и капитала Д. Рикардо въ связи съ позднѣйшими дополненіями и разьясненіями. Опытъ критико-экономическаго изслѣдованія. Кіевъ 1871. A 16-17.
- [SISMONDI,] J[EAN] - C[CHARLES] - L[ÉONARD] SIMONDE [DE], *De la richesse commerciale, ou principes d'économie politique, appliqués à la législation du commerce*, vol. 1, Genève 1803. B 172.
- *Études sur l'économie politique*, vol. 1, Bruxelles 1837. A 339-340 B 237.
- *Nouveaux principes d'économie politique, ou de la richesse dans ses rapports avec la population*, vols. 1-2, Paris 1819. A 170, 189 B 208, 223, 224, 227, 228, 294.
- *Nouveaux principes d'économie politique, ou de la richesse dans ses rapports avec la population*, 2<sup>de</sup> éd., vols. 1-2, Paris 1827. B 218, 408.
- SKARBEK, FRÉDÉRIC, *Théorie des richesses sociales. Suivie d'une bibliographie de l'économie politique*, 2<sup>de</sup> éd., vol. 1, Paris 1839. A 352, 378.
- SMITH, ADAM, *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, 2 vols., London 1776. A 379.
- *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. In 3 vols. With notes, and an add. vol. by DAVID BUCHANAN*, vol. 1, Edinburgh 1814. B 199, 267, 301, 384.
- *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. With a commentary, by the author of «England and America» (i. e., EDWARD GIBBON WAKEFIELD)*, 6 vols., London 1835-1839. A 54-55, 135, 382, 390 B 172, 210, 237, 289.
- *Recherches sur la nature et les causes de la richesse des nations. Trad. nouv., avec des notes et observations, par GERMAIN GARNIER* vol. 5, Paris 1802. A 390 B 264.
- *The theory of moral sentiments*, London 1759. B 263.
- SOMERS, ROBERT, *Letters from the Highlands; or, the famine of 1847*, London 1848. B 377-378.
- Some thoughts on the interest of money in general, and particularly in the public-funds*, London, s. a. A 47, 55.
- SÓFOCLES, *Antígona*. A 145.
- The source and remedy of the national difficulties, deduced from the principles of political economy, in a letter to Lord John Russell*, London 1821. B 230.
- SPINOZA, BARUCH DE, *Correspondencia*. B 239.
- *Ethica*. A 331.
- S[TAFFORD], W[ILLIAM], *A compendious or briefe examination of certayne ordinary*



- complaints, of divers of our country men in these our dayes...*, London 1581. B 390.
- STEUART, JAMES, *An inquiry into the principles of political oeconomy; being an essay on the science of domestic policy in free nations*, 3 vols., vol. 1, Dublin 1770. A 194 B 293, 363, 375, 392.
- *An inquiry into the principles of political œconomy*, en *The works, political, metaphysical, and chronological...* Now first collect. by GENERAL SIR JAMES STEUART, his son, from his father's corr. copies, to which are subjoined anecdotes of the author, 6 vols., vol. 1, London 1805. A 163.
- *Recherche des principes de l'économie politique, ou essai sur la science de la police intérieure des nations libres*, vol. 1, Paris 1789. B 63.
- STEWART DUGALD, *Lectures on political economy*, en *The collected works*. Ed. by SIR WILLIAM HAMILTON, vol. 8, Edinburgh 1855. A 345, 371-372, 388 B 122, 123.
- STOLBERG, CHRISTIAN GRAF ZU, *Gedichte. Aus dem Griech. übers*, Hamburg 1782. B 41.
- STORCH, HENRI, *Cours d'économie politique, ou exposition des principes qui déterminent la prospérité des nations*, vols. 1-3, St.-Petersburg 1815 A 189, 198, 388 B 233, 293.
- *Cours d'économie politique, ou exposition des principes qui déterminent la prospérité des nations; Avec des notes explicatives et critiques par J[EAN]-B[APTISTE] SAY*, vol. 1, Paris 1823. A 378, 387.
- STRANGE, WILLIAM, *The seven sources of health*, London 1864. A 279.
- STRYPE, JOHN, *Annals of the reformation and establishment of religion, and others various occurrences in the Church of England, during Queen Elizabeth's happy reing*, 2<sup>nd</sup> ed. vol. 2 (London 1725. B 382.
- THIERS, ADOLPHE, *De la propriété*, Paris, 1848. B 76, 77.
- [THOMPSON, SIR] BENJAMIN, [COUNT OF] RUMFORD, *Essays, political, economical, and philosophical*, vol. 1-3, London 1796-1802. B 245.
- THOMPSON, WILLIAM, *An inquiry into the principles of the distribution of wealth most conducive to human happiness; applied to the newly proposed system of voluntar yequality of wealth*, London 1824. A 389.
- THORNTON, WILLIAM THOMAS, *Over-population and its remedy; or, an inquiry into the extent and causes of the distress prevailing among the labouring classes of the British islands, and into the means of remedying it*, London 1846. A 186, 291.
- TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*. A 393, 394.
- [THÜNEN, JOHANN HEINRICH VON], *Der isolirte Staat in Beziehung auf Landwirthschaft und Nationalökonomie*, 2. Theil, 2. Abt., Rostock 1863. B 266.
- TOOKE, THOMAS, AND WILLIAM NEWMARCH, *A history of prices, and of the state of the circulation, during the nine years 1848-1856*. In 2 vols.; forming the 5<sup>th</sup> and 6<sup>th</sup> vols. of the «History of prices from 1792 to the present time», London 1875. A 319.
- TORRENS, ROBERT, *An essay on the external corn trade*, London 1815. A 187.

- *An essay on the production of wealth; with an appendix, in which the principles of political economy are applied to the actual circumstances of this country*, London 1821. A 176, 200.
- *On wages and combination*, London 1834. B 38.
- [TOWNSEND, JOSEPH], *A dissertation on the poor laws. By a well-wisher to mankind*, 1786. Republished London 1817. B 293.
- *Journey throught Spain*, London 1791. B 293.
- TUCKETT, J[OHN] D[EBELL], *A history of the past present state of the labouring population, including the progress of agriculture, manufactures, and commerce*, 2 vols., London 1846. A 389 B 367, 395.
- TURGOT [ANNE-ROBERT-JACQUES, DE L'AULNE], *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses*, en *Oeuvres. Nouv. éd.... par EUGÈNE DAIRE*, vol. 1, Paris 1844. A 195, 338 B 170.
- Two leters on the folur trate, and dearness of corn...* By a person in business, London (1767). B 371
- URE, ANDREW, *The philosophy of manufactures: or, an exposition of the scientific, moral and commercial economy of the factory system of Great Britain*, London 1835. A 247, 377, 396 B 11, 37, 51-54, 57, 65, 66, 71 72, 192, 197, 201.
- *Philosophie des manufactures ou économie industrielle de la fabrication du coton, de la laine, du lin et la soie. Trad. sous les yeux de l'auteur*, vol. 2, Paris 186. A 323.
- URQUHART, DAVID, *Familiar words as affecting England and the English*, London 1855. A 111, 391 B 141, 395.
- VANDERLINT, JACOB, *Money answers all things: or, an essay to make money sufficiently plentiful amongst all ranks of people*, London 1734. A 135, 143, 158, 298, 338, 356.
- VERRI, PIETRO, *Meditazioni sulla economia politica*, en *Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna*, vol. 15, Milano 1804. A 51, 101, 146, 355.
- VIRGILIO, *Eneida*. A 326 B 406.
- VISSERING, S[IMON], *Handboek van praktische staathuishoundkunde*. Delen 1-3, Amsterdam 1860-1862. B 139.
- VOLTAIRE, FRANÇOIS-MARIE AROUET, *Candide, ou l'optimisme*. A 211 B 419.
- WADE, JOHN, *History of the middle and working classes ... 3<sup>rd</sup> ed.*, London 1835. A 264, 294 B 264.
- [WAKEFIELD, EDWARD GIBBON,] *England and America. A comparison of the social and political state of both nations*, vols. 1-2, London 18333. A 291 B 224, 324, 413-419.



- *A view of the art of colonization, with present reference to the British Empire; in letters between a statesman and a colonist*, London 1849. A 351.
- V. también SMITH, ADAM, *An inquiry into the nature and causes of wealth of nations. With a commentary, by the author of «England and America»* (i. e. EDWARD GIBBON WAKEFIELD), 6 vols. London 1835-1839.
- WARD, JOHN, *The borough of Stoke-upon-Trent, in the commencement of the reign of Her Most Gracious Majesty Queen Victoria*, London 1843. A 289.
- WATSON, JOHN FORBES, [Paper read before the Society of Arts] en *Journal of the Society of Arts*, London, del 17 de abril de 1860. B 23.
- WATTS, JOHN, *The facts and fictions of political economists: being a review of the principles of the science, separating the true from the false*, Manchester 1842. B 189.
- *Trade societies and strikes: their good and evil influences on the members of Trades Unions, and on society at large. Machinery; its influences on work and wages, and cooperative societies, productive and distributive, past, present, and future*, Manchester (1865). B 189, 192.
- WAYLAND, FRANCIS, *The elements of political economy*, Boston 1843. A 178, 225-226.
- [WEST, EDWARD], *Essay on the application of capital to land, with observations shewing the impolicy of any great restriction of the importation of corn, and that the bounty of 1688 did not lower the price of it. By a fellow of university college*, Oxford, London 1815. B 179, 180.
- *Price of corn and wages of labour, with observations upon Dr. Smith's, Mr. Ricardo's, and Mr. Malthus's doctrines upon those subjects; and an attempt at an exposition of the causes of the fluctuation of the price of corn during the last thirty years*, London 1826. B 179.
- WILKS, MARK, *Historical sketches of the South of India, in an attempt to trace the history of Mysoor; form the Hindoo Government of that state, to the extinction of the Mohammedan Dynasty in 1799*, vol. 1, London 1810. A 385.
- WITT, JOHAN DE, *Aanwysing der heilsame politike gronden en maximen van de Republike van Holland en West-Friesland*, Leyden 1669. B 402.
- WRIGHT, THOMAS, *A short address to the public on the monopoly of large farms*, London 1779. B 371.
- YOUNG, ARTHUR, *Political arithmetic. Containing observations on the present state of Great Britain; and the principles of her policy in the encouragement of Agriculture*, London 1774. A 134-135, 249.
- *A tour in Ireland: with general observations on the present state of that kingdom...* 2<sup>nd</sup> ed., 2 vols., London 1780. B 327.

## II. Informes parlamentarios y otras publicaciones oficiales

An act for regulating the hours of labour for children, young persons, and women employed in workshops, 21<sup>st</sup> August 1867, en *The statutes of the United Kingdom of Great Britain and Ireland*, London 1867. B 131.

- An act to limit the hours of labour, and to prevent the employment of children in factories under ten years of age. Approved March 18, 1851, en *Acts of the seventy-fifth legislature of the state of New Jersey*, Trenton 1851. A 293.
- Agricultural labourers (Ireland). Return to an order of the Honourable the House of Commons, dated 8 March 1861. B 351.
- Agricultural statistics, Ireland. General abstracts showing the acreage under the several crops, and the number of live stock, in each country and province, for the year 1860. Also the emigration from Irish ports from 1<sup>st</sup> January to 1<sup>st</sup> september, 1860. Presented to both Houses of Parliament by command or Her majesty, Dublin 1860. B 347.
- Agricultural statistics, Ireland. Tables showing the estimated average produce of the crops for the year 1866; and the emigration from the Irish ports, from 1<sup>st</sup> January to 31<sup>st</sup> December, 1866; also the number of mills for scutching flax in each country and province. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. Dublin 1867. B 347.
- Cambridge university commission. Report of Her Majesty's commissioners appointed to inquire into the state, discipline, studies, and revenues of the university and colleges of Cambridge: together with the evidence, and an appendix. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1852. B 261, 262.
- The case of our English wool. As also the presentment of the Grand Jury of the county of Sommerset thereon. Humbly offered to the High Court of Parliament, London 1685. A 272.
- Census fo England and Wales for the year 1861, London 1863. B 78, 80, 107, 276, 288, 296, 297, 324.
- Children's employment commission (1862). Reports. A 261, 266, 322 B 27, 28, 59, 79, 107, 111, 113, 116, 120, 128.
- First report of the commissioners. With appendix. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1863. A 266, 267, 269, 292 B 106, 183, 193.
- Second report ... London 1864. B 98, 103-106, 108-111, 113, 114-116, 127, 183, 192.
- Third report ... London 864. A 190, 278 B 29, 96, 101, 102, 114-116, 128, 184, 186, 192.
- Fourth report ... London 1865. A 279-285, 287, 376 B 34-35, 69, 115, 116.
- Fifth report ... London 1866. A 281 B 29, 66, 88, 99, 101, 117, 118, 120-122, 126-128, 184.
- Sixth report ... London 1867. B 331, 332, 340-344.
- Compte rendu de la deuxième sessions du congrès international de statistique réuni à Paris les 10, 12, 13, 14 et 15 Septembre 1855. Publié par les ordres de S.E.M. Rouher, Paris, 1856. A 323.
- Corn, grain, and meal. Return to an order of the Honourable the House of



- Commons, dated 18 February 1867. B 88, 89.
- Correspondence with Her Majesty's missions abroad, regarding industrial questions and trades unions, London 1867. A 8.
- East India (Bullion). Return to an address of the Honourable the House of Commons dated 8 February 1864. A 147.
- Factories inquiry commission. First report of the central board of His Majesty's commissioners. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 28 June 1833. A 301-302.
- Factories regulation acts. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 9 August 1859. A 262, 318.
- Factories. Return to an address of the Honourable the House of Commons, dated 15 April 1856. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 4 February 1857. B 47, 68.
- Factories. Return to an address of the Honourable the House of Commons, dated 24 April 1861. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 11 February 1862. B 47, 68, 111.
- Factories. Return to an address of the Honourable the House of the Commons, dated 5 December 1867. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 22 July 1868. B 68.
- First report from the select committee on adulteration of food, etc.; with the minutes of evidence, and appendix. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 27 July 1855. A 190.
- Fourth report of the commissioners of Her Majesty's inland revenue on the inland revenue. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1860. B 296.
- General Laws of the Commonwealth of Massachusetts, passed subsequently to the revised statutes, vol. 1, Boston 1854. A 293.
- Grievances complained of..., v.: Report addressed to...
- Hansard's Parliamentary Debates: 3<sup>rd</sup> series, commencing with the accession of William IV. Vol. 66. Comprising the period from the second day of February, to the twenty-seventh day of February, 1843, London 1843. B 298.
- ... vol. 170. Comprising the period from the twenty-seventh day of March, to the twenty-eighth day of May, 1863, London 1863. A 38-39, 289, 290 B 215, 298.
- ... vol. 174. Comprising the period from the fifteenth day of March, to the third day of May, 1864, London 1864. B 299.
- House of Lords' committee, 1848, v.: Report from the secret committee of the House or Lords...
- Informe del comité de 1855 sobre la adulteración del pan, v.: First report from the select committee on adulteration of food...
- Informe de la Royal Commission de 1864, v.: Report of the commissioners appointed to inquire into the condition of all mines...

- Jahresbericht der Handelskammer für Essen, Werden und Kettwig pro 1862, Essen 1863. B 22.
- Manifest der Maatschapij De Vlamingen Vooruit! Gerigt tot alle de voorstanders van de eerlijke en regtzinnige uitvoering der Belgische Grondwet, gestemd door het National Congres van 1830, Bruselas 1860. B 318.
- The master spinners and manufacturers' defence fund. Report of the committee appointed for the receipt and apportionment of this fund, to the central association of masters spinners and manufacturers, Manchester 1854. B 56, 57.
- Miscellaneous statistics of the United Kingdom (Part VI). Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1866. B 299.
- The national association for the promotion of social science. Report of proceedings at the seventh annual congress, held in Edinburgh, October 1863, London 1863. B 26, 120, 129.
- Parliamentary Return, v.: Factories. Return to an address ... Public Health. Reports. A 392 B 27, 32, 101.
- Third report of the medical officer of the Privy Council. 1860. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 15 April 1861. A 265, 266.
- Fourth report ... with appendix. 1861. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 11 April 1862. B 101.
- Sixth report ... with appendix. 1864. Presented pursuant to act of Parliament, London 1864. A 190, 291 B 30, 31, 101, 184, 302-304, 326, 343.
- Seventh report ... with appendix. 1864. Presented pursuant to act of Parliament. London 1865. 219, 310-314, 325, 327, 338.
- Eighth report ... with appendix. 1865. Presented pursuant to act of Parliament, Landan 1866. B 100, 305-310.
- Report addressed to Her Majesty's Principal Secretary of State for the Home Department, relative to the grievances complained by the journeymen bakers; with an appendix of evidence. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1862. A 189, 270-274 B 186.
- Report from the committee on the «Bill to regulate the labour of children in the mills and factories of the United Kingdom»: with the minutes of evidence. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 8 August 1832. A 302.
- Report from the secret committee of the House of Lords appointed to inquire into the causes of the distress which has for some time prevailed among the commercial classes, and how far it has been affected by the laws for regulating the issue of bank notes payable on demand. Together with the minutes of evidence, and an appendix. Ordered, by the House of Commons, the House of Commons, to be printed, 1 July 1858. A 153.
- Report from the select committee on bank acts; together with the proceedings of the committee, minutes of evidence, appendix and index. Ordered, by



- the House of Commons, to be printed, 30 July 1857. A 147.
- Report from the select committee on the bank acts; together with the proceedings of the committee, minutes of evidence, appendix and index. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 1 July 1858. A 153.
- Report from the select committee on mines; together with the proceedings of the committee, minutes of evidence, appendix. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 23 July 1866. B 132-138.
- Report from the select committee on petitions relating to the corn laws of this Kingdom: together with the minutes of evidence, and an appendix of accounts. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 26 July 1814. B 195, 196.
- Report of proceedings..., v.: The national association for the promotion of social science...
- Report of the commissioners appointed to inquire into the operation of the acts (16 & 17 Vict. c. 99. and 20 & 21 Vict. c. 3) relating to transportation and penal servitude. Vol. 1. Report and appendix. Vol. 2. Minutes of evidence presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1863. B 325.
- Report of the commissioners appointed to inquire into the condition of all mines in Great Britain to which the provisions of the act 23 & 24 Vict. cap. 151. Do not apply. With reference to the health and safety of persons employed in such mines, with appendices. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1864. B 312.
- Report of the committee on the baking trade in Ireland for 1861. A 273.
- Report of the officer of health of St. Martin's-in-the-Fields. 1865. B 306.
- Report of the Social Science Congress at Edinburgh. Octb. 1863, v.: The national association for the promotion of social science...
- Reports by Her Majesty's secretaries of embassy and legation, on the manufactures, commerce, etc., of the countries, in which they reside. Nr. 6, London 1863. A 370.
- Reports from poor law inspectors on the wages of agricultural labourers in Ireland. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, Dublin 1870. B 351-354.
- Reports from the Lord committee, on the state of the growth ... v.: Reports respecting grain, and the corn laws ...
- Reports of the inspectors of factories to Her Majesty's Principal Secretary of State for the Home Department. A 247, 261 B 27, 128.
- for the half year ending the 31<sup>st</sup> December 1841: also, the joint report of the inspectors of factories for the same period. (Presented by command of Her Majesty.) Ordered, by the House of Commons, to be printed, 16 February 1842. A 300.
- for the quarter ending 30<sup>th</sup> September, 1844; and from 1<sup>st</sup> October, 1844, to 30<sup>th</sup> April, 1845. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1845. A 304, 305, 315, 316 B 36, 44, 47.

- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1846 ..., London 1847. A 316.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1848 ..., London 1848. A 309 B 183.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1848 ..., London 1849. A 248, 304 306-311, 313, 314, 322, 325 B 162, 185.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1849 ... London 1849. A 311-314, 335, 336.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1849 ..., London 1850. A 303, 313.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1850 ..., London 1850. A 315, 325.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1850 ..., 1851. A 310.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1852 ..., London 1852. A 315.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1853 ..., London 1853. A 318.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1853 ..., London 1854. A 190, 291.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1855 ..., London 1855. A 247.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1855 ..., London 1856. A 290, 299 B 33, 60, 161.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1856 ..., London 1857. A 262, 263 B 10, 11, 48, 66, 84.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1857 ..., London 1857. B 32, 33.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1857 ..., London 1857. A 318 B 34.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1858 ..., London 1858. A 262 B 193, 196.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1858 ..., London 1859. B 25, 28, 33, 48, 66.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1859 ..., London 1859. B 190
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1859 ..., London 1860. A 262, 304, 326.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1860 ..., London 1860. A 264, 290, 301, 312 B 8, 48, 184.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1860 ..., London 1860. A 263 B 190.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1861 ..., London 1861. A 262.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1861 ..., London 1862. A 316, 317, 324 B 50.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1862 ..., London 1863. A 262, 318-320, 324 B 31, 38, 39, 47, 49, 51, 83, 91, 116.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> April 1863 ..., London 1863. A 320, 321, 325 B 59, 95, 183, 184.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1863 ..., London 1864. A 262 B 54, 60, 68, 92-94, 184, 282.
- for the half year ending 30<sup>th</sup> April 1864 ..., London 1864. B 94.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1864 ..., London 1865. A 322, 325.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1865 ..., London 1866. B 43, 83, 94, 96, 112-114, 119, 120, 127, 128.
- for the half year ending 31<sup>st</sup> October 1866 ..., London 1867. B 54, 55, 59, 60, 202, 287, 355.
- Reports respecting grain, and the corn laws: v.: First and second reports from the Lords committees, appointed to enquire into the state of the growth, commerce, and consumption of grain, and all laws relating thereto;



- ... Ordered, by the House of Commons, to be printed, 23 November 1814. B 245.
- The revised statutes of the state of Rhode Island and Providence plantations: to which are prefixed, the constitutions of the United States and of the state, Providence 1857. A 293, 294.
- Royal commissions on railways. Report of the commissioners. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1867. B 66, 201.
- Second report addressed to Her Majesty's Principal Secretary of State for the Home Department, relative to the grievances complained of by the journeyman bakers. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1863. A 270.
- Statistical abstract for the United Kingdom in each of the last fifteen years, from 1846 to 1860. N.º 8, London 1861. B 50-52.
- Statistical abstract for the United Kingdom in each of the last fifteen years, from 1851 to 1865. N.º 13, London 1866. B 50-52.
- Tenth report of the commissioners appointed to inquire into the organization and rules of Trades Unions and other associations: together with minutes of evidence. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, 28<sup>th</sup> July 1868, London 1868. B 70.
- Tenth report of the commissioners of Her Majesty's inland revenue on the inland revenue. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1866. B 295, 296, 346.
- Twenty-second annual report of the registrar-general of births, deaths, and marriages in England. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London 1861. A 292.
- Workshops' regulation act, v.: An act for regulating the hours of labour for children...

### III. Publicaciones periódicas

- The Bengal Hurkaru*, Calcuta, del 22 de julio de 1861. A 353, 354.
- Bury Guardian* del 12 de mayo de 1860. A 289.
- Concordia. Zeitschrift für die Arbeiterfrage*, Berlin. A 37, 38.
- del 7 de marzo de 1872. A 36.
- del 4 de julio de 1872. A 37, 38.
- del 11 de julio de 1872. A 37, 38.
- The Daily Telegraph*, London, del 17 de enero de 1860. A 265.
- Demokratisches Wochenblatt. Organ der deutschen Volkspartei*, Leipzig.
- del 1 de agosto de 1868. A 16.
- del 22 de agosto de 1868. A 16.

- del 29 de agosto de 1868. A 16.
- del 5 de septiembre de 1868. A 16.
- Deutsch-Französische Jahrbücher*. Hrsg. von Arnold Ruge und Karl Marx, 1. und 2. Lfg., Paris 1844. A 85, 167 B 280.
- The Economist*. Weekly Commercial Times, Bankers' Gazette, and Railway Monitor: a political, literary, and general newspaper, [London].
- del 29 de marzo de 1845. B 322.
- del 15 de abril de 1848. A 248.
- del 19 de julio de 1851. B 230.
- del 21 de enero de 1860. B 284.
- del 2 de junio de 1866. B 379, 380.
- The Evening Standard*, London, del 1 de noviembre de 1886. A 32.
- The Glasgow Daily Mail* del 25 de abril de 1849. A 335.
- Journal des Économistes*, Paris, julio/agosto de 1872. A 17.
- Journal of the Society of Arts, and of the institutions in Union*, London.
- del 9 de diciembre de 1859. B 7.
- del 17 de abril de 1860. B 23.
- del 23 de marzo de 1866. B 379.
- del 5 de enero de 1872. B 49, 50.
- Macmillan's Magazine*. Ed. by David Masson, London and Cambridge, agosto de 1863. A 277.
- The Manchester Guardian* del 15 de enero de 1875. B 288.
- The Morning Advertiser*, London, del 17 de abril de 1863. A 38.
- The Morning Chronicle* [London] 1844, 1845. B 322.
- The Morning Star* [London] B 176.
- del 17 de abril de 1863. A 38 B 298.
- del 23 de junio de 1863. A 277.
- del 7 de enero de 1867. B 315.
- Neue Rheinische Zeitung. Organ der Demokratie*, Colonia, del 7 de abril de 1849. B 219, 412.
- Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, Heft 4, London, Hamburg y New York 1850. A 276, 314 325.
- New-York Daily Tribune* del 9 de febrero de 1853. B 377.
- The Observer*, London, del 24 de abril de 1864. A 151.
- The Pall Mall Gazette*, London. B 300.



- La Philosophie Positive*, Revue dirigée par É. Littré & G. Wyrouboff, Paris, n.º 3, noviembre-diciembre de 1868 (v. t. nota 9). A 16.
- The Portfolio*. Diplomatic review. (New series), London. B 377.
- Révolutions de Paris*, de 11-18 de junio de 1791.
- Reynold's Newspaper*. A Weekly Journal of Politics, History, Literature, and General Intelligence, London.
- del 21 de enero de 1866. A 274.
- del 4 de febrero de 1866. A 275.
- del 20 de enero de 1867. B 315.
- [*Sankt-Peterburgskije Wedomosti*].
- del 8 (20) de abril de 1872. A 16.
- The Saturday Review of Politics, Literature, Science, and Art*, London, del 18 de enero de 1868. A 16.
- The Social Science Review*, London, del 18 de julio de 1863. A 276.
- The Spectator*, London, del 26 de mayo de 1866. A 356.
- The Standard*, London.
- del 26 de octubre de 1861. B 197.
- del 15 de agosto de 1863. A 277.
- del 5 de abril de 1867. B 317.
- The Times*, London. A 277 B 109, 243, 300, 355.
- del 14 de febrero de 1843. B 298.
- del 5 de noviembre de 1861. A 292.
- del 26 de noviembre de 1862. A 225 B 37.
- del 24 de marzo de 1863. A 319 B 215-218.
- del 17 de abril de 1863. A 37-38.
- del 2 de julio de 1863. A 277.
- del 26 de enero de 1867. B 138.
- del 3 de septiembre de 1873. B 243, 244.
- del 29 de noviembre de 1883. A 38, 39.
- To-Day*, London.
- de febrero de 1884. A 39.
- de marzo de 1884. A 39.
- Der Volksstaat*. Organ der social-demokratischen Arbeiterpartei und der Internationalen Gewerksgenossenschaften, Leipzig. A 16.
- del 1 de junio de 1872. A 36, 37.
- del 7 de agosto de 1872. A 37.
- The Westminster Review*, London. A 72.
- [*Westnik Jewropy*]
- The Workman's Advocate*, London, del 13 de enero de 1866. A 274.

## RELACIÓN DE PESOS, MEDIDAS Y MONEDAS

## Pesos

ton	= 20 hundredweights	= 1.016,05 kg.
hundredweight (cwt.)	= 112 pounds	= 50,805 kg.
quarter (qrtr., qrs.)	= 28 pounds	= 12,700 kg.
stone	= 14 pounds	= 6,350 kg.
pound	= 16 ounces	= 453,592 g.
ounce		= 28,349 g.

## Pesos para metales nobles, piedras preciosas y medicamentos

troy pound	= 12 ounces	= 372,242 g.
troy ounce		= 31,103 g.
grain		= 0,065 g.

## Medidas de longitud

british mile	= 5.280 feet	= 1.609,329 m.
yard	= 3 feet	= 91,439 cm.
foot (feet)	= 12 inches	= 30,480 cm.
inch (inches)		= 2,540 cm.
codo prusiano		= 66,690 cm.

## Medidas de superficie

acre	= 4 roods	= 4.046,7 m <sup>2</sup> .
rood		= 1.011,7 m <sup>2</sup> .
vara alemana		= 14,21 m <sup>2</sup> .
área		= 100 m <sup>2</sup> .
iugerum (plural: iugera)		= 2.523 m <sup>2</sup> .

## Medidas de capacidad

bushel	= 8 gallons	= 6,349 l.
gallon	= 8 pints	= 4,544 l.
pint		= 0,568 l.



*Monedas*

pound sterling, £	= 20 shilling
shilling, sh.	= 12 pence
penny, d. (pl.: pence)	= 4 farthing
farthing	= 1/4 penny
guinea	= 21 shilling
sovereign	= 1 pound sterling
franc, fr.	= 100 centimes
livre	= 1 franc

Otras monedas mencionadas: cent norteamericano, dracma griego antiguo, ducado italiano y luego europeo, maravedí castellano, rei portugués.

*Traducción corriente de algunos de esos términos*

(Son traducciones sólo aproximadas)

ton	tonelada
hundredweight	quintal
quarter	arroba
pound	libra
ounce	onza
grain	grano
mile	milla
foot	pie
inch	pulgada
iugerum	yugada
gallon	galón
pint	pinta
pound sterling	libra esterlina
sovereign	soberano
franc	franco
centime	céntimo
livre	libra francesa
cent	céntimo norteamericano

Esta obra, publicada por  
EDICIONES GRIJALBO, S. A.,  
se terminó de imprimir en los talleres  
de Gráficas Marina, S. A., de Barcelona,  
el día 30 de noviembre  
de 1976